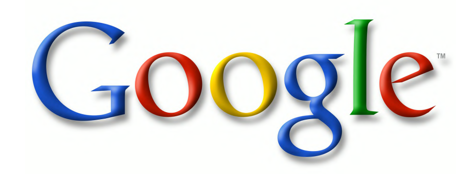
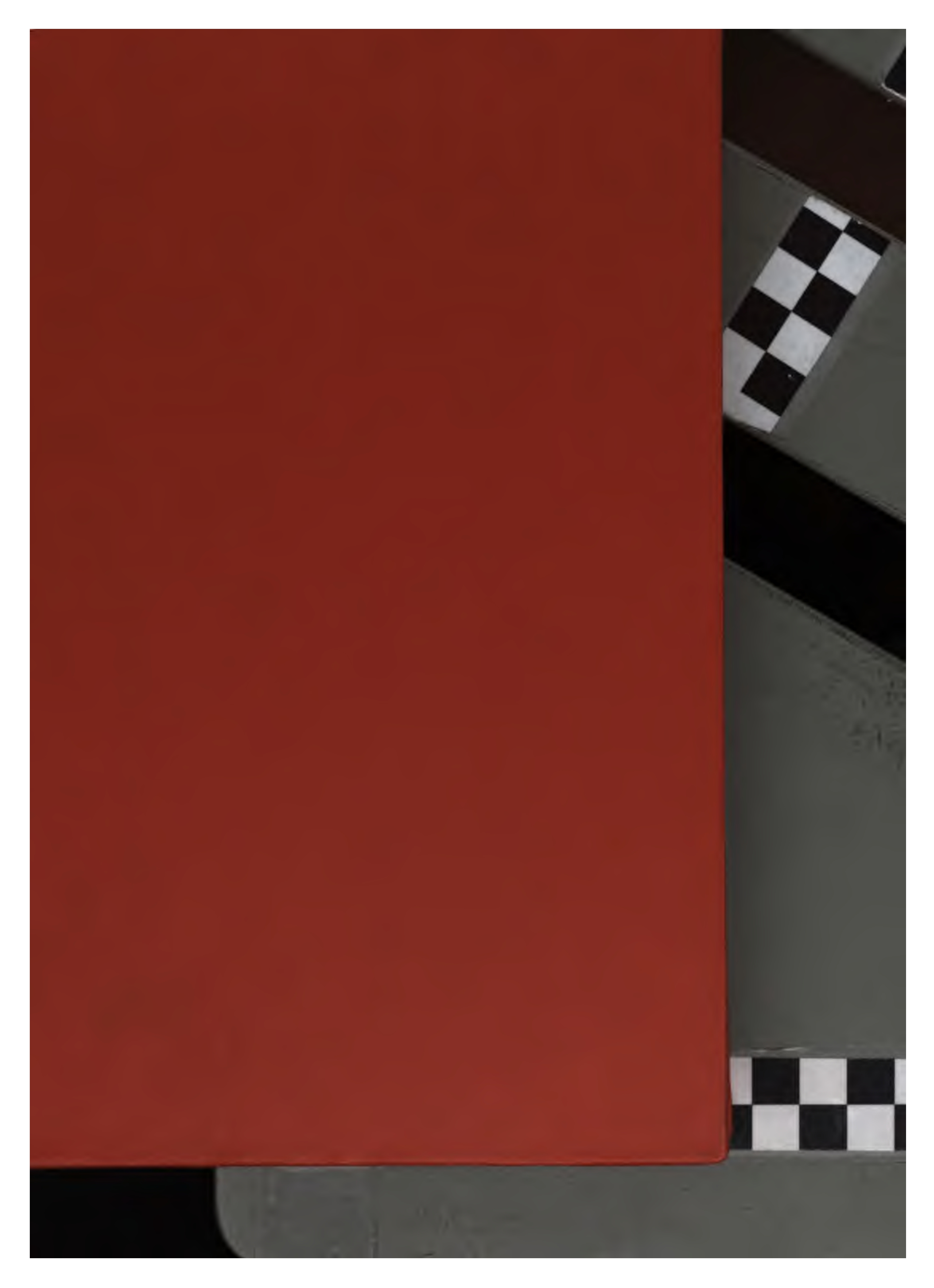





PROPERTY OF THE
University of
Michigan
Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

Al muy Reverendo Padre Domingo dedica este pequeño recuerdo su Affmo. S. y Cap. Fr. Javier Ruiz Tagle

MISIONES APOSTÓLICAS

DE

MONSEÑOR JUAN MUZI



MONSEÑOR JUAN MUZI

MISIONES APOSTÓLICAS

DE

MONSEÑOR JUAN MUZI



MONSEÑOR JUAN MUZI

MISIONES APOSTÓLICAS

DE

MONSEÑOR JUAN MUZI



MONSEÑOR JUAN MUZI

HISTORIA

DE LAS

MISIONES APOSTÓLICAS

DE

Monseñor Juan Muzi

EN EL

ESTADO DE CHILE



POR

JOSÉ SALLUSTI

Traducción del original italiano

SANTIAGO
IMPRENTA Y ENCUADERNACION LOURDES
ARTURO PRAT 274
1906

LICENCIA

DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

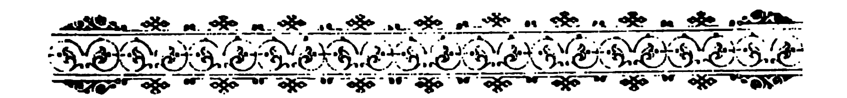
Santiago, 24 de Diciembre de 1906.

Visto, concédese la licencia necesaria para la impresión y publicación de la obra intitulada «Historia de las Misiones Apostólicas de Monseñor Juan Muzi en el Estado de Chile», por José Sallusti y traducida por primera vez del original italiano al español.

Tómese razón.

ROMAN, V. G.

SILVA C.,
Secret.



PRÓLOGO

Por vía de prólogo de la traducción española de esta obra, ponemos el siguiente artículo bibliográfico de «La Revista Católica», de Santiago de Chile.

Por primera vez, después de ochenta años, se traduce al castellano y se publica en Chile esta obra, para nosotros por muchos títulos interesante.

Consta en su original de cuatro volúmenes, y debió constar de cinco, según el pensamiento de su autor, el presbítero don José Sallusti, acompañante del Illmo. Señor Delegado Apostólico Don Juan Muzi.

El quinto volumen, aquél precisamente que debía tratar sobre la Misión Muzi, sus antecedentes y resultados, estaba ya listo para publicarse en 1827, según claramente se deduce de una nota del autor al final del tomo IV. Sin embargo, sea por falta de aprobación de la Autoridad Eclesiástica, sea por dificultades pecuniarias, ó de otro orden, el tomo V no pasó nunca de manuscrito, privando así á la posteridad de una opinión autorizada y casi oficial sobre este punto de la historia eclesiástica y civil de Chile, nunca bien esclarecido y generalmente tratado con preconcebido espíritu.

En efecto, ni Gay, ni Vicuña Mackenna, ni mucho menos Barros Arana,—el primero por falta de datos, y los otros dos por sobra de ligereza ó de sectarismo,—pudieron dejarnos un estudio completo é imparcial sobre la misión misma y las verdaderas causas de su relativo fracaso. Y el señor Luis Barros Borgoño, que con mayor trabajo escribió sobre ello una obra especial, no abandonando tampoco sus prejuicios de avanzado liberalismo, pareció concretarse á arrojar sombras, cuando nó crímenes de lesa patria, sobre el clero de Chile, sobre el Obispo Rodríguez, sobre el Vicario Apostó-

lico, sobre el Papa y sobre toda la Iglesia Católica, por la que él juzga antipatriótica actitud durante la época de nuestra Independencia.

La obra del Señor Sallusti es esencialmente descriptiva.

En el libro I nos cuenta, con maravillosa prolijidad de detalles, el viaje del personal de la Legación desde Roma, pasando por Génova y las Baleares, Gibraltar, Canarias y Cabo Verde, hasta tocar tierra americana cerca de Montevideo. Las personas que componían la carabana; las postas en que se detenían, con la hora respectiva de llegada y de salida; la cantidad y calidad de los alimentos y bebidas que iban encontrando á su paso, en las jornadas de tierra; y despues, durante la larguísima navegación, las alegrías y las tristezas; el mareo y las tempestades; las calmas y los vientos; los terrores de varios inminentes naufragios; las condiciones de clima, salubridad, población, defectos y bellezas de cuantos pueblos, comarcas y mares se iban atravesando; todo, absolutamente todo, dia á dia y casi hora por hora, encuentra su correspondiente lugar en la minuciosa narración, salpicada aquí y allá, con más frecuencia de lo que fuera de esperar, por numerosas reflexiones morales, confirmadas indiferentemente ora por textos de la Escritura, ora por citas de Metastasio, Ovidio, Horacio y Virgilio, ora por testimonios de los Santos Padres.

Estas moralejas, siempre verdaderas, si bien á veces demasiado obvias, suelen convertirse en largas disertaciones de varias páginas, con pruebas de razón y de fe, auxiliadas por la poesía clásica y hasta por las divinidades mitológicas.

Hombre de fe tan profunda como sencilla, Sallusti ve la intervención directa y especialísima de la Providencia hasta en las más mínimas circunstancias de todo su viaje, y casi diríamos que su vida y la de sus compañeros se han salvado merced solamente á un continuado milagro. Su narración aparece, así, como un prolongado cántico de acción de gracias á la bondad divina, interrumpido sólo por los temores que le producían á cada paso los accidentes de la navegación y la travesía por países desconocidos, ó

por los disgustos que solían causarle los malos alojamientos, las escasas comidas y los peores vinos de las «postas».

Lo que decimos del primer libro, respecto á la escrupulosidad y lujo de detalles, y á la abundancia de citas y reflexiones morales, se aplica también á todos los demás de la obra, excepto el libro III y los dos primeros capítulos del libro IV, en que se describen las Misiones de Arauco, Valdivia y Chiloé, porque la escasez de datos históricos y la uniforme aridez de la materia no daban para más.

Al final del capítulo II del primer libro se queja amargamente el Señor Sallusti de la conducta de los jóvenes chilenos Don Santiago y Don Manuel Salas y Don Manuel Donoso, compañeros del Señor Cienfuegos, porque en Génova, después de un larguísimo retardo para embarcarse, se burlaron de Monseñor Muzi y comitiva, haciéndolos abandonar su alojamiento con todo su equipaje y dirigirse al buque y, una vez embarcados, obligándoles á desembarcar, porque todavía no era tiempo de partir; y esto se repitió dos ó tres veces, poniendo en ridículo á las respetables víctimas de tan torpe broma.

No encontramos otra explicación á tan extraña conducta de esos jóvenes chilenos, doblemente obligados á ser corteses y respetuosos, sino el hecho de que, como dice el Sr. Barros Borgoño en la obra mencionada, el Ministro chileno ante la Santa Sede, Pbro. don José Ignacio Cienfuegos, que acompañaba al Delegado Apostólico, no podía partir de Génova antes de dar la última mano a las negociaciones con la Secretaría de Estado de Su Santidad, cuyas comunicaciones le exigían desde Roma la declaración explícita de que en ningún caso el Gobierno de Chile estimaría el envío de aquel Vicario Apostólico como reconocimiento de derechos políticos que pudieran perjudicar otros derechos de las naciones europeas. Lo cual tenía por objeto evitar un compromiso con España. El Sr. Cienfuegos dió desde Génova una repuesta que no satisfizo al Cardenal Consalvi, Secretario de Estado, y hubo de pedírsele nuevamente una contestación más categórica.

Ahora bien, como todo esto era por su naturaleza reservado, el Sr. Cienfuegos, para no entorpecer esta negociación, ni quebrantar la reserva, haría probablemente decir á los jóvenes chilenos Salas y Donoso que todo estaba listo para la partida; y después, en vista de las nuevas comunicaciones, daría contraorden, sin manifestar, por cierto, las razones de ella; de donde pudo resultar que, ignorantes de la verdadera causa del retardo, tanto los jóvenes como Monseñor Muzi y Sallusti, aparecieran aquéllos como burladores y éstos como víctimas, sin que hubiera culpa en nadie.

En la página 231 del libro II dice Sallusti: «Esta instancia (la del Senado Conservador que pretendía del Gobierno la supresión de los poderes de Cienfuegos) no se llevó á ejecución porque el Señor Don *Giusto Pietas*, como Diputado, se opuso á ello virilmente». Y cita después, en confirmación, el «Observador Eclesiástico» de Santiago de Chile, N.º 5, del 19 de Enero de 1823.

Ha incurrido aquí el Señor Sallusti en un pequeño *quid pro quo*.

En el «Observador Eclesiástico de Chile», reimpreso en Córdoba, en el número del 19 de Julio (nó de Enero) de 1823, se lee lo siguiente:

«Discurso que debió decir *y no dijo* el Señor Don *Justo Pietas*, *Diputado por Santa Fe*, en el Exmo. Senado Conservador, esto es, y no más, guardador de las leyes, mantenedor de las costumbres.»

No se fijó, pues, el Señor Sallusti en que en aquel tiempo no había en Chile diputados, y mucho menos por Santa Fe; ni en que el tal discurso debió decirse, *pero no se dijo*; ni en que «Justo Pietas» era un simple pseudónimo, y no diputado por ninguna parte; ni, en fin, en que todo el discurso no fué otra cosa que lucubración del redactor ó de algún colaborador del citado periódico.

Por lo demás, el error es muy explicable: recién llegado á América, sin conocer absolutamente la política de Chile, y tal vez muy poco de la lengua, apuntó en su cartera de viaje que aquel buen Señor Don Justo Pietas, Diputado por Santa Fe, defendía á Monseñor Muzzi en el Senado de Chile con un magnífico y valiente discurso; no se preocupó de averiguar en Chile este detalle y, des-

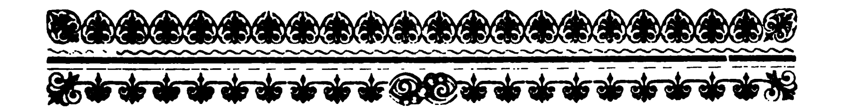
pués, trascurridos algunos años, no hizo más que trascribir de sus primeros apuntes esta errónea impresión y estamparla en su obra.

Afortunadamente, es un error sin consecuencias, lo mismo que algunos otros que pueden notarse á la simple vista en otros pasajes, y que sólo deben atribuirse al ingenuo candor y buena fe del laborioso Señor Sallusti.

El estilo general de la obra es comunmente claro y sencillo; su lenguaje se resiente de cierta pobreza de giros y de vocablos, que hace, en partes, pesada la lectura, por las muchas repeticiones, casi inevitables en tantas descripciones de escenas y pasajes tan semejantes entre sí.

La traducción, por causas ajenas á la voluntad de los Editores, por premuras de tiempo y por otros motivos que no es del caso enumerar, no pudo ser hecha con aquel cuidadoso esmero que la obra y su importancia pedían; pero estamos seguros de su fidelidad sustancial con el original italiano, y esperamos que será suficiente para satisfacer á los lectores, que, aparte el sano fondo moral de toda la obra, encontrarán en ella preciosos y variados conocimientos sobre aquellos ya lejanos tiempos de nuestra casi primitiva civilización; sobre los usos y costumbres de aquella época, y, principalmente, sobre el carácter, religiosidad, valor, hidalguía y demás buenas y malas cualidades de nuestra heroica y legendaria raza araucana, que tan rápidamente camina á su total desaparición.





PLAN DE LA OBRA

AL HONORABLE SEÑOR

D. Héctor Pappalettere



Las repetidas instancias, que Ud. y otros amigos me han hecho, después de mi regreso de América, para tener un detallado relato de las cosas por mí anotadas durante mi largo viaje del Viejo al Nuevo Mundo, han vencido finalmente mi resistencia y me han determinado á escribir en este tiempo, como mejor he podido, la presente Historia de las Misiones Apostólicas del antiguo reino de Chile. He comenzado por la última, para poder en seguida hablar del indicado viaje y describir los lugares que he recorrido, la variedad de cosas, las costumbres de los pueblos y varias otras particularidades que puedan secundar sus laudables deseos y llamarles la atención. Por consiguiente, la obra está dividida en cuatro libros: el I contiene el viaje desde Roma hasta las costas de América;

el II, el viaje que sigue hasta Santiago de Chile; el III, la descripción del Estado Chileno y de muchas casas de Misiones que allí han existido, y el IV, la descripción de otras casas de Misiones y nuestra vuelta á Roma.

En cuanto á mi trabajo, tengo la satisfacción de prevenirle que no he faltado en la oportunidad de las circunstancias de hacer aquellas breves reflexiones que pueden ser de provecho á muchos, ya que Ud. sabe muy bien que el fin principal de la Historia es precisamente el de instruír con los hechos y con el ejemplo de los demás. «La Historia, dice Cicerón, es el testimonio de los tiempos, la luz de la verdad, la vida de la memoria, la maestra de la vida, la anunciadora de la antigüedad.» (1) Así, pues, aplicando al historiador lo que Horacio dice del poeta, podemos concluír con él, que será para todos útil y agradable el historiador que en la narración de los hechos no deje de señalar á sus lectores las oportunas reflexiones que puedan facilitar la instrucción de éstos. Pues que dice Horacio en su Poética:

Quien, juntando el recreo á la enseñanza,
Instruye al mismo tiempo que deleita,
El unánime aplauso él solo alcanza,
Sus obras son las que ganancias dejan
Á los Sosios y el ancho mar trasponen,
Y dan nombre al autor, y fama eterna. (2)

(Ret. y Poét. de Raim. Miguel).

---

(1) "Historia est testis temporum, lux veritatis, vita memoriæ, Magistra vitæ, nuntia vetustatis." Cicero, *de Oratore*, lib. 2.

(2) "Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,
Lectorem delectando, pariterque monendo.
Hic meret æra liber Sosiis, hic et mare transit,
Et longum noto scriptori prorogat ævum."
(Q. Hor. Fl. in Arte Poetica).

Debo además advertir que las reflexiones é instrucciones que se esperan de los eruditos y de las personas inteligentes en la Historia, deben tratarse con bastante maestría y ser apenas indicadas en la narración de los hechos, exponiéndolos con aquella dicción y giros de períodos y de frases, que nos hagan entrar en la advertencia sin que en nada se interrumpa la narración histórica. Tácito, por ejemplo, que entre los antiguos puede mirarse como uno de los mejores modelos en la historia, hablando de los celos que Tiberio y Livia tenían en contra de Germánico, dice de ellos así: «Inquieto por el odio oculto que le tenían el tío y la abuela, cuyas causas eran tanto más crueles porque injustas.» (1) Con lo cual nos presenta, como observa el sapientísimo Blair, una profunda observación moral, hecha sin parecerlo, porque está introducida é incorporada con tal artificio en la narración, que parece ser una misma cosa con ella. Es también clara y evidente para las personas que entienden, produciéndoles mejor efecto que si hubiese sido pronunciada como una sentencia formal, como es aquélla del mismo Tácito en la vida de Agrícola, donde, hablando del trato que tuvo éste de Domiciano, dice: «Propio es de la índole humana odiar á la persona ofendida.» (2)

Sin embargo, estoy convencido de que tales observaciones hechas con la misma perspicacia no son entendidas igualmente de todos: ya que las personas de mediano entendimiento las comprenderán con una idea menos clara

(1) Anxius occultis in se patrui, aviæque odiis, quorum causæ acriores, quia iniquæ.

(2) Proprium humani ingenii est, odisse quem læseris.

y distinta de la que se forman las más inteligentes: y las personas de una esfera más baja, que entienden también menos que aquéllas, no llegarán á comprenderlas.

Habiéndome, pues, resuelto, acerca de esta propiedad de la Historia, ser á todos indistintamente más útil que preciso, he preferido en muchos lugares presentar mis reflexiones con cierta distinción y ornato, con el fin de hacerlas más provechosas y mas claras; ya que puede darse que no sólo mis amigos ú otra persona distinguida y erudita tengan ocasión de leer mi Historia, sino que también pase á manos de aquellas personas que talvez no serían del todo capaces de sacar de una simple indicación y de lo más exquisito del arte, las reflexiones que deben servirles de instrucción y de norma en el curso de la vida.

No he querido poner mis reflexiones según las reglas comunes, como separadas de la Historia, en numerosas notas, porque éstas generalmente ó no se leen ó no se les da la atención que merecen, y por otra parte mi Historia no es tal, que interese mucho para ella la continuada sucesión de los hechos. He puesto sin embargo en las notas los textos de mi versión, para que el que entiende el latín, los lea en su lengua, en la cual tienen una belleza singular, que es absolutamente intraducible, cuando no se quiere desistir de la precisión de la expresión original; ya que toda lengua tiene sus frases y encantos particulares, que no son de ninguna manera comunes con las otras lenguas, y sólo puede mostrar sus galas el idioma del traductor cuando no atiende á la versión sino á la sustancia de la cosa.

Agradezco pues á Ud. y á mis amigos el encargo que me han dado de secundar de este modo sus laudables deseos de conocer mi viaje á Chile; y si mis circunstancias, mi insuficiencia y la escasez del tiempo no me han permitido ser siempre conciso en todas las narraciones, y exponerlas con aquella pureza y elegancia de estilo que son las primeras dotes de la Historia después de la verdad de los hechos, Ud. en particular está en el preciso deber de compadecerme por la prisa que me he dado para acelerar este modesto trabajo, y porque sabe bien que no á todos es dado escribir con las bellezas y gracias de la hermosa lengua en que tuvo Ud. la felicidad de ser educado en Siena, en el gran colegio Tolomei, en donde se la estudia con perfección. Deseando que Dios derrame sobre Ud. sus gracias, y con particular estima, tengo el honor de suscribirme

Su verdadero amigo.

El Autor.

Roma, 2 de Febrero de 1826.



y distinta de la que se forman las más inteligentes: y las personas de una esfera más baja, que entienden también menos que aquéllas, no llegarán á comprenderlas.

Habiéndome, pues, resuelto, acerca de esta propiedad de la Historia, ser á todos indistintamente más útil que preciso, he preferido en muchos lugares presentar mis reflexiones con cierta distinción y ornato, con el fin de hacerlas más provechosas y mas claras; ya que puede darse que no sólo mis amigos ú otra persona distinguida y erudita tengan ocasión de leer mi Historia, sino que también pase á manos de aquellas personas que talvez no serían del todo capaces de sacar de una simple indicación y de lo más exquisito del arte, las reflexiones que deben servirles de instrucción y de norma en el curso de la vida.

No he querido poner mis reflexiones según las reglas comunes, como separadas de la Historia, en numerosas notas, porque éstas generalmente ó no se leen ó no se les da la atención que merecen, y por otra parte mi Historia no es tal, que interese mucho para ella la continuada sucesión de los hechos. He puesto sin embargo en las notas los textos de mi versión, para que el que entiende el latín, los lea en su lengua, en la cual tienen una belleza singular, que es absolutamente intraducible, cuando no se quiere desistir de la precisión de la expresión original; ya que toda lengua tiene sus frases y encantos particulares, que no son de ninguna manera comunes con las otras lenguas, y sólo puede mostrar sus galas el idioma del traductor cuando no atiende á la versión sino á la sustancia de la cosa.

Agradezco pues á Ud. y á mis amigos el encargo que me han dado de secundar de este modo sus laudables deseos de conocer mi viaje á Chile; y si mis circunstancias, mi insuficiencia y la escasez del tiempo no me han permitido ser siempre conciso en todas las narraciones, y exponerlas con aquella pureza y elegancia de estilo que son las primeras dotes de la Historia después de la verdad de los hechos, Ud. en particular está en el preciso deber de compadecerme por la prisa que me he dado para acelerar este modesto trabajo, y porque sabe bien que no á todos es dado escribir con las bellezas y gracias de la hermosa lengua en que tuvo Ud. la felicidad de ser educado en Siena, en el gran colegio Tolomei, en donde se la estudia con perfección. Deseando que Dios derrame sobre Ud. sus gracias, y con particular estima, tengo el honor de suscribirme

Su verdadero amigo.

El Autor.

Roma, 2 de Febrero de 1826.



LIBRO PRIMERO

COSAS NOTABLES EN LA MISION DE MONSEÑOR MUZI EN TODO EL VIAJE DEL VIEJO AL NUEVO MUNDO.

CAPÍTULO I.

Elección de Monseñor Muzi y viaje hasta Génova.

La Misión Apostólica mandada á Santiago de Chile por el Sumo Pontífice Pío VII fué hecha á instancias del Sr. Arcediano D. José Ignacio Cienfuegos, como público representante de aquella nación. Este llegó á Roma el 2 de Agosto de 1822, acompañado de su secretario el Sr. D. Pedro Palazuelos, de los dos hermanos Srs. D. Santiago y D. Manuel Salas, del Sr. D. Manuel Donoso, y de un oficial, venidos todos de Santiago de Chile, para solicitar del referido Sumo Pontífice un Nuncio ó Delegado que, residiendo en dicha Metrópoli, pudiese atender á las necesidades espirituales de los chilenos. El Papa, visto que las autorizaciones del Sr. Cienfuegos estaban en debida forma, y conocida la verdadera necesidad que Chile tenía de un Vicario Apostólico, nombró con este objeto una Congrega-

ción especial, compuesta de seis respetabilísimos Cardenales, que fueron Aníbal della Genga, en aquel tiempo Vicario de Roma y hoy Vicario inmediato de Jesucristo mismo y nuestro Sumo Pontífice felizmente reinante; Julio María della Somaglia, Decano entonces del Sacro Colegio y al presente Decano y Secretario de Estado; Pacca, Camarlengo; Castiglioni, Penitenciario Mayor; De Gregorio; y el ya finado Hércules Consalvi, que era Secretario de Estado.

Esta Congregación, después de largas discusiones y de un maduro examen de los asuntos, aprobó la petición del Sr. Cienfuegos y nombró Vicario Apostólico de Chile á Monseñor Ostini, hombre de gran mérito, que era lector actual de ciencias sagradas en el Colegio Romano. Este aceptó al principio el nombramiento; pero, oponiéndose después á él su hermano y algunos parientes, renunció con desagrado de la citada Congregación, la que nombró entonces al Sr. D. Juan Muzi, que á la sazón se hallaba en Viena como Auditor del Nuncio Apostólico.

Muzi aceptó inmediatamente el cargo, y, vuelto á Roma, fué consagrado Arzobispo de Filipos *in partibus infidelium* y declarado Vicario Apostólico de Chile, dándole como compañero al Sr. Canónigo D. Juan María de los Condes de Mastai, y como Secretario, al autor de esta Historia, el sacerdote José Sallusti. Pero, como al mismo tiempo que el señor Cienfuegos había llegado á Roma el Rev. P. Luis Pacheco, de la Orden de los Menores Observantes de la ciudad de Buenos Aires, y había hecho conocer que todas las provincias del antiguo reino tenían necesidad también, y aún mayor que la de Chile,

de un Vicario Apostólico, de aquí es que la susodicha Congregación confirió al Vicario Apostólico de Chile las oportunas facultades para las necesidades espirituales de las indicadas provincias, como también para las necesidades del Perú, Méjico, Colombia y de las otras partes de las Indias Occidentales de la Corona de España; y así Monseñor Muzi fué autorizado para la mayor parte de la América Católica, comprendiendo bajo su jurisdicción casi todas las regiones más conocidas y más respetables de ella.

Subscritos los Breves de las facultades necesarias y concluídas las negociaciones, partió de Roma en la mañana del 3 de Julio de 1823. Venía con nosotros en la misma carroza el Rev. P. Raimundo Arce, de los Dominicanos Reformados de Santiago de Chile, joven de extraordinario talento, de sólida piedad y de erudición no común. Como al mediodía tomamos algunos alimentos en Storta y de aquí, pasando por Baccano y Monterosi, fuimos á pasar la noche en Ronciglione, en donde también alojamos en una decente posada. Aquí Monseñor fué visitado del Sr. Caballero Celani, el que usó muchas atenciones con nosotros y nos hizo pasar una agradable velada.

El pueblo de Storta nada tiene de notable. Más agradable es Baccano; sin embargo, no es del todo atrayente, pues por su posición es de un aire malsano. Está situado á las inmediaciones de un lago, y es el primer punto donde, yendo á Roma desde aquella parte, comienza á descubrirse esta augusta ciudad, que se levanta majestuosamente en una vasta extensión de sus antiguas ruinas. Lo primero que se divisa, es la gran esfera de la cruz del Vaticano, que este milagro del arte presenta al espectador

como la punta esférica de un majestuoso monte que levanta orgullosamente su frente impertérrita. Monterosi es un pequeño castillo situado en la altura de amenas colinas, en cuyo centro se han encontrado cámaras subterráneas y antiguos monumentos etruscos. En las inmediaciones de Monterosi se encuentra también una especie de capa ó torrente de lava, una continuación de colinas de toba volcánica, y otros objetos interesantes y de mucho estima para un viajero naturalista.

Ronciglione es una tierra rica y suficientemente poblada en una situación agradable cerca del lago de Vico. Sus casas son fabricadas de toba, pero son fuertes y limpias, pasando por medio una gran calle que comienza con un arco triunfal. El castillo derribado era imponente, y á la idea de terror que al presente despierta con sus ruinas, corresponden las tétricas cavernas, cavadas en la roca tobácea de sus contornos, donde se abrigan de noche los animales y de donde muchas veces

Sale el ladrón armado
Y asalta y mata gente sin cuidado. (1)

Por lo demás, los hermosos y útiles edificios donde se fabrican el papel y el hierro, y las pintorescas vistas que presenta un profundo valle cerca de esta ciudad, mitigan un tanto la melancolía y alegran á los pasajeros.

De Ronciglione, pasando por Viterbo, Montefiascone y Bolsena, llegamos en la tarde del 4 á San Lorenzo Nuevo, después de habernos refrescado en Montefiascone, donde se bebe el verdadero moscatel del *nimium est.*

(1) Ut jugulent homines, surgunt de nocte latrones. Hor. Ep. 2, libr. 1.

Viterbo es una hermosa ciudad de pequeña extensión y cuenta como 12.000 habitantes. Está construída con buen gusto al pie del monte Cimino, y sus murallas y las torres que la rodean la hacen á la distancia de un aspecto agradable. Se ven en ella hermosos jardines, fuentes de diversas estructuras, casas y palacios de elegante construcción. Las iglesias son de buena arquitectura, y su plaza regular, adornada de hermosos edificios, presenta un aspecto de cierta magnificencia. Los principales son la catedral, rica en pinturas; Santa Rosa, famosa por el cuerpo de esta Santa, que se conserva intacto; el convento de los Dominicanos fuera de la puerta Romana; el Palacio Público, pintado por Baldassarre Croce, y San Francisco, donde se admira un hermoso Cristo muerto, obra de Sebastián del Piombo según un diseño del divino Miguel Angel.

El monte Cimino, junto al cual está situado Viterbo, es una alta montaña compuesta de diversas substancias volcánicas, amontonadas en desorden, y tiene un fecundo suelo, como lo muestran sus grandes castaños y plantas silvestres que lo cubren. También es agradable para un viajero naturalista el Bulicame, que es un lago de agua caliente cerca de la ciudad, que despide un olor á azufre, y el lago de Vico, llamado antiguamente el lago Cimino, que está á la bajada de la montaña y que consiste en una porción de agua como de unas tres millas de circuito, rodeado de hermosas colinas cubiertas graciosamente de plantas selváticas.

Montefiascone, famoso por su rico vino moscatel y por el saludable clima que goza en la altura de una elevada

montaña, donde está situado, es una ciudad de pocos habitantes y poco cómoda por su declive. Domina tantos lugares con su poblado, que, vista desde lejos, parece que fuese una gran capital, como lo fué en tiempos pasados. El camino que viene de Viterbo es abundante en tierra volcánica. Notables son en esta ciudad la cúpula de la Catedral y la iglesia de San Flaviano, donde se encuentra la tumba de un famoso bebedor, del cual se cuenta que, empinándose grandes frascos de generoso moscatel y repitiendo cada vez *est, est, est,* quedóse con su *est* en la boca, oprimido por el exceso del vino; y su mozo, para inmortalizar la memoria y para instrucción de otros, hizo poner una lápida en su sepulcro con esta inscripción: (1)

"Es bueno, bueno, muy bueno;
Pero tan buena bebida
Cortó en esa dulce nota
A mi buen señor la vida."

Bolsena es una pequeña aldea levantada sobre las ruinas del famoso *Vulsinium*, antigua capital de los Volscos, y una de las principales ciudades de la Etruria. El centro de esta aldea nada tiene de particular, á no ser un antiguo sepulcro que está en el patio de la iglesia; pero el exterior tiene puntos de vista deliciosísimos. El Lago, por ejemplo, que tiene una circunferencia de cerca de treinta millas y se costea por un largo trecho, presenta al espectador dos hermosos islotes, uno de los cuales es habitado y se cultiva. En el camino y no muy lejos del lugar se encuentra una co-

(1) *Est, est, est:* et propter nimium est dominus meus... mortuus est.

lina llamada de Kircher, que es un montón natural de columnas de prismas regulares de basalto, de figura generalmente hexagonal y planas en las extremidades; tienen casi todas una posición inclinada y una buena parte fuera de la tierra, cosa verdaderamente digna de verse y admirarse. Agradable es todavía hasta cierto punto la vista de Orvieto, país bastante célebre por la suavidad de sus vinos, y por la Catedral, cuya espaciosa fachada, rica en escultura y mármoles en mosaico, fué construída en gran parte por el Pisano. Signorelli pintó una de las dos capillas, en la cual el gran Miguel Angel acostumbraba hacer su ordinario estudio y decía que ella era *su escuela.* Raro es también en Orvieto un pozo cavado en la toba á la profundidad de 150 gradas, á donde se baja por una escala de caracol, que recibe luz de cien ventanillas laterales, y se sube por otra semejante del lado opuesto. Bolsena no carece de productos volcánicos y su mismo lago se cree que ha sido el cráter de algún volcán apagado en tiempos muy anteriores.

San Lorenzo Nuevo es un pequeño país que se levanta en la cima de un monte, en donde se encuentra una vasta llanura, que presenta en el fondo y en su más hermoso aspecto el pintoresco Lago y las amenas campiñas de Bolsena. Al subir sus collados se encuentran los escombros y ruinas de la antigua ciudad llamada hoy San Lorenzo Arruinado, la que mandada derribar á causa de su aire malsano, fué reconstruída en la cima del monte, donde la hemos descrito.

De San Lorenzo Nuevo fuimos á dormir en la tarde del cinco á San Quirico, pasando por Acquapendente, la No-

vella y Radicofani. Acquapendente es una pequeña ciudad no del todo despreciable; sus casas no carecen de hermosura y gusto; sus habitantes son bastante educados y trabajadores. Fuera de lo construído al lado de la Toscana, el naturalista encuentra en qué recrearse en las cascadas de agua que dan nombre á la ciudad. Vése un abundante torrente precipitarse desde una grande altura entre escarpados escollos que se suceden unos á otros en grata variedad.

La Novella es una simple posada, agrandada recientemente y construída casi de nuevo á las orillas del Radicofani para comodidad de los pasajeros. Es hermosa y ofrece bastantes comodidades para dormir; pero desgraciadamente su aire en verano es muy malo y dañoso para pernoctar.

Radicofani es un pequeño castillo sobre una elevada montaña, pendiente y enriscada, que la domina con sus escarpadas puntas, que le dan una subida bastante difícil. Este es el primer lugar que existe en los confines de Pontecentino cerca de Novella, en donde terminan los Estados Pontificios y se entra en la Toscana. Sus casas son tristes y forman un pequeño poblado que nada tiene de admirable para el viajero; pero en sus contornos hay mucho que notar. Sus aguas son muy limpias y saludables, muy frescas aún en el rigor del verano. En las fortificaciones se encuentra una capa de piedras; por lo que se cree que ha existido algún volcán. En sus arroyos que corren hacia la Toscana se encuentran piedras de todos tamaños y de variado color, que se emplean en los mosaicos. De la parte de Roma causan miedo tantos despeñaderos de la enris-

cada montaña hasta Pontecentino, en donde se encuentra la línea divisoria entre los Estados Pontificios y la Toscana que vamos recorriendo. Parece que la naturaleza misma haya querido dividir ahí los dos Estados y haya puesto los despeñaderos y las asperezas de aquella montaña para defensa de ambos.

San Quirico no es más que una simple aldea, pero muy grande y poblada, colocada en la cima de un collado donde se goza de un buen aire y de la hermosa vista de Montalcino, pequeña ciudad también sobre una colina artificiosamente cultivada, y abundante en moscatel clarificado. De la otra parte están la Pienza y Montepulciano, dos pequeñas ciudades, famosas en la historia, la primera por haber sido patria de Pío II, que le cambió el nombre de Fortignano en el de Pienza, y la segunda por ser rica en delicados vinos, de los cuales dice Redi en su Ditirambo:

"*Montepulciano d' ogni vino é il Re.*"

Montepulciano es rey de todo vino.

En San Quirico encontramos un clero muy educado. Presentóse muy pronto á hacernos visita, encabezado por el Sr. Arcediano Don José Licciuoli, quien invitó al Vicario Apostólico á su casa y le dió alojamiento con toda comodidad. Al día siguiente, que era festivo, se tomó la molestia de hacernos celebrar la Misa en su iglesia por la madrugada, y después de ella nos brindó con chocolate y café á nuestro gusto. Este trato afable de cumplida urbanidad, de sincera cordialidad y obsequio es digno de gratitud y alabanza; pues que á San Quirico llegamos como

incógnitos y nos bajábamos apenas del coche cuando el Sr. Licciuoli vino con otros sacerdotes á ofrecer sus servicios al Vicario Apostólico, y, no sabiendo quién fuese, no podía concebir alguna esperanza.

En la mañana del 6, recorriendo á Torrinieri y Buenconvento, fuimos á comer á Siena. Torrinieri es un lugar pobre, que presenta poquísima comodidad. Buenconvento es una poblada aldea en la falda de la montaña y distante 15 millas de Siena. Está sobre el río Ombrone en una situación amena, pero malsana. Sus casas son limpias y la posada, que está cerca de la salida, es cómoda y bien servida.

Siena, donde estuvimos buena parte del día, es ciudad célebre de la Toscana; aquí, como en Florencia y Pistoya, se habla con dulzura y gracia el más elegante dialecto de la lengua italiana. En los tiempos pasados tenía una población de más de 100.000 habitantes; pero hoy apenas llega á 20.000. Esta hermosa ciudad está construída en forma de una estrella de seis puntas en la cima de un collado tobáceo, en medio de otras agradables colinas de aspecto pintoresco. Su radio es de cerca de cinco millas y parece que está todo sobre el cráter de un volcán apagado, donde los terremotos han dado muchas veces terribles sacudidas. Su construcción no carece de grandiosos edificios, palacios y hermosas casas. Sus calles son curvas y de piso disparejo. La catedral es el mejor edificio que se admira en Siena como obra perfecta en su género. Es de arquitectura gótica; sus variados mármoles, de los que ricamente está incrustada, tanto dentro como fuera; sus dos columnas de pórfido que están en la fachada; la pila de

agua bendita, de estilo griego; el hermoso púlpito de mármol africano, labrado con bajos relieves de esmerada delicadeza; el pavimento formado en mosaico y en parte entallado; los bustos de los Papas en la nave del medio; y tantas pinturas y estatuas de los primeros maestros del arte, que se ostentan en la capilla Chigi y en todo el templo: hé aquí lo que sorprende al espectador que la examina. Bellísima es también entre las iglesias de segundo orden la de los Agustinos, donde están los magníficos cuadros de Romanelli, de Carlos Maratta y del Perugino. La librería anexa á la Catedral, llamada Sala de Rafael, en la que se encuentran las pinturas al fresco de este sublime genio, y de Pinturicchio, su discípulo, un antiguo grupo de la tres Gracias y un mausoleo moderno de muy buena escultura; la torre del Mangia, en cuya altura se descubre la extensa campaña hasta Radicofani; el Teatro; el colegio Tolomei; el Palacio Comunal, rico en pinturas de célebres autores y adornado con una hermosa plaza, que representa la concha de un caracol, son los otros edificios que figuran en Siena después de sus principales iglesias.

Sus habitantes se distinguen por la vivacidad de su espíritu y por su carácter franco y alegre. Hablan, como hemos dicho, con la dulzura de una delicada pronunciación y con los más suaves encantos del arte, el más elegante y más puro dialecto de la lengua italiana: y las memorias que los conocedores de ellos han publicado, les han dado mucha celebridad en la República de las letras. Son industriosos y activos en la agricultura, pero tienen la desgracia de poseer un territorio, si bien abundante en minas,

canteras de mármol y aguas termales, estéril á causa de la creta, exceptuando la llanura de Arbía, que es suelo bueno y fértil. El carácter descrito de los senenses no es muy superior al de sus mujeres, las cuales, además del mérito de sus encantos, son, como los hombres, de mucha vivacidad y brío; acostumbradas á la fatiga, industriosas y de un perspicaz ingenio, unido á los atractivos que poseen y á las naturales dotes de la urbanidad y trato, propias de su sexo. Son además un poco curiosas.

Durante nuestra corta permanencia en Siena, Monseñor Brignola y el Superior de los Padres Escolapios nos brindaron muchas atenciones. Nos llevaron á ver las principales iglesias, las plazas y el gran Colegio de nobles, los palacios y los lugares más notables de la ciudad. Además, al partir, se dignaron acompañarnos á la distancia de seis millas de la ciudad, donde nos dejaron con desagrado común; pasamos por Castiglioncello y dormimos en Poggibonzi deliciosamente, más por cansancio y fatiga del cuerpo que por la comodidad de la posada; ya que Castiglioncello, Poggibonzi, Tavernelle y San Casiano son cuatro pequeñas poblaciones entre Siena y Florencia, que no ofrecen comodidad alguna al pasajero que ahí pernocta. Sin embargo, están en una situación agradable y amena, especialmente San Casiano y Poggibonzi. El primero es un pueblo considerable en la cima de una fértil y bien cultivada colina, y el segundo una aldea más poblada y sita á la falda de otra colina un poco menos agradable que la primera.

En la tarde del 7 llegamos á Florencia, donde estuvimos todo el día 8 con el mayor placer que puede desearse,

por las muchas cosas que alegran al viajante en aquella amenísima residencia; porque Florencia, capital de la Toscana, situada á poca distancia del Apenino, en una fértil y agradable llanura, bañada por el Arno, que la divide en dos partes desiguales, es una ciudad de figura casi oval, de clima templado y saludable y reúne en una circunferencia como de seis millas más de 70,000 habitantes. La construcción de esta ciudad es grandiosa, y el sinnúmero de jardines, de plazas adornadas con fuentes, de columnas y de estatuas aumentan su magnificencia y estimación. Sus calles son bien distribuídas, grandes, ventiladas, y adoquinadas á la moderna, y las antiguas con grandes trozos de piedras cuadradas, las que desde el siglo XIII, en que fueron hechas, han tenido necesidad de poquísimas reparaciones. Juntando á la grandiosidad de las calles la regularidad de sus majestuosos edificios que las adornan de uno y otro lado, encontramos que Florencia es una de las más hermosas y agradables ciudades de Italia, en donde se encuentra la comodidad de la vida en todo género, la belleza de las casas y mucha honradez por el carácter pacífico de sus habitantes. Tiene dos castillos y una gran muralla que defienden la población de cualquiera invasión ó asalto exterior del enemigo.

La Iglesia Metropolitana, que tiene por título Santa María de la Flor, de arquitectura gótica con diseños de Arnolfo de Lapo, es el primer edificio sagrado en toda Florencia, tiene 426 pies de largo y 363 de ancho. Su soberbia cúpula octógona, de 140 pies de un ángulo á otro, terminada por Brunelleschi; la meridiana una de las más célebres del mundo; el hermoso dibujo del pavimento en

mármol de varios colores; las pinturas, las estatuas, los bajos relieves, los grupos de Miguel Angel y de otros insignes maestros del arte que se admiran en este vasto edificio, y su interior todo incrustado de mármoles de excelente obra, unidas al campanario de 280 pies de alto con admirable estructura, dan á esta iglesia un valor y mérito singular.

El defecto, sin embargo, que se hace notar en esta iglesia, es que todas las bellezas del interior ya enumeradas son muy inferiores al ornato del exterior, el que parece un verdadero bordado en mármol: y después que se ha admirado la magnificencia de éste, la vista se siente desagradada al ver el interior. La sola cúpula, tanto por su construcción y grandeza, como por las pinturas exquisitas del Zuccheri y de Jorge Vasari, es la parte que satisface totalmente al espectador. Por eso cuentan los florentinos que cuando Miguel Angel Buonarrotti debía levantar la cúpula de San Pedro en Roma, quiso primero ver la de Florencia y después de haberla considerado atentamente, exclamó:

Voy á Roma y haréte allá una hermana
Mayor, más no tan bella ni galana.

Pero el hecho es que la inmensa cúpula de San Pedro, elevada á 616 palmos de la tierra hasta la punta de la cruz, no sólo es más grande, sino infinitamente más hermosa y perfecta en toda sus partes; lo que no puede decirse de la cúpula de Florencia, la que en el exterior debe todavía concluírse. Defecto es éste, que se nota en otras iglesias también de aquella Metrópoli, en las cuales falta á casi todas la fachada.

Las otras iglesias que merecen verse en Florencia son el Bautisterio de la ciudad, que es el antiguo templo de San Juan Bautista, construído en figura octogonal, enfrente de la misma Iglesia Metropolitana, y está incrustado de mármol por el lado de afuera de diseño gótico. Tres grandes puertas de bronce con bajos relieves de mucho valor constituyen el ingreso; la puerta principal tiene también dos columnas de pórfido que acrecientan su suntuosidad y belleza. Dentro de la iglesia se encuentran otras 16 columnas de granito, que están colocadas al rededor del templo formando elegante figura. Los adornos de bronce, las estatuas, la bóveda de mosaico, los túmulos de hombres ilustres que hermosean el templo, despiertan el buen gusto y la atención del espectador.

La iglesia de San Lorenzo, arquitectura de Brunelleschi, es admirable en todo. El altar mayor es de piedras y mármoles preciosos, y dos púlpitos con bajos relieves en bronce, del Donatello. La sacristía nueva es dibujo y arquitectura de Miguel Angel, y se encuentran en ella admirables cuadros de los que produjo este genio singular. Entrando en la Capilla Real, que está detrás del coro, el espectador queda sorprendido. Está incrustada de mármoles finísimos, de madera petrificada, de jaspes, ágatas, calcedonias, lapislázulis y otras piedras preciosas: es rica en majestuosos sepulcros y estatuas de bronce de tamaño mayor que el natural, hechas con mucha delicadeza y buen gusto. El único defecto de esta capilla es no estar concluída, y el deseo, principalmente de los amantes de las cosas perfectas, es que la munificencia del Augustísimo Príncipe, tan benemérito de las artes y que busca siempre

cómo animarlas y promoverlas y la cooperación de la Nación Florentina, que es también benemérita en cierto modo y las ha cultivado con ventajoso provecho, perfeccionen tan precioso monumento, que por la maestría de su fábrica no tiene otro que le sobrepuje en magnificencia ni estimación.

La iglesia de San Marcos y el convento anexo de los Dominicanos, son famosos por la capilla donde está el cuerpo de San Antonio con una hermosa estatua del mismo santo, de Juan Bologna. Son notables también los cuadros de Fr. Bartolomé della Porta y otros célebres pintores; los regios sepulcros de Pico de la Mirandola y del Poliziano; la gran Librería, la Farmacia y muchas otras obras preciosas que adornan aquel local con agradable magnificencia.

El majestuoso templo de la Cruz es admirable por las obras maestras del Donatello, del Giotto, Salviati, Vasori, Allori y otros autores. Hermosísimos son para los amantes de las artes los sepulcros de varios hombres ilustres como Miguel Angel Buonarroti, Leonardo Bruni, Aretino, Nicolás Machiavello, Micheli, el célebre naturalista, Galileo y Victorio Alfieri, obra del inmortal Canova, arrebatado improvisadamente á la Escultura con pérdida irreparable. En el coro, en la sacristía y en todo el convento se ven varios hermosos cuadros de la pintura que renace en las obras de Giotto, de Cimabue y Margaritone. La capilla Pazzi del Brunelleschi, situada en el claustro, es también estimada por los entendidos en arte.

El templo de San Esteban llama la atención por su noble arquitectura del Brunelleschi y por el altar mayor de

Michelozzi. Todos Santos es una iglesia que tiene muchos buenos cuadros. La iglesia del Carmen, nada apreciable en sí misma por su pobre arquitectura, tiene la gloria de conservar las pinturas del Mosaccio en la Capilla de la Virgen, la cúpula pintada por Lucas Giordano; y los bajos relieves de Faggini. Una de las más hermosas iglesias de Italia es la de Santa María Novelle que el Buonarrotti solía llamar *La Esposa*. En ésta cada capilla presenta un cuadro de excelente pintura. La Farmacia y todo el vastísimo convento, presentan también objetos de sumo precio á los amantes de las artes.

Entre los muchos palacios que en Florencia llaman vivamente la atención, sin duda alguna el más admirable es el de los Pitti, construído según planos del Brunelleschi. En su patio trazado por Ammanato, se encuentra un Hércules, obra griega bastante maravillosa, atribuída á Lisipo. Las habitaciones están ricamente adornadas con estatuas de óptimo cincel; y pinturas al fresco de eximios maestros embellecen los cielos y cornisas de las mismas. El frente de la otra parte de la entrada, hacia el contiguo jardín de los Boboli, y este mismo jardín (el más hermoso de Florencia) acrecientan la magnificencia y belleza de este grandioso edificio,

De no menos valor es también el Palacio Viejo, que tiene al lado una alta torre que se considera como un prodigio del arte. Apenas se entra en el recinto de este palacio, se encuentra una majestuosa plaza adornada de hermosas estatuas, que parecen cortejar la grande estatua ecuestre de Cosme I, hecha por Bologna con toda la finura del arte. Hay también en la plaza una fuente muy es-

tipada por un grupo que representa un Neptuno colosal en el medio de ella, con caballos marinos, tritones y ninfas de bronce al rededor de la gran taza. A la entrada del palacio se admiran David vencedor de Goliat, de Miguel Angel; el Hércules y el Caco de Bandinelli. En el interior es digna de notarse la gran sala del Consejo con pinturas al fresco de Vasari, las estatuas de Rossi y Bandinelli, y la Victoria de Miguel Angel.

La Sala de los Lanzi y la de Jorge Vasari, la plaza de la Anunciación, la Columna que sostiene el simulacro de la Justicia en la plaza de la Trinidad y los palacios Riccardi, Strozzi, Coppini, Corsini, Salviati, Buonarrotti, Rucellai, Brunaccini, Altoviti, Orlandini, Mozzi y muchos otros presentan á los amantes de las artes y de las ciencias magníficos monumentos.

La Galería de Florencia, célebre en toda Europa, es el edificio que contiene la más rica colección de estatuas, bajos relieves, cuadros, piedras preciosas, medallas, y otros extraños y ricos monumentos de la antigüedad. Las obras maestras de escultura antigua son la Venus de los Médicis, la Venus casta, Apolo, el Fauno danzante, los Luchadores, el Amolador, el Hermafrodita, la Niobe, Diana, Venus en el baño, Venus generadora, Venus vencedora, el Atleta, Cupido y Psiqué, el Atleta y Ganimedes, Baco y un Fauno, Venus y Marte, Endimión, Pomona, Mercurio, Leda, Hércules luchando con el Centauro, la Bacante, las dos Agripinas, el Ídolo Etrusco, y Lucumene, hechas por los primeros maestros del arte. En el género de escultura moderna las obras maestras son el Baco de Miguel Angel y la hermosa copia del Laocoonte de Bandi-

nelli. En materia de cuadros, que están dispuestos según el orden de las escuelas, está la célebre Venus del Tiziano, San Juan en el desierto de Rafael, la Virgen arrodillada del Correggio, el descendimiento de Andrés del Sarto, varios cuadros de Rubens y obras maestras de célebres autores. Aumenta también el mérito de esta riquísima Galería la extraordinaria colección de medallas griegas y latinas, medallones, piedras preciosas y camafeos, que se encuentran en el brazo ó Galería contigua.

Lo más estimado por los naturalistas en Florencia es el Gabinete Físico y el Real Museo de Historia Natural, donde se encuentra lo perteneciente á los tres reinos de la naturaleza: animal, vegetal y mineral. En toda Europa no existe un estableciento igual á éste, principalmente por los preciosísimos trabajos anatómicos hechos en cera por mano prodigiosa que ha sabido vencer á la misma naturaleza. Yo habría deseado muchas obras menos ó que estuvisen con más celo guardadas para la vista de pocos; pues que la entrada, que se da también á los jóvenes en este Gabinete, principalmente con el pretexto de instruírse en las respectivas clases de anatomía, no me parece del todo laudable. A la verdad, los objetos más impresionantes, que superan la realidad de la misma naturaleza, de quien ha sabido corregir los más pequeños defectos, presentados sin la defensa de algún velo á la ardiente juventud, no pueden menos de encender la fantasía, y en lugar de instruír á los jóvenes en el estudio de la naturaraleza y de las artes, corren riesgo de sacrificarlos al vicio y perderlos desgraciadamente para siempre. El delicadísimo y cuidadoso estudio de ciertos objetos ó no se permi-



te enteramente á los jóvenes ó se les concede con suma cautela, ya que las cosas que se ven, hieren con más fuerza y dejan mayor impresión en los órganos de nuestros sentidos que la que dejan las cosas que se leen ó se oyen simplemente. No todos los objetos, decía Horacio en la instrucción á los Pisones, son permitidos á las miradas de cualquier público y es necesario suplirlo con el arte prudente de un avisado lector, para proveer á la decencia y delicadeza de las cosas. He aquí la valiosísima advertencia:

....Nunca huella
Tan profunda en el alma deja un lance
Que el oído trasmite, cual de cerca
Si los ojos lo ven, fieles testigos,
Y el concurso á sí propio se lo cuenta.
Pero no cuanto adentro ocurrir debe
A los ojos del público aparezca;
Mil cosas no han de verse, que á su tiempo
Hábil actor referirá en la escena. (1)

(*Trad. de R. de Miguel*).

Pero dejemos estas digresiones y volvamos á nuestra hermosa Florencia. Sus particularidades son indescriptibles. La Biblioteca de los Médicis, la Marucelliana y la Magliabecchina abundan en manuscritos; libros del siglo

(1) Segnius irritant animos demissa per aurem,
Quam quæ sunt oculis subjecta fidelibus, et quæ
Ipsi sibi tradit espectator: non tamen intus
Digna geri promes in scenam, multaque tolles
Ex oculis, quæ mox narret facundia præceps.

(*Art. Poet.*)

XV, códices y otros raros manuscritos antiguos. La Academia de la Crusca, que se reúne en la sala de esta última Librería, la Academia de las Artes, la Sociedad Real Económica y tantos otros estudios de Ciencias y Artes que se encuentran en Florencia, producen grandes alumnos en todos los ramos. Las tipografías, las manufacturas y los trabajos en todo género, recomiendan mucho el buen gusto, el ingenio y la refinada industria de la Nación Florentina, haciéndola pasar por una de las más cultas y activas de Europa.

Por los indicados méritos de la hermosa Florencia, que son verdaderamente singulares, muchos viajeros ilustrados y de buen gusto prefieren la residencia de dicha ciudad á la de Roma, pues que en Florencia se encuentra siempre á mano y en grande abundancia todo cuanto puede desearse para los placeres y comodidades de una vida feliz. El sinnúmero de iglesias y la atenta vigilancia de los sagrados ministros cultivan las buenas inclinaciones de los fieles y santifican el espíritu, mientras éstos alegran sus sentidos y cultivan las facultades intelectuales con la vista de tantos monumentos que por todas partes se admiran. Se goza además en Florencia de una libertad honesta, de buenas costumbres, de un trato sin afectación; gracia y política en la sociedad, afabilidad sin altiveza en los grandes, y una respetuosa sumisión en el pueblo, el que es también alegre y chistoso á su tiempo, Las mujeres no carecen de encantos naturales, amabilidad y gracia en el trato. Parece, en suma, que el decantado carácter de los antiguos atenienses, tan estimado en toda la Grecia, vuelve á revivir en la hermosa Flerencia, Dejo de hablar,

porque me faltaría el tiempo si quisiera enumerar todas sus dotes. Sólo advierto que es una alabanza especialísima de los florentinos el mantenerse en buenas costumbres y trabajadores en medio de tanta multiplicidad de objetos mórbidos y de lujo, como puede exhibir una Metrópoli tan ricamente adornada en todo genero de cosas. Además de los artes internas de la ciudad que se cultivan sin cesar, se ve toda la campiña labrada con la mayor industria por el entusiasmo que recibe del muy amado Príncipe, y por sus muchos jardines y casas-quintas con sus respectivas construcciones, que por un largo trecho parecen una continuación de la misma ciudad; lo cual hizo decir al Ariosto: «Al ver tus colinas llenas de tantas quintas, parece que el suelo mismo las hace germinar como suelen hacerlo los vástagos y retoños. Si dentro de unos mismos muros y bajo un solo nombre pudieran reunirse todos tus palacios, no te podrían igualar dos Romas juntas.»

Incomodan en ciertas horas el canto continuo y las lamentaciones de muchos ciegos que se reúnen todo el año en Florencia; pero aun esto es en conjunto alegre, y forma parte de la pública alegría en una ciudad que no quiere aflicciones ni trizteza de ánimo. Nosotros, el día que estuvimos, lo pasamos sobremanera alegre y contento; pues en la mañana dijimos la misa en la iglesia de Santa Teresa, donde tomamos también el chocolate y visitamos el cuerpo de S. María Magdalena de Pazzi y el interior del Monasterio con permiso especial del Ordinario. Después fuimos á las otras iglesias y á las partes más notables de la ciudad, y de este modo se pasó un día verdaderamente agradable y digno en todo de grato recuerdo.

En la mañana del 9 partimos de Florencia y fuimos á almorzar á las Máscaras, albergue bastante hermoso y que está abierto para comodidad de los pasajeros cerca de la quinta Gerine en la cima de un collado, donde se goza de una agradable vista. En seguida pasamos la cumbre de la montaña más alta del Apenino, el Giogo ó la Travesía, llamada el *tormento* de los cocheros, porque en su altura brama casi siempre un fuerte viento que aumenta de manera tal, que pára muchas veces los coches, y otras los arroja fuera del camino, obligándolos á quedarse á cierta distancia de la salida en alguna de las dos posadas construídas con tal fin.

En el camino hacia Bolonia entre Pietramala y Scaricalasino se ve un montón de piedras, que puede ser efecto de explosiones volcánicas de otro tiempo. A media milla de Pietramala, en un terreno estéril y pedregoso llamado Monte de Fo, se encuentra realmente un pequeño volcán, llamado comunmente *Fuego de leña*, porque de continuo se ve arder, y da una llama más grande y más viva cuando llueve ó el tiempo se prepara para tempestad. Todas las montañas del derredor son estériles y no presentan sino arbustos pobres y plantas de muy poca vida. También á la orilla del camino se encuentran piedras volcánicas, algunas semejantes á las que arroja el Vesuvio en Nápoles; otras tienen además hierro. Las partes más elevadas de esta montaña que quedan á la izquierda caminando hacia Bolonia, parece que hubieran ardido en algún tiempo y dan alguna idea de las altísimas montañas de América, porque aparecen también como montes quemados; lo que demuestra cierta analogía entre ellas y parece

por esto que también nuestras montañas puedan contener algunas de las minas metálicas, de que abundan todas las cordilleras de América. Un naturalista encuentra mucho en que divertirse en dicha montaña y puede mitigar el fastidio y aburrimiento del camino con la contemplación de la prodigiosa naturaleza; agregando á las cosas indicadas que á una media legua de Pietramala se encuentra una vertiente de agua fría, llamada vulgarmente *Agua negra*, á la cual acercando una pequeña luz, inmediatamente se calienta y se inflama; lo que muestra además la analojía de esta montaña con las Cordilleras, que tienen también aguas minerales abundantes en calor, el que se desarrolla y manifiesta con mucha facilidad.

Pasamos la noche en Covigliajo, otro albergue para los pasageros que queda á la mitad del declive de la montaña. En efecto, apenas pasada la cima de élla, el camino es mucho más plano y cómodo por un largo trecho. Se comienza á descender poco á poco y como á la mitad de la bajada queda Covigliajo, posada bastante cómoda y aseada, servida por algunas jóvenes, lo que poco me agradó, porque las mujeres en jeneral no deberían meterse en los negocios de las posadas públicas; mujeres jóvenes, ademas hermosas y bastante vivas ocupadas en los oficios de una posada pública en medio de la soledad de una montaña alpestre, donde acostumbra llegar toda clase de personas, no están bien que digamos. Pero como quiera que sea, el hecho fue que tuvimos que acomodarnos á las circunstancias y pasar ahí la noche, la que transcurrió tranquila para todos.

En la mañana del 10 salimos de Covigliajo bastante

temprano y llegamos en la tarde á Bolonia, habiendo pasado por Pianoro, pequeña aldea que no ofrece comodidad alguna. Aquí nos detuvimos para comer de puro cansancio y por la necesidad que teníamos de reponernos, pues se nos presentó en todas las cosas el verdadero retrato de la miseria: una comida que se nos hizo, fué más para la vista que para otra cosa, por la poca limpieza de las viandas que nos sirvieron.

En Bolonia nos alojamos en casa del señor don Carlos Vizzardelli, profesor de Derecho Canónico en esta Universidad, joven de mucho porvenir en materia de Literatura, y muy cumplido en las reglas de urbanidad y gentileza. Nos trató espléndidamente y nos presentó dos literatos que con nosotros estuvieron á comer. Uno de ellos era el ex-jesuita Dn. Juan Ignacio Molina, chileno, que ha dado á luz pública entre otras cosas las dos Historias, Natural y Civil de su patria. El otro fué el Sr. Abate Mezzofante, hombre de extraordinario mérito, pues que tiene la felicidad de poseer *cuarenta lenguas diversas,* y *casi todas lenguas madres de otras tantas diversas naciones*, hablándolas todas con mucha propiedad y gracia, y así mismo sus dialectos más comunes y usados.

Bolonia, ciudad antigua y una de las más ricas y respetables de los Estados Pontificios que aquí volvimos á ver, está al pie de los Apeninos, sobre el pequeño Reno en un clima agradable y sano, donde en un poblado que tiene cinco millas de circuito, dos de largo y una de ancho, encierra una culta población como de 70,000 individuos. Su construcción es casi toda grandiosa y magnífica, tanto en punto á arquitectura, cuanto por sus muchos adornos.

Los pórticos que flanquean las calles de ambos lados disminuyen la magnificencia de sus buenos edificios. La sola comodidad que de esto se saca, de resguardarse de la lluvia en el invierno y de los ardores del sol en el verano, sin interrumpir el camino emprendido, fué sin duda la que hizo adoptar el uso general de los portales en la mayor parte de las casas. Las calles son casi todas planas, espaciosas y empedradas con solidez y gusto. Los edificios públicos son grandiosos, como lo son también muchos palacios de los primeros señores boloñeses, en los cuales se encuentran reunidas con variedad de arquitectura, comodidad y solidez de construcción y adornos, pinturas que son fruto de los principales pinceles, y colecciones de cuadros raros de los primeros maestros del arte. Osar describirlos sería obra de mucha fatiga y demasiado larga para este ensayo de Historia, el cual incurriría en las censuras de la crítica, sobre todo después de las descripciones que nos han dado Zanotti y otros escritores de las curiosidades de Bolonia. Uno de los más hermosos y magníficos entre los edificios públicos es el Palacio Comunal, que está en la gran plaza; y entre los primeros palacios de los Señores y particulares de Bolonia, muy estimados son: el Palacio Caprara, por su grandiosa arquitectura, y el de los Ranazzi, por la esplendidez de su escalera. Además, el Teatro público, uno de los más bellos y grandes de Italia; la gran Torre Asinelli, de prodigiosa elevación; la otra Torre Garizanda, ó sea la torre inclinada, que se desploma artificiosamente de 8 á 9 pies como el Campanario de Pisa; la fuente de mármol en la plaza del Gigante, trabajo del Bologna, y su obra maestra, que es el Neptuno de

bronce que está en la misma fuente: son otras tantas obras singulares que sorprenden en dicha ciudad la mirada del espectador.

De mérito singular son también casi todos los edificios sagrados de Bolonia, abundantes en mármoles, estátuas, pinturas al fresco y rarísimos cuadros de los célebres autores descritos por Zannotti en su obra titulada «Pinturas de Bolonia.» El más estimado de estos edificios es la Catedral dedicada á San Pedro, la que, además de su noble arquitectura y la grandiosidad de su construcción y adornos, contiene, entre otras pinturas y cuadros de suma estima, tres grandes obras de Ludovico Caracci, y son: la Virgen Dolorosa, San Pedro, y la Anunciación, que fué su última obra. Después de la Catedral llaman la atención: la Iglesia de San Petronio, célebre por su meridiana trazada por Casini; Santo Domingo, en donde se venera el cuerpo de este gran Patriarca; la Iglesia de los Celestinos, construcción antigua y muy suntuosa; San Salvador y San Próculo, en donde se dice que está sepultado un tal Próculo que quedó muerto debajo de la campana, que le cayó en la cabeza mientras la tocaba acostado, y un poeta le compuso un dístico que en su género forma un gracioso juego de palabras. He aquí la traducción:

Distante de San Prócul, animados
De Prócul quedarían aun los restos,
Si de San Prócul la campana ingrata
No le cayera encima con gran peso. (1)

El antiguo monasterio de la Certosa, hoy Cementerio

(1) Si procul a Proculo Proculi campana fuisset,
A Proculo Proculus nunc procul ipse foret.

común, es otro lugar sagrado que llama la atención de los viajeros por el sinnúmero y bien ideada disposición de los hermosos sepulcros que encierra. Obras también sagradas de mucho precio se encuentran en la famosa colección de cuadros y pinturas antiguas de excelente trabajo que se conservan en las regias Galerías Aldrovandi, Magnani, Marescalchi y Zambeccaria en San Pablo.

Bolonia es llamada por antonomasia *la Docta* por su no interrumpida celebridad en las artes y ciencias, cuyos locales están provistos de todo lo necesario. La Universidad la Casa de Estudios, el Museo del Instituto, el Observatorio, el Teatro Anatómico, la Sala de Obstetricia, el Gabinete Botánico, la Bibloteca Lambertiniana, creada por el Papa Lambertini de Bolonia, abundantes en muchos miles de preciosos volúmenes y de manuscritos muy estimados, son como otras tantas escuelas ó públicos Ateneos para el progreso de las ciencias y de las artes. Los boloñeses en medio de la seria cultura de las artes y ciencias saben ser alegres y joviales, de un carácter franco y emprendedor, amantes de los espectáculos y diversiones públicas, como lo son también todos los italianos por la vivacidad de sus ideas y su natural siempre animado y alegre. Del mismo temple son también las mujeres boloñesas, las que no carecen tampoco de belleza y elegancia. Tanto los unos como las otras, además de los trabajos domésticos de la ciudad, son muy dados á los trabajos del campo, á cuya fertilidad natural saben agregar la de la industria y arte, lo que hace aparecer como otros tantos jardines de amenísimos lugares los campos que rodean la ciudad. Los trabajos de seda, de gasa, de todo género de flores y de

otras manufacturas constituyen un ramo de comercio en Bolonia; donde se trabajan además exquisitas confituras, rosoli y otros finísimos licores. Y sus estimadas *mortadelas* (1) son alabadas en toda Italia por los gastrónomos y otros inapelables jueces del paladar, quienes saben procurarse de todas partes las mejores cosas para contentarlo á sus anchas. (2)

Estuvimos en Bolonia todo el día 11, porque, habiendo enfermado en Pianoro el Padre Raimundo Arce, tuvimos que ponerlo en cama para hacerlo curar. Pero la mañana del 12 partimos á la madrugada y llegamos como al mediodía á Módena, donde estuvimos hasta la noche, pudiendo así el Padre Arce, aunque todavía enfermo y debilitado por los purgantes, reposar y restablecerse con el sueño.

Módena es una graciosa ciudad como de 26,000 almas, situada en una fertilísima llanura, y es capital del ducado del mismo nombre. Tiene hermosas calles empedradas con guijarros de ríos, á las que no corresponden sin embargo los pórticos colaterales, que son bastante inferiores; también los antiguos edificios no son de muy buen gusto, ni es tampoco muy estimable la construcción de las casas antiguas que los separan. Por eso, de algún tiempo acá se han venido reformando todos los edificios de los ricos y al presente se divide dicha capital en ciudad *Nueva* y *Vieja*. El edificio más respetable es el Palacio Ducal,

(1) Especie de salchichón muy fino.

(2) Omnia conductis cœmeno opsonia nummis,
Ne gallina malum responset sola palato.
Hor. Fl. Sat. 2. lib. I. et Sat. 4. lib. 2.

construído en la parte más hermosa de la población con cuatro órdenes de arquitectura: Dórico, Jónico, Corintio y Compuesto, complicación que, no habiendo sido exactamente ejecutada, lo ha dejado más magnífico que perfecto. En el poco tiempo que aquí estuvimos, antes que llegase la hora de comer, habiendo salido el Vicario Apostólico con el Sr. Canónigo Mastai por asuntos particulares, fuí yo solo á ver dicho palacio, y mientras consideraba la grandiosidad de la escalera, visto por acaso del Mayordomo ó Decano, quien quiera que fuese, con toda cortesía me invitó para observar también el interior, el que encontré del todo correspondiente á la grandiosidad de la escalera, especialmente la habitación de la señora Duquesa. Como ésta se hallaba en el campo, pude verlo en todos sus pormenores, comprendiendo también su pequeño tocador, adornado con cuadritos de las más hermosas vistas de Roma y de otras capitales, lo que indicaba su buen gusto. Encontré todos los departamentos construídos como otros tantos palacios, con grandiosos salones y salas magníficas, dispuestas una después de otra con la entrada en la misma dirección; pero no encontré la rica colección de cuadros y hermosísimos muebles que en otro tiempo los adornaban; porque es sabido que Augusto rey de Polonia, compró, hace muchos años, ciento de los mejores cuadros por 50.000 £., y las otras riquezas y muebles preciosos fueron llevadas para otras partes, en las pasadas calamidades y funestas vicisitudes de Italia. Lo que todavía se ve en los monumentos antiguos es la Eneida pintada por Nicolás dell' Abbate. Pero la constancia de estos serenísimos Príncipes, tan amantes de las artes y ciencias, hace

que este vasto edificio vaya recuperando otros monumentos preciosos, y se espera que después de algún tiempo pueda establecerse con objetos de igual mérito y valor que los primeros. Otros edificios importantes son: la Biblioteca, rica en manuscritos y ediciones rarísimas; la Universidad, antes Liceo de gran fama; el Colegio de educación, muy bien organizado; el Teatro público, bien decorado y hecho á imitación de los antiguos anfiteatros, y las Iglesias de San Vicente y de San Agustín. Antes de éstas está la Catedral que, si bien es un edificio antiguo y obscuro y de arquitectura gótica no del todo pura, es sin embargo un gran edificio, donde entre otras pinturas se conserva el famoso cuadro de la Presentación de Cristo al Templo de Guido Reni.

Módena es célebre en la Historia por haber dado asilo á Decio Bruto después de la muerte de César; pero aún más por haber sido la patria de Sadoleto, Sigonio, Castelvetro y Muratori. Los modenenses se han distinguido mucho en las armas y como en la mitad del siglo X obtuvieron una completa victoria sobre los boloñeses, que fueron deshechos en el centro mismo de su ciudad, como sabemos por el poema de Taconi, otro célebre modenense. Tiene esta ciudad fertilísimos campos, cultivados con actividad é industria. Su agua potable es de óptima calidad, y á poca distancia se encuentran también aguas termales; y un canal navegable que conduce al Pó, el río más grande de Italia, forma una de las más valiosas riquezas de Módena. Se estima también mucho el petróleo de su campiña, bastante conocido en el extranjero.

La noche del 12 la pasamos en camino y con bastante

incomodidad. Quisimos restablecernos en cierta hostería; pero el diguísimo hostelero, por no hacer injusticia á su nombre, que en latín significa *enemigo* (1), no quiso darnos ni un trago de agua que le pedimos. De aquí proseguimos el camino y llegamos en la mañana á Parma.

Esta capital del ducado del mismo nombre, edificada á la orilla de un río que la divide en dos partes, rodeada de murallas y flanqueada por fuertes baluartes con una fortaleza incapaz de una seria resistencia, es una hermosa ciudad, situada en un fecundo suelo como de cuatro millas de circuito, con 30,000 habitantes. Sus principales calles son hermosas, principalmente las que atraviesan de un extremo á otro la ciudad, pasando por las plazas y el puente. Sólo falta á estas calles el ornato correspondiente de los edificios, de lo que carecen también las plazas, aunque no de grandeza que es bastante proporcionada. Los edificios importantes son: la Catedral, el Baptisterio, San Juan Evangelista y la hermosa iglesia de la Estacada, en la que entre otros insignes cuadros se encuentran las obras maestras de Corregio, que representan el Descendimiento de Jesucristo de la Cruz y el martirio de varios Santos, recuperadas no ha mucho de la Francia que las había robado en tiempo de Napoleón. También en la Catedral, templo vasto y magnífico, construído al gusto gótico, entre otras pinturas del Correggio, se conservan los admirables frescos de este genio creador y singular. Las otras pinturas son del Parmegianino y de otros célebres autores.

(1) El italiano *oste* (hostelero) es muy parecido al latín *hostis* (enemigo).

Después de las iglesias, uno de los edificios más singulares es el gran Teatro, hecho según dibujo de Magnani, de 300 pies de largo y capaz de contener 9,000 espectares, y de tal manera, que cada uno de ellos goce de toda la vista del escenario. Del fondo del Teatro á la extremidad opuesta se oye todo, aunque se hable en voz baja, y si ésta se levanta no hay eco ni confusión. Merecen verse la Biblioteca, que conserva un buen fresco del Correggio, y la Academia, donde, además de las soberbias pinturas de Schidone, se admiran las estatuas antiguas, encontradas en las excavaciones de Veleja en el Placentino, los frescos quitados de las paredes de las Corporaciones suprimidas, y la insigne obra maestra del Corregio que representa á la Virgen con su divino Hijo, Santa María Magdalena que le besa los pies con respetuoso afecto, San Jerónimo y dos ángeles. También este cuadro había sido robado por los franceses en la colección que fué hecha por Bonaparte en París. Llaman también la atención de los viajeros de buen gusto la Tipografía Bodoni, que ha dado gran impulso á la imprenta; la Universidad, madre fecunda de los más ilustres literatos; el Palacio Ducal, aunque no esté concluído; y, saliendo de la ciudad, el Palacio-Jardín, así llamado por los jardines que lo rodean. Es de noble y regular arquitectura y abundan en sus departamentos excelentes pinturas de Caracci, Cignani y otros buenos pintores, y subiendo á la azotea, se descubren hermosos paisajes que sorprenden totalmente la vista. Todo esto manifiesta la actividad é industria de los Parmesanos, que, además de ser trabajadores en la ciudad y en el campo, cultivan también la literatura y las artes; son

afables y corteses, y ofrecen á los extranjeros una urbana y culta sociedad. También las mujeres son del mismo carácter, al cual saben unir los encantos de una modesta vivacidad y dulce atractivo de espíritu. Pero, más que todas estas cosas, que son ciertamente agradables, se saborea en Parma el delicado Parmesano que se trabaja en los campos, de cuyos sabrosos pastos alimentado el ganado produce la rica leche: *et pressi copia lactis.*

Salidos de Parma después de haber almorzado, fuimos á pasar la noche del 13 á San Donino. en donde encontramos una regular población y una iglesia gótica no despreciable. Es ésta una pequeña ciudad sobre el río Stirone, en la que nada de notable se encuentra, fuera de ciertos monumentos ó ruinas que se ven á pocas millas, que se creen ser de la antigua Julia Crisópolis. La iglesia de San Donino y el antiguo Colegio de los Padres Jesuítas merecen la atención de los viajeros eruditos.

En la mañana del 14 pasamos por Firenzuola, donde tomamos el café; de aquí por Placencia, en donde almorzamos, y fuimos á dormir al Castillo de San Juan, pequeña aldea en donde encontramos una población bastante deseosa de ver y de informarse de los forasteros. Nos rodearon apenas nos bajamos del coche para ir á la iglesia, y muchos corrían adelante para observar de cerca el rostro y la persona del Vicario Apostólico, estorbándonos así el camino. Pero lo que más nos disgustó en esta parada, fué la mala posada donde dormimos, más por cansancio y necesidad del cuerpo, que por la comodidad del alojamiento en aquellas camas de hierro que despedían olor á hospital.

Sólo el Padre Arce despertó en la misma postura en que se había acostado.

Firenzuola es una aldea de la provincia de Basseto, colocada en una hermosa situación, como á doce millas de Placencia y cerca del lugar donde Sila destruyó el ejército de Carbón. A poca distancia de Firenzuola se ve el gran monasterio de una antigua abadía cerca de la vía Flaminia.

Placencia, rica, hermosa y agradable ciudad, como lo indica su nombre, cuenta como 25,000 habitantes, industriosos y activos, como lo muestran las riquezas y fertilidad del lugar. Puede decirse que esta ciudad está toda construída sobre el Pó en una deliciosa llanura, donde la risueña situación y el aspecto alegre del campo, el orden, la variedad y magnificencia de los edificios, correspondientes á la belleza de sus calles, se reúnen con admirable armonía para engrandecer la construcción y hacerla verdaderamente agradable y propia de su nombre. La antigüedad de esta ciudád se remonta á los primitivos tiempos de la población de Italia; pero tiene la desgracia de no conservar ningún monumento por las guerras á que ha estado sujeta desde los tiempos de los cartagineses hasta las últimas revueltas de Italia, en las cuales algunas de sus iglesias, aún las más insignes y antiguas, han sido convertidas en usos profanos. Pero las que han quedado no carecen de verdaderos tesoros en materia de cuadros y de pinturas de los principales maestros del arte. En la Catedral se admiran los valiosísimos frescos de Ludovico Caracci, de Franceschini, de Camilo Procaccini, de Guercino da Cento, de Bignani, Landi, Marazzone y Pordenone. En San Juan del Canal se observa el Camino

del Calvario de Landi y la Presentación al Templo de Camuccini. Hermosas pinturas se conservan también en la iglesia de Nuestra Señora de la Campaña, en la de los Canónigos Regulares de San Agustín, construída según dibujo de Vignola. Con planos de este nuestro primer maestro de arquitectura fué construído el Palacio Público, cuyo interior está muy bien distribuído. También las dos estatuas ecuestres de Ranuccio y Alejandro Farnese, fundidas en bronce por Francisco Mocchi y puestas como ornamento en la plaza principal, merecen ser vistas por todo viajero ilustrado.

La antigua vía Flaminia, hecha bajo el consulado de Lépido y Flaminio, comienza desde Placencia, y pasando por Parma, Módena y Bolonia, va hasta la Emilia de la Romaña con un camino de lo más risueño y alegre y sembrado de amenas vistas de todas partes.

En la mañana del 15 entramos al Piamonte, encontrándolo de esta parte fértil y bien cultivado, No se ven allí personas petulantes y en las aduanas en encuentran empleados de buena fe. Nosotros, por ejemplo, que tuvimos que extender la mano en casi todas las aduanas precedentes, por no ser retardados en nuestro camino, pasamos la primera aduana del Piamonte, que suele ser siempre la más rigurosa en todos los Estados, sin ser registrados, conformándose con lo que les decíamos que nada teníamos de lo que pertenece á las aduanas, y por más que yo me empeñase, después de este acto de benevolencia no pude obtener que alguno de los guardias de la aduana aceptase algunas monedas; cosa rarísima, que no me había acontecido nunca en todos mis viajes en las oficinas de aduanas,

donde generalmente se estudia la manera de arrancar á los pasajeros lo más que se pueda con los excesos de registros rigorosos con que se les amenaza, aunque nada tengan de contrabando; cometiendo así una verdadera supercheria con los honrados pasajeros y facilitándose los más notables fraudes á los que están prontos á presentar monedas, según la codicia que muestran las registradores aduaneros.

El primer país que se encuentra por este camino hacia los confines del Piamonte, es Stradella, donde había entonces una pequeña feria bien reglamentada. Aquí tomamos el café en una venta pública, encontramos un billar de buenas troneras, y una hermosa vista al Norte. De Stradella fuimos á almorzar á Voghera, ciudad de un aspecto hermoso y agradable, construída en una risueña situación, y última plaza del Piamonte en los confines del territorio de Placencia y de Pavía. En esta ciudad merece verse la Catedral, que es una iglesia de moderna arquitectura y buen gusto.

De Voghera proseguimos á Tortona, donde pasamos la noche. Tortona, ciudad grande, pero no muy habitada hoy sino como de 8,000 individuos, ha sido célebre en los tiempos pasados por sus fortificaciones y por su castillo sobre la Scrivia, demolido por los franceses. Su construcción en general no es muy feliz; pero se encuentran casas bien hechas y agradables. Entre Tortona y Voghera pasa el río Carón, y la vista del viajero se espacia por una hermosa campiña sembrada de una cantidad de moreras, que muestran el cultivo de la seda que se hace en aquellos amenísimos lugares. En este país encontramos la misma

costumbre de América, de refrescar el vino metiendo en el vaso pedazos de hielo ó nieve que se confunde con el licor.

En la mañana del 16 pasamos por Pozzolo, pequeño lugar que nada tiene de notable. Aquí tomamos el café, y, saliendo en seguida, fuimos á almorzar á Serravalle. Es esta una pequeña población, que presenta al rededor fértiles llanuras bien cultivadas y encerradas por montes, como lo indica su nombre. En los tiempos pasados tenía un respetable fuerte que defendía el paso en la frontera de Liguria; pero hoy no presenta sino los míseros restos de sus deplorables ruinas. En Serravalle comienza propiamente la espantosa estrechez de aquel horrible paso del Piamonte para ir ó venir de Génova. Pero los pasajeros procuran mitigar las tristes ideas y la escabrosidad del camino con frascos del buen vino de Asti, que, á decir verdad, me parecían en aquel día de furioso calor, más gustasos todavía que las bellas tragedias de su grande Alfieri.

La noche la pasamos en el pequeñísimo barrio llamado Ronco, donde encontramos una posada muy limpia. Aquí, para hacer un ejercicio á pie, y habiendo llegado oportunamente, retrocedimos como media milla para visitar á Nuestra Señora del Carmen en una iglesia de campo donde se celebraba su fiesta. Procuramos así concluír aquella fastidiosa jornada con el verdadero placer que experimentamos en aquella visita más que si nos hubiésemos sentado á una espléndida cena; puesto que

..............................Talvez es enemiga
Del placer la virtud; pero sin ella
¿En qué parte se encuentra

Un sincero placer que sea constante,
No transitorio y que no robe al alma
La dulce paz que goza, y no produzca
Ni afanes ni inquietudes,
Que dé cuanto promete y que no engañe?
Pero ¡ay! que lo que viene de otra parte
Es dolor con disfraz y quien se fía
De ese mentido rostro.
Corre al deleite y la miseria abraza.

(METASTASIO, *Astrea Placata*)

CAPÍTULO II

Llegada á Génova y permanencia en ella

En la mañana del 17 llegamos á Génova y fuimos obligados á detenernos aquí hasta el 5 de Octubre del mismo año, por el inesperado retardo de nuestra navegación. Nuestra llegada á esta ciudad fué entristecida por una lluvia que nos acompañó hasta la posada Santa Marta, donde nos alojamos. Pero mucho más que la lluvia nos obligó la infausta noticia comunicada por el señor Cienfuegos y por el Cónsul Pontificio señor Juan Pisoni, que el Sumo Pontífice Pío VII, tres días después de nuestra partida de Roma, había caído en su cámara, mientras que de su escritorio iba á buscar no sé qué cosa en otro lugar de ella, y se había fracturado el fémur de un muslo, con contusiones que lo ponían próximo á la muerte. En efecto, el 22 del siguiente mes de Agosto se supo, por medio de un correo extraordinario de Turín, que Pío VII, después del

martirio de una larga cura y de la enfermedad sobrevenida, había pasado al eterno descanso á gozar del premio de sus virtudes en la noche del 19 del mencionado mes.

Su muerte, que después nos fué confirmada con carta ministerial del 25 del mismo mes, fué lamentada de nosotros y de toda Génova, en donde cada iglesia se esforzó en celebrar las exequias con toda la pompa fúnebre que permitían los respectivos recursos y la piedad de los fieles, quienes ayudaban á los gastos con oblaciones espontáneas.

Génova, ciudad antiquísima en las playas del Mediterráneo, donde se la ve levantarse, grande, hermosa, deliciosa y amena, comprende como 80,000 individuos, no contando los extranjeros y los habitantes de los arrabales y aldeas, con los que forma más de 100,000 personas, divididas en 36 parroquias de á 5,000 y 6,000 fieles. La construcción es un semicírculo á modo de anfiteatro en un plano inclinado al pie de una montaña que por naturaleza la hace inexpugnable, pues que esta montaña no tiene más que dos aberturas muy peligrosas y angostas que dan entrada á la población. Una está al oriente de parte de Lucca, que se llama el *Bisagno*; y la otra al poniente del lado del Piamonte, llamada *Polcevera*. Tanto la una como la otra dan miedo al sólo verlas de lejos, y están fortificadas con baterías y fuertes castillos por todas partes. De la parte del mar se presenta la misma montaña con terrible aspecto, que puede hacer frente á cualquiera flota enemiga, con tal que se batan con fidelidad la guarnición del castillo que está en la cima del monte y las guarniciones de los otros castillos y fortificaciones que custodian la entrada

del puerto y del adyacente litoral. Esta interna seguridad de Génova hace gustar á los individuos con tranquilidad y paz las delicias de aquella metrópoli que goza toda la situación amenísima del mediodía, gran parte del levante y aún del poniente. Está rodeada de dos muros: uno inmediato á la ciudad, y el otro á una notable distancia del primero, y entre un muro y el otro se ve una campiña bien cultivada y sembrada de hermosos palacios y casas de campo con sus respectivos huertos y jardines del todo deliciosísimos y agradables.

Sobre la primera muralla puede andarse al rededor de toda la ciudad caminando de Vía Nuova y de la calle Balbi al nuevo paseo de Acquasola, y de aquí siguiendo por el puente Carignano, donde se encuentran los más bellos puntos de vista que sorprenden al espectador, ó se mira la vecina campiña, ó bien el mar con su risueño litoral de oriente á poniente. La Vía Nuova es una calle hermosa y magnífica que atraviesa toda la ciudad desde la puerta de entrada hasta el nuevo paseo de Acquasola por cerca de dos millas; se admira en ella una continuación de grandiosos palacios, á cual más bello, con negocios y tiendas la mayor parte. Son dignos de especial mención los palacios Dorio, Balbi, Durazzo, Brignola, Pallavicini, Spinola y muchos otros, tanto por la noble arquitectura, cuanto por sus riquezas en mármoles y dignidad y lo delicado del ornato, pero mucho más por las colecciones de cuadros de los principales pintores, que hermosean el interior de las magníficas habitaciones. Por ejemplo, en la gran casa Durazzo se conservan, entre muchos cuadros y pinturas, un busto antiguo de Vitelio y una Madona á los pies de

Cristo, del Veronese, que son dos obras maestras, tanto el uno como el otro.

El Nuevo paseo, llamado Acquasola, es un lugar bastante elevado al oriente de Génova, fortificado de altas murallas que lo rodean. Tiene en el medio una fuente que sale de la tierra á una notable altura, y á su alrededor se encuentran largas callejuelas provistas de cómodos asientos á uno y otro lado y árboles que dan mucha sombra, entre los cuales gusta pasearse por la amenidad y lo fresco del lugar. Su posición es verdaderamente hermosa y se respira un aire puro y balsámico por la moderada elevación y lo despejado del sitio. Hay allí gran concurrencia todas las tardes; pero en las fiestas hay gran gentío y aglomeración, llamados por la música y otros pasatiempos musicales que ahí se encuentran. De aquí es que para evitar confusión y dar lugar á los más curiosos que son amantes del bullicio y reuniones, acostumbran muchos irse al Puente Carignano ó al camino deliciosísimo que circunda los muros de la parte del mar antes de volver por Carignano.

Después de la calle Nueva merece ser vista la que conduce á la Bolsa, donde se encuentran reunidas casi todas las tiendas de Génova y es la principal entre los lugares interesantes de la ciudad en cuanto á negocios y á otras cosas. De aquí nace que siempre hay aglomeración de gente; lo que es tanto más embarazoso y fastidioso, porque es calle no muy larga y ocupada de los fruteros y otros vendedores, lo que no debería permitirse absolutamente en calles de esta clase.

Son también en parte agradable y de mucha utilidad en tiempo de lluvia y en los calores del estío los portales, ó

sea la extensa calle de Arcos que costean el Puerto. Pero tiene el defecto de ser oscura y despedir mal olor por las inmundicias que hay y por el vecino puerto donde se prepara el alquitrán para los buques. De aquí es que más agradable es la calle que de la pequeña puerta de Santa Fe va á la puerta de la ciudad hacia el Poniente, y más agradables y hermosas que éstas son todas las calles que de la Catedral y de la plaza de Santo Domingo conducen á los Padres de San Camilo y á la otra puerta de la ciudad hacia el Oriente. Las otras calles son casi todas transversales y por lo general muy angostas y oscuras; pues en Génova las casas son todas altas hasta diez y once pisos, y la mayor parte de las calles transversales son estrechas en tal manera que, encontrándose dos personas con el paraguas abierto, en opuesta dirección, se ven obligadas á cerrar uno para poder pasar, y en ciertas calles el paraguas no puede abrirse y de una á otra casa se pasan con la mano las cosas desde las respectivas ventanas. Tanta altura de las casas y estrechez de las calles hacen que el sol no penetre; y como hay poca ventilación, se siente siempre un mal olor y cierta pesadez de aire que verdaderamente hace mal á la cabeza.

Existen en Génova muchas Órdenes de Regulares y son: los Jesuítas, los Dominicanos, los Franciscanos de todas clases, los Agustinianos, los Somascos, los Servitas, los Padres de la Misión, los Padres de San Camilo y otros. Hay también muchos monasterios de Religiosas, como las Salesas, las Dominicanas, las monjas de S. Catalina de Génova y muchas otras. Todos estos monasterios y conven-

tos están conservados con mucha limpieza y se ven hermosas iglesias, como la de los Misioneros, Jesuítas, Franciscanos y Filipenses, pequeña iglesia, pero decentísima, donde íbamos frecuentemente á visitar el Sacramento.

Pero las más hermosas Iglesias son las del clero secular; y las primeras son: la Catedral, Las Viñas, la Asunción en el Puente Caricuano, y San Siro, antigua iglesia de los Padres Teatinos, tan estimada de los genoveses por las estatuas de mármol, por los soberbios túmulos y otros trabajos y adornos que encierra. Sin embargo, á mí más me gustaba la Iglesia de la Asunción del Puente Caricuano, pues es muy grande y construída con excelente dibujo en forma de cruz con una gran cúpula en el medio, al rededor de la cual hay una escalera por la cual se va hasta el último cupulino. En éste se encuentra el más hermoso punto de vista de todo Génova, pues se ve el mar de una parte y la montaña de la otra, y en el medio la ciudad con todas sus quintas, lo que forma un golpe de vista admirable, que puede gozarse, pero no describirse como lo merece. En los cuatro ángulos formados en el medio de la iglesia por las cuatro pilastras que sostienen la cúpula, se ven cuatro grandes estatuas de mármol blanco muy estimadas, en particular las dos trabajadas por Puget. Al frente se levanta un magnífico altar con un majestuoso cuadro de la Asunción, á los cuales sirve de adorno, aumentando la magnificencia, la sillería del coro de los canónigos. Y volviéndose atrás, se ve á los pies del templo, en un hermoso conjunto, la puerta principal en frente del susodicho altar, con una grandiosa mampara que sostiene un órgano, el más bello y más estimado de todo Génova.

Al fondo, empero, de los otros dos brazos de la cruz, que constituye el gran templo, se hallan dos bellos altares con cuadros de mucha estimación; como también muy estimados son los cuadros de todos los otros altares.

Es común tradición en Génova, que esta iglesia fué mandada construir por una señora de la casa Sauli, cediendo más á un caprichoso desquite mujeril, que dominada por el espontáneo impulso de una verdadera piedad. Como quiera que se cuenta entre los Genoveses que la dicha eñora, habiendo pedido á otra señora, vecina suya, de la noble casa Fieschi, que hiciese retardar por pocos instantes la Misa de un capellán, con lo cual pudiera escucharla; respondió la Fieschi arrogantemente á la Sauli, que si quería la Misa según su comodidad, pusiera capilla en su propia casa. Y dicen los Genoveses que fué entonces cuando la Sauli determinó erigir, en el recinto de su propiedad, frente á la casa Fieschi, la magnífica colegiata de la Asunción, y que la erigió de hecho, en la descrita forma, con un gasto de muchos millones de liras. Esta es la tradición común que se conserva en Génova acerca de la dicha iglesia. Pero yo, que no podía persuadirme á que por puro capricho pudieran gastarse tantos millones por una persona particular, me di á investigar más diligentemente el origen de dicha iglesia, y hallé que fué ella erigida por un tal Domingo Sauli, después de haber acumulado una cantidad de dinero con empleos públicos por él satisfactoriamente desempeñados, y con negocios; y que la hizo erigir por puro afecto de verdadera piedad y devoción hacia la gran Madre de Dios, en acción de gracias por tantos bienes que ella le había compartido. Este es el

verdadero origen de la predicha iglesia. Y fué sobremanera laudable la determinación de Sauli; porque es sumamente justo que reconozcamos en Dios la verdadera fuente de todo nuestro haber; supuesto que Él es el verdadero y solo Autor, que da ó niega á su talante, según lo que mejor estima para nuestro bien; y cada uno debe por tanto mostrarle de ello la debida gratitud, ya con afectos del alma, ya con las obras de una piedad difusiva. Es, con efecto, la gratitud una de las virtudes que más exige Dios de nosotros; como quiera que se lee en el santo Evangelio, que, habiendo Jesucristo limpiado de su lepra á diez leprosos, se mostró ofendido de que uno solo hubiera ido á darle las gracias, é inmediatamente preguntó nuevas de los demás. Yo, dijo el divino Redentor, he sanado á diez leprosos; los otros nueve ¿dónde están? (1). La ingratitud es uno de los mayores pecados, que revelan en los hombres malvados una pésima disposición de su ánimo, por la cual se hacen absolutamente incapaces de acciones laudables aún para la humana sociedad, que está fundada en el recíproco amor, siendo éste quien la alimenta y sostiene.

El Duomo, dedicado á San Lorenzo mártir, es un gran templo gótico, inscrustado de mármoles blancos y negros, semejante al de Siena, pero con una fachada que me parece más majestuosa é imponente. Carece de una plaza que lo haga parecer desde su verdadero punto de vista, con lo que haría un efecto infinitamente mayor al ojo del observador. Tiene tres naves, que son hermosísimas y pro-

(1) Decem mundati sunt, et novem ubi sunt? (Luc. c. 17, v. 17).

porcionadas entre sí en altura y ancho y en la abundancia de luz, una de las principales cosas en este género de construcciones. El altar mayor es del todo majestuoso, adornado de grandes cuadros muy estimados, y tiene un coro y asientos de Canónigos de estilo gótico, hecho con gran trabajo. También los otros altares no carecen de belleza; pero el más estimado es el que existe en la capilla donde se veneran las sagradas cenizas de San Juan Bautista.

La iglesia delle Vigne es una colegiata que se intitula S. María delle Vigne; porque bajo este título se venera ahí á la Virgen Santísima á la cual está dedicada la Iglesia. Su fabricación es también al gusto gótico con tres naves, á semejanza del Duomo; pero es mucho más chica. Se admiran en ella muchas hermosas pinturas y en los respectivos altares cuadros muy estimados, entre los que resalta el de Nuestra Señora delle Vigne. Pues, además de su noble arquitectura se ve todo cubierto de corazones y otros ex-votos de plata y oro, colgados allí por los fieles en reconocimiento de los favores y gracias recibidos de la gran Madre de Dios. También se admira en derredor un bajo relieve de vides con sus sarmientos, hojas y racimos dorados, que hacen resaltar tanto el ornato como el emblema. En el medio, además, una devota estatua de Nuestra Señora que inspira veneración y amor.

La otra iglesia del clero secular que merece especial mención y ser vista del erudito viajero, es la de San Esteban Mártir, pues en ella se ve el martirio del Santo Levita pintado por Julio Romano en un cuadro de tal estima, que, cuando el Emperador Napoleón Bonaparte lo

hizo llevar á Paris, fué reconocido á juicio de los peritos, el más estimable después del de la Transfiguración, y le fué dado el segundo lugar entre miles de soberbios cuadros coleccionados y escogidos de todas las partes del dominio francés. Se ven también en la misma Iglesia otros cuadros respetables; pero á los que no corresponde el infeliz lugar, que nada tiene digno de atención. La detallada descripción de tales cuadros y de otros que se admiran en abundancia en los demás edificios sagrados, y colecciones que hay en muchos palacios de los nobles genoveses, puede consultarse en la obra de Ratti titulada: «Descripción de las bellezas de Génova y sus contornos.» En tanto nosotros pasemos á describir las otras cosas que más que todo llaman en Génova la atención del viajero. Éstas son: el Puerto, los Hospicios, los Conservatorios, las públicas Instituciones, las villas y las casas de retiro que tienen los Regulares de uno y otro sexo, en los alrededores de la ciudad, en otras tantas posiciones, las más agradables y amenas que puedan jamás desearse.

El puerto de Génova es uno de los más respetables del Mediterráneo. En él hay comercio con todos los lugares del globo y llegarán más de dos mil buques al año. Éstos se disponen siempre en buen orden, haciendo quedar al medio, enfrente al muelle, un ancho camino, cuyas primeras filas son formadas por los mejores buques, lo que presenta un hermoso punto de vista al espectador. Por tres partes diversas se va al puerto, que tiene á lo largo de la ciudad un alto muro sobre el que se encuentra un hermoso paseo, frecuentado en el verano para gozar el fresco del aire marino. Otros toman barcas y pasean en

el mismo puerto, donde en los mayores calores se divierten los marineros y también los demás, tocando música en variedad de instrumentos. Cuando estábamos en Génova, el señor Marqués Carlos del Negro, caballero de mucho respeto, tenía en el puerto una hermosísima barca, llamada el *Baño Inglés*. Ésta servía sólo para bañarse y pasar tardes alegres en compañía de otros, pues que era hecha en forma de una pequeña galería, tan caprichosa cuanto bella y agradable. Aquí acostumbraba venir el señor Marqués, juntándose en las tardes de más calor con sus amigos para divertirlos con ricas cenas y escogida música instrumental, acudiendo gran número de gente, que se disponía con sus barquitas al rededor, y algunas veces gozamos también nosotros á cierta distancia, cuando volvíamos muy de noche de nuestro frecuentado paseo por mar. Pero los principales méritos del puerto de Génova son sus sabias leyes y óptimos reglamentos con que es invariablemente gobernado del que allí preside.

Entre los Hospicios de Génova uno de los más bellos es el hospital de Santa Catalina, que es magnífico. Además del piso bajo tiene otros dos encima, el segundo de los cuales tiene dos largos brazos con un tabique que los une, y sirve éste para comodidad y solo uso de los hombres. De igual modo está el tercer piso, destinado sólo para las mujeres y á fin de que queden separadas de los hombres. Todos los pisos están adornados con estatuas de mármol, que representan á los benefactores que han dejado rentas á este pío lugar, y quedan situadas la mayor parte en los corredores mismos donde están los enfermos, para que conozcan á sus bienhechores y rueguen á Dios por

ellos. Tiene además este grande Hospital espaciosos patios con columnas de fino mármol que lo sostienen; una magnífica escalera con estatuas colosales del mismo mármol en cada descanso de ella; una rica droguería con su Jardín Botánico y una Iglesia bastante grande y hermosa. Goza además del aire más sano de la ciudad, porque queda en el lugar más alto y abierto de ella; y tiene la entrada en el gran camino de los Padres de San Camilo, llamados en Génova los Padres de la Cruz. El frente de la fachada donde está esta puerta de entrada, que da al Poniente y acaba, por la parte opuesta á la Nueva Passeggiata, en una puertecita, por donde puede salir algún enfermo á tomar aire en caso de necesidad. Pero parece que esta necesidad está muy lejos, porque los enfermos son tenidos con mucha limpieza y tienen bastante aire y lugar para moverse dentro del mismo Hospital. Cuando fuimos nosotros, que fué el 27 de Julio, en ocasión que se celebra con extraordinaria pompa la fiesta del centenario de Santa Catalina de Génova, había cerca de quinientos enfermos. El local, empero, está hecho para tres mil enfermos, que pueden estar todos á un tiempo con bastante comodidad, y hay *rentas bastantes* para que sean tratados y servidos como se debe. Mas, antes de los últimos trastornos de Italia, las rentas eran muchas mayores, pues las principales casas de Génova han *dejado siempre* cuantiosas limosnas á este público Hospital de su ciudad; cosa muy deseable en todos los principales lugares de cualquiera otra nación, porque en las graves necesidades todos los necesitados tienen derecho de ser ayudados por los ricos; y estas graves necesidades se manifiestan sobre todo en las enfermedades de

los miserables que no tienen con qué ayudarse sin el socorro de los ricos que son obligados á darles y aún prevenir los casos, como se ve practicado por los magnánimos genoveses que han provisto de muchas rentas su público Hospital.

El otro Hospicio que merece ser visto en Génova es el Albergue de los pobres, que queda fuera de la población, á las faldas de la montaña. En su respectiva capilla se admira una Madona que tiene á Nuestro Señor Jesucristo muerto, en su seno, bajo relieve de mucha estima del Buonarroti, y la Asunción en mármol blanco, de Puget, estimada como obra maestra de escultura. El Albergue consiste en un grande edificio dispuesto con todas las reglas del arte. Allí se recogen todos los pobres de la ciudad y se les tiene noche y día educándolos, aplicándolos para sus instrucciones y economía del lugar, á todo género de manufacturas y artes. El alimento diario de cada uno consiste en tres panes y una buena escudilla de sopa. Son también vestidos en todo con vestiduras uniformes, y se les da la mitad de lo que ganan con sus trabajos diarios, para que se esfuercen en trabajar y ganen mucho para poderse comprar el companage y hacerse un capital para cuando quieran salir y abandonar el Hospital. Cuando nosotros fuimos había 1,510 pobres, entre hombres y mujeres, bien separados los unos de los otros, y encontramos que se trabajaban buenos paños, cartoncillos Borgorio, cubiertas, alfombras, medias y muchas otras cosas que se vendían en el mismo Hospicio á precios módicos. Las mujeres trabajaban dibujos y bordados de mucha estimación. Hay además buenas prácticas de virtud, y buena

educación de espíritu, y muchos pobres que allí se distinguen y son dignos de alabanzas.

¡Plugiese al cielo que en todas las principales ciudades y lugares más poblados, donde no faltan personas indigentes y abandonadas desde sus más tiernos años, se tomasen el cuidado los ricos de juntarles y educarles en semejantes Hospicios! Se impedirían de este modo muchas ofensas á Dios, se cerraría el camino á tantos escándalos, no se verían tantos facinerosos, ni tantos padecimientos entristecerían la vista de las personas sensibles, y el sobrado dinero dado por Dios á los ricos obtendría su destino de ser empleado en beneficio de los necesitados, con provecho de la patria, con mérito de los mismos benefactores y sobre todo para la mayor gloria de Dios. El oro escondido no es de ningún provecho, decía sabiamente Horacio. He aquí su discreta advertencia:

¿Es de provecho á la común miseria
Gran copia de oro y plata,
De la tierra en el seno sepultar,
Mientras que con recelo
De los rayos del sol, vanlo á ocultar? (1)

El Instituto de los Sordo-mudos que existe en Génova merece no menor atención que las otras casas que están abiertas al público provecho en aquella ciudad. Este local queda situado entre los Capuchinos y la Nuova Passeggiata en una magnífica posición para tales enfermedades de la naturaleza. Ahí, cuando nosotros fuimos, estaban mu-

(1) Quid juvat immensum te argenti pondus et auri
Furtim de fossa timidum deponere terra?
HOR. FLA. *lib. I. Sat. I.*

chos jóvenes que eran muy instruídos en las letras y artes. Escribían correctamente con los más variados caracteres y respondían con prontitud en escrito á cualquiera pregunta histórica que se les hiciese en italiano, español, inglés y alemán. Hacían largas cuentas con mucha facilidad, buenos diseños y hermosas pinturas. Su número no es determinado, y sólo es fijo que 20 de ellos entre hombres y mujeres sean mantenidos por el Rey y los demás paguen por ser educados.

Además de las casas de pública instrucción descritas, existe en Génova un Conservatorio llamado de las Fieschine, porque fué fundado y mantenido todavía por la noble casa Fieschi, uno de los marqueses de la ciudad. Este Conservatorio es uno de los más hermosos que hay en Génova. Su construcción es de una notable extensión, á las faldas de la montaña, en una posición amenísima y ventilada de todas partes. Su elegante aspecto por de fuera presenta la idea de un grandioso edificio, y su interior está dispuesto de modo que puede contener miles de personas con mucha comodidad, y está mantenido con mucha limpieza, obligándose á cada una á acomodar su propia cama y barrer su propia celda. Á nadie se permite entrar si no va acompañado de alguno de los registradores de la casa Fieschi. En efecto, nosotros fuimos acompañados del mismo marqués Fieschi y encontramos como 200 personas de 500 que antes había. Estaban ocupadas en ejercicios de piedad y en trabajos manuales, entre los cuales ocupa el primer lugar el de las flores, que es en un todo propio de las Fieschinas. Se hacen cosas admirables, que engañan la vista, y es necesario tocarlas con el dedo

para asegurarse que son trabajos artificiales. Cuando estuvo Pío VII en tiempo de sus desastres, le presentaron algunas frutas hechas en seda con tanta naturalidad, que se puso una en la boca creyéndola natural, y dijo después que se alegraba de la burla, porque veía que la naturaleza había sido imitada é igualada por el arte.

Por lo expuesto se ve que Génova no carece de lo necesario para la pública instrucción de la clase indigente. Para la instrucción y buen reglamento de los jóvenes de las otras clases hay Colegios y otros lugares donde se enseña durante el curso del año todo género de ciencias y artes, haciéndose al fin de cada año los exámenes y distribución pública de los premios que los respectivos jóvenes han merecido. Nosotros asistimos á una de tales fiestas, que se hizo en ese año, y tuvimos el gusto de encontrar á los estudiantes muy bien instruídos en sus clases.

Pasando de los lugares de instrucción á los de diversiones, diremos algo de las principales villas de Génova, entre las cuales resalta la del señor marqués Durazzo, que queda al lado de las Fieschinas. No es muy grande, pero bien ordenada, y abunda en límpidas aguas, que son repartidas unas dentro del palacio en varias fuentes con pintorescas grutas y otras fuera en varios lugares de la quinta. Su jardín botánico con plantas de diversas especies, un hermoso bosquecito al gusto moderno, un rico invernadero de ananaes y otras frutas americanas, estanques de agua, agradables grutas con fuentes alrededor, y lagunitas con peces muy bien custodiados, son otros tantos objetos verdaderamente hermosos que se admiran en la quinta. En su entrada, después de una plazoleta, se encuentra un

pequeño palacio bastante gracioso, pintado por célebres pintores. En él conocimos al señor marqués Durazzo, que se mostró erudito en varios ramos de literatura.

La misma casa Durazzo tiene otra quinta que está después del Palacio Doria, hacia el faro del puerto. Por su naturaleza ésta es más hermosa que la primera, porque, estando en la pendiente de un monte, tiene una bonita cascada de agua en el medio de un bosque, donde se ven diversos kioskos para la caza, una buena galería con baños, y una pequeña torre en forma de observatorio en la cima de la colina, desde la cual se descubre todo Génova con sus contornos y vago aspecto del mar, que queda en frente. En el palacio de entrada vivía entonces el cónsul inglés, por lo que no pudimos observarlo; pero, si á lo externo corresponde lo interno, podemos concluir que es verdaderamente agradable.

La villa Doria nada tiene que envidiar á las dos villas Durazzo; pues tiene un gran edificio donde residió el emperador Bonaparte por todo el tiempo que estuvo en Génova. Más arriba del palacio hay una viña, que costea por un pequeño monte, dispuesta simétricamente; y se va á ella por medio de un puente levadizo que pasa sobre la *calle pública*. Abajo del palacio se ve un jardín bastante grande, de gusto moderno, con doble fila de árboles colaterales y una grandiosa fuente en el medio, de mármol, con varias estatuas al rededor. En seguida, la diversidad de mirtos y el magnífico balcón que mira al mar, dando el último complemento á dicha villa, donde Napoleón solía dar comidas diplomáticas, para juntar todas las autoridades y los principales amigos de su sistema.

Otra quinta que me gustó en Génova fué la quintita del Caballero señor Marqués J. Carlos del Negro. Ésta es toda obra de la industria, pues está construída sobre un antiguo fuerte de la ciudad, entre los Capuchinos y la Nuova Passeggiata. Su entrada es un poco fea; pero, cuando el espectador está dentro, encuentra muchas cosas dignas de su atención. Huertos ingleses, huertos botánicos, bosques, grutas, diversas alturas con mesetas y alamedas encima, dispuestas con mucha elegancia, un hermoso pabellón con su gabinete de Mineralogía á la moda y otros estudios campestres, y en la cima un gracioso juego, un pequeño laberinto en una plantación de vides, y un invernadero de animales ultramontanos embellecen este hermoso jardín, donde se descubre Génova de todas partes, sus amenísimos contornos y el delicioso aspecto del mar que rodea el litoral. Cuando fué el Papa Pío VII quedó muy contento y también nosotros quedamos contentísimos; pues que, ádemás de las dichas cosas, conocimos al señor Marqués del Negro, caballero sumamente estimable por su erudición no común y por tantas otras dotes que ennoblecen su alma. Estaba ocupado en componer un cuadragesimal en tercetos, cosa muy escabrosa para un poeta todo ardor, más amante de lo profano que de lo sagrado, pues que para conseguir laudablemente la sagrada elocuencia es preciso alcanzar el espíritu del Señor. De otra manera ó no se dirán jamás cosas verdaderamente de espíritu, ó se conocerá siempre lo forzado y la tensión del ánimo, y no harán la impresión que suelen producir las cosas que espontáneamente salen del corazón. No obstante esto, yo auguro ver dicho cuadragesimal y leerlo con placer; por-

que, como dije, el señor J. Carlos del Negro es un caballero lleno de erudición é ingenio, y si faltare á su fuego poético la verdadera unción del espíritu, no le faltará ciertamente elegancia y arte en sus sermones rimados.

La *Villetta Vallavicini*, llamada *Le Peschiere,* es otro lugar digno de verse en Génova. Fuera de la entrada, que hace venir la idea de la muerte, con sus dos filas de cipreses, que hay allí, todo el resto de la quinta hasta el palacio es sumamente delicioso y agradable. La risueña situación, la comodidad del palacio, la amenidad del jardín y de las plantas, la diversidad de alamedas, las pequeñas grutas y la infinita multitud de peces dorados, ó de un color mezclado que se ven escabullir en las muchas pesqueras, las que dan el nombre á la villa, divierten agradablemente al espectador. Pero, como el Palacio termina en otra plantación de cipreses, que están en la altura de la villa, de aquí es que todo comienza y acaba con las tristes ideas de la muerte; lo que no me pareció del todo despreciable, pues está bien que entre tantas quintas de diversión y de puro placer que se admiran en los alrededores de Génova, haya alguna que traiga al espectador la idea de la muerte y de su último fin. Por esto me he determinado á describirla en último lugar y hacerla servir como de pasaje y escalera á los Retiros de Religiosos que describiremos.

Uno de los mejores Retiros que más que todos se frecuenta y es grato en Génova es el que se llama La Madonnetta. Es éste un santuario de los Padres Agustinianos, fundado por uno de sus laicos de santa vida, en un sitio barrancoso y quebrado por naturaleza, pero al presente muy ameno y agradable. Queda como á la mitad de la

montaña y consiste en un convento muy bien construído para uso de los Religiosos; poco más arriba del Convento se encuentra una hermosa y devota capilla, donde se venera como en una especie de gruta una estatua de Nuestra Señora, llamada La Madonnetta por su pequeñez. Subiendo unas pocas gradas de una magnífica escalera resguardada de elegantes reparos de una y otra parte y embellecida con bóvedas bien iluminadas y pintadas, se pasa á venerar una colección de más de 20,000 Reliquias de Santos. Ahí queda también el coro de los Religiosos y se ve de un lado la pequeñísima celda del fundador de este sacro Retiro.

El otro Retiro de los alrededores de Génova, es el de los Padres Menores Observantes de San Francisco de Asís, donde se educan los Novicios, llamado *O Regina*. Es un convento con una iglesia suficientemente grande, que tiene en el medio una pequeña capilla toda cerrada y aislada, con una estatuita dentro, de Nuestra Señora, que da una idea de la Santa Casa de Loreto. Para llegar á este retiro es necesario subir más de una milla por grande aspereza. Pero, cuando se ha llegado, allí se siente uno mejorado por el aire suavísimo y balsámico que se respira, principalmente en el verano, encontrándose además un punto de vista que sorprende totalmente, pues se observa, abajo la ciudad con todas sus amenas colinas esparcidas de hermosos palacios y quintas; de frente una buena parte de mar que circunda por un lado y otro aquel deliciosísimo litoral del Genovesado desde Monte Tino de la parte del Levante hasta el cabo Noli y al de las *Mela* hacia el Poniente; vista sorprendente, que no tiene igual en toda

aquella graciosa ribera. Es verdaderamente un lugar de recogimiento del ánimo y de tranquila soledad, porque pocos lo frecuentan, siendo el camino muy fastidioso tanto en el verano por la vehemencia del calor, cuanto en el invierno por los rigores del frío. Los Religiosos, sin embargo, encuentran una compensación en los verdaderos placeres de la vida, pues en aquel agradable retiro está bien el cuerpo por la amena posición y se alegra el espíritu, porque el Señor ahí habla al corazón, lo consuela y santifica. Las diversiones del siglo (dije yo á uno de aquellos Religiosos que estaba descontento y afligido) en medio del bullicio de una ciudad poblada y alegre, como es Génova, son todas aparentes y dejan siempre cierto afán en el ánimo de quien se abandona á ellas. Dejad, le dije, que gocen los mundanos de su gran mundo, y creeos muy afortunado y favorecido de Dios, mientras os tenga en este lugar de paz, de tranquilidad y de un anticipado Paraíso. Pues que:

"Es el dolor asiduo compañero,
"Siempre la dicha, huésped pasajero.
"Entra el hombre, cuando nace,
"En un mar de tantas penas,
"Que sus fajas lo acostumbran
"Todo afán á sostener.
"Mas el bien esle tan raro,
"Mas tan rara la alegría,
"Qué á sufrir jamás aprende
"Las sorpresas del placer."
Metastasio. Isaac. Parte 2.

El tercer asilo es el de San Francisco de Paula, llamado *dei Paolotti*. Es un convento bastante grande con una

proporcionada iglesia, donde se venera una milagrosa imagen de Nuestra Señora. Se llega á él por una subida muy suave como á media milla del plano de la ciudad, teniendo el santo asilo una hermosa y agradable vista del horizonte, donde se goza de un aire templado y delicioso. Este lugar es continuamente frecuentado, por ser el más próximo á la ciudad, y porque vive mucha gente en las casitas de campo que lo rodean.

Hay también en Génova un cuarto asilo que es el más bello y majestuoso, quedando elevado en la montaña del Levante, donde se educan algunos novicios de los Menores Observantes. Pero no puedo describirlo, porque el mucho calor y escabrosidad del camino que no puede andarse á caballo sin algún peligro, no me permitieron visitarlo. Sin embargo, en lugar de este asilo hablaré de uno precioso de las monjas Salesas, que es ponderado de todos los viajeros y al cual iba yo con mucho gusto todas las veces que podía. Este asilo al principio fué convento de Religiosos, y suprimido éste fué comprado por un noble genovés, y donado por medio de Monseñor Lambruschini á las monjas Salesas, que estaban dispersas fuera de su propio claustro. Monseñor Lambruschini, Arzobispo de gran mérito, amantísimo de su Metrópoli y de la vida cenobítica presto lo transformó y convirtió en Monasterio y asilo para sus predilectas y buenas Salesas. Queda al Levante sobre el Convento de los Capuchinos en una deliciosa colina bastante elevada y abierta, donde se respira un aire verdaderamente balsámico, gozando de todo el aspecto del mar, y la agradable vista de la campiña de toda la ciudad con sus villajes. Tiene una

iglesia redonda con ventanas alrededor que le dan mucha luz y la alegran. Siete altares embellecen las risueñas paredes, y en el mayor, al frente de la puerta de entrada, se ve un gracioso templete de mármol bien trabajado. El interior del monasterio consiste en una pequeña casa, pero muy limpia y bien instalada. Á la mitad de la subida del asilo es preciso dejar el coche y andar á pie el resto del camino, que es muy espacioso y bien empedrado, lo cual lo hace más suave. La única parte escabrosa es la que se anda en coche.

Antes de concluir el presente Capítulo no será desagradable ni fuera de propósito dar una idea de las cualidades morales y costumbres de los genoveses. Este pueblo es muy religioso y dan de ello una prueba luminosa y segura los muchos templos y otras magníficas iglesias que ahí se admiran, bien mantenidas, provistas de rentas y de ministros que en ellas viven con mucha decencia y decoro. Lo demuestran tantas cofradías y otras pías asociaciones de numerosos Hermanos; tantos ejercicios de piedad que se practican en todas las iglesias de Génova con gran concurso diario del pueblo; la unión de los genoveses á la Iglesia Católica y las muchas pruebas de respetuoso afecto que manifestaron al gran Pontífice Pío VII, en tiempo de sus más grandes humillaciones, cuando se vió obligado el Santo Pontífice á decir desde el balcón, después de haber bendecido al pueblo, á su regreso á Roma: «*Dio proteggerá i Genovesi:*» Dios protegerá á los genoveses. Lo demuestran, en fin, tantos Santos que ha dado á la Iglesia en diversos tiempos, con un largo catálogo de otros respetables personajes de ejemplarísima

piedad. Génova es alegre, pero religiosa: Génova es de un libre trato lleno de vivacidad y brío, pero contenido siempre en los debidos límites de lo honesto y de lo justo: Génova es amante del genio de las modas, pero sabe contenerse en las debidas reglas de una laudable moderación. Sus mujeres son sin duda de mucho espíritu y alegres; pero tienen siempre un corazón religioso y bien formado, inclinado al bien; será siempre una gran alabanza para ellas el que por unas pocas pláticas, ó mejor dicho, enfáticas declamaciones hechas sin orden por el Padre Pacheco, americano, citado al principio de esta mi histórica narración, se vió en seguida una especie de revolución en las señoras y en las demás mujeres de Génova. Algunas, deponiendo sus propios adornos, comparecieron al público con vestidos penitentes y humildes, otras dejaron de arreglarse la cabellera, y otras se la cortaron del todo; ya no se veían en sus cabezas aquellos complicados ricitos y encrespamientos del pelo que en mil maneras les pendían sobre el rostro. Fué tanta, en fin, la conmoción y orgasmo de las mujeres de Génova por las pláticas declamatorias del Padre Pacheco, que se vieron obligados los propios maridos y los respectivos padres de las consternadas hijas á recurrir muchas veces al propio Pastor, el Arzobispo Lambruschini, para que hiciese callar al Padre Pacheco, porque no encontraban ya paz en sus familias; y el próvido Prelado separó de Génova á tal religioso con la máxima prudencia que le es propia en todo género de cosas.

Este solo hecho es para mí una prueba segura del corazón religioso de las mujeres de Génova: y si hay alguna que no sea buena, es un defecto común á todas las grandes

ciudades comerciales, y á las del mar principalmente, donde la reunión de tantos forasteros de reinos y naciones produce casi siempre la corrupción de las patrias usanzas y sanas costumbres. De aquí es que los chinos, á imitación de los antiguos espartanos, han excluído de sus estados el libre tráfico de los extranjeros, á fin de mantener intactas las usanzas patrias y antiguas costumbres de la nación. También en el Paraguay al presente se hace lo mismo; pues los extranjeros no son admitidos sino con mucha dificultad, y, entrados que son, no se les permite ya salir por invariable ley del actual Presidente doctor Francia, quien también tiene la máxima constante de no responder nada á ningún gobierno de América que procure ponerse en comunicación y correspondencia con él. Esto, sin embargo, es un extremo que no puede sostenerse en los países no muy grandes, quienes tienen necesidad de comercio para subsistir. Por lo que el mejor sistema en tales circunstancias es el de vigilar con la más grande severidad la conducta de los propios comerciantes y la de los extranjeros y castigar irremisiblemente tanto los unos como los otros cuando abusen de sus tráficos con daño de las costumbres y de otras buenas usanzas de la nación con que tratan. Pues el comercio y tráfico entre las naciones son absolutamente necesarios para mantener en ellas la opulencia y promover el adelanto de las Artes y Ciencias, como solía repetir el gran Mentor á su Telémaco: y la riquísima Génova sin el comercio sería la más pobre nación de la tierra, porque no posee sino desnudos escollos y una larga cadena de estériles montañas.

Otra prueba de piedad de los genoveses, no menos lumi-

nosa que la indicada, son los magníficos funerales hechos á la feliz memoria de Pío VII en todas las iglesias de la ciudad con la mayor pompa que les fué posible. Nosotros asistimos á la mayor parte de ellas y en todas veíamos grandiosidad y esplendor, y había un positivo empeño para hacerlos con suma decencia. Ni las solas canónicas y otras iglesias inferiores procuraron rendir estos últimos oficios de gratitud y afecto á las sagradas cenizas de su Supremo Pastor y Vicario de Jesucristo; aún más, el Magistrado y todo el pueblo quisieron distinguirse con un suntuoso funeral de muchos miles de liras para honrar la gloriosa memoria del difunto Monarca. Y ¿no es indicio cierto de una religión verdadera y de una piedad incontrastable, el honrar espontáneamente y con santa grandiosidad á la Cabeza Suprema de ella? Ama ciertamente á la Católica Iglesia quien respeta por su elección á quien es la cabeza de ella y supremo rector, y rige y gobierna, por disposición divina, sus instituciones y leyes.

Lo único que absolutamente no me gustó en Génova, durante nuestra larga estadía en esta hermosa ciudad, fué una cierta competencia ruinosa que noté en algunas públicas procesiones llamadas *Le Casacce*, las que se hacen en el curso del año por diferentes corporaciones de Hermanos píos adscritos á ellas; y de las que quiero hacer aquí una especial narración para divertimiento é instrucción del curioso lector.

Casaccia en el idioma Genovés es lo mismo que confraternidad ó compañía en nuestro lenguaje de Roma; y quiere decir la pía unión de muchos hombres que se reúnen para hacer el bien bajo la escrupulosa observancia de

algún instituto canónico. De estas *Casacce* hay muchas en Génova; pero dos son las principales: la *Casaccia del Moro* y *la Casaccia del Bianco*. Se dice del Moro la primera, porque tiene un crucifijo *negro*, que es el distintivo de la compañía, y figura en las respectivas procesiones como escudo de la misma. Y se llama *Casaccia del Bianco* la segunda, porque tiene por distintivo un crucifijo *blanco* y es el que figura en sus procesiones. La primera tiene por patrono á Santiago el Mayor, y la segunda á Santiago el Menor. Tienen también otros nombres: por ejemplo, la Casaccia del Moro se llama también *Casaccia delle Focine* ó *di Prè*; porque *Focine* y *Via di Prè* se llama la calle donde se reúnen sus respectivos miembros. Sin embargo, sus nombres comunes son Casaccia del Moro y Casaccia del Bianco, como todos las llaman.

Los miembros de estas dos Casaccia están en continua rivalidad, y como en una y otra se encuentran grandes negociantes y aún de los principales señores de Génova, de aquí es que en cada salida ó procesión que hacen por la ciudad, los unos procuran superar á los otros en la grandiosidad de los vestidos, de las capas, insignias y en lo demás de las procesiones. Por lo cual los pobres venden los adornos necesarios de sus mujeres y cuanto tienen en casa para hacer su salida y comparecer iguales á los otros en la respectiva procesión. Y se lleva á tal punto la cosa, que me aseguró el Arzobispo Lambruschini que en aquel año de nuestra permanencia en Génova, un Casacciante para hacer él también su salida, había vendido su casita, que formaba todo su patrimonio, único asilo y refugio de su desgraciada familia. No ha dejado el próvido rey de to-

mar laudables medidas para remediar tales desconciertos; pero para remover del todo la causa se requiere tiempo y prudencia, tratándose de una inveterada costumbre de un pueblo que ha llegado á ser excesivamente devoto.

Dos salidas hicieron cuando estuvimos en Génova. La primera fué el 15 de Agosto, en que salieron en procesión los Hermanos de Santiago el Menor, ó sea la *Casaccia del Bianco*, y duró todo el giro de la procesión desde las cinco del día hasta después de la media noche. En este giro los que llevaban las cruces se volvían ya á una ventana, ya á otra, donde estaban asomados los dueños de esas cruces, y se daban inclinaciones y saludos recíprocos, siguiendo á menudo un palmoteo de manos de todas partes, como suele hacerse en los públicos teatros cuando se aplaude á los actores.

La segunda salida fué hecha por los Hermanos de Santiago el Mayor, llamados también los Hermanos de Santiago, y *Leonardo delle Focine* y *di Prè*, los que forman la *Casaccia del Moro*. Salió la procesión el 4 de Octubre con pompa y lujo extraordinarios, porque, empeñados estos Casacciantes en hacer una salida mucho más estrepitosa que la ya indicada, encargaron á Lyon de Francia los vestidos y las capas en forma prelaticia, y ordenaron que se hicieran sin economías, de un paño de primera calidad y que se adornasen con plata y oro y exquisito gusto. Llegados éstos y encontrándolos de buen gusto, publicaron el siguiente

PROGRAMA

« De la fiesta secular que se celebrará en los días 2, 3 » y 4 del corriente Octubre de 1823 por los Cofrades del » Oratorio de Santiago el Mayor en las *Focine*.

« Hace ya más de cuatro siglos que se erigió el Ora- » torio de Santiago el Mayor en las *Focine*, donde nues- » tros antiguos Padres se reunían movidos por el espíritu » de piedad y celo de promover la Religión. El buen ejem- » plo aumentó el número de los Cofrades, los que después, » dividiéndose en porciones separadas y bajo diferentes » denominaciones, pero cada uno animado de la piedad, » dieron origen á las llamadas *Casacce*, que no son otra » cosa que la reunión de estos Cuerpos diversos ó Socie- » dades en un mismo Oratorio. Los actuales cofrades, cono- » ciendo las ventajas de esta fundación y juntamente de- » seando renovar y celebrar su memoria, han ideado una » extraordinaria festividad bajo el nombre de *Anno Seco-* » *lare*, la que será llevada á cabo en el siguiente orden:

« El día 2, cuando la Metropolitana hubiere dado la » señal del Ave María, al medio día, una salva de 101 ca- » ñonazos anunciará el principio de la festividad en el » Oratorio, donde á las 5 P. M. se hará la bendición de los » nuevos arreos que se usarán en la Procesión. Terminada » esta santa ceremonia, se entonará el *Te Deum*, y al ver- » sículo *Salvum fac populum tuum, Domine*, tendrá lugar una » segunda salva, y una tercera al momento en que se dará » al pueblo la Bendición con el Augustísimo Sacramento. » La aurora del día 3 será saludada con el disparo de 101

» morteros. Á las 10 se cantará en el Oratorio una misa
» solemne con escogida música instrumental y vocal: y
» después del almuerzo tendrán lugar las Vísperas solem-
» nes, que terminarán con la Bendición. Hacia las 8 de la
» noche se encenderá en la explanada del Bisagno una
» gran máquina de fuegos artificiales.

« El disparo de 101 morteros anunciará también la au-
» rora del día 4, y á las 2 P. M. se pondrá en movimiento
» la gran Procesión, cuyo giro está determinado de este
» modo:

« La procesión sale del Oratorio y se dirige hacia la
» *Crosa del Diavolo*, donde se desplegará en el orden esta-
» blecido, y prosigue su camino hacia *Portoria*. Desde los
» *Quattro Canti all'Arco*, de aquí á *Ponticello*, *Quattro*
» *Canti*, la calle Julia, Plaza de Santo Domingo, calle de
» San Sebastián, plaza de las *Fontane Amorose*, calle *Nuo-*
» *va* y *Novissima*, plaza de la Anunciación, *Porte di Vacca*,
» *Foscatello*, *S. Siro*, *S. Luca*, *Banchi*, calle de los *Orefici*,
» *Soriglia*, *Campetto*, *Scurreria*, plaza *Nuova*, callejuela de
» los *Notari*, *vico Dritto*, *Ponticello*, puerta *dell'Arco*, San
» Esteban, *Ponticello*, *vico Dritto*, portería de S. Ambrosio,
» Sto. Domingo, calle Julia, *Portoria* y finalmente al *Ora-*
» *torio*. »

De donde, según el último párrafo de este Programa, la gran procesión de dicha *Casaccia* se dirigió primero á la *Crosa*, es decir, al *Botteghino del Diavolo*. Pues que *Crosa* viene de *Crosazzo*, y como *Crosazzo* es una especie de moneda de varios países como dice Antonini en su Diccionario Italiano-Francés, de aquí es que *Crosa* se llama la oficina de tales monedas, que los antiguos genoveses decían

ser propiedad del diablo. Así es que en la oficina del diablo comenzaron propiamente á ordenarse los miembros y ahí cada uno recibió las debidas instrucciones para marchar en buen orden. Toda la procesión consistía en seis compañías, cada una de las cuales tenía once pares de cofrades con largos vestidos talares, con antorchas encendidas de treinta libras cada una y con la respectiva cruz al fin, muy grande y excesivamente rica en plata y oro tallado; las demás cruces eran, unas de madera rarísima, otras de ébano, y otras de madera común forradas en finísima concha. Iba adelante un cuerpo de soldados noblemente vestidos, después dos numerosos coros, uno con escogida Banda y el otro de Filarmónicos y Músicos cantores. Después de éstos venían tres de las indicadas compañías, que eran seguidas por doce cargadores escogidos que representaban doce individuos de la cofradía, todos con uniforme majestuoso, vestidos á manera de nuestros Prelados con capa y sotana larga, cuya cola era sostenida por un elegante paje. Marchaban todos con paso grave y con la cabeza levantada, avanzando de dos en dos con gravedad y solidez senatorial. La dignidad de todo el personal, el paso majestuoso, acompañado de la seriedad y firmeza de los rígidos soldados que les rodeaban entre el esplendor de la plata y oro, que despedían los recamos de los vestidos á la luz reflejada de los hachones en aquella oscurísima noche, los hacía aparecer como otros tantos augustos monarcas que hicieran pompa de su magnificencia. Después de estas tres compañías venían treinta niños, todos ricamente vestidos á lo peregrino, con botines y sombrero bordado que les colgaba del cuello á las espaldas, y marchando de dos en

dos cantaban al unísono con suave voz las siguientes estrofas:

Canción

Á Nuestra Señora del Carmen.

De la iglesia del Carmen
Toma la vía,
Del Apóstol amante
La Compañía:
Del noble caballero
Jacobo santo,
Peregrino y guerrero,
Que es doble encanto.
Vestido de esplendor,
Rey soberano,
Es Santiago el Mayor
Gloria de Jano.
De Cristo predicar
Doctrina y mente
Fué visto y bautizar
Bárbara gente.
Donde la cruz plantó,
Paganos lares
Cayeron, y aterró
Templos y altares.
De la cristiana Fe,
Oh Mártir pío,
Dejas la testa al pie
De Herode impio.
El mundo lo admiró
De gloria ejemplo,
Compostela le alzó
Augusto templo.
Baja, el arma estrechando,
Al campo Hispano,
Las filas aterrando
Del Africano.
¡Viva el Héroe noble,
Rayo en la guerra!
Humilde á ti se doble
Toda la tierra.—Amén.

Después de tales peregrinos venían otras tres compañías como las anteriores y en seguida doce corpulentos Hermanos con sotana prelaticia, como los primeros. Seguía á éstos un hermoso jovencito de doce años, vestido á lo húsar, en un espumante caballo, todo viveza y bríos, pintoresco. Representaba á Santiago el Mayor en su menor edad; y soltando con dulce melodía su suavísima voz, haciendo breves y frecuentes pausas, cantaba de trecho en trecho con gracia y especial cadencia una estrofa análoga, de la siguiente

Canción

Á la Asunción de Nuestra Señora.

Tu entrada al cielo al ver,
Himnos divinos
A Ti canten de *Pré*
Los peregrinos:
Nacida arcana flor
De rama pura,
Para ser tu candor
Pompa en la Altura.
El sol por ti su velo
Rasga de oro,
Siendo á tu pie escabelo
Alado coro.
Tu belleza al mirar,
El ángel quiso
Reina á ti proclamar
Del Paraíso.
Tú, madre del Señor
Eres gloriosa,
Del Carmelo esplendor,
Tú, lirio y rosa.
Grande eres, celebrada
Del cielo y tierra,
Más fuerte que la armada
En són de guerra.
Escudo á la ciudad
Sea, y regazo,
Madre, tu gran piedad,
Del Hijo el brazo.—Amén.

Este noble jovencito era seguido de una numerosa Banda y de un grupo de Hermanos que llevaban una alta Cruz de ébano cargada de plata y oro grabado, de un trabajo finísimo, con un crucifijo negro coronado de rica corona toda sembrada de diamantes y joyas de notable grueso. Después de algunos soldados venía la gran máquina que representaba en una estatua de relieve á Santiago el Mayor, á caballo, en actitud de expulsar á los Moros de España, viéndose los infelices en diversas posturas alrededor del humeante corcel; unos, espantados y atónitos, que paraban con su temblorosa diestra los fulminantes golpes de la espada del Santo; otros en precipitada fuga; otros caídos y medio muertos á los pies del caballo, sobre el plano del gran momunento que, iluminado de infinidad de antorchas y candelas que parecían tocarse las unas con las otras,

formaba un hermoso grupo y presentaba en lontananza el agradable espectáculo de una máquina de fuegos quemados con estudiado artificio.

Fué en verdad un hermoso espectáculo ver entre las tinieblas de la noche una procesión tan grandiosa, á la cual la oscuridad misma de la noche, entre tanta cantidad de luces, daba mayor magnificencia y esplendor. Pero esto no compensaba al sensible desagrado que debía poner en un corazón tranquilo el presentimiento de los graves desórdenes y daños que podían provocar los ánimos excesivamente alegres, en una fiesta popular de tanto estrépito, de noche, en las estrechísimas calles de Génova; y, prescindiendo de los males morales que podía haber, fué un milagro del Santo que la cosa no terminase en tragedia; porque, al concluir la procesión, cuando estaba ésta en un lugar angosto y escabroso, los cargadores que llevaban la gran máquina, alterados tal vez con el vino que iban bebiendo bajo de ella y extenuados por el cansancio y fatiga, siendo ya avanzada la noche, hicieron caer sobre una grande aglomeración de pueblo dicha máquina, que se hizo pedazos sin ofender á los circunstantes, contrariando así al demonio que no pudo alegrarse de daño alguno y no vió volver á su tabernita ó Crosa las compañías de los Hermanos, que se dispersaron al momento.

Además de las Casacce hay en Génova otra curiosa costumbre, y es que el 1.° de Agosto todos los cargadores del puerto, que los hay por miles, hacen un suntuoso banquete en varios sitios de las calles públicas. Desde la mañana se preparan las mesas con mucha limpieza, poniendo en ellas botellas, platos, soperas, platillos de salsa y otras

cosas para despertar el apetito á aquellos hambrientos lobos, desplegando desde la mañana las banderas de todas las Naciones comerciales en las respectivas calles del puerto. Á la señal del medio día, reunidos los numerosos cargadores y divididos en pequeñas bandas en las respectivas mesas, consumen el opíparo banquete y entre los vapores de exquisitos licores, olvidándose de los pasados trabajos, cantan y beben hasta muy entrada la noche, brindando á la salud de quien mejor los ha tratado en todo aquel tiempo, y de este modo se avivan y entusiasman para trabajar con unión en el siguiente año.

El mismo amor á la fatiga y al trabajo se descubre en los demás genoveses porque la ciudad de Génova, como lo hemos indicado, no tiene otro terreno de cultivo sino dos pequeñísimos valles, ó mejor dicho, dos quebradas de montaña, una llamada *Polcevera* al Poniente, hacia el Piamonte, y la otra *Bisagno* al Levante hacia el Estado de Lucca. En estas quebradas pedregosas, que sólo por la aspereza de las inaccesibles montañas que las rodean pueden llamarse valles, se encuentra tierra de cultivo y fructífera. Los demás lugares, como huertos, olivares, quintas, viñas y jardines que embellecen la ciudad, son generalmente laboriosos productos del arte, que ha sabido trabajar con industria en la desnuda piedra y sacar de allí lugares amenos y deliciosos, hasta un tercio de la áspera montaña, suministrando frutas, las más exquisitas y suaves, para todo el curso del año.

Resplandece aún más la industria y actividad de los genoveses en el comercio interno y externo que diariamente ejercitan en su ciudad, que en los tiempos pasados era la

más rica, siendo millonarios muchos de su más hábiles ciudadanos; por lo que en el famoso Banco de Génova, llamado «Banco de San Jorge» existían inmensos tesoros, y de varias naciones eran puestos muchos millones de escudos al año, por solo lucro, ó sea frutos del dinero tomado por usura en el Banco. Para negociar, los genoveses son de tal modo vivos y listos, que no tienen iguales. Sus oficinas, almacenes y centros de negocios son regentados con la mayor exactitud y asistidos infatigablemente, de la mañana á la noche, con suma actividad y perspicacia de todos sus empleados, y suele decirse comunmente por los que con ellos comercian «que para burlar á un judío en tema de negocios se necesitan siete cristianos; pero que siete judíos no llegan á burlar á un genovés». Este hecho verdadero que expresa á lo vivo el carácter perspicaz de los genoveses en las negociaciones y comercio, es para ellos al mismo tiempo el más precioso elogio.

No concluiría jamás si presumiese formar aquí el exacto catálogo de las alabanzas debidas á los genoveses por infinitas causas; y, obligado á callar, por no rebasar los estrechos límites de este compendiado relato, tengo el placer de agregar que á los indicados elogios de los genoveses seglares, en nada son inferiores los múltiples encomios que merecen las personas sagradas del uno y otro clero por la suma exactitud en cada uno de sus deberes y por el gran respeto que en la persona del Vicario Apostólico mostraron á la Santa Sede, durante nuestra permanencia en Génova. Pues que, á una simple indicación que hizo el señor Cónsul Piconi á los Cabildos, Conventos, Monasterios y á las principales parroquias de que no desagra-

daría al Vicario Apostólico una invitación á las iglesias, pronto se vió gran entusiasmo para esto entre los directores y primeras dignidades de las respectivas iglesias. De este modo tuvimos el consuelo y honor de celebrar la santa misa con suntuosidad y magnífico aparato en las iglesias principales de Génova, conociendo á los respetables directores de ellas y otros dignísimos personajes. Por ejemplo, dijimos la misa en el Duomo en el día de San Lorenzo Mártir, á quien está dedicada la Catedral; en la colegiata «delle Vigne», en San Jorge, en la Magdalena, en el Carmen, en las Salesas y en Santa Catalina de Génova, en el mismo altar donde reposa el sagrado cuerpo de la Santa, puesto encima con gran decencia y majestad, en medio de cuatro grandes estatuas de mármol muy bien cinceladas. Además de esto, el respetable Capítulo de dicha Metropolitana de San Lorenzo Mártir, por indicación del señor Cónsul Pisoni, rogó al Arzobispo Lambruschini, que entonces hacía la visita de la Diócesis, que permitiese al Vicario Apostólico andar por la ciudad con la cruz descubierta; y obtuvo tan ampliamente su deseo, que Monseñor Lambruschini mandó pronto su Secretario á saludar al Vicario Apostólico y rogarle que saliese con todo gusto por la ciudad con la cruz descubierta y aún por otras partes. Desde entonces, que fué inmediatamente después de nuestra llegada á Génova, gozándose el señor Cónsul Pisoni en asistir al Vicario Apostólico, estuvo siempre á su lado y nada omitió para corresponder del todo á la petición que le había hecho la corte de Roma con carta de recomendación.

El Cónsul Pontificio don Juan Pisoni, caballero y capi-

tán de Marina, es un señor muy honorable que, con más de 80 años de edad, goza sin embargo de una admirable memoria y agilidad. Su conversación no carece de gravedad, circunspección y prudencia senil, unida á aquella ingenuidad y sencillez que caracterizan al hombre honrado y de bien. Tiene la gloria de haber servido á la Santa Sede por más de 40 años en el consulado y de haber siempre merecido elogios y estima. Otra alabanza no poco honorífica es también para él la frugalidad suma de su vida; pues que, lejos de usar el café á la moda, del que dijo Redi, célebre profesor de medicina:

Bebería antes veneno
Que un vaso que fuera lleno
Del amargo y ruin café:

lejos aún de usar limonadas, ponche y otras deliciosas bebidas, le gusta más tomar cada día nueve tazas de simple agua caliente: tres en la mañana después del chocolate, tres después del almuerzo y tres después del chocolate que acostumbra tomar todas las tardes en lugar de la cena; y con este sistema, practicado constantemente por él desde la juventud, ha mantenido siempre el estómago limpio y ligero, no ha enfermado jamás gravemente, y en sus 80 y más años se conserva sano, fresco y activo en todas las cosas. ¡Qué gran ventaja es el saberse regular rectamente en todo el curso de la vida! Esta ciencia, que forma la verdadera felicidad temporal de cada cual, debería ser uno de los primeros estudios del hombre, como quiera que

de una frugal y metódica vida dependen en gran manera aún las cualidades del espíritu (1).

Por tanto, con empeños del laudable señor Cónsul Pisoni, recibimos en Génova las indicadas demostraciones de honor, las que nos fueron ciertamente agradables y de mucha consolación. Pero no nos faltaron al mismo tiempo aflicciones, con las cuales se complacía nuestro buen Dios visitarnos, pues, como dijimos al principio, nosotros salimos de Roma el 3 de Julio de 1823 con el aviso, comunicado por el P. Arce en nombre del señor Cienfuegos, de que el 20 del mismo mes nos embarcaríamos para América, y por esto, de Boloña pasamos directamente á Génova, aún cuando el Vicario Apostólico deseaba pasar algún tiempo en Milán y después en Turín.

En Génova se retardó nuestra salida, fijándola de una época para otra sin que se verificase, pues que se nos dijo, cuando apenas llegábamos, que se partía el 30 de Julio. De aquí se pasó al 15 de Agosto, al 25, al 30, al 6 de Septiembre y al 9 como cosa segura; pero ni aún entonces salimos y aquí fué cuando Monseñor se resintió bastante por tantos contratiempos. Por eso se fijó que el 15 se mandarían nuestros equipajes al buque para embarcarnos en la mañana del 16 y hacernos á la vela inmediatamente. Así fué que el 15 de Septiembre se mandó todo á bordo y al otro día, despidiéndonos de los amigos y de la

(1) Bien decía Horacio, aunque con otro propósito:
.... At mihi cura
Non mediocris inest, fontes ut adire remotos
Atque haurire queam vitæ præcepta beatæ.

Hor. Sat. 4 lib. 2.

posada, con nuestro pequeño lío del Breviario y otras cosillas bajo del brazo, fuimos á embarcarnos. Pero luego que tuvimos en el buque á los compañeros del señor Cienfuegos, quienes dirigían los actos de esta extraña comedia. mientras el buque parecía estar listo para partir, nos hicieron saber que la partida sería uno ó dos días después. Por lo cual Monseñor Mastai y yo, con nuestros atados bajo el brazo y con santa paciencia, nos presentamos al Arzobispo Lambruschini para que nos hospedase aquella noche, y el egregio Prelado nos recibió cortesmente y nos colocó en tres hermosas habitaciones en su Palacio Arzobispal, con la mayor decencia. En tanto, el señor Cienfuegos y el Reverendo Padre Arce, no queriendo volver á la posada, quedaron á bordo del buque, llevando una vida penosísima por 15 días, desde la mañana del 16 de Septiembre hasta la tarde del 30, en que, vencidos de las molestias é incomodidades, salieron de á bordo, ocupando de nuevo otra posada en la ciudad.

Nosotros en tanto éramos tratados con mucha atención por Monseñor Arzobispo Lambruschini, prelado de mucha estimación por su piedad y saber y otros méritos personales. Se mostró siempre cordial durante todo aquel tiempo hasta el 5 de Octubre, esforzándose por tenernos divertidos y alegres. Invitaba á menudo á otros al almuerzo para aumentar la alegría; sus conversaciones en la mesa eran de consuelo y alivio; concluyendo el almuerzo, ordenaba á los sirvientes que nàda faltase en cada una de nuestras habitaciones.

En la larga estadía hecha con tanto placer al lado de Monseñor Lambruschini, Dios, por cuya gloria habíamos

emprendido aquella misión, quiso oponer á nuestro atraso las dulces maneras y generosa cordialidad de aquel dignísimo Prelado, para que, cansados por la extraordinaria demora, no abandonásemos la empresa. De este modo, la larga chanza que otros nos daban, era pronto reparada, y en los últimos días echábamos todos á la risa la representación de una comedia que parecía increíble; pues que después de la última solemnísima burla del 16 de Septiembre, parecía que los chilenos no abusarían más de nuestra paciencia, y que, si fuera dada una nueva señal de partir, se llevaría á efecto sin un mínimo retardo. Esto no obstante, el 28 de Septiembre nos hicieron mandar de nuevo al buque aquellas pocas cosas que la sola necesidad nos había obligado á tomar, después de nuestro primer embarque; nos hicieron despedirnos de Monseñor Lambruschini y de otros amigos y salir de casa á las 11 de la noche con nuestros paquetes para embarcarnos y hacernos á la vela á las 12 en punto. El buque había levado anclas, se habían desplegado las velas, y comenzaba á moverse y retirarse del puerto como suele hacerse en semejantes casos para ponerse pronto en camino. Á velas llenas, con viento en popa, se despedía del puerto y parecía que ya no pudiese ponerse en duda nuestra partida. Pero faltaba el último acto y la clausura de la comenzada comedia, que debía ser seguramente más singular y más bella, que las otras partes. En efecto, después que el buque hubo formado un medio giro al rededor del puerto, á semejanza de los niños que juegan con sus barquichuelos, fué conducido al mismo sitio de antes, y nosotros, á las 11 y media recibimos la noticia, en la calle, de que no se partía ya aque-

lla noche, porque no nos habíamos encontrado á bordo del buque cuando éste se hizo á la vela. Por lo cual con nuestros líos debajo del brazo, siguiendo á lento paso á Monseñor, que nos precedía con la cabeza agachada, pensativo y triste, nos volvimos á presentar, más solemnemente burlados que la otra vez, al pacientísimo Monseñor Lambruschini, quien con su acostumbrada dulzura nos acogió benignamente, y nos consoló con afables maneras y con su cortés trato, para no faltar á la constancia. ¿Hay comedia más rara y singular que ésta? Obligarnos á embarcar por segunda vez todas nuestras cosas, hacernos despedirnos dos veces de Monseñor Lambruschini, soltar las velas, poner el buque en camino, y ser todo ello por divertimiento y en burla, era cosa verdaderamente intolerable; pues se supo poco después que los cuatro jóvenes chilenos, compañeros del señor Cienfuegos, tenían todavía sus baúles en casa del dueño del buque con quien vivían, y confesaron después cándidamente en Buenos Aires, entre la alegría de un opíparo almuerzo, que todo fué por chanza, y que se puso en movimiento el buque para hacer una prueba de él y reírse de nuestra credulidad y buena fe. Lo peor fué que mandaron después al Reverendo Padre Arce á hacernos un agrio reproche, diciendo que por nuestra tardanza no se había podido partir.

Sin embargo, los jóvenes chilenos, arrepentidos del error cometido, mandaron sus excusas por medio del señor don Santiago Salas, que era el mayor de todos y tenía la cabeza menos ligera que los otros. Este habló al Vicario Apostólico con tanto sentimiento, que supo aplacarlo del todo y se fijó nuestra partida como cosa segurísima para el día in-

mediato después de la gran salida de la Casaccia, ó sea después de la procesión de los Casaccianti del Moro, que, como hemos dicho, se anunciaba en toda Génova con clamorosos manifiestos.

Este último retardo de nuestra partida no fué todo obra del mundo. Así lo dispuso la divina Providencia para nuestro consuelo y para librarnos de los peligros del mar. Fué para nuestro consuelo, porque cuatro días después, en la mañana del 1.º de Octubre, como á las nueve, llegó un correo extraordinario de Turín con la fausta noticia de la elección del Emmo. Señor Cardenal Aníbal de la Genga y de su asunción al Pontificado el 28 de Septiembre, día preciso en que los chilenos jugaban tanto con nosotros, y por el correo se supo también que la promoción había sido aprobada con la uniformidad de 34 votos y que tomaba el augustísimo nombre de León XII.

Este nuestro consuelo por la elección de León XII fué verdaderamente grande y no habríamos podido gozar de él sino después de largo tiempo, si hubiéramos partido en la noche del 28. He aquí cómo Dios modera aún el siniestro fin de las cosas y lo dispone en bien de los que confían en Él. El retardo de nuestra partida dirigido para afligirnos, fué convertido por el Señor en nuestra verdadera consolación; y se completó la alegría de nuestro corazón, cuando dos días después Monseñor Capaccini, entonces simple copista de la Secretaría de Estado, anunció al Vicario Apostólico la elección de León XII con carta oficial de la misma Secretaría y le aseguró que uno de los primeros cuidados del nuevo Pontífice sería el de confirmar nuestra misión y todos los Breves de las respecti-

vas facultades concedidas para tal objeto al Vicario Apostólico.

También anteriormente á esta carta oficial de la Secretaría de Estado, tuvimos otro motivo para estar contentos de no habernos hecho á la vela en la noche del 28 de Septiembre, porque en la noche del 1.º de Octubre se desató en el Mediterráneo una horrible tempestad, por la cual los buques más vecinos á Génova tuvieron que retroceder y salvarse en el puerto, donde fué necesaria toda la actividad de los marineros para que no pereciesen los que más directamente eran embestidos de las olas, que entraban furiosamente á la embocadura del puerto. Nuestro bergantín, por ejemplo, encontrándose en el medio de él, donde acostumbran ponerse todos los vapores que salen, era tomado de frente por la tempestad con tanto furor, que á duras penas fué salvado de ella. Una de sus gúmenas ó sea un cable de medio palmo de diámetro que sostenía una gran ancla, se rompió á los golpes y violencias de las olas, y si no hubiese estado pronto otro cable con otra ancla, el buque se habría perdido en el mismo puerto antes de emprender el viaje. De los otros buques que se habían alejado mucho de Génova y á los cuales no les era fácil entrar en el puerto, como le habría sucedido al nuestro si hubiera partido en la noche del 28 de Septiembre, ¿qué habrá sido? No podemos decir que se hayan perdido, porque nada se supo de esto. Sin embargo, es cierto que sufrirían bastante, porque fué grande la tempestad, y en el Mediterráneo todas las tempestades son molestísimas y peligrosas por la estrechez del lugar. Nosotros pues habríamos sufrido mucho, y he aquí el otro motivo para

considarnos contentos por el último retardo de nuestra partida; porque el Señor nos libró con ello, si no del naufragio, al menos de un gran temor de naufragio en tal tempestad. El Señor es verdaderamente bueno y nosotros somos los malos, que tomamos casi siempre como mal todo lo que de tal tiene apariencia. Él, como ya dije, dispone siempre para el bien, con próvida sabiduría, todas las cosas, y es culpa nuestra si no sabemos aprovecharlas: «llega de un extremo al otro con su poder, y con suavidad dispone todas las cosas» (1).

¡Oh Providencia eterna!
Es la prudencia humana
Locura en tu presencia.

Metastasio, José reconocido. P. 2.

CAPÍTULO III

De la navegación de Génova á Gibraltar

Superadas las dificultades y vista la *Casaccia* en la noche del 4 de Octubre, como hemos dicho, renovamos en la mañana del 5 nuestras más fervientes plegarias al Señor, presentándole nuestros más sinceros votos en el sacrificio de la misa, para obtener una buena navegación y la compañía y custodia de nuestro Ángel tutelar en el largo viaje que íbamos á emprender. Y con tales disposiciones, ha-

(1) Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.

Sap. c. 8, v. 1.

biéndonos despedido por tercera vez de nuestros amigos, estuvimos á bordo de nuestro buque dos horas antes del mediodía, ocupando como una hora en atender á los que nos habían acompañado; á las 11 en punto de la mañana el bergantín se hizo á la vela con viento propicio hacia Gibraltar, acompañado de mil bendiciones y de los suspiros de los buenos genoveses.

Nuestro buque era un bergantín que tenía el nombre de *Eloísa*, construído en Francia con dos árboles, y muy fuerte: era nuevo y todo forrado de cobre en el fondo. La compañía consistía en 84 individuos y dos perros que nos servían de diversión en algunas horas del día. El trasporte estaba á cargo de la Nación chilena, quien por once personas, comprendido el equipaje, gastó de Génova á Buenos Aires, como 8,000 escudos romanos. Los otros pasajeros pagaron menos; pero estaban separados de nosotros. Nosotros teníamos dos comidas al día, es decir, el almuerzo á las nueve de la mañana y la comida á las cuatro. Los demás tenían tres comidas, como los marineros, es decir, almuerzo, comida y cena; pero eran comidas de marineros, de cosas pobres y pocas. He aquí el elenco de nuestra comitiva:

LOS ENCARGADOS DE ROMA:

Monseñor Juan Muzi Arzobispo de Filipos y Vicario Apostólico de Chile.

El señor Canónigo don Juan María dei Conti Mastai, su compañero.

El señor don José Sallusti, secretario.

Lorenzo Cuneo, camarero.

ENCARGADOS DE CHILE:

El señor Arcediano don J. Ignacio Cienfuegos, Pub. Rep.
El señor don Pedro Palazuelos, secretario.

El señor don Santiago Salas	compañeros
„ „ „ Manuel Salas	
„ „ „ Manuel Donoso	

El ordenanza y un sirviente.

DUEÑOS DEL BUQUE:

El señor don Pedro Plomer	alemanes
„ „ „ José Plomer	

PASAJEROS:

El Padre Raimundo Arce, Dominicano.
El señor Cayo Marqués, Contador.
„ „ Luis Fontana, Boticario.
„ „ Jerónimo Passadore, Cocinero.
„ „ Marcos, Polini, Flautista.
„ „ Joaquín Pérez, Cristalero.
„ „ Pedro Barabini, Armero.

MARINEROS:

El señor J. Antonio Copello, Capitán.
„ „ Jerónimo Campodonico, Piloto.
„ „ Nicolás Antonio Gasoppi, Vice-Piloto.
„ „ Pablo Canassa, Contramaestre.

El señor Bernardo Barone, Maestro Carpintero.
,, ,, Lorenzo Castillo, dispensero.
,, ,, Antonio Pradi
,, ,, Jerónimo Corvetto
,, ,, J. Baptista Dasso
,, ,, Cristóbal Porcivale
,, ,, Cristóbal Passano
,, ,, Manuel Gamba
,, ,, Jerónimo Verone
,, ,, Carlos Righito.
} simples marineros

Los individuos nombrados formaban la pequeña sociedad de nuestro buque; eran personas educadas y alegres, con las que viajamos sin tropiezo alguno. La navegación fué buena durante el día 5 y parte de la siguiente noche. La primera noche que se pasa en el mar, por lo general poco se duerme. La novedad de las cosas, la variación de ideas. el movimiento del buque, suelen hacer cierta impresión que disipa el sueño; y si el buque se balancea, es decir, cuando se pone como en equilibrio y en seguida á manera de una cuna va bamboleándose por el viento en popa, de proa á popa y de popa á proa, ó bien se mueve de un lado á otro, como acontece en las calmas, es cosa mucho más difícil dormir tranquilamente las primeras noches que se está en el mar; porque en tal caso al rápido cambio de ideas se agrega el mareo, ó sea cierta náusea, cierto disturbio interno y revolvimiento tal en el estómago de quien lo sufre, que lo obliga al vómito; y si por desgracia, cuando el disturbio es violento, no es éste seguido de vómito, se sufre aún más, porque el vómito es el verdadero

remedio y único alivio del estómago en el mareo. Hay algunos que no sufren en el mar, pero son rarísimos; pues cuando se comienza á navegar, quién más, quién menos, pagan todos este tributo á la naturaleza, hasta que se haya quitado todo embarazo al estómago y se acostumbre al olor y movimiento del buque. Entonces no se sufre más, se come con apetito, y se goza de buena salud mientras sepa cada uno moderarse tanto en la comida como en las otras cosas; pues el mucho alimento oprime el estómago, y la falta de él lo debilita, y el estómago, oprimido y debilitado, fácilmente se vence al mareo; también es causa del mareo la seria aplicación de la mente á algún asunto, por la gran relación que tiene ella con el estómago. Los desarreglos en otras cosas suelen ser del todo fatales en la navegación.

Las molestias del mareo fueron las que comenzaron á molestarnos en la mañana del 6, pues la noche del 5 el mar estaba en una ligera calma, que fué aumentando hasta el día siguiente; y como el poco viento que soplaba era en popa, de aquí es que el buque comenzó á bambolear de popa á proa, á semejanza de una cuna, que es el más peligroso movimiento y el más fácil de producir mareo, pues perturba fuertemente el estómago; y agitando las aguas pútridas y corrompidas de la sentina, sube de ella un olor malsano que da náuseas y concluye por desconcertar el estómago; y produciendo una debilidad á la cabeza y á las piernas, con un decaimiento de fuerzas en todo el cuerpo, deja al hombre sin obrar, adormecido é incapaz de cualquiera acción. Casi todos fuimos atacados de este incómodo mal la mañana del 6; pero no todos

con igual fuerza ni una misma duración. Yo, por ejemplo, sufrí por sólo dos días; otros lo tuvieron más violento y más largo.

El día 7 entramos en el golfo de León, que suele ser muy peligroso, porque ahí las aguas suelen revolverse y acumularse al rededor del buque de manera que, descargándose en grandes olas en los lados y en la cubierta, le hacen gran daño y algunas veces lo sumergen y lo anegan. Nosotros, sin embargo, por gracia de Dios, nada de siniestro sufrimos, porque estábamos con el mar en calma cuando entramos al golfo. La incomodidad se reducía á avanzar poco, pero esto era bastantemente compensado con el alejamiento de los peligros y con ver restablecida la superficie del mar y con ella el estado de nuestro estómago, de modo que en la tarde comenzamos á comer con apetito y con gusto.

En los primeros días de nuestra navegación era para mí una cosa verdaderamente admirable considerar cómo la industria del hombre había podido llegar á construir con tanto arte los buques y regular tan bien el camino con la maniobra de pocas velas, que, superada con ellas la resistencia de las aguas y de los vientos, los hacían obedientes y sujetos. No me olvidaba de pensar que fué el mismo Dios quien presentó al mundo la primera barca. Él ordenó á Noé que hiciese un arca de madera que debía flotar sobre las aguas del diluvio: y Él también ideó la estructura y forma de ella. Pero esa arca no tenía otro oficio que el de mantenerse sobre las aguas, vagando confusamente aquí y allí, sin otra dirección que la que la voluntad de Dios le daba, y el caprichoso impulso de los

vientos. Buques, sin embargo, capaces de ser regidos con pocas velas y ser dirigidos á cualquier punto de la tierra, al arbitrio de un piloto, cuando el viento no sea totalmente contrario, muestran en verdad el grande esfuerzo de la humana inteligencia, que con las primeras ideas tomadas del arca de Noé y con las luces naturales suministradas por Dios, autor de la misma naturaleza, ha sabido llegar á esta tan admirable y sorprendente perfección. Cuando considero el intrépido coraje, la temeridad y audacia del hombre, me parece que se tornó superior á sí mismo al confiarse por vez primera á una pequeña nave para sujetar con ella el furor de las olas y de aquel terrible elemento que no conoce absolutamente firmeza ni fe; por lo que dice Horacio con toda razón:

Macizo roble y triplicado bronce
El pecho circundaban
Del que primero frágil navecilla
Al piélago iracundo
Confió, ni las furias le arredraron
Del rápido Africano cuando lucha
Con Aquilón, ni las dolientes Híadas,
Ni la rabia del Noto que las olas
Al Adriático bate
O calma, único dueño.
¿Cuál muerte temerá quien visto hubiere,
Secos sus ojos, nadadores monstruos,
La mar hinchada y las infames rocas
Acroceraunias? Dios prudente en vano
Las tierras separó del insociable
Océano, si empero
Los intangibles vados
Impías naves cruzan.

Hor. Flac. Od. 3, lib. 1.

El 8 creció más la calma y apenas se caminaba una milla por hora; el mar parecía un lecho de aguas inmobles, que se extendía al rededor, inmensamente, sin avistarse tierra en parte alguna; y sobre él se veían cinco hermosos buques que se movían á paso lento como el nuestro, como si por sólo divertimiento pasearan majestuosamente en aquella vaga superficie de las aguas. Esta alegre vista del plácido mar y de los cinco buques, que con toda la pompa de sus velas desplegadas paseaban, distraía grandemente la mirada; pero al mismo tiempo nos afligía la calma, porque se sentían las molestias del calor. Finalmente al venir de la noche comenzó á soplar un viento agradable que nos sacó de la calma, y con la certidumbre de que caminábamos bien en la noche, todos dormimos tranquilamente.

En la mañana del 9 el viento fué creciendo de manera que al mediodía era bastante fuerte y constante. El buque empujado con fuerza recorría de nueve á diez millas por hora. Parecía un rayo que no sentía obstáculos. Las aguas que en la veloz carrera iba cortando con la férrea proa se cubrían de espumas y, dividiéndose á cada golpe como dos montañas, huían de una y otra parte del impertérrito bergantín. Rompiendo también el timón otras aguas al extremo opuesto de la proa, y empujándolas con fuerza irresistible de uno y otro lado de la popa, se encontraban éstas con las primeras en opuesta dirección y chocándo así las unas con las otras, se levantaban á manera de espumosas montañas, las que después, rompiéndose y cayendo de golpe desde la altura, cubrían de gruesa espuma el rededor del buque, que señoreaba encima con orgullosa altivez. El espectáculo era verdaderamente agradable; pe-

ro no podíamos gozarlo sin las molestias que van siempre unidas á los grandes placeres, pues que todo aquel rápido camino se hacía siempre con viento en popa, estando por esto el buque en un violento balanceo, que lo levantaba de proa á popa y de popa á proa, con continuo bamboleo, y, quién más, quién menos, tuvimos todos que sufrir las molestias del estómago. De este modo con la rapidez del camino pasamos sin peligro el temido golfo de León y al caer de la tarde tuvimos el placer de vernos al frente de la isla de Menorca.

La noche se pasó no muy bien, con el balanceo del buque; pero fué ello compensado, pues la mañana del 10, con un poco de sueño, el mareo dejó libres á todos. Siguiendo favorable el viento, al mediodía estuvimos al frente de Monserrat, en la costa de Cataluña. Este monte es muy hermoso. Como en la mitad de él se halla el célebre Santuario dedicado á la Natividad de Nuestra Señora, con pequeñas ermitas, terminando en varias puntas muy elevadas. Yo me divertí mirando con los anteojos ora una, ora otra de aquellas casuchas de ermitaños. Habiendo resuelto desde Génova con el señor José Antonio Copello, Capitán del buque, que me instruiría en la Náutica, y yo le explicaría las respectivas teorías de la Geometría y Trigonometría, que decía haberlas olvidado, mucho me gustó oír la primera lección de un arte, como es la Náutica, tan interesante para el comercio entre lejanas naciones divididas por el mar y tuve el placer de encontrar al señor Copello bien instruído en la difícil ciencia de su profesión, conociendo que estábamos bien seguros su bajo dirección.

En el mismo día continuamos las lecciones académicas de Derecho Canónico que habíamos principiado en Génova con la lectura de Berardi y otros autores. Monseñor se dedicaba á Berardi, porque estimaba mucho sus Instituciones. Ellas tienen realmente algún mérito; pero en el conjunto no las encontraba de mi satisfacción, pues no me parece que tengan la precisión y claridad que requiere la naturaleza de las Instituciones, donde todo debe ser unidad, precisión y evidencia, como dice Horacio en su poética:

Y finalmente el asunto
Siempre sea simple y uno (1).

En la tarde del 10, al sobrevenir la noche comenzó á soplar el Ábrego. El capitán Copello y el señor Don Pedro Plomer, dueño del buque, reparando, por las circunstancias de aquel viento, que habría podido hacer daño, tuvieron en un lugar apartado, pero cerca de mí, una larga conversación sobre lo que podría acontecer en la noche, consultándose si sería mejor tomar tierra en algún punto de Cataluña ó volverse al puerto de Mahón en la isla de Menorca. Concluída la conversación, yo, sobresaltado por esto, fuí á dormir. Á media noche, en lo más tranquilo del sueño, habiendo crecido excesivamente el viento, se levantó una furiosa tempestad que llevó al buque con violencia por las aguas de Cataluña hasta las costas de Tarragona, cerca de la cual nos encontramos la mañana del 11. Consideramos el peligro de aquella noche, pero ninguno

(1) Denique sit quodvis simplex dumtaxat, et unum.

como yo por el funesto discurso que había oído, en la tarde, de aquella tempestad y de lo que podía venir en seguida. Mastai no se movió de su cama por estar malo del estómago; pero Monseñor y yo nos levantamos pronto y, arrodillados delante de una imagen de nuestra Señora, rezamos las Letanías y otras oraciones, después de las cuales prometimos cada uno celebrar una misa á San Nicolás de Tolentino y á San Nicolás de Bari, para que nos librasen de naufragar, lo que no estaba muy lejos. Después salí á cubierta, desde donde tiré al mar un pan bendito de San Nicolás, y fué allí también donde ví el mar por primera vez en deshecha tempestad. Las olas se levantaban de todas partes con excesivo furor. Unas se descargaban contra la cubierta del buque, otras lo empujaban de todas partes, y otras, amontonándose espantosamente al rededor de él, parecía que al caer quisieran sepultarlo en el seno cóncavo del mar. Por lo que, atemorizado de aquella vista horrible, corrí á esconderme al común salón, redoblando cuanto pude mis pobres preces, y supliqué á la bondad de Dios que quisiera librarnos de todo castigo.

En tanto, llegado el día y siguiendo aún los peligros de la tempestad, aunque menos furiosa que antes, pensamos seriamente en la crítica situación en que estábamos ó de caer en manos de los Españoles, por salvarnos del naufragio, ó correr peligro de perecer en él, si seguíamos el camino contra el ímpetu del viento. Por lo cual, para evitar ambos peligros, resolvimos hacer una bordada, y se pasó en ella todo el día, en el cual sufrimos todos, porque son inevitables los disturbios del estómago y otras molestias en las grandes borrascas, cuando se navega por primera

vez. Sin embargo, aun en medio de todos estos padecimientos era cosa agradable contemplar el sorprendente espectáculo que nos presentaba el aspecto del *mar muerto*, pues que muerto se llama el mar apenas cesa la tempestad.

Notábase, por cuanto la perspicacia del ojo alcanzaba á divisar, un revolver de olas que, encontrándose unas con otras, formaban como otros tantos montes de agitadísimas aguas que, rompiéndose en la altura, caían como de un despeñadero y se disolvían en un lecho de espumas. Todo el mar presentaba el mismo espectáculo y al romperse las olas más vecinas á la nave, inmensas moles pasaban por debajo de ella y la levantaban á una altura considerable, de la que, volviendo á caer á una distancia, empujaba con su enorme peso de una y otra parte montañas enteras de agua que, encontrándose con las olas contrarias, se unían unas con otras como si combatiesen entre sí, y volviendo éstas á levantarse, á su nueva caída presentaban otro lecho más espacioso y bello de saliente espuma, perpetuándose de este modo el delicioso espectáculo, pero con algún peligro.

En la mañana del 12, habiéndose reforzado en la noche la terrible tempestad, nos encontramos arrojados cerca de Valencia, á donde no nos acercamos por temor de los Españoles; pero tomamos la resolución de hacer bordadas como en el día anterior, pasándose en esto todo el día sin poder avanzar por la oposición del viento. Con el trascurso de la noche creció también la vehemencia del viento. El capitán no encontraba otro remedio que tomar tierra en alguna parte de la costa; mientras se deliberaba sobre esto

levantóse una especie de huracán que parecía tragarse el bergantín. Todos nos dimos por muertos. Monseñor y yo fuimos los primeros en levantarnos de la cama y rezadas algunas oraciones, con todo el fervor posible, prometimos celebrar otra misa á San Nicolás de Tolentino y á San Nicolás de Bari, como lo habíamos hecho antes, y creciendo desmesuradamente la funestísima tempestad, nos dispusimos á morir. Poco después salieron llenos de terror y espanto los otros compañeros, excepto Mastai, que estaba enfermo, y el Rdo. Padre Arce, que, como religioso, esperaba la muerte en su cama para morir así religiosamente con toda la paz y comodidad que podía tenerse en aquel punto.

Es del todo imposible poder describir el terror de aquella funestísima noche. Parecía en verdad que hubiese llegado el último fin para nosotros y para lo creado. El viento silbaba con horribles mugidos y gemían las velas. Las olas, sublevadas y arrojadas con excesiva vehemencia á los costados del bergantín, lo hacían vacilar á cada golpe, y un ruido ronco se sentía en el interior de su cavidad, mientras á cada sacudida violenta, como dijo en otra semejante circunstancia el sublime y elegante Virgilio,

Las cavidades retumbar se oyeron
Y gemidos mandaron las cavernas (1).

En tanto, el timón, que vacilaba á los golpes de las olas; los árboles que se desviaban á los impulsos y

(1) .... uteroque recusso,
Insonuere cavæ, gemitumque dedere cavernæ.
Virg. Æneid. lib. 2.

vehemencia del viento; las improvisas quejas de los afanados marineros, en la fatigosa maniobra de las velas; la pausada señal de la campana para tenerlos más ágiles y atentos en tal trabajo, del que dependía la vida de todos; los gritos del piloto; los mandatos del capitán, el estrépito de más de 200 ánades y todo el ruido de á bordo en el bamboleo del buque: eran cosas de mortal susto. No se puede imaginar una situación más terrible y más triste. Todo era terror, angustia y perturbación de espíritu. El pálido rostro de cada uno, las temblorosas voces, las inmobles y petrificadas pupilas, nos atemorizaban recíprocamente, y todo en aquellos fatales extremos nos presentaba el truculento aspecto de la muerte (1).

Mastai, que á este alboroto de cosas se había levantado, se sentó en el suelo por debilidad de sus miembros y, al repercutir de una oleada, saltó medio desnudo como estaba á la cámara opuesta. Todos nos aferramos en el propio puesto para no ser empujados y derribados al suelo por los repetidos golpes de las olas. Y en tanto se oían volcarse en la despensa los platos y botellas y cuanto había, con miedo de todos, y parecía que el mismo buque en el excesivo bamboleo quisiera darse vuelta y ceder finalmente á la violencia de las olas. Pero la bondad infinita de Dios, que no abandona jamás á quien en ella confía, no dejó de socorrernos en aquellos extremos de la vida. Amenazó Él, como ha hecho otra vez, á los pertinaces vien-

(1) Præsentemque viris intentant omnia mortem.
Virg. Æneid. lib. 1.

tos y á las furias del mar, y al instante todo varió (1); pues que, mejorado el viento y cesada, tres horas después de la media noche, la furiosa borrasca, nos despertamos al fin de ella como de un profundo letargo, y volviéndosenos el espíritu, comenzamos á respirar mejores auras de vida. El buque, siguiendo el rumbo, caminó toda la noche por opuesta dirección, para alejarnos siempre del centro y de la reunión de las olas, cesando así todo temor.

La mañana del 13, nos encontramos en el golfo de Valencia, del que salimos con el favor del viento. Sin embargo, el bergantín avanzaba poco por no poder superar la resistencia del mar, porque las aguas perturbadas se acumulaban como montañas, ora pasando debajo del buque, ora interponiéndose á la proa, en modo que lo embarazaban, obligándolo á un esfuerzo continuo para superar la resistencia, lo que causaba retardo y desviación del recto camino.

Como nuestro buen Dios, por cuya misericordia nos libramos de las fauces de la muerte en la tempestad, quería probarnos aún, tuvimos siempre en todo el día 13 un poco de Ábrego, que en la tarde aumentó, en forma que al venir la noche renovó con más furor que antes la pasada tempestad. Se dió comienzo á las maniobras de las velas; pero fué en vano. La fuerza del viento crecía á cada momento y la sublevada borrasca á cada instante era peor. Encontrándonos en gran peligro de perdernos, se resol-

(1) Comminatus est vento et dixit mari: tace, obmutesce, et cessavit ventus, et facta est tranquillitas magna.

Marc. cap. 4, v. 39.

vió desviar el camino, para evitar el viento contrario, dirigiéndonos á la isla de Ibiza, la menor de las Baleares, y salvarnos en el puerto. Estábamos próximos á entrar, cuando levantóse un furiosísimo torbellino, que, llenando el aire con sus mugidos, nos ensordecía y espantaba, y tomando de frente nuestro bergantín, lo habría anegado si el atento capitán no hubiese ordenado la maniobra de las velas, á las primeras señales que tuvo, y volviendo para atrás la proa, fué el buque abandonado á la discreción del viento, caminando siempre á merced de él, pues no había otro medio que la fuga para salvarnos del naufragio. Se caminó toda aquella noche con velocidad por opuesta dirección; nuestra *Eloisa* parecía un rayo que, lanzado por enemiga mano, no tenía oposición. Todos estábamos consternados y afligidos de nuestra propia suerte y, entre las palpitaciones del corazón, dirigíamos al cielo nuestros más fervientes votos por nuestra común salvación; pues que, continuando la furia del viento y la precipitada fuga del buque, desesperábamos casi de la propia vida en tales circunstancias. Pero el Dios omnipotente, que cuando está airado mira de través la tierra haciéndola temblar á su mirada (1); toca los montes haciéndolos ceniza y humo sobre los trémulos valles (2); domina la furia de los vientos y calma el tempestuoso mar á una señal suprema (3); este Dios potentísimo, dije, oyó benigno las aflicciones

(1) Qui respicit terram et facit eam tremere.

(2) Qui tangit montes et fumigant. Psalm. 103, v. 32.

(3) Tu dominaris potestati maris: motum autem fluctuum ejus tu mitigas. Psalm. 88, v. 10.

y las voces de nuestro lánguido corazón y, volviéndose indignado á la furiosa tempestad, todo lo dominó con su mirada divina.

Cesó así la borrasca y con el furor del viento desaparecieron también las tinieblas de la noche que le volvían más horrible el aspecto, y con la luz benigna del día pudimos seguir el camino á Mallorca para descansar de nuestros padecimientos hasta que comenzase una más propicia suerte. El buque caminaba siempre de flanco con un mar que ondeaba de una parte á otra, del mismo modo que, vueltas á cerrar las cataratas del cielo en el diluvio universal, una mole inmensa de aguas acumuladas se veía correr, como movible montaña de desmesurada grandeza (1); y cuando en este sucesivo movimiento llegaban las olas al costado del buque, descargándose unas por encima y otras pasándolo de uno á otro lado, lo empujaban con terrible furor. Con tales peligros regresamos á Mallorca.

Llegamos á esta isla en la mañana del 14 y anclamos frente á La Palma, que es la capital. Esta ciudad está situada en un perfecto plano, contando como 20,000 personas. Se extiende mucho por la ribera del golfo, siendo muy hermosa la vista desde el mar, porque desde el principio hasta fuera de ella se ve una cantidad de molinos de viento que giran á un mismo tiempo, pareciendo de lejos como otras tantas máquinas que saludan á los buques que llegan. En el medio de una gran construcción se ve

(1) Reversæque sunt aquæ de terra euntes et redeuntes. Gen. cap. 8. v. 3.

la Catedral hermosamente trazada, en cuanto se puede notar de la parte del golfo. Los campanarios de las otras Iglesias, las pequeñas torres, los hermosos palacios y otras casas bien hechas que se ven, engrandecen la vista de La Palma. Contiguo á la Catedral está el muelle donde anclan los buques mercantes que no pasan por cuarentena. Este pequeño muelle es obra de arte, como, por el contrario, es obra de la naturaleza su majestuoso puerto; pues es éste un gran golfo ó seno de mar donde las naves se resguardan de las borrascas, no recordándose que haya perecido alguna vez ningún buque. Tiene más de doce millas de circuito, ocho al levante de la ciudad y cuatro al poniente. Sin embargo, el puerto se reduce á una decena de millas, de forma oval, todo rodeado de tierra, excepto la embocadura. El poniente de ella está custodiado por un fuerte castillo que domina el resto del golfo y una pequeña rada llamada puerto fino, donde generalmente anclan los buques de pesca. Á esta rada sigue una amena colina donde se ven casitas rodeadas de árboles y una hermosa pequeña villa. Sigue el Lazareto y una gran llanura con molinos de vientos juntos á la ciudad. Al fin de ésta, otra llanura más grande con mayor número de molinos de viento, va á unirse con las montañas de la costa, al levante.

La ciudad descrita está en la parte austral, por lo que abunda en frutas suaves y en un género de uva gustosísima. Posee un rico pescado y se come allí un pan bastante ligero y bien hecho. Parece que la población es en gran parte supersticiosa y pobre, como que es compuesta de naturales y extranjeros. Los extranjeros son los Moros,

que han invadido en gran número la isla, y principalmente en La Palma han aumentado de tal manera que forman casi la tercera parte de la ciudad. La mayor parte de los Mallorquinos indígenas cree que los Moros son gente profana con una pequeña cola en señal de detestación y vileza, llamándoseles por esto *Scioete*, es decir, hombres con cola. Son despreciados y aborrecidos, de tal manera que no se les admite al servicio militar, por no tener ocasión de conversar familiarmente con ellos, y es voz común no haber sucedido nunca que una Mora se haya casado con un Mallorquino indígena, ó que una Mallorquina se haya casado con un Moro. Sin embargo, los Moros no tienen necesidad de los Mallorquinos indígenas, porque son numerosos y ricos.

Después de haber sufrido tanto para llegar á Mallorca y restablecernos de los pasados desastres, la acogida y alivio que recibimos de los Mallorquinos fué una maquinación general para nuestra opresión. En primer lugar, nos declararon sospechosos de peste, sujetándonos á una cuarentena de veinte días, en sitio determinado del golfo, lejos de la ciudad y del muelle. Después nos obligaron á mostrar todas nuestras cartas, siendo que un buque que entra en un puerto con sólo el fin de salvarse de una tempestad no puede ser obligado á mostrar sino el pasaporte para cautela del Gobierno. Todo el 15 se pasó en preguntas y respuestas de una y otra parte sobre la entrega de las cartas, sin concluir nada.

La mañana del 16 comenzó la cosa más acalorada y más seria, porque, habiendo finalmente consignado nuestras cartas, para no disputar más sobre ellas, pronto se nos

negó su restitución y dijeron las Autoridades locales que bajase á tierra el Vicario Apostólico con su séquito, porque tenían necesidad de hablar con él. Sopechando alguna traición, rehusamos hacerlo; pero, como se amenazaba de quitar el timón á nuestro buque para impedir la fuga ó de mandarlo á pique en caso de resistencia, Monseñor cedió á la fuerza, á la última intimación que nos mandó el Gobierno á la hora del almuerzo. Por lo cual, suspendiendo el almuerzo en lo mejor de él, metiéndose con Mastai en una pequeña lancha, pasaron el resto del golfo que por la dicha tempestad estaba aún agitado. Desembarcados, fueron luego arrestados y encerrados en la penosa cárcel del Lazereto, sin saber el motivo. Yo, al oír esta funesta noticia, bajé en la misma lancha para irme á juntar con ellos en la misma cárcel.

El gran cansancio y el testimonio de la buena conciencia no nos hicieron comprender al momento, en toda su seriedad, aquella inesperada violencia. Restablecidas nuestras débiles fuerzas con el resto del almuerzo que nos mandaron del buque y recostados en unas pocas tablas que ahí encontramos, con dificultad pasamos desgraciadamente las horas de la noche. Al otro día, que fué la mañana del 17, sentimos el ruido de un gran manojo de llaves y al estrépito de los candados que guardaban las dobles puertas de la cárcel, salimos afuera temorosos y temblando á oír el motivo, y oímos que aquello era un examen formal que debía hacerse de nuestras personas sobre el asunto del arresto.

Se erigió el gran Sinedrio y el nuevo pretorio de Pilatos á la entrada del Lazareto, sentado en él con erizado hocico y horrible entrecejo el Alcalde de la ciudad, quien

como juez procesante presidió la reunión, haciendo, con aire de majestad é imponente más que el mismo Pilatos, las preguntas. Se estaban á los lados dos más severos Ministros que metían miedo con su truculento aspecto y sus tremendas miradas, y un Notario tísico y cadavérico con aire de fariseo registraba las interrogaciones y las respuestas. Cuando todos estuvieron dispuestos, se colocó en el medio de aquella Sinagoga un pequeño taburete de madera, en el cual se sentó primero Monseñor y después cada uno de nosotros separadamente, para el examen. Pero, antes que comenzase, se hicieron fumigaciones por temor de la peste y para purificar aquel lugar, que realmente tenía necesidad de ello por aquellos horribles fantasmas que se sentaban al rededor. Hecho esto, fuimos interrogados por el Juez sucesivamente sobre nuestra procedencia, acerca de la patria, de nuestro empleo, de la Misión y si teníamos en América negocios políticos. A lo que respondió categóricamente y con ingenuidad cada uno, como lo exigían la naturaleza y precisión de la pregunta. No había permiso de dar largas respuestas y no habría sido prudente hacerlo, porque en semejantes casos van pesadas las palabras y un *sí* ó un *nó*, cuando pueda darse, es la más segura respuesta, para no exponerse. Tampoco teníamos permiso para estar todos juntos durante el examen; pero el local estaba dispuesto de modo que cada uno oía el examen del otro, y así pudimos estar ciertos al fin del interrogatorio de que nuestras respuestas eran uniformes, como debía acontecer con la verdad de la cosa. Se concluyó la sesión y nosotros salimos de ella contentos, á semejanza de los Apóstoles, que se veían siempre alegres cuando

salían de la presencia de los jueces, porque habían sido dignos de sufrir contumelias ó ignominias por su divino Maestro (1).

Fueron llamados al Lazareto para ser también examinados el señor Cienfuegos y el Reverendo Padre Arce; pero éstos, instruídos de nuestro sucedido, rehusaron obedecer. Se les amenazó con la fuerza; pero no se llevó á cabo, porque éstos se mostraron resistentes, y además, el Capitán del buque no dejó de reclamar que se respetase la bandera Sarda que los protegía. Nosotros también reclamamos contra la violencia y la injusticia del arresto. Se suplicó á Monseñor Pedro González Vallejo, Obispo de Mallorca, que intercediese; se escribió al Cónsul austriaco para que también lo hiciese; se dirigieron las más fuertes quejas al Cónsul Sardo para la protección de la bandera ultrajada del propio Soberano, que como potencia neutral era respetada de todos; se envió otra carta larguísima al Jefe Político Sr. Conde de Almodóvar, á quien hicimos conocer, con el respeto y energía posible, que nuestro arresto era contra las leyes inviolables de la común hospitalidad, reconocidas también de las gentes más bárbaras; contra el respeto que exigía una potencia neutral de Europa que protegía la seguridad de nuestras personas; contra la sujeción y obsequio que los Mallorquinos como verdaderos católicos debían á la Santa Sede Apostólica, quien nos mandaba á América por importantes fines de mera Religión; y, finalmente, se representó que en nuestro

(1) Ibant Apostoli gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati. Act. Ap. cap. 5. v. 41.

fraudulento arresto se había violado la buena fe, y habían sido conculcados y violados los inalterables derechos de gentes y todo deber humano y divino, que suele respetarse aún de las más bárbaras naciones. Esta multitud de cartas llegadas impensadamente á Palma la puso pronto en confusión. Las Autoridades constituídas corrían á consultarse unas con otras á sus respectivas casas, y en pocos minutos toda la ciudad comenzó á hablar de nuestro arresto con interesantes discursos. Unos aprobaban el hecho y otros condenaban á las Autoridades que lo habían ordenado imprudentemente y sin la debida madurez.

Por tal susurro en la mañana del 18 fuimos puestos con guardias á la vista é interceptada cualquiera comunicación aún con el buque. En esto se reunieron los Jefes del Gobierno en pública sesión, á la que asistió también Monseñor González Vallejo como uno de los miembros del público Consejo. Dos cosas se propusieron en esta pública asamblea de Estado. La primera fué si el Gobierno de Mallorca tenía el derecho de arrestarnos; la segunda, si convenía al Gobierno tenernos arrestados. En cuanto á la primera propuesta, todos los consejeros, que eran en número de cinco, respondieron unánimemente que debía el Gobierno Español saber para qué un Arzobispo y Vicario Apostólico iba á América, donde el derecho de nombrar Obispos era oficio de sólo la Corte de España, perteneciendo por esto al solo Gobierno Constitucional de la Nación Española de la cual formaba parte el Senado de Mallorca. En cuanto á la segunda cuestión, tres Consejeros decidieron unánimemente que era muy conveniente el arresto de nuestras personas para que se mantuviese inviolado é in-

tacto el indicado derecho del nombramiento de Obispos, y se impidiese á los revoltosos Americanos toda comunicación inmediata con la Santa Sede, independientemente de la España; y por tal motivo los tres Consejeros exhortaban al Senado á hacernos conducir á los seguras cárceles de la isla de Ceuta en las costas de África para ser allí juzgados de las Cortes, ó sea de los Estados de la nación y Supremo Gobierno Español que residía entonces en Cádiz con motivo de la guerra nacional. El buque de trasporte estaba pronto para hacerse á la vela desde el día anterior. Pero no tuvo efecto la propuesta, porque los otros dos consejeros, uno de los cuales era el laudable Monseñor, se opusieron á la indicada resolución, y pidiendo el permiso de la defensa, el dignísimo Prelado les hizo conocer que no convenía al Gobierno de Mallorca, en aquellas críticas circunstancias, arrestar una Misión Apostólica, por el daño que haría á la isla el Rey de Cerdeña por el desprecio de su bandera, y el Sumo Pontífice por la injuriosa detención de su público Representante. El celoso Obispo expuso su parecer con la más enérgica elocuencia, haciendo ver que debía respetarse mucho la bandera del Rey de Cerdeña, como potencia neutral, en la actual guerra de los otros Soberanos de Europa contra la Nación Española. Hizo notar que mucho más aún debía respetarse un Público Representante, que el Papa, como Jefe Supremo de todos los Católicos, mandaba á América por negocios de Religión, sin dañar en nada los derechos de nadie. Demostró que estas dos potencias, aunque de poquísima consideración en sí mismas, eran muy temibles por la influencia grande que tenían ante las primeras Cortes de

Europa, quienes podían alarmarse contra Mallorca. Hizo ver al Consejo que, aun teniendo arrestado á aquel Prelado, el Papa podía mandar á América cuantos otros quisiera; y dijo finalmente que, faltando en aquella Asamblea el Jefe político, no debía tomarse en cuenta la mayoría de votos de la parte contraria que había votado por la detención de nuestras personas. Estas sabias reflexiones y vigorosas razones, realzadas con mucha energía por el celoso Prelado, hicieron suspender la decisión del asunto, para oír al Jefe político. Este, en tanto, prevenido por el Obispo, de quien era íntimo amigo, se unió á él, y opinó que no convenía al Gobierno de Mallorca que se arrestase la Misión Apostólica; y como su parecer tenía fuerza de doble voto, se obtuvo la mayoría, con que se decidió finalmente que fuésemos puestos en libertad. De este modo, por las diligencias del distinguido Monseñor González, se rompió la red y nosotros salimos ilesos de sus insidias (1).

Sin embargo, queriendo las Autoridades mantener su gravedad y no decaer en este asunto, en la mañana del 19 mandaron á decirnos con el Alcalde que se entregase el Breve de las facultades concedidas por el Papa al Vicario Apostólico y que con esto se arreglaría todo. El Breve no pudo entregarse al momento, porque estaba en el buque, y con aquella confusión de cosas no se le pudo encontrar. Poco después se le halló, y en la tarde, volviendo las Autoridades, se les dió de él una copia, que después de haberla esfumado y pasado muchas veces sobre el fuego, la tomó

(1) Laqueus contritus est; et nos liberati sumus. Psal. 123, V. 7.

el Alcalde, quien, confrontándola con el original, nos dijo que en la mañana siguiente por medio de un nuevo aviso seríamos puestos en libertad: noticia que nos había sido comunicada en la tarde anterior por el Cónsul Sardo, que había venido en persona á contarnos detalladamente todo. En aquel día se trabajó bastante, porque más de veinte veces sentimos el ruido de las llaves y de los candados, que nos llamaban á audiencia á la puerta de la cárcel. No pudimos comer sino avanzada la noche, después de las 12 según la hora de Italia; y después de cenar, se trabajó no poco para comunicar á Roma lo sucedido.

Según las indicadas prevenciones, en la mañana del 20, como á las nueve, tuvimos el fausto aviso de que estábamos libres para volver al buque y seguir el viaje á América. Yo corté al momento una carta que escribía á Monseñor Lambruschini y, entregándola medio escrita al Cónsul Sardo juntamente con el Despacho para la Corte de Roma, agradecí de todo corazón al Señor que se dignaba sacarnos de la cárcel, como había hecho ya con su primer Vicario y Príncipe de los Apóstoles San Pedro, cuando querían los Judios quitarle la vida: tomé mis maletas y siguiendo alegremente á Monseñor y á Mastai, salí con ellos de la cárcel. Al salir del Lazareto vi en otra prisión á cuarenta y un religiosos de Cataluña, desterrados por sólo el motivo de pertenecer á Corporaciones Regulares. El aspecto de estos sagrados ministros en aquella injusta prisión me edificó por la conformidad á los divinos designios. Mucho más me consolaba el pensar que mayores cosas habían sufrido Jesucristo y sus Apóstoles y tantos santos y valientes atletas, de quienes escribe San Pablo á los Hebreos

« que habían experimentado las irrisiones, las cárceles, « que fueron torturados, tentados, apedreados, heridos « y muertos en la crueldad de las matanzas; que se vieron « errantes, vestidos de pieles de ovejas y cabras salvajes, « necesitados, angustiados y afligidos; de quienes no sien- « do digno el mundo, huyeron á las soledades, vagando « por los montes y por las cuevas y cavernas de la tierra « en testimonio de la viva fe que los animaba y de la san- « tidad de la vida» (1). Llenos, por tanto, de estas verdaderas consolaciones de espíritu, volvimos al bergantín, donde encontramos á nuestros compañeros alegres y ansiosos de vernos, y los abrazos, los vivas y afectuosas interrogaciones que nos hicieron sobre nuestra cárcel, fueron comunes demostraciones que colmaron esos felices momentos de nuestra afortunada vuelta y el gozo del corazón.

Concluída nuestra común alegría y arregladas nuestras cosas en el buque, no dejamos de mandar cartas de agradecimiento á los que se habían interesado por nosotros en la cárcel. Por lo que vinieron á alegrarse con nosotros Monseñor González Vallejo, el Cónsul de Cerdeña y el de Austria, con muchos otros que vinieron por el señor Pedro Plomer y el señor Cienfuegos. Les renovamos nuestros mo-

(1). Alii vero ludibria, et verbera experti, insuper et vincula et carceres. Lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt; circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti. Quibus dignus non erat mundus: in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati, acceperunt repromissionem: Deo pro nobis melius aliquid providente, ut non sine nobis consummarentur.

Ep. ad Hebr. cap. 11, ver. 36.

tivos de gratitud y con verdaderos sentimientos de la mayor gratitud nos despedimos. Toda la tarde del 20 y la mañana del 21 se pasaron en tales cumplimientos. No sin gran dificultad y replicados viajes á la Oficina de Policía se retiraron nuestros pasaportes con las otras cartas, y provistos de pan fresco, frutas, legumbres, etc., y hecho un alegre banquete entre millares de vivas por la recuperada libertad, con el favor del viento nos pusimos en camino hacia Gibraltar.

Toda la noche hasta la mañana del 22 tuvimos una navegación feliz. Reposamos tranquilamente, y en la misma mañana, poco después de las cuatro, nos encontramos frente á Ibiza. Es ésta una islita perteneciente á la Corona de España, mucho más chica que Mallorca y Menorca. Tiene un puerto no del todo despreciable, y visto á cierta distancia, tiene un agradable aspecto. Existía en esta isla en otro tiempo la bárbara costumbre que cuando se casaba una mujer, al salir de su casa para ir á la habitación de su esposo, los parientes más cercanos de éste y sus amigos solían acompañarla con descargas de fusil, tirándolas entre las piernas de los circunstantes y en particular de la esposa; pero con sólo pólvora, y quien le tiraba más cerca sin dañarla, era aplaudido de todos. Algunas veces se la hería y otras se la incendiaba el delantal ó el ruedo del vestido con peligro de la vida. Por lo que se procedió á la prohibición, como sucede con las cosas que pueden ser de público disturbio y confusión en los pueblos civilizados.

Cerca de Ibiza, en la mañana misma del 22, habiéndonos encontrado con el pernicioso Ábrego, comenzó nuestro camino á retardarse y todo aquel día y la noche si-

guiente abordamos frente al Sablazo de Roldán. Es ésta una montaña de Valencia, alta y escabrosa, que tiene una hendidura en la cima, y dicen los marineros que Roldán Furioso, cuando llevado de su cólera pasaba por esa montaña, encendido en un nuevo furor al ver las insuperables asperezas, blandió la espada y abriéndola por medio con un golpe, dejó un camino transitable en la roca. Como á quince millas del Sablazo de Roldán se observa al Poniente en la playa del mar, Villa Alegre, hermosa ciudad en la costa de Valencia. Sigue el Santo Sudario y otros lugares agradables, entre los cuales, Alicante, que nos quedaba al frente en la mañana del 23, donde comenzó la fastidiosa calma á embarazarnos más y más el camino en todo aquel día y en la noche siguiente.

En la mañana del 24, siguiendo la costa de Valencia, nos dirigimos por el Mar Pequeño, que es una reunión de aguas que, introducidas por un pequeño seno de mar en los valles vecinos, se las llama con el nombre de Pequeño Mar. Tiene como doce millas de circuito, rodeado de pequeños lugarejos y amenas colinas, y abundante en pesquerías. Vecino al Mar Pequeño se ve un escollo estéril é inhabitado, llamado Isla Grande, para distinguirlo de otros cuatro pequeños de igual naturaleza, que le rodean. Sigue el cabo Valos, que está del todo desierto y rodeado de estériles montañas, excepto una punta donde está el telégrafo. Después de una veintena de millas del cabo Valos se encuentra Cartagena, donde cesó del todo la calma y comenzó á soplar un viento favorable y fuerte. Cartagena, sede episcopal, construída por Asdrúbal, general de los cartagineses, quien la llamó su Metrópoli, es una

ciudad con un puerto, donde se veían muchos buques y un gran Arsenal que nos quedaba al frente á la entrada del puerto, con la ciudad al Levante de él. Las tinieblas de la noche no me permitieron hacer algunas observaciones; noté, sin embargo, que la ciudad es bastante grande y que está situada en una hermosa colina.

De Cartagena se pasa al cabo Gata, á donde llegamos avanzada ya la noche. En este cabo hubo un alto escollo con una mancha blanca que, vista de noche, parece propiamente un buque que esté parado en el mar. Y es tanta la ilusión de esto, que un navío inglés, habiéndolo tomado de noche por un verdadero buque, lo saludó varias veces, y no teniendo respuesta, lo tomó por buque enemigo y se batió con él con tanto ardor, que á la mañana siguiente se le encontró todo lleno de agujeros, que todavía se notan. En toda la costa que pasamos el 25 se veían sólo montañas estériles y deformes. En una de éstas está la Mesa de Roldán, que es una pequeña torre desmochada, puesta en un pequeño monte para vigilar toda aquella costa, y los marineros amantes de las fábulas cuentan que allí se bajó á comer Roldán Furioso, sirviéndose de la torre como vaso. Es verdaderamente un poco grande; pero para un furioso no viene mal.

En la mañana del 16 comenzamos á entrar en Granada, llamada así por su capital, ciudad grande con una sede arzobispal; pero no muy poblada, siendo antiguamente cuando dominaban los Moros, ántes que fuera conquistada por Fernando III el Católico, la metrópoli de aquel reino. La costa es una continuación de amenísimas colinas bien cultivadas y llenas de lugares y villajes deli-

ciosos que, observados desde el mar, presentan una vista agradable. Tuvimos la suerte de pasar por allí en un hermoso día y pudimos por este divertirnos contemplándolos. Más que todo nos agradó Málaga, ciudad verdaderamente hermosa con sede episcopal y fortalecida por dos castillos que defienden el puerto, haciéndolo uno de los más frecuentados en el Mediterráneo. Mucho hablamos de esta ciudad y quisimos proveernos ahí de hortalizas, fruta y vino. Pero, acordándonos del recibimiento de Mallorca, preferimos seguir el camino y contentarnos con verla de lejos.

En la mañana del 27, como dos horas antes del día, llegamos finalmente á Gibraltar, que parecía estar iluminada con ocasión de alguna gran fiesta, pues que en el verano acostumbran dejar las ventanas con los postigos abiertos y muchos, tanto en invierno como en verano, duermen geralmente con la luz encendida toda la noche, para despertar á buena hora y atender á sus negocios. Gibraltar, por la idea general que podemos dar, dejando al lector nuestra descripción topográfica para nuestro regreso á Roma, es una hermosa ciudad como de 20,000 habitantes, situada entre el mediodía y poniente á las faldas de una montaña que hace ver las casas una sobre otra á modo de un Nacimiento. Está dividida en dos barrios: uno es bastante grande y es el que forma la ciudad propiamente dicha; el otro, llamado La Punta de Europa, queda fuera de las puertas y por tanto separado del primero, considerándosele como un arrabal de la ciudad. El primer barrio está rodeado de murallas y muy bien vigilado. Sus puertas se cierran todos los días con un cañonazo al caer el sol y no se abren hasta que éste aparece. Las llaves se entregan todas las tardes

al Gobernador, que suele ser siempre un gran Príncipe de mucho mérito y experimentada fidelidad, que no permite que jamás se abran las puertas de noche, cualesquiera que sean las circunstancias. Este barrio suele ser en invierno muy húmedo, porque está al pie de la montaña, que, como es tan alta, el viento deposita en ella una densa niebla que, haciéndose agua, cae insensiblemente de la montaña por una gran parte del invierno. El segundo barrio es un pequeño pueblo separado de la ciudad, pero más hermoso. De lejos aparece como un conjunto de pequeños palacios y quintas con huertos y jardines. Está al Mediodía y su cielo es más puro y limpio. No hay la niebla y humedad de aire que tiene el primer barrio. Entre uno y otro existe una risueña calle formada en un plano perfecto, y muy frecuentada en todo el día. En la tarde se reúnen las personas principales de la ciudad que no tienen empleos á que atender.

Uno y otro barrio está defendido por una fortaleza que es la más respetable del Mediterráneo y la unica llave que, á su gusto, abre y cierra las puertas del Grande Océano en la comunicación con tal mar.

Este fuerte es el resultado de un inmenso trabajo, y del arte, que ha sabido construírlo en las entrañas de la montaña y dentro de un escollo de pura piedra durísima, cavada á fuerza de cincel y minas. Se cuentan en este fuerte miles de cañones, una gran parte situados invisiblemente en el seno de la montaña, y arrojan las balas de hondos hoyos de piedra que apenas se ven del puerto. Hay dentro de la roca comodidad para un numeroso cuartel de Artilleros, que en tiempo de guerra pueden recorrer todo

el interior de la montaña, yendo de un lado á otro, de la base á la cima, haciendo sus maniobras militares en el seno de ella sin ser vistos y defendidos del enemigo. La entrada de este fuerte está guardada por una puerta de fierro, donde no entra jamás nadie que no sea empleado de él ó algún personaje extranjero de mucha distinción, llevándolo con la mayor cautela y acompañado de guardias.

Con el mismo celo está también guardada la entrada de la ciudad; pues que cuando su centinela ha saludado tres veces, si no se le responde, ó si se le responde fuera de regla, hace fuego contra quienquiera que sea.

Gibraltar tiene un puerto bastante grande, que no es sino un pequeño golfo, cuya extremidad sirve de amparo y defensa á los buques. Los vientos del Levante dominan en este golfo, y algunas veces sublevan las aguas aún en el recinto del puerto, que no es del todo seguro. Los buques, sin embargo, que se encuentran en el golfo durante la tempestad pueden refugiarse en otra parte de la costa Española, como en Algeciras, que tiene un puerto no despreciable y bien reparado de los vientos: por lo que en todo aquel golfo, al levantarse la tempestad, «quien ve el peligro y no procura salvarse, no tiene razón de quejarse de la fortuna.»

«Chi vede il periglio,
Ni cerca salvarsi,
Ragion da lagnarsi
Del Fato non ha.»

Met. Demofoonte, atto 3, es. I.

CAPÍTULO IV

De la navegación de Gibraltar á la Línea.

Nos detuvimos en Gibraltar todo el día 27. Monseñor recibió visitas de felicitación y cumplimientos del Vicario Apostólico, del Cónsul Pontificio y de otras personas distinguidas de la ciudad. Con tales visitas pasamos todo el día y parte de la mañana siguiente. Á las 8 A. M. nos hicimos á la vela para Buenos Aires, pasando el estrecho de Gibraltar, que parece más bien obra del arte que de la naturaleza, pues de la parte del África está limitado por una continuación de desnudos escollos que parecen cortados á plomo, á punta de cincel. De la parte de España se encuentran escollos que sirven de base á un monte lleno de árboles, que indican la fecundidad del suelo. La longitud del estrecho es notable; pero el verdadero estrecho se reduce á pocas millas, comprendido entre la costa del África y el gran faro de Tarifa, que está encendido toda la noche, para advertir á los pasajeros los peligros del lugar. Nosotros, por gracia de Dios, lo pasamos de día, sin temor alguno, teniendo ocasión de observar atentamente la costa de España y la del África hasta Tánger en Marruecos. Al concluír el día comenzamos á dejar la costa del África y de España, internándonos en el Grande Océano sin ver más tierra. Quedé como fuera de mí al entrar en aquel piélago inmenso y cuando me puse á contemplar la uniformidad, la grandeza y su declinación insensible, hasta los antípodas de nuestra Europa, que tanto sorprende en el

estudio de la Física, pues que se navega bajo de la tierra sin sentir algún daño como si no se hubiera bajado. Admiraba por una parte la infinita sabiduría de Dios, al producir con tanto orden, su obra grandiosa, y me sorprendía por otra el humano arrojo, al internarse audazmente en tanta inmensidad de aguas, penetrar en su centro, traspasar los opuestos confines para subir de nuevo con inmenso camino, siempre vario, siempre vacilante é incierto del éxito y de su último fin, confiado sólo en la seguridad de unas pocas tablas juntas, en la variada maniobra de débiles vèlas que deben regular la dirección y el movimiento. ¡Oh arrojo, oh audacia de los hombres, que en sus temerarias aventuras y caprichosas ideas no conocen dificultades ni peligros!

No hay para los mortales ardua cosa.
Al cielo mismo con locura herimos;
Ni, con el crimen nuestro,
Parar los rayos iracundos, nunca
Á Júpiter dejamos." (1)

Tarifa es una población no muy grande. Se llama también «El país de las hermosas mujeres», por la grande estimación de hermosura, de urbanidad y de buen trato de que gozan en toda la costa, las mujeres de Tarifa, quienes en Cádiz y en otras ciudades tienen la fama de excelentes nodrizas para sus felicísimas criaturas. Los hombres de Tarifa tienen dotes particulares. Son industriosos y activos

(1) Nil mortalibus arduum est.
Coelum ipsum petimus stultitia; neque
Per nostrum patimur scelus,
Iracunda Jovem ponere fulmina.
Hor. Fl. Od. 3, lib. 1.

y tienen fama de valientes, como lo mostraron en la expulsión de los Moros, de los dominios españoles y en los sangrientos combates contra las armadas francesas.

La costa de Tarifa es, en muchos puntos, agradable y adaptada al cultivo. Pero la del África que está frente á Tarifa es un desnudo escollo que de trecho en trecho presenta un color blanquecino como de una piedra calcinada. En la mayor angostura del estrecho, la costa del África es siempre estéril; mas, cuando el estrecho comienza á dilatarse, va también mejorando la costa, pues se presenta en algunas partes vestida de árboles y plantas silvestres y apta para la agricultura.

En todo el día 30 la navegación fué verdaderamente feliz, pues, soplando desde la noche anterior un Ábrego moderado que nos era favorable, empujaba el bergantín del lado izquierdo con bastante velocidad y sin bamboleo, acompañándonos todo aquel día y parte de la noche la mañana del 31, bastante temprano tuvimos viento en popa. El buque caminaba con gran velocidad, pero con la incomodidad del balanceo. En la mesa, cuando se comía, los platos, las botellas y todo lo que tenía, era arrojado de un lado á otro, con gran ruido, y nosotros mismos éramos tirados unos sobre otros sin podernos sostener. Algunos sufrieron el mareo; pero yo nó, sólo tuve un fuerte dolor de cabeza que me acosó toda la noche.

El 1.º de Noviembre sufrimos la misma incomodidad, que fué aumentando de la mañana á la tarde, pues un fuerte viento llevaba con mucha velocidad el buque hacia un punto entre el Mediodía y el Poniente, y á su vez de Norte América venía una tempestuosa corriente de olas, que

atropellaba por la derecha el buque, pareciendo volcarlo á cada choque. Con el avanzar del día, la agitación del mar iba creciendo, y con esto el ímpetu de los golpes y la interna agitación del barco. No encontrábamos sitio seguro para sentarnos. Se ató con cuerdas la mesa en algunos palos para afirmar las botellas y los platos. Y no bastando esto, tuvimos que comer con el vaso en el bolsillo, la escudilla en mano y los pies bien fijos en el pavimento, asegurándose cada uno como mejor podía, para salvarse á sí mismo y la comida, y no arrojarnos los unos sobre los otros, con los vaivenes del buque. Así tuvimos que comer varias veces.

La mañana del 3 varió el viento, obligándonos á variar también nuestra dirección hacia las islas Canarias. Aquí enfermó el Sr. Cienfuegos, que tenía el estómago muy débil y malo, pues no tenía apetito. Todo le daba náuseas y repugnancia y, si alguna cosa pasaba, le era indigesta y pesada. Por esto pidió varias veces que se le dejase en tierra para curarse, ordenándonos seguir el viaje. Nosotros, sin embargo, para no perder su útil compañía, rehusamos complacerlo, siendo curado en el mismo buque, y notándose en ello, por todos, un concurso especial de Dios, para impedir la indicada separación del Sr. Cienfuegos, pues que en la misma noche del 3 de Noviembre se tuvo un improviso ataque del Ábrego que habría sumergido el buque si el capitán no hubiese estado pronto para la maniobra de las velas, terminando, después de tanto ruido, aquella furia de viento con comienzos de calma, que fué siempre creciendo. Se caminó poco en la noche, y con sumo trabajo llegamos en la mañana del 4 al pico de Tene

rife, donde, aunque se hubiese querido, no había permiso de anclar, para dejar al Sr. Cienfuegos.

Hasta ahora yo no he visto un monte más hermoso y majestuoso que éste. Se presenta con un aspecto verdaderamente pintoresco é imponente. Su primera base es la alta montaña que constituye la isla, y en el plano de la montaña se ve levantarse el portentoso monte como una eterna mole y casi en actitud de imponerse al cielo mismo, pues comienza á levantarse en la cima de la montaña sobre una base orbicular de gran periferia, y decreciendo poco á poco, conserva su forma primitiva, como á un tercio de la altura. Aquí hace una especie de reconstrucción, y pone su mole sobre otra base orbicular un poco más chica, como si quisiera con ella tomar nuevas fuerzas para elevarse más y ser más fuerte y estable con aquella triple base. De aquí, tomando la forma de un cono recto, termina con éste su aguda punta. Cuando llegamos, estaba cubierto de nieve, que con los rayos solares, en las horas avanzadas del día, reflejaba una vívida luz que ofuscaba la vista y parecía un trozo de reluciente plata. Tuvimos el gusto de contemplar tranquilamente este sorprendente espectáculo de la industriosa natura; porque dos días continuos estuvimos detenidos frente al monte por la fastidiosa calma, que no nos permitía ni avanzar ni retroceder en el camino.

Dejando á un lado los momentos de diversión con el monte, en el resto sufrimos las incomodidades de la calma entre los fuertes calores del día; sólo el Sr. Cienfuegos, que por causa de su enfermedad tenía necesidad de reposo, sentía bienestar. Agréguese al calor el inminente peligro de

perdernos entre los atractivos del monte, porque, dirigiéndose la corriente y el movimiento de las aguas hacia las costas de la isla, los choques que recibía el buque en el tiempo de la calma, lo acercaban poco á poco á la montaña, que cual sirena nos arrastraba para perdernos en el recinto de una seca ó banco de arena. Fué necesario que los marineros, atando el buque á una lancha, á fuerzas de remos lo sacaron lejos de la costa. Esta fatigosa maniobra de los marineros fué la que nos salvó de un inminente naufragio, porque en la misma tarde pocas horas después de haber sacado el buque de la seca, se levantó de improviso el impetuoso Ábrego que lo habría arrojado á la seca y perdídolo sin esperanza de salvación, pues el capitán, por aprovechar todo viento, apenas hubiese comenzado, hacía que el bergantín estuviese con sus velas extendidas, por lo cual no habría habido tiempo de quitarlas, cuando vino el Ábrego.

Después de este furioso torbellino, el buque pudo moverse con el poco viento que quedó, recorriendo así casi todas aquellas islas. Son éstas en número de doce, conocidas con el nombre de Canarias ó Afortunadas, porque se cree que son las Afortunadas de Tolomeo. Las principales son seis: 1.ª La Isla Canaria, llamada así por su capital, ciudad hermosa, rica y mercantil, cuyo puerto está defendido por un fuerte castillo. 2.ª La de Palma, una de las más fértiles, descubierta por Alfonso de Lugo, cuya capital es Santa-Cruz de la Palma, con un puerto muy frecuentado. 3.ª La de Gomera, llamada así por su capital, descubierta por Fernando Peraza en 1445; es fértil en trigos, vinos y azúcar y tiene un puerto donde solían anclar los

buques españoles que iban y venían de América para proveerse de víveres. 4.ª La del Fuerte Ventura, pero nada venturosa porque, apenas descubierta por Juan de Betencourt, francés, en 1412 fué abandonada por no encontrar productos comerciales. 5.ª La del Fierro, la más occidental de todas las Canarias, descubierta por Peraza en 1445, renombrada por el primer meridiano que trazaron en ella los franceses, por el cual seguían casi todos los Geógrafos; aquí no hay países ni ciudades de consideración, correspondiendo casi en todo á la dureza de su nombre. 6.ª La última es la isla de Tenerife, la más grande y fértil de las Canarias. Fué descubierta por Alfonso de Lugo, español, en 1496, siendo luego famosa por su gran pico, donde los Holandeses trazaron su primer meridiano. La isla consiste en una larga montaña de Poniente á Levante; la extremidad del Poniente está llena de escollos y es inculta. Pero cerca de las faldas del Pico, comienzan á encontrarse pequeñas aldeas con algunas campiñas, entre las cuales sobresale el Pico, puesto majestuosamente en el medio de la isla, como augusto soberano de aquellos lugares. La agradable vista de la risueña campiña con sus lugarejos y villas va hasta la otra punta del Levante. Aquí queda la ciudad de Santa-Cruz, capital de toda la isla, lugar no muy grande, con un pequeño fuerte, donde quería el Sr. Cienfuegos que se le dejase. Todas estas islas, que unidas á las otras forman como un grupo al Poniente de Marruecos, pertenecen á la corona de España, que las llamó Canarias cuando Pedro de Vera descubrió la Canaria en 1488, donde se estableció la sede episcopal que gobierna en lo espiritual aquellos lugares.

Á las 10 P. M. del 5, es decir, dos horas antes de la media noche, mientras todos dormíamos plácidamente, fuimos sorprendidos por los corsarios de la República de Colombia, que tenían una fragata con veinte cañones y una pequeña corbeta, bajo el mando de un capitán inglés. Éste, antes de acercarse á nuestro bergantín, nos saludó con la bocina y habló en inglés con nuestro capitán, respondiéndole éste con otra bocina. El horror de las tinieblas en el más profundo silencio de la noche, el ruido de la bocina en el letargo del sueño, improvisamente interrumpido con el estridor del idioma inglés, el que, repercutiendo en la cavidad de la bocina formaba como un ladrido de perros, y el balbucir de un áspero lenguaje á la turca, nos despertaron llenos de miedo, creyendo que los corsarios africanos nos sorprendían. Mientras nuestros oídos estaban listos para oír el fin del asunto, los corsarios colombianos se acercaron en un bote á nuestro bergantín. Todos nos vestimos al momento para disponernos á recibir el asalto enemigo. El capitán y su ayudante de nación española subieron á bordo del buque y los demás se pusieron al frente en el dicho bote. Después de muchas interrogaciones sobre el origen de nuestro buque, de su procedencia, carga, número, nombre y patria de todos los pasajeros y á donde íbamos, quisieron leer nuestros pasaportes y cartas. Después que se hubieron cerciorado de que no teníamos contrabando para la República de Colombia, exigieron un certificado de nuestro capitán de ser visitados por ellos y nos quitaron el susto con declararnos libres y exentos de

toda pena. Nosotros, á esta generosidad, les ofrecimos una botella de generoso vino moscatel, y bebida ésta, les agradecimos su cumplida visita, y augurándonos ellos una feliz navegación á la América, nos despedimos, retirándose ellos á su fragata, y nosotros á dormir.

Sólo Monseñor durmió tranquilamente, cual otro Jonás, en este nuevo género de tempestad, que se debía temer mucho, pues otros corsarios de la República de Colombia, dos años antes, en 1821, sorprendieron á un tal José Monti, capitán genovés de un pequeño bergantín, que había comprado en Buenos Aires. Después de haberlo despojado, echaron el bergantin á pique y expusieron á la suerte en una playa desierta, con sólo un saco de pan y un barril de agua á los pasajeros con su capitán, quien aún deplora en su patria, en extrema miseria, la pérdida de su único capital injustamente sorprendido y con injusticia mayor saqueado y destruído.

Pasado el peligro de los Corsarios de Colombia, uno de los Estados más respetables de América, y calmados los ánimos, volvimos, como dije, á ocupar nuestras camas para pasar el resto de la noche. Aún no nos había venido el sueño, cuando oímos las angustias del Capitán y del Piloto que anunciaban una nueva tempestad, la que verdaderamente vino, pero duró poco y, además, como estábamos prevenidos, no nos ofendió. Dejó, por el contrario, un viento que nos obligó á dar vueltas por todo aquel día entre las islas de Fierro, Pico, Gomera y Palma.

Concluída la oposición del viento, sucedió á éste una completa calma que nos tuvo clavados en el mismo sitio, sin podernos mover desde la tarde del 6 hasta el declinar

del siguiente día. Por fin, al tramontar del sol, comenzó á soplar un viento favorable y, desplegadas las velas, abandonamos las Canarias.

Nuestro buen Dios, que junta siempre con su próvida mano y con benéfica proporción, las aflicciones y las alegrías y que todo lo dispone y dirige para el mayor bien del hombre, parece que nos hubiese detenido como encarcelados y oprimidos con tantos penosos trabajos en el peligroso recinto de las Canarias ó islas Afortunadas, para que más agradable y hermoso pareciese el vasto seno del mar que recorríamos. En efecto, en la mañana del 8, apenas salidos de las Canarias, que pueden llamarse para nosotros las islas Desafortunadas, se nos presentó el océano con el aspecto más delicioso y alegre que jamás pueda idearse, pues entramos con un risueño sol, que se veía juguetear con su plateada luz, entre las trémulas ondas del quieto lecho del mar, y con un viento propicio, que dulcemente empujaba el buque, nos hacía caminar con el mayor sosiego y entre las suaves auras que, mitigando los fastidios del calor, apagaban del todo los deseos del ánimo, ansioso después de las pasadas molestias, del necesario reposo, paz y tranquilidad. No puede expresarse con que trasportes de alegría y júbilo gozábamos del nuevo espectáculo del mar, que se nos presentaba delante. En todo aquel día no se pensó en otra cosa que en los placeres y solaces del espíritu, pero sin traspasar los límites de una moderada expansión.

Como dije al principio, teníamos un cocinero genovés llamado Jerónimo Passadore, hombre de bien, de sana moral, buenas costumbres, respetuoso y honesto. Maltra-

tado por los suyos, y sobre todo angustiado por la miseria, venía á América por fortuna. Era, sin embargo, débil de cabeza, sufría á menudo el mareo, que lo alejaba de la cocina, y con frecuencia se le oía recordar con suspiros y lágrimas á su mujer y la separación de su casa: en esto pasaba muchas horas del día. Trabajado por semejantes pensamientos, á veces se olvidaba de hacer el pan, otras veces lo quemaba, otras lo sacaba medio cocido ó del todo crudo, volviéndolo á amasar para cocerlo de nuevo, y no pocas veces concluía con pasteles fritos más quemados que cocidos, con azúcar, al fin de la mesa. Ya se olvidaba de emplear la sal, ó ya compensaba la falta de un plato con otro. Ya ahumaba la sopa, ya el guisado, ya el asado. Pero lo peor de todo era que nos alimentaba con sólo papas, pues había cargado de ellas la tercera parte del buque, como si hubiera querido comerciar con ellas en América. De aquí es que comíamos muchas veces en el almuerzo y en la comida papas con sopa y caldo de gallina, papas hervidas, papas guisadas, papas fritas, papas al horno, papas rellenas ó en tortas, y papas en mil otras variadas y caprichosas maneras. En fin, nuestro Jerónimo Passadore nos traspasaba el corazón. Si uno se enojaba, él con plácida sonrisa reprimía el enojo y ruido. Cuando el capitán lo llamaba á solas y lo reprendía por sus faltas, él sin indignarse oía con calma y en paz la rudeza de las reprensiones, y bajando los ojos é inclinando la frente con el rostro mortificado, respondía con la más perfecta tranquilidad de espíritu sólo estas dos palabras: «Sí, señor,» aprobando las reprensiones y mandatos que se le daban. Pero el hecho es que al otro día, si

por desgracia no se encontraba de buen humor, la comida venía lo mismo y aún peor.

Un día, á fin de intimidarlo, el capitán lo llamó á la presencia de todos y le dió una seria reprensión, agregando el capitán con acritud: *Yo te haré fusilar.* Á lo que, *sí, señor*, respondió tranquilísimo el cocinero, *Ud. lo hará, porque tiene la fuerza, pero después me dará cuenta.* Y después de esta respuesta preguntó si tenían algo más que decirle, y hecha una graciosísima inclinación á todos, volvió sin descomponerse á sus trabajos de cocina.

No encontrando cómo componerla en la mañana del 8 de Noviembre, después de haber bebido en el almuerzo generoso moscatel, entre los contentos del espíritu que nos inspiraba aquel alegre día, se ordenó al guardia de las armas, señor Pedro Barabini, que sacase todos los fusiles que tenía y enfilados á uno y otro lado de la cubierta en la extremidad de la popa, más por diversión que por otra cosa, se ordenó al cocinero que dentro de dos horas se dispusiese á morir, en sacrificio de la alegría de aquel día. Éste, que nada sabía de la burla y se acordaba que pocos días hacía que había recibido la intimación de su fusilamiento, tomó la cosa á lo serio y, persuadido de ser él la víctima de la común indignación, quedó como un cadáver al anuncio de su muerte. Una palidez mortal le cubría la cara, las lágrimas le caían á ríos, y volviendo en silencio, ora á uno, ora á otro, sus compasivas miradas, daba señal de un alma abatida por el exceso del dolor, cuando una interna agitación le oprime el corazón y le quita la respiración y el llanto. Á tal espectáculo, nos pusimos todos de pie y rogando al capitán que le perdo-

nase por entonces ó que retardase la sentencia para experimentar la enmienda, cedió al común ruego y al donarle la vida ofreció el sacrificio á Dios con una magnánima generosidad. Mientras «la grandeza y la clemencia van unidas» (1) «y quien le sacrifica una víctima ofrece la sangre á su trono» (2); pero, cediendo al perdón, le ofrece su voluntad.

Van la grandezza e la clemenza insieme
Chi una vittima gli svena
L'altrui sangue offre al suo Trono.
Ma chi cede col perdono,
Dona á lui la volontà.

Todo el día 10, la navegación fué buena, con pequeñas variaciones de viento que no fueron de ninguna consecuencia. En la mañana entramos á la Zona Tórrida, pasando por el Trópico de Cáncer.

Las zonas ó faces en que se divide la superficie de la tierra, son cinco: dos frías, dos templadas y la Zona Tórrida. Las dos frías son una Septentrional, que comienza desde el polo Ártico hasta su Círculo, y la otra Meridional, que comienza desde el polo Antártico hasta el Círculo de su mismo nombre. Las zonas Templadas son: una Septentrional, que se extiende desde el Círculo del Polo Ártico hasta el Trópico de Cáncer, y la otra Meridional desde el Círculo del Polo Antártico hasta el Trópico de Capricornio. La Zona Tórrida está entre los Trópicos, y se llama así por el verbo latino *torrere*, que significa quemar, pues sus

(1) Met. El verdadero homenaje.
(2) Id., Isaac, Parte I.

tierras, por los rayos del sol, quedarían como tostadas, si no fueran refrigeradas por lo largo de las noches, por el viento, por las lluvias frecuentes y el rocío. Las dos zonas colaterales ó inmediatas á la Tórrida se llaman Templadas, porque tienen un clima templado y agradable, por motivo de los rayos solares, que son siempre oblicuos. Las polares se llaman Frías, porque tienen los rayos del sol en la máxima oblicuidad, lo que hace sentir el frío á sus habitantes. Estas dos zonas son de 23° 5 la una; 43° tienen cada una de las Templadas y 47° la Tórrida. Total 180°. Un grado tiene 68 millas italianas y 472 pasos parisienses. En la latitud de los lugares el grado es siempre el mismo; en la longitud la extensión del grado va disminuyendo á medida que se aleja del Ecuador al Polo. En el Ecuador solamente, el grado de longitud es de 68 millas italianas y 472 pasos de París. Los Trópicos vienen del griego *Tropo* que significa *regreso*, porque el sol, llegado á los Trópicos, vuelve al Ecuador, haciendo siempre el mismo camino. Los Trópicos son dos: de Cáncer y de Capricornio, del nombre de las Constelaciones á que corresponden. Cada uno dista 23° 5 del Ecuador y sirven de límite al movimiento anual del sol. El Trópico de Cáncer está en la parte septentrional, en el polo Ártico y señala para la Europa el Solsticio de verano, que es el día más largo del año. El de Capricornio está en la parte Meridional y señala el Solsticio de invierno, que es el día más corto del año.

Dicho esto, nuestra navegación de uno á otro Trópico duró un mes, tiempo en que, después de tantos desastres, gozamos bastante. Por ejemplo, en el día 10, cuando entramos á la zona Tórrida, nos divertimos en la caza que

hace el marrajo ó tiburón de los peces voladores. El primero, cuando llega á la vejez, es corpulento y largo, con la boca larga y doble fila de dientes agudos. Es muy tonto y se pesca fácilmente. Nosotros, por ejemplo, teníamos entonces tres que orillaban el buque, y, habiendo tirado un anzuelo, los tomamos uno después de otro, sin que se moviesen ó alejasen de aquel sitio, á pesar de los muchos esfuerzos del primero para no subir al buque. Cuando se tomó el segundo, dos veces se libró con sus esfuerzos, del anzuelo, y dos veces se le volvió á tomar. Los saltos que daban en la cubierta y los golpes con la cola nos hacían huír de su alrededor. Por fin, dándoles golpes en la cabeza con una hachita afilada, les hicimos morir, para examinarlos, y los tiramos al mar, porque olían mal.

Los peces voladores tienen mucha semejanza con nuestro bacalao, y más aún con los *Iozzi*, que son pequeños peces de figura cilíndrica. Tienen alas pequeñas, con las cuales vuelan sobre las aguas, por un gran trecho, mientras se mantienen mojadas y flexibles al movimiento del vuelo; también tienen en el pecho filamentos glutinosos, como capas sucesivas de una membrana cartilaginosa, con la cual, puestos sobre una mesa ó plato liso, se toman de manera que es necesario algún esfuerzo para sacarlos Cuando el marrajo los sigue para devorarlos, ellos, asustados, vuelan en gran cantidad, y muchas veces, más atemorizados aún por nuestro buque, se levantaban por miles de todas partes y algunos caían en la cubierta y nosotros los examinábamos y nos divertíamos con ellos. Buffon los llamó *Esocetes Volantes*.

Durante el día 12 se tuvo buen viento, y en la tarde,

una hora antes que tramontase el sol, pasamos la isla de la Sal, una de las principales del Cabo Verde. Esta isla aparecía muy hermosa en el mar. Presentaba dos cabos y nueve montañas dispuestas en línea recta del Septentrión al Mediodía, excepto una, que quedaba un poco atrás. Su última montaña al Septentrión, de forma cónica, es estéril por naturaleza; pero tiene una mina de sal, que es el principal producto de la isla y por esto se le ha dado ese nombre.

Pasamos la noche en la isla de Buenavista; pero no la vimos. La mañana del 13 se nos presentaron á la vista, la isla de Mayo y la de Santiago. La primera es chica, pero hermosa: la segunda es la principal y la más respetable de las islas de Cabo Verde, con su capital Riberia Grande, bella ciudad y muy poblada, donde reside un Obispo y el Virrey de Portugal, á quien pertenecen las islas. Se llaman islas de Cabo Verde, porque quedan al Poniente de aquel célebre promontorio. Los antiguos las llamaron de diversos modos; Plinio, por ejemplo, las llamó *Gorgadas*, otros *Gorgones* y *Hespérides*. Se dice que Antonio Noli, genovés, las descubrió en 1460, pasando después al Portugal, que no saca de ellas mucho provecho, por su esterilidad y aire malsano, que produce varias enfermedades. Sus islas principales llegan á diez.

Durante todo el día 13 el viento había sido regular; el 14 comenzó á soplar con tanta fuerza, que caminábamos más de siete millas por hora, con la mayor tranquilidad, pues el viento empujaba el bergantín de un solo lado, que es el modo mejor para caminar. Como al mediodía pasamos el paralelo de la Martinica, que es la más grande de las

Antillas, llamadas de Barlovento ó Sopravento, para distinguirlas de las Antillas de Sotavento. La Martinica produce azúcar, cacao, indaco, algodón, áloe, tabaco, que se exportan al extranjero en el fuerte San Pedro, que es la capital de la isla, ciudad bien fortificada, con un seguro puerto y muy frecuentada. Aquí reside el Gobernador General de las islas del Rey Cristianísimo de la nación francesa. En este paralelo sentimos por primera vez las pequeñas lluvias, que suele haber casi todos los días en la Zona Tórrida, principalmente cerca de la Línea.

Dos grandes diversiones tuvimos en la navegación del 14. La primera fué la de los peces voladores, que al pasar el bergantín en medio de ellos, se levantaban de todas partes.

La otra, más hermosa y sorprendente, que sólo puede gozarse cerca de la Línea, en el seno del Grande Océano ó en otro mar semejante, fué ver el tramontar del sol de un hemisferio á otro en nuestra visual. La tarde estaba hermosa y limpia; la atmósfera despejada de la niebla; el mar en calma, y el cielo claro y sólo tenía algunas ligerísimas nubecillas. Tocadas éstas por los rayos del sol al salir del hemisferio visible ó embestidas de todas partes, presentaban al ojo del observador un hermoso espectáculo, que sorprendía la vista, pues formaban aquellas nubes un variado horizonte de que estaba rodeada la gran órbita del cielo, que parecía apoyarse en las tranquilas y azules aguas; y entre las nubes de aquel bello horizonte, según la mayor ó menor viveza de los rayos del sol y según la densidad y ligereza de las mismas nubes, se veían lucir diversos colores de variada vivacidad y hermosura. Sólo

una cosa era constante en aquel horizonte, que al rededor del cielo las nubes más vecinas al mar eran más rojas, y las otras lo iban siendo menos, gradualmente, variando así los colores y la uniformidad de ellas. Todo, en fin, era sorprendente y agradable, y no puede del todo comprenderse sino con la vista de tales cosas en el Océano.

La fuerte impresión que hicieron en la imaginación las ideas de tal espectáculo, nos causó el placer más vivo en el ánimo por espacio de varias horas. Reposamos toda la noche tranquilamente; y nos levantamos en la mañana con un viento tan favorable y vigoroso, que nos hacía andar más de ocho millas por hora. Todo el 15 pasamos bien y contentos con cierta excepción, porque, habiendo un joven marinero cometido una vergonzosa falta, el Capitán y el Piloto ordenaron que se le atase á un cañón, boca abajo, y se le azotase. He aquí cómo aún entre los marineros se castigan ciertas faltas que envilecen la naturaleza racional. Pluguiese al cielo que del mismo modo se procediese en semejantes casos juveniles, cuando no bastan las amonestaciones. Se impedirían así muchas ofensas á Dios y malos hábitos que entorpecen la juventud y la hacen dañosa á sí misma y á los otros, privando á la patria de los vigorosos ciudadanos que necesita.

Pasado el disturbio del castigo, que fué ejecutado en la mañana, mientras almorzábamos, volvimos á nuestra alegría, que fué concluyendo con el cambio del tiempo, porque en el mar es muy difícil que se tenga continuamente viento propicio, por largo tiempo. En efecto, al buen viento del 15, sucedió en la mañana del 16 una calma, por lo que caminamos poquísimo, apenas dos millas por hora, y

fastidiados por el excesivo calor á todas las horas del día. Sólo al declinar el sol tuvimos algún descanso, por el hermoso horizonte que él nos presentó, no habiendo vestigios de tierra en parte alguna del mar. El horizonte era un gran hemisferio que parecía apoyarse en las aguas mediante una base orbicular, que semejaba una gran faja con bajos relieves de variadas nubecillas. Y cuando al despuntar del sol, fueron iluminadas por su naciente luz en diversas maneras por las varias distancias y diferente masa y densidad de ellas, nos presentaron un espectáculo teatral de indecible belleza. La variedad de colores, su vivacidad, sus grotescos fondos, los diferentes figuras y la gradación, ora uniforme y constante, ora caprichosa y bizarra, sorprendían las miradas de todos. Para mí era esto uno de los más animados espectáculos que se gozan en la navegación de la Línea, es decir, contemplar el nacer y tramontar del sol. En otros lugares del mar lejos de la Línea estos espectáculos no son tan majestuosos y completos, como me lo aseguraba el Capitán.

Los placeres de la tarde del 16 al caer el sol, fueron entristecidos en la noche siguiente, pues se levantó de improviso una especie de torbellino, que nos hizo temer por el buque, porque á causa del poco viento de la tarde, las velas estaban todas desplegadas, y podia irse el buque á pique, ó romperse los árboles al empuje del torbellino. Pero, por gracia de Dios, la maniobra y prontitud de los marineros se ejercieron en todo el buque, pudiendo así salvarnos del naufragio y recorrer aquella noche y todo el día 17, como diez millas por hora. Era admirable observar nuestro bergantín, que iba como volando por la super-

ficie de la aguas, siendo el gozo grande y completo, pues en aquella altura del mar no había que temer los escollos ú otros peligros escondidos, que suelen encontrarse cerca de la costa ó en algún mar estrecho.

Contóme á este propósito nuestro Capitán que un célebre viajero francés, años hace, con una fragata había hecho el giro al rededor del globo, recogiendo lo que pudo encontrar de admirable y raro en aquella navegación. Mientras de las Indias Orientales volvía á las partes australes de la América cargado de rarezas y noticias, y mientras del Océano Atlantico pasando el Cabo de Hornos estaba para entrar en el Grande Océano, fué acometido de un fortísimo viento que lo hizo retroceder obligándolo á una precipitada carrera. No encontrando otra salvación, se dirigió á una de las islas Malvinas, para salvarse en el puerto de la furiosa tempestad. Entró bastante ligero y cuando ya se creía libre y seguro, chocó en un escollo que estaba oculto y se perdió en él, después de haber recorrido todo el globo y haber superado una infinidad de peligros. ¡Cuánto debemos lamentar nuestra mísera condición, la que en el puerto mismo nos hace temer por la vida! Pero aquel desgraciado francés encontró cómo salvarse con todos los otros y el equipaje, porque la misma tempestad había hecho anclar en aquel puerto una nave vacía que se iba á vender en Buenos Aires. Esta recibió todo el equipaje y, mediante el flete de 6,000 escudos romanos, fué á dejarlos á dicha ciudad, donde algunos marineros de la fragata perdida entraron al servicio de nuestro Capitán, que salía entonces para Génova.

Al gallardo viento del 17, sucedió en la noche siguien-

te y en todo el 18 una calma poco menos perfecta, que, además del camino, nos hacía sentir el exceso del calor en aquella situación de la Línea. Yo, no encontrando reposo en la cama por el sofocamiento del aire y por el olor mortífero que con la acción del calor se desarrollaba de las aguas fétidas de la sentina, salí pronto á cubierta y allí pasé aquellas fastidiosas horas hablando con el Capitán, de Astronomía y Náutica, con ocasión de las lucientes estrellas y de varios planetas que se veían resplandecer en aquella limpidísima noche.

Mientras distraíamos en tales discursos las horas de la noche, no dejaba la Divina Providencia de velar de un modo especial sobre nosotros para librarnos de la calma. El poco viento que parecía haberse concluído, con el despuntar del alba volvió á restablecerse, y después de algunos momentos creció de tal manera, que tuvimos que amainar las velas hasta el 19 por evitar el peligro de perder algún árbol y aún el mismo bergantín. El 20 volvió de nuevo la calma y duró hasta el 21. El calor era excesivamente fastidioso, el olor de la sentina aumentaba considerablemente y en cubierta el alquitrán del buque, la expurgación de los animales y las mefíticas exhalaciones de sus suciedades, se hacían insoportables. No había otro recurso que recostarse bajo la cubierta de las velas, ó á la sombra de los árboles y no levantarse sino para ver el agradable espectáculo del pasaje de las *Balenottere-Capidoli*, como las llama Buffón en su Historia Natural.

Estos son peces de enorme grandeza como pequeñas ballenas, por lo que también se llaman *Balenotte* (cachalotes). Suelen verse ordinariamente en el tiempo de la

calma, porque entonces se reúnen y salen fuera del agua los delfines á quienes hacen una continua caza para alimentarse. Tanto los unos como los otros no van casi nunca solos; se reúnen en grandes grupos los primeros para sorprender, y los segundos para no ser sorprendidos. Uno de ellos suele hacer de cabeza y como guía de los otros: se pone adelante de todos, y uno después de otro, ó de dos en dos le siguen los demás. Caminan á grandes saltos sobre el mar; los delfines con celeridad y desenvoltura, lanzándose con el cuerpo fuera del agua; los cachalotes con aquella lentitud que corresponde á su gran masa, bufando horriblemente y lanzando, como de dos fuentes, el agua por sus cavernosas narices. Los cachalotes que vimos el 20 eran numerosísimos; iban en doble fila, saltando, uno después de otro, y otros juntos. El primero que los guiaba tenía como veinte palmos de largo y cuatro ó cinco de diámetro; los demás eran casi lo mismo. De una y otra parte del bergantín aparecían semejantes espectáculos, que era el más agradable entretenimiento. Vimos también delfines seguidos de cachalotes y próximos á apresarlos; pero no tuvimos el gusto de verlos sorprender; lo cual, si bien es bello por una parte, es también triste por otra y compasivo, porque cuando los cachalotes sorprenden un delfín, lo rodean encerrándolo en un círculo del cual el delfín no puede salir; entonces los cachalotes poco á poco lo estrechan hasta morderlo de todas partes y en un abrir y cerrar de ojos, el delfín es devorado. ¡Qué terrible derecho es el de la fuerza, aun entre los animales del mar! La razón nada vale, todo debe ceder á la fuerza para desgracia de los que viven entre los animales. Cuando el fuerte no quiere, nada valen

los derechos del débil. Fedro en su incstimable librito cuenta que cuando el león volvió de la caza con sus tres compañeros y hubo dividido en cuatro partes la presa, tomó una como tributo por ser él el rey de los animales; en seguida tomó la segunda, porque en la caza había mostrado más valor; tomó también la tercera, por ser el mas ágil y activo de todos. Para apropiarse la cuarta le puso encima una pata y encorvando las garras de la otra, erizando la melena, rechinando los dientes y sacudiendo indignado la cola, les impuso con el derecho de la fuerza á sus tres espantados compañeros que, si querían la cuarta parte, debían ganarla con su sangre. Entonces, bajando la cabeza los contrariados compañeros, se fueron, uno después del otro, con lentitud, cediendo su presa sin manifestar indignación para no ser devorados por el león, mostrando con esto que: «si se unen en sociedad el débil y el poderoso, concluye éste sus pactos con impía infidelidad, así como robó la presa entera la improbidad.» (1)

Pero estos son discursos cuanto más serios tanto más inútiles de tratarse, porque el derecho del más fuerte es detestable en los mismos animales, y tratar de combatirlo desde el escritorio, contra el que quisiera usarlo entre los hombres, sería perder el tiempo. Volvamos al mar.

En todo el 21 siguieron el excesivo calor y la calma y no sólo no se caminó sino que hechas las observaciones, al tramontar del sol encontramos que la corriente interna nos había hecho retroceder como media legua sin adver-

(1). Numquam est fidelis cum potente societas;
Sic totam prædam sola improbitas tulit.
Fedro, lib. I. Fab. 5.

tirlo. Á este inesperado fenómeno comenzamos á reír y buscando la razón, nos pusimos á hablar de Náutica y Matemáticas, que es la base fundamental sin las cuales sólo una larga práctica puede impedir las equivocaciones, que con mucha facilidad se cometen en los cálculos trigonométricos, sobre las observaciones que se hacen del sol y de la luna, para determinar con exactitud la verdadera posición y el camino de un buque, lejos de la costa.

El 22, cesada la calma, comenzó á soplar un viento de proa que nos obligó á darnos vuelta y navegar en dirección del África para no perder el camino hecho. Este disturbio por el viento fué mitigado, al oír del Sr. Pedro Plomer que nuestro padecimiento era nada en comparación con lo que otros habían sufrido en la misma situación, á tres grados de la Línea. Nos contó, como después lo verifiqué, que en Montevideo vivía aún un capitán que antes de la Revolución de América trasportaba 34 Padres Franciscanos desde España. Cuando estaban como á tres grados de la Línea un viento de proa se levantó después de una larga calma, y no siendo tan bueno el buque, comenzaron á abrirse las junturas, á los golpes de las olas y á entrar el agua. El capitán, en tal circunstancia, echó lancha al mar para buscar otro buque y salvar á los pasajeros y el cargamento. Tardó cuatro días en llegar y en este tiempo el buque se llenó de agua. Los marineros, mientras tanto, con las mismas maderas del buque fabricaron un puente y ahí se metieron con los 34 Franciscanos y otros pasajeros. Dos días con sus noches flotaron sobre las aguas con la muerte delante, sin que ninguno pe-

reciese. Al tercer día, no habiendo casi esperanzas de vida, comenzaron algunos á perder la razón por el movimiento de las olas, y en la tarde, creciendo más el movimiento y la falta de provisiones, creció el trastorno de la mente y el primero en enloquecer fué el cocinero, quien, diciendo «voy á tierra á proveer de comida», saltó del puente y no volvió más. Lo mismo hicieron al siguiente día 15 Franciscanos, tirándose uno después de otro al mar; así es que, cuando el capitán volvió con una nave que había encontrado por casualidad, encontró su buque anegado y 16 pasajeros que se habían tirado del puente. ¡Qué terrible situación es la del mar cuando está en tempestad! Es nececario pedir fervorosamente al Padre de las luces, que nos conserve las fuerzas de la inteligencia y del cuerpo, pues no puede imaginar quien no lo ha experimentado, la impresión que hace á los navegantes no acos tumbrados el verse ora en la cima de un monte de agua y ora como abismado y sepultado bajo las ondas.

Con las bordadas que se hicieron el 22 pudimos mantener el camino que habíamos hecho antes y conservar nuestra posición. Pero no pudimos remediar la tempestad que el Ábrego, nuestro enemigo implacable, nos levantó el 23 hasta el 25. Sólo el 26 pudimos reparar la desviación de los días anteriores; pero después de un medio día de alivio volvimos á combatir en la tarde y en la siguiente noche con el Ábrego. El 27 parecía que se hubiese desencadenado el infierno y que el mar hiciese los últimos esfuerzos para impedirnos el tránsito de la Línea. De la mañana á la tarde, se combatió con un viento tan impetuoso y contrario, que tuvimos que quitar la mayor parte de las velas

y cerrar las otras, fortificar los árboles para que no cediesen al ímpetu y violencia del viento. El mar estaba agitadísimo; todo era olas, embates y espumas. Las olas, chocando unas con otras, se levantaban á grande altura y cayendo unas sobre otras, abrían paso á las restantes, que á su vez también chocaban. El bergantín tenía que abrirse paso por entre una montaña de agua y á cada empuje que daba con su férrea proa, se abrían las olas pasando por entre ellas lleno de orgullo y majestad. Casi todo un día estuvimos así y como ya no temíamos al mar, éste nos era muy agradable. Pues que «quien se acostumbra á contener el rostro de la suerte adversa, no teme su furor, cuando se aíra. Y así como las iras más funestas son la escuela de un alma fuerte, así también las tempestades son la escuela del Piloto.»

"Al furor d'avversa sorte
"Piú non palpita, e non teme
"Chi s'avezza, allor che freme,
"Il suo volto á sostener.

"Scuola son d'un alma forte
"L'ire sue le piú funeste:
"Come i nembi, e le tempeste
"Son la scuola del nocchier." (Met Tem. Act. I.)

Mientras sabemos por la experiencia, nuestra maestra y más segura guía, que «no entristece toda tempestad con naufragios, mientras que todo trueno y cada relámpago no es siempre un rayo.»

"Non funesta ogni tempestá
"Có naufragi all'onde in seno:

"Ogni tuono, ogni baleno
"Sempre un fulmine non é. (Met. n. Cup. Es 5.)

CAPÍTULO V

De la navegación de la Línea á las costas de América

Á pesar de las oposiciones y obstáculos que hemos indicado, en la tarde del 27 al tramontar del sol pasamos el Peñasco de San Pedro, un escollo desierto que está cerca de la Línea Equinoccial, y poco después pasamos la Línea misma. Es increíble la fiesta y alegría que tienen los marineros cuando pasan la Línea. Uno de ellos se vistió de Neptuno con el tridente en mano y regia armadura. Sus cabellos eran de alga marina encrespada, en forma de peluca. Por todas partes estaba cubierto de algas. Dos grandes personajes, como dos grandes del Reino estaban al lado, seguidos de muchos otros: había Ministro de Estado, Guardia Suprema, Agente General, Oficial doméstico, cortejo y varias clases de personas. Salieron de la proa, donde se habían vestido ocultamente, llamaron en alta voz al Capitán del buque, quien, como si temiese, respondió con trémulos acentos. Le preguntaron de dónde venía, qué llevaba y á dónde se dirigía y oídas las respuestas, se presentaron todos con paso lento, gravedad y majestad. El Supremo Ministro de Estado, seguido de su Secretario, que tenía un gran libro bajo el brazo izquierdo, se sentó el primero con el Capitán, á quien pidió cuenta del buque y de cada pasajero que no hubiese pasado la Línea alguna vez: todo se registraba en el gran libro de Neptuno, cuyas tapas eran de alga marina, tejida con juncos, y con intas de alga se sostenían también las hojas. Concluído

el interrogatorio y la anotación, mandó la Guarda Suprema á un ordenanza que acompañase al Oficial doméstico en el cobro del tributo á los que no hubiesen pasado nunca la Línea.

En esta ocasión da cada uno lo que quiere, metiéndolo en una bolsa sin ser visto de nadie; pero, si alguno se niega á dar, los ministros de Neptuno lo bañan con baldes de agua y el mismo Neptuno lo sigue lleno de indignación y cólera, con su tridente en mano. No hay dónde esconderse: hay que pagar el tributo ó dejarse mojar con el agua que le echan encima. Ni aún se puede salvar en los árboles de la nave, porque los marineros allá lo siguen con los baldes en la mano. Por lo cual, quién más, quién menos, dan todos alguna cosa; y entre nosotros, comenzando por el Vicario Apostólico, dieron casi todos un escudo, aún los más pobres pasajeros, y el señor Cienfuegos dió por sí solo seis *colonnati di Spagna*. Sólo el cocinero huyó á uno de los árboles, dónde lo alcanzaron los marineros; pero únicamente lo hizo para complemento de la fiesta y por la extraordinaria alegría de ese día.

Esta gran fiesta se hizo inmediatamente después del almuerzo del 27, al pasar la Línea; por lo cual la abundancia de comida, los vapores del vino que habíamos bebido, las incitaciones recíprocas entre 34 pasajeros, todos alegres, el risueño sol que nos calentaba las cabezas y la calma del mar, nos sublevaron los ánimos de modo que todo era contento, entusiasmo y locura. Se concluyó la fiesta con juegos de los marineros: unos saltando de un lado á otro con suma agilidad y desenvoltura; otros, mos-

trando la ligereza del cuerpo y robustez de los miembros en contraerlos arrollándose en espiral para pasar al rededor de un palo plantado en tierra; otros, señalándose en subir y bajar las escaleras del buque, y nosotros, quién aplaudiendo á los vencedores y quién burlando á los vencidos, concluímos el largo entretenimiento de aquel alegre día.

Pasamos la Línea el 27 á las 10 P. M., y es notable acontecimiento el pasaje de la Línea, ó sea, del punto que divide los dos hemisferios para pasar del Viejo al Nuevo Mundo. Suele hacerse ordinariamente con un calor excesivo por razón de los rayos solares, que caen perpendicularmente sobre las personas. Sin embargo, pasamos aquel día sin *molestia alguna* del calor, antes por el contrario molestados por un frío sensible, pues al concluir el día 27, que era muy caluroso, se levantó un impetuoso viento de la parte del Cabo de Hornos, tan rápido, que tuvimos que encerrarnos en nuestros camarotes, y en la mañana del 28, el Vicario Apostólico tuvo que cubrirse con su capa de paño y nosotros no nos quitamos del sol. Por tres días tuvimos que estar con nuestra ropa de invierno, por causa de este viento tan frío. Fué una gracia especial de Dios, porque estábamos causados por el sol de los días pasados, durante los cuales nos apareció una efusion pustulosa en la epidermis al entrar á la zona tórrida y nos había mortificado excesivamente. Pero, pasados estos tres días, tuvimos de nuevo que sufrir el calor hasta pasar el otro trópico.

En la tarde del 5 de Diciembre pasamos el paralelo de la Isla de Santa Elena. Esta isla está á los 16° después de

la Línea, en el Grande Océano, hacia el Cabo Negro, en la costa del África. Será famosa en la posteridad por dar reposo á las cenizas de Napoleón Bonaparte. Este grande Emperador, después de haber paseado sus armas victoriosas por casi toda la Europa, y de haber triunfado de las primeras potencias, haciendo temblar sólo con su nombre á los primeros soberanos de la tierra, admirado de todo el mundo en el colmo de su fortuna, fué finalmente abandonado de Dios cuando comenzó á abusar excesivamente del poder que Él le había dado para que castigase con moderación las faltas de su pueblo; siendo así precipitado en un momento, desde el apogeo de la gloria á la ignominia de la vileza, pues que, olvidadas las gigantescas ideas de la grandiosidad de su ánimo y de su elogiado heroísmo, depuso vilmente las armas, se retiró del ejército, abdicó la corona y el grande Imperio de Francia, y siendo el ludibrio de la caprichosa fortuna, el desprecio de sus aduladores, el oprobio de aquel mundo que lo adoraba poco antes como á Divinidad, fué desterrado á Santa Elena, donde infelizmente murió. He ahí el infausto fin de quien abusa de la fortuna y se atreve á volverse contra Dios con el poder que le había dado.

Por voluntad de Dios, que así disponía de su pueblo, ejercitaba Bonaparte su dominio en la tierra y «hombre mandado por Dios» lo llamó el gran Pontífice Pío VII en una alocución al Sacro Colegio de Cardenales. Pero de este poder abusó excesivamente Napoleón contra la Iglesia de Dios cuando aprisionó, con sacrílega mano, á su Cabeza visible, haciéndola víctima de su furor. Abusó de su poder cuando despojó los altares y vilipendió la majestad de los

templos; abusó de su poder, en fin, cuando por exceso de impiedad, profirió bajo los muros de Madrid aquella horrenda blasfemia contra Dios: «Nada puede resistir á mí voluntad», y desde entonces todo resistió á su caprichoso querer. Fué rechazado de Moscow, de España, expulsado de todas las plazas, perdió sus ejércitos y las capitales de su dominio, Roma, Nápoles, Milán, Holanda, y encerrado infelizmente en una cárcel, tuvo que abdicar la corona y el Imperio, para entregar la vida á la ignominia del destierro. He aquí cómo cae quien se atreve á declararse contra el Dios poderoso. Así se oprime el orgullo del que se subleva contra el terrible Rey que tiene en su mano el poder y la vida, castigando el temerario atrevimiento (1).

Con Dios en verdad no se juega. El impío Antíoco perdió la diadema y la vida, porque abusó de su poder contra el santo templo de Dios, con miles de sacrilegios, que en el término infelicísimo de su vida lo obligaron á exclamar: «Ahora me acuerdo de los males que he hecho en Jerusalén contra el templo de Dios.» (2) El mismo delito aterró al sacrílego Baltasar, pues al mismo tiempo que se reía de Dios profanando los sagrados vasos robados del templo, una mano escribió su exterminio: Mane, Thecel Phares (3), es decir: Mane: Dios ha contado los días de tu

(1) Tu terribilis, et quis resistet?...... Terribili, et ei, qui aufert spiritum principum, terribili apud Reges terræ. (Psal. 75, v. 8 y 18).

(2) In quantam tribulationem deveni, et in quos fluctus tristitiæ, in qua nunc sum; qui jucundus eram et dilectus in potestate mea. Nunc vere reminiscor malorum quæ feci in Jerusalem. (Machab. lib. I cap. 6 v. 11).

(3) Daniel. cap.

reino y se han cumplido; Thecel, has sido puesto en balanza y se te ha encontrado que has disminuído de peso; Phares, tu reino se ha dividido entre los Partos y los Medos. Y para no nombrar tantos otros, advierto que la sola diestra del Altísimo, es la que puede hacer pompa de su valor y obrar grandes cosas entre nosotros (1). Ella oprime al soberbio y exalta al humilde que confía en Él (2) y cuando el impío se atreve á levantarse contra Dios entonces todo ha concluído para él. «Yo vi exaltado al impío, dice el Salmista, miré atrás para volverlo á ver y ya había desaparecido». (3)

Aprendamos de esto á reconocer de Dios todo el bien y á alabarle y darle gracias con corazón sincero por su beneficencia. Leed á este propósito lo que de la potencia de Dios se encuentra en la Sagrada Escritura, especialmente en el sublime Cántico de Moisés, después del paso del Mar Rojo; en el salmo 77 y en el 103, que es verdaderamente sublime, y ved con cuánta sinceridad y elevación de estilo se habla ahí del poder de Dios y cómo de Él sólo se derivan las grandes empresas y acciones admirables de su pueblo elegido. Nada pues atribuya cada uno á sí mismo, sino á la potencia de Dios, siendo Él sólo quien obra admirables cosas en el mundo (4), y sean de ejemplo un An-

(1) Dextera Domini fecit virtutem. (Psal 117, v. 16).
(2) Dextera Domini exaltavit me. Ibidem.
(3) Vidi impium exaltatum: transivi et ecce non erat. (Psal 36).
(4) Qui facit mirabilia magna solus Psal. 135 v. 4. El en efecto: respicit terram et facit eam tremere: tangit montes et fumigant. Psal. 103 v. 32. Y cuando según nuestro modo de entender, se enoja, la gran máquina del Universo se estremece. Commota est et contremuit terra: fundamenta montium conturbata sunt, quoniam iratus

tíoco, un Baltasar, un Napoleón, para que aprendamos á ser justos con todos y á no abusar nunca del poder. «Aprended, exclaman aquí nuestros dos principales Poetas, á ser justos y á no despreciar á los Dioses, pues que no se puede hacer cosa alguna que les disguste. Roma, porque respetó los dioses, gobernó á todos. Estén siempre llenos de víctimas los altares, porqué con mil crímenes se cubrió Roma cuando fué quitada la gloria á sus Númenes» (1).

Estas y muchas otras eran las ideas que se me venían á la mente la tarde del 5 en el paralelo de Santa Elena y con ellas pasé toda la tarde y aún parte de la noche. La mañana del 6, nos levantamos con un viento bastante favorable; pero sentimos dos incomodidades notables: un calor sofocante y el agua que bebíamos, corrompida y podrída de tal modo que, al acercarla á la boca, producía vómitos, por el mal olor. Esta incomodidad suele ser inevitable al pasar la Línea, pues aquí el agua para beber toma un color verde y en seguida se corrompe. Sin embargo después de algunos días de haber pasado la Línea, teniendo el cuidado de destapar las cubas y poner el agua al

---

est eis. Ascendit fumus in ira ejus, et ignis a facie ejus exarsit: carbones succensi sunt ab eo. Inclinavit cœlos, et descendit: et caligo sub pedibus ejus. Et ascendit super Cherubim, et volavit: volavit super pennas ventorum.

Qué sublimidad y magnificencia de imágenes para indicarnos aquí la omnipotencia de Dios! Psal. 17 v. 8. etc.

(1) Discite justitiam, moniti et non temnere Divos. Virg. Aeneid. libr. 2. Nam nihil invitis fas quemquam fidere Divis Libr. 6.

Dis te minorem quod geris, imperas:
Hinc omne principium; huc refert exitum.
Dü multa neglecti dederunt
Hesperia mala luctuosa. Hor. lib. 3. Oda VI.

contacto del aire, desaparece el mal olor, volviéndose límpida y pura.

Nosotros por descuido de los marineros tuvimos que tomar un agua corrompida, por no haber abierto los toneles.

El primer día todos la rechazaban; pero, llegando la necesidad, tuvieron que tomarla á pesar de la repugnancia é incomodidad. Al considerar tal cosa, me iba persuadiendo á que no hay incomodidad á la que no se acostumbre el hombre, cuando hay cierto deber de practicarla. Y es cosa muy útil y aún necesaria, á juicio de los hombres de buen sentido, el acostumbrarse á todo género de vida, al estado del bien y del mal y á la fatiga misma en cuanto lo permitan la propia salud y complexión; pues nadie puede saber las circunstancias de la vida, mientras vemos que aún las principales familias y grandes señores, aún los mismos Soberanos, se han encontrado en una penosa vida que no se esperaban; muchos de éstos han tenido que soportar los trabajos mecánicos y artísticos para vivir. Por el contrario, acostumbrarse desde los primeros años á estas cosas es una verdadera felicidad, pues el hombre es tanto más feliz cuanto menos depende de otros en las necesidades de la vida, y, además, quien se acostumbra á los padecimientos y á la fatiga es más sano y vigoroso; resiste mejor á las intemperies del tiempo y á las adversidades, y vive más contento y alegre en la plenitud de las fuerzas en todos los estados de la vida.

No estando nosotros faltos de tales prevenciones, sufrimos en paz las náuseas del agua podrida que bebíamos; y sin sentir daño alguno proseguimos el camino, divirtién-

donos con una curiosa circunstancia. Creen los marineros que bajo de la Línea tiene Neptuno su palacio, donde reside y administra el vasto imperio del mar. Según ellos, ésta es una gruta profunda que en la isla de Arenas en la perpendicular de la Línea entre el Peñón de San Pedro y la costa del Brasil, tiene su entrada. Agudos escollos la resguardan por afuera, y sobre ellos dos gigantescos Tritones hacen sonar las conchas, cuando sale y entra el Soberano. Mil cráneos de mortales avisan que ahí nadie se puede acercar; y dos espantosas ballenas escondidas en dos bancos de arena alejan los atrevidos monstruos del mar ú otra especie de la escamosa raza. Á tal difícil ingreso corresponden dentro las peligrosas asperezas de la inmensa caverna, que á todos lados presenta las horribles bocas de otros mil subterráneos y espaciosas cavidades, en medio de las cuales, en una más vasta caverna de escollos y de ruinosas peñas, con largas algas pendientes, se ve á Neptuno majestuosamente sentado, en un magnífico trono que entre colgantes escollos y encavados peñascos, fabricó la naturaleza. Tiene en la cabeza una rica diadema de admirable trabajo y sembrada de piedras preciosas. Tiene un poderoso Tridente en la mano izquierda é indica con la diestra la irrevocable determinación de su soberano querer á mil hermosos Tritones que á sus señales obedecen indicando sobre sus alados corceles la disposición y prontitud.

Queriendo el augusto Soberano mostrarnos la majestad de la pompa antes que saliésemos de la Zona Tórrida, en que, según la fábula, ordinariamente se pasea, salió de su palacio y precedido de sus ágiles Tritones, se nos

presentó en la superficie de las aguas sobre un magnífico carro que seis alados corceles con las crines volando al viento lo tiraban á vuelo sobre las plácidas ondas. El helado viento Nòrte, al despuntar de la rosada Aurora, había anunciado la majestuosa salida con mil espantosos mugidos, y al nacer el Sol, tocando las aguas, las agitó en un momento, por lo que las ondas se movían en gran masa unas contra otras al rededor de nuestra impertérrita *Eloísa,* y en esos choques las olas se levantaban á grande altura. De este modo nos obligaban á ir de un lado á otro para evitar el peligro. El Vicario Apostólico, al escapar de una ola, se precipitó por la escalera y tomando una puerta que estaba al frente, se descompuso un dedo y se habría aturdido, si con ambas manos no hubiese impedido el caerse de cabeza. Se quitaron al momento todas las velas á la *Eloisa* y, sin embargo, con este impulso del viento recorría de 8 á 9 millas por hora. Hasta el mediodía creció el Bóreas y con él la velocidad del camino. No pudimos comprender cuál fuese el motivo de la furia del viento, que iba aumentando sin hacernos algún mal. Finalmente, en este estado de cosas, apareció Neptuno en su más brillante aspecto entre mil Tritones sobre alados corceles y á su presencia todo se sosegó. Cesó el viento, se aquietó el mar, reapareció el sol y por todas partes se notaba tranquilidad y silencio. Sólo los Tritones con sus trompas hacían retumbar el vasto espacio del Océano. El augustísimo Monarca, habiendo dado una vuelta al rededor del buque, á alguna distancia observó á los pasajeros, que estaban estupefactos y sorprendidos; por lo que: «Espoloneó los ágiles corceles que, arrojando por sus orgullosas nari-

ces ardiente fuego, arrastraban el coche por la superficie de las aguas (1),» desapareciendo como un rayo de nuestra vista.

Abandonando esta fabulosa historia, el hecho es que en la mañana del 7 tuvimos que combatir con las borrascas, en las cuales sucedió á Monseñor lo que hemos dicho. Como al mediodía comenzó á hacer buen tiempo; pero en la tarde volvió de nuevo la agitación del mar, de modo que tuvimos que encerrarnos en nuestros camarotes y cerrar bien las ventanas para impedir la entrada del agua, y así por la falta de aire y el mal olor de la sentina pasamos una pésima tarde y una noche de Purgatorio.

La mañana del 8 nos levantamos con el mar en calma, caminando poco y acosados por el calor. Por varias horas nos divertimos con la caza del marrajo. En la tarde mandamos á visitar un bergantín que desde mucho tiempo nos seguía, sospechando que fuese un Corsario que quisiera sorprendernos. Supimos que era un buque cargado de negros del África que iban á vender á Río Janeiro. ¡Qué infamia! ¡Qué inicuo comercio en el mundo! Eran conducidos aquellos desgraciados hombres desnudos, con un simple trapo que les colgaba de la cintura. Y para que no conspirasen contra el Capitán, estaban atados de dos en dos y después todos juntos, uno después del otro, con una gran cuerda y de este modo permanecían expuestos todo el día á la intemperie del tiempo sin moverse de la cubierta, durmiendo amontonados unos sobre otros, como una manada de puercos...

---

(1) Atque rotis summas levibus perlabitur undas. Virg. Eneid. lib. 1.

Este abominable comercio, tan contrario á las leyes de humanidad, justicia y á los sagrados derechos del hombre, se hace mucho más digno de oprobio é infamia cuando se ve ejercitado en países católicos; no siendo posible que pueda quedar impune aún sobre la tierra tan execranda maldad. Pues que, aprovecharse de la extrema indigencia de personas desventuradas para volverlas más miserables é infelices por toda la vida; tenderles insidias para robarlas sin compasión contra su propio querer y libertad natural; reducirlos por la fuerza bruta á la más bárbara esclavitud en una vida tan deplorable y odiosa; abusar de su pobre humanidad por la sed del dinero: es el delito más abominable y deshonroso que pueda imaginarse; porque así los hombres son tratados como los demás animales, con sacrílego atentado de los inviolables derechos que sólo Dios, como nuestro Creador y suprema Autoridad, tiene sobre el hombre. ¿Y podrá esto ser tolerado del Autor de la humana natura? ¿Podrá ser mirado por el hombre compasivo y humano sin aborrecimiento é indignación? ¿Podrán los cultos y bien organizados Gobiernos, no digo ya tolerar este infame comercio, sino que no exterminar al momento todo sacrílego promovedor de él?

Una de las cosas dignas de alabarse, que encontré practicadas por la magnanimidad de los Chilenos, es precisamente la de haber dado libertad á todos los negros del África que se encontraban esclavos en la República. Pues esto con toda razón puede llamarse [illegible]rdadero amor de la libertad y de perfecta igualdad, [illegible] el [illegible] in- felices que lloran su pérdida [illegible] sí mismos, porque ser[illegible] sin

excepción alguna. Todos tuvieron por don del Autor de la naturaleza la propia libertad y por esto todos deben gozarla igualmente en los casos que les sean permitidos, es decir, cuando hayan elegido un jefe y reunido en él todos sus naturales derechos para que sean mejor y sin tumulto administrados para el público bien, pues en este caso ya no les es permitido substraerse ó mudar al capricho este Jefe. Aunque la libertad es un don inestimable, ya no se tiene el derecho de gozarla cuando se ha renunciado á ella. Sin embargo, cuando se conserva aún intacta desde su primitivo origen ó se recupera en alguna lícita circunstancia, entonces todos, por razón de naturaleza, tienen los mismos derechos, gozando todos en la misma manera, si no hay algo contrario, ó por espontánea convención ó por voluntarios delitos que impidan su goce. Proseguid entre tanto ¡oh generosos chilenos! apreciando los naturales derechos de todos; gozad de esta magnánima grandeza que os distingue altamente de cualquiera otro pueblo de la América Austral, comprobándonos con vuestra alabanza que: «el Cielo produce las grandes almas para ventaja de todos...... y que de los más grandes, con menos razón se debe temer, pues que la grandeza y la clemencia van siempre unidas».

.... L'anime grandi
A vantaggio di tutti il Ciel produce: (Met. Olimpíada).
.... e che delle più grandi
Meno a ragión si teme:
Van la grandezza, e la clemenza insieme.
(Met. El Verdad. Homenaje).

Volviendo al bergantín de los negros, su Capitán nos dijo que estábamos distantes no más de 45 millas del Ca-



bo de Santo Tomás, que está en las costas del Brasil, como á 22° de latitud meridional. Este inesperado aviso no correspondía con nuestras observaciones, según las cuales debíamos estar más lejos de aquel cabo. Pero, como se trataba de peligrar en él, atribuyendo la equivocación al error del cálculo y á las tempestades, creímos aquel aviso, que nos repitió seriamente varias veces el Capitán de los negros, y procuramos pronto alejarnos y tomar el recto camino. El hecho era que el aviso se apoyaba en un falso supuesto y nosotros, en vez de meternos en el recto camino, nos desviamos de él, costándonos mucho trabajo el encontrarlo.

En la mañana del 9 siguió la calma hasta las diez. Después comenzó un viento contrario, que nos puso en confusión. Los vientos agitados por sus furias movían las olas, que, chocando unas con otras, se rompían levantándose hasta el cielo, y todo el mar estaba cubierto de montañas de agua y espuma. Se agrupaban al rededor del buque; pero éste con su férrea proa las partía por medio siguiendo con orgullo su camino. El contraste duró todo aquel día. En el almuerzo no encontrábamos lugar donde estar seguros. Se daban vuelta los platos, las escudillas iban hasta por debajo de los asientos y el que no se mantenía fuerte en su puesto, ó se iba al pavimento ó caía sobre algún compañero. Parecíamos otros tantos bailarines de teatro y cómicos, que gesticulábamos con todos los miembros del cuerpo sin sosegarnos. Así pasamos á las 8 P. M. el Trópico de Capricornio, y nótese que un mes antes, es decir, en la mañana del 10 de Noviembre, habíamos pasa-

do el Trópico de Cáncer, ora deshechos en sudor, ora temblando de frío, por las variaciones del viento en el camino por la Zona Tórrida, entre los dos Trópicos.

Dos incomodidades nos acosaron la noche del 9 y en todo el 10. La una fué el viento contrario, que nos tuvo el buque como una agitadísima cuna; la otra fué un frío, que, en la mañana especialmente, nos penetraba hasta la médula de los huesos, lo que nos hizo sufrir á todos. Habiéndose muerto en tantas tempestades muchas gallinas y casi todos los ánades, por muchos días la destreza del trinchante consistía en saber dividir uno ó dos pequeños pavipollos flacos como la muerte entre 17 personas, reservándose siempre para sí, con cierta industria, una cuarta parte al menos. Así es que, con grandes fuentes de papas, cada día de diferentes maneras cocidas, procuraba apagar los ladridos de estómago y el apetito canino de la hambrienta turba. En los primeros días reíamos mucho de esta ridícula escena, porque el trinchante, á fin de realizar hasta lo infinito la división de la materia, contra la opinión de muchos filósofos que la niegan y la creen imposible, ya afilaba el cuchillo ó tomaba otro, ya cambiaba el lugar del tajo, ya también se ayudaba delicadamente con las manos y para no perder nada se lamía á menudo la punta de los dedos, pasándoselos uno después de otro con prontitud por la extremidad de la lengua, como una delicada resbaladura en el teclado del piano, y en tanto conversaba y miraba atentamente cuántos quedaban por contentar. El cocinero, por otra parte, más expedito que el trinchante, con sus platos de papas cocidas de mil portentosas maneras, parecía que hubiese consumido toda su

vida para desaprobar y abatir con el estudio de la práctica aquel aviso de Horacio, que peca «el que con prodigio desea variar la cosa que es una é indivisa» (1).

Mucho, sin embargo, se reía en medio de las torturas del hambre en los primeros días de aquella comedia. Pero, cuando el hambre fué siendo canina, comenzamos á hablar entre nosotros y á manifestar nuestro descontento en el rostro. Luego fueron conocidas nuestras inquietudes; pero también fueron castigadas súbitamente de un modo que no podía ser más penoso y hábil.

Los buques suelen considerarse como comunidades de rigurosa observancia, donde cada uno depende ciegamente de las órdenes y disposiciones del Capitán, no excluído ni el propietario del buque ó del cargamento. Queriendo pues nuestro Capitán, hombre de mucha habilidad, castigar de un modo digno nuestras murmuraciones y común enojo, renovó con nosotros el suplicio de Tántalo. En el almuerzo del día 11 hizo cocer al horno con todo cuidado un jamón, puesto primero en una infusión de vino y azúcar, que lo hacía gustosísimo, y lo trajeron á la mesa tan caliente y humeante, que sólo la fragancia de sus vapores habría despertado el apetito á los muertos. Por lo cual cada uno lo miraba con hambrientos ojos, sintiendo un violento impulso hacia él, como el fierro á una gran maza de imán. Aumentaba nuestro deseo con tantos platillos que le rodeaban de anchoas saladas con menta, nueces, olivas, higos, alcaparras y tiernos pepinillos en vinagre. El pan estaba calentito y bien hecho.

(1) Qui variare cupit rem prodigialiter unam. Hor. Art. Poet.

Mientras, angustiados por los ladridos del estómago, estábamos ansiosos de dar comienzo á un almuerzo tan delicado y gustoso, como no habíamos tenido en toda la navegación, el Capitán, que es siempre el primero en dar principio á la comida y regula á todos la distribución y la dosis, hizo pasar un pedazo de pan que se devoraba con los ojos por su pequeñez y por el hambre que nos roía las entrañas. Dió á cada uno dos medias tajadas de anchoa, una pequeña alcaparra, dos aceitunas y el olor del pepinillo en una pequeñísima y trasparente rebanada del mismo, cosas que se devoraban en dos solos bocados. Y para que el pan, que serían otros dos bocados, no desapareciese al momento, cada uno se lo puso bajo de las narices para contentarse al menos con el olor. De tal modo, mientras nos sentíamos desmayar á impulsos del apetito, mirando con ojos inmóviles el jamón, que estaba en medio de la mesa, vimos que el Capitán, sacando la centésima parte de lo más gordo, ordenó que retirasen el resto, y dividió aquella pequeñísima porción entre 17 personas, la cual, antes de tomarle el gusto, la vimos desaparecer de nuestras manos, terminando así el aparato de aquel tan deseado almuerzo, que fué un verdadero castigo y gran tormento para todos, pues que «es un martirio del estómago quedar con los dientes secos á la vista del jamón, que lo excitó con su fragancia; y viendo en tanto preparada sobre la mesa la delicada comida que es la delicia de la gula» (1).

---

(1) En verdad quedamos con más hambre que antes y salimos de la mesa con el estómago alterado después que por tanto tiempo se había visto obligado cada uno

He aquí cómo se castigan aún en la navegación las insubordinaciones. Nosotros, por otra parte, reconocimos al punto nuestro error y no nos lamentamos más, aunque nos pusiesen grandes fuentes de papas y el Capitán se fatigase en hacer las partes más trasparentes y sutiles. Aprenda de esto el lector á no quejarse nunca contra la fuerza imponente y esté seguro que podrá afligirlo por algún tiempo, pero que cesarán después las aflicciones y renacerán en su ánimo la alegría y la paz. No lo abatan las dificultades, ni le espante la repugnancia que sentirá talvez en sí mismo de aquietarse, porque con la paciencia todo se vence y quedará aliviado y contento. De aquí es que perifraseó sabiamente Metastasio: «Cuando el cielo se cubre de negros nubarrones, no falte la esperanza, entre las iras del destino: se cansa la Fortuna, resiste la costancia, y al fin se triunfa».

"Allor che el ciel s'imbruna,
Non manchi la speranza
Fra l'ire del destin.
Si stanca la Fortuna
Resiste la Costanza,"
E si trionfa in fin. Met. Isla inhabitada. esc. últ. (1)

Nosotros, por ejemplo, nos vimos afligidos todo el día 11 por tales cosas; pero el 12 volvimos á estar alegres y contentos como antes, pues el Capitán, por la paciencia y arrepentimiento que vió en cada uno, comenzó á tratarnos

"Iratus pariter, jejunis dentibus acer. Hor. ep. 2 lib. 2.
Porrectum magus magnum spectare catino:
Et nux ornabat mensam cum duplici ficu, etc. Hor. Sat. lib. 2.
(1) Durum, sed levius fit patientia
Quidquid corrigere est nefas. Hor. Od. 20, alias 24.

con más discreción, uniéndose á esto, por la misericordia de Dios, otras cosas. El mar se tranquilizó, el horizonte estaba limpio y hermoso. Algunos vapores que lo ofuscaban al Oriente, nos separaban de los ardores del sol. Por lo cual fué aquélla para nosotros una verdadera mañana de primavera, y en las horas más calurosas del día, estando aquí y allí recostados sobre cubierta, nos sentíamos restablecer, por el benéfico impulso de la atmósfera, en cuyo ámbito "los vientos, agitando las olas, acariciaban el sueño de los mortales:"

"I venticelli dibattendo l'ali,
Lusingavano il sonno de' mortali."

Hasta el 16 gozamos de estas delicias del mar, y las pequeñas variaciones que hubo no se tomaban en cuenta en medio de los placeres de una hermosa navegación. El 16 tuvimos desde la mañana á la noche el viento helado del Cabo de Hornos, que nos revolvió el mar, de modo que las olas se descargaban una después de otra sobre el impertérrito bergantín, como en un acalorado asalto de una fortaleza. Yo, por evitar una oleada, mientras leía en cubierta, caí dando con la cabeza en el filo de un palo que debía rompérmela; pero por gracia de Dios no fué cosa mortal. Salí sólo con una grave contusión en la cabeza, una excoriación en el brazo izquierdo y otra excoriación é hinchazón en un pie, que siguió doliéndome por varios meses. Lo que más me desagradó en esta circunstancia fué ver que uno de mis compañeros, á cuyos pies caí, prorrumpió en una solemne carcajada, y sin moverse de su puesto siguió riéndose, mientras que los demás me socorrían, mos-

trándose afligidos de mi desgracia. Éste me dijo después que fué aquello un acto puramente natural, y yo por espíritu de caridad, el que no piensa nunca mal de los otros, procuré persuadirme de ello, haciéndole, sin embargo, reflexionar que en general la cosa es totalmente distinta, pues que el reír en las pequeñas desgracias ajenas, puede ser muy bien un acto natural nacido de ligereza de ánimo por alguna extraña circunstancia ú otra ridícula incidencia; pero el reír en las desgracias de otro, que se presentan con un carácter serio, y proseguir por largo tiempo la risa sin socorrer al oprimido, será un acto natural que nace de un principio de crueldad, de egoísmo y desprecio, en que se ha formado la pésima naturaleza de no sentir los males ajenos; y no concederé jamás que un ánimo verdaderamente compasivo y bien formado, no prevenido ni corrompido del amor propio, de odio ó aversión de los demás, pueda reírse de los serios males de éstos. Á la verdad, la naturaleza sana é incorrupta siente estos males y debe por esto compadecerlos y no reírse, por tendencia natural que cada uno tiene á la conservación del propio individuo, la que hace que tome parte interesante en las ajenas desgracias. De lo que concluyo que el reír en las serias desgracias de nuestros semejantes no puede ser del todo un movimiento inocente ni propio de un corazón verdaderamente compasivo y bien formado, ya que "Primero la naturaleza nos prepara á sentir en lo interior la diversidad de afectos según la fortuna: ora deleita, ora nos indigna ó por amarga tristeza nos abate; después hace aparecer

al exterior los internos afectos con ayuda de la palabra" (1).

De aquí es que también dijo Metastasio que "á menudo el alma, en los mortales restos que informa, imprime con tanta violencia sus movimientos, que los afectos de ella los restos expresan. El aspecto de toda planta manifiesta el defecto que encierra el tronco, en las ramas, en el fruto ó en la flor. De igual modo el afán oculto de un alma se deja ver en una risa falaz, porque finge mal la paz en el rostro, el que tiene en el corazón la guerra." *José, parte I.*

Pero dejemos estos tristes recuerdos, porque yo no merezco el bien y, por otra parte, estoy persuadido que encontrar quien nos ame verdaderamente, con sinceridad é inalterable amistad, es cosa sumamente difícil. El interés, las relaciones, las esperanzas y otras miras semejantes, que pueden concebirse por una determinada persona, la rodean de tantos falsos amigos que no han soñado jamás amarla ni quererle aquel bien que con tantos actos viles y groseros le manifiestan. «He aquí el retrato, decía Metastasio, de los amantes lisonjeros. Cada uno os llama su bien, su vida, su tesoro; cada uno jura que pensando en vosotros se pasa el día, vela las noches; tienen el arte de llorar y empalidecer; parece que algunas veces en vuestra misma presencia quisieran morir, entre afanes amorosos:

(1) "Format enim natura prius nos intus ad omnem
Fortunarum habitum, juvat, aut impellit ad iram,
Aut ad humum mœrore gravi deducit, et angit:
Post effert animi motus, interprete lingua." Hor.
[Arte Poet.

guardaos de éstos, que son todos engaños. Ya no se encuentran entre mil amantes ni aún dos almas que sean constantes, y sin embargo, todos hablan de fidelidad; y esta pésima costumbre tanto se extiende que la constancia del que quiere bien se llama ahora simplicidad.» *L'Olimpiade. Acto I., escen. VII.*

La disgresión no concluiría jamás si presumiese exponer aquí las astucias de los hombres en las fingidas amistades, siendo sus intenciones hacer botín en ellas, por medio de dulces palabras y bendiciones, como dice San Pablo en la Epístola á los Romanos, cap. 16, v. 17 y 18, hablando de los inocentes y simples, quienes, seducidos de las maneras lisonjeras, se entregan incautamente á ellos por la lealtad y franqueza que los caracterizan y los hacen incapaces de sospechar mal de sus intenciones. Dejando á un lado otras reflexiones, seguiremos nuestro diario de viaje.

El 17 no tuvimos viento, y el 18 volvió el del Cabo de Hornos. Nos atrajo una cuasi-borrasca, llevando el buque con una velocidad de nueve millas por hora. Verdaderamente gozábamos al ver con cuánta majestad se presentaban las olas á nuestra *Eloisa*, para embarazarle el camino, y cómo ésta, saliéndoles al encuentro con sus velas desplegadas, las afrontaba, las rompía y desbarataba dividiéndolas á uno y otro lado, como en dos cadenas de montes, pasando por entre ellas orgullosa y altanera con majestad sorprendente. Yo gozaba mucho con este singular espectáculo y pasaba momentos deliciosos viendo cómo aquellas olas se esforzaban por juntarse y hacer frente al buque cuando éste volvía á embestirlas. Un sombrío valle

de espuma blanca dejaba atrás, y cuanto más altas volvían las olas á acumularse delante de la proa para impedir el paso, tanto más fuertes se repetían los golpes, y el espectáculo era más grandioso, continuado y hermoso. ¡Qué extraño placer era éste! ¡cuán animado y sensible!

Pero los grandes placeres van siempre unidos á grandes amarguras. En efecto, nosotros después de haber pasado casi toda la noche sin dormir y con la incomodidad del balanceo del buque, el 19, al venir el día, agitándose el mar creímos perdernos entre las olas. Sin embargo, como al mediodía, se calmó el viento y el mar fué apaciguándose, pero quedó un aire frío que nos penetraba hasta la médula de los huesos. El señor Plomer y el Capitán se maravillaban por la extraordinaria humedad del aire, por encontrarnos en el Solsticio de Verano. Yo, á pesar de todo esto, proseguí, sin turbarme, mi estudio con el señor don Manuel Donoso en las lecciones recíprocas que nos dábamos, él de español y yo de italiano, terminando en este día de traducir el Telémaco del italiano al español. Este hermoso poema en prosa es uno de los más instructivos en género de estilo, moral y sana política, y desearía que todos lo leyesen varias veces para enterarse bien del asunto. Se encontrará en él el verdadero gusto de la lectura y las más sólidas instrucciones en las tres indicadas materias. En tanto, tengo el placer de acordarme que el 19 concluyó con una tempestad que parecía sepultarnos en el seno del mar, no pudiendo quedar en cubierta ninguno de los pasajeros por causa de las olas.

Siguió la agitación del mar el 20, y después de pasar una noche no tan buena, en vez de encontrar algún re-

poso en la mañana del 21, se pasó de lo malo á lo peor, porque después del almuerzo casi todos experimentamos dolores de estómago, y se atribuyó la causa al agua corrompida y al mal pan que estaba lleno de pequeños insectos y de florescencia por dentro, y también á las papas, que habían comenzado á germinar en sí mismas por la estación. El viento nos fué contrario y el día muy frío, aún cuando la corriente del mar nos había arrastrado hasta el Solsticio, donde nos encontramos el 19. Sin embargo, gozamos de un hermosísimo horizonte al caer del sol y de un mar plácido en todo el 21. En seguida se desencadenó el infierno y todo el 22 fué para nosotros el verdadero día del terror y del miedo.

Desde la tarde anterior se habían visto al rededor de nuestro buque algunos pájaros que los marineros genoveses llaman tempestuosos, ó sea, pájaros de mal augurio, que se parecen mucho á nuestros alciones, en cuyo género los pone Buffon: tienen el pecho blanco, y también las plumas bajo las alas y por encima son de variado color, prevaleciendo el rojizo. Habían aparecido con otros más pequeños, todos negros como una especie de vencejos, llamados de los marineros portugueses *Anime Perse*, porque preceden casi siempre á alguna fuerte borrasca. Por estas aves y algunos otros indicios de la atmósfera nos habían predicho el capitán y el piloto que se esperaba alguna tempestad, y así fué, porque en la mañana del dicho día 22 comenzó á levantarse un viento tan impetuoso, que revolvió todo el mar de un modo espantoso. Las olas asaltaban nuestro buque de todas partes. No se podía estar en el aposento, porque á los golpes del mar éramos

arrojados de una parte á otra con peligro de la vida; tampoco estábamos seguros en cubierta, porque las olas se descargaban de todas partes. Estando almorzando los marineros, una ola les llevó todo lo que tenían, haciéndose algunos varias contusiones al huír. El canónigo Mastai, miéntras estábamos sentados al rededor de la cámara común rezando el rosario, al choque de una oleada fué arrojado de una parte á otra á lo largo del buque, atribuyéndose á una gracia especial de Dios que no tomase de frente al P. Arce que estaba adelante. El señor don Pedro Plomer fué lanzado poco después casi sobre el señor Cienfuegos, que le estaba al frente; pero todo esto fué nada.

Como á las 4 del día, mientras estábamos en la mesa, fué ésta trastornada varias veces. Cuanto se encontraba encima de ella era arrojado al suelo á cada sacudida del buque. Nosotros éramos tirados unos sobre otros con común peligro, y se comía aún, cuando quedamos asustados y confusos por un improviso alboroto y gritería de los marineros que estaban en cubierta. Yo me puse de pie y corrí al lugar de lo sucedido para informarme de ello y sentí dentro de mí un susto mortal y como helárseme la sangre al ver las velas caídas, desnudos los árboles, é inmóvil el buque y como encallado. Todos los marineros lloraban y el capitán gritaba: «pronto la lancha.» En tanto el piloto forzaba el timón como para sostener el buque de popa y los demás marineros corrían acá y allá asustados y confusos; sin saber qué hacer. Fuí más muerto que vivo á popa donde estaba la lancha y á donde todos se dirigían, y vi (cruel espectáculo, que me heló la sangre en las venas) vi allí sobre las aguas, muchas como puntas de escollos, so-

bre las cuales creí que estaba roto nuestro buque y que se disponía la lancha para huír y salvarse con ella. Ansioso de salvarme, también yo corrí á tomar mi capote para separarme del agua que caía á cántaros y huír en la lancha. Pero divisé que el cabo de los marineros, Paulino Carrassa, estando sondando en la proa, por una ola había sido tirado al mar y, llevado de la corriente, se había alejado de nosotros la tercera parte de una milla. No le habían ayudado para salvarse ni un gallinero que le fué tirado ni un gran tonel, la casa de los perros y otros palos, porque, apenas los tomaba, se daban vuelta y lo llevaban al fondo, y estos palos que flotaban sobre las aguas eran los que me parecían como otros tantas puntas de escollos en tal confusión.

Se renovó entonces la confusión de idiomas como en la torre de Babel. Yo y otros que estábamos á la mesa oímos gritar de cubierta en español: Tierra, Tierra; y así era en efecto, porque así auguraban los marineros al desgraciado náufrago. Cienfuegos y otros oyeron: Guerra, Guerra, creyendo que el bergantín fuese asaltado por los corsarios. Y como el canónigo Mastai, al ver desde la ventana de su aposento al náufrago llevado de la corriente, gritase: *Dio mio*, *Dio mio*, así también el mismo Cienfuegos oía en su lengua: tío mío, tío mío, y creyó que los corsarios hubiesen herido algún tío suyo marinero. Otros creían encallado el buque y perdida toda esperanza de salvación, y con repetidos actos de arrepentimiento y dolor se golpeaban el pecho y pidiéndose recíprocamente perdón de algunas faltas, se disponían á morir. El P. Arce en tanto se figuró que se hubiese cazado algún gran pez

con el anzuelo y que se fuese á tomar con la lancha, y como verdadero religioso, que no piensa en las desgracias del mundo, mientras los demás lloraban la funesta suerte de sus propias vidas, él esperaba contentar su estómago con algún sabroso pescado, siendo verdadero que «el guerrero sueña con las filas, el cazador con las selvas y el comilón con los peces en el mar»:

"Sogna il guerrier le schiere,
"Le selve il cacciatore
"E sogna il mangiatore
"I pesci in mare."

En tanto, bajada la lancha, tres bravos marineros genoveses, arriesgando sus vidas, se abandonaron á la tempestad y las olas, las que, ya mostrándolos en sus cimas, ya ocultándolos en sus senos por espacio de dos millas, llegaron al fin hasta el infeliz naúfrago, que estaba á punto de abandonarse, siéndole muy difícil subir á la lancha. Había combatido con el furor de la tempestad por una hora y con los estímulos de la muerte, pudiendo en tal fiero combate desnudarse para estar más liviano y sostenerse sobre las olas. Así se salvó, dándonos el placer de volverle á abrazar y verlo en el bergantín.

Como la tempestad creciese, en la tarde se quitaron todas las velas y se bajaron los traveses para alivianar el peso, y en la noche se paró el buque para no chocar en algún escollo, suponiéndonos cerca de tierra. Nunca he visto á los marineros en tanto peligro como aquella tarde; porque llovía fuertemente, el viento mugía, el buque se levantaba de todas partes. Sin embargo, aquellos valientes marineros, sosteniéndose como pájaros en las punta de los

árboles de ciento diez palmos, maniobraron por algún tiempo con ligereza para desatar las velas. ¡Cuánto interés despierta ver en el mar el coraje y valentía de los marineros! Á ellos después de Dios debemos nuestra salvación en tan peligroso camino, y principalmente en esta tempestad, que según el Capitán no tenía igual, ni la habían vista el señor Pedro Plomer que cuatro veces hizo el viaje de América á Europa, ni los marineros, que eran todos veteranos: quién había pasado el Cabo de Hornos, quién el de Buena Esperanza, llamado de las Tormentas, quién había estado en el mar Negro, quién en Arcángel de Rusia y quién había navegado en las costas del Japón y de la China. Parecía, decían algunos más viejos, que hubiese habido algún terremoto en el mar ó que alguna fuerza interna revolviese las aguas desde su profundidad. Tanta era la agitación de las olas.

La noche la pasamos entre el temor y la esperanza de la vida, sin dormir. Á cada oleada el buque era estremecido y quien no estaba firme era tirado de la cama. Monseñor se vió obligado á levantarse y recostarse en el pavimento, desde donde hablábamos y nos comfortábamos. Venido el día encontramos que soplaba un Ábrego fierísimo. El peligro de naufragar era inminente y se presentaba con un aspecto espantoso, tal que no puede idearse sin verlo. El bergantín sólo tenía dos velas, que servían para mantenerlo en equilibrio, y al verlo desnudo y en mal estado, nos presentaba la triste idea de la muerte. ¡Qué horrible espectáculo! ¡Cómo se nos oprimía el corazón! Mastai estaba marcado. Monseñor y yo no nos habíamos sentado aún en cubierta, cuando una ola nos obli-

gó á volver al aposento y mudarnos hasta la camisa. El señor Cienfuegos, Plomer y otros se encerraron en sus camarotes y no salieron sino sólo al almuerzo, que consistió en pocas cosas mal hechas por el cocinero de los marineros, pues el nuestro, apenas apareció en la cocina, miró hacia el mar y, asustado de él, corrió á esconderse en el interior del bergantín y no apareció sino á la mañana del siguiente día. Pérez, Polini y otros no comieron en todo aquel día por no salir de sus camarotes y ver el enfurecido mar. Se veía en él el terrible aspecto que presentará el mundo en el juicio final. El horizonte se había perdido del todo, el buque estaba siempre en el fondo de altas y espantosas montañas de agua que lo dominaban de todas partes y con sus golpes hacíanle temblar y un ronco ruido se oía serpentear en el interior de su cavernoso seno. Sólo se veían olas, montañas de aguas desatadas, que empujadas por el viento chocaban unas con otras, levantando al cielo columnas de humo que se evaporaba, de la cándida espuma que cubría las ruinas.

Para tener alguna idea de nuestra situación, figúrese el lector nuestro buque entre tantas montañas de agua que lo encierran como en el fondo de un pozo. Las más vecinas eran las más bajas y las otras se iban juntando, una después de otra y por encima hasta que las más lejanas eran las más altas, formando así un vasto cráter en cuyo fondo estaba sepultado el bergantín, por aquellas montañas que habrían cubierto hasta la punta de los árboles si se hubiesen juntado. Así estaba el buque esperando los golpes del mar y á sus choques quedaba sembrado de espuma, y, rotas las primeras, seguían las otras, perpetuando

en tal modo el triste espectáculo del formidable combate, creciendo así nuestros temores.

Así pasamos el 23 y en la tarde aumentó de manera que tuvimos que encerrarnos en el aposento común, para no morir, y cerrar toda entrada con barras de fierro. ¡Qué hediondez mortífera, y qué dificultad en respirar por lo sofocante del aire! ¡Qué palpitaciones del corazón en aquella noche! Hasta las 10 hubo de todas partes un asalto obstinado de las olas que parecían un fiero cañoneo de algún fuerte.

Después de las 10 comenzó el mar á calmarse y pudimos reposar un poco. Sin embargo, al despuntar el 24 se reforzó el Ábrego y como hasta las 9 tuvimos la misma tempestad del día anterior. Después mejoró el viento y se le pudieron poner otras cuatro velas al bergantín, con cuyo aspecto renació la esperanza de vida en el corazón de todos. Entonces apareció el cocinero y los otros que en la mañana precedente se habían escondido por el terror y furia del mar. Las burlas que se les hicieron á éstos, el viento que iba mejorando cada vez más y el aumento de velas al bergantín nos confortaron mucho. Era en efecto un verdadero gozo el ver cómo nuestro bergantín que con aflicción de todos había sido desnudado de todas sus velas comenzaba á recuperar su antiguo aspecto y volvía á presentarse al vencido mar con toda la majestad de sus velas, en señal de la victoria obtenida. No podía darse en el centro del océano un placer más grande que ver renacer en un momento la perdida esperanza de la vida. Aquel buque que poco antes afligía á todos, despojado de sus ve-

las, recordando á todos la caducidad de los propios días, cuando fué revestido, causaba á todos placer, haciéndonos recordar que hay un Dios en el cielo que vela por las humanas vicisitudes y que es necesario recurrir á Él en los peligros. Él que creó al hombre de la nada, que le da movimiento, vida y sustancia, sabrá conservarlo en los más grandes peligros y hacerlo vivir si quiere. Dios (1), decía el Real Salmista, es mi salvación: ¿á quién temeré? Dios es el protector de mi vida, ¿quién podrá amedrentarme?

Fué Dios quien veló por nosotros en aquellos terribles días y á su divina ayuda debemos nuestra salvación. Mejorada nuestra condición y tomando ánimo para celebrar el misterioso Nacimiento del Señor, á media noche Monseñor celebró la santa Misa del mejor modo que se pudo. Había cesado el furor del viento y con él la tempestad; pero quedaba la agitación de las aguas que suele ser más ó menos grande y duradera á proporción de la tempestad. Este movimiento del mar agitaba el buque, dándole fuertes golpes. Venido el día, celebró la Misa el señor Canónigo Mastai, el P. Arce y yo y de este modo celebramos la fiesta de Navidad.

En todo el 26 se experimentó un viento frío que nos hacía creer que la costa estaba vecina; por lo cual en la mañana se sondeó para conocer el fondo del mar; pero no se le encontró. Seguros de estar lejos de tierra, se prosiguió libremente el camino. La diversión que tuvimos fué el cazar los alciones marinos, uno de los cuales quiso de-

(1) Dominus salus mea, quem timebo? Dominus protector vitæ meæ, a quo trepidabo? Psal. 26, v. 1 et 2.

jarse tomar de todas maneras, pues se puso delante del bergantín á tiro de fusil y se le disparó varias veces sin herirlo. Él, en vez de huír, daba un corto vuelo y se detenía en otro lugar aún mas cómodo para ser herido. Por último, se puso en la popa, donde se le tiró la lanzadora, como se suele hacer con los bueyes y potros, y así se le tomó. Era parecido á nuestros gavilanes; pero de una presencia más hermosa y noble. Tenía el cuello alto y el pecho grande, la cabeza grande y bien hecha, levantada y majestuosa con casi doble pico curvo y cortante y como acanalado encima de un modo bellísimo. Sus alas y todas las plumas eran rojizas y muy delicadas.

Nos divertimos por algún tiempo con él y después de haberle dado pan y carne, la que devoraba con los ojos, le dimos libertad, porque olía mal. En vez de aprovecharse de nuestra generosidad, pronto volvió al mismo lugar donde se le había tomado, y como el buque caminase, él lo seguía. Algunos creyeron que nos seguía por pura estupidez sin percibir el peligro. Yo, en vista de su voracidad, lo creí efecto del hambre que había pasado en los días de la tempestad y que sufriría aún, pues que el hambre, fuera del peligro que se tiene de morir por ella, no deja ver otro, al menos que no sea el de una muerte verdadera, y como su primer intento le había salido bien, tentaba volver por segunda vez, sin reflexionar en que las segundas pruebas casi nunca salen bien, porque no siempre se encuentra la misma compasión. De aquí es que en los casos de necesidad como en otras circunstancias, «el que tiene cuanto basta, no debe desear más, porque se hace infeliz si quiere esperar más. Y quien codicia los bienes

ajenos es avaro y se entristece, porque no puede satisfacer sus deseos.» (1).

Así escribía Horacio á Lelio y así repito también yo al que lea; y volviendo á nuestra navegación, en la tarde del 26 volvimos á sondear y encontramos 47 brazas de agua con arena negra en el fondo. Se sondeó á media noche y se encontraron 35 brazas con arena negra más fina. Este decrecimiento y la variación de arena eran señal cierta de acercarnos á las costas del continente. En efecto, á las 3 P. M. del 27 se descubrió tierra, á cuyo anuncio dado por un marinero que estaba en guardia en la punta de un árbol, elevamos tantos vivas y gritos de júbilo, que el eco repetía como anuncios de una suspirada victoria. Todos los marineros y muchos de los pasajeros, llevados por los internos movimientos del corazón, subían por las escalas de los árboles desde donde redoblaban sus gritos á la vista de la tierra, siendo todo alegría y gozo. La saludaban con los sombreros y con las gorras, la bendecían, y ¡oh tres y cuatro veces dichosos, decía yo desde abajo, vosotros que veis las felices playas que hemos por tanto tiempo deseado; observáis sus formas y gozáis de su deliciosa vista: «*Oh mille volte fortunati. e mille.*» (2).

Estos eran los trasportes de la común alegría en estos momentos de paraíso. Es imposible describir la alegría de cada uno al divisar la tierra después de haber por tanto tiempo suspirado por ella entre mil peligros y desastro-

(1) Quod satis est cui contingit, hic nihil amplius optet.
Nam invidus alterius maerescit rebus opimis:
Et modulus cui abest semper avarus eget. Hor. Ep. 2, lib. 1.

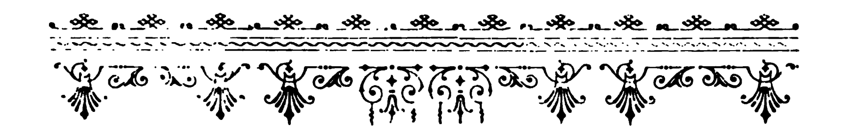
(2) Annibal Caro. Traduc. de la Eneida, lib. I.

sas tempestades. Palpitaban con fuerza los corazones y en los ojos de todos y en el rostro se leían el sumo consuelo é intensa alegría de espíritu. Este verdadero placer compensó ahora todas las pasadas aflicciones, haciéndonos olvidar los peligros y padecimientos del viaje. Yo á nadie le deseo la navegación, porque se combate en ella con un elemento tan incierto é insconstante, que no conoce ley ni piedad alguna; pero, si alguna vez el lector debiese hacer algún viaje, le deseo feliz arribo á tierra, y entonces comprenderá nuestro gozo y alegría al verla presente, después de estar tan lejos de ella entre mil temores y peligros de no volverla á ver.

Sol puó dir che sia contento
Chi penò gran tempo in vano:
Dal suo ben chi fú lontano,
E lo torna a riveder.
Si fan dolci in quel momento
E le lágrime, e i sospiri:
Le memorie de martiri
Si convertono in piacer.

Metastasio. Atilio Reg. Acto I, esc. 6.





LIBRO SEGUNDO

DE LAS COSAS NOTABLES EN EL VIAJE POR LA AMÉRICA HASTA SANTIAGO DE CHILE

CAPÍTULO I

De la navegación desde la Isla de Lobos hasta la ciudad de Buenos Aires.

La primera tierra que vimos fué la isla de los Lobos y el cabo de Santa María. La isla de los Lobos es un lugar totalmente deshabitado y desierto, ocupado solamente por lobos marinos, los cuales ordinariamente están en el mar el día, para alimentarse de peces, y en la noche se retiran á la dicha isla, donde los marineros van á cazarlos y los cogen á palos simplemente. Los lobos marinos son animales muy tímidos, y casi incapaces de cualquier defensa contra sus agresores. Tienen alguna semejanza con nuestros perros, y se cazan por la sola piel, la cual está cubierta de un pelo rojizo, bastante espeso y suave, que se emplea para formar adornos de vestidos y gorras, que están muy en uso. Nosotros encontramos muchos de aquellos lobos en actitud de cazar peces, y se veían ya con toda la cabeza fuera del agua, ya vueltos hacia arriba, ya en otras diver-

sas posiciones, para hacer mayor estrago de peces. Al presente la gran caza de lobos marinos se hace por los ingleses en la isla que algunos de éstos, lanzados por una fuerte tempestad, al subir el cabo de Hornos, descubrieron más allá de los 72 grados de latitud meridional, donde por los fríos excesivos no se hallaban otros habitantes, sino los lobos marinos. Los que arribaron allí la primera vez, arrojados por la tempestad, cogieron tal cantidad de lobos, que consiguieron por sus pieles más de cincuenta mil escudos romanos. como me aseguró nuestro capitán Copello, que había navegado largo tiempo con algunos de aquellos marineros.

El cabo de Santa María, que vimos poco después de la isla de los Lobos, queda al Septentrión de la América Meridional y está todo sembrado de pequeñas chozas que forman las habitaciones de los aldeanos y pescadores. Sus partes más habitadas son sus dos extremidades, que quedan, una al Mediodía, cerca de Montevideo, y la otra al Septentrión, hacia la isla de Maldonado. de Pan de Azúcar y de las Animas. La de Maldonado, así nombrada por su descubridor, es la más grande y fértil de aquellas tres islas, y cuenta con un buen puerto. La de Pan de Azúcar es así llamada por su figura, que representa un pan de azúcar. La isla de las Ánimas es una montaña, la más baja de todas, y se llama de las Ánimas, porque los antiguos salvajes que habitaban la banda oriental más acá de la cordillera, hacia Buenos Aires, creían que las almas de sus muertos iban á parar á aquella montaña, y se ha continuado siempre llamándola isla de las Animas, á causa de los muchos barcos que van á destrozarse entre

sus desnudas peñas. Nosotros pasamos estas tres islas por la tarde y pudimos observarlas con atención, y sin anteojo, por la vecindad en que las teníamos. Se veían éstas como tres bellas montañas, la más vistosa y alta de las cuales era la de Maldonado, que formaba una graciosa aparición.

Del cabo Santa-María hasta el Cabo San-Antonio, se calculan más de ochenta millas de extensión: y ésta es la embocadura, que se asigna comunmente al gran río de la Plata, cuando se descarga en el vasto Atlántico. Debe, no obstante, notarse que el verdadero río de la Plata, entre Montevideo y la Plata de las Piedras, donde está su verdadera embocadura, no tiene más de cuarenta millas de ancho, y se va siempre estrechando hasta Buenos Aires, donde entre esta ciudad y la colonia del Sacramento la anchura del río se reduce á unas veinte millas; y su ordinaria profundidad, esto es, la altura de sus aguas, de la parte de Buenos Aires, se calcula de sólo cuatro brazas. De esta ciudad hasta Montevideo, creciendo gradualmente la extensión del río, va también disminuyendo la profundidad de las aguas, la cual cerca de la Plata de las Piedras se reduce á dos solas brazas, y en el medio del lecho se encuentran muchos bancos de arena, y otros sitios apenas cubiertos de la corriente; de modo que casi todos los años se pierden algunos barcos de los que se atreven á pasar aquel peligrosísimo río sin hacerse dirigir por alguno de los prácticos autorizados por el Gobierno; porque en la indicada embocadura del río de la Plata, de ocho y más millas, desde el cabo de Santa-María hasta el cabo de San-Antonio, lo que hay es más mar que río; es decir, que las aguas del mar entran en aquel vasto golfo y mezclán-

dose con el río de la Plata, forman con éste lo que aquí se llama embocadura de este río al grande Atlántico. Por otra parte, cada uno ve que esta embocadura es verdaderamente imaginaria; puesto que ella está mucho más adelante, entre Montevideo y la Plata de las Piedras, donde el lecho del río es bastante más estrecho. En efecto, nosotros veremos más adelante, que aún mucho más adentro de los dichos dos cabos de Santa-María y de San-Antonio y más arriba todavía de Montevideo, las aguas son siempre saladas, y no pueden beberse absolutamente. Se ve que son turbias y mezcladas en gran parte con las del río, el cual, con el ímpetu de su corriente, tiene la fuerza de enturbiar las aguas del mar que allí se introducen, mas nó de hacerlas dulces y potables. En el sitio donde el agua del mar se distingue como una larga línea de división, en la cual se ven abajo, hacia el Atlántico las puras aguas azuladas del mar, y hacia la tierra se observan las aguas turbias del río, mezcladas con las del mar, cosa muy bella á la vista.

Estas reflexiones mías sobre la célebre embocadura del gran río de la Plata no agradaron á un pretenso geógrafo, que era favorecido en esto de pocos aduladores; y la razón que me indujo, fué porque las Geografías fijan unánimemente la dicha embocadura entre los indicados dos cabos de Santa-María y de San-Antonio. Mas, si éste es un error, como se descubre con evidencia, es necesario enmendarlo, y atribuír la culpa de él á la lejanía del lugar, y más que todo á aquel conocidísimo entusiasmo de los primeros descubridores de la América, que los inclinaba á agrandar siempre hasta el milagro todas las cosas de

aquel inesperado descubrimiento del Nuevo-Mundo. Si alguno quisiere empeñarse todavía en defender la general opinión de la mencionada embocadura, yo sin emplear en ello otras palabras, lo remito á la atenta observación de los Mapas Náuticos estampados en Madrid y en Londres, de 1810 en adelante, en los cuales se encuentra notado todo el fondo del río de la Plata; y si esto no basta, callo en seguida para refutarlo con el silencio, ya que «jamás he jurado sobre la palabra del maestro. No he comprado el voto de la inconstante plebe, obsequiando con comidas ni regalando usadas prendas.» (1)

Toda la noche del 27 la pasamos cerca de las tres indicadas islas de Maldonado, de las Ánimas, y de Pan de Azúcar sin poder avanzar, porque no teníamos más de catorce brazas de agua, y avanzar de noche en aquellos lugares era extremadamente peligroso. La mañana del 28 antes del día, se disminuyó el viento y le sucedió la calma, desde cerca del mediodía hasta la noche, en la cual cesó la calma y vino una tempestad, la más terrible de cuantas habíamos sufrido. En el siguiente camino teníamos á no mucha distancia de una parte la costa, y de la otra el Banco Inglés, adonde, como veremos más adelante, van á perderse aún los barcos mejor dirigidos. Así pues, para evitar uno y otro peligro, en la oscuridad de la noche se hizo alto y no se pasó adelante. Muchos se abandonaron á la tristeza y yo hubiera debido hacerlo más que

(1) Nullius addictus jurare in verba magistri.
Non ego ventosae plebis suffragia venor
Impensis coenarum et tritae munere vestis.
Hor. Ep. libro I, Ep. 19, lib. I.

los otros, porque me había confiado el capitán que aquella borrasca, por las señales que la acompañaban, debía ser sobremanera espantosa y funesta. Yo, sin embargo, en vez de afligirme, empecé á meditar la vida de San Francisco Solano, y con ella procuré consolarme.

Cuando este grande Apóstol de la América Austral se dirigía como Misionero Apostólico de la Andalucía á Tucumán, pasó una tempestad, tan fuerte y obstinada, que el barco empezó á llenarse de agua. El capitán arrojó inmediatamente la lancha al mar, donde recibió á los religiosos que acompañaron al Santo, é hizo lo posible por que éste también descendiese á aquélla para salvarse. El Santo, viendo que quedaban en el barco muchos negros del África sin bautizar, con los marineros y otros pasajeros, prefirió morir con ellos, para ayudar á sus almas en aquellos últimos momentos de la vida. Así pues, animado de aquel verdadero espíritu de perfectísima caridad y de santo celo que caracteriza á los verdaderos Misioneros y á los dignos Apóstoles de Jesucristo, se dedicó á catequizar á aquellos infieles y á los otros; y en los tres días que duró la tempestad, consiguió disponerlos á todos á una santa muerte. Los infieles fueron inmediatamente bautizados con verdaderos signos de cristiana piedad, y los otros se confesaron y se reconciliaron también con Dios. Después, cuando estaban todos resignados y dispuestos á la divina voluntad, sobreviene una nueva marejada que rompió el barco por medio, de un lado al otro, donde estaba plantado el árbol; y la parte de la proa, en la cual estaban los negros se sumergió al instante, cayendo ellos en el mar y volando sus almas al cielo, por la regenera-

dora gracia del santo bautismo. La otra mitad, hacia la popa, donde estaba el santo Apóstol y los otros, quedó flotando sobre las ondas, toda llena de agua. El Santo, sacando de este hecho prodigioso nueva materia y motivo de discurso, habló con gran vigor á los pasajeros, y á los marineros que quedaban vivos, y los animó á confiar en Dios, asegurándoles que llegaría un barco en el cual todos se salvarían. En efecto, de allí á tres días volvió el capitán con la lancha, y apenas se hubieron todos colocado en ella, la mitad del barco, que tres días había estado sobre las olas con los depósitos llenos de agua, se sumergió al momento; y el Santo llegó salvo con sus compañeros á una playa desierta, donde el capitán había depositado los primeros; y por los sesenta días que se vieron obligados á permanecer allí, se alimentaron solamente de hierbas y de algunos peces que pescaba el Santo. Á sus méritos fué atribuído también el barco, que Dios hizo pasar por aquellas cercanías; en el cual embarcados, pudieron continuar el viaje y llegar salvos al continente de la América. Ahora pues, este hecho acaecido á no mucha distancia del sitio donde nosotros sufrimos la indicada tempestad, fué el que grandemente me animó, haciéndome esperar el deseado socorro de la bondad de aquel Dios que nos había siempre asistido y salvado en todas las pasadas borrascas.

En efecto, la mañana del 29, tres horas antes de mediodía, mejoró un poco el viento, y nosotros pudimos continuar el camino. Á la salida del sol, nos encontramos á la vista de Montevideo, trabajándose siempre sobre el bergantín para conservarlo en su justa dirección, hasta que

se llegó al Banco Inglés. Allí se levantó improvisamente un viento llamado Pampero, por las Pampas de Buenos-Aires, por donde pasa, el cual corresponde á nuestro Poniente. Este fué tan fuerte, que nos obligó á retroceder y á retirarnos á espaldas de la isla de Flores, para defendernos del viento y de la corriente del río, que nos echaba hacia atrás con ímpetu irresistible.

La isla de Flores, ó sea de las flores, es así llamada por simple ironía, ya que consiste en dos desnudos escollos, sobre los cuales no se ve otra cosa que algunas pequeñas cabañas, con pobrísimas habitaciones de pescadores, los cuales allí se retiran durante la pesca, en ocasión de alguna peligrosa tempestad. Detrás de aquellos escollos, donde teníamos cerca de siete brazas de agua, ancló el bergantín con la más gruesa de sus anclas. No dejaban los escollos de romper la corriente del río é impedir que nos tomase de frente y nos arrojase atrás, con todo el vigor de la fuerza. Pero no podíamos defendernos, á causa de ser ellos bajos, de todo el impulso del viento, que nos era muy contrario. Así es que el bergantín iba siempre cediendo, y giraba hacia atrás según la voluntad del viento y de la impetuosa corriente. Fueron inmediatamente caladas las pocas velas que se tenían abiertas, para el equilibrio de aquél, y fué también echada otra ancla al mar. Todo fué inútil; porque el fondo de las aguas era de tal manera fangoso, que no sujetaba las anclas, y el fortísimo viento se hacía cada vez más furioso y mugía con espanto general. Después la corriente del río, impulsada por la violencia del viento, crecía sobremanera; y tomando de frente la proa del bergantín, que se había ya sepa-

rado del refugio de los escollos, lo empujaba impetuosamente con las acumuladas aguas, y lo arrastraba á viva fuerza hacia las peligrosas rocas que nos presentaban las dos opuestas montañas de Pan de Azúcar y de las Ánimas.

No quedándonos en aquella triste situación otra esperanza de vida, pronto resolvimos huir hacia alta mar, para salvarnos del naufragio y de la muerte, que no podía de otro modo evitarse. Así pues, se empezó en seguida á armar el bergantín y retirar las anclas. Veinte y seis personas, animadas de la inminente pérdida de la vida propia, trabajaron á viva fuerza más de una hora por sacar las dos anclas. No hubo fatiga ni fuerza suficiente que las pudiese alzar de aquel fondo limoso, en que yacían sumergidas, enclavadas talvez con sus dientes entre los trozos de los barcos que, poco antes, allí habían naufragado. Se pensó entonces en plegar las velas, para que el viento mismo, al mover el barco, nos ayudase á levantarlas; mas fué inútil también esto, por efecto de las anclas; y entretanto el bergantín, empujado violentamente por la corriente y el viento, dos fuerzas, la una más impetuosa que la otra, y retenido al mismo tiempo por las anclas, sin poderse alzar, se encontró al instante en su extremo peligro. Las aguas acumuladas por el viento, ya atravesaban la proa, que, retenida por las anclas, no podía ya alzarse sobre ellas; la vehemencia del viento no nos dejaba ya tiempo para maniobrar con las velas á fin de evitar el impulso de aquél ó disminuír al menos su fuerza; y ya la despiadada muerte nos había aferrado con sus manos crueles, y nos tenía oprimidos y exánimes entre sus férreos lazos y puntiagudos hierros, á los cuales nada resiste; cuando el carpinte-

ro y otro valiente marinero cogieron dos sierras cortantes y en pocos golpes cortaron las gruesas cuerdas que sostenían las anclas, y con la pérdida de éstas salvaron el barco y la vida de todos, que sólo dependía de aquel golpe de destreza, de cortar las cuerdas y devolver así la libertad y el equilibrio al abatido bergantín. Nos abandonamos á la dirección del viento, que como un rayo nos trasportaba sobre las olas, trabajando en éstas inmensamente para librarnos de la costa; y toda aquella tarde y la noche siguiente se caminó con la máxima celeridad y con molestia extraordinaria de cada uno. Finalmente, al amanecer nos encontramos fuera de la embocadura del río de la Plata á distancia de ochenta ó más millas de la isla de Flores. Aquí se tomó aliento, y nos detuvimos en un alto de mar, donde no había nada que temer de la pasada tempestad, que fué verdaderamente cruel. Nosotros estuvimos sin comer casi todo aquel día, y la noche se pasó en vela. Se caminaba y se sondaba siempre, como se podía, por la velocidad del camino, y no nos detuvimos sino después de haber encontrado cerca de cuarenta brazas de agua, donde había desaparecido la corriente. No podía el viento ofendernos en modo alguno, porque la altura del mar daba libertad al bergantín para abordar ó dirigirse á donde mejor se creyese, en el caso funesto de que se hubiera renovado la tempestad.

¡Qué fatalidad! sufrir casi tres meses en el mar para arribar á las tierras americanas; acercarse á ellas con tantos peligros de borrascas, tempestades, corsarios y otros; verlas presentes, posar casi en ellas el pie, y entretanto vernos en un punto alejados y rechazados con extremo peli-

gro de la vida á distancia de ochenta y más millas, fué en verdad un excesivo esfuerzo de la iracunda fortuna, que contra nosotros combatía. Comprendimos que era aquello la última tentativa del enemigo infernal, quien, no aprobando el bien que formaba el objeto de nuestra Misión en América, ponía á prueba todas sus fuerzas para impedirnos desembarcar. De otra parte, comprendimos también que no hay saber prudencial ni consejo contra Dios y por esto Él había de triunfar al fin, y el impío Lucifer y todos sus satélites habrían de tornar llenos de comfusión á las profundas cavernas del Tártaro. Por esta reflexión, que era por otra parte justísima, no faltó quien, en vez de afligirse por aquella extrema situación en la isla de Flores, y pedir á Dios en la humillación del corazón la conservación de la vida para su servicio, se mostrara el único risueño y alegre en medio del espanto general y tristeza de todos. La confianza en Dios, decía entre mí, deben ciertamente todos tenerla y cada uno debe esperar de Él, en las tribulaciones y en las angustias, el oportuno socorro. Mas, quiere también el Señor que nosotros en las tribulaciones y en los peligros nos humillemos bajo su omnipotente brazo. Quiere así el Señor que nosotros, á imitación de Judit, de David, y de todo su antiguo pueblo predilecto, nos cubramos la cabeza de ceniza, nos ciñamos la cintura con cilicio y, abandonados los pomposos ornamentos, nos cubramos con ruda saya, y busquemos en la humillación del corazón, que sobre todo Él desea, su divino auxilio.

La humillación y la tristeza del ánimo se unen bastante

bien con la confianza en Dios; porque las dos primeras inclinan á Dios á la compasión, y la confianza en Él exalta su bondad, para mayormente obligarlo á socorrernos. Al contrario, la inoportuna hilaridad y la alegría del semblante y del ánimo, podrían ser el efecto de una reprobada presunción, ó al menos, de una gran confianza de ser casi merecedores del divino socorro sin la previa humillación del espíritu. Así es que, deseando nuestro Señor Jesucristo instruírnos á este propósito, se retiró al huerto, en el tiempo de sus mayores tristezas, y derramando allí sudores de sangre, rogó á su eterno Padre que lo librara, si era posible, del amargo cáliz de su Pasión. «Padre mío, decía Él, aleja de mí este cáliz; sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya; y acometido de angustias de muerte, rogaba más fervorosamente; y era su sudor como gotas de sangre, el cual se derramaba por la tierra.» Hé aquí la regla que se debe tener en nuestras necesidades: humillar ante Dios nuestro corazón, y esperar después en la aflicción del espíritu lo que le agrade á Él resolver; y no dudemos que con estas disposiciones seremos por Él ayudados.

En tales consoladoras ocupaciones de la mente me estaba aún entreteniendo, cuando el cansancio del cuerpo, la falta de casi todas las fuerzas, por las sufridas desventuras, conciliaron á todos, al amanecer de la mañana del treinta, el más plácido reposo. Nos tendimos pues como se pudo y dormimos entre aquel alboroto con el verdadero gusto del sueño. Monseñor, no encontrándose seguro en su lecho por los golpes de mar, que trataban de arrojarlo al suelo, se acostó vestido sobre éste y así pasó aquellas

horas. Yo me acosté también vestido sobre un banco; y todos los otros, quién más, quién menos, durmieron también incómodamente. Sólo el Padre Arce se desnudó en su lecho, y cerrando muy bien la entrada para no ser echado por tierra, durmió profundamente con toda la comodidad religiosa, sin que jamás despertase, hasta que fué llamado para el desayuno, cuando ya éste estuvo pronto. ¡Qué serenidad! ¡qué paz! ¡qué tranquilidad notaba yo en él! Comprendí entonces que la práctica de los Regulares es la única norma sobre la tierra, la cual puede hacernos apreciar su poca felicidad y los verdaderos placeres de la vida. Ellos, por el abandono que han hecho del mundo, no sienten los tumultos y extravagancias de éste ó no se cuidan de ellos. Gozan sí cuando su suerte los favorece, y cuando la misma los persigue, saben también soportar con resignación y con paz las contrariedades y los insultos; y dispuestos así á todas las vicisitudes de la vida, no les alteran ya las desgracias de la misma. Imitemos pues su noble ejemplo, y viviremos también nosotros contentos entre las mismas desgracias de la vida.

Permanecimos un día entero en nuestro retiro, porque al viento contrario sucedió la calma que no permitía moverse. La mañana siguiente, que fué el treinta y uno de Diciembre, mientras todos esperábamos poder ponernos en camino, empezó un viento más fuerte y tempestuoso que el de los pasados días, tal, que nuestro Capitán, no pudiendo soportar las molestias de aquél, exclamó en un exceso de cólera: debe de acabar el mundo, porque aquí es ya acabado para nosotros. Él, el Piloto y los otros buenos conocedores del mar temían bastante aquella nueva tempestad, y esta-

ban casi persuadidos de que debía terminar con el trágico fin de cada uno. Mas, por gracia de Dios nos fatigó hasta antes de mediodía y después cesó, sin molestarnos más. Quedó sólo la incomodidad de los golpes de mar, que las aguas agitadas lanzaban sobre el bergantín. Éste, sin embargo, impulsado de un óptimo viento, caminaba con la mayor celeridad, y á las cuatro de la tarde nos encontramos en el paralelo del Pan de Azúcar y de la montaña de las Ánimas, y descubrimos poco después la isla de Flores, que puede llamarse para nosotros la isla de las Espinas, de la cual por esto procuramos guardarnos atentamente al volver á pasar por ella, durante la noche.

En ésta se padeció bastante, por causa del Banco Inglés, que debíamos pasar. Este banco se llama inglés, porque un barco inglés fué el que lo descubrió; y es un montón de arena y de piedra nativas, el cual no es aún conocido en todas sus partes, ni podrá jamás conocerse plenamente por las arenas, que tan pronto saca como acumula la corriente del río. Por esto gran número de barcos van á perderse en él. Y así, durante nuestra breve estadía en América, naufragó un bergantín que regresaba del Brasil á Buenos-Aires con una compañía de cómicos. Otros dos barcos, uno genovés y otro inglés, chocaron allí de noche, y también se perdieron entrambos. Además, encalló poco después el mismo correo de Montevideo, por un accidente extrañísimo y se anegó con treinta y seis pasajeros, que se habían embarcado en Buenos-Aires. Aquél, en suma, es un lugar peligrosísimo, el cual reclama con frecuencia el sacrificio de algún barco, y se llama por esto la sepultura de los marineros. Nosotros quedamos reconocidos á la gran diligencia

de nuestro capitán, el cual con hacer sondar continuamente nos hizo pasar el dicho Banco sin encontrar los temidos peligros: y así la mañana del primero de Enero de 1824 tuvimos el consuelo de hallarnos á la vista de Montevideo, á donde llegamos dos horas antes del Mediodía.

Montevideo fué así llamado, porque su descubridor, que fué un soldado portugués, al verlo, dicen que exclamó: *Monte veo,* ó como otros pretenden, *Montem video,* en lengua latina, veo un monte; y de Monte veo ó Montem video, se compone la voz *Montevideo.* Es ésta una bella ciudad, con cerca de catorce mil almas, construída en el falso plano de una colina. Sus calles son espaciosas y bien hechas; mas no todas igualmente mantenidas; se ven pequeños palacios con graciosas perspectivas, las cuales, observadas desde el puerto, forman un conjunto agradable y son de mucho realce á la ciudad. La más bella de sus iglesias, dedicada á Nuestra Señora y á los Santos Apóstoles Felipe y Santiago, está situada en el centro de lo habitado, con una cúpula al uso de Roma, y dos altas torres colaterales que embellecen lo exterior. Son también bellas las dos iglesias de la Caridad y del Hospital, y la de los Regulares Franciscanos, que es de una regular extensión.

Montevideo es como la segunda llave después de Gibraltar para entrar en la América Meridional, de la parte de Buenos-Aires, y por esto es ciudad interesante y muy bien fortificada. Su entrada y toda la campiña con su puerto adjunto, están defendidos por un fuerte, que está colocado en la cima de un monte, fuera de la población. Otras muchas fortificaciones se encuentran también en el interior, como mejor veremos en el minucioso detalle que se dará á

nuestro regreso de Chile. En las pesadas turbulencias de la revolución Americana, Montevideo estaba en poder de los ingleses, los cuales debieron abandonar la posición. Cuando llegamos nosotros, el Presidente de la ciudad estaba capitulando con el Emperador del Brasil, el cual le tenía bloqueado el puerto de todas partes, con una flota de muchas fragatas y otros barcos de guerra, y estaban ya prontos á hacerse á la vela los barcos que debían exportar la guarnición de los Portugueses Europeos á la capital del Brasil.

El puerto de Montevideo es una especie de bahía, la cual consiste en una punta de mar, que entra en la tierra. Es, por otra parte, seguro, y de un agradable aspecto. Á la parte de Levante tiene una hermosa playa con casas rústicas y una campiña bien cultivada y amena. Al Poniente está circundado por sólo la ciudad. Nosotros nos detuvimos en estas pocas horas, solamente cuanto se necesitaba para reemplazar las dos anclas perdidas en la isla de Flores y para tomar uno de los pilotos prácticos facultados por el Gobierno, para pasar con mayor seguridad el río de la Plata. En este tiempo Monseñor fué obsequiado en persona por los principales del país. El Vicario, primera Dignidad de aquel Cabildo, vino el primero con un séquito de cuatro sacerdotes á felicitarnos por nuestra feliz llegada. El Comandante General de la Plaza mandó á su secretario, el cual saludó á Monseñor en su nombre; y en fin, vinieron dos Padres Dominicanos, uno de Chile y el otro de Lima, á hacernos visita de cumplimiento. Después cerca de las horas 23 de Italia, nos hicimos á la vela con viento en popa, y se pasó bastante bien toda la noche.

La mañana del 2, á la mitad del camino, á distancia de cerca de sesenta millas, tanto de Buenos-Aires como de Montevideo, empezó á encontrarse el agua dulce del río. Poco después varió el viento, el cual se volvió contrario á nuestra dirección; fué necesario bordear con gran peligro de chocar en algún banco de arena; mas, por medio de la sonda, que se tenía siempre en actividad, se evitó aquel peligro. Cerca del Mediodía, encontramos una fragata que había dado en un banco y se había perdido. De ella se veían solamente la cofa y la punta de los árboles; el resto estaba todo debajo del agua. Este funesto espectáculo nos tuvo agitados todo el día, porque el viento contrario nos obligaba á bordear continuamente alrededor de allí; y mientras menos nos agradaba esa vista, más se nos hacía presente. Finalmente, siguiendo el viento cada vez más contrario, para mejor asegurarse durante la noche, fué anclado el bergantín en medio del río, en frente á la fragata perdida. Aquí tuvimos el placer de salvar dos barcos, los cuales corrían al naufragio, sin advertirlo, puesto que, no habiendo notado la fragata sumergida, corrían á perderse en el mismo banco. Nuestro capitán, con las conocidas señales de la bandera, los advirtió del peligro, y así cambiaron en seguida la dirección y vinieron á fondear cerca de nosotros. Después los respectivos capitanes fueron inmediatamente á dar gracias del naufragio que habrían seguramente encontrado; pues nos dijeron que, al recibir nuestro aviso, no tenían más de dos brazas y media de agua, cosa sumamente peligrosa, puesto que iban á encontrarse con el banco de una parte, y con la costa de la

otra, lo que no les dejaba *alguna esperanza* de vida, al chocar con el banco.

En todo el indicado camino Monseñor estuvo siempre enfermo. Sufría náuseas repetidas, sin poder jamás llegar á vomitar. El cansancio del viaje, con tantos sufrimientos en el día y falta de sueño en la noche, los temores en las pasadas tempestades, y las desagradables noticias que había oído en Montevideo acerca de Chile, le habían impresionado mucho y le ocasionaron la enfermedad. Tomó purgantes; mas no le hicieron ningún bien; sólo encontró un poco de alivio en el reposo de la noche, que fué pasada tranquilamente por todos, durmiendo como en tierra, por estar el bergantín anclado en el río.

La mañana del 3, habiendo mejorado el tiempo, nos hicimos á la vela muy temprano, con viento en popa, y pasamos sin ningún peligro el banco grande, llamado el Banco Ortiz, y los otros dos, el menor de los cuales se llama el Banco Chico. Estos tres bancos, al presente, no producen gran temor, porque el Gobierno de Buenos-Aires, conmovido por tantos barcos que allí naufragaban, ha puesto una señal en medio de cada uno de ellos, la cual se ve claramente desde mucha distancia. Á pesar de toda esta cautela, los dos barcos ingleses, para mejor asegurarse, no se separaron jamás de nosotros, y era un grandísimo placer observar nuestra soberbia *Eloisa*, la cual, llena de majestad y de grandeza, con el aire imponente de Capitana, indicaba el camino á los dos barcos, que no perdían sus huellas. En seguida, dispuestos el uno después del otro cerca de nosotros, ya se apresuraban, ya retardaban el camino, ya disminuían, ya aumentaban las velas, según lo que veían

hacerá nuestra bien dirigida *Eloísa*; y así se vió entonces, por la primera vez, humillado y sometido á nuestro Capitán genovés el imperioso orgullo de los ingleses, que son, por otra parte, los verdaderos señores del mar. Nosotros gozamos bastante con este inesperado espectáculo; mas, nuestro gusto nos fué arrebatado en su más delicioso punto, por la caprichosa fortuna. Cuando llegamos enfrente de la ensenada de Barragán, fuimos sorprendidos por una tempestad repentina, que nos hizo temblar á su primera aparición. Fueron en seguida caladas todas las velas y echada un ancla al río, y así con detener el barco se impidió el naufragio, que era inminente. La tempestad fué en verdad fortísima: un nimbo de rayo se descargaba de continuo en cada lado del bergantín; y rozando el borde de éste, se precipitaba en el río, donde se sentían rumores de freír, como de un hierro ardiendo cuando se arroja en el agua. Todos temíamos un incendio en el barco y morir entre las llamas de éste. Más, oídos por Dios los gemidos de nuestros corazones, detuvo su fulminante diestra y cesó casi todo el temor. ¡Cuán bueno es el Señor! No queda desconsolado ninguno de los que en Él confían, en las verdaderas necesidades de la vida.

La ensenada de Barragán es un pequeño seno formado por el río de la Plata y un riachuelo, sobre la costa meridional; al rededor de él fueron fabricadas algunas casas, las cuales no se han extendido más, porque las aguas crecen con frecuencia y las cubren. Esta pequeña colonia se ve en la costa septentrional del mismo río de la Plata; la otra colonia, llamada del Santísimo Sacramento, está no muy lejos de Buenos-Aires. En esta colonia, quince días antes

que pasáramos, cayó un rayo en la iglesia, el cual habiendo penetrado en un subterráneo, donde se guardada una gran cantidad de pólvora, hizo explosión en ella y arruinó casi toda la iglesia y muchas casas inmediatas. En la ensenada de Barragán desembarcaron los ingleses, cuando se apoderaron de Buenos Aires; y ocuparon todo el canal del río hasta la colonia del Sacramento, para que no pasase ningún barco antes de la toma de dicha capital.

El día 3 de Enero se pasó bastante mal. Monseñor tuvo dolores de estómago, y los demás sufrimos no poco con las variaciones que ocurrieron, pues hasta las dos de la mañana duró la calma del día anterior; después nos hicimos á la vela con viento en popa. Á media mañana empezó la tempestad, y después de algunas horas, la calma volvió, después una nueva tempestad, y terminó también con la calma; finalmente, á las dos de la tarde se tuvo otra vez el viento en popa, que nos condujo al fin á Buenos-Aires, mas no sin un nuevo género de combate y de padecimientos. En la última calma se había separado de la opuesta playa una gran nube de mosquitos ó zancudos, los cuales, al pasar el río, se posaron sobre nuestro barco, y quedó cubierto de manera que no se distinguía el color de los palos, ni el de las velas. Todo era un hervidero de aquellos molestísimos insectos, no encontrando manera de librarnos de sus picaduras. Fué necesario cubrirse el rostro y las piernas con tupidos paños y, con todo esto, lograban picar en varias partes de las manos y pies con sus penetrantísimos dardos. Los marineros y nosotros nos veíamos obligados á trabajar en el bergantín, y el que no podía mantenerse cubierto, parecía recibir disciplina de sangre en todas partes

con dolores espasmódicos. Nuestro práctico nos dijo que en quince años de carrera guiando barcos en aquel río, no había visto jamás un número tan considerable de zancudos. Nosotros por nuestra parte no nos acobardamos en la variada sucesión de peligros y de penas constantes, con la confianza en Dios: de Él esperábamos ser librados y protegidos, como en los otros casos pasados. Ya que

"De las culpas, la culpa mayor
"Es el colmo de un impio terror
"Ofensivo á la eterna piedad.
"Quien no espera no cree, no ama;
"De la Fe, del Amor, y Esperanza
"Cada cual tales brillos alcanza,
"Que unos menos, los otros se van".
(Met. Betulia, Part I.)

En efecto, el mencionado enjambre de zancudos nos molestó ciertamente bastante, é intentaban devorarnos de la manera que las langostas devoraron el Egipto. Por otra parte, habiendo dirigido nuestros corazones al cielo, como al fortísimo viento que se desató por la plegaria de Moisés se disiparon las langostas del Egipto, así el primer soplo de un propicio viento en popa, que nos vino dos horas después, dispersó todos los zancudos y nos condujo con acelerada rapidez al suspiradísimo puerto de Buenos-Aires, sin ulteriores molestias.

Apenas llegamos á aquel puerto, nos vino á recibir la guardia con bandera bicolor, nos designó el lugar en que debíamos estacionarnos y nos dijo en nombre del Magistrado que á la ocho y media de la mañana siguiente recibiríamos la visita; y que antes de ésta, á ninguno era permitido acercarse á la ciudad. Después, para evitar

los abusos, y por el buen orden de la policía, como se usa en todos los puertos bien arreglados, nos dejó á bordo un custodio, el cual debía permanecer allí hasta que hubiese sido descargado el barco. Por otra parte, tales custodios en América son bien educados y complacientes, y para dejar pasar contrabando se contentan con un simple regalo ó con una delicada cortesía.

A las seis de la tarde se habían ya plegado todas las velas, y después de echadas las anclas, se saludó á la ciudad con siete cañonazos y se le dió el aviso de nuestra feliz llegada al puerto. Al tercer disparo de cañón, el señor Pérez exclamó el primero: *¡Viva Monseñor Arzobispo!* y todos á una voz repetimos: *¡Viva el Vicario Apostólico, viva la América, viva Chile!* y durante la bien dispuesta salva, y después de ésta aun continuaron por algún tiempo los mismos gritos de aclamación y de contento.

Después de esta expansión, se pasó la noche en la mayor placidez de espíritu, y nos levantamos la mañana del 4 todos alegres y contentos. El Supremo Gobierno, con aquella generosidad y grandeza de ánimo que es propia del carácter español, y también de todos los naturales de América, sin hacer preceder la visita de la Aduana, ni la otra de la Sanidad, mandó á la hora arriba indicada, de las ocho y media de Francia, un hermoso bote con cuatro encargados, uno de los cuales era el Capitán del Puerto, para invitar á Monseñor con su séquito á dirigirse á tierra, donde nos esperaban todas las Autoridades Eclesiásticas, Militares y Civiles, para recibirnos con la distinción debida á un público Representante del Supremo Jefe visible de la Iglesia Católica, y así con pompa solemne introdu-

cirnos y acompañarnos á la ciudad y á la iglesia á fin de dar gracias á Dios por nuestra feliz llegada. Habiéndoles dado las gracias con ánimo de desembarcar nosotros solos privadamente, volvieron ellos otras dos veces á hacer la misma petición é invitación cortés, suplicando con ruegos infinitos al Vicario Apostólico que quisiera complacer á las Autoridades y al pueblo, que lo esperaba reunido en la playa. Fueron nuevamente dadas las gracias; y nuestro capitán, como una hora después, llevó á tierra al señor Plomer con otros compañeros; desembarcados los cuales, el Supremo Magistrado, á las 2 de la tarde, volvió á mandar al capitán, para rogar á Monseñor, en su nombre, que se dignase consolar con su solemne entrada á las Autoridades y al pueblo, que lo esperaban todavía en la playa. Pero igualmente fueron dadas las gracias. Partió por otra parte el señor Cienfuegos, el cual quiso ir solo, y nos dijo que, apenas desembarcado, enviaría la lancha, y en ella habríamos ido á tierra también nosotros. El hecho fué que el Señor Cienfuegos partió antes de las horas 20 de Italia, y la lancha no volvió hasta después de las 24. Así pues, partimos del bergantín á la 1 de la noche para ir á tierra; su aspecto nos pareció muy bello y agradable, porque todas las casas que están á la orilla de la playa, se hallaban iluminadas á *giorno*, y con la luz que se reflejaba en las aguas, se descubrían distintamente la calle y todos los barcos del puerto. Desagradable, por otra parte, y poco práctica se halló la manera de desembarcar. Buenos-Aires no ha reedificado jamás su puerto, desde que fué arruinado y llevado por una furiosa tempestad; y así, para ir á tierra, fué necesario pasar de la lancha á ciertos carros, que

son tirados por mulos, á los cualesllega el agua del río hasta sobre la grupa y caminan con la sola cabeza fuera. Para no arriesgar nuestras vidas sobre aquellos carros, que son siempre peligrosos, por defectos de los mulos ó de otra cosa, procuramos entrar cuanto se pudo con la lancha entre aquellos trozos del puerto, y después, montados á espaldas de nuestros robustos marineros, fuimos depositados por éstos, á las dos de la noche en la suspiradísima tierra:

" Después de tal desastre y tantas penas
" Y tras la tempestad de mar bravía,
" Entre las sombras de la muerte impía,
" Cuya memoria basta á helar las venas (h).

(h) Virg. Aeneidos lib. I.

Bien que los habitantes quedaron sentidos por la entrada solemne que se rehusó y en aquel rigor del verano, las dos de la noche pareciese hora de reposo para todos, no obstante, encontramos en tierra numeroso pueblo, el cual, agrupado alrededor del Vicario Apostólico, no lo dejó pasar adelante, sino después que se dejó besar la mano y hubo bendecido á todos. Después de lo cual, recitando con piedad, en acción de gracias por tantos beneficios recibidos de Dios, el salmo: *Bendice, alma mía, á tu Dios, etc.* (1), nos fué permitido avanzar, caminando siempre con dificultad y apenas entre la muchedumbre del pueblo. Nos precedían numerosos niños y otros jóvenes, los cuales, formados de á dos con faroles de vidrio en la mano, nos señalaban el camino, semejantes á aquellas vírgenes pru-

(1) Benedic, anima mea, Domino: et omnia quae intra me sunt nomini sancto ejus. Psal. 102, 3".

dentes que á la llegada del Esposo se hallaron con las lámparas encendidas y bien provistas de aceite, para acompañarlo y solemnizar su llegada. Yo me figuré en aquel momento la entrada de nuestro divino Salvador en Jerusalén, en la cual los niños ciertamente fueron las almas cándidas, predilectas, que le precedían en el camino y cubrían la vía con ramos de pacífico olivo y con sus propios vestidos, exclamando con gritos de satisfacción y de júbilo: «Viva el Hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor; Dios lo conserve, Dios lo felicite desde su excelso trono (1).» No faltaron tampoco muy buenos viejos, los cuales exclamaban con voces de verdadera alegría y de cordial júbilo: *Bendito el que viene en nombre de Dios*; repitiendo otros en latín: *Benedictus qui venit in nomine Domini*; y con tales demostraciones de gozo, de amor y de honor, las cuales, mientras más avanzábamos, tanto más se animaban y multiplicaban, llegamos felizmente á la fonda, que era una limpia casa de un excelente gentilhombre inglés, llamada *Los Tres Reyes*. Allí encontramos al Señor Cienfuegos, el cual nos tenía preparada una magnífica mesa para una exquisita cena, á imitación de los antiguos Lúculos, y en nada inferior, con las respectivas proporciones, á las famosas cenas de Salomón, para las cuales se mataban cada día diez bueyes cebados, y otros veinte de los pastos, y cien carneros, fuera de la caza de ciervos, cabras, abubillas y otras aves del campo (2).

(1) Hosanna Filio David: benedictus qui venit in nomine Domini; Hosanna in altisimis. Matt. cap. 21.

(2) Erat autem cibus per dies singulos triginta cori similae et

Se veían, en efecto, en la grandiosa preparación de aquella suntuosa cena, más de treinta platos, todos ricamente abastecidos de manjares delicados y gustosos. Había, por ejemplo, aquí y allá, repartidos con elegancia y gusto, perniles enteros de ternera y de cebados corderillos, unos preparados al horno y otros en salsa, con delicados aromas. En seguida alegraban la vista los fritos, las soperas, los cocidos y tantos otros platos de caza y de sabrosísima fruta que ofrecía allí la estación estiva, dispuestos todos juntamente sobre la mesa, según la costumbre de América, con una cantidad prodigiosa de botellas de los mejores vinos de Europa, teniendo el último lugar el burdeos y el málaga. Sentados pues en una mesa tan espléndidamente preparada y con la satisfacción de cada uno, de verse en tierra, después de tantos desastres y tanta economía de alimentos en los últimos días de navegación, puede imaginarse el lector cuáles serían el placer y la alegría de todos. Cada uno elegía á su gusto los alimentos que deseaba, y bebía después del vino que más apetecía su estómago, dirigiendo alegres brindis al Vicario Apostólico, al Señor Cienfuegos, á Chile y á todos las felices comarcas de la América. Y, como donde domina el buen vino, allí está también la alegría: *ubi Bacchus, ibi lætitia:* así olvidamos todos en un momento las pasadas desventuras y sufrimientos corporales, y sólo nos permitíamos recordarlos para reír y bromear, aliviando así el ánimo; y cuando alguien recordaba alguna notable circunstancia, se le llenaba á éste un

---

sexaginta cori farinae. Decem boves pingues, el viginti boves pasquales et centum arietes, excepta venatione cervorum, caprearum atque bubalarum, et avium altilium. Reg lib. 3, cap. 4. V. 22 etc.

vaso grande de generoso licor, y en las exclamaciones alegres todo se olvidaba, con la alegría del vino: *vicit omnia Bacculus*. La elocuencia se mostró brillantemente. Con un río de elegantes conceptos y frases expresivas, contaba cada uno sus casos, y las de un Cicerón ó un Demóstenes parecían las narraciones de todos. Porque

"Las amplias tazas fecundas
"De algún generoso vino
"¿Á quién de un hablar divino
"No supieron inflamar?
"Por ellas de frescas rosas
"La frente el hombre circunda
"Y entre las cenas abunda
"El dulce poetizar." (1).

CAPÍTULO II

De la entrada y permanencia en Buenos-Aires

Buenos-Aires, ciudad Episcopal de cerca de setenta mil almas, erigida en la ribera occidental del río de la Plata, el año 1580, por Juan de Garay, Teniente General de las tropas españolas, es así llamada por su amena posición, y por el aire ó buena cara que mostraron al principio á los Españoles los naturales de aquella región. Su fundador la llamó ciudad de la Santísima Trinidad, á quien fué por

(1) "Fœcundi calices quem non fecere dissertum?
"Contracta quem non in paupertate solutum? (a)
"Fronde comas victi caenant, et carmina dictant." (b)
Hor. Fl. (a) Ep. lib. 1. Ep. 5.
(2) Id. lib. Ep. 1.

él dedicada. Se llama también Puerto de Santa María de Buenos-Aires, por lo que sus ciudadanos se dicen comunmente Porteños. La ventajosa posición la hace una de las ciudades más importantes y comerciales de la América Meridional, á la cual llegan, en todo el año, un gran número de barcos mercantes, procedentes de Europa, de África y de Asia.

Antes de las últimas guerras de la Revolución Americana, Buenos-Aires era la capital del Reino del mismo nombre, en la cual residía el Supremo Tribunal, y un Virrey llamado el Virrey del Paraguay, que gobernaba todo aquel vasto país en nombre de la Corona de España, que lo poseía por derecho de conquista. En dicha revolución fué dividido el Reino en varias pequeñas Repúblicas, cuantas eran las Provincias que lo componían. Estas, al presente, se gobiernan por sí mismas: tienen, por otra parte, entre sí una cierta unión y dependencia de Buenos-Aires, la cual bajo este respecto se considera todavía como la ciudad Central, Cabeza y Metrópoli de todas las mencionadas Repúblicas. Estas por su situación están divididas en tres clases. De la parte del Norte, se hallan Buenos-Aires, Santa Fe, Corriente, Entre-Ríos y Misiones. De la parte del Perú se hallan Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Rioja y Catamarca. En la comarca de Cuyo está San-Luis de la Punta, Mendoza y San Juan. Estas son las 14 Repúblicas que ahora se llaman las Provincias unidas del Sur.

Montevideo y el Paraguay, otras dos Provincias pertenecientes al antiguo Reino de Buenos-Aires, al presente están separadas de las otras, como que Montevideo está

en poder del Emperador del Brasil, y el Paraguay se erigió desde el principio en república totalmente independiente, bajo las disposiciones y la presidencia del Doctor Francia, el cual ha rechazado constantemente cualquiera comunicación con Buenos-Aires, sin responder jamás nada á sus muchos despachos, dirigidos para procurar la mutua unión y amistad. Desea estar solo, y no se cuida de otra unión sino de la de su Provincia, donde todos son declarados soldados, y puede poner en pie de guerra más de cincuenta mil combatientes, todos bien equipados y aguerridos. No permite que los extranjeros penetren en el interior de su jurisdicción y si á alguno recibe, ya no le es permitido á éste partir. Todos sus cuidados son dirigidos á la pública felicidad. No grava la Provincia con impuestos ni otras contribuciones semejantes, para la administración de la misma; mas lo arregla todo con la mayor economía, aún por lo que respecto á sí mismo, pues una simple mujer de edad casi senil forma toda su doméstica corte. Viste con decencia limitadísima, y su mesa ordinaria no tiene más que lo necesario para su sustento, el cual, para emplear mayor actividad en pro del bien público, como conviene á todos los Jefes de Gobierno, lo toma solo, muchas veces en pie, y de prisa con una servilleta al brazo, á la manera de los antiguos Israelitas al comer el cordero pascual, ceñidos y calzados y con el bastón en la mano en actitud de ir á viajar. Por esto todos lo aman y respetan como al Padre de la Patria, con signos de pública veneración.

Todas las mencionadas Repúblicas son de una notable extensión, á la cual, por lo demás, no corresponde el nú·

mero de habitantes que, según el más exacto catálogo, formado el corriente año de 1825 de todas las poblaciones existentes en el Nuevo Mundo, no excede de un millón y medio. Este censo, por ser el más reciente y cuidado, me parece bien insertarlo aquí para instrucción del lector, á quien se advierte que los primeros números del siguiente prospecto indican la extensión en millas cuadradas, y los segundos, la población absoluta.

PROSPECTO

DE LAS ACTUALES POBLACIONES EXISTENTES EN EL NUEVO MUNDO

Posesiones inglesas	120.180	1.917.000
Estados Unidos del Norte	113.800	17.645.000
Méjico	72.700	6.868.000
Cuba, Puerto Rico, etc,	2.500	707.700
Pertenecientes á España		800.000
Haití	1.385	700.000
Pertenecientes á España		350.000
Colonias Francesas	495	272.500
Colonias de los Países Bajos	504	90.000
Colonias Dinamarquesas	208	53.700
Guatemala ó Provincias unidas del Centro	15.000	1.485.000
Colombia	88.000	3.600.000
Perú	28.000	1.900.000
Brasil	256.000	4.000.000

Paraguay................................	7.000	500.000
Buenos-Aires ó Provincias unidas del Sur............................	60.000	1.500.000
Chile......................................	7.000	1.200.000

La ciudad de Buenos-Aires está construída como todas las otras ciudades de la América. En ellas todas las calles están en línea recta, y se cortan entre sí por cuadrados, que forman otras tantas islitas cuadradas. Cada lado de la islita es de 64 toesas, y toda el área de 4.096. En la primitiva división, cada jefe de familia obtuvo la cuarta parte de una islita con su lado respectivo, para habitar allí; por lo que, habiéndose fijado á cada casa un suelo igual, y una igual extensión para la perspectiva, las habitaciones podrían ser todas uniformes y de un hermoso aspecto al exterior. Pero el hecho es que esta uniformidad y belleza no se encuentra en todas partes; porque, si bien todas las islitas estan cercadas de muros y completas, sin embargo, no todas presentan las habitaciones uniformes, porque no todas las casas son de buen dibujo ni todas tienen una misma altura ni ocupan el lado entero del cuadrado. En muchas islitas una parte está reservada á otros usos; de manera que detrás del muro que las circunda, ya aparece un jardín, ya un huerto, para comodidad y ornamento de la casa respectiva; y si bien éstos embellecen el país, quitan, no obstante, la uniformidad de las casas y disminuyen la belleza de las calles. Por otra parte, lo que más perjudica el elegante trayecto de las calles, es la deforme bajeza de las casas; pues de ordinario el piso bajo forma la entera habitación de cada uno, y en aquellas casas que además

del piso bajo tienen otro piso principal, ordinariamente queda éste deshabitado; porque á casi todos les gusta estar en el piso bajo y tener en éste el dormitorio. Por esta causa todas las casas de América estan llenas de hormigas, las cuales no dejan en salvo ningún comestible que comunique con el muro; y cuando se busca en arrendamiento cualquier casa, se pregunta siempre en primer lugar, si hay en ellas muchas hormigas. Por eso todos los armarios se hacen de tablas sostenidas por cuerdas, las cuales descienden del techo; y es éste el solo medio para librar de las hormigas los comestibles.

El motivo por que las casas son generalmente bajas en toda la América debe atribuírse, parte á la antigua costumbre de los salvajes y de los soldados conquistadores, de dormir en cabañas y tiendas sobre la desnuda tierra, y parte al uso general entre los Americanos de construír ordinariamente con la sola greda, á causa de los frecuentes temblores de tierra, y más que todo á la repugnancia que tienen casi todos á la fatiga, y á la gran escasez de los necesarios materiales. En Buenos-Aires, por ejemplo, hay tal falta de piedras que hacia el Poniente, hasta Córdoba, la cual dista de la otra como 170 leguas, no hay ni siquiera la idea de los montes, de otras canteras de piedras para construcción. Mas, por otra parte, hacia el Levante, en Montevideo á distancia de sólo 40 leguas y por medio del río podría proveerse con poco gasto de cuanto se necesitase para las construcciones; podemos de esto concluír que también en Buenos-Aires se ha edificado siempre con greda, como se hace todavía en la generalidad, por tener pocas ganas de trabajar. Buenos-Aires, en tiem-

pos pasados, era una ciudad muy rica, y también hoy lo es suficientemente para procurarse los materiales necesarios de los edificios. Debo también confesar que en América, con el uso de la sola tierra, se edifica con solidez no en mucho distante de lo que hacemos nosotros con la cal, pues tienen generalmente los Americanos una tierra más glutinosa que la nuestra. Esta la amasan con paja picada y luego forman con ella gruesos ladrillos y después de haberlos secado al sol, fabrican con ellos sus casas, empleando el simple fango ú otra tierra glutinosa amasada también con paja menuda, para unir un ladrillo con otro. Si las casas son de un solo piso, se usa la cal para blanquearlas tanto adentro como afuera, para que no aparezca el defecto de la greda. Si son de dos ó tres pisos, que es muy raro, entonces, para la solidez de las construcciones, todos los techos y arcos de las ventanas y de las puertas se trabajan de cal y ladrillos de horno, como los nuestros; y todo el resto con greda simple, es decir con ladrillos de greda secados al sol y unidos entre sí con fango y paja amasados juntos. De esta manera forman casas que, preservadas al exterior con una fuerte cubierta de cal, duran ciertos años, aunque haya terremotos y otras fuertes sacudidas violentas que desconciertan el equilibrio.

En Buenos-Aires, en Santiago de Chile, en Lima y en todas las otras ciudades principales de la América, después de los muchos Franceses é Ingleses que se han establecido allí, el buen gusto de los edificios se ha extendido mucho. Las casas se han construído, en la mayor parte, de cal y piedra, de dos y tres pisos según el gusto europeo, y también las casas que se edifican con la simple

greda son casi todas de dos altos pisos, con majestuosos portones, con grandes ventanas uniformes y adornadas de cornisas juntamente con una larga faja que gira alrededor y una grandiosa cornisa que sostiene el artesonado, como se observa en las casas bien construídas de nuestra Europa. El plano y la distribución interior de las principales casas americanas se dirigen todos á la belleza, comodidad y solidez de las mismas. En dichas casas se encuentra después del vestíbulo generalmente un patio abierto en forma cuadrada ó de otra forma regular, que se llama patio. Alrededor de éste, una fila de pequeños pilares ó columnitas de madera, sostienen un simple techo ó un piso sobrepuesto habitable, como se observa ordinariamente en los Conventos de nuestros Regulares, y en los Palacios Doria, Odescalchi y otros que hay en Roma, sobre el mismo dibujo. Esta cubierta que rodea el patio sirve para gozar del aire y reposar con aquella libertad que á cada uno es permitida en el recinto de la propia casa, y mientras que todo el patio sirve para dar luz á los cuartos internos y hacerlos más templados y sanos, unidos al ordinario corredor que es de muchas ventanas con bellas balaustradas pintadas, barnizadas ó doradas según la posición del propietario. Del mismo gusto son también los balcones que adornan la fachada de la casa en las calles públicas.

En cuánto á ornamentos y muebles, en todas las casas de los principales propietarios, y aún, en muchas de la clase baja hay un verdadero lujo, superior ordinariamente á las fuerzas de los respectivos propietarios. Todos los pavimentos de los cuartos habitados están provistos de esteras

de paja finísima y cubiertas con las más ricas alfombras europeas, para evitar la humedad, y hacerlos más blando al caminar. El mobiliario y todos los otros adornos, son siempre á la última moda, y de los más bellos que se fabrican en Europa: lujo verdaderamente ruinoso, que empobrecerá con el tiempo á la América, pues que los precios de las manufacturas y de los géneros son todos carísimos. Aquí no se habla sino de *duros* y de *onzas* de oro de España; un reloj, por ejemplo, que en Europa se dará por doce escudos, en América se vende por más de ciento; y una cómoda ó una mesa barnizada y bien hecha que en Roma vale diez escudos, en América no se consigue por menos de sesenta ó setenta. Además, si estos muebles se mandan hacer á los Europeos que están en América, se consiguen con la misma perfección y belleza que los que van de Europa; pero cuestan siempre más. Y así ¡pobres de los Americanos, mientras dure en ellos la pasión por las cosas europeas! Empezaron á sucumbir á la propia curiosidad, cuando vieron la primera vez espejos, tijeras, cuchillitos y otras semejantes bagatelas europeas, consignando á los listos comerciantes tantas láminas de plata y tantas barras de oro, ó de otros preciosos metales por cosas insignificantes; y la misma curiosidad, convertida hoy en pasión de brillar siempre con las manufacturas europeas, conducirá la América á un estado de indigencia y miseria, al correr del tiempo. Los productos de sus minas, que ó no son explotadas, ó lo son por los Europeos en su mayor parte, no compensan lo que sale en todo el año de sus estados. Estos, por otra parte, son los acostumbrados tributos que todos los pueblos salvajes suelen pa-

gar á quien se toma el trabajo de civilizarlos y afinarlos; pues es cosa regular y antigua, que tales civilizaciones se empiezan siempre por repulir las cosas que más interesan, como oro, plata y otros metales que embarazan las pequeñísimas casas de los salvajes. Pero estas reflexiones son inútiles para nosotros, y volvamos á la descripción de Buenos-Aires á fin de terminarla.

La más hermosa vista que puede presentar al espectador esta ilustre Metrópoli, es la perspectiva que se descubre desde el puerto. Cuando nuestro barco fué allí conducido, no me olvidé de dirigirme á él para observarla; vi realmente con gran placer á lo largo de la orilla del río, hacia el Poniente, por casi una legua de longitud y otra media legua de anchura, una deliciosa reunión de casas de diferentes dimensiones y de variadas formas, tapizadas acá y allá de pequeños palacitos, de jardines y de iglesias de arquitectura europea. Entre éstas sobresalía el majestuoso templo de la Santísima Trinidad, que constituye la Catedral y señorea con su mole todo lo habitado al rededor suyo. Siguen después á conveniente distancia, hacia los diferentes lados de la ciudad las respectivas iglesias de los antiguos Jesuítas, de los Dominicanos, de los Franciscanos, de los Padres de la Merced, y de otras muchas corporaciones de Regulares del uno y del otro sexo, que, construídas también al gusto europeo, hacían agradabilísima y verdaderamente pintoresca la deliciosa vista de Buenos-Aires, á bordo de nuestra *Eloisa* en el recinto del Puerto. Y aumentaba considerablemente su belleza el paseo público que se extiende á lo largo de la orilla del río. Grandes asientos, con árboles frondosos, embellecen

de un lado y del otro el majestuoso paseo y sus plazas ó recintos donde concurre el pueblo en los mayores calores del verano á gozar el aire puro del mar y á observar otro numeroso pueblo de hombres y mujeres que, casi promiscuamente mezclados, toman baños á lo largo de la orilla á todas las horas del día, con poquísima decencia.

Esta pésima costumbre podría suprimirse al momento. Mas el cambiar en un momento los inveterados hábitos de los pueblos ha sido siempre una empresa peligrosa y á veces también fatal. Así, el deber del magistrado en este caso es de vigilarlo para corregirlo gradualmente, con justas medidas, á fin de ordenarlo á las leyes de la honestidad y la utilidad, como se practica en los puertos de todas las ciudades bien regidas. El motivo principal de esta necesaria prohibición debería ser el de la religión, para impedir las ofensas á Dios, que nos quiere en todo vergonzosos y púdicos, mientras nos dice por el Apóstol de las gentes que la impudicia ni siquiera debe nombrarse entre nosotros; porque ni los impúdicos ni los adúlteros ni los desvergonzados entrarán en su reino celestial. Mas, si esto no se hace por el solo motivo religioso, hágase al menos con el objeto de mantener las sanas costumbres del pueblo, á fin de que conserve el buen orden del estado civil, y no vacile la autoridad de la República. Porque no hay cosa que perjudique más al buen orden del Estado y á la estabilidad de las Repúblicas, que la relajación de las costumbres en los miembros que las constituyen. Un pueblo de costumbres relajadas es capaz de toda clase de excesos. El perturba la calma de los otros, resiste á las leyes, odia á quien lo vigila, y, si puede hacerse jefe de

facinerosas facciones, lo hará sin duda, para vivir más desenfrenada y libremente. Por esto vemos que tanta severidad se usaba en dicha materia por los gobiernos é imperios bien organizados de nuestros mayores. Los Romanos, por ejemplo, tenían un poder de dos Censores, que se elegían siempre entre los hombres más íntegros y ejemplares, los cuales vigilaban rigorosamente las buenas costumbre y la vida moral de cada ciudadano, y cada cinco años hacían degollar víctimas en el campo de Marte, y las sacrificaban á los dioses, para expiar los pecados de la ciudad, á fin de que aprendiese cada uno, de esta sagrada ceremonia, á vivir morigeradamente. Así pues, á los primeros avisos y las fundadas acusaciones que á ellos se presentaban de parte de los oficiales de policía ó de otros, se empezaba con la más escrupulosa severidad un examen general sobre la vida de los acusados, y ¡desgraciado de aquel que se encontrase reo de acciones inmorales! porque no se tenían consideraciones ni á la posición, ni al grado, ni á la dignidad de las personas. Cualquiera que fuese el reo, era inmediatamente castigado según el rigor de las leyes. Se degradaba á los caballeros, se destituía á los senadores, y cualquier otro reo era castigado sin consideración. De esta manera se tuvieron siempre buenos ciudadanos que hacían temblar el mundo entero, con el solo nombre de soldados romanos; y propiamente comenzó á vacilar aquel vastísimo imperio, cuando el lujo y las delicadezas del Asia, por ellos subyugada, entraron triunfantes en Roma, con los despojos de los vencidos enemigos. Vigor de las leyes y relajación de costumbres en el pueblo, son dos cosas que no pueden absolutamente encontrarse juntas;

porque una se opone á la otra, como la luz á las tinieblas, las cuales se destruyen recíprocamente.

Asimismo Nicolás Macchiavelli, aquel gran filósofo pensador de la República Florentina, cuyas obras de política serán siempre admiradas por los buenos diplomáticos, bien que fuese liberal mil veces más que cuantos viven al presente, también hace consistir la estabilidad de la República en las buenas costumbres y en la recta disciplina de los ciudadanos; porque dice (1): donde no existe esta bondad no se puede esperar nada bueno. De lo que concluye que ningún accidente, bien que grave y violento, podrá hacer á Milán ó Nápoles libres, por ser aquellos miembros corrompidos (2). Por esto prescribe, como base fundamental de la fuerza y duración de las Repúblicas, las buenas costumbres y la buena disciplina de los ciudadanos: y desea que el hombre se dirija siempre á los primeros principios de la vida moral; porque nuestra corrompida naturaleza va siempre declinando de éstos, y sin el indicado medio los abandonaría con el tiempo. Por esto dice que los dos grandes Patriarcas San Francisco y Santo Domingo fueron muy útiles á la Iglesia Católica y á los Estados, porque con sus Órdenes volvieron á los primeros principios de la verdadera vida evangélica la relajación de la buena disciplina y las corrompidas costumbres de los pueblos (3).

Estos son, respecto á nuestro asunto, los sentimientos aprobados también por un Macchiavelli, que los liberales

(1) *Opere politiche*, lbr. 1, cap. 55.
(2) Lbr. dicho, cap 19.
(3) Lbr. 3, cap. 12.

todavía deben respetar como los de uno de sus primeros maestros, porque desgraciadamente en nada aprecian las doctrinas infinitamente más sanas y lo mucho más que nos dicen los Libros Santos y los Padres todos de la Iglesia Católica, en particular el libro divino de los Sagrados Evangelios, el cual nos presenta en su moral la más exacta norma de una perfecta República. De lo que deduzco que el Supremo Magistrado de Buenos-Aires está en el preciso deber de corregir el indicado abuso de sus conciudadanos, de bañarse mezclados con poca distinción de edad y de sexo, para no exponerlos á una general depravación de costumbres; como quiera que las pasiones se forman en las ocasiones, sin que uno se percate de ello; después se apoderan del corazón, y cuando lo han hecho su esclavo, entonces se dejan conocer, sin que sea ya posible librarse de ellas. A fin de que se conozca mejor la necesidad de la indicada reforma, agrego, por último, que yo he recorrido enteramente en todas las estaciones del año las dos playas marítimas del reino de Nápoles, tanto en el Adriático (donde ha llegado á proverbio que *arbores non crescunt, homines non senescunt, mulieres non erubescunt)*, cuanto en el mar Tirreno, y no he hallado en ninguno de estos sitios la indicada inmoralidad de los baños. Esto no obstante, Macchiavelli condenaba, como vemos, las costumbres de Nápoles desde su tiempo. Así pues, es necesario decir que hoy en día la licencia y la corrupción de las costumbres han crecido también donde se permiten los dichos baños, y por esto no es absolutamente posible que pueda allí mantenerse el buen orden y subsistir largo tiempo la mal llamada libertad. Esa, de hecho, reconoce la fuerza en las

sanas costumbres y en la buena disciplina; no pudiendo un pueblo libre mantenerse unido sino con la bondad de las costumbres, ya que el libertinaje y el desenfreno de los ciudadanos no se combinan en manera alguna con el buen orden de las leyes que deben reunirlos; y el amor de las pasiones es completamente diferente del amor que une entre sí á los hombres sociales y mantiene la libertad de los Estados. De tales teorías están llenos los libros. Á mí me basta haberlas indicado para instrucción del lector que tuviere necesidad, al cual hago, por último, reflexionar que el amor de las pasiones, que no puede estar fundado en la virtud, es una verdadera locura. El Metastasio lo describe y lo define así:

...........Gozar sin esperanzas,
Esperar sin consejo,
Sin peligro temer, dando á las sombras
Cuerpo, y á la verdad negar asenso,
Imaginar la mente
Centenar de fantasmas al instante,
Soñar despiertos y un millar de veces
Morirse sin morir y llamar gozo
El martirio, en los otros
Adorar y olvidarse de sí mismo,
Y pasar con frecuencia
De uno á otro temor ó esperanza:
Es aquel frenesí que amor se llama.

Met. Galatea, Parte I.

Dejemos pues el puerto, para no ver más sus indecencias y volvamos sin demora á la ciudad. Nos detuvimos en Buenos-Aires hasta el día 16 de Enero. Los placeres que en la primera noche nos ofreció la suntuosa cena, fueron para mí de poca duración, porque me fué señalada para alojamiento una pequeña caja de madera, toda llena de

hoyos, la cual parecía la estrechísima celda de un pobre anacoreta, en la cual un pequeño colchado, sostenido en equilibrio por dos cuerdas, como la cama de red de los barcos, una silla y una mesilla de pocos palmos, ocupaban enteramente el sitio, sin poder introducir ninguna otra cosa. Ahora, hallándose el lecho en equilibrio, tardó mucho en pararse cuando me acosté en él. Esto no obstante, el cansancio del viaje y la buena alimentación me conciliaron, sin mucha fatiga, un plácido sueño y dormí tranquilamente las primeras horas de la noche. Pero, cuando la fuerza de la imaginación se rehizo y empezó ésta á influír sobre las otras facultades mentales, me representaba como si estuviese todavía en el barco, el cual parecía que se agitaba de una parte á otra, como sucedía en las borrascas, cuando era impulsado de un viento contrario. Después de una larga navegación queda en el individuo, por la fuerza de la inercia, el mismo movimiento del buque, al cual se ha acostumbrado. Después, aún estando uno de pie, le parece que se mueven el lecho, el cuarto, la casa y la tierra misma, y que se mueve con ésta también su persona, la cual por esto se siente inclinada á hacer esfuerzos, como para sostenerse y conservar el equilibrio.

Ahora, á esta fuerza de inercia y á la viva imaginación, animada por los licores de la cena, agregando la propiedad de mi lecho, que estando suspendido se agitaba realmente á manera de una agitada embarcación, al más ligero movimiento del cuerpo, se aumentó tanto la cosa que empecé á despertarme. Después, al moverme, las aceleradas oscilaciones del lecho me hacían aparecer, entre

el sopor del sueño, el barco que se hundía; y abriendo repentinamente los ojos, al ver la luz entre las rendijas de una tabla y otra, creí que el barco realmente hubiera encallado en unos escollos y se le hubieran abierto las junturas. Salté entonces todo asustado del lecho, y no pude dormir más cuando volví sobre él. Tres noches hube de estar sujeto á esta incomodidad del lecho suspendido en equilibrio. En la cuarta noche fué sustituído finalmente por un pequeño canapé, y sobre éste pude dormir sin movimiento y pasar con tranquilidad todas las horas de la noche. Sólo me quedaba el otro muy serio inconveniente de que, siendo la habitación una caja de madera, se calentaba en el día como un horno; y como las tablas de que estaba formado aun el techo habían sido barnizadas para preservarlas del agua, al excesivo calor del sol despedían un olor malsano, que me oprimía la respiración. Yo, por otra parte, sufría de buena gana esta incomodidad, porque la veía bastantemente compensada con el afecto y la piedad que nuestra Misión había despertado en el pueblo.

Éste, en toda aquella permanencia en Buenos-Aires, mostró siempre una fe viva, una atención constante á nuestras personas y mucha adhesión á nuestra santa Religión; por lo que juzgué que sería cosa fácil el enmendar en él el mencionado abuso de los baños públicos. La mañana, la tarde y en todas las horas del día el patio y las calles estaban siempre llenas de gente que sin distinción de clase, dignidad, ni grados se agrupaba alrededor de Monseñor para recibir la apostólica bendición. Muchos

buenos viejos, al besarle la mano, se la estrechaban al pecho con un diluvio de lágrimas; y el concurso era tal, que hubo necesidad de tener guardia á las puertas para impedir los inconvenientes. Yo no he visto jamás una aglomeración semejante, ni tantas manifestaciones exteriores de verdadera piedad y de religiosa adhesión al jefe de la Iglesia en Roma, como las que se hicieron en Buenos-Aires al Vicario Apostólico. El entusiasmo de piedad religiosa que se despertó en los fieles al regresar á Roma el gran Pontífice Pío VII después de su largo destierro, puede en algún modo compararse á la conmoción de Buenos-Aires por el Vicario Apostólico. No puede decirse que esto fuese, por cierto, curiosidad; porque el Vicario Apostólico de viaje como iba no tenía ningún aparato de grandeza en los ornamentos episcopales, ni aire de majestad en su persona, lo cual tanto concurre á captarse el respeto y la veneración del pueblo. Por otra parte, todos los individuos de éste, se presentaban con objetos de devoción en las manos, y mientras más se procuraba alejarlos, tanto más aumentaba su muchedumbre. Así pues, el Gobierno nos ordenó acelerar la partida, por temor de alguna revolución popular. Cuando se divulgaron por la ciudad las órdenes del Gobierno acerca de nuestra partida, el pueblo tuvo sitiada nuestra casa, día y noche; y muchos no quisieron irse á despecho de las muchas violencias que se les hicieron por los oficiales y los criados de la fonda. ¡Oh Religión Santa, cuán fuerte eres en quien verdaderamente te posee! De nada sino de ti se cuidan entonces tus afortunados amantes; y es un designio fatal el quererlos en tu daño molestar; porque tú sola tienes el pleno domi-

nio del corazón, tú regulas sus inclinaciones y movimientos, y tú sola puedes, á tu manera, disponer de él, á despecho de todos los obstáculos y oposiciones del mundo. En efecto, desagradaba mucho al Gobierno de Buenos-Aires aquella grande aglomeración del pueblo, y que se presentara cada uno con crucifijos, rosarios, santitos y otros objetos de religión, para hacerlos bendecir; y cuando se supo acerca de esto la contrariedad del Gobierno, precisamente entonces se aumentó excesivamente la concurrencia y la multiplicidad de las sagradas imágenes y de otras cosas por bendecirse. Creció hasta tal punto la cosa, que también el Señor Cienfuegos se inquietó por ello varias veces delante de Monseñor; porque había el positivo temor de alguna revolución popular, contra la autoridad que á aquello se oponía. Por más que el Vicario Apostólico se excusaba de dar tales bendiciones, sin embargo las mesas, las credencias, la cama y las sillas estaban siempre llenas de crucifijos y otros piadosos objetos de mucho valor, que se consignaban confundidos unos con otros bajo la buena fe de quien los recibía, y de quien venía á recogerlos. Tanto era el impulso de la común piedad y el deseo de ganar las santas indulgencias que con las bendiciones se concedían á los devotos de aquellas sagradas imágenes.

Se notaban en el indicado concurso, como se ha dicho arriba, personas de todas las clases y de todas las condiciones. El clero, por ejemplo, tanto el secular como el regular, y todos los señores de alguna distinción repetidas veces se presentaron á rendir homenaje al Vicario Apostólico. El célebre General de Armada, San-Martín,

que había conquistado todas aquellas Provincias, Chile y gran parte del Perú, del dominio de la España, depuesta la grandeza de su gloria, dos veces se presentó á Monseñor, en traje privado, para saludarlo y felicitarlo por su llegada allá. Las más reservadas en presentarse fueron las primeras Autoridades y los otros Encargados del Gobierno, á causa de la entrada solemne que habían pedido á Monseñor. Su irritación llegó á tal punto, que el Gobernador se fingió indispuesto y se marchó al campo, para no vernos. El Ministro de Estado, Don Bernardino Ribadavia, recibió la visita del Vicario Apostólico en su casa con la mayor frialdad, y con verdadero desprecio recibió después al Señor Cienfuegos y á los otros Chilenos que fueron á saludarlo. Por otra parte, el Señor Zavaletta, Provisor actual de aquel Obispado vacante, después de haber concedido á Monseñor el libre permiso de confirmar en la Catedral al numeroso pueblo que lo deseaba, y después que habían sido fijadas las notificaciones, por orden del Gobierno retiró el permiso, y en seguida prohibió también la confirmación que se administraba en casa, privadamente. Cuando pues el Gobierno se percató de que con todas las prohibiciones se irritaba el pueblo en exceso, y que había un fundado temor de alguna rebelión, nos ordenó partir en seguida de los confines de la Provincia, y empezó contra nosotros una persecución que nos molestó hasta nuestra partida á Roma, por lo que no puede excusarse aquel Magistrado de una grave falta, porque, cualquiera que hubiese sido la ofensa, Monseñor y Cienfuegos tenían en ella una culpa totalmente involuntaria; como que Cienuegos no aprobó la entrada solemne, porque, estando Mon-

señor en traje de viaje, no lo creía decentemente vestido para aquella pomposa función ni Monseñor se resolvió por sí solo á ello, para mantenerse de acuerdo con Cienfuegos; y además, en materia de Religión, es necesario sacrificar cualquier resentimiento, y la pérdida no digo ya del falso respeto, sino aún de todas las cosas, en pro de la misma, á fin de que no peligre la fe, que debe estar sobre todo, según aquella áurea máxima de la cual estamos plenamente advertidos, que...

"En las luchas humanas,
"Aunque perezca todo,
"El corazón la fe conserve intacta. (1)

Obligados por el Gobierno á acelerar nuestra partida, se hicieron enseguida las *disposiciones necesarias* para la misma. Entretanto, la próvida bondad de Dios, que reúne siempre en sus siervos las aflicciones con los consuelos, se complació en consolarnos, en aquel tumulto de cosas, con los despachos que se esperaban de Roma. Llegaron éstos en número de tres. El primero, con fecha 28 de Setiembre de 1823, participaba á Monseñor, con carta de oficio, la fausta noticia de la elevación de nuestro Sumo Pontífice León XII á la Cátedra de San Pedro, que se había ya recibido privadamente en Génova, como se ha dicho. El segundo despacho, con fecha de 2 de Octubre de dicho año, manifestaba al mismo Monseñor, que uno de los primeros pensamientos de Su Santidad había sido el de confirmar su Apostólica Misión. En el tercero, con fecha 6 del mismo mes, se confirmaban á Monseñor todas las facultades que

(1) Omnia si pereant, corda fidem teneant.

le había concedido Pío VII, de feliz memoria, para la dicha Misión; y había también en él una carta del mismo Padre Santo al Excmo. Señor Don Ramón Freire, Director Supremo de Chile; la cual recomendaba á éste nuestras personas, para el buen éxito de la Misión. Estos despachos, que fueron en seguida contestados, nos consolaron grandemente; mas sus consolaciones no fueron suficientes á impedir en el ánimo de Monseñor los tristes efectos de las muchas penas que vivamente lo afligían. Cayó enfermo, y su enfermedad presentó al momento carácter de gravedad; porque su estómago, repugnando todo alimento, lo devolvía apenas recibido.

Entre las muchas causas de esta enfermedad, dos fueron las principales, que la hicieron inevitable: las noticias que se recibieron de Chile y el último billete escrito por el Provisor Zavaletta. Éste, después de haber prohibido á Monseñor, por orden del Gobierno, confirmar en la Iglesia el día que le había sido señalado, habiendo sabido que administraba este sacramento en casa, á instancias de los fieles, le escribió un segundo billete, en el cual le prohibía la confirmación aún en privado, y le decía con el mayor resentimiento que se admiraba bastante de que hubiese venido á América para turbar la paz de los pueblos, y que era un exceso de temeridad el querer usurpar los actos de jurisdicción ajena. Reproche, como cada uno ve, injusto é irritante para un Vicario Apostólico, que había recibido del Papa mismo las necesarias facultades para confirmar en aquella capital. No fueron éstas las más fuertes causas de la enfermedad de Monseñor. El golpe violento lo recibió él de la adversa voluntad y de las siniestras intenciones

que el Supremo Gobierno de Chile había ya manifestado sobre el objeto de nuestra Misión. Así pues, en la Gaceta de Buenos-Aires, intitulada *Argos*, del 3 de Setiembre de 1823, en el artículo *Chile*, se leía cuanto sigue:

«Senado Conservador.—Santiago, 14 de Julio de 1823. « —Al Excmo. Señor Director Supremo—El Senado ha « tomado en consideración el gravísimo negocio sobre el « tenor de los poderes que se acordaron por el anterior « Gobierno y Senado al Señor Doctor Don José Ignacio « Cienfuegos, Ministro Plenipotenciario en Roma; y des- « pués de maduro examen, y de haber oído el voto de una « Comisión especial, ha convenido en que los mencionados « poderes no pueden continuar en los términos en que « fueron acordados sin gravísimos perjuicios para la Pa- « tria, por que la petición de un Nuncio Apostólico en « nuestro estado naciente, es impracticable y repugna á nues- « tras actuales circunstancias de pobreza del Erario y fal- « ta de recursos para atender á otras necesidades urgentí- « simas, y mucho más para mantener un Nuncio con el « decoro que requiere su alta dignidad. Por otra parte, la « funesta experiencia verificada en otros países católicos, « de los malos resultados de las Nunciaturas, debe obligar « al Estado á oponerse á que tenga lugar esta resolución, y « mucho más en la variación política y civil que reina entre « nosotros, la cual nos expone á perturbaciones y discordias. « Por lo cual el Senado cree ser cosa conveniente que, sin « pérdida de tiempo y con la mayor solicitud posible, se « haga saber al Señor Cienfuegos por parte del Gobierno, « que quedan retirados los poderes que anteriormente le « fueron concedidos, y que regrese con la celeridad posible,

« reduciéndose su misión á reiterar y protestar de nuevo, la
« sumisión y adhesión constante del Gobierno y de las Pro-
« vincias de Chile al Jefe visible de la Iglesia, y á la Re-
« ligión de Jesucristo, que el Gobierno y el Senado pro-
« curarán mantener fielmente; quedando los otros artículos
« contenidos en las instrucciones que le fueron dadas an-
« teriormente, para mejor tiempo y examen en los futuros
« congresos que se celebrarán en vista de las necesidades
« del país y de sus recursos. Por otra parte, teniendo en
« consideración el estado y la necesidad de la Iglesia Na-
« cional, estima el Senado que el Plenipotenciario quede
« autorizado para pedir á Su Santidad un Obispo para la
« Catedral que debe erigirse en Coquimbo, ó al menos un
« Auxiliar, que sea pedido y elegido por el Gobierno Eje-
« cutivo.

«El Senado tiene el honor de manifestar de nuevo al
« Supremo Director, los sentimientos de su distinguida
« estimación.—Presidente, Agustín Eyzaguirre.—Secreta-
« rio, don Camilo Enriquez».

Esta instancia no tuvo efecto, porque el señor don Justo Pietas, como Diputado, se opuso virilmente á ella, resolviendo todas las dificultades y haciendo ver la triste figura que habría hecho, delante de todos, la nación chilena, si se hubiera negado á recibir un Nuncio Apostólico, después que ella misma lo había pedido y obtenido del Sumo Pontífice, con una Diputación tan estrepitosa; y concluyó, en fin, que nada malo debía temerse de un Nuncio Apostólico que les traía su Público Representante, el Señor D. José Ignacio Cienfuegos, «venerable personaje, co-
« mo él dice, el cual es llamado por todos *Buen Hombre*;

« sí, *Buen Hombre*, Señores, en todo el rigor de su inocen-
« te significado, buen sacerdote, buen párroco, buen ma-
« gistrado, buen patriota, buen amigo, y sobre todo, buen
« cristiano: y quien lo censura lance sobre él la primera
« piedra» (1). En fuerza pues de estas y otras reflexiones, se dió curso á la Misión, mas por un tiempo limitado y sólo para ensayar, bajo la sombra del Vicario Apostólico, los planes preparados sin la oposición y descontento de los piadosos fieles, como el mismo agudísimo «Observador Eclesiástico», deseoso de que nos pusiésemos en guardia sobre esto, procuró prevenirnos, con la mayor habilidad y prudencia en su periódico, que nos hizo encontrar en Buenos-Aires, del 27 de Enero de 1823, en el N.º 15, donde, repreduciendo una carta escrita desde Roma por el Rev. Padre Ramón Arce, termina aquel número así: «El Legado
« Apostólico está ya en camino para la América y dentro
« de poco estará en nuestras comarcas. Á su llegada se
« ejecutarán á gusto del Gobierno todas las Reformas
« Eclesiásticas que se crean necesarias, sin que las con-
« ciencias temerosas tengan que entristecerse, y sin que
« los enemigos de nuestra Independencia nos traten de
« cismáticos y faltos de respeto á los derechos de la Supre-
« ma Sede de San Pedro. Este paso de la Corte de Roma
« es un reconocimiento práctico de nuestra Independencia,
« del cual esperamos recoger grandes ventajas en lo espi-
« ritual y en lo temporal. Sobre esta materia han sido
« hechas sabias reflexiones por Don Justo Pietas, cuya

(1) El Observador Eclesiástico de Santiago de Chile de 19 de Julio, de 1823, N.º 5.—Recuérdese lo dicho sobre todo esto en la introducción.

« Arenga se halla referida en el número 5, pág. 34, de es-
« te periódico, á la cual nos referimos»...

Ahora bien, tales noticias, de todos estos diarios presentados al Vicario Apostólico, en Buenos-Aires, no podían menos de desconcertar al individuo; y cuando se unieron las otras noticias de amargura, que hemos más arriba indicado, ocasionaron á Monseñor una enfermedad que nos hizo temblar á su primera aparición. Por la gracia de Dios, con la ayuda de repetidos purgantes fué superada plenamente; y así el día 16 de Enero de 1824, pudimos ponernos en camino hacia Chile, en fuerza de las órdenes del Gobierno, que insistía en la partida. Esta fué á las 9 de la mañana, después de haber recibido las visitas del clero, de los principales de la ciudad y de todas las personas de bien, entre los llantos de un pueblo numerosísimo, que desde la noche anterior no había abandonado nuestra habitación.

La cosa fué del todo conmovedora. Para salir de nuestros cuaitos á la puerta de casa, donde nos esperaban los coches, se trabajó sumamente. Muchas veces nos encontramos separados unos de otros, por tantos que se aglomeraban para besar quién la mano, y quién los vestidos de Monseñor. Se vió en aquel momento la fuerza irresistible que tiene el amor de la religión en el corazón de quien tiene la suerte de poseerla. Muchos buenos sacerdotes venían á abrazarlo, con aquella cordialidad y ternura de afecto que experimentó ya el gran Apóstol de las gentes, cuando, partiendo de Mileto para Éfeso, enternecidos aquellos buenos fieles por un patético discurso que les hizo, se le echaron al cuello, y, bañándolo de lágrimas, entre los más

afectuosos besos, se lamentaban, sobre todo, de que les hubiera dicho que no lo volverían á ver más (1).

No hizo Monseñor á imitación de aquel gran Apóstol el mismo tierno discurso; bien que el lugar y la circunstancia pareciesen aprobarlo. Partimos, al contrario, en el más profundo silencio, sin quejarnos y sin hablar en modo alguno de las injustas oposiciones del Gobierno y de la violenta expulsión con que partíamos de aquel lugar. Hablaba por nosotros el hecho, hablaban las confirmaciones impedidas, hablaba el rumor de la amenaza que circulaba desde algunos días en la ciudad, hablaba la precipitada partida, hablaban mil otras circunstancias, y como preveía cada uno cuántos lobos rapaces y cuántas plumas maléficas se habrían pronto levantado; por esto lloraban los buenos religiosos, se afligían los sagrados ministros, suspiraban las gentes de bien y todos nos rodeaban para recibir del Pro-Vicario de Jesucristo su última bendición, seguros de que á él no le sería ya permitido volver entre ellos para cumplir la grande obra de su Misión.

Partimos, en efecto, y después de nuestra partida, em pezó contra nosotros una guerra implacable por la prensa pública. Casi en todos los ordinarios se hacía circular en el *Argos*, que es la gaceta principal de Buenos-Aires, un capítulo separado contra el Vicario Apostólico, para ponerlo en ridículo ante todos los Estados de América, de mil diversas maneras; y con un discurso atrabiliario fué esparcido el más negro veneno contra el fin más san-

(1) Magnus autem fletus factus est, et procumbentes super collum Pauli osculabantur eum, dolentes maxime in verbo, quod dixerat, quoniam amplius faciem ejus non essent visuri. Act. Ap., cap. 20.

to y más respetable de la Misión; porque desde la primera hoja que salió en la misma partida nuestra, fué representado Monseñor como un Ministro de la Sacra Alianza, mandado á América para explorar su posición y estado; y avaloraban estas calumnias con publicar haberse vanagloriado él mismo en Buenos-Aires, que su anillo de Obispo era un regalo del Emperador de Alemania, y deducía de esto el periodista, que debían todos unirse para echarlo de América. Por lo que se aconsejaba á los chilenos recibirlo precariamente y hacerlo entrar en oposición con el propio Obispo de Santiago, á fin de que se destruyesen entre ellos mismos, en los asuntos de las respectivas jurisdicciones y de los propios derechos. También se creyó que fueron movidos por instigaciones de Buenos-Aires todos los que, fingiéndose dementes, en la Metrópoli de Chile venían á hacernos las más serias invectivas.

Desde Buenos-Aires fué también sugerida la ficción de una cierta conjuración contra el Vicario Apostólico, la cual, por el movimiento en que estaba la caballería y toda la tropa urbana en torno á nuestra casa, nos hizo temblar por tres noches continuas; y para callar tantas otras cosas, á las sugestiones de Buenos-Aires se atribuyeron todos los sucesos siniestros que nos afligieron en Santiago de Chile, como veremos mejor en adelante en los resultados de nuestra Misión, que se describirán en un Opúsculo separado, el cual formará el Quinto Tomo de esta Historia. Yo comprendo que el Supremo Gobierno de Buenos-Aires tenía un poderoso motivo de mostrarse poco contento del Vicario Apostólico, por la entrada solemne que le había pedido, á fin de hacer pompa de su grandeza y recibir como mere-

cía tan notable Arzobispo, el cual representaba la persona misma del Soberano de Roma, del jefe visible de la Iglesia Católica y del Vicario inmediato de Jesucristo en la tierra. Comprendo aún que una invitación tan honorífica fuera en seguida aceptada, aún por fin de sana política y que debía grandemente respetarse la dignidad de aquel supremo gobierno, que es el centro de todas las provincias unidas del sur, á las cuales después de Chile había sido dirigida, en modo particular, nuestra misión. Mas, cualquiera que fuese la irritación del gobierno, él no debía llegar al extremo de permitir que su diarista nos hiciese una guerra tan obstinada y dañosa. Cierto fué que en el negocio de la entrada solemne se faltó mucho; mas fué falta muy excusable, porque Monseñor se sometió al parecer del Señor Cienfuegos, y este creyó prudente no permitirlo, para no comprometer el honor de la Santa Sede y encontrándose Monseñor en traje de viaje, como se ha dicho arriba. Como se quiera tomar el mal llamado vilipendio á las autoridades de Buenos-Aires, no era jamás lícito á las mismas oponerse al buen éxito de una misión de tanta importancia; porque la equivocación de un delegado no podrá jamás justificar una guerra hecha en daño de la religión, de la Iglesia y de todos los fieles de la América, los cuales han quedado en peligro de grandísimos desaciertos. Desde el Estado de Chile, hasta Río Janeiro en el Brasil, que forma la extensión de cerca de dos mil millas, no quedó allí á nuestra partida de la América, más que el solo obispo de Santiago, Monseñor Rodríguez, el cual á la edad senil tiene unida la incomodidad, de cuarenta años á esta parte, de devolver cada día todo el ali-

mento, después de una hora ó dos que lo ha tomado. Además de que se encontraba separado, hacía tiempo, de la administración de su diócesis por orden del supremo gobierno, el cual, hemos sabido después con extremo disgusto, que lo ha desterrado y extrañado de todos los confines de Chile por sospechas de adhesión á la Corona de España, de quien había sido consejero. En el Perú y en todas las otras partes de la antigua América Española, á las cuales era dirigida nuestra misión, por la falta grande de obispos, fueron éstos sustituídos por administradores, los cuales son en su mayor parte de dudosa jurisdicción y algunos ilegítimos de hecho, porque han sido instalados por el solo gobierno secular. La persecución pues al Vicario Apostolico fué una guerra hecha á la religión, cuya ofensa en daño de la misma república, no pudo comprenderse por aquella Autoridad á causa de la pasión que la animaba á juzgar mal del mismo. Mas

........................El tiempo, el sitio
Muda aspecto á las cosas: una obra
Es delito, es virtud, si es vario el punto
Desde donde se mira. El más seguro
Es siempre el Juez más tardo:
Y se engaña quien cree á prima vista (1).
........................En medio á graves casos,
No debe humana mente
En las resoluciones ser veloce,
Porque no siempre el duelo que almas grava
De las cosas percibe el justo peso:
Y que no sólo al proceloso viento,
Mas del céfiro aún al dulce aliento,
El prudente piloto jamás quita
La diestra del timón, del cielo, vista;

(1) Met. Alex. abes, Act. 5, Esc. 1.

Porque la misma fuerza
Que, guiada por razón conduce al puerto,
Desnuda de consejos,
Inerme nos entrega á los peligros (1).

CAPÍTULO III

Viaje de Buenos-Aires hasta San Luis de la Punta.

Partimos de Buenos-Aires en dos coches, tirados cada uno por cuatro caballos, y con una carreta de equipajes, tirada también por cuatro caballos. Cada caballo llevaba encima un cochero que lo guiaba, según la costumbre de América; y un ordenanza á caballo, en gran uniforme, nos precedía, y luego nos seguía según las necesidades. Así que, toda la comitiva consistía en Monseñor y sus dos compañeros, Cienfuegos y sus cuatro compañeros, dos criados, doce cocheros, un ordenanza y un postillón á caballo, que nos precedía siempre, de posta en posta, para encontrar pronto las mudas de los trece caballos, que nos ocurrían en el camino ordinario. Cuando el camino era malo ó había mayor peligro de ser sorprendidos por los salvajes, entonces se ponían á todos los carruajes seis caballos, y venían dieciocho cocheros, para guiar los dieciocho caballos. Los gastos de aquéllos no eran muy fuertes, porque se alimentaban de carne sola, asada al uso de los sal-

(1) Giust. Act. 5, Esc. 3.

vajes, sobre la viva llama de un gran fuego que se encendía dondequiera, y se la devoraban como los perros, sin sal y sin pan, que en América poco se usa en la ciudad y nada completamente por la gente del campo. Así nuestros doce cocheros ordinarios se comían diariamente medio buey, ó cuatro ovejas, que se pagaban á dos reales, ó sea, un cuarto de escudo romano cada una.

La gran diversión con ellos, era verlos comer y hablar entre sí en esos momentos. Porque eran de un aspecto más bufón que serio, y poco se diferenciaban de los verdaderos salvajes, puesto que tenían el mismo tipo, la misma cabellera de un crin largo, con largas cejas y todas las formas de los miembros y del rostro gruesos y ridículos; unos sin barba, y otros con largos pelos aún en las manos y sobre el pecho; sus vestidos consistían en ciertas abarcas que son las pieles de las patas delanteras de los bueyes, las cuales se desprenden enteras y, hecho un simple cosido en la punta, se introduce la piel por la parte del pelo, con el fin de hacerla secar en la misma pierna, se estrechan á á ésta y parece que sea su piel natural. Llevándolas largo tiempo, toman un brillo agradable, como de una piel lustrosa de la misma pierna. Los calzones eran largos, y abiertos á manera de pantalones, mas sin gracia alguna; y una faja colorada les ceñía la cintura. Sobre la espalda tenían un capote fuerte, cortado á la Cuáquera, y sujeto á la cintura por un cinturón de cuero, al que iba colgado un largo cuchillo que servía para defensa y para cortar las cuerdas, y otros arreos de caballos, en caso de necesidad. En la cabeza tenían un sombrerón, los unos de paja, y otros de lana ordinaria, con las alas caídas, y otros sin

alas y con la copa en forma de cono, á la manera de los Pulchinelas y de los *lazzaroni* de Nápoles.

Eran ellos, en su mayor parte, mulatos, nacidos de una negra de África y de un blanco europeo, ó viceversa. Su jefe era un negro procedente de la Etiopía, joven de alta estatura, muy robusto y bien hecho, y de un rostro verdaderamente pintoresco. No conocían para nada la melancolía; dotados, al contrario, de un carácter genial y alegre, eran prontos y agradables en todas sus acciones. Cuando iban á comer, encendían todos juntos, un gran fuego y, despedazadas en un momento dos ó tres ovejas, tomaban cada uno su cuarto, lo ensartaban en un palo, y después de haberlo chamuscado sobre las llamas vivas un poco de tiempo, sacaban su cuchillo de la cintura, y cortando y devorando sin el embarazo de la masticación aquella carne ahumada, que chorreaba sangre de todas partes, en pocos minutos desaparecía de sus manos. La misma función se repetía en la tarde con las otras dos ovejas, ó la cuarta que les quedaba; y así dos veces al día nos hacían ver tan divertido espectáculo, en el cual se gozaba muchísimo, especialmente con las burlas y las fuertes carcajadas que pasaban entre ellos, contentísimos de su miseria, de su nada, como los primeros habitantes de la tierra, á los cuales yo los comparaba; y ¡oh! (decía para mí al verlos tan contentos)

¡Feliz edad del oro,
Bella inocencia antigua,
Cuando no era enemiga
Del placer la virtud!
Del fausto y del decoro
Sujetos nos hallamos

Y nosotros formamos
La propia esclavitud.
Metast. Demof. Act. 2, Esc. 8.

Con esta alegre compañía partimos de Buenos-Aires, recorriendo la carretera que hay entre Santa-Fe y Córdoba, para evitar el encuentro de los indios salvajes, los cuales, en el camino un poco más corto que se encuentra entre sus confines, acostumbran sorprender á los pasajeros y asesinarlos irremisiblemente después de haberles robado todo. Lo mismo, aunque no con tanta frecuencia, hacen también en el camino real, por el cual se caminaba siempre á todo escape, y muchas veces, ya de un coche, ya de otro, se caían los caballos en tierra, aniquilados por la fatiga, de lo cual aquellos cocheros, que eran más bestias que los mismos caballos, nada se dolían, antes bien, todos en coro reían solemnemente como de una cosa muy agrable para ellos. Con el desembolso de dos escudos romanos se enganchaba al momento otro caballo del campo y se domaba bajo las riendas, para dar principio á una nueva carrera. Esta grande indiferencia y carácter brutal de nuestros cocheros nos animaba muchísimo á no temer el encuentro de los indios; porque, combatiendo salvajes con salvajes, la lucha se tornaría equilibrada, y no era mucho de temerse en igualdad de personas. Esto no obstante y por el temor de quedar con algún coche destrozado en medio de aquel vasto campo despoblado y desierto, no siempre se nos hacían agradables aquellas largas carreras, y muchas veces reprendimos por ellas á los cocheros. Mas éstos, acostumbrados á ir siempre corriendo por el campo con sus caballos, sentían por un momento la reprensión, y después empezaban de

improviso una nueva carrera, aún más violenta y más precipitada que antes; ya que en vano

Se combate un violento
Genio nativo que á costumbre alcanza.
Entre las blandas plumas,
Salvo apenas del mar, jura el marino
Otra vez no partir: ve que las ondas
Ya de nuevo son claras,
Deja las plumas y á los mares torna.
Metast. Aquil. Acto 2. Esc. 1.

La primera noche fuimos á dormir á Morón, pequeña parroquia sobre el camino, á distancia de quince millas de Buenos-Aires. Allí nos detuvimos gran parte del día siguiente y se confirmaron algunos hijos y sobrinos del propietario de la fonda. Toda la población de Morón, comprendidos los labradores que están esparcidos por el campo, se hace ascender á ocho mil almas: la parte habitada consiste en varias casitas de recreo, distribuídas aquí y allá, y en pocas casuchas, con algunas chozas de gente reunida, que componen aquel mezquino pueblo. La iglesia es pequeñita, pero mantenida con mucha limpieza. Está dedicada á la Virgen Santísima del Buen Viaje, á la cual también, por este título, nos encomendamos fervorosamente por los muchos peligros, de los cuales íbamos al encuentro, al emprender un camino de mil doscientas dieciséis millas, para llegar á Santiago de Chile.

Siendo Morón uno de los puntos de recreo de Buenos-Aires, se recorre por eso allí un buen camino, en el cual se encuentran frecuentemente habitaciones de una parte y de la otra, con tiendas y otros despachos de todo lo necesario. El campo es todo plano, y podría ser fertilísimo,

si fuese cultivado. Por desgracia general pocos son los pedazos labrados, los cuales, por otra parte, tienen todos su casa rústica, donde viven los repectivos colonos. La agricultura no se conoce absolutamente, ni se llega jamás á ver en toda la América Meridional un campo ó simple pedazo de tierra cultivado como se debe, al uso de Italia, á pesar de que los terrenos son mucho mejores que los nuestros. Por ejemplo, en Buenos-Aires, el grano se siembra de cualquier modo; después se le deja crecer sin otro cultivo, junto con la hierba, y después de granado se deja por lo ordinario en tierra, atado en haces ó suelto completamente, por lo cual la mayor parte se pudre y cae sin llegar á la era de la trilla. La plantación y el cultivo de la vid, quitados algunos pedazos para adorno de los huertos, considerados como tantas otras curiosidades, no se conocen absolutamente en la mencionada América Austral, fuera de Mendoza y de Chile. Así es que en todas las mesas delicadas se hace uso del Málaga, del Burdeos, del Champagne, del Madera, del Chipre, del Oporto y ótros buenos vinos europeos, que la sed del oro hace conducir allá á pesar de los mil riesgos y peligros del mar, persuadidos los atrevidos comerciantes, como dice Metastasio, de que

> La bella audacia á grandes obras guía.
> No espere henchido pino
> Traer tesoros tantos
> Sin sufrir los quebrantos
> Del proceloso mar.
> Cada sublime joya
> A un peligro está frente:
> Si ésta se quiere ausente,
> La otra no hay que esperar.
>
> Met. Triunfo de Clel. Act. 2. Es c. 14.

Para inclinar á los americanos, especialmente á los de Buenos-Aires, al cultivo de sus excelentes campos, no pudiendo entre ellos tener fuerza ley alguna, por lo general que es el ocio, innato en todos los individuos; se necesitaría quitarles el inmenso número de animales que tienen en los vastísimos campos de toda la provincia. Entonces, no pudiendo ya nutrirse de sólo carne y leche, se verían obligados á cultivar la tierra para obtener lo necesario para la vida. El gusto que nacería después y el deseo de ganar para vivir con mayor comodidad, los reduciría poco á poco á perfeccionarse en el cultivo de la tierra, como se va haciendo en Mendoza y en Chile, los únicos que conocen un poco de agricultura en todas aquellas vastas regiones, entre el Atlántico y el Pacífico. En los primeros años sería bueno también disminuírles los muchos productos naturales que tienen, y obligarlos á procurárselos con el trabajo; á imitación del grande Aníbal, el cual, para vigorizar á los soldados y hacerles volver al antiguo rigor de la disciplina militar, que habían perdido entre las delicias de Capua, cerca de la ciudad de Nápoles, los obligó á muchas fatigas corporales, y después les quitó sus respectivos equipajes, y los forzó á rehacérselos con los saqueos, en el ejercicio de las armas.

Los productos naturales que se encuentran desde Buenos-Aires hasta Morón, y de los cuales hacen grande uso aquellos pueblos, son los bosques de albérchigos y muchos campos de hinojos. De los albérchigos extraen un aguardiente bastante fuerte, del cual se hace mucho consumo en toda América, y con el hinojo dulcifican el dicho aguardiente y lo hacen más agradable al paladar. Los al-

bérchigos sirven también de alimento en todas las épocas del año secándolos al sol y preparándolos después de diferentes maneras, haciéndolos más agradables. Ahora bien, destruyendo ó disminuyendo al menos, por pocos años aquellos naturales productos, se obligaría á los aldeanos á plantar viñas para tener vino y extraer de éste el aguardiente. Se reducirían así á un género mejor de vida, y sus inmensas tierras no servirían ya para sólo pasto de ganados, los cuales son numerosísimos en todas las pampas, que es el territorio de Buenos-Aires; y en los años pasados, para pasar por el camino público era necesario agitar siempre un largo bastón para echar los bueyes, caballos y otros cuadrúpedos, que impedían el paso del camino. Así pues, solían matar los bueyes y los caballos por la sola piel, que no se vendía á más de un escudo romano: y cuando se vendía un terreno se pagaba sólo el ganado que allí había, fijando un escudo por cada animal gordo, como bueyes y caballos, y la quinta parte de un escudo por cada animal pequeño, como ovejas y carneros. El terreno se cedía sin valor alguno para el mantenimiento del ganado. Con motivo de las matanzas anuales que se hacían del ganado, para vender su piel, acudían á las pampas muchas aves que han llenado ahora los campos.

De Buenos-Aires hasta Morón, entre los otros volátiles, encontramos una gran cantidad de tórtolas, que se alimentaban á lo largo del camino, de tal manera que con un tiro de fusil podía hacerse un exterminio. Como nadie las molesta, cuando pasábamos cerca, se volvían á mirarnos con cierta curiosidad, sin espanto, porque, no habiendo aún aprendido á temer á los pasajeros, ni siquiera conocían el

peligro de sus vidas. Veremos más adelante que también en las otras partes de América que nos quedan por recorrer, los pájaros poco temen á los pasajeros; y parece que los mismos están todavía en la edad del oro, en que todo era tranquilidad; ni los hombres tramaban asechanzas entre ellos, como sucede al presente; estaban todos en paz y dormían aún en la noche con las puertas abiertas, sin temores desagradables, como Ovidio nos lo recuerda.

En la pura edad del oro
Uno vivía seguro,
Y abierta su casa entera
Aún por la noche estaba.
Ni se temía del Foro
Ningún peligroso evento;
Pues de sí mismo contento
Cada cual siempre se hallaba" (1).

El diecisiete por la tarde fuimos á dormir á Luján, que antiguamente se llamaba *Santos Lugares*, esto es, Lugares Santos por el gran concurso que allí había para venerar la sagrada imagen de la Concepción. Es éste un pequeño pueblo que, comprendidos los habitantes de sus campiñas, tiene cerca de tres mil almas, y está distante de Buenos-Aires dieciocho leguas. Hay una bella iglesia de una sola nave, con siete altares de madera dorada, bien hechos. Está dedicada á la Concepción de Nuestra Señora, á

(1) Poena metusque aberant, nec verba minacia fixo
Ære legebantur; nec supplex turba timebat
Judicis ora sui; sed erant sine judice tuti
Nondum caesa suis, peregrinum ut viseret orbem,
Montibus in liquidas pinus descenderat undas,
Nullaque mortales præter sua litora norant;
Nondum præcipites cingebant oppida fossæ:
Non tuba directi, non æris cornua flexi....

la cual como decimos concurrían antiguamente los pueblos de todas partes y al presente todavía se la tiene en gran veneración. El párroco que la dirigía cuando pasamos, era persona muy educada y de bien. Quería conducirnos á pasar la noche en su casa; mas sólo se le agradeció la invitación; y como á Monseñor le gustaba decir la misa donde se dormía, que era un cabaña de simple barro con el techo de paja, fabricada para el solo uso del ganado y no para habitación de los hombres, el buen cura hizo adornar toda la cabaña con damasco y colocó en ella un rico altar, con seis grandes candelabros de plata maciza; y así, apenas llegados, se trasformó la cabaña en una devota capilla, donde á la mañana siguiente, que era día festivo, celebró Monseñor la santa misa y después de él, el señor Canónigo Mastai; yo y mi fiel Acates, el Padre Ramón Arce, fuimos á celebrarla en la iglesia de la Concepción, que está distante pocos pasos de allí: de manera que antes del día estaba todo terminado.

De Morón hasta Luján no hay idea de montes ni de colinas, ni mucho menos de montañas; cuanto se descubre es llanura perfectísima y terreno de última calidad. Se encuentran frecuentemente manadas de ganados, compuestas de bueyes, caballos y ovejas. Se ven también cantidad inmensa de volátiles de especies muy diversas. Entre éstos se encuentra el pájaro mosca, llamado por los americanos *tiruteru* por las inflexiones de su canto. Es éste el volátil que en la Historia Natural de Buffon se llama el *pavito armado de las Indias*, y es como una paloma, pero de mejor colorido, y más bueno, como lo experimentamos en uno que cogimos. Tiene éste en la cabeza una especie de

turbante; su pico es largo y agudo y tiene en la curva media de las alas dos puntas de hueso muy agudas, con las cuales y juntamente con el pico, se defiende de los asaltos de otros pequeños pájaros, y de las aves de rapiña. Todos estas especies de volátiles se ven por el camino, sin que teman al pasajero. Los más admirables de todos son los mochuelos, los cuales tienen sus nidos en ciertas cuevas subterráneas, hechas por otros animales cuadrúpedos á los lados del camino, y á cada treinta pasos se encuentra una de estas cuevas, al borde de las cuales se ven en todas las horas del día cuatro ó cinco mochuelos, que están en guarda de sus cuevas. No se mueven por más que se pase cerca; lo más que hacen al ruido del coche es volver majestuosamente la cabeza y ver lo que pasa, sin mudar la posición de sus pies. La no interrumpida parada que hacen estos feos animales de un lado y otro del camino público, prosigue hasta la Cordillera por espacio de novecientas y más millas. Los otros volátiles son abundantísimos hasta el Rosario, que está después. Aquí pasan también grandes manadas de ganados, que son verdaderamente increíbles. En algunos lugares, por ejemplo, se ven hatos de bueyes hasta de cincuenta mil, cosa que sorprende ciertamente; y donde más abunda el ganado, mayor es también el número de volátiles, por el mayor alimento que encuentran sobre los que mueren y en los insectos que nacen de sus despojos, como también por la abundancia del agua que brota y corre en todos aquellos sitios. La mañana del 18, después de haber tomado chocolate con el buen cura, en nuestra cabaña, emprendimos el camino y, recorridas las postas de Conchas, de tres leguas y media,

la del Arroyo de Pinaro, de cuatro leguas, y la del Pilar, de otras cuatro leguas, lugares todos deshabitados y de simples mudanzas de caballos, para comodidad de los pasajeros, fuimos á dormir á la Cañada de la Cruz, de cinco leguas y media. Esta posta es una verdadera Cruz, pues las muchas bestias que continuamente allí se matan, dan un olor nauseabundo de carne en putrefacción, que repugna; y el agua para beber se toma en un pozo, cuyo orificio y el borde del mismo están formados con huesos de animales, como se ven en el Cementerio de la Muerte en Roma. De éste, por la grasa de la tierra, mana en derredor un agua gruesa y podrida, que parece un caldo espeso y blanquisco.

Nosotros, por otra parte, encontramos un postillón de buenas maneras, el cual, apenas nos vió aparecer de lejos, vino á nuestro encuentro, todo afanoso, y nos invitó á reposar en la sala. Consistía ésta en una miserable cabaña de simple barro con las paredes agrietadas y ruinosas, con el techo de paja y cañas, iluminada *á giorno.* Estaba además dividida por un tabique de barro y madera, que dejaba entrar la luz por todas partes. Detrás del tabique, sobre ciertos sucios colchones, todos rotos y remendados, extendidos sobre la desnuda tierra, dormían aglomerados los unos sobre los otros, el postillón, su mujer y otras seis mujeres con sus hijos y maridos. Al lado de acá del tabique estaba lo que propiamente se llamaba sala; y consistía en una pequeña estancia, propia de miserable capuchino, donde una mesita embadurnada, heredada sin duda de los primeros indios que habitaron aquellos sitios, un sillón de cuero y cuatro sillas de antiquísima fecha, formaban todo su mobi-

liario; debajo de la mesa y de las sillas estaban echados once perros, cinco de los cuales eran grandes como terneros mamones. Figúrese cada uno cómo se podría comer en medio de una turba de gente más desnuda que vestida; entre tantos perros, los cuales nos miraban fijamente, con ojos famélicos y tan prontos para recibir, que no dejaban caer ningún hueso al suelo, sino que triturábanlo al momento, como un bizcocho confitado. Los alimentos y la disposición de la mesa invitaban á comer, porque los platos eran de carne secada al sol y cocida en salsa, con pedazos de calabaza y de espigas de maíz tierno, por las delicadas manos de aquellas mujeres que parecían arpías. Y ello nos fué presentado, á manera de una bebida, en un plato de madera ahumado y poroso, en el cual, para colmo de la limpieza, cada uno introducía sus dedos, para coger, en aquella inmensa marmita, algún pedazo de calabaza, ó las mazorcas de maíz, las cuales nos disgustaban menos que la carne glutinosa y negruzca.

De la posta de la Cruz, sin detenernos en la otra posta llamada el Río de Areco, de cuatro leguas, fuimos á pasar la noche á Cañada Honda, que es de ocho leguas. Allí el jefe de posta era un tal Pantaleón Rodríguez, hombre muy gracioso y alegre, de una estatura colosal y bien formado. Nos salió al encuentro y nos alojó en una casa de barro con el techo de paja, pero limpia y surtida de todo. Después hizo matar un gordo corderito ternísimo, y nos preparó con él una gustosa cena, en la cual se comió con grande apetito, tanto por la carne, que era gustosísima, cuanto por la particularidad del vino y del pan excelente, dos cosas rarísimas de encontrar reunidas en todo aquel

viaje por tierra. Se aliñó además la alegre cena con varias narraciones. Entre otras nos refirió que, cinco años antes, lo habían ido á saltear los Montañeses, ó sea los ladrones de la montaña, los cuales le robaron seis mil escudos en dinero y veinte caballos, y mataron todo el demás ganado que tenía. Esta triste narración hecha por él con la mayor indiferencia, unida con otras de cosas agradables, nos tuvo muy entretenidos y divertidos durante la cena.

La mañana del dieciocho, emprendido el camino, por tres horas continuas nos divertimos en contemplar extensiones inmensas de terreno cubierto enteramente de langostas, cuyo color era tan variado y delicado, que no se puede describir. El espectáculo, por otra parte, aunque fuese digno de compasión, no dejaba de divertirnos, y consistía en ver llegar numerosos grupos de volátiles, los cuales, cayendo sobre las langostas, se comían de ellas cuantas sobraban para saciarlos, sin que aquellas pobres bestezuelas pudiesen moverse por el frío y por la escarcha que las oprimía. Pero, cuando el sol empezó á calentar, alzándose también ellas en escuadrón que oscurecía la luz, huían de un lado á otro y no se dejaban ya tomar por sus enemigos. En otros sitios se veían grandes pedazos de tierra quemados; lo que hacen aquellos labradores cuando ven las cepas cubiertas de langostas, para alimentarse con ellas, después de haberlas de esta manera asado. Los Americanos las tienen por muy buenas, y debe de ser realmente así, porque San Juan Bautista se alimentaba de ellas en el desierto, y los indios hacían lo mismo. Yo traté de hacer la prueba; mas en aquella mañana no lo

pudo por repugnancia. Así pues, hice recoger algunas vivas y en la comida logré comer la mitad de una, la cual no era desagradable; y me persuadí entonces de que también el uso de los alimentos se reduce á la pura costumbre. Por eso los alimentos que aborrece una nación, otra no los encuentra desagradables. Por ejemplo, un Padre, misionero franciscano, conocido por nosotros en Gibraltar, nos dijo que él, en el interior del Perú, se había nutrido por veinte años seguidos, de carne de monos, la única que se mata entre aquellos salvajes; y yo lo creí enteramente, porque tenía un verdadero tipo de mono y en sus maneras y gestos los imitaba admirablemente. Entre los Hotentotes, en Siberia, se usa también la carne humana, y en el viaje del Señor Schoolcrast, publicado este año de 1825 en Nueva-York, se narra que entre los Miami y los Kickapoes, en los valles centrales del Misisipi, de la América Septentrional, ha existido hasta estos últimos años una especie de corporación de hombres á los cuales les era impuesta, como un acto de Religión, la indispensable condición de comerse á todos los prisioneros de guerra; y estas bárbaras prácticas eran hereditarias y muy honrosas entre ellos. El desgraciado, primero era inmolado á las divinidades, y después con grandes ceremonias era devorado por aquellos crueles ministros. Este y otro cualquier uso de la carne humana, son actos de verdadera ferocidad que repugna á la misma naturaleza y no deben permitirse entre los hombres.

Jamás ante nuestra vista
Sus hijos mate Medea;

Ni cociendo humanos miembros
A Atreo jamás se vea. (1)

La primera posta que se encuentra es Cañada Vellaca, la cual dista cuatro leguas de Cañada Honda. Sigue después Arrecife, que es una posta de otras cuatro leguas. Una legua antes del río Arrecife, empezamos á encontrar un poco de plano inclinado, que va á terminar como una legua más allá del mismo río. Arrecife es un río que surge de la Cordillera, el cual en el verano se aumenta grandemente por las nieves, que se deshacen en aquellas altísimas montañas. Se llama Arrecife por las aguas que recibe de otros ríos. Nosotros lo encontramos sumamente crecido, y conducía á flote gran cantidad de grosísimas truchas y de otros peces muertos, de los cuales se veían cubiertas las orillas. Para pasar de la una á la otra orilla hubimos de tomar una canoa, que es el tronco de un árbol cavado, dentro del cual nos embarcamos. El carro y los coches pasaron el vado con peligro de ser arrastrados por la corriente, porque el agua cubría enteramente los caballos. De Arrecife, por un camino de cinco leguas, se va á la posta de San-Pedro, donde almorzamos después del largo camino de trece leguas, que se había atravesado con veloz carrera.

San-Pedro es un pequeño pueblo, á la orilla occidental del río Paraná. La posta, por otra parte, que está precisamente sobre el borde de la ribera, dista mucho del pueblo y no tiene sino pocas casas y malas. Por lo cual se comió

---

(1) Nec pueros coram populo Medéa trucidet,
Aut humana palam coquat extia nefarius Atreus.
Hor. Fl. in Arte Poética.

muy mal, y apenas acabamos, huyendo como rayos, fuimos á dormir á la posta que sigue, llamada Las-Hermanas, á causa de tres hermanas que por largo tiempo tuvieron la administración de ella, y allí se hicieron famosas. Nosotros, por buena fortuna, encontramos dos solamente, Cloto y Laquesis; las cuales tenían el cuidado de prepararnos el necesario sustento, que fué muy mermado y malo. Si por desgracia nuestra se hubiera encontrado allí Átropo, ó sea la tercera hermana, que nos lo hubiera retardado, todo habría acabado para nosotros. Porque, encontrándonos hambrientos como perros, nos habría tocado sucumbir con los malos tratos de aquellas tres Parcas crueles, y ninguno estaría vivo al presente.

De hecho, la dicha posta, que cuenta ocho leguas de San Pedro, consistía en cuatro solas cabañas, que estaban formadas, según la costumbre de aquellos semi-salvajes, de huesos de ganado y barro, y cubiertas de simple paja. Una sola de estas cabañas estaba cubierta de un buen techo y tenía puerta, que resguardaba el interior, y ésta la ocupó el señor Cienfuegos, que se llevó á dormir consigo sólo al Padre Arce. Monseñor, Mastai y yo dormimos en una cabaña sin puerta alguna, y con un techo de paja que parecía un observatorio astronómico, para contemplar desde el lecho todos los giros de los planetas. Los muros, además, con sus grandes aberturas formaban una especie de miradores colaterales, particularmente hacia el Norte, donde una grieta de más de un palmo, descubría también la cola de la Osa Mayor. Por otra parte, esta risueña cabaña, tan agradable por su sabia estructura y por el raro mérito de la antigüedad, tenía la desgracia de estar llena

de inmundicias y de barro endurecido, amontonado aquí y allí, por todas partes; y servía al jefe de posta como de una especie de carnicería, donde conservaba la carne y otros comestibles para uso propio y de los desgraciados pasajeros. Había también tablas suspendidas en el aire con cuerdas atadas á las vigas del techo; y sobre las tablas se veía gran cantidad de carnes diversas de varios días, sebo fresco y añejo, quesos y pequeñas pieles y cueros, que se estaban secando al aire. Así puede imaginarse cada uno cuál sería la suavidad de las emanaciones. Si por desgracia no hubiese tenido la pieza tantas aberturas, aquella noche hubiéramos muerto todos, por falta de respiración, entre aquel aire malsano. El cansancio, por otra parte, y la necesidad del reposo, que son el más blando lecho y el más cómodo local de la tierra, nos conciliaron el sueño, aún en medio de tantos fastidios: y yo, bien que estuviese acostado en mi colchón sobre maderas y suelas durísimas amontonadas cerca de la puerta, tuve tambien la suerte de dormir casi toda la noche, en la cual, más que el hedor, me incomodaba el viento. Fuera del Padre Arce y del Señor Cienfuegos, todos los otros durmieron mal, porque la tercera cabaña, de que solamente podíamos disponer, estaba toda ruinosa y sin techo, el cual se había hundido en aquellos días; y estaba muy mal á causa de los insectos, mosquitos y las aguas corrompidas, filtradas al interior, donde un prodigioso número de ranas cantaban la solfa toda la noche; por todo lo cual se acomodaron en los coches, quién adentro y quién afuera, como mejor pudieron. Los cocheros, habiendo bebido vino aquella tarde, en vez de dormir, tomaron la guitarra que llevaban consigo y pa-

saron casi toda la noche, tocando y cantando, en una continua fiesta, que se unía perfectamente con el estrépito continuo de las fastidiosas ranas.

El Paraná es un río bastante grande, que sale de la cordillera en el Perú, y de las montañas septentrionales del Paraguay, y después de haber atravesado un largo camino con el nombre de Paraguay, se une al verdadero río Paraná, que brota cerca de Tupiques, entre la Asunción y el Guaranis y, recorriendo otro largo camino con el puro nombre de Paraná, va á unirse al Uruguay; y así forma con éste el gran río de la Plata. Sus aguas son turbias, pero agradables al paladar y abundantes, por lo que se introducen los barcos de transporte, y también pequeños bergantines hasta Santa-Fe, como nosotros mismos observamos. Al otro lado del Paraná, en la playa oriental, se ve un gran bosque, donde hay muchos tigres, leones y otras animales feroces, las cuales, por lo demás, no pasan la otra orilla del río.

En todo el camino, que se hizo sin perder de vista al Paraná, se vieron rebaños de bueyes, de vacas, de caballos y de ovejas que nos sorprendieron; así que el señor Cienfuegos exclamó que no se habría jamás imaginado encontrar tanto ganado en las Pampas, pues son incalculables los que se encuentran cerca del Paraná, atendida la gran cantidad de agua y de hierba que allí crece por la humedad del terreno. De otra parte lo que me agradó más en aquel camino, fué la variedad y la abundancia de tantas aves como se admiran en la misma campiña vecina al Paraná. Entre éstas hay algunas llamadas pájaros pescadores, los

cuales están siempre dentro del agua. Se reproducen fuera del agua, y cuando sus hijos empiezan á sostenerse solos, entonces los conducen á las respectivas lagunas, en donde pasan la vida.

Hay también otra clase de volátiles que se llaman buitres. Éstos son de color negruzco muy desagradable y tienen la cabeza muy fea con un largo pico cortante y las patas provistas de fortísimas garras. Estos animales, además de la deformidad natural, son muy asquerosos, porque se alimentan de sólo carne y de los insectos que nacen de ésta. Así pues están siempre cerca del ganado y cuando ven cualquier cordero solo, ó un ternero recién nacido lejos de su rebaño, salen á su encuentro, y tomándolo en medio, abiertas sus grandes alas, se estrechan uniformemente y se lo devoran en poco tiempo. Así los padres y las madres respectivas no dejan jamás solos sus partos, en tanto que son inhábiles para defenderse por sí mismos.

En género de cuadrúpedos, los más raros que se veían en aquellos campos, como también en todas las otras partes de América meridional por mí recorrida, eran los asnos, que allá han ido en estos últimos tiempos de nuestra Europa. Parece que éstos poco sirven en general, porque los americanos, acostumbrados á sus veloces caballos, prefieren animales más vivos y más ágiles á nuestros torpes asnos. Éstos, efectivamente, se veían alejados en un ángulo de las Pampas, y noté en general que también en Chile y otras partes poco se cuidaba de aquellos animales.

La noche del diecinueve, como arriba se ha dicho, se pasó muy mal, por lo que, deseosos de partir de aque-

llas miserables habitaciones, nos pusimos en camino muy temprano, y á las diez de la mañana llegamos á San-Nicolás. Éste es un pequeño pueblo, de cerca de tres mil almas, comprendidos los habitantes del campo, y está cerca de siete leguas de las Hermanas. Sus casas son otras tantas cabañas, pero limpias y provistas de todo lo necesario. Están construídas sobre las orillas del Paraná, de cuyas aguas se sirve aquella posada. Se encuentran por el camino dos pequeños torrentes, que son el arroyo de Ramallo y el arroyo Medio Uno es peligroso por su profundidad, la cual fatiga muchísimo los caballos, tanto al descender como al subir sus orillas. El otro es más peligroso todavía, porque tiene su lecho de piedra cardenillosa, formada por las deposiciones de sus aguas; y en ciertos puntos salen fuera, como otros tantos picos, pequeños escollos, entre los cuales el coche corre el peligro de romperse y de quedar clavado sin poder moverse. En medio del invierno no es posible pasar aquellos dos torrentes, especialmente después de las lluvias.

De la parte del Norte hacia el Paraná, San-Nicolás es la última tierra de la provincia de Buenos-Aires, después de cuyo territorio empieza el de la provincia de Santa-Fe, cuya primera población es el Rosario. Para llegar á éste se deben atravesar cuatro postas de cerca de cuatro leguas cada una. La primera de estas postas es bastante mala. La segunda, que se llama la Calzada, lo es algún grado menos, porque la miseria de sus chozas está compensada por un aire balsámico que allí se respira. En ésta pasamos la noche, habiendo llegado á ella temprano; los jóvenes chilenos se fueron á divertir cazando por

aquellos campos, en los cuales mataron una viscacha. Este animal es como un perro mastín; tiene un pelo gris, que es sutil y suave como el de la zorra. Su hocico es feísimo como el del tigre, el ojo blanquisco y torvo; los dientes agudos, entre los cuales, dos bastante largos que salen fuera. Tiene además una pequeña línea de pelo negro que pasa de un ojo al otro, ciñéndole la barba como la correa que ciñe el casco del granadero. Se comió de aquella viscacha la misma tarde y al día siguiente, y se encontró que era una carne tierna y muy blanca, como una espuma de leche, y tenía un gusto muy agradable.

La mañana del veintiuno nos pusimos en camino á las cinco; á las nueve y media llegamos al Rosario; pasando sin detenernos la posta intermedia, que es una simple muda de caballos, el arroyo de Parón y el arroyo Seco, que forman el camino de casi ocho leguas. El arroyo Parón es un pequeño torrente que se pasa sin temor aún en el mismo invierno. El arroyo Seco es peligroso para los pasajeros. Ordinariamente tiene aguas corrientes solamente en el invierno, en el cual el río Paraná se derrama sobre la ribera y forma el dicho torrente, cuyo lecho, especialmente donde se pasa, es todo escarpado; y cuando está el agua en movimiento no pueden evitarse los mayores peligros. Nosotros pudimos evitarlos, porque lo atravesamos sin agua. El Rosario es un pueblo de cerca de siete mil almas, comprendidos los habitantes del campo, y está situado sobre la orilla meridional del Paraná, el cual forma allí un hermoso punto de vista, con un pequeño puerto natural, donde pueden descargar y detenerse con seguridad los pequeños bergantines y otros barquillos que del río

de la Plata se dirigen á Santa-Fe. En el Rosario encuéntrase una sola iglesia dedicada á Nuestra Señora del mismo nombre; por lo cual también el pueblo tiene la misma denominación. Dicha iglesia es excesivamente larga, y los altares son mal formados y sirven de nidos á los murciélagos, los cuales en todas las horas del día están en movimiento continuo, con distracción de los fieles que allí se hallan recogidos. El altar mayor abunda en plata, y de plata labrada son los candeleros y graderías y todo el nicho donde está la estatua de Nuestra Señora del Rosario, que tiene en la cabeza una diadema de plata verdaderamente majestuosa y bien hecha. Si la plata fuese menos y se hubiera empleado su valor en extirpar murciélagos, es cierto que la iglesia sería también más digna de la majestad de Dios, que allí habita corporalmente, más agradable á la Virgen, y de mayor recogimiento y devoción á los fieles que allí concurren. Está situada casi en el centro del pueblo, el cual está formado de dos calles. Una es muy larga, con su anchura ordinaria, y va de Mediodía á Septentrión. La otra lo atraviesa cerca de la iglesia. En estas dos calles las casas están continuadas, habiendo algunas no despreciables, bien que estén hechas en su mayor parte de solo barro y cubiertas todas de paja. En los ángulos formados por la división de las dos calles se ven esparcidas otras muchas casas, las cuales, por otra parte, se reducen á otras tantas cabañas, más propias para las bestias que para los hombres. Habiéndonos entretenido en el Rosario hasta la mañana del 22, el Señor Cura, que vino á vernos cerca de mediodía, pidió á Monseñor la confirmación, la cual fué conferida en la misma iglesia, des-

pués de darse el correspondiente aviso al pueblo. Ésta empezó á las 8 casi y duró hasta las dos de la noche; y fueron confirmadas más de mil personas, de todas edades y de ambos sexos, que llegaban en tantas comitivas, las unas después de las otras, de las vecinas casas de la campiña.

Al principio Monseñor confirmaba sentado delante del altar mayor; mas después de algunas horas de confirmación, habiendo crecido en exceso la aglomeración del pueblo que nos oprimía de todas partes, fué necesario pasar á la sacristía, donde se confirmó por un rato sin confusión, entrando y saliendo la gente por diversas puertas. Mas, cuando aquí también se fué aumentando el concurso excesivamente, debimos volver á la iglesia y sufrir hasta las dos de la noche la confusión, las apreturas con un calor fortísimo y sin poder movernos. Los sacerdotes asistentes partieron á la mitad de la confirmación; después partió el Cura también, y nosotros quedamos solos combatiendo con el pueblo, que deseaba confirmarse todo junto, y volvimos á casa más muertos que vivos. Por otra parte, el cansancio nos sirvió para dormir sin despertar en toda la noche.

La mañana del veintidós partimos del Rosario á las seis y media, después de haber tomado el chocolate en la buena casa que nos hospedaba. Allí dejamos á la izquierda el Paraná, que desde San-Nicolás habíamos venido siempre costeando y, separándonos continuamente, caminamos por una vasta llanura, donde se veían muchos ganados, mas no tantos como habíamos visto en la provincia de Buenos-Aires. En la acelerada carrera que nuestros

cocheros emprendieron en aquellas vastas llanuras, cayó muerto un tercer caballo, después de otros dos que se destrozaron anteriormente en semejantes carreras. Mas no se preocupaban por ello, porque, como se ha dicho en otra parte, el precio de un caballo no excedía de dos escudos romanos. Lo que se temía por todos era el peligro de caer precipitados en algunas de las muchas cuevas de lobos y de otros animales, que se encontraban á ambos lados del camino postal de Buenos-Aires hasta Mendoza. En los otros días, habiéndose caminado sin polvo, se advertían tales peligros, y las cuevas eran causa de mucha diversión, por los muchos mochuelos que se veían de fuera en guarda de sus nidos. En el día veintidós se levantaban por los caballos y por el viento nubes de polvo, que á veces no dejaban distinguir ni aún el camino; y en un sitio se cayó una rueda en una espaciosa cueva, con peligro de quedar dentro, con el coche destrozado por la terrible caída.

Poco antes de mediodía, almorzamos en la posta llamada la Candelaria, después de haber mudado los caballos en Horquetas, que es la posta intermedia entre la Candelaria y el Rosario. La Candelaria es una posta bastante cómoda y bien formada, en cuanto puede serlo en aquel vasto desierto, donde no se ven sino aquellas cuatro cabañas de la misma posta. Encontramos allí un salvaje de las Pampas, jovencito de unos doce años, cuyo idioma no se entendía nada. Tenía una gran cabeza con cabellos sedosos, el pecho ancho y fuerte, mostrando mucha robustez en todos los miembros del cuerpo, el cual era basto y de groseras formas, pero proporcionado y hercúleo. Yo, ha-

biéndolo hecho venir por signos, le di carne, pan y varias pastas dulces, las cuales, después de haberlas probado, se puso á mirarlas y remirarlas de todas partes con admiración y asombro; y después las devoró en pocos bocados, llenándose de tal manera la boca, que parecía la de un tritón cuando dà aire á su concha marina; por lo cual todos nos echamos á reír, y también él con nosotros en una actitud por demás ridícula.

Horquetas es una posta de cinco leguas, y cuatro leguas cuenta la Candelaria. De ésta se va á Desmochados, que es una posta de seis leguas; después á Arequito, posta de cuatro leguas, y de allí pasamos á dormir á la Esquina de la Guardia, otra posta de cuatro leguas. En Desmochados, quince días antes que nosotros llegásemos, se presentaron trescientos salvajes á caballo, armados de largas picas y guiados por su cacique, que es el jefe del pueblo. Asaltaron al jefe de posta, el cual se defendió desde una torre; en el largo combate que hubo entre ellos, murió un salvaje, y quedaron otros heridos, por lo que abandonaron el asalto, y haciéndose feroces por la expulsión, al ver á un pastor de lejos, corrieron á él y lo cortaron á pedazos en venganza del salvaje que habían perdido y de los otros compañeros heridos. Tres días después que habíamos pasado por allí, volvieron nuevamente los mismos salvajes á caballo, armados de las mismas picas, y habiéndose encontrado una comitiva de veinte y dos arrieros, que conducían cien mulos, cargados de cosas diversas, cogieron los mulos con sus respectivas cargas, y después mataron á todos los arrieros, menos uno, el cual sobrevivió á las heridas. Éste por tres días apagó la sed con la propia orina, sin alimen-

to alguno; después pasando otros arrieros, lo sacaron de aquella carnicería humana.

De las circunstancias, y por todo el conjunto de las cosas, se comprende que aquella bárbara agresión había estado preparada para nosotros; y nos habrían sorprendido, tanto en su primera salida, si no nos hubiésemos detenido doce días en Buenos-Aires, cuanto en la segunda, si no hubiésemos acelerado fuertemente la marcha, porque pasamos á Desmochados tres días antes que allí volviesen aquellos feroces asesinos. La sola misericordia de Dios y Nuestra Señora del Buen Viaje, cuya protección imploramos en Morón, nos libraron de aquella muerte cruel. ¡Cuán bueno ha sido con nosotros Dios en todo el camino, y cuántos verdaderos favores nos ha repartido! Si los salvajes indianos, avisados talvez por alguno de los muchos corresponsales que tienen, nos hubiesen encontrado en Desmochados, todo habría acabado para nosotros. Ni los coches, ni los simples caballos nos habrían servido para salvarnos con la fuga, porque los salvajes corren á caballo como un rayo y manejan las armas de un modo sorprendente. Su lanza está apoyada fuertemente á un cinturón que pende de la silla. Así pues, ellos no hacen más que agitarla y dirigirla donde quieren; y cuando aferran á algún hombre lo levantan en aire con admiración y sorpresa. Además de que el solo espanto que aquellos bárbaros producen en sus asaltos, basta para horrorizar y dejar medio muerto á cualquiera, porque gritan todos á la vez, golpeándose la mano sobre la boca, lo que forma un estrépito horroroso.

Desmochados es el punto de sus más frecuentes salidas, á causa de ser más solitario y abierto, para descubrir de

lejos los pasajeros. Éste se llama Desmochados, á causa de algunos hombres de la posta, á los cuales los salvajes cortaron manos y pies, dejándolos así monstruosamente y con bárbara ferocidad mutilados sobre la tierra. Desmochar en lengua española significa mutilar, y desmochados es lo mismo que mutilados. ¡Fuera, pues, de Desmochados y huyamos á la Esquina de la Guardia, para poner en salvo y en segura defensa la propia vida de la barbarie salvaje!

La Esquina de la Guardia es una simple posta, que consiste en pocas cabañas, donde el Gobierno de Santa-Fe, á quien corresponde, tiene una guarnición de soldados para defensa y seguridad de sus confines y de los pasajeros, contra los asaltos de los salvajes.

Nosotros llegamos muy cansados, por la acelerada marchar de todo aquel día: y estábamos algo melancólicos, porque del Rosario en adelante la campiña poco distrae. Ésta es en plano perfecto, y abunda en hierba, aún en el verano; mas el terreno tiene partes notables de una greda compacta y blanquisca; y la abundancia de las aves y de los ganados, que tanto divierte á los pasajeros, se ve solamente en la vecindad del Rosario, por la falta de agua y las frecuentes correrías de los salvajes que salen á hacer botín de todo lo que encuentran. Solamente los mochuelos, animales deformes, los cuales están siempre en guarda de la calle sobre sus nidos, abundan en todo el camino. Parece ser éste el animal más común y más propagado entre los volátiles en toda América: y podría ser un feliz preludio, si los Americanos supiesen imitar su vigilancia, y procurasen adquirir, en la política y en la diplo-

macia especialmente, aquella sagacidad de la cual es símbolo el mochuelo, ya que ésta solamente falta á la América para formar un estado, el más respetable del mundo: mientras su tierra abunda en todas clases de productos minerales, vegetales y animales, y la naturaleza misma los defiende, al exterior, con el inmenso piélago, que mantiene lejos á los extranjeros é impide las invasiones. Perfeccionándose, por tanto, los ingeniosos Americanos en la ciencia dificilísima del régimen de los pueblos y de la política diplomática con relación á todas las Cortes de las naciones civilizadas del Viejo Mundo, (y con tener cerca de cada una de las principales, sus atentos y perspicaces Ministros, y con el estudio de una profunda crítica sobre la historia, en que, sobre todo, fundó Macchiavelli su gran sistema de la política) sus estados serán felicísimos, adquirirán lo que les falta, se avanzarán rápidamente á tener un puesto considerable en todas las cosas, y llegarán á ser objeto de admiración en el mundo entero, sin que ninguno se atreva á ir á turbarles. Éstas son cosas *bastante remotas;* pensemos en las presentes, que más nos interesan.

Apenas llegados á la Esquina de la Guardia, nos fué pedida la confirmación. Monseñor consintió, suponiendo que serían pocas personas; porque no se veían más de seis ó siete cabañas alrededor de la posta. El hecho fué que se empezó la confirmación con unas diez personas, y mientras se confirmaban éstas, empezaron á llegar otras en pequeñas comitivas, y en fin, cuando se suspendió el acto, se habían confirmado cuarenta y tres personas. Inmediatamente después de la confirmación se tomó una buena cena; mas la noche se pasó bastante mal. Monseñor durmió fatigo-

samente, yo peor que él, y Mastai veló casi siempre. El mismo Cienfuegos, que era de una robustez singular, pasó horas incómodas. Todos los otros durmieron tranquilamente.

De la Esquina de la Guardia, se va á la Crociada, que es una posta de más cabañas, en las cuales se encuentra bastante comodidad. En ésta el terreno continúa siendo gredoso, y no mejora sino al llegar á la posta siguiente, que se llama la Cabeza del Tigre, por un tigre que allí se mató, y cuya cabeza estuvo colgada largo tiempo. Es ésta una buena posta, en defensa de la cual hay un pequeño cañón que gira de todas partes. Allí se empieza á costear el río Tercero, que es bastante grande. Las orillas de este río son de una tierra cardenillosa; y después de las del Paraná, son las primeras que se presentan cubiertas de plantas, pero en poquísimo número.

La posta que sigue, es la Esquina de Lobatón, que sirve sólo para la muda de caballos. No se ve otra cosa de particular sino un bellísimo árbol llamado Caggi en Toscana, el cual está sobre el camino, y en el verano sirve de refugio á los pasajeros con su sombra. Este árbol tiene espinas agudísimas en todas sus ramas, que son espesas y fuertes como las de una piña, su leña es muy colorada y fuerte y todo Chile se sirve de ella para el fuego, porque arde rápidamente con una llama clara y da una brasa de duración, y de tal manera ligera que no hace mal á la cabeza. Es ésta la primera planta natural que se encuentra en el camino de Buenos-Aires hasta allí, mientras el resto es un camino sin árboles ni hierbas en todo lo que abarca la vista, excepto los pequeñísimos recintos de las postas,



que tienen, casi todas, sus matas de melocotones y de otras especies de frutas.

Después de otra mudanza de caballos se pasa el Saladillo, así llamado por el río de este nombre, cerca del cual queda. El río se llama Saladillo, porque la tierra de sus orillas es salobre, toda cubierta de salitre, la que encontré muy picante y fuerte en la prueba que hice. Esta posta corresponde á la provincia de Córdoba, cuyo gobierno mantiene una guarnición de treinta dragones para contener á los salvajes. En ésta, mientras comíamos, nos mostraron algunos huevos de avestruces que tenían de largo casi un medio palmo, y de un cuarto de palmo será su diámetro. Eran de un color cerúleo y blanquisco, bastante bello. Se encontraban éstos en la campiña, dejados aquí y allá por los avestruces; y dicen aquellos labradores que en los fuertes calores de la estación estiva, suelen fermentar con la sola acción del sol, y que se ven después salir de ellos los pequeños avestruces. Es cierto que los avestruces hacen sus cuevas ordinarias como los otros animales. Depositan muchos huevos reunidos entre las plantas y la yerba natural seca; y fermentados con el activísimo calor de sus cuerpos, reproducen así su especie con los pequeños avestruces que nacen como veremos mejor en seguida. Los labradores consumen aquellos huevos, y yo he encontrado que cuando son frescos, son realmente muy buenos. En Montevideo, por ejemplo, hice vaciar algunos, para llevarlos á Europa, y cada uno me daba una tortilla para cuatro ó cinco personas, cuantos éramos nosotros, abundante, esponjosa y muy sabrosa.

En la misma posta, vimos un tatú, ó sea el *Dasypus* de

Plinio, llamado por los americanos la Muleta; su verdadero nombre es *Lachicamo* ó Tatú de nueve fajas, como lo llama Buffon, que lo describe en el capítulo de los tatúes (1), y es un pequeño animalito, el cual parece propiamente una muleta rayada. Sólo se diferencia un poco en el hocico, que se aproxima al del cochinito indiano, con las patas formadas de la misma manera y grande como nuestros perros pequeños.

Los propietarios de la indicada posta hicieron lo posible para que allí pasásemos la noche, pero se creyó más conveniente seguir adelante, porque son aquéllos los sitios más peligrosos, por las continuas salidas de los salvajes. Así es que antes y después del Saladillo, desde la Cabeza del Tigre hasta el Fraile Muerto, no se encuentra sino simple muda de caballos sin ninguna comodidad para restaurarse; ni los treinta dragones bastan para la seguridad de los pasajeros, comoquiera que, no hace mucho, los salvajes hicieron allí una salida, en la cual robaron todo el ganado de aquellos alrededores, llevándose consigo algunas mujeres de aquella posta, de las cuales se estaba contratando el rescate cuando pasamos por allí nosotros. Por dicho motivo é inmediatamente que comimos se tomó una escolta de ocho soldados á caballo y nos pusimos en camino, el cual fué bastante divertido, porque, ya se atravesaba un delicioso bosque, ya una campiña abierta; ya se veían ciervos, los cuales después de habernos mirado un poco se lanzaban á la fuga uno después del otro; luego salían fuera tímidas gacelas, que huían al solo rumor de los co-

(1) Volumen XIV, edición de Venecia.



ches; después las vivaces liebres, que más temerosas aún que las gacelas, con pocos saltos se nos perdían de vista. Con tales diversiones, animados por la alegre brigada y por los jóvenes dragones, á los cuales se les había hecho beber buen vino antes de partir del Saladillo, se atravesó en un vuelo aquel desierto camino de doce leguas poco más ó menos, y se llegó á Fraile Muerto, al ponerse el sol.

Fraile Muerto es un pequeño pueblo de cerca de doscientas almas, que, unidas á las del campo, ascienden á quinientas. Está el pueblo escondido, y ha sido formado por aldeanos que estaban esparcidos aquí y allá en aquella vecindad, para mejor defenderse de las frecuentes correrías de los salvajes. Se llama Fraile Muerto, porque mucho tiempo antes que se reuniesen los aldeanos allí, fué encontrado un fraile muerto, el cual algunos dicen haber sido muerto por una bestia feroz, y otros por los salvajes de las Pampas: lo que no ha sido aún decidido, porque

Los pueblos todavía
Disputan entre sí,
Y el juez aún espera
Antes de dirimir (1).

Lo cierto es que el pobre fraile murió, y que la fatalidad de su muerte dió nombre al lugar. Nosotros dormimos allí sin temor alguno, y con mucha comodidad. Encontramos allí helados exquisitos, con los cuales pudimos refrescarnos del calor producido por el sol y por el acelerado camino y se bebió después óptimo vino de Málaga, á ocho *paoli* la botella, precio bajísimo, una nada, en el centro de

(1) Nam populi certant et adhuc sub judice lis est.
Hor. Fl. de Arte Poética, 8.

aquellos vastos desiertos. Las casas de Fraile Muerto son también cabañas, y no hay más casa que la sola iglesia pequeñísima, construída con cal y ladrillos.

Está dedicada á la Pureza de Nuestra Señora, por lo cual se llama la iglesia de la Purísima. El sacramento se conserva en ella sólo cuando hay algún enfermo de gravedad y está asistida por un solo sacerdote, el cual hace de cura y de todo. Él nos vino á saludar y nos enseñó su casa, de lo cual le dimos gracias, y se durmió aquella noche, según costumbre, en colchones sobre la desnuda tierra. Monseñor, encontrándose indispuesto, vomitó varias veces después de la cena, antes de dormirse, y dijo á la mañana siguiente que había tenido dolores de estómago todas las veces que había despertado. Otros pasaron la noche no muy bien. Yo, restablecido por los helados y por el buen Málaga, tuve la fortuna de dormir plácidamente casi toda la noche.

De Fraile Muerto se va á las Tres-Cruces, posta malísima y verdaderamente de las tres cruces, que eran la mala situación, la falta de toda comodidad y los feísimos ceños aceitunados y cejijuntos que nos mostraron los custodios de aquel lugar. Así es que, apenas mudados los caballos, partiendo de carrera, fuimos á almorzar á la Esquina de Medrano, que es la posta inmediata, la cual es buena y limpia, y en ella se bebe buena agua del río Tercero, que vuelve allí á aparecer, bañándola de un lado. Nosotros que desde Buenos-Aires habíamos caminado de Mediodía á Norte, y de Rosario á Medrano, nos habíamos dirigido de Levante á Poniente; en Medrano empezamos á caminar de Norte á Mediodía: volviendo en cierto modo atrás, hacia

el paralelo de Buenos-Aires. Este cambio fué hecho para evitar en cuanto era posible el encuentro de los salvajes, alejándonos de éstos en nuestro camino. Al principio, después de Medrano, se atraviesan espesos bosques de altos árboles, después se encuentra una vasta llanura donde no se ve otra cosa sino hierba, pocos volátiles y poquísimos ganados, y á quien no es verdaderamente práctico no le es posible encontrar la dirección del camino, ya que también en el verano se halla cubierto de hierba sin ningún género de señales de pisadas, como nosotros observamos. Lo mismo sucede por otras quince leguas en las postas que siguen.

De la posta de Medrano se va al Arroyo de San José, donde llegamos á las dos de la tarde y fuimos obligados á dormir, porque las postas que siguen no facilitan ni siquiera esta comodidad. Llámase el Arroyo de San José por el nombre de cierto torrente que baña la posta, de un lado. Su construcción es muy cómoda y limpia; nosotros, por otra parte, la encontramos falta de pan y de vino, mas de tales cosas estábamos suficientemente provistos. Así, habiéndonos preparado el ama de la posta una buena cocina, se cenó con mucho gusto. En el tiempo intermedio entre nuestra llegada allí y la hora de la cena, quién se fué á cazar, quién á pasear. Nosotros tres, Monseñor, Mastai y yo, tomamos un baño en el torrente para quitarnos el polvo y tomar un refresco después del calor excesivo de los dos últimos días. Con el alivio del baño y la buena cena se pasó una noche feliz. Por otra parte, más tranquilamente que todos durmió Monseñor; porque á la

una de la madrugada llegó un peón, mandado por el Gobernador de Córdoba al señor Cienfuegos, con un pliego que contenía dos cartas para Monseñor. Una estaba escrita por el Doctor Vásquez, Vicario Capitular de la dicha ciudad, el cual felicitaba al mismo Monseñor por su feliz llegada y le daba la plena libertad de ejercitar cualquier acto de jurisdicción episcopal en toda la provincia de Córdoba. La otra estaba escrita por el cabildo eclesiásticos, el cual repetía á Monseñor las mismas felicitaciones, y le rogaba prestarse á las espirituales necesidades de aquellos pueblos, cartas ambas que lo consolaban sumamente, después del destierro de Buenos-Aires.

Cienfuegos dijo al enviado que lo siguiese hasta Mendoza, donde necesitaba responder á su pliego. Monseñor no advirtió estas disposiciones del señor Cienfuegos. Así pues, la mañana siguiente encargó al Padre Arce escribir dos cartas, dando gracias á los mencionados canónigos y al Vicario capitular de Córdoba, y con ellas envió el mensajero, sin advertir de ello al señor Cienfuegos. Este se quedó mudo ante el mismo Monseñor, y habiendo conservado en su interior por espacio de dos días la indignación por él concebida, lo condujo ésta hasta el extremo de separarse de nosotros, sin querer reunirse más. En efecto, nosotros lo alcanzamos en San-Luis y en Mendoza, mas no tuvimos el placer de estar juntos en habitación y mesa, hasta las vecindades de Santiago. Esto demostró ser muy verdadero, para nuestra común fatalidad, que

Peligro amenaza
La angustia secreta,

Cuando es de consejo
Humano incapaz.—Met. Zenob. Act. 1, esc. 7.

El otro que durmió tranquilamente, casi lo mismo que Monseñor, en toda la noche del veinte y cuatro, fué el Padre Arce, por la consolación que tuvo de regenerar en aquella tarde á la vida de la gracia una niña moribunda. Esta había recibido el santo bautismo, apenas nacida; mas después había mandado á decir el ministro de la ceremonia que se volviese á bautizar. porque él no había pronunciado las palabras de la forma. Así pues el Padre Arce, movido á compasión de ella, la volvió á bautizar, bajo condición, y la salvó para siempre, porque se supo después en San-Luis de la Punta, que al día siguiente aquella niña había pasado á la eternidad.

La mañana del veinticinco, que era Domingo, se celebró la santa misa, dspués de la cual nos pusimos en camino por la Cañada de Lucas, que es la primera posta que sigue. La encontramos muy mala é incapaz de habitación para todos. La otra inmediata es una simple perada para mudar caballos y llegar á la Punta de Agua. En las mencionadas dos postas el terreno es regular, se encuentran con frecuencia bosques de *gaggii*, las cuales son plantas bastante bien formadas, como tantos árboles de piña; como se cruzan entre sí, su sombra defiende mucho á los pasajeros de los rayos del sol, el cual, cuando nosotros pasamos por allí, quemaba verdaderamente. Había, por otra parte, alguna compensación en las liebres y muchos avestruces, un grupo de los cuales nos ofreció una agradable diversión; porque, atemorizados de una liebre, huían como el viento, mientras que la lie-

bre huía también asustada por el ruido de nuestro coche, y se arruinaban así en la huída, sin que hubiese un motivo fundado; como suele suceder también entre los hombres mismos, los cuales se temen con frecuencia unos á otros y llegan á hacerse mal sin que exista para ello un motivo real. Por lo cual es necesario no creer jamás á los primeros rumores de las cosas, ni jamás juzgar siniestramente de las intenciones de otros, sin habernos antes convencido de la realidad de las mismas. Porque el creer, á las primeras voces, cosas á nosotros adversas, es anticiparse la aflicción, si son verdaderas, y es una excitación á la discordia sin motivo, si son falsas, y en tal manera «nosotros nos hacemos ministros de la miseria nuestra é ingratos para con Dios. Y el enemigo peor lo tenemos nosotros mismos. Desde el instante de la falta primera, se alimenta en nuestro pensamiento la causa que nos hace infelices. La mente, tirana de sí misma, encuentra materia de afanarse, ya celosa de un bien que está presente, ya présaga de un mal que no tiene.»—Met. *Morte de Abel*, parte 2.

En dichos casos, el mejor partido es el de escuchar las relaciones á sangre fría, sin creerlas verdaderas y existentes: sólo sí procurando precavernos de ellas; porque es siempre óptima cosa estar precavidos, conforme á aquel precepto del todo divino que nos prescribe ser simples como las palomas, para no juzgar jamás mal la voluntad de otro, pero mantenerse al mismo tiempo prudentes como la serpiente, para no ser engañados por demasiada simplicidad.

La Punta de Agua es un pueblo harto mezquino, donde

no se ve otra cosa que una pequeña iglesia con unas diez cabañas al interior; toma el nombre de un agua exquisita que allí brota en medio. Antes de llegar á esta posta, se atraviesa una vasta llanura que parece un sorprendente anfiteatro; pues, descubriéndose desde su centro todo el espacio al rededor, los pocos árboles que allí hay parece que están todos en el mismo horizonte, y que cierran la órbita circular del anfiteatro con una disposición pintoresca.

El presidente de aquella posta era un hermano del señor canónigo Vásquez, Provisor ó Vicario Capitular de Córdoba, que hemos arriba nombrado; por lo que fuimos recibidos muy cordialmente y nos fué preparada por su mujer una exquisita comida, que nos hizo comer con mucho gusto. Por otra parte, lo que me agradó más fué su ligera y fresquísima agua, porque, encontrándome siempre atrasado de la sed por el excesivo calor del sol, pude refrescarme enteramente con el repetido beber de la misma.

En la Punta de Agua, el camino se dirige de Oriente á Poniente. Después de dos horas de prados se entra en un espeso bosque de espinos, que son casi todos pintorescos, porque el desnudo tronco de esos árboles se eleva de la tierra lo suficiente para que un hombre de regular estatura gire en torno cómodamente. Así pues, sus ramas se extienden de manera que forman una esfera un tanto plana en la punta, otros una semiesfera, que parece como cortada á nivel, donde empiezan las ramas, y otros se parecen á un plátano, que tiene la misma forma de la piña. Hay árboles, los cuales dan mucha sombra, por lo que son útiles á los pasajeros, que allí se defienden de los rayos del

sol en las horas más fuertes, en las cuales en esos sitios abiertos, aquéllos molestan á los que por allí pasan como otras tantas llamas de fuego; y yo, que iba siempre en el pescante y recibía los dichos rayos solares sin defensa alguna, sentía siempre las espaldas asadas y como quemadas por los mismos. Hacia el fin del bosque se remudan los caballos que deben tomarse en la Punta de Agua, porque hasta Santa-Bárbara no hay otra posta. Después se entra en una campiña abierta, en la cual se descubren las montañas de Córdoba, que son las primeras que se ven desde Montevideo en adelante, despuésde tanto viaje y de tantas inmensas llanuras. El camino es escarpado, y la hierba no deja distinguir las pisadas. Se ven allí muchos ciervos que van unidos en cierto número; lo mismo hacen los gamos y otros animales de caza, que suelen siempre detenerse, como admirados y sorprendidos al percibir á los pasajeros, y cuando éstos se paran, se entregan ellos á la fuga. El terreno es de óptima calidad, pero desierto enteramente, y desde el Rosario en adelante es siempre una continuada llanura.

Más ó menos á la una de la noche llegamos á Santa-Bárbara, que es una posta decente, con más de diez cabañas, á la mayor de las cuales no faltaban comodidades. Nosotros preferimos dormir á cielo descubierto, para refrescarnos en la noche del excesivo calor del día. De El Fraile Muerto en adelante, no se encuentra ya ni pan, ni vino, y el agua sólo es buena en la Punta de Agua. En Santa-Bárbara se encontró el pan de Córdoba, de buena calidad, pero duro; porque Córdoba dista de allí cerca de treinta leguas. El agua, por otra parte, era pésima, de un

color verde, terrosa y gruesa como una especie de caldo de ranas ó de nervios y patas de ternera, que suele condensarse. Yo no quise ni siquiera lavarme las manos, y sufrí una sed grandísima, porque hacía ya muchos días que se bebían dos solas botellas de vino al día, de las que habíamos llevado de Buenos-Aires, las cuales, entre tantas personas y con aquellos grandes calores, eran nada absolutamente. Lo bueno fué que en la Punta de Agua me fuí á la fuente, y salí con la barriga como la de un camello. La noche se pasó muy bien.

La mañana del veinte y seis, nuestra comitiva empezó á desordenarse, porque se separó de nosotros el Señor Cienfuegos. El, desde las Islas Canarias, como allí se advirtió, trató de separarse, ir á tierra y venir solo, á su gusto, después de nosotros. Luego en Buenos-Aires se disgustó varias veces con el señor canónigo Mastai, y alzó la voz contra el mismo Monseñor, por la bendición de las imágenes, como allí se ha dicho. La mañana del veinticinco, como hemos indicado poco antes, volvió á enfadarse con Monseñor, porque había despedido al enviado de Córdoba, sin habérselo primero advertido, diciendo el Señor Cienfuegos que el enviado había sido dirigido á él y que debía seguirlo, por su orden, hasta Mendoza, donde necesitaba contestar, sobre cosas de sumo interés, al gobernador que lo había expedido. La cuestión terminó en aquel punto sin estrépito; porque Monseñor, no obstante que estaba muy ofendido é inquieto en su interior, á pesar de eso, estimó conveniente no contestar nada, plegando entonces los labios, no sin mucho des-

agrado, á fin de mantener la paz en aquella crítica circunstancia.

> Cuando la queja es demasiado grave
> Toma del razonar audacia y fuerza;
> Como cambia tal vez ardiente llama
> En su propio alimento
> Aun el contrario humor que en ella cae (1). — Met.
> Giustino, Act. I, esc. 4.

Por lo demás, en la noche, mientras se cenaba, el Señor Cienfuegos, que no había podido tener en la mañana ocasión de ruptura por la prudencia de Monseñor en callar, dijo que necesitaba ir solo, antes de nosotros, para prepararnos en Mendoza una casa decente; y con esta intención, á la mañana siguiente, tomó un coche y partió acompañado de su secretario, don Pedro Palazuelo, del señor don Manuel Donoso, del ordenanza á caballo y de su criado; y nos ordenó á nosotros no movernos de allí hasta mediodía, para darle tiempo de avanzar una ó dos postas al día. Nosotros observamos las órdenes hasta mediodía, después del cual, impacientes por ser obligados por tan dura ley y porque el sol empezaba á molestarnos seriamente, por voluntad general seguimos también el viaje. Caminando en las horas más desagradables, llegamos á la posta nueva llamada Tecua, con un sol que nos hacía hervir el cerebro. Mientras se mudaban los caballos, pudimos descansar un poco, bebiendo á la sombra agua que encontramos allí bastante buena. En seguida emprendimos súbitamente el camino, y fuimos á comer al Corral de Barranca, que es la posta inmediata. Para llegar á ella

(1) Demitto auriculas, ut iniquae mentis asellus.—Hor. Sat. 9. l. 1,

se tiene el gusto de atravesar bellísimas llanuras de óptimo terreno, las cuales, por otra parte, están todas desiertas, con un camino peligroso por la hierba que cubre los surcos producidos por los carros. Además, el coche va siempre saltando de una fosa á otra con sacudidas ruinosas y con peligro de romperse la lanza ó las ruedas. Llegamos al Corral de Barranca, poco después del Señor Cienfuegos, el cual ocupaba la única cabaña buena que allí hay. Fué inmediatamente ordenada la comida; mas, como el Señor Cienfuegos por el deseo de no reunirse más con nosotros quería comer solo, antes que nos preparasen la comida, y estar dispuesto á partir y precedernos; por esto debimos esperar mucho tiempo antes de comer. Hubo además otro inconveniente, el de no beber en toda la comida sino agua sola y mala. Solamente al fin de la comida, fué distribuída una pequeña botella de vino de Buenos-Aires, que se vertía en el vaso de cada uno, como otras tantas gotas de licor anodino, que se pesan con escrupulosidad. Yo, sabiendo que en aquella posta había buen vino de Mendoza y que se vendía á precio moderado, me serví de aquella agua solamente para refrescarme la cara y lavarme las manos. Después de haber comido sin beber nada, me acerqué al fondista con mucha cautela, para no ofender al director de nuestro viaje; y conforté así mi estómago con una botellita de vino, que era verdaderamente bueno y se bebía con gusto, aún con el gasto del propio dinero. ¡Cuánto sirve, viajando, el informarse minuciosamente de todo, apenas se llega á cualquier parte! Aquella botellita de vino me dió en verdad la vida: y yo estoy seguro de que, si el Vicario Apostólico hubiera tenido no-

ticia de aquel vino, habría arrojado la melancolía y aliviado sus disgustos también él, con un par de botellitas; porque era verdaderamente suave como nuestro Montepulciano y el buen Falerno de Horacio. Bebido con aquellos ardores del sol, se sentía descender lentamente á las entrañas y derramarse con dulce refrigerio en todos los miembros del cuerpo. Exclamé, pues, con Fedro cuando, bebida la botellita, apuraba sus heces:

¡Oh süave licor, mi dulce vida!
Tu bondad agradable
Un néctar me parece que abundancia
Derrama de fragancia:
¿Quién puede en este suelo
Vivir sin tu consuelo? (1)

Nosotros fuimos á pasar la noche al Tambo; para llegar á la tal posta, fué necesario atravesar un camino muy malo y cerca del río Cuarto corrimos un gran peligro de perdernos; mas, por gracia de Dios, logramos librar de él. De la pasada posta hasta la mitad del camino, el terreno es bastante bueno, á propósito para viñas, que producirían allí un vino balsámico. La otra mitad hasta el río Cuarto es un tanto estéril, siendo de una tierra arenosa y cubierta de cristal de montaña, el cual tiene la misma figura de la sal mineral. El río Cuarto tiene ordinariamente poca agua, pero clarísima y ligera; depurándose sucesivamente entre las piedras de montaña que forman el lecho. Nosotros, habiendo llegado quemados del sol, fuimos en seguida á bañarnos en la misma corriente del

(1) O suavis anima, quale in te dicam bonum,
Odorem cum jucundum latè praebeas?—Fed. lib. 3, fab. 1.

río, donde encontramos un alivio sumamente agradable. El dicho río sale de las vecinas montañas y baña el Tambo en su lado izquierdo, de la parte de Levante.

Esta posta consiste en dos pequeñas cabañas, una de las cuales, estando dividida en dos pequeñas estancias, constituye una cómoda habitación para los pasajeros, los cuales se pueden colocar sobre la desnuda tierra, como á ellos les agrade. Por otra parte, en el verano, casi todos procuran dormir afuera, á cielo raso, como hicieron algunos de los nuestros, con mucha satisfacción, porque la posta está situada en un sitio elevado y tiene á dos lados las cabañas, y al tercer lado un bosquecillo que defiende su área de los vientos más fastidiosos que podrían molestar á quien duerme al descubierto. El indicado bosquecillo abunda en loros y cotorras, que son una especie de papagayos, los cuales venían á comer comestibles en un árbol que teníamos enfrente. Sus movimientos, las porfías continuas, las peleas y los picotazos que se daban mutuamente divertían de tal manera nuestra curiosidad, que, habiendo llegado temprano, nos decidimos á quedarnos largo tiempo con ellos.

Después de esta agradable diversión, se pasó el resto de la tarde, hasta la cena, con un señor de Córdoba muy instruído, el cual había sido discípulo del Padre Pacheco en aquella célebre Universidad. Hablaba de su maestro con aquel respetuoso afecto que se debe á quien da al hombre el bienestar de la vida civil por medio de la moralidad y de la ciencia que á éste comunica, y al cual por esto, después de Dios y de los padres, está ligado con sus mayores

obligaciones, las cuales jamás se satisfacen plenamente (1). El, en sus conversaciones, nos pintó al Padre Pacheco como un hombre de santa vida, de no común talento y de mucha erudición y doctrina, como lo es realmente; y suponía que en Roma habría sido consagrado Obispo, como lo pensaban todos los otros también, los cuales sabían su venida á Roma por los negocios espirituales de Buenos-Aires, y conocían su mérito; no reflexionando que para la altísima dignidad de Obispo no bastan los solos méritos personales, sino que es necesario, como cosa principal, ser llamado de modo especial por Dios, para poder sostener con provecho de las almas los gravísimos cargos que á los ángeles mismos se les harían formidables y pesados.

«Porque el Obispo,» dice San Pablo escribiendo á Timoteo (2), «debe ser irreprensible, casto, sobrio, prudente, arreglado, puro, docto, hospitalario, no vinolento, no percusor; pero sí modesto, no litigioso, no poseído de deseos; cuidadoso de gobernar su propia casa, para que vivan todos en orden, y pueda esperarse la misma diligencia en la casa de Dios. No neófito, para que, orgulloso de sí mismo, no caiga en el juicio del demonio. El, como dispensador de los divinos tesoros, debe estar inmune de toda falta; no soberbio, no iracundo, no usurero, ni deseoso de otros torpes beneficios; mas, debe ser benigno, justo, santo, continente, versado en los dogmas de la Iglesia para que sea hábil en predicar

(1) Deo, parentibus, et magistro nunquam satis

(2) Ep. 1 ad Timoth., cap. 3.

la sana doctrina y refutar á sus opositores; porque hay muchos insubordinados, necios y seductores, en particular los circuncisos, los cuales hay necesidad de reprender; porque pervierten todas las cosas enseñando por vergonzoso fuero lo que no conviene.

«Tú, pues, (se dirige después el Apóstol á su amado Tito) enseña, manifiesta lo que mira á la sana doctrina, esto es, que sean sobrios los viejos, honestos, prudentes, sanos en la fe, en el amor, en la paciencia; que se mantengan las mujeres provectas en las costumbres santas, que no sean chismosas ni dadas al vino; que sean irreprensibles al enseñar, para que aprendan las jóvenes á ser prudentes, y amen á sus maridos é hijos; y sean cuerdas, castas, sobrias, prontas en el cuidado de la propia casa, afables y sumisas á sus maridos; á fin de que no blasfemen la palabra de Dios. Exhorta igualmente á los jóvenes á ser sobrios. Presenta en toda tu persona como un perfecto modelo de las buenas obras en la doctrina, en la integridad y en la gravedad, y sea tu discurso sano é irreprensible, á fin de que se avergüence todo enemigo nuestro, no encontrando en qué decir mal de nosotros».

Este, dije yo al buen discípulo del Padre Pacheco, es el arduo carácter de un Obispo, éstos son los rarísimos méritos y las difíciles dotes que debe poseer; mas no por esto solo se hace merecedor del Obispado, porque le falta todavía lo principal, que es la vocación de Dios; porque ninguno, dice San Pablo á los hebreos, toma por sí mismo esta altísima dignidad, sino el que se es llamado por Dios, como Aarón. Y así, ni aún Jesucristo se encomendó

á sí mismo para llegar á ser Pontífice; mas su divino Padre lo elevó allí, al llamarlo su hijo unigénito, á quien tocaba en consecuencia, por derecho de nacimiento, la dignidad de Pontífice (1).

Con semejantes razonamientos se pasó toda la noche, y, hecha después una buena cena, se durmió perfectamente sobre la desnuda tierra, que gustó como un lecho de blandísimas plumas. Habiendo dado las gracias en la mañana siguiente á aquellos diligentísimos camareros por el óptimo alojamiento, se empezó el viaje á las cinco; y por un camino penoso llegamos á las seis á Aguadita. Esta es una posta de pocas cabañas, pero limpia y bien defendida del aire. De allí se pasó á la Barranquita, que es posta bastante mejor, y está cerca de un torrente del mismo nombre. El camino es más ó menos bueno y se atraviesa en él una vasta llanura, al Poniente de la cual se admiran las altas montañas y las bellas colinas de Córdoba, que presentan á las pasajeros una vista agradable. Desagrada mucho á los mismos el ver abandonadas á la inercia aquellas amenísimas campiñas, las cuales podrían dar el céntuplo cada año al industrioso labrador, y suministrarle en sus deliciosas colinas un licor balsámico, que, manteniéndolo siempre vigoroso y alegre en el ejercicio de sus fuerzas, podrían constituírlo, de ese modo, en su plena felicidad.

Pues que

Pobre nadie se cree
Que tiene lo que basta,
Si el vientre no murmura,
Si calza bien su pie.
Y si buen sueño alcanza,

(1). Epist. ad Hebr., V, 5.

Nada añadir podría
A su delicia el oro
Del más potente rey (1).

El arroyo ó torrente de la Barranquita, queda poco antes de la posta. En él se encuentra una arena que tiene muchas pepitas de oro, las cuales, por tanto, requerirían mucha fatiga, para separarlas de la tierra. Allí me detuve un poco con mis compañeros y vi que, moviendo el fondo del agua, ésta al correr llevaba consigo la tierra y quedaba sobre ella como un extracto de arena de oro puro. Después, recogiendo, por simple experimento, un poco de aquella arena, pasamos á la otra orilla del arroyo, donde se vió que todo el valle alrededor de aquella montaña abundaba de arena de oro, la cual brillaba de todas partes. De lo cual deduje que la montaña debía abundar de tal mineral, como así es realmente, sin que por lo demás emprenda ninguno su explotación. En el mismo valle recogí también algunas piedras especiales y habría hecho ensayos más minuciosos, para apagar mi afición por las cosas de mineralogía, si mis compañeros me hubiesen secundado.

Barranquita al presente consiste en pocas cabañas, mas dentro de poco se reunirá allí un pueblo numeroso, porque se halla en óptima posición. Cuando nosotros pasamos por allí estaban terminando una pequeña iglesia, construída por aquellos píos fieles con ladrillos y greda y

(1) Pauper enim non est cui rerum suppetit usus,
Si ventri bene, si lateri est pedibusque tuis, nil
Divitiæ poterunt regales addere majus.
Hor. Fl. Ep. 12. lib. 4.

cubierta de paja, según la costumbre de los aldeanos americanos. Por lo demás era una iglesia limpia, con dos pequeñas torres, que sostenían las respectivas campanas, para uso de la misma. Sólo me chocó un tanto la desproporcionada puerta, la cual ocupaba casi toda la fachada y se podía repetir con toda razón á aquellos ingenieros que cerrasen la puerta, para que no se saliese la iglesia. Mas es éste un gusto depravado, común en casi toda la América, de tener casas bajísimas, con grandes puertas, las cuales llegan al techo y ocupan una gran parte de la fachada. Al presente va cesando en todas partes esta bárbara costumbre y se edifican tanto las casas como las iglesias al gusto europeo.

De Barranquita se pasa á Achiras, recorriendo un camino, que no tiene sino unos pocos pasos medianos. Nuestro coche era tirado por seis buenos caballos. Esto no obstante, debimos descender varias veces y dejar el coche atrás; porque el continuo tránsito de los carros había formado como dos fosos, dejando en el centro un continuado alto de tierra, donde chocaba el eje de la carroza y no la dejaba pasar. Además, dos veces se vuelve á pasar, en el indicado camino, el arroyo de Barranquita y se pasa siempre con algún peligro por la profundidad de su lecho. Hacia el fin del camino pasamos las puntas de las montañas de Córdoba, las cuales hacen el terreno y el camino algo montuoso y hacen también variar la calidad del terreno, que en su mayor parte es de piedra, estéril y cubierto de cristal montañoso. En las puntas mencionadas se encuentra mármol blanco, y una piedra luciente y colorada como una especie de granito oriental.

Achiras es una posta medianamente buena, la cual queda encerrada entre dos montañas, á un tercio casi de su altura. Está toda circundada de gruesas peñas y árboles umbrosísimos, que la hacen húmeda y bastante melancólica. Por otra parte, se bebe en ella buena agua y está bien provista de pollos, carne y buen vino de Mendoza; por lo cual se comió con gusto, y al fin del almuerzo nos presentaron nueces frescas y otras buenas frutas, que eran entonces de la estación. Nosotros llegamos poco después de mediodía; de modo que, partiendo después de haber comido, se podía llegar bastante cómodamente á dormir en la posta que sigue. Mas el Señor Cienfuegos, al pasar, había dicho al dueño de la posta que mandase los caballos á pastar en la campiña, porque nosotros llegaríamos allá por la tarde, para partir á la mañana siguiente. Se hicieron muchas diligencias para que fuesen á enganchar los caballos, que no estaban muy lejos; mas no pudo obtenerse, porque era empeño del Señor Cienfuegos no hacerse alcanzar por la segunda vez, deseando ir solo antes de nosotros. Fué pues necesario ceder á la necesidad y resignarnos á quedar encerrados todo aquel día, entre los montes, en un lugar de angustia y tristezas, y dormir la noche bastante mal, porque la posta no puede ofrecer á los pasajeros sino dos solas cabañas, pobres y mal cuidadas; son ambas muy húmedas y cada una más miserables que la otra.

Dos leguas después de Achiras, viene Portezuelo, donde cesa la jurisdicción de Córdoba y empieza la de S. Luis de la Punta. Toda la extensión de Córdoba se hace ascender á cerca de ochenta leguas de longitud y casi otras tan-

tas de anchura. Por lo que nosotros vimos desde Fraile-Muerto hasta Achiras, la Provincia de Córdoba tiene un terreno óptimo por naturaleza, pero queda infructífero y desierto por falta de colonos. Sus montañas abundan de minerales de todas clases; mas ni siquiera éstos son explotados. La capital, que cuenta con cérca de treinta mil almas, está construída según el mismo sistema de Buenos-Aires, con grandes calles en línea recta, que se cortan en cuadrados. Sus casas, bien que estén construídas de greda y fango, no carecen de solidez y de limpieza, con bellos ornamentos, tanto al interior como al exterior. La posición en que está, por otra parte, como en un pozo, á las faldas de la montaña, la hacen un tanto melancólica y privada de un abierto horizonte. El aire, no obstante, es sanísimo y templado. En los tiempos pasados Córdoba tenía una buena Universidad, donde el célebre Padre Pacheco fué lector de Sagrada Teología y se adquirió, como vimos, gran reputación de hombre docto é irreprensible. Al presente la Universidad está un tanto decaída; porque la gran moda de todas aquellas provincias es enviar los jóvenes á la Universidad de Buenos-Aires, donde, por otra parte, no todos los maestros se dan el trabajo de hacer corresponder á este nombre venerando la gravedad de las máximas y la solidez de los sistemas en su enseñanza.

El más notable mérito de la ciudad de Córdoba y el elogio que merece ella al presente para todos, es la gran piedad y religión de su pueblo, en la cual mucho influyen aquellos buenos sacerdotes, con sus instrucciones y con el ejemplo de la vida; pues que la sana moral y el buen vivir del pueblo dependen muchísimo de la ejemplaridad y

buena conducta del clero. Siendo éste la lumbrera evangélica, debe de tal modo iluminarlo, que, fijando todos en ella la mirada, conformen su vida á la del clero.

Por esto se recomienda tánto á los presidentes y a todos los otros Pastores de las almas, que se hagan guías del rebaño en la vía espiritual con una justa disposición del ánimo, y que aparezcan siempre en público como otros tantos purísimos espejos, en los cuales contemplen los seglares las verdaderas imágenes de todas las virtudes que ellos han de imitar.

«Y sean sus acciones y sus costumbres de tal manera « arregladas, que en el hábito, en el gesto, en el paso, en « el discurso y en todas las otras cosas, nada en ellos se « note que no sea grave, moderado y santo, lleno de reli- « gión y de probidad, evitando el más pequeño defecto, « que en ellos sería siempre una culpa, á fin de que sus « acciones sean para todos objeto de veneración» como dicen los Padres del gran concilio de Trento (1). Ahora bien, tal fué el carácter que mostraron en nuestra estadía en América los buenos sacerdotes de Córdoba; y por tal motivo un gran fondo de verdadera religión y sólida piedad resplandecía en todo aquel pueblo.

Portezuelo es una posta miserable, sobre la falda de una montaña, y la baña un arroyo ó torrente del mismo nombre, donde cesa propiamente la jurisdicción de Córdo-

(1) Quapropter sic decet omnino clericos, in sortem Domini vocatos, vitam, moresque suos omnes componere, ut habitu, gestu, incessu, sermone aliisque omnibus rebus nil, nisi grave, moderatum ac Religione plenum praeseferant; levia etiam delicta, quæ in ipsis maxima essent, effugiant, ut eorum actiones cunctis afferant venerationem. Conc. Trident. Sess, XXIII, cap. I de Reformatione.

ba y empieza la de S. Luis de la Punta. El arroyo se vadea sin ninguna dificultad; y después de éste se entra en una vasta llanura, donde se encuentran piedras de varias especies de minerales, y se hallan algunas también en el camino que se atraviesa hasta S. José del Moro. Nosotros llegamos á este país con la lanza del coche rota, por lo cual tuvimos que detenernos en él hasta la siguiente mañana, para repararla. El Moro es un pequeño pueblo, así llamado á causa de un moro, el cual dicen que fué el primero que allí se estableció. Hay una pequeña iglesia con su techo de paja, dedicada á S. José; por lo cual todo el país se llama S. José del Moro. Cuando nosotros aparecimos allí, echaron las campanas á vuelo y, apenas llegados, se reunió todo el pueblo para pedir á Monseñor la confirmación. Todos los servicios los hacía el sacristán, no habiendo otro clérigo fuera del párroco, que se había trasladado muchos días antes á S. Luis de la Punta, donde lo encontramos. La confirmación fué conferida de noche en la iglesia, después de las 24 de Italia, y fueron confirmadas ochenta y cuatro personas, entre niños y adultos de ambos sexos.

Antes de llegar á S. José del Moro, hay una vista agradabilísima, en la cual se admiran dos grandiosas llanuras cubiertas de yerbas de variados colores, y al final de éstas se ven diferentes montañas, que, elevándose de la tierra bajo varias formas, sorprenden la mirada del espectador; porque, como al otro lado de la montaña se encuentra el horizonte casi siempre cubierto de niebla ó de alguna ligera nubecilla, parece que allí se descubriera el mar, y que en sus fronteras estuvieran plantadas aquellas altas

montañas. El camino no es muy malo y se llega al pueblo costeando una montaña, á cuyas faldas queda situado en una vaga posición, hacia la parte austral, del todo risueña y alegre; por lo cual los habitantes son muy robustos, de buen color, de un trato franco y afable y amantes de todas las cosas religiosas y de piedad. El país no presenta sino pocas miserables cabañas, en las cuales, no obstante, se encuentra todo aquello que es necesario para el sostenimiento de la vida, y podrían también tener lo superfluo si se cultivase un poco más la campiña y no se tuviesen sin explotar las minas de metales que existen en aquellas montañas, especialmente una mina de oro bastante rica á poca distancia de los habitantes. Por otra parte, cada uno está satisfecho con lo necesario para vivir, no conociéndose entre ellos la pasión del interés.

Nosotros estuvimos hospedados con mucho decoro por el jefe de posta en una buena casita, la única que hay entre todas aquellas cabañas; y nos dió un buen almuerzo y una buena cena, pan y vino muy buenos; mucha leche á la mañana siguiente para el café, y medio becerro se comieron los cocheros. Después, cuando pedimos la cuenta de todo aquello, nos respondió que se le debían doce reales, ó sea, un escudo y medio de Roma. Nosotros, suponiendo que no se acordase de todo, le pedimos que hiciera mejor la cuenta, porque nos parecía equivocada; y él nos respondió cortesmente que estaba exacta según los precios y el uso del país. ¡Viva pues el Moro! exclamamos nosotros todos entonces, porque después de tantas sucesiones de malas posadas se nos había presentado él con la abundancia de la Reina de Sabá y nos había prodigado todo lo necesa-

rio sin interés. ¡Qué felicidad sería el viajar si reinase en todas partes el mismo desinterés! Esto no será jamás posible; porque la pasión por las riquezas, más fuerte y más común que la de la gloria, las dos principales causas que determinan al hombre á obrar, ha siempre dominado y siempre dominará en el corazón del mismo y nosotros iremos siempre empeorando en nuestras malas inclinaciones. Así es que,

¿Qué cosa hay que los daños
Del tiempo no nos muestre?
La edad de nuestros padres,
De los abuelos peor,
Nos dió tristes afanes;
Y más vicios la prole,
Cual nunca vió la tierra
Daremos hoy nosotros (1).

De San José del Moro, se va al río Quinto, que está á distancia de doce leguas. El camino, en las dos primeras, es bueno, el resto es todo malo; y en algunos pasos cerca del río, el agua, abandonada á sí misma, ha hecho desmoronamientos, en los cuales se corre peligro de la vida si no se camina con cuidado. El terreno no es sino mediano ó bueno. El óptimo apenas se percibe en una que otra pequeña región. Sin embargo, se camina por allí con mucho gusto, porque la vista se divierte con una continua variedad de objetos. Apenas se sale de la montaña del Moro, se descubre la Punta de San Luis, y de allí en adelante

(1) Damnosa quid non imminuit dies?
Ætas parentum, pejor avis tulit
Nos nequiores mox daturos
Progeniem viliosiorem.
2. Horat. Fl., lib. III. od. VI.

todo es una campiña variada, que presenta ahora un bosque, ahora un monte, y luego un espacioso valle con otras agradables vistas, que divierten grandemente al espectador; y donde el camino ó la campiña son arenosos, se ven lucir de todas partes, copiosas moléculas, ó sea, pequeños granillos de plata y de otros preciosos metales.

El río Quinto, durante el verano, tiene poquísima agua. Cuando nosotros lo pasamos, nos salieron al encuentro un ciento de papagayos pequeños, los cuales, jugando entre sí, hacían una fiesta tal que parecían alegrarse y aplaudir nuestra llegada; por lo cual nos reímos mucho nosotros. Había también otras aves de rapiña, por el mucho ganado que se mata continuamente en aquella posta. Mas, por gracia de Dios, el agradable cumplimiento que nos hicieron estos deformes pajarracos fué de huír al instante y tuvimos el gusto de quedarnos y divertirnos con los solos papagayos, los cuales, entre los volátiles campestres, son los más sociables y amigos del hombre civilizado, con el cual se domestican y se familiarizan con mucha facilidad.

La posta del río Quinto es verdaderamente rea en el quinto grado, ó sea, está en la quinta esencia de su maldad, porque ordinariamente se encuentra desprovista aun de pan, que es el más necesario alimento del hombre, y en vez de vino se bebe el agua del río, que es muy turbia y mala. Hay poca provisión de pollos, por lo que costó bastante obtener un plato de huevos. La carne es la única cosa que abunda grandemente, y todo el terreno se ve sembrado de huesos, cráneos y cuernos de bueyes, con los cuales son fabricadas cuatro miserables cabañas para uso de la posta y para hospedaje de pasajeros.

En esta posta tuvimos la desagradable noticia de que á distancia de cinco leguas de ella, se había roto, la tarde anterior, el coche del Señor Cienfuegos, el cual se vió obligado á dormir la noche á cielo descubierto, en un campo muy peligroso por los animales carnívoros, que por allí dan vueltas entre las oscuridad de las tinieblas. Al día siguiente debió de continuar el camino, parte á caballo, parte á pie, con la mayor fatiga. Por este motivo llegó tan enfermo á San-Luis, que á los pocos días los médicos desesperaban de su salud. Por gracia de Dios, ayudado por la robustez del individuo y por la vigilancia de los doctos profesores, superó la gravedad del mal y quedó completamente restablecido.

De río Quinto hasta ocho ó nueve leguas el camino es muy fastidioso y malo, teniendo que subir repechando un monte de algunas leguas, cuyo terreno es de pésima calidad, cubierto todo de casquijo y piedras. Pocos son los pedazos cubiertos de plantas ó árboles. En la cumbre del alto monte, el camino continúa siendo malo; mas empieza en ella la bondad del terreno, el cual, siguiendo adelante, va siempre mejorando. Allí también la fatiga que se siente al subir, queda suficientemente compensada por una bellísima vista que recrea á los pasajéros, después de los horrores del fatigoso monte. Se descubre en ella un grupo de amenísimos valles con montes que los atraviesan con sorprendente naturalidad. Después de esta vista, el placer de haber llegado se convierte en igual sufri miento, porque se entra en un camino destrozado por los carros, y haciéndolo en la estación estiva, como sucedió á nosotros, se levantaba por el viento y los caballos un pol-

vo arenoso tal, que penetra en el coche, aun con los cristales bien cerrados. Esta molestia era tan fuerte, que no podíamos tener los ojos abiertos; y cuando se abrían los cristales para respirar un poco de aire libre, éramos sofocados por el polvo. Así pues, aquel día se sufrió muchísimo, y llegamos á la ciudad todos cubiertos de arena, y más muertos que vivos. La arena de aquellas campiñas abunda en muchos lugares de talco, ó sea, de una piedra blanca compacta y reluciente, que es precursora de los minerales, los cuales entre ella ordinariamente aparecen. Las mismas arenas tienen también partículas de plata; mas en poquísima cantidad, que no compensarían la fatiga, si se quisieran recoger.

Poco antes de llegar á San-Luis de la Punta se atraviesa un espeso bosque, en el cual el pasajero se ve obligado á desviarse varias veces y á buscar el camino bueno entre los árboles con dificultad é incómodo grandísimos. Después del bosque sigue un largo camino, que conduce á un torrente, el cual en el estío se pasa en seco, no habiendo sino por un lado un poco de agua corriente. Del torrente en adelante el camino es siempre bueno, hasta San-Luis, donde llegamos avanzada la noche. El Magistrado, habiendo sabido nuestra llegada, mandó, para recibirnos distancia de una legua más ó menos, á dos señores, los cuales, después de haber saludado en nombre del Supremo Gobierno al Vicario Apostólico, nos acompañaron á la ciudad con repique de campanas, y fuimos hospedados en la casa del señor cura don Joaquín Pérez, que es una de las mejor construídas del país. El clero y el Magistrado vinieron enseguida á visitar á Monseñor; mas no pudo éste devolver

la visita ni ver, como exigía la etiqueta americana, al señor Gobernador don José Santos Ortiz, porque estaba todo cubierto de polvo y sin fuerzas por las fatigas del viaje. Así pues, cuando descansó un poco, interrumpiendo todas las visitas, nos fuimos á reposar: siendo ésa la más agradable visita que podía desearse en aquellos momentos de extrema fatiga y de excesivo calor, el cual nos molestaba todavía.

San-Luis de la Punta es la capital de una provincia del mismo nombre, erigida en el año 1597 por don Martín Loyola, sobrino de San Ignacio, y por él dedicada á San Luis rey de Francia; por lo que fué llamada en un principio San Luis de Loyola. Esta es una ciudad de mucha extensión, la cual se hace ascender á cerca de una legua de longitud y media legua de anchura. Á ella, por otra parte, no corresponde la población, la cual se calcula en sólo cinco mil habitantes; y toda la provincia no cuenta más que cerca de treinta mil. Goza ésta de un aire templado y balsámico en la meseta llanísima y eminente que yace en la punta de una larga cadena de variadas montañas: por lo que, dejado su primer nombre, fué llamada San Luis de la Punta. Las calles son todas en línea recta, cortadas en cuadrados, como las de Buenos-Aires y de todas las otras ciudades de América. Las casas por tanto se hallan diseminadas aquí y allá, y no tienen sino el solo piso bajo. Son todas construídas de greda y fango, y cubiertas de paja y tierra. Son muy cómodas, teniendo todas un patio interior y un gran huerto que las surte de todo lo necesario para vivir. La iglesia es verdaderamente miserable, porque, además de ser construída con greda, y cubierta de paja y tierra, como son las

casas, tiene un techo que amenaza ruina, y los altares son otros tantos nidos de murciélagos. Los titulares de ésta son La Inmaculada y San Luis rey de Francia, los cuales se consideran como los protectores y los patrones de la ciudad y de toda la provincia.

En dicha iglesia notamos la piadosa costumbre practicada en casi toda la América, de que, cuando el sacerdote debe dar la comunión á los fieles, dice primero el principio de la misa hasta todo el confiteor, y después sube al altar y distribuye la sagrada forma, recitando las otras preces consabidas. Hay también la óptima costumbre en San-Luis y en toda aquella parte de la América, de que, cuando se lleva la comunión á los enfermos, se acompaña el viático con instrumentos musicales y con la gran caja militar y tambor batiente. Numerosos fieles dispuestos en filas preceden al Santísimo Sacramento con lámparas de cristal encendidas, que tiene cada uno para este solo fin, y cuando la comunión es de noche, se despueblan las casas por donde pasa el Viático, haciendo todos gala de seguirlo con faroles y otras luces encendidas, á fin de hacer más solemne y propio el acompañamiento. Si el enfermo está cerca, el sacerdote que lleva el Viático va á pie en medio de los fieles; si está distante, como á la mitad ó al tercio de una milla el sacerdote es trasportado en un cochecito, que se conserva con este solo fin; por lo que tiene pintada detrás una custodia con una bella diadema, y delante tiene dos ó más campanillas, para avisar á los fieles y animarlos á acompañar á su Divina Majestad. Así también en las capitales y otros lugares donde hay canónigos, todas las mañanas, cuando se eleva la sagrada hostia, en

la misa conventual, se dan tres toques con la campana grande con suma gravedad; y al primer toque todo el pueblo se pone de rodillas, donde se encuentra, tanto sobre la plaza como en las calles públicas; y durante la elevación quedan todos inmóviles, en adoración, con la frente inclinada al Santísimo Sacramento, hasta el tercer toque de la campana. Este acto religioso, hecho por todos en un tiempo uniforme y con el mayor recogimiento, vivifica en aquel sagrado silencio el amor hacia el divino Señor y consolida la fe. Así es que ninguno se excusa de esto, y el que se halla á caballo en el recinto de la ciudad, salta al instante de él y se pone de rodillas junto con los otros. Lo mismo se practica cuando pasa el Viático, á cuyo encuentro desmontan en seguida aun los que se encuentran en coche y se ponen á adorarlo de rodillas.

No menor veneración despierta en el ánimo de los asistentes la piedad de los americanos á los tres toques que da la campana mayor al mediodía y al Ave María de la tarde. Al primer toque todos se detienen inmóviles dondequiera que se encuentren, y con el sombrero en mano saludan á la gran Madre de Dios con las preces de costumbre, hasta el último toque, con el cual cesan la adoración y el silencio, y cada uno vuelve á su trabajo ó sigue el camino suspendido. ¡Cuánto provecho podría esperarse de un pueblo tan bien inclinado á los actos religiosos y de piedad, si fuese cultivado por mayor número de píos obreros! ¡Qué abundante cosecha podrían ellos presentar al Señor al fin de sus evangélicas fatigas! Roguemos pues al dueño de las mieses que mande á aquel campo sus buenos minis-

tros á fin de que recojan el fruto de su divina semilla, ya que la *mies es mucha, y pocos son los obreros* (1).

La plaza que embellece la dicha iglesia de Nuestra Señora Inmaculada, comprende un cuadrado de 4.096 *toesas*, lo que forma una extensión mucho mayor que la plaza Colonna en Roma. En un lado de ésta, enfrente de la iglesia y de la casa del cura, está el palacio Municipal, donde están reunidos los Tribunales y donde está también el cuartel general de soldados, para la seguridad de los jueces y de las otras autoridades, que allí se reúnen para tener sus Asambleas ó Consejos de Estado. Los otros dos lados estan adornados, uno de la iglesia y convento de los Padres Dominicanos, y el otro de las habitaciones particulares. A los cuatro ángulos de la misma plaza tienen entrada las cuatro principales calles de la ciudad, que están todas embellecidas por casas ó simples muros que cierran los cuadrados de una parte y de la otra: y se ven también casas limpias y bien hechas, según lo muestran al exterior. La mucha distancia que hay de una casa á la otra ordinariamente, hace aparecer la ciudad como despoblada y desierta: de tal modo que se pasea frecuentemente por las calles sin encontrar jamás á nadie, estando todos trabajando ó divirtiéndose en el propio patio ó en el huerto interior de sus casas. En tales huertos se encuentran plantas de melocotones, de vides y de nogales, é higueras admirables por su altura y por la grande extensión de sus copiosas ramas, indicio no equívoco de un óptimo terreno:

(1) Messis quidem multa: operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam. Luc. cap. 10. v. 2.

porque crecen éstos naturalmente, casi sin cultivo alguno, ni se conoce en toda América el uso del estiércol, el cual ó se echa al río, ó se deposita en otros sitios donde la lluvia pueda arrastrarlo ó consumirlo enteramente.

En San-Luis se beben dos especies de agua: una es bastante clara y ligera, que brota á poca distancia de la ciudad, donde van á surtirse de ella. La otra es agua turbia y desagradable, del río que corre cerca de la ciudad, y es conducida casi á todos los huertos de las respectivas casas y suele beberse también después que ha sido destilada. Hay también buen vino y buen pan. El vino va de Mendoza y de Europa, por medio de Buenos-Aires. El pan se hace con el grano de las propias campiñas, que dan un ciento cincuenta por uno, y podrían ser adaptadas también á todo género de productos; mas tienen la desgracia de no ser cultivadas; contentándose los habitantes de San-Luis todavía con la sola carne y con el uso de la leche y de la fruta, como todos los otros Americanos. Los productos más abundantes en San-Luis consisten en la fruta y en la cochinilla, que se recoge á poca distancia de la ciudad en ciertas plantas semejantes á las de los higos de India, mas con la notable diferencia de que las hojas están cubiertas de espinas agudísimas y largas, entre las cuales se forma como una tela de araña, dentro de la cual se engendra un gusanito, que constituye la cochinilla.

Esta, en San-Luis, se prepara de este modo. Recogida que es con la punta de un cuchillo la dicha tela, se matan los gusanitos que allí están envueltos y, hechos un emplasto juntamente con la tela, se forman de ello tenues ladrillitos, los cuales se secan después al sol ó en el camino, y así se

venden para los usos de la cochinilla. Por otra parte, la verdadera cochinilla consiste en el solo gusanillo; por lo que en el Brasil y en otras partes se toma el gusanillo: solo éste se hace morir en el vino, y después se seca; y los gusanillos disecados forman la verdadera cochinilla, tan estimada y de tanto valor en Europa. El gusanillo es como una polilla que se cría en los paños de lana y está lleno de un humor rojizo, de tal modo que cuando se mata entre los dedos, los baña y los tiñe de un color sanguíneo. En San-Luis se ven campiñas enteras de estas plantas espinosas que producen la cochinilla. Yo noté que tales plantas se encuentran en todo el camino de San-Luis hasta Mendoza, y de esta ciudad hasta la cordillera misma, y en el Estado de Chile, mas en poca cantidad y de poquísimo fruto.

El otro producto de que abunda San-Luis de la Punta es el de los minerales riquísimos de sus montañas; porque San-Luis tiene una cadena de montañas pintorescas, las cuales van de mediodía al norte, y se encuentran en éstas muchas ricas minas de plata y de oro, cuyas arenas se ven esparcidas por las aguas en las inmediatas campiñas, en las cuales se encuentran también piedras preciosas de mucho valor. Las minas actualmente no son explotadas por nadie, por las vicisitudes de la pasada guerra contra la corona de España, para sustraerse de la cual fué bañado de sangre humana cada ángulo de la América, y se ejecutó en San-Luis la más horrible matanza de los pobres prisioneros españoles; porque casi todos los que fueron sorprendidos se entregaron por sí mismos en los combates

acaecidos en Chile, en Mendoza, en San-Juan y demás lugares fueron confinados á San-Luis de la Punta.

Después, queriendo un día deshacerse de ellos, se hizo nacer en la dicha ciudad una especie de revolución; y echándoles la culpa á los prisioneros españoles, fueron pasados todos á espada, y corrió la sangre en abundancia, tanto en las calles como en las casas donde estaban reunidos. Los jefes de los mismos fueron encerrados todos juntos en una profunda caverna, cavada á manera de gruta; donde entrados que fueron, fué cerrada la abertura del ingreso, y de este modo fueron todos bárbaramente muertos por falta de alimento y de aire respirable, atrocidad que no puede en efecto perdonarse; porque, si es permitido en guerra perseguir á los obstinados, es por otra parte una bárbara crueldad el ensañarse contra los oprimidos, como dice sabiamente el Metastasio:

Oprimid los contumaces,
Son castigos permitidos;
Mas hollar los oprimidos
Es un bárbaro placer.
No hay un turco, entre los turcos
Tan crüel que no perdone
A aquel que el arma depone
Y se entrega por querer.
La Clemencia de Tito, act. 1. esc. 4.

Este despiadado asesinato de los soldados españoles, fué creído al principio resultado de una orden del General San-Martin; mas se conoció en seguida haber sido una calumnia; ni se ha sabido jamás con seguridad quién fuese el autor. Esto sucedió al fin de la revolución de la América Meridional en el año 1818 y fué ejecutado por la guar-

tiempo nuestros propios deseos; y cuando tengamos el necesario sustento y un vestido decente, con una condición de vida que no desdiga del propio estado y que se haga decorosa y honorable, con la honradez de las propias acciones debemos de ello estar contentos y no cuidarnos de otra cosa, ya que así conoceremos los verdaderos bienes de la vida. «Los que quieren hacerse ricos, dice San Pablo (1), caen en las tentaciones y en las redes del demonio, y en muchos deseos inútiles y nocivos, que conducen al hombre á la muerte y á la perdición. La raíz de todos los males es la avaricia, de la cual arrastrados algunos, se alejaron de la fe y se envolvieron en muchas aflicciones»...

Lejos, por tanto, nuestros alegres cocheros de temer estas funestas circunstancias de la desmesurada ambición de las riquezas, por su gran desinterés en todo género de las mismas, tocaron y cantaron toda aquella noche. Y contentos también nosotros con los cantares alegres de los mismos, entramos en un plácido sueño, con el cual pasamos una noche agradable, durmiendo sobre la desnuda tierra, como se hubiera podido dormir en los blandos lechos de Salomón y bajo las áureas cortinas que la reina Cleopatra llevó á la famosa batalla de Accio. Así pues, la mañana del trece, después de saludar al propietario de tan buen albergue, se continuó el camino con mucha celeridad; y después de haber almorzado en Corocorto, fuimos á dormir á la Dormida. Hasta Corocorto el terreno está en plano perfecto, y es muy bueno en calidad. Requiere mucho cui-

(1) I Tim., VI, 10.

dado y arte para conducir las aguas de las lluvias, que se estancan y lo hacen pantanoso, muy frío é infecundo. Está todo cubierto de césped y de espinos. Cerca de Corocorto, hacia el mediodía, hay una colina, la única que se encuentra de San Luis en adelante. En ésta empiezan á volverse á ver los pájaros, especialmente los papagayos, los cuales desde la dicha ciudad no se habían visto más.

Corocorto es un pequeño pueblo que se compone de pocas casas, cada una de las cuales tiene anexo su huerto con una fila de álamos alrededor, los cuales forman una bella vista; estando las casas casi todas colocadas con frente al mediodía en orden elegante, por lo cual el pueblo se llama Corocorto.

La única iglesia, que es una pequeña capilla dedicada á San José, y dos casas inmediatas tienen de frente el viento de occidente, otra posición igualmente ventajosa para la salud y robustez del cuerpo. La iglesia es residencia de un cura, el cual, por otra parte, apenas habita en ella la mitad del año; bien que tenga anexa una buena casa, con un huerto y una buena viña, la cual abunda de toda especie de fruta, que encontramos sabrosísima. También los otros terrenos adjuntos son fértiles todos y bien cultivados, y en la hermosa estación en que nosotros los vimos, ricos por sus productos y relucientes de verdura, forman, con la reunión de las casas, una especie de *villa*, con pequeños jardines de recreo y delicias.

Siendo Corocorto un pueblo de Mendoza, la única provincia en el antiguo virreinato de Buenos-Aires que cultiva la vid, produce un vino de mucha sustancia, el cual se vendía en aquella época á precios sumamente baratos.

Abunda también en agua clarísima y ligera, que pasa por un canal descubierto, á la orilla del camino. Nosotros, por lo demás, siguiendo el consejo de San Pablo de hacer uso de un buen vino para el estómago, nos contentamos con admirar la pureza de las aguas y elogiar mucho su ligereza; mas después creímos conveniente preferir á ésta la pesadez y oscuridad del vino. ¡Oh, si hubiera placido al cielo que como almorzamos en Corocorto, así hubiésemos cenado y dormido también! Mas, por desgracia nuestra, se fué á pasar la noche á la Dormida, la cual sigue inmediatamente.

Yo creo que esta posta se llama la Dormida por simple ironía, pues no se encuentra en efecto dónde dormir. Queda ella en lo alto de una colina, donde, al llegar nosotros, una ráfaga de viento fortísima, nos echó en la cara una nube de polvo, que nos quitaba la respiración. Después, habiendo empezado á llover, nos tuvimos que reunir todos en una pequeña cabaña, la única que había para uso de los pasajeros; y, encontrándose ésta casi del todo descubierta, el dueño de la posta la hizo en seguida cubrir con pieles de caballos y bueyes, mas con todo esto se llovía por todas partes. No obstante, hubimos de dormir allí todos juntos aquella noche, agrupados los unos sobre los otros, juntamente con los sapos que allí se habían refugiado á causa de la lluvia. Mas, como á Monseñor varias veces le rogaron administrara la confirmación á los hijos del posadero y él no pudo complacerlos por el gran cansancio en que estaba, el posadero nos retardó la cena hasta muy entrada la noche; y cuando ella estuvo pronta, nos la presentaron en un plato de madera antiquísima, y hecho á simples golpes de

hacha. Dentro de él como en un piélago de espeso caldo aparecía aquí y allá disperso algún hilo de carne con grandes pedazos de calabaza y con mazorcas de maíz en confusión, entre las cuales apenas se distinguían aquellas tenues moléculas de carne. Nosotros al principio, tomando la cosa en broma, reímos mucho; después, estimulados por el apetito, empezamos á pescar en medio de aquella inmensa caldada, quién con tenedor de palo, quién, para mayor limpieza, con los mismos dedos empolvados; en fin, se sacó de ella cuanto había de consistente. Después, bebido un buen trago de agua, porque de vino no hubo nada, bromeando y riendo de aquella óptima cena, procuró cada uno acomodarse lo mejor que pudo en la arena de la misma cabaña, la cual parecía el verdadero tonel de Diógenes; y así se pasó aquella noche miserable, que da pena recordar.

En la mañana todo correspondió al trato de la noche, porque, para el simple desayuno de leche y café, que acostumbrábamos hacer antes de ponernos en camino, se hizo muy difícil de hallar la leche; así como en la tarde no parecía nunca el cordero que debía matarse para la cena. Llegada finalmente la leche, debió mandarse á recoger la leña para hacer el café. Entretanto, habiendo pedido un poco de agua, para lavarme la cara y preparar el chocolate á Monseñor, se me contestó con mucha educación que en el río vecino la encontraría en abundancia; y no habiendo remedio, hube de caminar más de dos tercios de milla, para lavarme en la corriente del río, como hicieron casi todos los otros también. ¡Oh Dormida, Dormida! ¿cuándo llegará la hora que despiertes de tu mortífero letargo?

En nuestras posadas del Viejo Mundo no se duerme ni se come ciertamente así: cuando se presenta en ellas cualquier distinguido personaje, mil pulidos jóvenes y elegantes doncellas se presentan á servirlo; y todo se dispone con la mayor celeridad y decencia, para que quede plenamente satisfecho y contento (1).

Á todas las incomodidades de la descrita posada había precedido un tormento notable en el anterior camino; porque, apenas se sale de Corocorto, es necesario pasar su pequeño torrente sobre un puente de madera, bastante peligroso; y es éste el único que se encuentra en todo el camino de mil y más millas, desde Buenos-Aires hasta el otro lado de la Cordillera, cosa que es una vergüenza para todas aquellas provincias, puesto que ha existido siempre un activo comercio entre Chile y Mendoza con todo el antiguo virreinato de Buenos-Aires; y muchos de los ríos intermedios ó no se pasan en ciertas épocas del año ó se pasan con gran peligro por su impetuosa corriente.

Pasado un poco de camino de Corocorto en adelante, se descubren dos bellas colinas, una al mediodía y la otra al occidente: por cerca de cuatro leguas, aquéllas son siempre uniformes; después se van perdiendo insensiblemente. Entre ellas, en el medio de un valle espacioso, se encuentra el camino, el cual es muy malo, porque tiene con frecuen-

---

(1) De muchas de nuestras posadas diría con razón Virgilio:

At domus interior regali splendida luxu
Instruitur, mediisque parant convivia tectis,
Arte laboratæ vestes, ostroque superbo,
Ingens argentum mensis cælataque in auro
Fortia facta patrum, series longisima rerum......
Aeneid., lib. 1.

cia lagunas de agua estancada y corrompida, y en otros sitios es también arenoso. Atraviesa también frondosos bosques de espinos, en los cuales se anidan leones, tigres y otros animales feroces. Abajo de la colina, hacia el medio día, pasa el río Tunuyán, que forma con frecuencia lagunas y lagos bien grandes; el terreno es de óptima calidad y donde cesan los espinos se encuentra todo cubierto de una buena calidad de yerba y césped leñoso. Tiene muchas partículas de nitro y después de algunos días que ha llovido, se ve todo cubierto de la flor de éste. Yo lo probé y sentí que era más fuerte y picante todavía que el nitro del Saladillo y del Desaguadero: lo que es un indicio cierto de la bondad del terreno. Pero, estancándose en él las aguas, no podría fructificar sino por medio de un cultivo particular, el cual en el presente estado de la América no parece posible esperarlo de sus individuos, que poco conocen la fatiga y no les faltan de otra parte óptimos terrenos que cultivar sin necesidad de la industria.

El río Tunuyán, que, uniéndose al de Mendoza, va á desembocar al Lago Bebedero, surge del monte Tunuyán en la cordillera. Esta larguísima cadena de espantosas montañas, las más altas que se conocen en la tierra, empieza á descubrirse á la distancia de cerca de una legua de la Dormida. Allí cesa también la bondad del dicho terreno, y empieza á sentirse un viento constante, y de tal modo impetuoso que embiste á veces como un huracán á los pobres pasajeros, los cuales se ven obligados á soportarlo en casi todo el camino.

De la Dormida se pasa con los ojos cargados de sueño á Catitas. El camino para llegar á esta posta, no es de su-

yo malo; mas es muy penoso cuando se hace después de la lluvia, por el agua que queda y la mucha arena que entorpeciendo el movimiento de las ruedas, hace reventar los caballos bajo los tiros de los coches. De otra parte, poco antes de Catitas, mejorado el camino, se atraviesa una vasta llanura, que se inclina insensiblemente á la parte del norte. El terreno es de muy buena calidad y está todo poblado de grandes y pequeños espinos, el común producto que da la tierra en castigo del pecado de Adan, á quien dijo el Señor que sus campos le producirían sólo abrojos y espinas y se vería obligado á alimentarse con trabajo de las yerbas de la tierra (1). Por esto se ven tantas inmensas campiñas de la América, las cuales no han sido jamás cultivadas por ninguno, desde que Dios las creó; otras no producen sino abrojos y espinos. No se encuentra, efectivamente, en todo el camino que hemos recorrido desde Buenos-Aires á Valparaíso, ó sea desde el océano Atlántico hasta el mar Pacífico, no se encuentran otros árboles en todos aquellos bosques sino grandes y pequeños espinos, los cuales se ven allí desarrollados con algunos palmos de diámetro en sus troncos. Las plantas de melocotones y otros árboles sin espinas son resultado del arte y se encuentran en las vecindades de las poblaciones.

Catitas es una graciosa y cómoda posta, la cual tiene un buen huerto con una plantación de álamos altísimos en derredor, según el gusto moderno de los Americanos. Esta

(1) Quia audisti vocem uxoris tuæ, et comedisti de ligno ex quo præceperam tibi, ne comederes, maledicta terra in opere tuo; in labore comedes ex ea cunctis diebus vitae tuæ. Spinas et tribulos germinabit tibi et comedes herbam terrae. Genes., cap. 3., v. 17 et 18.

posta es uno de los más bellos puntos de vista, para observar con sorprendente placer la grandiosidad de la cordillera, la cual se presenta allí en su majestuoso aspecto, del sur al norte, por un largo espacio de tierra y con varios órdenes de montañas de inmensa mole, sobrepuestas las unas sobre las otras hasta las estrellas, según nos lo representa la ilusión óptica. Nosotros las encontramos con las cimas cargadas todavía de nieve, y parecía que abrumadas por su peso procuraban acercarse al sol, para ser libradas de él, y en varios sitios habían ya conseguido el antiguo influjo del benéfico planeta. Así es que, á la sorprendente variedad de la altura y de la mole se unía en varios sitios el variado colorido, que presentaban las partes sin nieve; vista del todo sorprendente, que es necesario observar, para poder comprender su rareza. Continuamos pues avanzando para verla también más de cerca después de haber descansado un poco en el rodeo de Chacón.

Esta posta está inmediata á Catitas, y se va á ella por un camino que, quitados algunos pequeños charcos de agua, es muy agradable. Se ve en él mucha florescencia de nitro. El terreno, que está inclinado, es bastante bueno por naturaleza y disecando sus pequeñas lagunas, con la ayuda del arte se tornarían todavía mejores. Pasemos pues adelante, y acerquémonos al Retamo, haciendo de paso nuestras acostumbradas observaciones, para divertir á los curiosos é instruir al viajero observador y á todos los que desearen ocupar aquellas vagas regiones.

El terreno de las primeras tres leguas, para llegar al Retamo, es bueno, mas un poco árido y casi siempre cu-

bierto de una copiosa florescencia de nitro, el cual se desarrolla con la acción del sol después de las lluvias y de un copioso rocío de la anterior mañana.

El Retamo es un pequeño pueblo, de poquísimas casas, que tienen todas anexo un huerto, con vides y frutas de varias especies y una plantación, alrededor de altos álamos que deleitan la vista grandemente. Su iglesia es bastante pequeña; consiste en una simple capilla, dedicada á San Nicolás de Bari, en la cual celebró Monseñor la santa misa, y yo asistí á ella con gran placer por la devoción que concebí á este gran santo, cuando tuve la suerte de visitar su sagrado cuerpo en Bari, en la Pulla, y recoger con mis manos el prodigioso maná que destila de sus huesos. La posta del Retamo es muy limpia y cómoda. Tiene un hermoso huerto anexo, donde yo y los otros, por la generosidad del dueño, comimos una uva exquisita y melocotones sabrosísimos de una calidad especial. Después nos presentaron muy buenos melones del mismo posadero, hombre de buena educación, de la familia Corvalán, de Mendoza, cuyo hermano don Jorge, uno de los mejores sacerdotes de aquella ilustre ciudad, me ha siempre distinguido con una no común amistad.

La posta se halla sobre el camino público, á un lado del cual pasa el río Tunuyán, que juntamente con la laguna de aguas estancadas que hay al interior, hace muy húmedo y malsano el aire que se respira en todo el Retamo.

En esta posta se encuentra el punto de vista del todo pintoresco y sorprendente que hemos prometido arriba, para observar de cerca la cordillera en su más deliciosa aparición. Delante de la posta hay un largo paseo con do-

ble fila de altísimos álamos de una parte y de la otra, y, colocándose el espectador en el medio de ellos, descubre en el fondo las más altas montañas de la cordillera, cuyas cúspides cubiertas de nieve, parece que forman un solo grupo con el mismo paseo, cerrando el fondo con admirable unión. Más allá de aquellas majestuosísimas montañas un puro cielo aumentaba la grandeza de la magnífica vista de la cordillera, ó sea, de la inexpugnable fortaleza que la misma natura ha puesto allí en defensa de Chile, contra los asaltos de cualquier extranjero invasor. ¡Espectáculo por extremo admirable!

Recreando la vista con estos agradables panoramas se llega al Rodeo del Medio, que es una simple casa de campo donde se hace la muda de caballos y hay mucha comodidad para los pasajeros que quieran dormir allí. Del Retamo á esta posta se cuentan siete leguas. Las primeras cuatro son de un camino casi todo palúdico y en él se pasan á vado el río Tunuyán, el de Mendoza y dos torrentes. El río de Mendoza presenta alguna dificultad, y es una empresa más difícil todavía el pasar la última de las lagunas que se encuentran en aquel camino; porque el agua cubre casi enteramente los caballos y tiene un fondo desigual. En aquellas cuatro leguas el terreno es bueno, y con la acción del calor se desarrolla tanta cantidad de nitro que el camino en los sitios más secos parece todo cubierto de cal. Pero el terreno es muy pantanoso por el agua estancada, la cual, por otra parte, fácilmente podría encauzarse. En el resto hasta el Rodeo del Medio es el terreno verdaderamente bueno, sin lagunas ni otros estanques de agua, y tiene en el medio un camino bellísimo. La

séptima legua, solamente, cerca de la posta, presenta un terreno pedregoso, mas es muy bueno también, porque se ve en el Rodeo un gran pedazo de tierra cultivado, en el cual se admira una bellísima viña, con grandes árboles de excelentes frutas. Nosotros comimos de ellas en abundancia, para refrescarnos de los ardores del sol. Después, apenas mudados los caballos, atravesamos al galope las cinco leguas que quedaban, y nos pusimos en menos de dos horas en Mendoza.

Sus arrabales, viniendo del Rodeo, anuncian la vista de una gran ciudad, la cual, por otra parte, no les corresponde plenamente. Cuando pasamos por allí, todas las casas, de una y otra parte, estaban adornadas con grandes y pequeñas banderas de candidísimos lienzos, las cuales se agitaban sobre las respectivas ventanas. En ellas numerosos habitantes y otras personas instaladas en las puertas de las casas ó en sus balcones, aplaudían con pañuelos blancos en las manos nuestra feliz llegada y puestos de rodillas pedían bastante devotamente á Monseñor la bendición apostólica. Muchos de los balcones y casi todas las puertas de las casas estaban también adornadas con arcos y magníficas guirnaldas de flores, y flores se esparcían en la pública calle mientras pasábamos. Al fin del grandioso suburbio, cuatro jóvenes de igual estatura, vestidos de cándidas telas, con pañuelos encarnados al cuello, que les descendían sobre el pecho, y una graciosa faja de seda que ciñéndoles la cintura caía hasta la rodilla con elegante naturalidad, sostenían á los lados de la calle dos grandes arcos abundantes de cintas y flores. Debajo de ellos pasamos nosotros en triunfo con nuestros coches, tirado cada

uno por seis fogosos caballos, los cuales, instigados por los alegres cocheros, apenas tocaban la tierra en su veloz carrera. Con tal sucesión de aclamaciones y recibimiento cordial, entramos á la ciudad, donde fuimos alojados en la elegante casa de la señora doña Manuela Corvalán, en la cual encontramos al Señor Cienfuegos.

Este hombre envidiable, dotado por Dios de un placidísimo carácter, que apenas se resiente en los mayores disgustos, después de tantas desgracias como le habían sucedido, y del penosísimo viaje de ochenta y más leguas, recorrido á caballo entre los ardores del sol y la incomodidad del polvo, en la convalescencia de una enfermedad mortal, se nos presentó tan fresco y robusto que parecía no haber estado jamás enfermo y que no se hubiese nunca movido de allí. ¡Cuán deseable es la tranquilidad de ánimo en todas las cosas! Con esta bella virtud, que es la primogénita de la prudencia, recorre el hombre todos los estados de la vida sin afanes y triunfa en ellos plenamente de todas las contrariedades de su destino. Como quiera que

El hombre bien dispuesto á doble suerte,
Espera en los adversos, y en los prósperos
Casos jamás de gran temor se libra.
Los molestos inviernos é infecundos,
A nosotros envía el sabio Jove
Mas luego los deshace.
Si fortuna contraria nos molesta,
A irse empezará; pues que animosa
La buena ya despierta.
Toca Apolo á las veces la armoniosa
Cítara dulce y otras rompe el arco. (1)

---

(1) Sperat infestis, metuit secundis,
Alteram sortem bene praeparatum

Mendoza es ciudad antigua, y se dice fundada por Pedro Mendoza, conquistador de aquella provincia. Él, según la tradición del país, no hizo otra cosa que aumentarla y darle aquella forma y elegante disposición de habitaciones y de calles que la embellecen al presente. Dice la tradición que los trabajadores de las minas de oro y plata que habitaban la cordillera, no pudiendo allí soportar los excesivos fríos del invierno, solían descender al llano y pasar en él los mayores rigores de la estación. Sucedió pues que algunos de ellos á causa del clima y de las delicias de la campiña se aficionaron á ésta gradualmente, y al fin abandonaron las minas y se dedicaron á cultivar la tierra persuadidos, como es en realidad, de que la más rica mina que jamás se agota es el cultivo de la tierra. Siguieron también otros trabajadores el ejemplo de los primeros y así empezó á formarse un pequeño pueblo acá y allá disperso; el cual, habiendo sido conquistado por Pedro Mendoza, lo reunió éste todo junto en forma de ciudad y le dió su nombre. Dicho pueblo al presente ha crecido de tal modo, que se hace ascender la población á casi veinte mil individuos, con construcciones de cerca de media legua de longitud y otro tanto de ancho. Su forma es como la de Buenos-Aires y de San-Luis de la Punta, con largas calles en línea recta, que se dividen entre sí en pequeñas islitas cuadradas y con casas bastante limpias, y bien hechas de

---

Pectus. Informes hiemes reducit
Jupiter idem
Submovet. Non, si male nunc, et olim
Sic erit: quondam cithara tacentem
Suscitat Musam, neque semper arcum
Tendit Apollo. (Q. Horat Fl. lib. 2, Ode VII.)

greda y ladrillos y cubiertas con tejas de horno. La más bella calle es la del centro,que atraviesa la ciudad, y conduce hacia el norte á un paseo público hecho construir por el general San-Martín. Es bastante bello, y consiste en un ancho camino con más de un tercio de milla de largo, donde una doble fila de altísimos álamos hermosea su grandiosa vista y las dos calles laterales. De uno y otro lado numerosos asientos fabricados con cal en forma de sofá sirven para comodidad de quien desea reposar. Un elegante y pequeño templo de buena forma, cierra al final el triple paseo con agradable perspectiva. El aspecto de la risueña campiña, el aire ventilado y una pastelería y café, que se encuentran en el centro, perfeccionan aquella agradable ciudad; dándole no poca importancia un copioso torrente, que cerca del río se hace pasar de un lado de la calle, para surtir de agua corriente los huertos que están anexos á casi todas las casas de la ciudad; y así se hacen éstos fecundos en plantas y frutas, que son verdaderamente suaves. Los melocotones, por ejemplo, los melones, las sandías y la que llaman uva de Italia son frutas particulares y exquisitas, por la bondad del clima, que es bastante caliente en el verano y templado en el invierno; y por las partículas nitrosas, en que abunda todo el territorio de Mendoza. Los mismos Americanos ceden todos á Mendoza la primacía en las producciones del cultivo de la tierra: bien que el estado de Chile tenga ahora la provincia de la Concepción, la cual puede estar al par de Mendoza en todo género de productos que pueden obtenerse de la tierra.

En Mendoza existen cinco diversas especies de comuni-

dades religiosas, y son los Padres de la Merced, los Dominicanos, los Franciscanos, los Agustinos y los de Belén, que tienen el cuidado del Hospital público. Todos éstos tienen buenos conventos y bellas iglesias, adornadas con mucha decencia. Hay una reunión de mujeres reglamentadas como una casa de monjas, las cuales cuidan las niñas de la ciudad, enseñándoles á leer y á escribir y las labores comunes de una mujer de casa. Esta piadosa corporación es muy reciente y el empeño que tiene por ella el buen Señor Cura, don José Godoy, hoy sustituto apostólico en toda la provincia, hace esperar que tomará cuanto antes una forma estable y que se erigirá como un verdadero Monasterio con sus particulares constituciones, que se están combinando para pedir la aprobación al Supremo Jefe de los fieles.

Las iglesias principales de la ciudad son la de San Agustín, construída al gusto de Roma con una bella cúpula; la iglesia de San Francisco, que fué hecha construír de tres naves por los antiguos Jesuítas, á los cuales pertenecía, y la iglesia de los padres de la Merced, que es bastante luminosa y limpia á manera de una sagrada galería. También la iglesia Matriz, del Clero secular, es muy decente y adornada con bellos altares, entre los cuales merece ser notado el mayor, que se ve enfrente con mucha suntuosidad. Para Mendoza es ésta una iglesia excesivamente pequeña, y no corresponde á lo que requiere hoy aquella respetable población. Su fachada es de un pésimo dibujo, porque queda un ángulo fuera de la plaza y no tiene aquella decoración majestuosa que exige la grandiosidad de la misma iglesia, pues la plaza ocupa un cuadrado entero de

4.096 toesas, y todos sus lados están adornados con bellas construcciones y una fuente en medio, que arroja el agua al aire desde el centro de una gran taza, como se ve en Santa María in Transtevere y en otras fuentes de Roma.

Si se reformase la iglesia y dejándole el frente á la plaza, extendiendo la nave del centro hacia la sacristía y el patio, que presentan un sitio bastante, se formaría con poquísimo gasto una iglesia bella, grande, majestuosa y correspondiente á la población, á la ciudad y á la plaza. Este fué el consejo que di al buen cura Godoy, cuando se me quejó de la estrechez de su iglesia; y, como elogió mucho mi parecer y se mostró inclinado á él, le dije también que emplease cada año á gloria de Dios, en aquel necesario trabajo, la mitad al menos de los cinco ó seis mil escudos que percibía entonces de su curato; ya que no tenían necesidad ni él ni sus sobrinos, que son muy ricos con lo propio. El mejor empleo que puede hacerse de las riquezas en esta vida, es emplearlas para gloria de Dios y para ventaja de nuestros semejantes, ya que Dios tiene todo el derecho de ellas, y nada recibe de nosotros sin darnos centuplicada merced. El prójimo, y mucho más la patria y todo el público tienen derecho á gozar de los efectos de las demasiadas riquezas de los principales propietarios, ya que la patria y el público son el compuesto de todos sus individuos, los cuales componen así un ente moral, á cuyas necesidades debe cada uno concurrir en proporción de sus fuerzas y de las ventajas que recibe, para más mejorarlo y hacerlo más perfecto y feliz. Persuadido por tanto el buen cura Godoy, mi óptimo amigo, de estas incontrastables verdades, me hizo esperar que me anunciaría un día

la consoladora noticia de haber él mejorado su iglesia como hoy lo requieren la notable grandeza y dignidad de Mendoza.

Esta ilustre ciudad goza de buen aire, por lo cual los habitantes son todos sanos, robustos y de carácter agradable y alegre. Son asimismo de buen corazón y sinceramente fundados en las sanas máximas de la religión y de la piedad. En los eclesiásticos se nota buen ejemplo y celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, para cuya instrucción hay todas las tardes un ejercicio público llamado la Escuela de Cristo, en el cual dos buenos sacerdotes están enteramente dedicados á instruír, á confesar y á promover otros muchos actos de cristiana piedad. Entre los seglares no se oyen jamás palabras indecentes ni se conocen entre ellos el robo ni otras ilícitas ocupaciones de la propiedad ajena, no habiéndose nunca dado ejemplo de ello, según me aseguró persona de bien. Viven todos entre sí unidos en la simplicidad del trato, y fuera de algunos jóvenes á la moda, todos reúnen al verdadero amor de la patria la práctica de todas las virtudes de la cristiana moral; por lo cual gozan todos indistintamente. «Lo que al más humilde es dado,» etc. (Metastasio, Tito, act., 3, esc. 4).

Este, en general, es el carácter laudable de Mendoza; pero lo que más que todo me agradó en esta ciudad fué la devoción grandísima que todos tienen á la Virgen, á quien están dedicados todos los altares de las iglesias, bajo diversos títulos, con los cuales se venera á la gran Madre de Dios. He visto que tal devoción es común en to-

da la América; por esto estoy persuadido de que esta región será siempre protegida, y que no podrá nunca quedar sometida á grandes desgracias, ya que, por unánime sentimiento de los Padres de la Iglesia, tiene María las llaves de los divinos tesoros y quien confía en su protección no quedará seguramente olvidado... «Venid á mí, nos dice ella misma, vosotros todos los que tenéis necesidad, y yo os ayudaré. Yo soy la madre del amor hermoso y de la santa esperanza; yo distribuyo los reinos: doy el gobierno á los Príncipes; á mí se debe la equidad de las leyes: por mí se administra la justicia sobre la tierra: y en mí reside toda la esperanza de la vida (1).» Así lo dice la Iglesia en el Eclesiástico y en los Proverbios por boca de Salomón. Proseguid pues, oh nobles americanos, con afecto constante vuestra sincera devoción hacia la gran Madre de Dios, y no dudéis de que seréis siempre bendecidos y protegidos por ella.

Existe también en Mendoza un colegio de jóvenes, mas se encuentra al presente un poco decaído y falto de alumnos, porque, habiendo allí llegado un maestro expulsado de Francia, enseñaba el materialismo y había ya corrompido á la mayor parte de sus desgraciados discípulos; las

(1) Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ, et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes, qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis, et hereditas mea super mel et favum. Lib. Ecclesíastic., cap. XXIV, v. 24, etc.

Per me Reges regnant. et legum conditores justa decernunt. Per me Principes imperant et potentes decernunt justitiam.

Proverb. Cap. 8 v, 15 etc.

autoridades que allí presiden, inmediatamente que fueron informadas de ello, desterraron al maestro y cerraron el colegio, y lo volvieron á abrir después de algún tiempo con nuevos reglamentos, llamando á otros estudiantes; admitiendo á algunos solamente de los antiguos, los más ejemplares y no atacados del contagioso ejemplo y diabólicas doctrinas del materialismo, que como una verdadera peste ha depravado hoy día los ánimos de tantos desgraciados jóvenes que lo han abrazado incautamente, sin comprender su veneno. Estos estímulos de la mala enseñanza son los destructores de toda la recta moral y buena disciplina en la juventud. Porque se sabe, como dice Horacio en su Poética, que la edad juvenil es la de los años volubles, que su carácter es el de la variedad y de la inconstancia: y que son ellos por esto apasionados por toda novedad, la que adoptan siempre, sin reflexionar en las condiciones buenas ó malas de la misma. Así pues, si á la peligrosísima naturaleza de sus caracteres, se unen los otros estímulos, y especialmente de quien tiene autoridad sobre ellos y sobre su manera de pensar, no hay freno bastante para impedir las ruinosas caídas. La misión pues de la autoridad es alejar de los jóvenes los incentivos y á la persona que tenga la insolente temeridad de presentárselos para apoderarse de sus inclinaciones; y conviene reflexionar que interesa tanto la sana moral y la buena conducta de la juventud, cuando interesa la conservación de los Estados á que ellos pertenecen, ya que de la bondad de los jóvenes instruídos, los cuales van á servir de guía

(1) Proverb. Cap. 8, v. 15 etc.

á los menos instruídos que los observan, depende también la bondad de la clase ignorante y de todo el pueblo; y cuando el pueblo es bueno, nada tiene que temer el respectivo gobierno. Mas, si el pueblo es de máximas reprobadas y corrompidas, no hay leyes, por rigurosas que sean, que le puedan asegurar larga duración, porque la ley puede impedir los delitos evidentes, mas no los ocultos; puede dominar las acciones externas del cuerpo, mas no los pensamientos internos de la mente; puede tener fuerza en lo que se hace, mas no en lo que se piensa. Por eso, interrogado un día Federico el Grande por un descreído literato acerca de lo que pensaba sobre la moral Evangélica, no dudó en responder que ella era la única capaz de proponerse á un pueblo deseoso de subordinarse á las leyes, y fiel á quien lo dirige. Esta es una gran confesión para confundir á los filósofos de nuestro tiempo, los cuales mientras declaman por el amor de la patria, la destruyen con la maldad de las máximas; ya que habilidad de gobiernos y práctica de máximas depravadas; amor de la patria y adhesión al vicio destructivo; buen orden de leyes y desenfrenos en quien debe observarlas, son cosas tan opuestas entre sí cuanto pueden ser el agua y el fuego, que se destruyen recíprocamente.

Estos son los verdaderos motivos que obligaron á las autoridades supremas de Mendoza á la necesaria reforma de su colegio y á vigilar atentamente las buenas costumbres y la buena disciplina de la juventud. Cuando supieron que se aproximaba á aquella ciudad el Vicario Apostólico, el cual podía facilitar sus buenas disposiciones, expidieron dos días antes de nuestra llegada algunos de

sus representantes al Rodeo del Medio para felicitar á Monseñor en su nombre; y después lo hubieran acompañado á la ciudad, donde habría encontrado las mismas autoridades y los dos cleros con las respectivas cruces para conducirlo procesionalmente con pompa y entrada solemne á la iglesia. Mas, no habiéndose esto realizado, porque llegamos dos días después, y de improviso, para dar una compensación á la falta de esta pública entrada, las autoridades mismas y el clero, apenas llegamos á Mendoza, rogaron á Monseñor que al día siguiente se dignara dirigirse procesionalmente á la iglesia Matriz y no salir de casa antes de este acto de su público recibimiento. Nosotros pues nos quedamos en casa, sin salir hasta el día siguiente, en que inmediatamente después del almuerzo se puso en movimiento toda la tropa, la cual á las 20 de Italia vino á formar en estrecha fila en el patio de nuestra casa, continuándola hasta la iglesia. Después vino todo el Cuerpo Diplomático y el clero, que se detuvo delante del portón, donde el cura dió á besar el crucifijo al Vicario Apostólico, y después le puso en las manos el Aspersorio, con el cual bendijo á todos, y se dió principio á la solemne procesión, que era animada por varias bandas de música y un coro de numerosos cantores y de otros instrumentos de música. El concurso y la aglomeración de gente fueron increíbles. Todas las calles, las ventanas y techos de las casas estaban llenos de gente. Por todas partes se veían cándidas banderas, y arcos de flores bellísimas adornaban las puertas de las casas. Muchas jóvenes doncellas nos acompañaban en dos filas con delicados cestitos, cubriendo la calle de flores cuando pasábamos por

ella. Flores se arrojaban de las ventanas, de los balcones y de los techos, y flores lanzaban los niños de las ventanas á la cabeza de Monseñor, el cual en traje de ceremonia estaba á la derecha del señor cura Godoy, vestido con gran pluvial, y lo precedía la milicia con el Estado Mayor de gran uniforme, todas las autoridades, del mismo modo, todas las corporaciones religiosas y todo el clero secular. El señor canónigo Mastai y yo íbamos después de Monseñor seguidos de un cuerpo de granaderos y de otros soldados á caballo; y en seguida un inmenso pueblo, que venía de todas partes.

Con este noble acompañamiento se llegó á la plaza de la iglesia Matriz, donde fuimos agradablemente sorprendidos á la vista de un grupo delicioso de arcos triunfales, formados con mirto y flores, que entre variados festones y mil delicadas guirnaldas y otros preciosos trabajos pendían de todas partes con caprichosa armonía.

Este grupo de arcos formaba como un pequeño templo sostenido por cuatro columnas, las cuales con sus arcos presentaban en el interior cuatro grandiosas entradas uniformes, por donde pasó Monseñor y todo su séquito; y así nos presentamos á la puerta mayor de la iglesia. Allí, en medio del vestíbulo, ocho de entre las principales familias y los principales miembros de la civil diplomacia, sostenían las varas de plata de un rico palio, á los lados del cual iban dos majestuosos sacerdotes y el sotacura de gran pluvial. Estos presentaron el Aspersorio al señor cura Godoy, quien lo pasó á Monseñor y éste roció con agua bendita, al clero, á las autoridades y á todo el pueblo; y después, recibido bajo palio Monseñor, con los asistentes

Godoy y el coadjutor, fué conducido al altar mayor, cantando los músicos el *Ecce sacerdos magnus* en tono majestuoso y patético. Hecha allí una ligera adoración al Santísimo Sacramento, el señor cura Godoy cantó en la parte de la Epístola el respectivo *Oremus* por la prosperidad de Monseñor, como Nuncio Apostólico. Después, subido allí también Monseñor, cantó el *Oremus* del *Protector* y dirigiéndose al centro del altar, dió allí la triple bendición; y publicada inmediatamente la indulgencia de cien días en la debida forma, se terminó la sagrada función.

Hecho esto, después de un breve descanso, Monseñor se sentó en la parte del evangelio, en una espléndida silla arzobispal, y allí admitió al beso de la mano al clero, las autoridades del Estado Mayor y los principales de la población. En seguida volvió procesionalmente á casa, donde dió las gracias y despidió á todos, menos á la tropa, y vestido como estaba, acompañado de Mastai y de mí, fué á hacer visita al Señor Gobernador, Don Pedro Molina, el cual vino en seguida á devolvérsela, según la etiqueta americana. Después, tomado un suntuoso refresco, en nuestra compañía, de helados, dulces y otras diversas cosas, volvió á su casa, conduciendo con él toda la tropa, que por tal motivo no se había movido de su puesto. El dicho Gobernador, para dar formalidad á la visita hecha á él por Monseñor, inmediatamente después del beso de la mano, se retiró privadamente á su casa, que estaba en un lado de la plaza enfrente de la Iglesia, y allí esperó que fuésemos á visitarlo.

Nos detuvimos nueve días en Mendoza. En el primer día inmediatamente después que llegamos, el Señor Cienfuegos hizo apresurar su comida, terminada la cual, se

fué á una casa de campo, no lejos de la ciudad, donde pasó la noche, para ponerse en camino á la mañana siguiente bien temprano hacia Santiago de Chile. Después de él comimos también nosotros y empleamos el resto de aquel día en las visitas que hicieron á Monseñor el clero y todas las autoridades, fuera del Señor Gobernador, que debía recibirla, el primero, en su casa. El segundo día fué consagrado enteramente á la descrita función, y á recibir antes y después las visitas de los principales caballeros y otros particulares de la ciudad. Los restantes días se emplearon en pagar las visitas que habíamos recibido, arreglar diversos negocios y administrar el sacramento de la Confirmación, tanto en casa como en la iglesia Matriz, donde fueron confirmadas cerca de mil personas, y fué conferida la primera tonsura á un joven. Fué mandado también un minucioso comunicado de nuestra misión, á la Corte de Roma, como se había hecho en San-Luis de la Puerta y en Buenos-Aires. El antepenúltimo día hicimos un paseo nocturno á una posesión de la señora doña Manuela Corvalán, al cual concurrieron el Señor Gobernador Molina, todas las autoridades civiles y militares y casi todo el Clero Secular y muchos de los Regulares también, con algunas de las principales familias de la ciudad. Nosotros fuimos la mayor parte á caballo, para ejercitarnos antes de pasar la Cordillera. Los caballos eran muy vivos y ricamente adornados con arreos americanos, de mucho valor, y anduvimos casi siempre al galope, animándose los unos á los otros por todo el camino de cerca de dos leguas. La diversión fué verdaderamente completa, por la alegre compañía, por el abundante refresco y por el doble galope de ida y vuelta, en el

cual nos parecían nada las fastuosas carreras del carnaval en Roma.

La mañana del penúltimo día fué toda empleada, parte en administrar la Confirmación, y parte en ver con atención las más bellas casas de la ciudad. Tales fueron, por ejemplo, la Plaza y el Colegio. La Fuente, que queda en medio de la Plaza, termina con la figura del Sol, el cual parece indicar al que viene de las pampas ser Mendoza el primer país, que puede decirse iluminado por el sol de los conocimientos y de la civilización. La Academia de Dibujo, arreglada en el Colegio del maestro francés mencionado, no me pareció apropiada para los jóvenes estudiantes, porque está llena de figuras de cobre sumamente indecentes. Colocado un joven ante aquellos cobres tan tentadores por su desnudez y actitudes y viéndose obligado á contemplarlos con atención, para copiar con exactitud todas sus partes, es moralmente imposible que no vacilen las débiles fuerzas de sus inclinaciones y que su delicadeza no quede ofendida. Estas fueron las reflexiones que no dejé de manifestar al Rector del Colegio, mientras se observaba aquella sala; haciéndole notar que el estudio de la naturaleza no es permitido más que á los jóvenes avanzados y de probada honradez, y que ni aún á éstos se les hace examinar ciertas desnudeces, las cuales pueden dañar las buenas costumbres; como lo probó David, que era hombre justo y hecho según el corazón de Dios, y no obstante, no pudo contenerse á la vista de una Betsabé en el baño; también Sansón era fortísimo y favorecido por Dios en mil peligrosas empresas, y asimismo fué vencido por las formas y las gracias de una Dalila; también

Salomón era muy sabio y de gran prudencia infundida en él por Dios mismo, y, sin embargo, peca sensualmente y se hace idólatra. ¿Quién hubiera podido imaginar que estos cedros del Líbano, estas fuertes columnas, miserablemente cayeran con los seductores atractivos de la lisonjera naturaleza? Si han caído los cedros del Líbano y las más fuertes columnas que Dios mismo había escogido para sostén de su pueblo predilecto, ¿qué cosa debemos esperar de un vacilante jovencito, el cual, lleno de vivacidad y de sentido y con gustos todos mundanos y orgullosos, se pone á contemplar los objetos más seductores y agradables, con el fin de copiar sus minuciosas partes para poderlas después imitar? ¡Cuánto mejor sería que la juventud en general nada supiese de ciertos estudios, que tanto se recomiendan hoy para que todo el mundo se deprave y se corrompa con ellos! El indicado estudio de la natura no se debe abandonar por el hombre, porque le es sumamente necesario; mas debe cultivarse por aquellos solamente que tienen necesidad de hacerlo: y debe siempre hacerse con la debida reserva que nos prescriben la prudencia y la sana moral, para no exponer en ello nuestras débiles fuerzas.

Yo estoy convencido de que mis reflexiones no agradarán á nuestros jóvenes á la moda. Estas, por lo demás, son justas é incontrastables; porque nosotros tenemos una naturaleza demasiado débil, y mudar de naturaleza, dice el Metastasio (1), es empresa demasido fuerte, y no fácil para la incauta juventud.

Pero acordémonos que no hemos aún comido y que es

(1) Metastasio, Muerte de Abel, part. 1.

también éste un estudio interesantísimo del natural. Dejada pues la Sala de Dibujo, regresamos á casa, donde el cocinero, que era un excelente catedrático en cuanto á cosas naturales, sabía obtener en todo la quinta esencia de la bondad, nos había preparado aquel día un suntuoso almuerzo, con exquisito gusto; y yo preferí sus lecciones á todas las otras que había recibido de mi Hany, de Buffón, de Plinio y de otros ilustres naturalistas. En seguida de una buena siesta, que es otro estudio de la natura, igualmente interesante después de una buena comida, para convertir, á fuer de buenos discípulos, en jugo y en sangre las trabajadas lecciones del cocinero, se hizo un paseo en coche y después regresamos á casa para asistir al solemne refresco que debía coronar todas las lecciones de aquel día.

Este particularísimo refresco nos fué dado por el Supremo Gobierno, en casa del alcalde don Clemente Venegas. Nosotros fuimos á él á la una de la noche acompañados por la banda de música, el Cuerpo Diplomático y los dos Cleros, y encontramos reunidos en la casa quinientos ó seiscientos invitados. El refresco estaba preparado en el jardín, donde se veían diversas filas de largas mesas, sobre las cuales relucían la grandiosidad, el buen gusto y la suma abundancia en cada clase de exquisitos licores, pasteles, dulces muy finos y delicadísimos helados; y todo el jardín y su patio interior, á imitación de la gran cena de Asuero, presentaban una regia decoración, en la cual figuraban suspendidos por todas partes fanales de plata y grandiosas arañas con velas de cera, las cuales iluminaban la sala y todas las otras habitaciones de la casa.

De toda esta abundancia, yo probé poquísimas cosas; me

agradaron, por otra parte, muchísimo la reunión de tantas personas distinguidas, el aparato, la magnificencia, la variedad de la música y las particulares distinciones que nos fueron hechas por los convidados. Sólo no pude persuadirme de la sinceridad de las muchas poesías que pendían en caracteres bellísimos, en los ángulos de todas las mesas; y me confirmé en mi pensamiento, cuando vi que poesías escritas en su mayor parte contra el liberalismo, se recitaban enfáticamente en una fiesta que daban á nosotros los liberales; y el Secretario de ellos era quien las recitaba. Me persuadí, por tanto, de que era aquél un medio para descubrir nuestra manera de pensar en política, acordándome bien de la lección de Horacio (1). Así es que callé siempre cuando aclamaban los otros con aplausos la enfática lectura de aquellas estudiadas poesías, y me sentía arder las entrañas cuando alguno de nosotros las aclamaba, batiendo las manos con los otros, por mi perdonable simplicidad. Yo aplaudía, sí, mas con grande moderación, para los mismos fines de política, las poesías indiferentes y las que contenían los simples elogios del Papa, del Vicario Apostólico de Chile y otras semejantes, las cuales no tenían relación alguna con el liberalismo y la manera de pensar en cuanto á opiniones políticas.

Después del refresco se dió principio á una magnífica

---

(1) Reges dicuntur multis urgere culullis
Et torquere mero quem perspexisse laborent
An sit amicitia dignus... Hor. Art. Poet.—Lo mismo nos enseña Salomón: Quando sederis, ut comedas cum principe, diligenter attende quae apposita sunt ante faciem tuam; et statue cultrum in gutture tuo, si tamen habes in potestate animam tuam, ne desideres de cibis ejus, in quo est panis mendacii. Lib. Prov. c. 23, v. 1.

fiesta de baile, que fué continuada hasta el día. Nosotros, antes que ésta comenzase, nos retiramos á casa, acompañados del señor cura Godoy y de otros sacerdotes. Yo recibí, antes de partir del refresco, todos los originales de aquellas poesías, algunas de las cuales van aquí citadas en el propio idioma, para que quien lo comprenda pueda sacar de ellas la actual ilustración de Mendoza en las ciencias. Hélas aquí.

A Nuestro Señor León XII

SONETO

Un león guarda tu puerta, Iglesia santa,
Que de ab æterno estaba destinado
En la piedra angular, donde sentado
El augusto edificio se levanta.
Ese león á tu enemigo espanta
Y desde el Vaticano sosegado,
Lanza el rayo tremendo, que esforzado
Allá en su obscuro imperio le quebranta.
Oh gran Leon doce, de virtud modelo,
Cabeza de la Iglesia Militante,
Que á costa del trabajo y del desvelo
La mantienes, Señor, siempre triunfante;
El pueblo de Mendoza ruega al cielo,
Que halla en ti su columna más constante.

D. JO: MUZI SUÆ SANTITATIS NUNCIO
MUNICIPIA CIVITATIS MENDOZÆ
Nos romano praesuli obedientes
Semper proclive ultra, et citra,
Tibi Legato, illo remittente,
Agimus grates.
Respice, pater, Populo Menduzio,
Populares omnes tibi deprecamur;
Exora Deum, ut discolos omnes
Puniat Praetor.
Non credas, Pater, quae tibi sinistra
Voce deferre ausi sunt incerti:

Omnes constantes tibi dicemus:
Protege Urbem.

Al mismo Señor

SONETO

Reverente el Cabildo de Mendoza
Este obsequio te ofrece agradecido,
Porque eres la paloma que ha traído
La oliva de la paz, en que hoy reposa.
La borrasca tremenda y espantosa
Ya sumergir la nave había querido;
Huyó, y hasta el error despavorido
Va á tu presencia en fuga vergonzosa.
Por tanto bien el pueblo te bendice,
Y aún el magistrado que hoy se afana,
Se cuenta en obsequiarte por felice.
El, lleno de alegría más que humana
Y ardiendo en santo celo, humilde os dice:
A quien viene por Dios alegre hosana.

Por la muerte de Pío VII

IDILIO PRIMERO

¿Cuál clima, por remoto y escondido,
Se escapó á tu cuidado?
Ni cuál país te fué desconocido
Que fuese por cristianos habitado?
Tu corazón sublime supo el arte
De velar como Dios en cualquier parte.
Desde la helada Escitia hasta los Andes,
Se hizo sentir tu celo,
Las distancias más grandes
Nada son á tu anhelo,
Tu amor en todas partes se revela,
El hace en todo el mundo centinela.
Díganlo Francia, Italia y la Saboya,
La Alemania, la Prusia y por Toscana
Dígalo el mismo obispo de Pistoya,
Cuál fué tu celo por la fé cristiana.

Por fin dígalo Chile agradecido;
Y el mundo sabrá el Papa que ha perdido.
¿Por qué, muerte feroz, con cruda saña,
Traidora y homicida,
Esgrimiendo tu bárbara guadaña,
Cortaste el hilo á tan preciosa vida?
¿En qué te han ofendido los mortales,
Que así el colmo pusiste á todos males?

IDILIO SEGUNDO

Peregrino pastor te vió la Francia,
Lleno de caridad y de amor tierno,
Atravesar la Italia lleno de ansia,
Expuesto á los rigores del invierno,
Al oír que tu rebaño es invadido
Y del León del infierno es perseguido.
En tu edad avanzada, más ligero
Que el águila á quien matan el polluelo
Al oír el eco lastimoso,
Corre precipitosa en veloz vuelo:
Tu caridad no supo detenerse
Al ver á tus ovejas por perderse.
Llegaste, y tu presencia dió el reposo
A la grey afligida y vacilante.
Al aprisco las llevas amoroso
Sin perder un instante
Y al verlas ya sin riesgo en ese día
En llanto les demuestras tu alegría.
¡Qué espectáculo digno del asombro
Nos ofreciste, Venerable Anciano,
Poniendo sobre tu hombro
La oveja descarriada por tu mano!
¡Qué prueba al mundo diste tan palpable,
De que eras un pastor inimitable!

Por el mismo

SONETO

Bajo ese mármol frío, oh caminante,
Se encierra en poco polvo desatado,
Uno que fué de todos admirado,
Desde el remoto Ocaso hasta el Levante.

No le holles, nó; no pases adelante,
No quieras perturbar su sueño usado:
Ni también de tus plantas profanado
Se vea ese depósito brillante.
Necesario es que mires dónde pisas,
Que aúnque el mármol sacro ahora entierra
Y así cubiertas queden las cenizas,
Del grande Pío son las que él encierra;
Y advierte que ese mármol, que divisas,
Por respeto postrado, él queda en tierra.

CAPÍTULO V

Viaje de Mendoza hasta Santiago de Chile

El día 24 de Febrero fué el último de nuestra permanencia en Mendoza. En ella á las 20 de Italia subimos al coche y fuimos á dormir á una casa de campo, distante cinco leguas de la ciudad. La conmoción del pueblo fué grandísima. Todas las campanas de las iglesias sonaban, lo que indicaba al pueblo que era necesario rogar por alguna necesidad, la cual era que Dios nos diese un feliz viaje, como nos explicó el señor cura Godoy, que se encontraba en nuestra compañía. Nos acompañaron también otras personas de ambos cleros, el alcalde, el secretario del señor Gobernador Molina y otros empleados con algunas de las principales familias de la ciudad. Todo este séquito partía de nuestro alojamiento ya avanzada la noche, cuando se vió llegar un padre Dominicano, mandado desde la provincia de San Juan de Cuyo al Vicario Apostólico. El venía para asuntos interesantísimos de su Convento, por lo cual le fueron inmediatamente despachados los rescriptos que necesitaba, y se volvió en seguida. Nosotros, entre

Ni cuidado ó antojo de avariento
En mi tranquilo pecho nunca alberga.
Apago yo la sed en aguas claras,
Sin temer que veneno las rocíen,
Y este rebaño y huertecillo ofrecen
Las provisiones á mi parca mesa,
Pues poco deseamos y nos basta
Poco también para un vivir modesto.
Son hijos míos estos que os señalo
Guardianes del redil: siervos no uso.
Así yo vivo en solitario claustro
Viendo ciervos saltar y las delgadas
Cabritas, en el río bullir peces,
Y hasta el cielo volar las avecillas.
El tiempo ya pasó, (cuando más sueña
El hombre, la niñez) que otros deseos
Yo tuve y, desdeñando mi rebaño
Apacentar, dejé el nativo suelo:
Y en Menfis viví un tiempo, y en la Corte
Entre siervos del rey fuí colocado.
Y aunque sólo guardián de los jardines,
Conocí los inicuos palaciegos.
Y sostenido de esperanzas vanas,
Sufrí por largo espacio sinsabores;
Pero después que con la edad florida
Juntamente faltaron esperanzas,
Con llanto recordé mi vida humilde,
Y suspirando por la paz perdida,
Exclamé: Oh Corte, adiós. Y retornando
A los bosques amigos, he pasado
Feliz los días.

T. Tasso—Jer. Lib. Can. VII.

A la distancia como de media legua de Santa-Rosa vinieron á nuestro encuentro improvisamente el Gobernador de aquel lugar, el Cura, el Clero y todos los Religiosos con otras principales familias, los cuales nos condujeron inmediatamente á la iglesia, donde fué cantado el himno Ambrosiano y las acostumbradas preces, después de las

cuales, Monseñor, cansado, en traje de viaje y empolvado como estaba, por la sorpresa, subió al altar y terminó la función de la entrada solemne con la triple bendición. Después nos acompañaron á la casa del Señor Cura don Juan Francisco Meneses, el cual nos trató aquellos dos días con magnífica cordialidad.

La villa de Santa-Rosa es así llamada á causa de Santa Rosa de Lima, que es su protectora, y á quien está dedicada la iglesia parroquial. Antiguamente se llamaba la villa de los Andes, y consistía en pocas cabañas, que servían de reposo á los pasajeros, los cuales iban ó venían de la cordillera. Hace treinta años, el señor don Ignacio Meneses, padre de dicho Cura, llevó allá muchas familias para el cultivo de sus terrenos; éstas, animadas y socorridas por el mismo señor Meneses, se unieron á otros muchos colonos de las inmediatas campiñas, y, demolidas las antiguas cabañas, construyeron nuevas casas, en forma de ciudad. La villa al presente se ha extendido mucho y cuenta con cerca de mil quinientos habitantes. Su construcción es según el gusto general de toda la América, con las calles en línea recta, cortadas en manzanas de 4.096 toesas cada una. Tiene una bella iglesia suficientemente grande, y muy bien cuidada. Su plaza comprende un cuadrado entero con pequeñas casas muy decentes y limpias, que embellecen los costados. También las otras casas del pueblo, en su pequeñez, no carecen de limpieza y de decencia, con los techos formados con tejas de horno, como se usa en Italia. Todos los alrededores del país presentan una vasta llanura de campiñas fertilísimas y bien cultivadas, las cuales, de la parte del mediodía, terminan en una cadena de montañas

que derivan de la cordillera. Por otra parte, siendo montañas bastante bajas y situadas á mucha distancia, no impiden en nada la libre ventilación ni embarazan mucho la vista de aquel agradable horizonte. El clima es bastante templado, y el aire puro y balsámico. Nosotros nos entretuvimos en aquel agradable sitio todo el día dos de Marzo á fin de descansar de las fatigas de la cordillera, en casa del señor Cura Meneses. Este óptimo presbítero, después de haber ejercitado por varios años la carrera de abogado y desempeñado con méritos diversos altos puestos diplomáticos en su patria, habiendo perdido á su mujer, resolvió hacerse sacerdote. Se había retirado á Santa-Rosa, para hacer una vida más tranquila, dedicándose á la instrucción de aquel pueblo. El obtiene en su cargo cerca de cuatro mil escudos al año. Una gran parte de ellos, como no tiene él necesidades, los emplea en ayudar á los pobres y en el decoro de su iglesia. De lo cual resulta que, uniendo á sus buenas cualidades personales la virtud de la liberalidad con las personas indigentes, y también en aumentar el culto de Dios, con el decoro de su casa, se hace amar de todos. Yo, todas las veces que lo veía, pasaba con él momentos muy agradables, por sus afables maneras; y cuando venía á verme á casa, cuando los otros descansaban en las horas de calor, no me cansaba jamás de escucharlo en todo género de discursos. Penetrado por tanto de la singularidad de sus méritos, no he podido negarle este público testimonio, como un acto de pura justicia que le es debido.

Partimos de Santa-Rosa la mañana del tres, acompañados del señor Cura Meneses y de otras personas que

nos siguieron por más de una hora. Allí, renovados los debidos cumplidos al óptimo señor Cura y á los otros, continuamos el camino con los religiosos y varios nobles de Santiago, que nos habían venido á encontrar á Santa-Rosa para allí presentar sus respetos á Monseñor, en nombre del Supremo Gobierno de Chile. El camino es bueno hasta donde empieza á subirse la pequeña cordillera de Chacabuco, que es una continuación de la cordillera grande. Allí empieza el camino malo, y en algunos lugares de su bajada es también peligroso. Pasado este resto de la cordillera, se entra en el gran valle de Chacabuco, donde el día 12 de Febrero del año 1817 el General San-Martín, llegado improvisamente por el camino atravesado por nosotros, mientras los realistas lo esperaban en otra parte, á donde para usar de una estratagema había dirigido su guarnición, atacó al ejército español y mató más de setecientos combatientes, confundió y dispersó á todos los otros, que fueron perseguidos hasta el estrecho de los dos montes llamados las Boquetas, donde ordenó á los suyos que se detuviesen. Fué ésta una de las dos victorias del General San-Martín, las cuales decidieron la libertad de Chile y de toda la América Meridional. La otra victoria fué la obtenida en Maipú, la cual fué muy sangrienta y verdaderamente decisiva, puesto que el ejército español por algunas pequeñas ventajas reportadas pcr incuria de los chilenos después de la batalla de Chacabuco, habiendo recogido todas sus fuerzas, marchó hacia Santiago y se acampó en la vasta llanura de Maipú detrás de una colina á la distancia de pocas millas de la ciudad. Los chilenos reunieron también sus soldados y en número de cerca de tres mil, muy

inferior al de los españoles, se dirigieron al campo, bajo la dirección del General San-Martín.

La batalla fué sangrienta, respecto al número de las tropas; y se combatió de la mañana á la noche sin interrupción alguna. En la ciudad, no sabiéndose nada del resultado de aquella importantísima jornada, en la cual se combatía decisivamente por los chilenos, y para vivir todos libremente ó para quedar todos sobre el campo de defensa de la patria, las Supremas Autoridades, el Magistrado y todo el Cuerpo Diplomático palpitaban por su suerte, entre el temor y la esperanza; y toda la ciudad estaba tristemente impresionada y silenciosa. Estaban cerradas las oficinas, desiertas las calles y plazas; y todos los ciudadanos, reunidos en los templos públicos y en los oratorios privados, dirigían al gran Dios de los ejércitos las más vivas súplicas y los más fervientes votos por el buen éxito de aquella importante batalla, que debía decidir de la suerte de Chile. Ya el sol declinaba al ocaso, y ninguno pensaba en el necesario sustento, cuando, por disposición de Dios, que había oído los clamores de sus piadosos Ministros y de todo el pueblo chileno, se sintió de improviso en una iglesia cierto sonido festivo. Creyó cada uno ser aquélla la señal de la victoria alcanzada. Al momento se suelta la voz á las otras campanas de todas las iglesias, anunciando las mismas, con sonidos acordes, el triunfo de la Patria: todo el pueblo en confusión, sin distinción de edad ni de sexo, salió en grandísimo número de la ciudad al encuentro de los vencedores y llegó al campo en el momento más formidable de la batalla y cuando ya el árbitro de la guerra, la caprichosa Fortuna, abandonado su espíritu de indiferencia con

que había mirado hasta aquel punto los dos ejércitos de los furiosos combatientes, se había unido á los españoles y ya se decidía la victoria. Mas, cuando los españoles divisaron de lejos tanta muchedumbre, creyeron que toda la ciudad se había armado contra ellos y que corría en masa para llevarles la desolación y el exterminio. Perdieron el ánimo y no pensaron en otra cosa sino en la simple defensa de la propia vida y en salvarse con la fuga. Al contrario, los combatientes chilenos, que no se habían jamás abatido, reanimaron su valor y, con ánimo fiero, avanzaron con las bayonetas caladas, contra sus enemigos, como otros tantos leones. Rompieron las filas, descomponiendo todo el orden militar, y, penetrando en el interior del campo, hicieron una sangrienta carnicería. San-Martín atacó personalmente á Osorio, general de las tropas españolas, batiéndose pecho á pecho con él: lo hirió con varios golpes y de tal modo lo atemorizó, que Osorio, abandonándose á una vergonzosa fuga, galopó precipitadamente toda la noche y gran parte del día siguiente, y no paró sino después de haber corrido 120 millas, dónde no había ya temor del enemigo. Los españoles fueron absolutamente derrotados. Cerca de dos mil murieron sobre el campo, cuya sangre corría en arroyos por la estrechez del lugar donde ocurrió aquel horrible estrago: otros tres mil fueron hechos prisioneros, y los restantes se dispersaron por las montañas, sin poderse jamás reunir. De esta manera, por medio de una campana pequeña, tocada para exclusivo uso de una iglesia, triunfó el ejército chileno y restituyó á su patria el día 5 de Abril, en el que se solemniza cada año su memoria, aquella libertad que Pedro Valdivia le

había quitado, cuando en el mismo día, en el año 1541, como dicen los chilenos, plantó sus reales sobre el Mapocho, donde erigió después la ciudad de Santiago.

¡Cuán fuerte y poderoso es el entusiasmo de una nación empeñada en su propia defensa! En aquel día 5 de Abril los chilenos estaban decididos á librarse de las tropas españolas ó morir todos combatiendo contra ellas. Este ejemplo reciente de Chile contra los españoles, y el otro no muy remoto de los mismos españoles contra Bonaparte, que allí sacrificó casi todas sus tropas sin poderlos dominar, deben servir de aviso á los tiranos, para que se guarden de reducir los pueblos á la desesperación y al extremo de sus miserias.

Dios, que es protector de los infelices, no permite jamás la opresión y el exterminio en las indicadas circunstancias. Si se muestra soñoliento hasta que quiere ver castigados á los malos, se despierta en seguida irritado como un león, á los tristes clamores de todo el pueblo; y hace entonces conocer que es Él solo el verdadero Dios de los ejércitos, en cuyas manos están las suertes de cada uno, y que es terrible su nombre aun para los Monarcas de la tierra y los poderosos todos que no le temen. La his toria de nuestros padres está llena de tales hechos, y es inútil referirlos aquí, ya que ninguno ignora que en los casos extremos se intentan también las extremas empresas: y se despierta en todos un entusiasmo, contra el cual es fatalísima cosa el combatir. En los casos desesperados, el hombre altamente irritado se hace terrible aún al sucumbir.

Mas es tiempo ya de salir de Chacabuco. Desayunamos

al final de aquel gran valle en una casa rústica de los antiguos Misioneros Jesuítas, los cuales tenían allí una rica propiedad de cerca de tres mil y más cuadras de óptimo terreno. Tales propiedades no faltaban á los dichos Padres, y más grandes aún en las más deliciosas comarcas de América. Por otra parte, sus mejores posesiones por fertilidad y situación, estaban en el Paraguay, que era una mina de oro para ellos, y con ésta y otras muchas rentas que tenían en todas partes de la tierra pudieron hacer tantas construcciones sorprendentes y mantener por todas partes tan prodigioso número de piadosos obreros, que con la instrucción pública y con la predicación evangélica se hicieron á todos sumamente útiles. Empleaban sus rentas también en beneficio de los indios mismos, para facilitar la conversión, con los beneficios de la alimentación, ya que sabemos por todos los misioneros que uno de los medios más eficaces para llamar á aquellos salvajes á su conversión, es agasajarlos con la alimentación, durante las instrucciones y los sermones. Así también San Juan nos recuerda que las turbas seguían á Nuestro Señor no tanto por los milagros que hacía, cuanto porque los había alimentado en el desierto con la multiplicación de los panes (1).

De la mencionada propiedad de los Jesuítas se pasó enseguida á Peldehue, propiedad muy importante de los Padres Dominicanos Recoletos de Santiago de Chile. A las faldas de dos montañas que se reúnen en un lado de aquella propiedad, lejos casi ocho leguas de la Metrópoli, se

(1) Quæritis me, non quia vidistis signa, sed quia manducastis ex panibus, et saturati estis. Evang. Cap. 6, v. 26.

encuentra una grandiosa construcción de los mismos Padres Dominicos, dentro de la cual se sostienen, con comodidad para todos, dos baños minerales: uno de agua caliente natural y el otro de agua fría, que es natural también. Estos baños, que suelen ser muy eficaces para muchas enfermedades, se toman en el agua, tal como sale de los respectivos conductos de la montaña y es permitido á todos aprovecharla sin gastar nada, fuera de algunas pequeñas gratificaciones á quien tiene en custodia la construcción y los diversos cuartos de los bañistas. Los cuidados de los Dominicos Recoletos de sostener allí unida á los baños una grande hospedería con su iglesia para comodidad de todos los chilenos sin percibir ningún beneficio, son sumamente laudables y muestran el verdadero espíritu religioso, cual es el de ser útil á todos.

De Peldehue pasamos á dormir á Colina, adonde llegamos después de la una de la noche. Allí encontramos con mucha sorpresa que su cura nos estaba esperando con el Clero, de capa pluvial, á cierta distancia, para introducir procesionalmente y con solemnidad de rito, á su iglesia al Vicario Apostólico. En ésta, cantado el Tedéum y las acostumbradas preces, el Vicario Apostólico, cubierto de polvo como estaba por el viaje, subió al altar y con la triple bendición dió fin á la sagrada ceremonia.

Colina es un pequeñísimo pueblo de gente de campo, que habita diseminada aquí y allá en las casas rurales de las propias posesiones. Nosotros fuimos recibidos por el Señor Cienfuegos en una cómoda casa de una señora enferma, que él estaba asistiendo y de quien recibió después

una herencia de cerca de sesenta mil escudos. En aquella casa dejamos al Padre Prior de los Dominicos Recoletos, Fr. Matías Fuenzalida, hombre de singular virtud. y á los otros señores que vinieron á encontrarnos á Santa-Rosa. También nuestros compañeros chilenos continuaron el viaje para Santiago, y nos quedamos solamente en Colina Monseñor, Mastai y yo. El Señor Cienfuegos nos obligó á permanecer allí tres días, para tener ocasión de reposar mejor, y porque en Santiago no estaban todavía dispuestos á recibirnos con pompa y entrada solemne, como todos ellos lo deseaban. En aquellos tres días fuimos tratados por el Señor Cienfuegos con mucha generosidad y esplendidez con relación á la comida; mas, en cuanto al dormir, yo y Mastai debimos echarnos en tierra, como se hizo en la cordillera y en todas las pampas, cosa que no estaba en relación con la suntuosidad de las comidas; tanto más que, deteniéndonos allí para descansar, teníamos mayor necesidad de restablecer nuestros miembros, que las faltas del vientre que no existían de hecho. En los grandes viajes hay que sufrir, y la caprichosa variedad es lo que agrada á veces por las sorpresas que nos proporciona. ¡Valor! nos dijo Monseñor, al ver echarnos por tierra como las bestias, para pasar la noche en una de las casas más ricas de Santiago, donde, como he dicho, el Señor Cienfuegos nos esperaba para hacernos descansar. Son éstas, decía él, las últimas pruebas, en las cuales no conviene desanimarse.

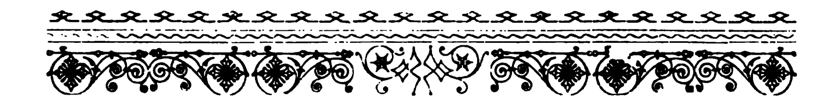
El día seis, después de tres noches, de este comodísimo reposo, se hizo un espléndido almuerzo; y después, por disposición del Señor Cienfuegos, él y Monseñor, vestido en hábitos de ceremonia, se colocaron solos en dos calesas di-

versas: Mastai, yo y los otros montamos á caballo y, galopando casi siempre, nos dirigimos á Santiago. El camino de Santiago á Colina es de cerca de seis leguas, muy bueno, plano y suficientemente espacioso. Las campiñas son de una tierra fertilísima, la cual, cuando es bien cultivada y no sufre alguna desgracia, da hasta ciento veinte y á veces ciento cincuenta por uno. Hasta Santiago se camina siempre entre dos cadenas de montes, los cuales, por lo demás, están á mucha distancia. También después de Santiago hay otra cadena de montañas, las cuales, siendo una continuación de la cordillera, son muy elevadas y defienden la ciudad de los vientos de mediodía y de levante. Por otra parte, quedan tan lejos de la población, que hay necesidad de recorrer varias leguas para llegar á las más vecinas; y las otras desaparecen de manera que dejan la ciudad en una espaciosa llanura con horizonte abierto y risueño por casi todas partes.

Por disposición del Supremo Gobierno, no se entró aquella tarde á Santiago; mas nos detuvimos en el Convento de los Padres Dominicos Recoletos, á donde llegamos de noche, acompañados de varios coches y de muchos señores á caballo, que habían venido á recibirnos. Se entró inmediatamente á la iglesia, donde Monseñor fué recibido procesionalmente; y, cantado el himno Ambrosiano, con las preces de costumbre, terminó la solemne ceremonia con la triple bendición. Después, dejándonos á Mastai y á mí en el Convento, Monseñor, en un magnífico coche del Gobierno, acompañado por el Señor Cienfuegos y el Señor coronel don Juan Gómez, Ayudante del señor vice-director Supremo Errázuriz, se dirigió á la ciudad á hacer

visita de etiqueta al Señor Ministro de Estado don Mariano de Egaña. Después de una hora, volvió atrás y pasó la noche con nosotros, en el mismo Convento de los Dominicos Recoletos.





APÉNDICE

Del orden de las Postas de Buenos-Aires hasta Santiago de Chile

	Leguas
Morón	5
Santos-Lugares	53
Conchas	3 1/1
Arroyo de Pinazo	4
Pilar	4
Cañada de la Cruz	5 1 1
Río de Arces	4
Cañada-Honda	8
Cañada-Vellaca	4
Río Arrecife	4
San-Pedro	5
Las-Hermanas	8
San-Nicolás	7
La-Calzada	8
Arroyo de Pavón	4
Arroyo Seco	4
Rosario	5
Manantial Horquetas	5
Candelaria	4
Desmochados	6
Arequito	4
Esquina de la Guardia	4
La-Crociada	2
Cabeza del Tigre	3
Esquina de Lobatón	4
Saladillo	4
Fraile-Muerto	12
Tres-Cruces	3
Esquina de Medrano	3
Arroyo de San-José	6
Cañada de Lucas	4
Punta de Aguas	5
Santa-Bárbara	7
Tegua	2
Corral de Barrancas	3
Tambo	4

	Leguas
Aguadita	2
Barranquita ó Chañaritos	3
Achiras	3
Portezuelo	2
San-José del Moro	7
Río Quinto	12
San-Luis de la Punta	12
Laguna del Chorrillo	7
Desaguadero	17
Tortuga	4
Corral de Cuero ó Pirgua	5
Corocorto	6
Dormida	6
Catitas	5
Rodeo de Chacón	7
Retamo	9
Rodeo del Medio	7
Mendoza	5
Villavicencio	15
Uspallata	14⅓
Polvareda	10
Paramillos de las Cuevas	11
Las Calaveras	1 1/1
La Cumbre ó la Iglesia	2
Juncal y Laguna del Inca	2½
Los Ojos de Agua	5
Guardia-Vieja	3
Guardia-Nueva	6
Villa de Santa-Rosa	8
Colina	19
Santiago	6
Total de las leguas	405⅓

En la nota de las postas de Buenos-Aires á todas las partes de América publicada en el almanaque de 1824, que se publica en la dicha ciudad, muchas distancias no corresponden á las de este Apéndice. Yo creo que esto proviene de error de imprenta ó del mismo periodista, ya que en la dicha nota, después de la enumeración de todas las postas recorridas por nosotros, se dice que Santiago de Chile está distante de Buenos-Aires 404 leguas, cuando reunidas forman un total de cerca de 430 leguas. Yo, por otra parte, que tenía siempre en las manos la dicha nota, no me decidí nunca á variar ninguna distancia sin haber primero consultado á los empleados de correo y al Director de nuestro viaje. Por la duración del camino, consideraba yo evidentemente que las distancias por mí variadas debían ser realmente diversas de las de la nota, la cual concluyo por esto, que está sin duda equivocada por error de imprenta ó del mismo periodista.





LIBRO TERCERO

LA ENTRADA Á SANTIAGO DE CHILE, DESCRIPCIÓN DE ESTE ESTADO Y DE SUS CASAS DE MISIONES.

CAPÍTULO I

De la entrada á Santiago de Chile y de las demostraciones recibidas en esta ciudad.

La mañana del siete de Marzo, el Vicario Apostólico recibió la visita de cumplimiento de Monseñor José Ignacio Rodríguez, Obispo de Santiago, y de muchas otras personas. Después, una hora antes del mediodía, llegaron dos carrozas del Gobierno, en una de las cuales, ricamente decorada y tirada por cuatro pintorescas mulas, se colocó Monseñor, al cual acompañaba el señor Coronel D. Juan Gómez; y á la otra, también tirada por cuatro mulas, subimos Mastai y yo, acompañados del Sub-secretario de Estado. Una larga comitiva de otros carruajes y señores á caballo, nos seguían de cerca: y con este tren se entró

á la ciudad en medio de una numerosa multitud de pueblo, que se agolpaba de todas partes, por cerca de una media legua de camino, desde la Recoleta Dominicana hasta el Palacio Directorial, que está en la gran plaza de la catedral; haciéndonos cordón á ambos lados un numeroso destacamento de caballería. En la gran sala del Palacio Directorial encontramos reunidas todas las Autoridades Eclesiásticas, Civiles y Militares; todo el Clero Secular con Monseñor Obispo Rodríguez, y muchos de los Regulares con sus jefes respectivos. Se hizo, pues, la acostumbrada ceremonia del recibimiento de Monseñor Vicario Apostólico, como Nuncio de Su Santidad, cerca del Supremo Gobierno de Chile; y después fué leído el Breve de Nuestro Sumo Pontífice León XII dirigido al Supremo Representante de Chile, el Excelentísimo Señor Don Ramón Freire, representado por el Señor Don Fernando de Errázuriz, el cual en seguida lo hizo inscribir y publicar en el diario de Santiago, según las costumbres de América. (1)

---

(1) Leo PP. XII.

Dilecto filio Raymundo Freire, publicarum rerum in ditione chilensi in præsens Supremo Moderatori.

Dilecte Fili, salutem et Apostolicam Benedictionem.

" Sanctissimus prædecessor noster Pius Papa VII præterito laben-
" te anno, á dilecto Filio Josepho Ignatio Cienfuegos coram acce-
" pit, ob exortas temporum vicissitudines, Ecclesiasticas res ma-
" xima isthic in perturbatione versari, simulque ab eo intellexit,
" flagrantissimo fideles istos Populos desiderio teneri, ut aliquis
" istis in regionibus adesset qui omnia Sanctæ Sedis nomine præ-
" sens cognosceret et ad Sacrorum Canonum præscriptum, germa-
" namque in Ecclesia vigentis disciplinæ indolem, omni studio resti-
" tueret atque componeret. Quibus profecto auditis, egregiam hanc
" populorum istorum voluntatem non modo plurimum in Domino
" duxit collaudandam, verum etiam ad paternam illam sollicitudi-

Después de la lectura del Breve fueron renovadas las demostraciones de agradecimiento y de estima hacia Su Santidad, en la persona del Vicario Apostólico, y después fuimos procesionalmente á la Catedral. Los dos Cleros con las respectivas Dignidades, el Estado Mayor y todo el Cuerpo Diplomático escoltado por los Coraceros, marchaban adelante en óptima disposición; seguían á éstos en traje Episcopal el Vicario Apostólico, á la derecha del Ordinario de Santiago Monseñor Obispo Rodríguez, después Mastai y yo, con dos Maestros de Ceremonias; después un grupo de Granaderos y otro de caballería, la cual se quedó formada delante de la puerta de la iglesia, en

---

" nem, et charitatem, qua, ex injuncto divinitus Romanis Ponti-
" ficibus Apostolatus officio, universum Dominicum gregem quan-
" tumvis licet a Romana Sede locorum intervallo disjunctum, pas-
" cere debent, omnino pertinere arbitratus est, ut quibusvis hac in
" re rationum momentis posthabitis, populorum istorum calami-
" tatum spiritualium subsidio veniret eaque ipsis adhiberent reme-
" dia quæ æternae animarum saluti prospicerent, atque ad reli-
" gionem tuendam promovendamque conducerent. Itaque vene-
" rabilem Fratrem Joannem Muzi Archiepiscopum Philippensem
" ad remotisimas istas regiones mittere decrevit, tamquan suum et
" Apostolicæ Sedis in tota Chilensi regione vicarium eique prop-
" terea amplissimas illas contulit facultates, quibus instructus
" tam pium atque Ortodoxae Fidei salutare opus urgere, et Do-
" mino benedicente, ad optatum exitum perducere valeret. Verum
" Deo sic disponente, factum est, ut antequam Archiepiscopus Phi-
" lippensis Italiam relinqueret, Summus Pontifex bonorum om-
" nium desiderio fuerit ereptus, ac Nos, nullis licet Nostris meritis
" ad Supremi Pontificatus apicem extolleremur. Vix autem Supre-
" mam hanc Beati Petri Cathedram ascendimus, nihil magis cordi
" fuit Nobis, quam ut fidelibus istis Populis paternam charitatem
" nostram ostenderemus. Itaque universas facultates, quas Præ-
" decessor noster Eidem Venerabili Fratri contulerat, auctoritate
" etiam nostra confirmavimus, Eique in mandatis dedimus, ut
" cum isthuc pervenerit, amoris et consolationis verba, nostro
" nomine fideles istos Populos alloquatur. A præclara quam ani-

medio de la tropa de línea que formaba una parada de dos filas en toda la calle. Al entrar á la Iglesia, los cantores entonaron el *Ecce Sacerdos*, etc., con música majestuosa y alegre. Hecha después una visita al Santísimo Sacramento, fué cantado el *Te Deum* con las preces de costumbre, al fin de las cuales el Vicario Apostólico dió la triple bendición; terminando así la sagrada ceremonia. Después se volvió en el mismo orden al Palacio Directorial, donde, renovados los cumplimientos y dando gracias á todo el

---

" mo gerimus, opinione de populorum istorum erga Apostolicam " hanc Sedem ac Nosmetipsos, qui Ei Domino sic volente præsumus, fide, atque observantia Nobis omnino pollicemur, fore, ut " idem Archiepiscopus, qui Nostram isthic substinebit personam, " congruis benevolentiæ atque obsequii significationibus excipia- " tur; eaque prætereca omnia apud Magistratus istos prompta, ac " parata praesidia inveniat, quae ad suum munus recte obeundum " aliquo sibi queant esse adjumento, persuasum vicissim prorsus " habentes, eumdem, cujus praestantem doctrinam, integritatem " atque in rebus gerendis prudentiam plane perspectas habemus ita " gravissimi, quod illi injungimus spiritualis ministerii partes esse " expleturum, ut communem existimationem, et fidem abunde pro- " mereatur, Populorumque istorum animos, atque studia sibi de- " vinciat. Quoniam autem Te potissimum, Dilecte Fili, ista in re- " gione, rerum summam in præsens moderari intelligimus, Tibi præ- " cipuum in modum Archiepiscopum ipsum commendamus, plane " non dubitantes, quin expectationi Nostrae, pro tuo in catholicam " Religionem studio, cumulate sis responsurus. Tibi etiam pluri- " mum commendamus Dilectos Filios canonicum Joannem Mariam " de Commitibus Mastai, et Josephum Sallusti, ambos Præsbite- " rali charactere insignitos, quos Praedecesor Noster Archiepisco- " po Philippensi adjutores in hac Apostolica Missione dedit; quo- " rum primus, Nobis apprime carus, nostro potissimum consilio ad " id muneris, electus fuit, alter vero, quamvis Nobis personaliter " minime sit notus, novimus tamen eum ejusmodi selecta societate " omnino esse dignum. Quod superest Apostolicam Benedictionem " Tibi, Dilecte Fili, peramenter impertimur. Datum Romae, apud " Sanctam Mariam Majorem, die tertia Octobris 1823, Pontifica- " tus Nostri anno primo.—Leo Papa XII.

acompañamiento, se retiró éste á los sitios respectivos, y Monseñor, montado en carroza, fué inmediatamente á devolver la visita de etiqueta al Obispo de la ciudad. Y, vuelto á casa, estuvo allí más de media hora en expectativa del resultado de la cuestión sobre si Monseñor debía ó no ir á visitar al Supremo Vice-Director de Errázuriz. Finalmente se dijo que ello no era de etiqueta, y así no se pagó otra visita en aquella mañana.

Entre tanto, llegó la hora del gran banquete diplomático, en el cual relucieron la grandiosidad y magnificencia de Chile. La mesa estaba preparada para cien personas: y, como les agrada á los Americanos presentar reunidos, ó todos ó la mayor parte de los manjares, cuando se presentan los convidados, cerca de doscientos platos ricamente adornados embellecían en doble fila toda la extensión de la mesa. En seguida los blancos manteles, la plata, la porcelana y las infinitas botellas, con otros vasos diferentes alimentaban la vista con admirable sorpresa. Los vinos eran todos extranjeros, de los más exquisitos que produce la Europa. Una profusión de platos, dulces preparados con grata delicadeza de gusto, ponches de todas calidades, variedad de helados, y las más delicadas frutas de aquella deliciosa parte del Nuevo Mundo, que es muy renombrada á causa de ellas, estaban diseminadas acá y allá por toda la mesa, con elegante disposición. Todo el servicio de mesa, que era de la más fina porcelana de Londres, presentaba en caracteres de oro, bastante grandes, los nombres de los lugares donde Chile había triunfado de las armas españolas. Por manera que en un plato se leía, por ejemplo, *Rancagua*, en otro *Chacabuco*, en otro

Maipú, y así de todos los lugares del indicado triunfo; en vista de lo cual comía cada uno con doble placer, recordándole todas las recientes glorias de la patria la jícara, la copa, el plato, la sopera y los demás utensilios de la mesa. Se sentaban alrededor de ella todo el Senado, todas las Autoridades Eclesiásticas, Civiles y Militares, todos los principales empleados y todos los representantes de la más distinguida nobleza de Santiago. No obstante, en tanta multitud de respetabilísimos invitados, faltaban el Señor Cienfuegos, el Ordinario de la Metrópoli, Monseñor Obispo Rodríguez, y el Supremo vice-Director de Errázuriz, por lo cual formé en seguida un pésimo pronóstico, porque eran ellos los personajes más interesantes que debían comparecer los primeros entre los invitados de aquella suntuosísima fiesta diplomática. No me engañé ciertamente en mi pensamiento; porque esa misma noche cuando Monseñor iba á descansar, vino á verme como á Secretario de la Nunciatura, el Señor Coronel Gómez, ya varias veces citado, el cual me dijo con un largo preámbulo, que el Supremo vice-Director de Errázuriz se creía altamente ofendido porque Monseñor en la mañana había honrado con su visita sólo al Obispo de Santiago, al cual se tenía como sospechoso de Realista por todos los miembros del Gobierno; y había pasado por alto al dicho de Errázuriz, á quien debía hacerse la visita primero que á cualquier otro. Después me agregó que se pensaba mal de nosotros; haciéndome comprender claramente que al día siguiente se nos darían las gracias por haber ido allá y que podíamos emprender nuestro viaje á Roma. Yo no dejé de manifestarle que el Vicario Apostólico apenas

había vuelto de la visita al Obispo, había hecho inmediatamente instancias para ir á visitar al vice-Director de Errázuriz, y que después de haber esperado más de media hora el resultado de sus instancias, los dos gentiles hombres de honor, señalados á nosotros por el Gobierno, el Señor Marqués Ruiz Tagle y su hermano Don Santiago, habían respondido que la dicha visita no era de etiqueta, puesto que la visita al vice-Director se entendía hecha por la mañana, cuando el Vicario Apostólico se había presentado á él en la gran sala Directorial, en el acto de su solemne recibimiento. Habiendo yo avalorado esta relación con las más expresivas circunstancias, y habiendo concluído que en el rigor de la etiqueta el vice-Director estaba obligado á devolver la visita que había recibido por la mañana de Monseñor, al día siguiente no dejó el Señor vice-Director de presentarse en acto de visita al Vicario Apostólico, el cual fué inmediatamente á pagársela. Después, habiendo yo hecho presente esta mañana á Monseñor las quejas dadas en la noche por el Señor Coronel Don Juan Gómez, fueron devueltas las visitas también á aquellos que estaban en nota: y así fué cumplido todo el rigor de la etiqueta.

Las dichas visitas recíprocas, que se hicieron la mañana del 8 el vice-Director y el Vicario Apostólico parecía que hubiesen extinguido todo disgusto entre ellos, y que el Supremo Gobierno no pensase ya darnos las gracias por nuestra permanencia en Santiago; mas se conoció en seguida que la cosa había quedado simplemente dormida. De hecho, el día 20 del mismo mes fué publicada la asignación hecha al Vicario Apostólico, para su propia subsis-

tencia y para la de su séquito, con el siguiente decreto publicado en el Boletin de las Leyes:

«Asignación para la subsistencia del Vicario Apostóli-
« co. El Director Supremo de Chile. Oído mi Consejo de
« Estado, he propuesto, y el Senado Conservador y Le-
« gislador ha sancionado lo siguiente: 1.º En cada uno de
« los meses que el Vicario Apostólico permanezca en Chi-
« le, el Gobierno ocurrirá para su subsistencia y la de su
« servidumbre con quinientos pesos al mes. 2.º Esta suma
« se cubrirá de la Masa Decimal, á cuyo efecto se hará una
« hijuela particular. 3.º Durante la estancia en Chile del Vi-
« cario Apostólico se dejará de promover un canónigo de
« la Catedral de Santiago. 4.º Las comunidades religiosas
« del Estado concurrirán por un rateo, formado según la
« prudencia del Gobierno, á indemnizar de parte de esta
« erogación. Ordeno por tanto que el presente Decreto se
« observe y se lleve á efecto por todas las personas á las
« cuales corresponde el cumplimiento de éste, publicán-
« dolo por ley y haciéndolo insertar en el Boletín. Dado
« en el Palacio Directorial de Santiago, el 20 de Marzo de
« 1824.—ERRÁZURIZ.—*Mariano de Egaña*».

Dos cosas hay necesidad de advertir en este Decreto: 1.º La humillante condición de suministrar la asignación de los quinientos pesos por *cada uno de los meses que el Vicario Apostólico permanezca en Chile*: lo que indica una permanencia sumamente precaria y el poco agrado con que se consideraba á nuestras personas. 2.º La estrechez de la misma asignación con relación á la grandiosidad de la Nación Chilena en señalar los honorarios de los empleados. Ella, por ejemplo, cuando trató de organizar la

situación de los Ministros cerca de los Gobiernos extranjeros, con Decreto del 7 de Septiembre del mismo año de 1824, determinó cuanto sigue:

«A fin de establecer la Lista Diplomática de la República sobre bases ciertas y regulares, y fijar el sueldo « de los Ministros Plenipotenciarios en las Cortes Extranjeras, he acordado y decretado lo siguiente: 1.º Los « Ministros Plenipotenciarios de la República de Chile « cerca de cualquiera Corte de Europa, tendrán indistintamente doce mil pesos al año. 2.º Los Ministros Plenipotenciarios cerca de los Gobiernos de la América, tendrán el sueldo de nueve mil pesos anuales. 3.º Los « Agentes de negocios en las Cortes de Europa ó en América, tendrán la mitad del sueldo anual señalado á los « respectivos Ministros Plenipotenciarios. 4.º Los Secretarios de las Legaciones de Europa tendrán tres mil « pesos al año, y los de América, dos mil quinientos. « 5.º Cada Legación tendrá un Oficial de Secretaría con « mil quinientos pesos al año en Europa, y mil pesos en « América. 6.º Cada Secretaría tendrá cuatro jóvenes de « familia distinguida determinados á seguir la Carrera « Diplomática, á cuyo fin estará al cuidado de los Ministros su instrucción; y el Tesoro Nacional pasará á cada « uno de aquéllos una subvención de trescientos pesos « anuales. Los Cónsules Generales de la República que « obtengan su Diploma, después de la fecha de este decreto, tendrán el sueldo de tres mil pesos anuales en « Europa, y dos mil en América. 8.º Los Cónsules particulares, no tendrán sueldo alguno del Tesoro Nacional, « y sólo gozarán los respectivos derechos que les corres-

« pondan según los usos de las Naciones, y la norma de « la tarifa que se publicará. 9.º Los sueldos de los Miem- « bros del Cuerpo Diplomático, empezarán á correr desde « el día en que se embarquen en algún puerto de la « República, ó desde el día que atraviesen la Cordillera « de los Andes. 10. Los gastos que hagan los Miembros « del Cuerpo Diplomático en sus viajes, para ir y volver « á los lugares á ellos destinados, serán pagados por el « Tesoro Nacional separadamente de sus sueldos, previa la « aprobación del Gobierno, al cual presentarán sus res- « pectivas cuentas. 11. Los sueldos y las asignaciones del « Cuerpo Diplomático se abonarán enteramente, y sin « descuento alguno. 12. El Ministro, Secretario de los « negocios Extranjeros, queda encargado de la ejecución « de este Decreto, del cual se dará cuenta á las oficinas « respectivas, y se insertará en el Boletín. Santiago 7 de « Septiembre de 1824. FREIRE, DIRECT. SUP. *F. A. Pinto,* « *Ministro de Estado*».

Ahora bien, este notabilísimo contraste entre las grandiosas asignaciones á los Ministros Chilenos y la escasa mensualidad al Vicario Apostólico, hace ver claramente el poco agrado que se tenía de nuestra permanencia en Chile. En seguida, cuando el Vicario Apostólico empezó á secularizar á los Regulares que pedían despojarse del hábito religioso para abandonar su propio Instituto, el Fiscal del Gobierno rehusó dar curso á tales rescriptos; y poniendo en duda las autorizaciones de Monseñor, le obligó á manifestar al Gobierno todas sus facultades en la entrevista tenida con él el día 6 de Abril. No siendo esto bastante, fué necesario que el Supremo Director, con orden

expresa del 2 de Junio del año 1824 (después de haber manifestado que las facultades acordadas por el Padre Santo á su Vicario Apostólico se habían hallado más amplias de lo que se había pedido, obligase á todos los Tribunales á reconocer la Autoridad del mismo Vicario Apostólico, y á dar curso á los decretos y á los rescriptos que daba. En tal manera, después de un intervalo de tres meses, empezaron á ser reconocidos en los Tribunales los poderes del Vicario Apostólico y la legitimidad de su Misión.

Entretanto, inmediatamente después que nos fué presentado el humillante Decreto de nuestra precaria asignación, no dejó el Vicario Apostólico, después de un detenido examen, de dar las gracias al Supremo Gobierno y renunciar á la dicha asignación por no gravar los lugares píos y la Catedral á causa de nuestra subsistencia. Mas, habiendo justificado el Supremo Gobierno el derecho á las regalías, que todas las Ordenes de Regulares debían mandar cada año á sus Superiores en España, y que la Canonjía, de la cual se nos asignaban las rentas, estaba ya suprimida é incorporada á los bienes nacionales, por todo ello fué aceptada la asignación, y con ella nos sostuvimos bastante cómodamente, y aún con un sobrante en cada mes. Comoquiera que sea, es necesario confesar, que la mensualidad de cincuenta pesos, aunque muy reducida relativamente á la grandeza de Chile, donde cada soldado tiene el sueldo de ocho pesos al mes, era, no obstante, bastante suficiente para una misión Apostólica, que no buscaba el esplendor ni las sumas comodidades de la vida. Por otra parte, los amables chilenos nos honraban continua-

mente con regalos de todo género de comestibles, y nuestra mesa se veía casi siempre adornada, ahora de dulces otra vez de algún hermoso pavo relleno, y luego de un lechoncillo con mil cintas alrededor, los más comunes regalos que se presentaban á Monseñor con simplicidad de corazón, y sin ninguna alusión, como algunos dudaban. En los dos meses que permanecimos instalados en el Palacio del Supremo Director, fuimos siempre tratados por los dos hermanos Tagle por cuenta del Gobierno, el cual no dejaba de hacer pagar al mismo tiempo al Vicario Apostólico, la fijada mensualidad de los quinientos pesos.

Nosotros estamos sumamente reconocidos á los dichos señores hermanos Tagle por la atención sincera, y por los grandes cuidados que mostraron continuamente á nuestras personas, como al buen éxito de la Misión. En efecto, cuando se propuso en el Senado tasar los Lugares Píos, para fijar al Vicario Apostólico la indicada asignación de quinientos pesos por cada mes de su estadía en Chile, el Señor Marqués Ruiz Tagle, como uno de los primeros Senadores, se opuso á la aceptación de esta propuesta, é hizo aplazar la sesión, y aunque nada consiguió, esto no obstante, serán siempre laudables sus empeños. Mas, no son ciertamente éstos los mayores méritos de aquel piadoso Señor, del cual, para aprovechar esta favorable ocasión, tengo el gusto de decir, que ha sido siempre asiduo en promover en su patria el espíritu de piedad y de la buena disciplina. Él, por ejemplo, en una propiedad suya, de cerca de seis mil cuadras de 4.096 toesas cada una, propiedad de los antiguos Jesuítas de Chile, mantiene á beneficio de la gran población que allí hay

un Cura y dos Sotacuras y allá manda cada año una misión, en la cual durante ocho días da el alimento á los que frecuentan las instrucciones y todos los ejercicios de piedad que se practican por los Misioneros.

Cuando nosotros estuvimos allí para un jubileo de tres días que había obtenido del Papa, con ocasión del Perdón de los primeros días de Agosto, los quinientos colonos que allí mantiene á su costa, todo el año, escogieron ciento de los más fuertes, y montados á caballo nos vinieron al encuentro, vestidos á la chilena, con sombreros de paja, botas de cuero y mantas, casi todas uniformes. Nos colocaron en el centro y llevándonos casi en triunfo, nos condujeron á la Iglesia Parroquial, donde Monseñor, por tres días consecutivos, asistió á la comunión general, y administró el Sacramento de la Confirmación á más de mil personas. En este Curato, que está á seis leguas de Santiago, quería el Señor Marqués Tagle establecerme con la renta anual de cuatro mil pesos, y con el uso de una casa suya donde suele pasar él la mayor parte del año. Mas, las consideraciones que tuve justamente, de volver á Roma con mis compañeros, perdiendo aquella óptima situación que yo habría inmediatamente aceptado por el fruto que podía recogerse en la cultura de aquella población diseminada, y por la amable compañía del piadosísimo Marqués, del cual si quisiera enumerar aquí todas las dotes me faltarian las palabras, y terminaría el día antes que acabase de narrarlas. (1)

Recordaré solamente, para instrucción de todos en se-

(1) Ante diem clauso componet vesper Olympo. Æn., l. I.

mejantes circunstancias, que cuando fué presentada al Senado de Santiago la impía petición de que se decretase la tolerancia de todas las Religiones en Chile, quedando por dominante la Católica, el Marqués Tagle, que era el Presidente de dicho Senado, se alzó en pie en la pública Asamblea, y movido de un santo celo, que le avivaba sus sentimientos y la voz, declamó con elocuencia irresistible en pro del absoluto dominio de la Religión de nuestros padres: y á cada palabra, que como un rayo le salía de la boca, se retiraban, uno después del otro, mortificados y confusos, los irreligiosos autores de la sacrílega petición, y sus mal intencionados colegas: y así, sin premeditados conceptos, con los vivos afectos que le inspiraba su profunda piedad, triunfó de la impía demanda, y la Religión de nuestros padres quedó intacta en Chile. Enjugó entonces su llanto la patria, elogió al augusto Senador, y algunos de los más venerables colegas corrieron á abrazarlo, en el entusiasmo de su satisfacción. ¡Oh hombre verdaderamente admirable, y amante de la Patria! Por ti respira todavía Chile el puro aire de la Religión Católica, que es la sola verdadera en el mundo. Por ti queda lejos de él la depravación del verdadero culto, que como el moho se habría insensiblemente insinuado en los pechos juveniles con la confusión de ritos. Por ti se mantiene Chile todavía entre los verdaderos hijos de Jesucristo, y en el antiguo derecho á su Reino Celestial. Te alaban ahora estos buenos católicos, te alabarán los católicos por nacer; y tu triunfo será siempre el más glorioso y el más grande, entre los valerosos Chilenos, que afrontaron tantas veces la muerte en defensa de la patria; pues que si ellos defendieron su vida civil,

tú has sostenido su vida moral y la eterna. Esta es la justicia que rinde ahora á tu mérito incomparable tu más cordial amigo, á quien tantas veces has consolado y entretenido con tus piadosos, prudentes y eruditos discursos, en la más confidencial amistad; y por esto, con todo el ímpetu del ánimo, se ha unido también él á los comunes elogios que recoges merecidamente de todos, y ninguna edad futura, como decía Tulio á su gran César, podrá callarlo jamás:

Mientra en los montes vaguen jabalíes
Y el en río los peces jugadores;
En tanto que la abeja del tomillo
Se nutra y la cigarra de humor fresco:
De tu honor, de tu nombre y alabanza
Siempre el mundo será custodio fiel (1).

La satisfacción que teníamos de hablar todo el día con los hermanos Señores Tagle durante nuestra permanencia en el Palacio Directorial, se completaba con las frecuentes visitas que hacían á Monseñor, las principales familias de la ciudad y con las cartas de felicitación que le llegaban de todas partes. Merece ser citada, entre éstas, la carta, tan breve, tan conceptuosa, que le dirigió la Provincia de Salta, en los precisos términos que siguen, traducidos fielmente del original español.

«Salta, 20 de Febrero de 1824.—Un pueblo católico co-
« mo el que tengo el honor de dirigir, debe anotar en la
« más distinguida clase entre los hechos de su historia el

---

(1) Dum juga montis aper, fluvios dum piscis amabit,
Dumque thymo pascentur apes, dum rore cicadæ,
Semper honos nomenque tuum laudesque manebunt.

P. Virg. Mar. Ecl. V.

« que la Santa Sede se haya hecho superior á todas las di-
« ficultades, las cuales en el prolongado espacio de doce
« años han privado esta gran parte de la grey de Jesu-
« cristo de las comunicaciones con su Vicario sobre la tie
« rra; originando á ésta muchas angustias y penosos temo-
« res de conciencia.

«V. S. Illma. es el que derramará sobre los fieles todos
« de Sud-América las gracias y consolaciones del Suce-
» sor de San Pedro; y la Provincia de mi Gobierno, inca-
« paz de separarse de la Religión de sus padres, cono-
« ciendo plenamente que no hay sobre la tierra otro Códi-
« go que mejor sostenga la libertad, bien entendida, co-
« mo el Sagrado Evangelio del Salvador del mundo, es
« una de las primeras en tributar á Su Santidad, en la
« persona de V. S. Illma., como su Nuncio en estos paí-
« ses del Continente Americano, todos los obsequios y ho-
« menajes que exigen los sagrados títulos del Padre Santo
« por consideración á sus hijos, los fieles todos de la tie-
« rra, en cuanto son compatibles con los derechos de las
« Naciones y con la gran causa de la Independencia del
« Nuevo Mundo.

«El gobierno de Salta se hace un deber de presentarlos
« á V. E. Illma., lleno de profundo respeto y de la más
« alta consideración. Antonio Alvares de Arenales, Go-
« bernador. José María Serzano, secretario del Gobier-
« no. *Al Illmo. Señor Don Juan Muzi, Arzobispo de Filip-*
« *pi y Nuncio de Su Santidad en Sud-América.*»

Iguales cartas de agradecimiento fueron expedidas de San Juan de Cuyo, de Córdoba y de otras provincias Independientes de la América Meridional, las cuales no

se reproducen por ser casi todas del mismo tenor que la referida, en cuanto á la substancia. No puedo, por otra parte, dispensarme de trascribir la copia de la cumplidísima carta de Bolívar, sin hacer un agravio á este gran Héroe de la América, el cual, en medio de las más altas ocupaciones en la conquista del Perú, no dejó de presentar al Vicario Apostólico su saludo de congratulación, apenas supo su llegada á Chile. La carta nos llegó muy tarde por la gran distancia de los lugares, y está escrita en los precisos términos que siguen:

»República del Perú. Ministerio General, cuartel General en Huánuco, 13 de Julio de 1824. Al Illmo. Señor Don Juan Muzi, Arzobispo de Filippi, Vicario Apostólico de la República de Chile. Illmo Señor. El Infrascrito Ministro General tiene el honor de saludar á V. S. Illma. en nombre de S. E. el Libertador encargado del alto Gobierno de la República del Perú y de enviar á V. S. Illma. los votos de las más viva consideración y respeto, como representante del Vicario de Jesucristo en uno de los Estados independientes de Sud América; manifestando al mismo tiempo á V. S. Illma. los vivos deseos que animan á S. E. de entrar en relaciones con el Jefe de la Iglesia, para recomendarle firmemente la salud espiritual de estos pueblos, el estado de orfandad en que se encuentran reducidas sus Iglesias y el espíritu de fidelidad á la doctrina ortodoja depositada en la Santa Religión que profesa la República.

«S. E., por otra parte, considerando los derechos del Santuario, mientras que se encuentra empeñado en estable-

« cer la Independencia de la Nación y asegurar su li-
« bertad, bajo la forma que él mismo se ha fijado; desea
« vivamente que su Régimen Espiritual se regle según
« los Cánones, y que se combine un Concordato sobre
« todos aquellos puntos que pudieren ocasionar diver-
« gencias entre los dos poderes, por no reconocer otra ba-
« se respecto á ellos sino la de una explícita convención, á
« causa de la variedad de la disciplina eclesiástica, de los
« diversos usos y de las prerrogativas de los Estados, y
« sobretodo por la necesidad que respecta á los miembros
« de una misma comunión de procurar mantener entre
« sí la más perfecta armonía.

«Bajo tales consideraciones S. E. el Libertador se ani-
« ma á esperar que V. S. I. procurará hacer cuanto esté
« de su parte para el beneficio espiritual de este Estado,
« confiándolo al corazón paterno de Su Santidad. En tan-
« to, el Gobierno del Perú por obligación y por senti-
« miento personal no perderá medio alguno, de los que
« sean conformes á las máximas evangélicas, para prote-
« ger el esplendor de la Iglesia, impedir que sean insul-
« tadas sus Instituciones y vilipendiada la dignidad del
« Augusto Depositario de sus Llaves. Dígnese por tanto
« V. S. I. de aceptar esta participación tanto en señal de
« respeto y congratulación de S. E. el Libertador, como
« en testimonio de los votos que él manifiesta.

«El Ministro General del Perú tiene el alto honor de
« repetir al Iltmo. Señor Vicario Apostólico del Estado de
« Chile los sentimientos que ha expresado en nombre de
« S. E. el Libertador, y de ofrecerle muy reverentemente

« su particular obediencia.—Dios guarde á V. S. I. mil « años.—*José Sánchez Carrión.*»

Semejantes congratulaciones producían ciertamente grandísimo consuelo por la afición que todos mostraban por nuestra santa Religión, y al jefe visible de la misma. No faltó de otra parte, al mismo tiempo, quien, convertido en ministro del enemigo de todo bien, tentase todas las maneras para perjudicarnos y afligirnos. De hecho, además de la fingida revolución y las cómicas representaciones hechas en el público teatro de Santiago, como se indicó en el segundo libro y como veremos mejor en el opúsculo separado, y entre otros motivos de disgusto indicados arriba, hubo algunos, los cuales, ahora con sátiras escritas, y luego en persona con una falsa locura venían á insultarnos en la propia casa. Un día, por ejemplo, uno de estos infelices, habiéndose hecho introducir en mi habitación por nuestro mayordomo Romero, se me presentó con un aire imponente y me dijo: ¿Conoce Usía al Apóstol San Mateo? Y habiéndole contestado que sí; pues bien, yo soy, me dijo bruscamente, batiéndose la mano derecha en el pecho. ¿Cómo vosotros habéis tenido la audacia de venir aquí donde gobierna el Apóstol San Mateo, sin el debido permiso? &, &. Yo al principio, á esta extrañísima salida, no pude contener la risa, suponiéndole un loco de atar; mas, cuando después lo oí prorrumpir en mil sacrílegas insolencias contra nuestra Misión, contra la Corte de Roma y contra la misma Religión, ordené á Romero que lo echase inmediatamente de casa y ordenase á la guardia no dejarlo entrar más. Romero hizo lo posible para persuadirme que aquel infeliz era un ver-

dadero mentecato; mas yo no pude absolutamente convencerme de ello, porque intentó varias veces repetir la misma historia, mostrando aún onzas de oro á las guardias para que lo dejaran pasar, y, no habiéndolo conseguido, vino á insultarnos repetidas veces bajo las ventanas de mi Secretaría; y las cosas que decía indicaban un hombre bastante posesionado de sí, el cual hablaba como loco, para no ser castigado. Mas en los públicos empleos, cuando tales cosas no son motivo de confusión ó de desorden, son con frecuencia tratadas con el desprecio, como lo hacía el gran Tito, el cual casi todo lo arreglaba con su innata clemencia, gozando en sí de ser siempre magnánimo. (1)

Nosotros fuimos alojados en el Palacio Directorial hasta acabar Abril. En el mes de Mayo pasamos á habitar en una casa, la cual con mucho trabajo se había encontrado con un alquiler anual de mil doscientos escudos romanos. La casa era muy decente y de un gracioso aspecto, fabricada al gusto de América, con tres limpios departamentos, al rededor de un alegre patio cuadrado, con otro pequeño patio interno para uso de jardín, y varios cuartuchos para las cosas domésticas y para la servidumbre. Habiendo tomado Monseñor, por el decoroso trato que reclamaba su gran dignidad de Nuncio Apostólico, dos de los tres indicados departamentos, y el Señor Canónigo Mastai, como compañero de Monseñor, el tercero; yo fijé mi Secretaría en un corredor interno de pocos palmos, el cual tenía un pequeño cuarto de entrada, para espera,

(1) *Metastasio*—Tito—Acto 3, esc. 8.

de quien no podía tener en seguida audiencia mía. Y me reduje á dormir en una estrechísima estancia, construída para solo uso de dispensa en el piso bajo, como las otras dos, sin ventana alguna, con el techo exterior de paja, sin cielo en el interior, y sin que jamás penetrara en ella un rayo de sol ni aún en el verano; por lo que sus muros ligerísimos, hechos de simples palos y barro, estaban penetrados de la exterior humedad, y siempre cubiertos de su florescencia, de modo que aún mi robusta naturaleza hubo de sentir sus funestas consecuencias. Por manera que por dos veces tuve que sufrir un fuerte reumatismo en la cabeza, acompañado de dolores espasmódicos y de una inflamación á la vista, la que se me ponía como una llama de fuego, cuando debía aplicarme á los rescriptos que estaban á mi cargo.

¡Oh Religión santa, cuán grande eres y poderosa en el corazón del que te conoce y te adora! Tú me has querido probar y con el auxilio de Dios que me conforta, mil de estos sacrificios te he ofrecido en este tiempo y otros mil estoy dispuesto á ofrecerte y aún la efusión de toda la sangre de mis venas, la que como don de Dios del todo le pertenece. Si me pones á prueba,

Tú verás que á virtud no la espanta
La onda lenta del pálido Lete,
Y que en vano de insidias secretas
La circunda variable la edad.
Pues segura entre tanto enemigo,
Se refuerza en su base divina,
Como al soplo de túrbido viento
Vasto incendio más grande se hará.

Metastasio. Templo de la Eternidad.

CAPÍTULO II

Santiago y todo el Estado Chileno según sus confines conocidos.

Santiago es la capital de todo Chile, fundada en una vasta llanura, á la izquierda del río Mapocho, el 24 de Febrero, ó de Abril, como otros sostienen, de 1541, por el caballero Don Pedro Valdivia, general de las tropas españolas, quien la fijó como su residencia y centro de sus futuras conquistas. Esta ciudad al presente tiene como una legua de extensión de Norte á Sur y aún mayor de Oriente á Poniente; por lo demás la población se hace ascender de 60 á 80,000 almas, está casi toda reunida en el centro de la ciudad, en una extensión como de una milla de ancho por milla y media de largo. Sus calles son todas en línea recta y se cortan entre sí en manzanas de 4096 toesas cada una. Las calles principales son todas empedradas, bastante anchas y con una acequia en el medio para la salida de las aguas; las más hermosas de ellas son las dos que atraviesan la plaza de la Catedral y las que pasan una por Santo Domingo y la otra por San Agustín, dirigiéndose de Sur á Norte. Las calles que cruzan las anteriores son también casi todas hermosas; la mejor de ellas es la que desde el magnífico puente, construído de muchos y grandiosos arcos sobre el Mapocho, da ingreso á la ciudad, y atravesando la plaza de la Catedral y las Agustinas, termina en el paseo público, frente á San Diego. Todas estas calles están embellecidas con graciosos edificios, unos

de dos pisos y otros de uno solamente por temor á los frecuentes temblores de tierra. Por la misma razón casi todos los edificios son hechos de adobes de tierra y barro, si se exceptúan las puertas y ventanas, que se hacen de cal y ladrillo de horno; pero estos edificios son tan bien construídos, con tal dibujo y limpieza, que después de blanqueados nada tienen que envidiar á nuestras pulidas casas de Italia. Tales son el palacio del Director Supremo y muchos otros que se han hecho y se están haciendo según el moderno gusto europeo, lo que hace esperar que Santiago en poco tiempo más vendrá á ser una Metrópoli de admirable belleza. Dan no poco realce á las calles las muchas Iglesias, Conventos y Monasterios y el paseo público que pasamos á describir. Está situado al Oriente, en una risueña avenida, y consiste en cuatro largas calles contiguas, dos en el medio, que forman el verdadero paseo, y dos colaterales, que sirven para los carruajes; entre estas dos grandes avenidas corre un ancho canal, el cual sirve de diversión á los que pasean á la sombra de los majestuosos árbobes que adornan sus costados, como se ve en el monte Pincio en Roma.

En el centro, una risueña plaza circular, rodeada de escaños de piedra, completa el valor de aquella hermosísima parte de la ciudad.

En ella se reúne todas las tardes un numeroso pueblo, que se divierte en oír la banda de música entre los ejercicios militares que se hacen diariamente, siendo por tanto el lugar de reunión de la gente ociosa, que desea divertirse; por lo que nosotros poquísimas veces hemos concurrido al dicho paseo, prefiriendo el otro de no menor im-

portancia que se extiende á orillas del Mapocho. Este paseo comunica con el que hemos descrito anteriormente, y tiene un muro sobre la ribera, que se extiende como una legua, en el cual se pasea de dos en dos muy cómodamente, hasta el puente donde se reúne con la calle principal de la ciudad.

Abajo del muro que ha sido construído para defender la ciudad de las inundaciones del río, pasa la calle que está embellecida por frondosos árboles, colocados con toda simetría á sus costados. Estos dos paseos, unidos á los otros que atraviesan la ciudad en todos sentidos, hacen sumamente agradable y deliciosa la residencia en Santiago, donde la salubridad del aire, la dulzura del clima, la abundancia de todas las cosas, la vivacidad, gentileza y educacación de sus habitantes, no dejan absolutamente nada que desear á los amantes de la buena vida, en aquella óptima situación á los 33 ½ grados de latitud meridional.

Las iglesias principales de la ciudad son: la Catedral, dedicada á N. S. del Tránsito; Santo Domingo y la Compañía, que era de los antiguos Jesuítas. Ellas todas pecan por demasiado obscuras, defecto notabilísimo que las hace perder todos sus méritos; la Catedral, por ejemplo, es construída toda de piedra tallada, por dentro y fuera; tiene la extensión de un entero cuadrado, ó sea 64 toesas, y está hecha á tres naves, con todos sus arcos de piedra. Entre sus numerosos altares resaltan el altar mayor y los dos colaterales, que se destacan en el fondo majestuosa y ricamente adornados.

Pero, como al largo de esta iglesia no corresponden la altura de los arcos ni la abertura de las ventanas, que son

muy pequeñas, las tres naves quedan como oprimidas y en una tétrica oscuridad. Por esto la dicha iglesia no ha sido nunca terminada; pensando los Chilenos en demoler las bóvedas para agrandar las ventanas, y llevar las citadas bóvedas á una altura que sea proporcionada á la extensión y anchura del edificio. En este caso el templo resultará verdaderamente magnífico y corresponderá á la gran plaza que embellece su perspectiva, como que ésta comprende un entero cuadrado, ó sea la extensión de 4.096 toesas. Todos los lados están adornados de bellos edificios, como son el gran Palacio Directorial, el Hotel de Londres y las demás casas que siguen. En el centro una hermosa fuente de bronce, hecha con los cañones del ejército Español para inmortalizar el triunfo de la patria, completa el ornato de aquella graciosa plaza.

El mismo defecto, de la obscuridad, el peor que pueda encontrarse en un templo, se observa en las otras dos iglesias, de Santo Domingo y de la Compañía; las cuales, por otra parte, no carecen de amplitud y de rica ornamentación, tanto en el altar mayor de la nave del centro, que es en ambas magnífico, cuanto en los otros altares de las naves colaterales.

En estas tres iglesias se reúnen todas las noches los piadosos Chilenos para el público ejercicio de la Escuela de Cristo, en la cual, después de una media hora de lectura espiritual y la recitación de una tercera parte del santo Rosario, se hace un breve discurso por el sacerdote á quien corresponde, y después se expone el Santísimo Sacramento, y con la bendición de éste se termina la piadosa práctica, de la cual son muy devotos los Chilenos.

El mismo entusiasmo tienen también por las casas de los públicos ejercicios espirituales, que existen en Santiago. En ellas suelen reunirse respectivamente unas veces los hombres, y otras las mujeres, y por ocho ó más días son mantenidos á expensas de los fundadores; atendiendo únicamente á la reforma de sí mismos, en las meditaciones y otros muchos actos de piedad que allí se hacen diariamente, por los directores de los ejercicios; y así, uno de los primeros cuidados de aquellos buenos fieles es el del espíritu y de las devotas prácticas de nuestra santa Religión, la cual debe ser realmente el principio, el acompañamiento y el fin de todas las acciones de la vida, puesto que es *peligrosa* y *vana*, dice el piadoso Metastasio, en Issipile, *si del cielo no comienza toda obra humana.*

Después de las tres iglesias indicadas, merecen ser vistas la de los Padres de la Merced, la de los Menores Observantes, la de los Agustinos, y más que todas la iglesia de los Padres Hospitalarios de San Juan de Dios, la cual, si bien no está aún terminada, es notable por el buen gusto de su excelente dibujo.

Las iglesias de las Monjas se reducen todas á grandiosas capillas de varios altares. Son, por otra parte, ricas en plata, y mantenidas por las respectivas monjas con la mayor limpieza, que agrada tanto al Señor, á quien pueden francamente repetir haber amado el decoro de su casa y esperar de Él la merced. En éstas y en las otras iglesias de América, el altar mayor está dedicado ordinariamente á Nuestra Señora, la cual suele venerarse dentro de un nicho, sobre el Tabernáculo, en una estatua de relieve vesti-

da magníficamente, y rica en metales y otros preciosos ornamentos.

Las casas de los mencionados Regulares y de las Monjas que existen en Santiago, son muchas. Por otra parte, todas las de los Regulares se reducen á las cinco Ordenes fundamentales, que son los Franciscanos, los Dominicanos, los Agustinos, los Padres de la Merced y los de San Juan de Dios; los cuales todos no carecen de buenos Religiosos, y de sujetos dignos por su bondad y doctrina. Los que se llaman Recoletos, como son al presente los Dominicanos, los cuales están fuera de la ciudad, son todos de una ejemplar manera de vivir y adornados de gran virtud. De no menor perfección son también los Padres Recoletos de los Menores Observantes, los cuales, habiendo sido suprimidos, se reunieron en el Convento de los mencionados Recoletos Dominicanos, donde sirven de mucha edificación al pueblo, con la estrecha observancia del propio Instituto. Merece ser nombrado entre éstos el Reverendo Padre Fray José Cruz Infante, hombre de santa vida, y uno de mis más queridos amigos, el cual es muy venerado de todos por sus raras virtudes y por su infatigable celo en procurar la salud de las almas. Él al presente es el Director de la pública casa de ejercicios, llamada de Santa Rosa, donde trabaja sin descanso, á pesar de su edad avanzada.

Los Monasterios de las Regulares que existen en Santiago son siete, á saber: las Monjas Capuchinas, las Monjas de Santa Rosa de Lima, las Agustinas, las Teresianas, las Recoletas Teresianas, las Monjas de Santa Clara y las Recoletas de esta orden.

Las Monjas Capuchinas, que estaban cerca de nuestra

casa y en cuya iglesia teníamos el gusto de celebrar la S. Misa casi todos los días de fiesta, deberían ser en número fijo de treinta y tres; mas por varias necesidades ascienden ahora á treinta y ocho. Estas son las Monjas que, sin perjuicio de las otras, gozan de la mejor opinión de santidad en Santiago; porque son realmente muy rígidas en la estrecha observancia del propio Instituto, exactas en sus actos comunes, ajenas á las visitas y otras distracciones y muy amantes de la pobreza y de la perfecta unión y armonía entre ellas; de tal modo que el deseo de cada una es el que manifiesta la Superiora en todas las cosas. Su amor á la extrema pobreza forma para ellas la fuente perenne de todo lo necesario para la vida; porque todos consideran un deber el socorrerlas y cuando están en una extrema necesidad, entonces sucede que, manifestándolo la Superiora, se llena el monasterio de las *necesarias provisiones.* Una mañana, por ejemplo, estando en nuestra compañía el señor don Francisco Tagle, la Superiora de las Capuchinas le mandó en confidencia una carta en estos términos precisos. «Yo esta mañana no tengo nada que dar á mis Religiosas. Si Ud. no lo remedia, irán á comer á su casa.» El óptimo Señor Marqués le mandó en seguida todo lo necesario para la comida y en seguida mandó aviso á la Calera, primera posesión de su Marquesado, donde hizo cargar veinte y seis mulas de cosas diversas y, enviándoselas á la Capuchinas, llenó su casa de comestibles. He aquí cómo el cielo provee á quien, despojándose de todo, para vivir pobre con Jesucristo, en él pone su entera confianza de la propia subsistencia. El, que alimenta los peces en el mar, que viste el lirio del campo, ahora de un

cándido color y luego de otros varios matices cual jamás tuvo el magnífico Salomón en la grandeza de su gloria, jamás ha faltado de dar de más, las cosas del mundo á quien se despojó de ellas para vivir perfecto con Él. «Bus« cad, nos dice nuestro divino Maestro, primero que todo « el reino de Dios y su justicia: y todo lo demás se os « dará por añadidura.» (1)

La iglesia de las Capuchinas y todo su convento, es uno de los edificios claustrales más bien conservados y más limpios de la ciudad de Santiago. El defecto notable que ofende mucho los ojos de un europeo en la dicha iglesia consiste en muchos espejos con que están tapizadas las paredes de varios altares y la entera perspectiva de los atriles y frontales nobles, los cuales en las solemnidades se prefieren á los otros recamados de oro ó que están formados de plata maciza. El uso de los espejos es un defecto común de toda la América, heredado de los antiguos Indios, los cuales por tener tales bagatelas entregaban otras tantas láminas de plata y oro á los listos comerciantes y á sus primeros conquistadores. Así es que casi todas las iglesias y las antiguas casas ricas de la América, se ven adornadas de espejos. En sumo grado se ha mantenido esta bárbara costumbre por las Monjas, porque las mujeres nutren generalmente pensamientillos vanos y suelen ser más tenaces en conservar los usos de ruido y de gran apariencia, una vez que han sido introducidos y adoptados por ellas, hasta que la moda de una bulla

(1) Quaerite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus et haec omnia adjicientur vobis. Matth. Cap. 6. v. 33.

mayor no hiera la volubilidad de su fantasía y la determine á abrazarla.

Las Monjas de S. Rosa de Lima, que fué la fundadora, son las que entre las otras Religiosas gozan de mucha estima en Santiago, después de las Capuchinas. Su Monasterio está muy bien ordenado. Cada Monja tiene tres pequeñas celdas con un jardincito. En la primera celda tiene una pequeña cómoda, una silla y una mesita, sobre la cual se ocupa en labores de mano, fuera de las horas de los ejercicios comunes. En la celda inmediata, más pequeña que la primera, tiene su camita, toda rodeada de sagradas imágenes; y en la tercera celda, que es un simple nicho, conserva un crucifijo y sus pequeños efectos para los usos de la vida. En el jardín, que es un recinto de pocos palmos, encuéntrase en general un limonero ó un naranjo en el centro, con macetas de flores alrededor, para ocuparse allí en las horas de recreo, y una pequeña cocina en un lado para uso de la Monja en caso de enfermedad.

Estas Monjas no pueden ser más de treinta y tres, ni se recibe novicia alguna sino después de la muerte de aquella á quien debe reemplazar. Se reciben, no obstante, las instancias de quien quiere agregarse, y cuando sigue la muerte de alguna de las treinta y tres, entonces se escoge una y se admite al Noviciado. Las mencionadas Monjas viven rigurosamente en común, de tal modo que en su refectorio deben todas comer las mismas cosas, aunque no les agraden.

Durante la comida, escuchan todas en silencio la lectura que se hace en algún libro devoto. También fuera de la mesa se observa el silencio siempre, exceptuando una

media hora al día, después de la comida, en la cual es permitido hablar en voz baja. Muchas pasan la mayor parte del día en la iglesia, la cual es pequeñita, pero mantenida con gran limpieza y ricamente surtida de sagrados ornamentos.

Las Monjas de San Agustín fueron las primeras que visitamos por disposición de Monseñor Obispo Rodríguez, que quiso dirigirnos y acompañarnos, en la visita de todos los Monasterios. Estas Monjas no hacen vida común, cuidando cada una por sí misma de su sustento. Su número es de ochenta Profesas, cada una de las cuales tiene una ó más jovenes que la sirven y viven día y noche con ella; por lo que el Monasterio de las Agustinas cuenta más de quinientas individuas, entre profesas, novicias, educandas y jóvenes de servicio. Mas, como las rentas del Monasterio son bastante considerables, cada Monja tiene una asigna ción crecida, además de lo que recibe ordinariamente de la familia propia ó de otros. El edificio del Monasterio es muy grande, pero poco ordenado; al contrario, la iglesia es pequeña, mas dispuesta con elegancia, y presenta en todas partes gran cantidad de plata. En el altar mayor especialmente, el frontal, las gradas, las columnitas y todo el resto forman un conjunto de plata que cubre con agrada ble sorpresa toda su superficie.

Después que Monseñor hubo allí celebrado la Misa, las Monjas lo introdujeron en el Monasterio. Allí se dió un suntuoso refresco, durante el cual algunas Monjas formaron una especie de coro, tocando en él, unas el violín y otras la guitarra, fueron cantadas con tales instrumentos canciones y cosas análogas; y en fin, después de un hermo-

so vals, con el festivo son de un *Saltarello*, fué terminada la visita en la alegría del Señor.

Las Monjas Teresianas, llamadas comunmente del Carmen Bajo, son veintiuna por número fijo, que no puede variarse. Estas comen siempre de vigilia, y hacen siete meses de continuo ayuno. Son muy rígidas en la estrecha observancia de sus constituciones, por lo cual gozan de mucha estima en toda la ciudad. Su Monasterio es reciente. El padre del Supremo Vice-Director, de Errázuriz, citado por nosotros en el Capítulo L de la presente obra, fué el que lo fundó para una de sus hijas, todavía viva, la cual deseaba retirarse y llevar una vida regular. El mismo dotó también el Monasterio de una renta suficiente para su mantenimiento, por lo cual tanto éste como la iglesia están mantenidos con mucho decoro. El Vicario Apostólico, Monseñor Obispo Rodríguez y todos los otros, fuimos recibidos con grandes demostraciones de honor, en las cuales todo era seriedad, ciñéndose al rigor de su propio Instituto, que es en todo animado del espíritu del Señor y de su divina gracia.

Las Monjas Teresianas Recoletas que se llaman del Carmen Alto, porque quedan en el alto de la ciudad, son veinte y una, también de número fijo, que no es permitido variar. Viven todas en comunidad en la rigorosa práctica del propio Instituto. Su iglesia no es muy grande, mas muy limpia y rica en plata y ornamentos sagrados, bordados en oro con muy buen gusto. También su Monasterio es tenido en mucha estima, contiene varios patios interiores grandiosos y limpios, en los cuales tienen las Monjas nueve pequeños Retiros, llamados las capillitas,

las cuales abundan de objetos sagrados con pinturas europeas de algún mérito. La más bella de éstas es la del santo Nacimiento, donde están reunidas muchas cosas devotísimas. En estos solitarios oratorios, suelen retirarse las más contemplativas de aquellas buenas religiosas, para hablar á solas con Dios, y recibir de Él las consolaciones del espíritu y el necesario consuelo en las tribulaciones y en todas las penas de la vida. ¡Felices ellas!

Las Monjas de Santa Clara, llamadas de San Rafael, son en número de ochenta, y cerca de otras doscientas cincuenta, entre novicias, educandas y jóvenes de servicio, que duermen con las respectivas profesas, á las cuales están encomendadas. Este Monasterio tiene muy pocas rentas; así las Monjas se mantienen casi todas con trabajos manuales, guisando aparte cada una, por sí misma. Cuando alguna Monja no tiene qué comer, pone un pan blanco en tierra, sobre la puerta de su celda: y entonces las compañeras vecinas se reúnen y suministran á la necesitada todo lo necesario. Como estos actos de caridad son recíprocos, no se ha dado jamás el caso que á aquella señal haya faltado á la necesitada el necesario sustento.

El Monasterio es muy grande, pero construído sin orden. La iglesia pequeña, pero limpia y bien dispuesta y rica de sagrados ornamentos. En el altar mayor se ve gran cantidad de plata, que parece un montón de la misma. Después que Monseñor celebró la Misa, fué introducido en el Monasterio, donde se ofreció un suntuoso refresco. Él estaba sentado en magnífico trono, estando á su derecha el Obispo Rodríguez. Después se sentaba el séquito

de ambos, y más de cincuenta de las Profesas se habían colocado enfrente de él, sentadas en tierra sobre sus piernas, según la costumbre general de todas las mujeres americanas. Las otras, parte atendían á distribuír el refresco y parte se habían reunido con las educandas en una sala vecina, donde, acompañadas de violines y de otros instrumentos musicales, divertían toda la compañía, cantando graciosas canciones. Finalmente una educanda de doce años recitó con gran vivacidad de espíritu y buen sentido, una larga composición, en versos españoles bastante bien concebida: así terminó aquélla visita.

Las Monjas Recoletas de Santa Clara, llamadas comunmente de la Victoria, son en número de 38 Profesas, las cuales tienen muchas jóvenes, que les sirven y habitan con ellas. Existiendo la vida común, cada una se mantiene donde vivían con mucha comodidad, por la extensión del edificio que facilitaba á cada Profesa un cómodo departamento. Queriendo el Supremo Gobierno mudarlas de allí, dió improvisadamente una orden urgentísima, en fuerza de la cual, la tarde en que fué publicada, todos los Recoletos Franciscanos debieron retirarse en el término de dos horas á los Recoletos Dominicos, y dejar libre su convento á las mencionadas monjas, las cuales en la dicha noche fueron obligadas á abandonar el propio Monasterio y á retirarse á aquel convento, donde llevan una vida desgraciada por la suma estrechez de la casa. Entretanto su Monasterio fué vendido por el Supremo Gobierno en provecho del Público Erario, en ciento ochenta mil pesos romanos que desembolsaron algunos particulares, para construír un palacio.

Estas Monjas, bien que fueron visitadas las últimas por el Vicario Apostólico, por disposición del propio Obispo, también por su gran bondad y por el espíritu de mortificación que conservan invariablemente, dieron al mismo y á todo su séquito, uno de los mejores refrescos, dispuesto con magnífico surtido de licores y dulces de todas clases. Durante el suntuoso refresco, divirtieron á los dos Prelados y á toda la comitiva con escogidos trozos de música, acompañados de violines y de la guitarra francesa, tocada divinamente por una de sus educandas; y fué terminada la agradable fiesta con un gracioso intervalo de música italiana, compuesta por el célebre Rossini.

La ciudad de Santiago, además de las cosas hasta ahora descritas, posee un buen Seminario para los Eclesiásticos, y una excelente Universidad donde se cultivan todos los estudios necesarios para una nación civilizada. Las clases más frecuentadas son las de Retórica, Matemáticas, Física y Leyes. La sola clase de Mineralogía, la cual parece ser para los Chilenos una de las más interesantes, permanecía cerrada en aquel tiempo por falta de alumnos, á pesar de que su Catedrático tiene el sueldo de dos mil pesos al año y una cómoda habitación.

Toda la ciudad descrita está dividida en muchas parroquias, asistidas por óptimos párrocos, los cuales atienden con infatigable celo á la buena cultura del propio rebaño. Cada párroco tiene bajo de sí uno ó más sacerdotes que le ayudan en la cura de las almas y en las funciones de su iglesia. Cuando se celebra en alguna de las parroquias una función extraordinaria, acuden á ella todos los sacerdotes seculares que se necesitan. Fuera de estos casos, el

clero secular está todo reunido con ejemplar armonía en la propia parroquia, que es la Catedral; y en ella cada uno se presta voluntariamente á servir en todas las funciones, para que resulten con aquella majestad y decoro que pide el culto de Dios. No se conoce entre aquellos dignísimos sacerdotes el espíritu de superioridad, de distinción y de dominio que suele introducirse á veces en el clero por las intrigas de la discordia. Cada uno hace lo que cree necesario hacer, y obedece á quien preside, sin mirar si lo que hace es conveniente ó nó á su grado y mérito personal. Todos tienen en mira sólo el culto y la mayor gloria de Dios; y cuando esto se obtiene, no se acuerdan de la manera, ni del grado que allí ocupan. He ahí cuál debe ser el verdadero espíritu de los ministros de Dios: procurar agradarlo solamente á Él y servirlo del mejor modo posible, sin aquel aire de superioridad y de distinción que quita á veces todo el mérito y es la fuente de la discordia en el clero: contra lo cual clama el Príncipe de los Apóstoles, cuando dice á los Jefes: «Apacentad « el rebaño de Dios á vosotros confiado; cuidándolo, nó « como obligados por la fuerza, sino por voluntad es« pontánea según el deseo de Dios; nó por deseo de ver« gonzoso lucro, sino por vuestra elección voluntaria; nó « como para dominar en el clero, sino penetrados, al con« trario, en vuestro interior de las condiciones y de las « necesidades del rebaño; y de tal manera, cuando com« parezca el Príncipe de los Pastores, recibiréis de Él la « inmarcesible corona de la gloria.» (1)

(1) Seniores ergo qui in vobis sunt, obsecro, consenior, et testis " Christi passionum; qui et ejus, quæ in futuro revelanda est glo„ riæ communicator; pascite, qui in vobis est, gregem Dei, provi-

La elogiada unanimidad y unión estrechísima del clero secular de Santiago en afanarse por la gloria de Dios y promover su culto divino, es ciertamente el efecto de la buena índole y de la piedad de cada uno. Mucho también han contribuído á ello el cuidado, la vigilancia y el celo pastoral del propio Ordinario, Monseñor J. Santiago Rodríguez, Obispo muy respetable por su piedad y doctrina. Él, que siempre ha amado á su clero con afecto paternal, no ha cesado jamás de vigilar sobre la buena conducta de cada uno, con el fin de que fuesen todos ejemplares é irreprochables en todo género de cosas. Así es que, estando íntimamente persuadido aquel óptimo Pastor, de que más se obtiene en esto con el ejemplo que con la simple vigilancia, no ha dejado jamás de preceder á todos con su vida impecable y ejemplar. Imitando así á Jesucristo, el cual primero enseñaba con las acciones y después con la voz, no podía dejar de ser atendida su vigilancia sobre la buena conducta del clero. Por lo cual todos lo han respetado siempre, y amado su persona con amor de hijos, y las determinaciones de cada uno han sido siempre las de su voluntad á ellos manifestada, sin examinar jamás su naturaleza. para no perder de tal modo el mérito grande de la obediencia.

No solamente á las sagradas funciones se reduce la unanimidad y celo del clero de Santiago, sino que se extiende por otra parte á todo lo que concierne al culto externo

" dentes non coacte, sed spontanee secundum Deum; neque turpsi
" lucri gratia, sed voluntarie; neque ut dominantes in Cleris, sed
" forma facti gregis ex animo. Et cum apparuerit princeps pasto-
" rum, percipietis immarcescibilem gloriæ coronam. Petri, Ep. 1.
" cap. 5."

de Dios y á la formación de las almas. Así es que en todas las principales iglesias, aun los sacerdotes no obligados asisten á confesar en la mañana y á instruír en la noche á los fieles, ya con la lectura de cualquier libro devoto, ya con el catecismo y sermones ó Misiones formales. Acuden ellos á todas las casas de Ejercicios públicos que hemos antes indicado; y en las comuniones generales que suelen hacerse al fin de cada corrida de dichos ejercicios, todos los sacerdotes concurren allí á confesar sin el estímulo de merced alguna. En los casos extraordinarios, cuando se necesita en varios lugares el concurso de los confesores, el Ordinario envía cartas de aviso, aun á los simples sacerdotes, y con ellas los habilita y destina á escuchar las confesiones en los lugares respectivos; á lo que todos obedecen prontamente y á porfía por trabajar para gloria de Dios y en ventaja de sus semejantes. Nace de esto que el pueblo de Santiago es muy religioso y bastante instruído en el ejercicio de las virtudes cristianas. Se verá, por ejemplo, la gran plaza de la Catedral, donde hay mercado cada día, toda llena de gente: y cuando la campana mayor da el primer toque á la elevación de la Hostia consagrada, en la Misa Conventual, se arrodillan todos en el acto, y sin moverse queda cada uno de rodillas con la cabeza descubierta, y con la mirada fija en tierra en acto de profunda adoración, hasta al tercer toque de la campana, que se da al fin de la elevación. Este acto de piedad hecho por todos, apenas se oye la campana, es verdaderamente admirable, y yo, que desde mi ventana lo veía cada día, quedaba siempre conmovido en extremo, ya que descubría en él la fuerza que tiene el espíritu de religión en

quien tiene la suerte de poseerlo. Una cosa semejante se practica á los tres toques de la misma campana al mediodía y al empezar la noche; porque al primer toque se pára cada uno donde se encuentra, venerando en pie, con la cabeza inclinada, á la gran Madre de Dios, sin moverse, hasta el tercer toque de la campana: costumbre que se observa generalmente en toda la América, como en otra parte se ha dicho.

Solamente me desagradó, entre tantas cosas buenas, que también en Santiago casi todas las reuniones del pueblo para instruírlo en la práctica de la virtud y en sus propios deberes, se hacen de noche, porque es moralmente imposible que no sucedan desarreglos inmorales, pues ofrecen las tinieblas una oportunidad á quien es inclinado á las obras de las mismas, y tales hombres jamás dejan de verse en las grandes ciudades. La otra cosa que también me desagradó en Santiago, es el cuidado que tiene el clero de instruír y cultivar á las personas de la ciudad, mirando por otra parte con mucha indiferencia á las gentes del campo, las cuales, por ser más necesitadas, deberían formar el primer cuidado de los celosos sacerdotes y de los piadosos obreros del Evangelio. Por las cartas que escribían algunos buenos Misioneros, que estaban en la provincia de la Concepción, en la frontera de los salvajes, se veía que estos desgraciados, faltos de guía después de la expulsión de los Padres Misioneros Franciscanos, pedían continuamente el pan y no había quien se lo partiera. ¿Cómo es posible que puedan mantenerse en los sentimientos de la virtud cristiana sin la práctica de la misma y abandonados á sí mismos en la molicie de una vida ociosa?

Por esto, valerosos sacerdotes, dignos ministros del santuario, romped los lazos que tiene sujeto vuestro celo en el estrecho recinto de vuestra ciudad. Idos al campo de la evangélica semilla: reforzad con el aceite de la predicación la débil luz de las máximas cristianas, que está próxima á apagarse en aquellos nuevos fieles. No se contente vuestro celo con vuestras actuales campañas. Haced que resplandezca su ardor en los vastos desiertos de Arauco; desarraigad de ellos los añosos espinos y abrojos que cubren su rica superficie, echad sobre ésta la buena semillas de las evangélicas verdades y atended con infatigable cuidado y vigorosa firmeza á extirpar intrépidamente la inveterada cizaña que irá volviendo á brotar. Penetrad en los más boscosos lugares y entre los más frondosos bosques; no temáis el encuentro de las fieras, ni de los fieros leones que se os presenten para quitaros la vida; porque estará con vosotros el gran León de Judá, que á todos aterrará con su fuerte rugido. Y, si le agradase á él que seáis víctimas de aquel pueblo inhumano, será para vosotros glorioso el combatir por el culto de Dios, y coronará el triunfo vuestra muerte.

Sin apreciar la pérdida de tal vida entre los salvajes de Arauco, encaminaos á la conversión de ellos. Y vosotros, públicos representantes, suministrad los medios á esta obra saludable, que tanto interesa al ensanche de la Chilena República, la cual mira como suyas todas las tierras de los mismos. En tanto que permanezcan salvajes, separados é independientes, como están al presente, serán siempre una parte imaginaria del Estado Chileno, y es una verdadera ilusión el considerarlos como vuestros. Se-

rán vuestros cuando hayáis conquistado el terreno y sometido cada pueblo á la obediencia de vuestras leyes; lo que no es absolutamente difícil con los medios de la persuasión y de la dulzura de los buenos Misioneros. De otro modo, están aquellos desgraciados privados de abrazar por sí mismos la fe de Jesucristo, porque las inveteradas pasiones no les permiten dejarlas; mas consienten los mismos que sus hijos reconozcan el verdadero Dios, adopten su culto y en él se intruyan. Abriendo pues vosotros un colegio y dedicando en éste á la instrucción de los indios jóvenes los Misioneros más entendidos, podréis hacer de los mismos jóvenes otros tantos excelentes ministros de Dios, los cuales, ayudados por su propia lengua y con evangélicas instrucciones, podrían ser muy ventajosos para convertir en poco tiempo á todos los otros indios, civilizarlos y someterlos á la observancia de vuestros instituciones. ¿Qué adelanta Chile con hacernos creer á nosotros que se han extendido los confines de su República hasta el cabo de Hornos y á todas las tierras del Fuego, si después de Concepción y Valdivia, es impenetrable á los Chilenos aquella inmensidad de campiñas? Primero, pues, reducidlas de la indicada manera, y después decid que también aquellas tierras son vuestras, ya que entonces aquella parte de Chile no será ideal, y vosotros inmortalizaréis ante las generaciones venideras la gloriosa memoria de tal conquista. El extenderse mucho es un defecto cuando se habla con sabios. Volvamos á nuestros buenos individuos de Santiago.

Mis relaciones particulares de amistad y sus méritos personales exigirían, que yo aquí hablase en modo espe-

cial de muchos buenos seculares y de otros del cabildo de la Catedral. Entre los primeros, sumamente recomendables serían por su singular piedad y doctrina el Señor Don Agustín Eyzaguirre, uno de las primeras familias de Santiago; el Señor Don Manuel Salas, Ministro Plenipotenciario de la República de Colombia en la misma ciudad de Santiago, y el Señor Don Tadeo Reyes, que fué 32 años Ministro de Estado en aquella capital, bajo el Gobierno Español, y cuando fué separado por la República, se ocupó en escribir con mucha erudición y piedad varios opúsculos de cosas devotas y una juiciosa refutación de la obra del Padre Manuel Lacunza sobre el Reinado de los Milenarios, condenada hoy por la Iglesia, pero venerada entonces como parto de un Santo Padre en toda la América. Entre los segundos, un elogio también grande merecerían el Señor Don Juan de Dios Arlegui, Secretario del actual Obispo de Santiago; el Señor Don Pedro Marín, Catedrático del Instituto Nacional, y otros; pero, más que todos, el Señor Canónigo Provisor, ó sea, Vicario General de la Diócesis, Don J. Alejo Eyzaguirre. Este dígnisimo sacerdote, que en su poca edad ha sabido unir á su doctrina singular una prudencia senil y la práctica de una virtud impecable en todas las acciones de la vida, por lo que se cita con el mayor respeto por todos, es uno de mis más cordiales amigos, del cual tengo yo el honor de envanecerme, y ninguna circunstancia contraria ó siniestro accidente podrán borrar jamás en mi corazón su agradable recuerdo.

Mas, dejando á un lado estos particulares elogios, termino la presente descripción de la ciudad de Santiago con decir algo en general de la cultura y de las costumbres

de los Chilenos, y con dar al fin una idea del fuerte que defiende ahora la indicada Metrópoli. Merced pues al cuidado que se tiene en Santiago de la pública instrucción de la juventud, no faltan en aquella capital y en otras principales lugares del Estado sujetos sumamente respetables, muy instruídos en todo género de erudición y doctrina; y toda la Nación en general llega á ser bastante civilizada é instruída. Las personas de primera cualidad, puestas en frente de los cultos Europeos, no tienen mucho que humillarse en los grados de la ordinaria cultura; y en nada absolutamente son inferiores, en la propiedad del vestirse y en lo refinado de la educación y del trato, el cual se encuentra sumamente agradable y cortés tanto en los hombres como en las mujeres. Son de ordinario, tanto los unos como las otras, de cuerpo proporcionado y robusto, de bellas formas y color, y de un rostro simpático y bien formado. Llenos de vivacidad y buen sentido; prontos en las réplicas, cautos y tardíos en las resoluciones, y de mucha constancia en ejecutar lo que se proponen, mientras en sus resoluciones ordinarias no se muestran de mucha firmeza.

Reinando entre los Chilenos la buena fe, son incapaces de usar cualquier traición; y al hablar con ellos se observan por sus expresiones aquellos señales simples y naturales de lealtad que caracterizan á las personas honradas y de bien. Son de indole dócil y de muy buen corazón; amantes de la sociedad y del trato, y su compañía se hace muy agradable y simpática por cierta facilidad natural que encuentra siempre nueva materia de discurso, que mantiene alegre y contenta á toda la compañía. Las mu-

jeres, las cuales no carecen de particulares atractivos, de vivacidad y de sentido, asisten á todas las reuniones de sociedad y de familia con un trato de suyo desenvuelto y agradable, lleno de seriedad y reserva al mismo tiempo; y cualquiera que sea el personaje que con ellas conversa confidencialmente ó por simple visita de cumplimiento, ninguna se alza de su silla, cuando aquél se despide y parte, aunque la señora se encuentre sola con él.

No se diferencian mucho en las indicadas maneras, de la clase primera de los Chilenos, las personas de la segunda esfera, las cuales son bastante bien educadas: sus vestidos son aseados y decentes. Los de la clase íntima están muy atrasados en todas las cosas: y, quitado lo que es de carácter común de la nación y aquella florida robustez propia de los Chilenos, en el resto se separan, en la cultura, en los vestidos y en el trato, con tal degradación que los íntimos no se diferencian mucho de los indios salvajes. Sus vestidos consisten en un sombrero de paja, un par de botas de cuero natural, en ciertos calzones faltos de toda gracia, y un poncho, que es una especie de colcha común á todos, la cual tiene una abertura en medio, donde se introduce la cabeza y se coloca mitad delante, y mitad detrás como un hábito de Regulares. Muchas de estas capas se fabrican en Inglaterra y en Francia, de lana muy fina y también de seda con franjas de diferentes colores, y las usan también las personas distinguidas para ir al campo y cuando viajan. En la ciudad visten á la moda europea, y también las señoras, circulando aún en América nuestros figurines de moda sobre la manera de vestir.

Las personas de categoría, excepto las ocupaciones que puedan tener en los cargos honoríficos de su gobierno, ó la administración de su propia casa, no se ocupan en nada. Los del segundo orden se ocupan en las artes mecánicas, y los plebeyos son todos empleados en el cultivo de los campos y en otros trabajos pesados. Muchos de éstos son también destinados á vigilar durante la noche en las plazas y calles públicas de la ciudad; y se les da el nombre de Serenos, porque el Gobierno, para asegurar la tranquilidad pública de los habitantes y para impedir en sus casas y negocios los robos nocturnos, ha destinado uno por manzana, y quiere que, paseando toda la noche por ésta, anuncie á cada media hora con voz fuerte y clara, la hora y el tiempo actual, si es bueno ó malo, nublado ó sereno: y la canción de cada uno, buena en sí misma pero fastidiosa por su frecuencia, es ésta: *Ave María purísima, las dos y media, sereno*; cuando son, por ejemplo, las dos y media de la noche y el cielo está estrellado. Si en la media hora que sigue sobrevienen las nubes, entonces á la dicha cantinela en vez de *sereno* sustituyen el distintivo de *nublado*; y cuando hay algún indicio de temblor de tierra, el cual es muy frecuente en Santiago, entonces, dando primero un gran silbido con un pito, gritan después en alta voz, según la hora que es, por ejemplo á las tres dadas: *Ave María Purísima, las tres han dado, temblor*. A este anuncio se pone en movimiento toda la ciudad, y sale cada uno de la propia casa para ponerse en salvo de sus ruinas en medio de las calles y de las plazas públicas, y en los respectivos patios de las mismas habitaciones, cuando son capaces de defensa.

En una de tales sacudidas de temblor de tierra nocturno en Santiago, me cayó un pedazo de tabique intermedio en el cuarto donde yo dormía; y por la mañana encontré que otros dos nuros colaterales se habían separado el uno del otro por más de dos dedos; y aquel donde tenía la cabeza se había abierto en varias partes.

Los serenos de que hemos hablado dependen de un cabo, el cual debe responder de ellos, y por eso no los envía nunca á un mismo sitio, cambiándolos cada noche, para que no se reúnan juntos á hacer algún robo ó cualquier otra mala acción. Tienen el sueldo de doce pesos al mes cada uno, y otros son de mucho beneficio á la ciudad sirviendo como otros tantos centinelas que velan por el buen orden de la misma. Si sucede algún inconveniente, para el cual sea necesaria la fuerza pública, la llaman al instante dándose la voz el uno al otro. Lo mismo hacen en los casos de incendio y cuando se necesita en alguna casa algún Profesor de Medicina ó de Cirugía. Todas estas ventajas, que se pueden obtener de otra manera, no me parece que compensan la fastidiosa molestia de ser despertado á cada media hora por la cantilena de los serenos, á la cual me dicen unen con frecuencia el estrépito de un agudo silbido. Así es que, durante nuestra permanencia en Montevideo, al regresar á Roma tuvimos la noticia, por medio de la *Gazeta* de Buenos-Aires, de que el Supremo Gobierno de Chile, para disminuír los gastos públicos, había suspendido aquella especie de centinelas, reconociendo inútil y gravosa á la población su guardia nocturna. Por lo cual yo gocé muchísimo; porque, siendo de un sue-

ño muy ligero, había pasado en Santiago la mayor parte de las noches en fastidiosa vela.

Una de las otras costumbres particulares de Santiago, que demuestran el refinamiento de la civilización de Chile, es la estrecha armonía que mantienen entre sí todas las personas en sus respectivas clases. Los nobles, por ejemplo, y todos los otros de la primera clase, tienen costumbre en todas las fiestas de hacerse visitas recíprocas, por medio de las cuales conservan la unión y amistad entre sí; y practicando lo mismo también las otras clases de la ciudad, florecen de tal manera, en todo aquel pueblo, la concordia y la paz, que son el alma y la base de toda humana sociedad. Paso en silencio otras costumbres, que son propias de todo pueblo civilizado; pudiendo cada uno por sí comprenderlo por el grado de cultura á que ha llegado la Nación Chilena, y entro á hablarle de la última cosa que me queda, cual es el Fuerte que guarda ahora la ciudad, los suburbios y todas las inmediaciones de Santiago.

Este castillo, el único que allí existe, queda en un lado de la ciudad, sobre un monte que la domina enteramente, y en caso de sitio podría hacerse inexpugnable, guardando bajo el tiro del cañón el terreno suficiente para la siembra de las necesarias sustancias. Este fuerte es muy aborrecido de la ciudad, porque fué hecho únicamente para dominar á la misma. Por tal motivo no ha sido jamás perfeccionado y suele llamarse por ironía y por desprecio la *Chacra de Marcó*, y he aquí el por qué.

Marcó fué uno de los Generales Españoles que han gobernado en Chile. Cuando Chile se rebeló la primera vez,

en 1810, contra la España, ésta expidió de Lima al General Osorio, el cuál sometió á los Chilenos y restituyó las cosas á su primitivo estado, bajo el Gobierno Español. Después de un año, por las intrigas que nunca faltan en las Cortes, en daño de los Soberanos, la España llamó á Osorio, y nombró Comandante y Presidente de Chile, al General Marcó, hombre turbulento y sospechoso. Este quedó dos años al gobierno de Chile, donde, apenas llegado, en vez de seguir las huellas de la circunspecta bondad y prudencia de su antecesor, empezó á irritar los ánimos con un rigoroso dominio y con el desprecio que hacía de todos: y dió colmo al general disgusto é irritación de los ciudadanos con idear el indicado castillo, para dominar con él á toda la ciudad y someterla de tal manera á sus caprichosas disposiciones, que no pudiera ya moverse, sin ser totalmente destruída. El monte donde fué ideado aquel fuerte, y donde está al presente, era un desnudo escollo, muy grande y elevado, y de forma cónica. El se dedicó á la obra carísima y fatigosa de aplanarlo á la mitad de su altura y construír en la grande área que había resultado, un surtidísimo castillo, para aterrorizar á la ciudad. Esta pues no podía menos que mirar con indignación tales trabajos, y á cada explosión de mina que se oía por los habitantes, en la nivelación del escollo, todos decían por ironía y por desprecio de la cosa, que Marcó se estaba haciendo una *Chacra*, sobre el monte, y desde entonces en adelante se ha llamado siempre aquel fuerte la *Chacra de Marcó*.

Veía el incauto Presidente el disgusto de todos y sabía también los conciliábulos y las voces alarmantes de los

más atrevidos ciudadanos. Esto no obstante, todo lo despreciaba, con la vana ilusión de reprimir los partidos y someter á los facciosos con el nuevo castillo, y ordenó que se acelerase su trabajo. Al ver los Chilenos que la cosa se hacía más peligrosa cada día y más seria, y que construído el castillo quedaba expuesta á la boca del cañón toda la ciudad y no les habría quedado otra cosa sino llorar en silencio la propia esclavitud, reunieron todas sus fuerzas y organizaron una nueva revolución, que los Españoles no pudieron ya refrenar. Los Chilenos, irritados contra sus opresores, atacaron como otros tantos leones furiosos los barrios de la ciudad, donde se hizo largo fuego por mucho tiempo de una y otra parte. Obligados finalmente los Españoles á retirarse, salvaron con la fuga de su General, que fué á guarnecerse fuera de la población. Llegó entonces el General San-Martín, de Mendoza, y con las sangrientas batallas que dió, la primera en Chacabuco á la armada de Marcó, y la segunda en Maipo á las nuevas tropas traídas de Lima por el General Osorio, el cual fué enteramente vencido, se decidió la libertad de Chile y la Independencia de toda la América Meridional perteneciente á España.

He aquí á dónde conducen el abuso del poder y la irritación de un pueblo. Aquellos Chilenos que, sometidos por el prudente Osorio y cautivados por sus dulces maneras, vivían obedientes y sujetos á los augustos Soberanos de España, irritados por el violento poder, manifestado indebidamente por Marcó, se rebelaron contra él y no fueron capaces de dominarse. Estas acciones son muy serias en

un Ministro á quien está confiado el celoso gobierno de un pueblo. El debe reflexionar que los hombres están dotados de razón, y que por esto se guían con persuasiones, y nó con la sola fuerza y las amenazas de terror, como se emplea con las bestias indomables. Con ellos tiene necesidad de mostrarse razonable y humano y persuadir siempre la inteligencia para asegurarse de su buena voluntad y de la obediencia espontánea. Quien no conoce más que el rigor, se hará obedecer de los subalternos, mas no conseguirá jamás su afecto; y cuando los subalternos puedan equilibrar su fuerzas con las de quien duramente los dirige, ó el rigor de éste llega á ser excesivo, no hay medio hábil que pueda sostener el gobierno. Así teminó un Tarquinio en Roma y un Dionisio en Siracusa, mientras con durísimas cadenas tenía encerrada y oprimida la libertad de los Siracusanos. El hombre cautivado por una dominación agradable, corre espontáneamente á la muerte en defensa del que así lo gobierna; porque tiende por naturaleza á la sociedad y ama por esto á quien bien la ordena. Provocado injustamente por un desprecio excesivo, no conoce freno y la irritación llega á ser tanto más formidable y funesta, cuanto más irritadas se hallan las personas por el fuego que se comunican con su excitación común. No sea pues el gobierno que se da al hombre, ni demasiado suave, porque no insulte y no se oponga á las leyes; ni demasiado áspero, porque irritado no se abandone á la desesperación y á la ferocidad.

Estos eran los sentimientos de los Soberanos de España, los cuales, conociendo ser indistintamente los padres comunes de todos sus súbditos, querían que también los

Americanos fuesen tratados como sus hijos por los respectivos Ministros; y que representando ellos á su persona, á cada uno de los mismos le correspondía la terrible responsabilidad del mando y del gobierno de los pueblos.

Pasando ahora á la descripción general de todo el Estado chileno, es necesario advertir que éste antes de las revoluciones era uno de los Reinos de la América Meridional pertenecientes á la Corona de España. Actualmente está erigido en República independiente con un Senado, al cual preside un Director Supremo, que es también el generalísimo de la Milicia. Los primitivos nacionales llamaron este Estado Chili-hue, esto es, Distrito ó Provincia del Chili. Después, habiendo aumentado la población y con ella los confines del Estado, lo empezaron á llamar Chili-mapu que quiere decir Reino del Chile, y su lengua Chili-dugu, ó sea, lengua del Chile. Cuando después fué conquistado por los Españoles, éstos, por error de lengua, no comprendiendo bien la pronunciación de los nacionales, empezaron á escribir Chile y á pronunciar Chile según las reglas de su pronunciación. Los Italianos después, como también los Ingleses, han conservado la voz Chili, y la prefieren sin la supresión de la *i*, la cual suprimen los Españoles. Por otra parte, hoy su verdadero nombre es *Chile*, que se pronuncia *Chile*, porque en materia de lengua hay que estar á lo que determina la propia nación, y atenerse, como dice Horacio en la Poética, á su uso.

Los confines de la actual República de Chile, son: al Septentrión, el Perú; al Poniente y al Mediodía, el mar Pacífico, que la costea hasta el cabo de Hornos; y al Levante, los Patagones de las Pampas, Cuyo y Tucumán, mediante la cordillera; en cuyas montañas, que forman la

cadena del centro, se hace pasar el dicho confín, como se nota en su carta geográfica. De esto se deduce que la extensión de Chile es de cerca de dos mil doscientas millas italianas, comprendidas entre los grados 24 y 56 de latitud meridional, siguiendo la dirección de la cordillera, la cual se aproxima y luego se separa del Océano Pacífico con distancias irregulares. Hacia el Perú, por ejemplo, á los 24 grados, la distancia de la cordillera al mar Pacífico, es de 210 millas, y va después creciendo hasta el paralelo del Archipiélago de Ancud, llamado también de Chiloé, á los 41 grados, donde se tiene una distancia de la cordillera de 300 millas italianas. Allí empieza nuevamente á estrecharse, hasta el cabo de Hornos, donde los confines son totalmente ideales, como es también ideal la jurisdicción que la República de Chile pretende tener sobre aquellas y otras tierras de salvajes, que jamás ha poseído pacíficamente. Es cierto que los españoles, bajo el mando de Pedro Sarmiento, penetraron hasta la Tierra Magallánica, y que construyeron sobre el estrecho de ésta una ciudad con un bien provisto castillo; mas, es cierto también, que la ciudad fué en seguida destruída por los salvajes, los cuales con sangrientas guerras arrojaron á los invasores de todas partes, hasta el río Bío-Bío, más allá del cual ya no pudieron pasar con sus armas.

En los indicados confines se observa que el Estado de Chile está todo defendido por la naturaleza con fuertes barreras. En la parte del Perú existen dos solos caminos: uno costea el mar, y además de las asperezas que allí se encuentran, es falto de víveres y de agua; el otro atraviesa la Cordillera por el espacio de ciento y más millas, q

son casi del todo intransitables; de tal modo que cuando los Españoles se arriesgaron á pasarla bajo el mando de don Diego de Almagro, para invadir á Chile en 1535, allí murieron casi todos. Al Poniente y al Mediodía, las costas chilenas están todas defendidas por un mar, el cual no presenta más que pocos puertos, de una entrada muy difícil. Al Levante, el Estado vuelve á quedar nuevamente encerrado por la Cordillera, donde se encuentran dos solos caminos para entrar, unidos á otros pasos intransitables. El mejor de estos dos caminos es el que conduce á Mendoza de la parte de Cuyo. El camino que desciende del Portillo es mucho peor que el de Cuyo, porque es necesario pasar montañas ásperas, las cuales estás casi siempre cubiertas de nieve, y los muchos precipicios que allí se encuentran, suelen ser fatales á las mismas mulas de carga, que están acostumbradas á pasarlos. Parece pues que la misma naturaleza haya querido proveer en todas partes al Estado de Chile de barreras insuperables, á fin de hacerlo más pacífico, y más agradable á sus ciudadanos la posesión de aquel delicioso jardín de la América, donde, como se ha dicho, la suavidad del clima, la amenidad de las comarcas, la fertilidad de la tierra, la abundancia de riquísimos minerales y de todo producto animal perpetúan á los mismos las delicias de la vida.

Para formarse una idea exacta de este Estado, según la extensión de los indicados confines, debemos distinguir en él dos especies de gobiernos, que son el Eclesiástico y el Civil. En cuanto al Gobierno Eclesiástico, Chile está dividido en dos grandes Diócesis, las cuales se llaman una de Santiago, y la otra de la Concepción, por el nombre de

las ciudades donde residen los respectivos Obispos, los cuales son sufragáneos del Arzobispo de Lima. La Diócesis de Santiago se extiende de los confines del Perú hasta el río Maule, y comprende también la provincia de Cuyo, situada al Oeste de la Cordillera. La Diócesis de la Concepción abraza todo el resto de Chile, según los indicados confines, comprendidas las tierras de los infieles y todas las islas que luego vamos á describir.

Estas dos Diócesis han tenido siempre Obispos muy dignos por su probidad y doctrina, cuya historia se está compilando en Santiago con la de muchos eclesiásticos y de otros seglares chilenos, que se han distinguido en las virtudes cristianas; y será publicada á fin de que se vean mejor en ella todos los progresos particulares que ha hecho nuestra Religión en Chile. Antes de las últimas guerras de las revoluciones americanas, cada Diócesis tenía su Catedral, y estaba asistida de un competente número de canónigos, cuyas rentas, como también las de los dos Obispos, se tomaban de la masa decimal y era repartida así: de toda la dicha masa se hacían cuatro partes iguales: una la tomaba el Obispo, otra el Capítulo de la Catedral, y las otras dos se dividían en nueve partes, llamadas por esto Novenas. Una y media de estas Novenas se asignaba á la fábrica de las respectivas iglesias, otra novena y media se daba á los Hospitales, dos novenas tomaba el Rey en reconocimiento de su justo Patronato concedido por los Sumos Pontífices á la Corona de España, en el descubrimiento de la América, y las otras cuatro novenas servían para el mantenimiento de los Párrocos y de los Vice-Párrocos de todas las iglesias. Cada Diócesis tenía

su masa decimal separada, la cual se calculaba ordinariamente en cerca de trescientos mil escudos romanos al año. La masa de Santiago, por ejemplo, en 1823 dió trescientos cincuenta mil escudos.

Al presente, tanto la masa decimal de Santiago, cuanto la de la Concepción, forman parte del Erario Público, el cual la emplea para los gastos de la guerra, después de separar cuatro mil escudos al año para el Obispo, dos mil doscientos escudos anuales por cada canónigo, y lo que importa el sostenimiento de las fábricas, del Hospital, de los Párrocos, de los Beneficiados, y de otros sagrados Ministros de la Diócesis de Santiago. En la Diócesis de la Concepción, habiendo quedado sin Obispo y casi sin canónigos, la masa decimal pasa casi enteramente al Erario Público sin el gravamen anual de las indicadas pensiones.

La Diócesis de la Concepción es administrada al presente por el Deán de la Catedral, el Señor Don Salvador de Andrade, sacerdote de mucha bondad y doctrina. La Diócesis de Santiago hasta 1824 fué gobernada por el propio Obispo, el Sr. D. José Santiago Rodríguez, al cual fueron asignados por el Supremo Gobierno otros dos mil escudos al año, además de los cuatro mil que tenía, y fué suspendido de la dicha administración de su diócesis por sospechas de opiniones políticas, y obligado á dar el cargo al señor Don Ignacio Cienfuegos. Este conservó la administración hasta 1825. En aquella época el Obispo Rodríguez fué desterrado del Estado Chileno, y habiendo renunciado entonces el Señor Cienfuegos la administración de la Diócesis, el Supremo Gobierno instaló en ella al canónigo Don Diego Antonio Elizondo, el cual la conserva todavía.

Durante las desagradables peripecias del Señor Obispo Rodríguez, sufrieron mucho en Chile todas las Ordenes de Regulares en ambas Diócesis. Estas se habían establecido en el Estado Chileno en diferentes épocas de tiempo. En 1541 entraron los Padres de la Merced, á quienes llevó consigo el conquistador Don Pedro Valdivia. Después, el año 1553, pidió y obtuvo de la Corte de España á los Dominicanos y los Franciscanos Observantes, los cuales aumentaron considerablemente, y tanto éstos como los Padres de la Merced llegaron á poseer en poco tiempo numerosos conventos y á formar Provincias separadas. En 1595 llegaron los Agustinos y en 1615 los Padres Hospitalarios de San Juan de Dios. Los Jesuítas fueron introducidos en 1593 por el sobrino de San Ignacio, su fundador, Don Martín de Loyola, y con el favor de éste se extendieron rápidamente no sólo en todo el Estado de Chile, sino también en todas las partes de América.

Todos estos piadosos obreros del Evangelio, animados por sus superiores y por los respectivos Obispos, no dejaron de trabajar con infatigable celo en el vasto campo de su apostólico ministerio. Sus ideales, por tanto, eran solamente los de ver convertidos á la fe de Jesucristo todos aquellos pueblos salvajes. Así, no cuidando de la propia vida, se introdujeron animosamente entre ellos, y, secundados por la divina gracia, que animaba en todo sus piadosas intenciones, catequizando é instruyendo, tanto con la voz como con los ejemplos de la vida, tuvieron el gran consuelo de ver transformado en poco tiempo el deplorable aspecto de aquellas dispersas poblaciones y convertida una gran parte de éstas á nuestra creencia, como

veremos mejor más adelante. Mas, como en las más útiles empresas de nuestra santa Religión, mayores suelen ser las oposiciones del Infierno, que es su capital enemigo, consiguió éste con sus esfuerzos ofuscar la gloria de aquellos primeros obreros y retardar los progresos de las conversiones por defectos de sus sucesores. Porque, apartándose éstos de la rigidez de los primeros Misioneros en la rigurosa observancia de la pobreza evangélica, empezaron á poseer; lo que no habría sido reprensible si se hubiesen contentado con una moderada posesión de bienes, para asegurarse con ella el propio sustento sin gravar á la sociedad, y para tener con qué socorrer á los necesitados y llamarlos con el aliciente de la alimentación á su conversión. De la posesión de bienes para su propio sostén pasaron á una positiva abundancia de todas las cosas; lo cual no pudo agradar á nuestro divino Maestro, quien, cuando envió sus discípulos á todas las partes de la tierra, les ordenó no poseer nada que fuese de su propiedad especial, y marchar por todas partes con un solo vestido, con un solo par de zapatos y sin saco al cuello; á fin de que los sospechosos políticos y los otros malignos no encontrasen en qué decir mal de ellos, en daño de su divina misión. De esta orden no se separaron en nada los Apóstoles, no apropiándose nada. Ponían, sí, en común, los bienes de los nuevos fieles, y ordenaron las colectas para solo uso de los pobres, de las viudas y de los pupilos; ya que para su propio mantenimiento, se ocupaban frecuentemente en labores de mano, como sabemos por San Pablo, que se gloriaba de ello con los de Corinto y otros.

Disgustado pues el Señor de la relajación de los Re-

gulares Chilenos del debido rigor de la disciplina evangélica, y deseando conducirlos al primitivo fervor de sus Institutores, ha permitido que en estos últimos tiempos se intentase su Reforma. Esta ha sido ejecutada durante nuestra permanencia en Chile por aquel Supremo Gobierno, el cual, como veremos en el opúsculo, no tenía todo el pleno poder, ni tampoco la efectuó en las debidas formas y con el único fin de ver mejorada la disciplina de los Regulares. Esto no obstante, si el efecto ha sido triste y ruinoso de una parte, se ha encontrado útil y saludable por otra, porque, habiendo éste servido para que se manifestase en esta circunstancia toda la cizaña en los respectivos conventos y se separase por sí misma del grano de la buena semilla, todos los individuos que han sabido resistir á la terrible sacudida, se han dedicado á un más perfecto tenor de vida, en la cual ha vuelto á brillar la antigua rigidez de sus primeros fundadores; y muchos buenos religiosos de cada Orden, en particular de San Francisco y de Santo Domingo, como veremos después, han ya emprendido una fervorosa carrera de apostólicas fatigas en las tierras de los salvajes, los cuales serán pronto llamados con sus nuevas conversiones á la fe del verdadero Dios, única que puede iluminarlos y hacerlos plenamente contentos y felices.

Pasando ahora á la descripción de Chile, en cuanto á su Gobierno Civil, podemos dividirlo en tres partes, que son: el alto y bajo Chile, y las islas que posee en el Océano Pacífico. El alto Chile comprende todo el espacio que ocupa la Cordillera, cuyas montañas se calculan en altura doble de las más altas montañas del viejo mundo; siendo

su elevación respecto de la de los Alpes al menos de 7 á 4, según el célebre Barón de Humboldt. Estas montañas forman una continuada cadena que atraviesa toda la América de Septentrión á Mediodía. Las que dividen á Chile tienen 120 millas de ancho, y comprenden tres cadenas casi uniformes, siendo solamente un poco más elevada la del medio, donde termina la jurisdicción de Chile. Las más altas de todas están entre los grados 28 y 41 donde se encuentran el monte Manfla, el Tupungato, el Descabezado, el Blanquillo, el Longaví, el Chillán y el Corcovado, que son de una desmesurada elevación. El Descabezado, que según el Diario de Madrid, se ha encontrado igual al célebre Chimborazo, se ve como tronchado en su punta; y se pretende que alguna explosión volcánica la haya cortado y que haya resultado un lago, del cual fluye el río Maule, que brota á los pies de dicho monte. Estas por otra parte, son simples conjeturas, las cuales carecen de fuerza, ya que es bastante inverosímil que algún viajero haya podido subir, por la menor presión del aire que debe de haber en la cima, y por las angustias y hemorragia que ocasionan, como, lo experimentó el célebre Humboldt cuando se atrevió á subir al Chimborazo; y como lo experimentamos también nosotros al atravesar de una parte á otra la Cordillera en la cima de la cumbre, aún siendo esta montaña bastante más baja que el Descabezado. Es cierto, sin embargo, que las triples cadenas de montañas, que forman el confín de Chile hacia el Levante, abundan en grandes volcanes; los cuales, bien que estén distantes cerca de doscientas millas del mar, arden, no obstante, con mucha fuerza y producen á veces erupciones de lava abundantísima, la cual se pre-

cipita fuertemente en las ásperas rocas de su monte como un impetuoso torrente.

El bajo Chile es toda aquella parte de terreno que queda entre la Cordillera y el Océano Pacífico, que se divide en Chile propiamente dicho, y en tierras habitadas por los salvajes, de las cuales hablaremos en un capítulo separado, para mayor distinción de las cosas. El Chile propiamente dicho está comprendido entre los grados 24 y 37 del monte de San Benito cerca del Perú, hasta el río Bío-Bío. Este antiguamente se dividíaen dieciséis Provincias, las cuales, empezando del Septentrión, eran: Copiapó, Coquimbo, Quillota, Aconcagua, Melipilla, Santiago, Rancagua, Colchagua, Curiçó, Maule, Cauquenes, Chillán, Itata, Puchacay, Rere y Laja. Todas estas provincias eran bastante pobladas por los naturales, los cuales se distinguían con el nombre de Copiapinos, Coquimbanos, Quillotanos, etc. Mas, desde la conquista de los Españoles en adelante, los naturales han ido siempre disminuyendo en proporción que crecían los Españoles, y al presente no hay más que unos pocos restos esparcidos entre sus conquistadores. Después del establecimiento de la República, se ha hecho una nueva división de esta parte de Chile, la cual ha sido dividida en tres grandes Provincias, que son: la Provincia de Santiago, la de Coquimbo, y la de Concepción. Cada una de estas Provincias tiene su Gobernador particular, el cual depende del Supremo Gobernador de Santiago.

La tercera parte de Chile comprende todas las islas que hay cerca de sus costas en el Océano Pacífico. Empezando por las más vecinas en los 29 grados, tenemos Megillón,

Totoral y Pixarí, las cuales son de poca extensión y todavía desiertas, bien que sean susceptibles de cultivo; Quiriquina á la entrada del puerto de la Concepción, y Talca, llamada también la Isla de Santa María, son pequeñas, pero más fértiles que las primeras. A los 38 grados se encuentra La Mocha, que es una isla bellísima, de una circunferencia de 70 millas, la cual contenía en el pasado mucha población. Al presente está totalmente desierta. Siguiendo adelante se encuentran, entre los grados 41 y 45, el Archipiélago de Ancud y el de los Chonos. Estos contienen ochenta y dos islas, que son habitadas en su mayor parte por los Españoles, y otras por los indios nativos. La más grande es Chiloé, por lo cual se consideran hoy como reunidas en un sólo Archipiélago, que se llama el Archipiélago de Chiloé. Esta isla tiene ciento cincuenta millas de extensión y en su capital, que es Castro, reside un Gobernador, el cual gobierna sobre todas las 82 islas en nombre de la Corona de España, que allí domina todavía. En 1824 el General en Jefe de toda la Milicia y Supremo Director de Chile, Don Ramón Freire, guerrero de mucho valor y bastante práctico en el ejercicio de las armas, tentó someter todo aquel Archipiélago á su República. Marchó allí con una flota respetable, y, habiendo atacado bastante vigorosamente la isla de Chiloé, desembarcó en ella á pesar de la mucha resistencia que le hacían tanto los isleños como el mar, el cual tragó uno de sus barcos. Pero, habiendo sido rechazado más por las asperezas y la posición del lugar, que por los nacionales, mandados por su Gobernador Quintanilla, abandonó la empresa y volvió con el ejército bastante estropeado á Santiago, durante nuestra per-

manencia allí. Estaba decidido á repetir el asalto en la nueva estación, y á no desistir de él antes de haber obtenido el intento, lo que es de mucha temeridad y sumamente difícil, ya que la isla de Chiloé está toda rodeada de escollos y de un bosque impenetrable, que surte de leña á toda la América. Su puerto tiene una entrada muy angosta y defendida por varias baterías de cañones á ambos lados. Tiene un mar por fuera, el cual está siempre en tempestad, y presenta al interior tanta comodidad para maniobrar contra el enemigo, que en el pasado servía de estación y reposo á todas las flotas españolas que se expedían al Perú y á otras partes. Los isleños, que forman una numerosa población, son casi todos soldados voluntarios, muy adictos á la España, de lo que resulta que la isla, si bien es de suyo fertílisima, está casi toda inculta y habitada en su mayor parte de sólo salvajes: lo que aumenta siempre más las dificultades de la empresa. El producto mayor de Chiloé son las patatas, que se multiplican y engruesan de un modo extraordinario. Tiene también fruta y óptimos melocotones.

Del Archipiélago de Chiloé volviendo atrás á una distancia mayor de la costa, se encuentran las otras islas de Chile propiamente dicho. Tales son las pequeñas islas de San Ambrosio, de San Félix y las de Pascua, situadas entre los grados 26 y 27. Las dos primeras, llamadas comunmente la tierra de David, están á distancia de 170 leguas de la costa y continúan todavía desiertas. La isla de Pascua cuenta dos mil almas y es célebre por las numerosas estatuas que sus habitantes han alzado en varios sitios, para embellecimiento de su patria y para adorarlas

como tantos otros dioses tutelares. Algunas de estas estatuas tienen la altura de 15 á 16 pies y parecen labradas todas de un trozo de una cierta piedra volcánica, cuya cantera no se encuentra en toda aquella isla; por lo que se creen de una composición que no es conocida de los viajeros. El Almirante holandés Regewin, que fué el primero en desembarcar allí, nos asegura que dichas estatuas están hechas con todas las reglas del arte: y lo mismo confirmaron el capitán D. Felipe González, la Peruse y el famoso Capitán Cook, que abordó allí en 1774.

Las dos Islas que se llaman de Juan Fernández, el cual fué su primer poseedor, se encuentran situadas á las 33 grados y 42 minutos. La primera, llamada Más-afuera, porque es la más lejana de la costa, consiste en un monte de difícil acceso, el cual se eleva en el Océano Pacífico todo cubierto de grandes árboles y abundante en copiosos manantiales de agua dulce. La segunda, llamada la Isla de Tierra, á distancia de trescientas treinta millas de la costa de Chile, tiene una extensión de cuatro ó cinco leguas irregulares. El célebre Milord Anson, que se detuvo en esta Isla, en 1741 quedó completamente admirado de ella y escribió en su diario de viaje «que los montes for-
« man un gran número de valles, no menos deliciosos
« que los que nos pintan en las novelas; que allí hay si-
« tios donde la sombra y el olor delicioso que proviene de
« de los bosques vecinos, la altura de las rocas, que pare-
« cen como suspendidas en el aire, y la calidad de las
« cascadas trasparentes que vienen de todas las bandas,
« forman la residencia más deliciosa que puede existir
« sobre toda la superficie de la tierra, y que ciertamente

« la simple naturaleza sobrepuja en sus produciones á to-
« das las ficciones de la más feliz imaginación.»

Tales delicias no escasean en Chile y en todas las partes de su continente. Este, inclusas las tierras de los salvajes, consiste en un plano que se inclina hacia el Océano Pacífico. Está lleno de muchos lagos y de una infinidad de ríos, que riegan aquellas amenas campiñas y las hacen aun más fecundas y deliciosas. Todos estos ríos, 123 de los cuales descienden del interior de la Cordillera, se reúnen en cuarenta y dos, que van á descargarse en el Pacífico. Muchos de ellos, como el Maule, el Bío-Bío, el Cautín y el Toltén en Chile propiamente dicho; el de Valdivia en las tierras araucanas; el Chaivin y el Río Bueno entre los Chunchos y el Sinfondo en el Archipiélago de Chiloé, son todos navegables, aun por grandes barcos hasta, la mitad de su curso. Como después crecen regularmente en la estación estiva, por las nieves que se deshacen en la Cordillera, y tienen en general las orillas bastante bajas, los paisanos van desviando aquí y allá sus aguas, que, conducidas á los terrenos cultivados, acrecientan sumamente su fertilidad y delicia. Por esto el Coleti en su Diccionario Americano, en la voz Chile, habla así con toda verdad de los citados ríos: «Los ríos que bañan y fecundizan maravillosamente el país todo, de la parte occidental, son muchísimos, y todos descienden de la cadena de los Andes, y tienen el curso de Levante á Poniente, descargándose en el mar Pacífico. La amenidad de sus riberas, cubiertas de hermosos árboles, que jamás pierden el verdor, y la delicadeza y frescura de sus cristalinos manantiales, le hacen el país más delicioso del mundo.»

Por el riego de estos ríos y la bondad natural de sus amenas campiñas, Chile abunda en todo género de productos. El grano, como se ha dicho en otra parte, da hasta ciento cincuenta por uno, en la buena cosecha. Las vides engruesan como el tronco de pequeños árboles; y bien que sean poco cultivadas, dan una uva sabrosísima y abundante. Las frutas, como melocotones, manzanas, peras, ciruelas, cerezas, melones, sandías, y tantas especies diversas, son de un colorido y un sabor muy particular; y las respectivas plantas, que son todas grandes, cargan de manera, que parece imposible cómo puedan sostenerlas, y llevarlas á madurez y tamaño singular. De la misma fertilidad y tamaño son también las plantas de naranjos y limones, entre los cuales se encuentra una especie de limones dulces, que son bastante estimados de los Chilenos, bien que nos pareciesen á nosotros un tanto insípidos. Fruta muy particular son en Chile la lúcuma y el coco. Este tiene el sabor semejante á las avellanas y está circundado de un hueso duro y redondo como las avellanas de tal clase, pero bastante más grande y aceitoso que ellas. La lúcuma es del tamaño de un melocotón, al cual se parece en la piel. Su sustancia es semejante á la yema del huevo cocido, al cual se parece mucho también en el gusto, por lo que sacia en seguida y no puede comerse en cantidad. Su semilla es como una castaña verde, mas tan reluciente que parece barnizada con barniz muy fino. La única planta que poco se cultiva en Chile, es el olivo; porque allí todo se prepara con grasa y tocino, y las luces son todas velas de cera y de sebo, menos las lámparas de las iglesias, las cuales

se hacen arder con grasa y aceite extraído con los pies. Por otra parte, los olivos que se ven esparcidos aquí y allá en las viñas de Santiago, para comer el fruto después que se ha hecho secar, son de un tamaño singular, y cargan de tal modo, que en un pequeño olivo que fuimos á ver, estaban reunidas las frutas en pequeños racimos, como los de uva rala, lo que muestra la suma propensión de la tierra y del clima á estas plantas.

Todas las particularidades que hemos indicado de Chile, hicieron decir al célebre Raynal en el capítulo 5 del libro 8 de su Historia Filosófica que los Chilenos, sanos y ro-
" bustos, viven en su mayor parte sobre las plantaciones
" diseminadas, y cultivan con sus propias manos un terre-
" no más ó menos vasto. Ellos son animados á estos lau-
" dables trabajos por un cielo siempre puro y siempre
' sereno; por un clima el más agradable y templado de
" los dos hemisferios; sobre todo, por un suelo cuya fertili-
" dad sorprende á todos los viajeros. En esta tierra feliz
" la cosecha del vino, del grano y del aceite, si bien bas-
" tante negligentemente preparada, es cuádruple de la
" que nosotros obtenemos con toda nuestra atención y
" actividad y con nuestra luces. Ninguno de los frutos
" de Europa ha degenerado allí. Muchos de nuestros
" animales se han perfeccionado, y los caballos en parti-
" cular han adquirido una velocidad y una fuerza, que
" no han tenido jamás los andaluces de que descienden.
" La naturaleza ha prodigado además otros favores: ha
" dotado á esta localidad con prodigalidad de un exce-
" lente cobre, que es empleado útilmente en el antiguo y

« en el nuevo mundo, le ha dado el oro, etc.» A Chile por tanto, más que á otra tierra; parece adaptado aquel fausto vaticinio de la profética Sibila sobre la edad de oro (1).

CAPÍTULO III.

De las tierras y costumbres de los indios.

Las tierras de los indios de Chile, según sus antiguos confines, están limitadas, al Septendrión por el río Bío-bío, que tiene su manantial en Villa Rica de los Puelches y corre de Levante á Poniente en los grados 36 y 45 minutos de latitud meridional; al Mediodía, por el Estrecho Magallánico, al Levante, por la Cordillera Nevada, residencia de los Puelches, y al Poniente, por el mar Pacífico.

Estos confines duran también al presente, con algunas variaciones en la parte Septentrional. En las últimas revoluciones de Chile, habiéndose dado motivo á los Araucanos de sublevarse, éstos pasaron las fronteras del Bío-bío y se acercaron á la Provincia de la Concepción, donde en una de sus escapadas, invadieron años hace, un

(1) Errantes hederas passim cum bacare tellus,
Mistaque ridenti colocasia fundet acantho,
Ipsae lacte domum referent distenta capellae, etc.
Virg. Ecl. IV.

Y empezará sus dones á ofrecerte
No labrada la tierra, oh bello infante,
Brotando el nácar y la hiedra errante,
Y, á la viciosa colocasia unido,
El acanto balsámico y florido.
La oveja ofrecerá sus ubres llenas
Y tornará á los setos repastada......

(*Traducción de Caro*)

Monasterio, del cual se llevaron consigo todas las monjas y no las devolvieron sino después de algunos años de la más infame esclavitud. También en la parte austral se ha encontrado que los indios van de una banda á la otra del estrecho Magallánico según sus diversas necesidades y la variación de las estaciones.

De los Patagones.

Entre los muchos indios que ocupan aquella vasta extensión de terreno, los Araucanos y los Patagones son los más conocidos de todos. Los Patagones habitan las tierras que del grado 46 de latitud meridional se extienden hasta el estrecho Magallánico, entre el mar Pacífico y el Atlántico. en la punta meridional de las Pampas; su posición es tan incómoda, que el excesivo frío, el cual mantiene el calor siempre entre tres y siete grados, las lluvias continuas, la variedad de los vientos, la temperatura inconstante, la abundancia de bosques antiguos como el mundo, é impenetrables, las cascadas de agua, las lagunas que resultan y tantos ríos como allí desembocan, no permitirían absolutamente á una nación extranjera establecerse allí sin sentir, desde el principio, las más fatales consecuencias. No se requiere menos que el temperamento férreo de los Patagones para sostener aquellas molestias.

Estos hombres de gigantesca estatura tienen formas muy particulares. Son de un color bastante moreno: tienen la cabeza gruesa, con abundante cabello negro, sedoso; la frente espaciosa y sobresaliente, con una cutis gruesa. Los ojos negros y muy brillantes, sin cejas, pues las

arrancan apenas aparecen, como hacen también con la barba y en todas las partes visibles del cuerpo; considerando cosa deforme el ver un hombre con pelo. Su semblante es más ancho que largo, tienen las narices un tanto aplastadas, semejantes á las de los Negros de América: la boca grande, con los dientes bastante bien formados y muy blancos, que parecen de marfil, el pecho alto y robusto como el de un Hércules vigoroso, los brazos nervudos y gruesos; y con las mismas proporciones son formados todos los otros miembros del cuerpo, exceptuadas las manos y los pies, que pecan de pequeños respecto á la indicada proporción; como ha sido notado también, hablando de los Puelches y otras bandas de Indios de cuerpo extraordinario y gigantesco. Tienen también los Patagones una obesidad tan enorme que parece desproporcionada con su altura, por más que sea ésta extraordinaria.

Las mujeres de los Patagones tienen más ó menos las mismas formas; son de un color más claro, no careciendo de las gracias propias de su sexo. Los hombres tienen en la cabeza una ancha gorra de cuero, adornada de hermosas plumas naturales; los cabellos largos, que caen sobre la espalda sueltos ó ligados en una ó más trenzas; una majestuosa capa, que se estrecha en el cuello, como el manteo de los Jesuítas, formada de pelos de vicuña y guanaco y bordada al borde á pequeños cuadritos y con figuras de colores diversos en las vueltas, al gusto de los Chinos; y tienen finalmente un pequeño delantal, el cual desciende hasta las rodillas, que llevan casi siempre desnudas, con pequeños coturnos de cuero natural, los cuales cubren apenas una mitad de la pierna. Las mujeres tienen

en la cabeza una linda gorra, adornada vivamente de escogidas plumas de los más bellos pájaros, que abundan en aquellas partes. El negro cabello les desciende sobre las espaldas y en largas trenzas bien hechas y caprichosamente retorcidas con una gracia natural. En seguida, un rico manto, como el de los hombres, como nuestras señoras á la moda, al cual agregan debajo una graciosa basquiña, toda de pliegues, que desciende hasta las rodillas, y dos pequeños coturnos de cuero natural hasta la mitad de la pierna, teniendo desnudo el resto de ésta hasta la rodilla, completan su vestidura.

El Señor Abate Molina hace descender los Patagones de los Puelches por la semejanza de su lengua, que es la misma de los antiguos Chilenos. Esta opinión, por otra parte, no se cree sostenible, porque, si algunos navegantes del estrecho Magallánico han dicho que los Patagones se expresaban entre ellos en lengua Chilena, otros navegantes que han examinado mejor á aquellos Indios, nos aseguran que toda su pericia en la lengua Chilena se reduce á no muchas palabras mal pronunciadas, que pueden haber aprendido en el trato con los Puelches para servirse de ellas en las circunstancias necesarias con sus limítrofes. A algunos Patagones también se ha oído proferir palabras españolas, mas nadie por esto se atrevería á decir que son ellos oriundos de España. Lo que más ha persuadido á algunos escritores á desistir de la opinión de Molina, es la mucha diversidad de estatura entre los Patagones y los Puelches, porque los Patagones son en general de una estatura gigantesca, de siete y ocho pies parisienses, y cerca del estrecho Magallánico se han visto muchos de ocho y

nueve pies de altura, mientras que el más alto de los Puelches no llega á la altura de seis ó seis pies y medio. Mas esto podría depender también del clima y otras causas diversas del origen, de modo que Puelches pasados á la Patagonia, andando el tiempo, pueden haber mudado de estatura, forma, costumbres y lengua, sin que sea diverso su origen. Mas, sea lo que fuere de esta opinión, la referimos sin decidirnos acerca de ella, haciendo, por otra parte, notar que se podrían citar otras muchas; lo cual no es nuestro objeto. Por ejemplo, la Patagonia no está reducida á la sola jurisdición de Chile; atraviesa la Cordillera y se extiende también por las Pampas de Buenos-Aires, donde existen una infinidad de pueblos indios, que nosotros no conocemos y que pueden haber dado origen á los Patagones. Así pues, dejadas aparte estas inútiles averiguaciones, pasamos á hablar de los otros indios que son el principal objeto de nuestra Historia de las Misiones de Chile.

Del Estado Araucano

Araucanos se llaman todos los pueblos que habitan las amenas regiones que se extienden desde los 36° y 46 minutos hasta los grados 39' y 50 minutos de latitud meridional, del río Bío-bío hasta el de Valdivia; y se llaman tierras Araucanas por la pequeña Provincia de Arauco, que fué la primera en formar la célebre liga ó confederación araucana. Todo este Estado fué dividido por los naturales, mucho antes de la llegada de los Españoles á Chile, en cuatro grandes Provincias, las cuales como otras tantas zonas de tierra lo atraviesan de Setentrión á Mediodía; y son: la Provincia de la costa, á lo largo de la playa del mar; la Provincia de

los planos, en medio del país; la Provincia al pie de la cordillera, á lo largo de sus faldas; y la Provincia de la cordillera misma, habitada por los Puelches, que al presente forman un Gobierno separado. Cada una de estas cuatro Provincias ó Tetrarquía está mandada por un Toquí, el cual la hace gobernar por un Apo-Ulmen; y, como cada Provincia está dividida en varios Distritos ó Gobiernos, cada uno de éstos es gobernado por un Ulmen. El Distrito ó Gobierno está subdividido á veces en pequeños recintos de gente dispersa, en cada uno de los cuales se hace presidir á un cacique, que á las veces ejerce el oficio de Ulmen y llega á ser una misma cosa con él.

El Toquí es como un Tetrarca, el cual no reconoce otra autoridad sobre sí que la del Congreso General de las cuatro Provincias, en que se reúnen los cuatro Toquíes y deliberan reunidos acerca de los negocios que interesan á todo el Estado. Por lo demás, los Toquíes, son todos independientes uno del otro y mandan en tiempo de guerra á á sus Provincias como otros tantos pequeños monarcas. Sus primeros ministros son los Apo-Ulmenes, ó sea Archi-Ulmenes, que son otros tantos gobernadores generales de las respectivas Provincias. A estos están sujetos los Ulmenes, que son los Gobernadores subalternos de los distritos ó gobiernos, en los cuales se divide la respectiva Provincia. Los Caciques son como los substitutos de los Ulmenes, ó sea, los Vice-Gobernadores de aquellos pequeños pueblos, los cuales reunidos componen un solo Gobierno ó distrito.

Por esto se ve que los Araucanos, á la llegada de los Españoles, ya tenían una forma de gobierno regular; lo

que prueba cierto refinamiento en la administración política de sus tierras. En ellas, tres órdenes de públicos representantes componen todo el Cuerpo Diplomático, y son los Toquíes, los Apo-Ulmenes y los Ulmenes, los cuales forman como una especie de República, en la cual tienen todos cierta subordinación y dependencia entre sí en los negocios de Estado. Pues que, si bien los Toquíes son en sí mismos como otros tantos pequeños Monarcas independientes el uno del otro, en las cosas particulares de la respectiva Provincia dependen, sin embargo, del Congrero General de la Nación, que tiene el derecho de hacer convocar á los principales de ella; y en los negocios de todo el Estado están ligados entre sí con recíproca dependencia y subordinación, á fin de procurar el bien público. Ellos se llaman Toquíes por el verbo de su lengua *toquin*, que significa juzgar ó goberuar; porque juzgan y gobiernan sobre todas las respectivas Provincias. Los Apo-Ulmenes ó Archi-Ulmenes, gobiernan las Provincias, en nombre del Toquí. Los Ulmenes son los Gobernadores de los Distritos, sujetos á los Apo-Ulmenes, como arriba se ha dicho. Ellos se confunden, á veces, y son una misma cosa con las Caciques, los cuales por esto no se ponen como el cuarto Cuerpo Diplomático de aquella especie de República.

La laudable división del Estado Araucano que hemos arriba indicado sufrió un notable cambio cuando fué invadido por las armas españolas. Habiendo éstas subyugado casi todas las tierras de los indios, unieron al Estado de Arauco toda la parte que se extiende hasta el río Bueno, á los 40 grados casi de latitud meridional; y

dividieron el Estado en dos grandes jurisdicciones: una comprendía los Araucanos que habitan entre el río Bío-bío y el Toltén, ó sea, desde los grados 36,44 minutos hasta los grados 39, y la llamaron la Jurisdicción de Chile; porque reconocía una estrecha dependencia, ó sujeción á la Capitanía General del Reino, establecida en Santiago de Chile; la otra Jurisdicción comprendía á los Araucanos que están entre Toltén y el río Bueno, y se llamaba la Jurisdicción de Valdivia; porque dependía del Gobernador de aquella plaza. La Jurisdicción de Chile continuó siendo gobernada como antes por los respectivos Toquíes y por sus Ministros subalternos, con la dicha dependencia del Gobierno Supremo de Santiago de Chile. La Jurisdicción de Valdivia dividió todo su territorio en dos Naciones. Una, al Norte, fué comprendida entre el río Toltén y el de Valdivia, que está casi á los 40 grados de latitud meridional, y se llama todavía la Nación de los Puelches, que significa gente del Norte, limítrofe de los Pehuenches, que están en la Cordillera, hacia Santiago. La otra queda al Sur entre el río de Valdivia y el río Bueno, y se llama la Nación de los Guilliches, que quiere decir habitantes del Sur. Los Guilliches subdividían, como lo hacen también al presente, su Distrito en dos Territorios. Uno se extiende desde la mitad hasta la costa; y el otro se avanza de la dicha mitad hasta la Cordillera, y se llama el territorio de los montes.

Después de la expulsión de los Españoles la nación de los Puelches volvió á ser autónoma, confederada con los Araucanos, bajo el mando del propio Toquí y de sus Ministros subalternos. La nación de los Guilliches formó un

Gobierno separado, y también confederada con los mismos Araucanos, pero bajo dos Toquíes, y los Ulmenes, y Apo-Ulmenes de los mismos, los cuales mandaban los dos indicados Territorios, juntamente con los respectivos Caciques. Los dos Toquíes son independientes entre sí, y sólo reconocen sobre ellos la suprema autoridad del Congreso Nacional. Los Apo-Ulmenes son los Gobernadores Generales de los Toquíes, en los respectivos Territorios, y á ellos están sujetos los Ulmenes, que son los Gobernadores subalternos de los Condados, á los cuales están sometidos los Caciques, en los Recintos, donde éstos se hallan, como se dijo al hablar del Estado de Arauco, pues que todas las naciones de los indios que siguen hasta el estrecho Magallánico están arregladas de la misma manera, teniendo todas un Jefe que se llama el Toquí, y otros Ministros subalternos, como son, por ejemplo, los Caciques; los cuales se encuentran en todas las tierras de los salvajes, cualesquiera que sean la comarca y la forma de Gobierno por ellos adoptados.

De las Leyes Araucanas.

Es cierto que entre los indios, que se han conocido hasta ahora en aquella parte de la América, la Nación Araucana es la más bien organizada de todas. En ella cada miembro de la Magistratura es exacto en sus deberes y el pueblo está todo subordinado á los mismos. La sujeción, y la dependencia del pueblo á los diversos miembros de la Magistratura no se exigen con todo el rigor sino en tiempo de guerra ó en las cosas pertenecientes á la misma ó al bien público y á la tranquilidad del Estado. En

lo demás aquellas poblaciones son casi independientes del todo, y cada familia particular forma como una especie de pequeña República, la cual no reconoce otra dependencia que la del Jefe de la misma familia con las respectivas gradaciones en sus miembros. Así, el padre de familia puede matar á su propia mujer á su antojo. Mas, cuando tales actos son en daño del público, ó turban el buen orden de la sociedad, son vigilados por sus representantes, los cuales impiden la ejecución ó castigan á los delincuentes.

Á este efecto existe entre los Araucanos un Cuerpo de Leyes Políticas, Civiles y Militares, las cuales no son otra cosa que la tácita convención de todas las naciones sobre sus usos. Por eso aquel Cuerpo de Leyes se llama por éstos *Admapu*, que quiere decir los usos y las costumbres del país. Ninguna de estas leyes está escrita, mas se conocen por la sola tradición, la cual, por otra parte, las conserva tan fielmente como si estuviesen escritas en láminas de bronce; y reclama inmediatamente toda la nación contra cualquiera que se atreva á violar ó alterar sus disposiciones. Las primeras de las leyes políticas son las que tienden á conservar en su pleno vigor la Liga, ó sea, la estrecha unión ofensiva y defensiva de las Tetrarquías y de todos los otros pueblos entre sí, y la recta administración de cada Distrito. Además, se impone á los Toquíes, Apo-Ulmenes y Caciques la más exacta vigilancia sobre esto; y á fin de que hagan propia la causa común y miren como propios los intereses de la Patria, ordenan las Leyes Araucanas que la dignidad de los citados Representantes Públicos sea hereditaria en la línea masculina de la mis-

ma familia. Cuando la línea masculina se extingue, el pueblo entra en sus naturales derechos de soberanía: y si falta, por ejemplo, la sucesión de los Ulmenes, elige uno de la familia que mas le gusta, y lo presenta á su Toquí, el cual da en seguida el anuncio á los otros Toquíes para que todos reconozcan al nuevo, y reconozcan y respeten su persona y sus actos, y para hacerlo más venerable ordenan las mismas leyes que tenga cada uno sus insignias. El Toquí tiene un hacha de pórfido, ó de mármol. El Apo-Ulmen tiene un haz de bastones, sujetos en el medio por un anillo de plata, y una mano del mismo metal lo abraza y sostiene abajo. El Ulmen tiene el mismo haz de bastones, pero sin el anillo del centro. Los Caciques no tienen insignias particulares, porque, como se dijo, no son un orden propiamente dicho de Representantes Públicos. Llevan ordinariamente un distintivo, y son muy respetados y escuchados por el pueblo en sus disposiciones.

Como todas las leyes de los Araucanos son dirigidas á conservar entre ellos la libertad y la independencia, ninguno está sujeto al servicio ni á ninguna otra clase de ocupaciones personales, fuera del tiempo de la guerra. No pagan tributos ni otros derechos de vasallaje al Toquí ni á sus ministros, los cuales deben mantenerse de lo propio, sin gravar al público: sólo se hacen escoltar, por decoro de la propia dignidad, cuando van de un departamento á otro ó se dirigen á un estado diferente para asuntos del propio ministerio.

A veces estos asuntos requieren que se convoque el pueblo á algún público Consejo General de toda la nación. El derecho de convocar estos consejos es privativo de los

Toquíes, los cuales, en el día señalado, rodeados de todo el Cuerpo Diplomático y escoltados por la milicia, se dirigen á un gran prado. Allí se reúnen todos los principales del pueblo, en quienes reside la Suprema Autoridad de los negocios de importancia, y todos juntos discuten el asunto. Este, por otra parte, no se decide sino enmedio de los placeres de una abundante mesa que pronto es preparada; y cuando los licores hacen su efecto en el cerebro y empiezan á animarse las fibras, entonces toman á veces las más arduas y difíciles resoluciones, las cuales por la fuerza del carácter araucano se defienden y sostienen vigorosamente cuando resulta de las mismas un bien para la Nación y su libertad é independencia. Después se pasa con frecuencia de la mesa á los cuarteles de la ciudad ó al campo mismo de batalla para activar los proyectos que se han adoptado, antes que la parte contraria pueda prepararse á la defensa.

Con relación á las leyes civiles del Estado Araucano, éstas en un pueblo de costumbres simples y de no complicados intereses, común, ajeno á las artes, amante en exceso de su libertad y de la independencia nacional, indisciplinado y caprichoso, no pueden ser sino poco y mal observadas. Por ejemplo, el sistema de las leyes criminales es muy imperfecto, tanto por la naturaleza de tales leyes, cuanto por la ejecución de las mismas. En ellas todo los delitos de felonía, de homicidio voluntario, de adulterio, de grave hurto, son declarados de pena capital. Los otros de menor gravedad son castigados con la pena del talión, llamada por ellos Thaulonco. La justicia se practica siempre sin muchas formalidades y examen, como se practica en

las sociedades cultas. Cualquiera que sea considerado reo de algún delito, es inmediatamente destinado ó á la muerte ó á la pena del talión, según las circunstancias de la falta. Los Toquíes han tratado varias veces de introducir el uso de las cárceles, mas los Araucanos, muy amantes de su patria y costumbres, se han opuesto siempre, creyendo cosa indigna, como frecuentemente lo es, el hacer sufrir en las cárceles y con otros tormentos á quien merece la pena de muerte, que no podrá de ningún modo evitar. Solamente los reos de hechicerías son primero castigados con bárbaros tormentos, para que declaren á sus cómplices, y después son muertos inhumanamente á puñaladas. Fuera de estos casos, todos los otros reos pasan precipitadamente del arresto á la sentencia, á la muerte ó á la pena del talión, según la naturaleza del delito.

Sólo los Ulmenes deberían ser los jueces de sus vasallos en toda cuestión criminal. Mas el indomable orgullo de la nación Araucana no sabe adaptarse á sabias medidas de pública venganza en las cosas criminales. Cada una de las personas ofendidas se cree autorizada por derecho de naturaleza á vengarse por sí misma de las injurias recibidas, sin oír antes la decisión del Ulmen. Así es que, apenas cometido el delito, la parte ofendida persigue al ofensor y sus principales parientes: de lo cual resultan á veces terribles riñas de una familia con la otra. Cuenta el Padre Martínez (uno de los Misionarios Franciscanos en el Estado Araucano, conocido y tratado familiarmente por mí en América) que en las comarcas Araucanas donde la ignorancia y la ferocidad tienen un dominio mayor, no son muy raros los exterminios de familias enteras, y que fre-

cuentemente se ven colgados de los árboles los cadáveres de las personas bárbaramente estranguladas en la embriaguez de la ira. Creen aquellos ferocísimos pueblos que casi todos los que mueren antes de la edad senil, son víctimas de la hechicería de hombres malos, á los cuales dan el nombre de Brujos. Tienen también unos falsos adivinos, los cuales con malignas relaciones fomentan su fanatismo. Así, antes de la muerte de algún indio joven que se cree enfermo, se corre á consultar al Adivino, el cual vive ordinariamente solitario en sitio remoto. Este, después de haber conocido con interrogaciones intencionadas á los enemigos y contrarios del difunto, en general declara ser los Hechiceros los que lo han hecho morir con sus hechizos. Entonces los indios, rendidos por la ira á aquella amplia declaración, corren á veces sin aviso del Ulmen á martirizar al supuesto Brujo y á cualquiera de la familia que ose defenderlo. Después se empuñan las armas entre una familia y la otra; y hacen así estragos que desuelan aquellas infelices comarcas.

Más regular y respetado que el civil es el sistema militar de los Araucanos. Cuando el Consejo General decide que se haga la guerra, uno de los Toquíes, que son los Generales natos de la Milicia, es declarado Generalísimo de todo los Ejércitos, si es capaz de sostener los derechos de la nación, sin que sea lícito á ninguno quejarse. Hecha y aprobada la elección, el nuevo Generalísimo toma el carácter de Dictador con el título de Toquí, si no lo tiene. Es condecorado en seguida con la insignia del Hacha, que cada uno de los Toquíes está obligado á deponer durante la Dictadura y á prestar al Generalísimo juramento de fidelidad

y obediencia. También todos los otros Araucanos se muestran muy adictos al nuevo Dictador, y observan fielmente sus disposiciones y sus órdenes. Éste nombra en seguida su Ayudante, que se elige siempre entre los Puelches, para conservar este pueblo belicoso adicto al Estado Araucano; nombra también los otros Oficiales del Estado Mayor, los cuales crean respectivamente á sus sabalternos; y así se organiza, con la mayor diligencia, todo el ejército. Entre tanto, después que el Dictador ha prescrito el número de soldados que deben mandar las Tetrarquías y las otras Tribus confederadas, el Gran Consejo de Guerra manda allá los Heraldos, llamados *Huerquenis,* los cuales presentan sus credenciales é informan á los aliados de todo el estado de la guerra, para que tomen parte en ella y manden en seguida su contingente. Si la guerra no ha empezado todavía, las credenciales de los Heraldos consisten en algunas pequeñas flechas, ligadas con un hilo encarnado; si se está ya combatiendo, se encuentra entre las flechas el dedo de algún enemigo muerto. A la vista de esto,se ponen en movimiento todos los confederados: sus Jefes hacen en seguida la distribución del contingente, el cual se pasa inmediatamente á los gobernadores y los Alcaldes: y, como cada Araucano nace soldado, se presentan todos atrevidamente por sí mismos, y así se activa y se expide al instante el respectivo número de soldados, sin que sean de peso alguno al Estado, pues combaten todos sólo por la gloria y el entusiasmo que despierta el amor á la patria, sin ningún sueldo, y buscándose cada uno por sí el propio sustento, el cual consiste en un saquito de hari-

na de maíz tostado, y disolviendo un puñado al día con agua simple en un plato de madera, se mantienen así largo tiempo en el ejercicio de las armas, sin perder nada del mucho vigor de sus fuerzas.

El ejército es compuesto siempre de caballería é infantería, habiendo aprendido de los Españoles las grandes ventajas de la milicia á caballo. Después, dejado el uso de las flechas y de las hondas, que había entre ellos al principio, arman la caballería de grandes lanzas y espadas; y la infantería está surtida de picas y de mazas, armadas de puntas de hierro, que á cada golpe, descargado ordinariamente sobre la cabeza, hacen saltar en varias partes los sesos. Se divide toda la tropa en varios regimientos y cada regimiento en diez compañías, compuesta cada una de cien soldados. No tienen una armadura particular; pero usan, no obstante, yelmo, escudo y coraza de cuero muy duro, adornado según la diversidad de los regimientos. Así montados, después que el Generalísimo ha fijado tres días de tiempo para reflexionar mejor la cosa, á la mañana del cuarto día, si nada lo impide, marchan todos en buen orden y á tambor batiente, al encuentro del enemigo. Muchos de infantería, por la abundancia de los caballos, montan sobre ellos; mas, cuando están á la vista de los enemigos, dejan el caballo y formados á pie según las órdenes del comandante en simples líneas ó cuadros, hacen con la mayor agilidad todos aquellos movimientos que requieren las circunstancias. No teniendo ellos armas de fuego, su primer cuidado es ponerse bajo los fuegos de la artillería y clavar los cañones con piedras fabricadas á este fin. En seguida, defendidos siempre por la caballería,

acometen con tanto ímpetu al enemigo, que han hecho constantemente una horrible carnicería en las tropas españolas, cada vez que se han decidido á vengar las propias opresiones é injurias.

He aquí cómo habla de los Araucanos, con un estilo á la vez sencillo, expresivo y verdadero, el célebre Ercilla, que combatió contra ellos al principio de la conquista:

"Cosa es digna de ser considerada
y no pasar por ella fácilmente,
que gente tan ignota y desvïada
de la frecuencia y trato de otra gente,
de innavegables golfos rodeada,
alcance lo que así difícilmente
alcanzaron por curso de la guerra
los más famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
á los que el arte militar hallaron;
ni más celebren ya á los inventores
que el duro acero y el metal forjaron:
que los últimos indios moradores
del araucano estado así alcanzaron
el orden de la guerra y disciplina,
que podemos tomar de ellos doctrina.

¿Quién les mostró á formar los escuadrones,
representar en orden la batalla,
levantar caballeros y bastiones,
hacer defensa, fosos y muralla,
trincheas, nuevos reparos, invenciones,
y cuanto en uso militar se halla,
que todo es un bastante y claro indicio
del valor desta gente y ejercicio?"

Ercilla.—ARAUCANA.—P. II, canto XXV.

Si este pueblo belicoso, después que hubo despojado al ejército español de sus armas de fuego, hubiese logrado descubrir el secreto de hacer la pólvora, no habría en toda

la tierra otro capaz de ponérsele al frente en todo género de combates. Cuando los Araucanos vieron la primera vez á los negros en el ejército español, creyeron que con ellos se fabricaba la pólvora para los fusiles. Así pues, al primero que mataron, le abrieron todo el cuerpo de pies á cabeza, con grandes cuchillos, dividiendo la piel en tiras paralelas. Después fué quemado, para sacar de él la pólvora de munición; pero, cuando quisieron hacer fuego con ella contra los enemigos, vieron que era una pólvora para alimentar las coles en el huerto para sustento del hombre y nó para matarlo.

Otra circunstancia es necesario notar en la guerra de los Araucanos, y es que todo el botín se pone en común para hacer de él después partes iguales, sin distinción ni aún del Toquí. Y cuando en sus guerras contra los Españoles se hacían prisioneros, uno de ellos debía sacrificarse á las sombras de los soldados extinguidos de su nación. Y la ceremonia era ésta. Todos los Oficiales y soldados formaban un círculo. En el centro de éste, en medio de cuatro puñales, que representaban las cuatro Tribus del Estado, se ponía el Hacha del Toquí. El infeliz prisionero, conducido para mayor desprecio sobre un caballo con las orejas cortadas y sin cola, se colocaba cerca del Hacha, con la faz hacia su país; después se le ponía en la mano un puñado de varillas cortadas iguales y un bastón puntiagudo, con el cual se le obligaba á cavar una fosa, dentro de la cual debía echar, una á una, todas aquellas varillas, repitiendo á cada una los nombres de los más valerosos militares de su ejército. En tanto, todos los soldados araucanos, que estaban alrededor, execraban con horribles

gritos la detestada memoria de todos aquellos nombres. Se ordenaba después á la atribulada víctima cubrir la fosa, como si quisieran sepultar dentro el valor y la gloria de sus enemigos. Hecho esto, el Toquí ú otro hercúleo Oficial, destinado por él, descargaba un gran golpe de maza, sobre la frente del desgraciado prisionero. Dos ministros le extraían en seguida el palpitante corazón del pecho, y presentándolo al General, éste chupaba un poco de sangre, y lo pasaba á los otros oficiales, á fin de que uno después de otro repitiesen la misma ceremonia. El General, en tanto, con el humo de la pipa iba incensando los cuatro puntos cardinales de la tierra, y los soldados con los huesos descarnados de aquellos infelices se formaban otras tantas flautas, y dando patadas en tierra, entonaban la horrenda canción marcial, al lúgubre son de aquella especie de flautas. Se daba después término á aquella horrible ceremonia adaptando al deshuesado cadáver de aquella miserable víctima la cabeza de un carnero, haciendo dar vueltas, sobre una pica, á la cabeza propia; y si el cráneo había quedado entero al golpe de la maza, se servían de él para beber y embriagarse en el gran banquete que cerraba la impía función de aquel inhumano sacrificio.

Sistema de Religión de los Araucanos

Los Araucanos reconocen un Ser Supremo, criador de todas las cosas, que llaman *Pillán*, es decir, Espíritu por esencia. Dan á éste los atributos de eterno, infinito, omnipotente y todos los otros que son propios de la Suprema Divinidad. Mas, no teniendo otras ideas, sino las de su gobierno, dicen que Dios gobierna como se practica por

ellos; y que siendo Él el primer Toquí, tiene bajo de sí los Apo-Ulmenes, los Ulmenes, y en varios lugares los Caciques también, á los cuales encarga el gobierno de las cosas inferiores. Todos estos Ministros son estimados como otros tantos dioses subalternos y á su clase se hace pertenecer el *Epunamún*, que es su dios de la guerra; el *Meulén*, dios benéfico, de quien reciben los Araucanos todos los bienes; y el *Guecubu*, dios maléfico, á quien atribuyen todas las causas de los males. He ahí el Maniqueísmo, ideado también por los Araucanos, como se encuentra en todas las naciones bárbaras que no saben explicar el verdadero origen del bien y del mal, sin admitir la necesidad de dos principios, uno bueno y otro malo.

Por el mismo principio de los Araucanos, de uniformar al gobierno de su nación el del cielo, dicen que al par de sus Ulmenes, el Pillán y los otros dioses subalternos no pueden imponer al hombre ninguna especie de agravio. Viven sin templos, ni simulacros, ni sacerdotes, ni otro signo alguno de Religión, creyéndolos de agravio á su libertad. Ni acostumbran ejercitar verdaderos actos de culto, sino en tiempo de hacer una paz que les interese, ó en otras graves necesidades del Estado, en los cuales casos sacrifican animales y queman tabaco, cuyo humo creen ser el incienso más agradable á sus dioses. A veces también en los banquetes se dirigen al cielo con la taza en la mano; y saludan al Pillán, y á los otros Ulmenes subalternos, derraman vino en tierra y así sacrifican á su Divinidad, para hacérsela propicia.

Pretenden conocer si es ó no propicia la voluntad de los dioses, por medio de sus Adivinos, y aún

mejor de los animales, siendo en esto muy supersticiosos, más aún de lo que fueron los antiguos Griegos y Romanos. Examinan las entrañas, observan el modo de comer, consultan el canto, el vuelo y la dirección de éste; y el valeroso Araucano, el mismo que cien veces corría con intrepidez á la muerte, entre mil espadas enemigas, se verá palpitar al mal entendido canto de un pájaro. Este exceso de superstición en los Araucanos nace de estar ellos persuadidos de que el hombre es compuesto de dos sustancias: una espiritual, que es el alma, y la otra material, que es el cuerpo; y así como éste es de una naturaleza corruptible y mortal, así el alma es por sí misma incorruptible, inmortal y eterna. Después el temor de una eternidad infeliz, que se despierta naturalmente en las personas no buenas al anuncio ó siniestro augurio de la muerte, es lo que, sin quererlo, angustia y hace temblar á los sencillos Araucanos, como goza por el contrario quien entre ellos presume de bueno.

En consecuencia de esto, dicen los Araucanos que después de la muerte del cuerpo, las almas pasan á la otra banda del mar hacia el Occidente, á cierto lugar llamado por ellos *Gulchemán*, que quiere decir la morada de los ultramontanos. Este lugar se supone dividido en tres regiones: una de solos placeres para los buenos, y las otras de solos castigos para los malos; como dijeron los gentiles de los Campos Elíseos. Los placeres, por otra parte, que se asignan á las almas de los muertos, no concuerdan con la naturaleza de la espiritualidad que ellas reconocen; y lo cierto es que los Araucanos no tienen de la misma la idea que conviene, pues dicen que los buenos después de la

muerte desempeñarán las mismas funciones de la vida, que hacían antes, con excepción de la fatiga: y que los maridos tendrán las mismas mujeres; las cuales, por otra parte, dicen que no podrán parir, porque los cuerpos terrenales, de los cuales tiene necesidad la generación, no tienen lugar en aquella región de bienaventurados, en la cual todo es espíritu ó lo que es propio del mismo.

También las ceremonias de los funerales demuestran con evidencia la idea que tienen los Araucanos de la espiritualidad del alma; pues, apenas muere uno, todos los parientes se sientan alrededor sobre la desnuda tierra y lo lloran por largo rato. Después ponen el cadáver sobre una mesa, donde es velado toda la noche por los parientes, los cuales pasan aquel tiempo, parte en llantos, y parte sentados á la mesa con los que vienen á consolarlos; y se llama esto el Convite Negro, porque entre los Araucanos también el color negro es el distintivo de luto para los parientes del que muere. Al otro día, y también en el segundo ó tercer día de la muerte, se toma el cadáver, y con fúnebre pompa se conduce en procesión á la sepultura de la familia, que generalmente se halla en el interior de los vecinos bosques ó en la cumbre de alguna colina. Dos jóvenes á caballo, corriendo siempre á galope forzado, preceden al cadáver hasta el sitio del sepulcro. Los parientes más cercanos con vestidos de luto llevan sobre sus hombros la caja, la cual está rodeada de muchas mujeres pobres, que á semejanza de las lloronas de los antiguos Romanos deploran en alta voz la pérdida del difunto. Otra mujer va arrojando en la calle que se recorre una cantidad de ceniza caliente, á fin de que el alma del muerto no vuel-

va más á la propia casa. Llegados después al lugar de la sepultura, se depone el cadáver en una fosa, sobre la desnuda tierra; colocándole alrededor sus armas, si es hombre, ó los instrumentos mujeriles, si es mujer, juntamente con una cantidad de alimentos y de vino, que deben servirle de sustento para ir al sitio de su nueva morada. Algunos matan también el caballo más amado del muerto y lo entierran con él en la misma fosa, y se eleva allí un montón de piedras y tierra en forma de pirámide, como se practicara por los antiguos Romanos, y como se hace todavía en muchas partes del África y del Asia. Al instante después que se retiran los parientes de aquel túmulo, creen los Araucanos que una deforme vieja en figura de ballena toma el alma del muerto y la trasporta al lugar de su nuevo destino. Allí no se le permite entrar, si antes no paga el necesario tributo á otra vieja muy fea, que tiene la guardia, como decían los gentiles de Caronte; y cuando esta segunda vieja no está completamente satisfecha de las almas que se presentan, les saca un ojo ó las arroja de la entrada.

Por las cosas expuestas no es difícil ver que los funerales de los Araucanos tienen mucha semejanza con los de los antiguos habitantes del viejo continente. La diferencia notable que yo observo, es que los Araucanos no han llegado jamás á aquellos grandes excesos que se cometen aun en muchas partes del África y del Asia, donde se hace morir también á las mujeres de los muertos, sin que ninguno haya podido jamás impedirlos. Por ejemplo, la Gaceta de Madrid del 3 de Mayo, del corriente año de 1825, trae un extracto de una carta que escribe de la

India Oriental un Oficial Inglés, el cual cuenta que, después de veinte años de permanencia allí, fué á ver el sacrificio de una viuda, que se hacía á la muerte de su marido, por los Bramas ó sacerdotes de aquel lugar. Fué conducida, dice él, la infeliz mujer, por diez ó doce Bramas al lugar donde humeaban todavía las cenizas de su marido, quemado después de muerto. Dos caballos ricamente enjaezados precedían el acompañamiento, y una docena de mujeres circundaba la víctima con tambores y otros numerosos instrumentos para acallar con su estrépito los tristes lamentos de aquella infeliz. Al principio el Oficial creyó que ella estaba embriagada; mas vió en seguida que estaba en plenos sentidos, y que parecía embriagada por su interna agitación. Así pues, mientras se hacían las ceremonias preliminares y los preparativos de aquel inhumano sacrificio, se acercó á ella y, preguntándole, si moría espontáneamente ó forzada por los otros, la oyó siempre responder que iba á morir por su elección, y que sabía lo que hacía. Después distribuyó entre sus compañeras todos sus adornos y, dando el último adiós á los padres y á todos los parientes y amigos, salió al punto con mucha intrepidez y se tendió cerca de las cenizas de su marido muerto. Aquellos ministros del infierno cerraron en seguida la entrada de la pira con paja seca, á la cual los Bramas aplicaron el fuego, y la miserable se halló por todas partes ceñida por las ardientes llamas. A los muchos esfuerzos que hacía para librarse, aquellos bárbaros ministros le echaron encima una especie de techo, que cubría la abertura de la pira á fin de que quedase oprimida por su peso. Mas logró finalmente desembarazarse de él y saliendo fue-

ra, fué á echarse á los pies de algunos oficiales ingleses, los cuales, para impedir la consumación de aquel impío sacrificio, la arrastraron á un río vecino, con cuyas aguas fué apagado el fuego de sus vestidos que ardían alrededor. Los Bramas corrieron en seguida á reclamarla con fuertes amenazas. Los Oficiales sin ceder á éstas dieron parte al Supremo Magistrado. Antes que llegase la respuesta, aquellos impíos ministros del demonio consiguieron persuadir á la víctima á que volviera espontáneamente al cumplimiento de su sacrificio; y los Oficiales, para no irritar más al pueblo, que estaba á punto de sublevarse por el impedimento de aquel su rito, la entregaron á los ministros. Cuando llegó á la boca candente de la pira, la cual ardía con su máxima fuerza, ella se detuvo pensativa; lo cual observado por aquellos despiadados Bramas, tres de los más fuertes la cogieron inmediatamente y la precipitaron en medio de las llamas, que se elevaban como otras tantas vertiginosas columnas, saliendo de trecho en trecho mezcladas con humo por la abertura de la pira. Intentó la desgraciada mujer librarse de ellas nuevamente; mas aquellos crueles ministros, echándole encima grandes pedazos de madera, le impedían librarse de las llamas. Entonces los Oficiales Ingleses, no pudiendo contenerse más ante aquellos actos de inaudita barbarie, se interpusieron rigorosamente con su autoridad, y la desgraciada mujer, libre ya de las llamas, corrió sola á arrojarse en el agua. Allí alcanzada por los crueles Bramas, á viva fuerza la habrían conducido por la tercera vez al sacrificio, si los Oficiales Ingleses no lo hubiesen impedido, mientras llegaba la respuesta del Magistrado. Entonces aquellos

frenéticos, teniéndole la cabeza sumergida en el agua, intentaron ahogarla, y estaba aun respirando cuando llegó la orden del Magistrado de que fuese libertada. Pero la pobre infeliz, consumida por el fuego y sofocada del agua, después de pocas horas terminó desgraciadamente sus tristes días. He aquí á dónde llegan la superstición y los prejuicios del culto religioso, cuando no es éste el verdadero, y el hombre no se deja guiar de los seguras luces de la Divina Revelación en la elección y práctica del mismo.

Los Araucanos, como dije, no han llegado jamás á estos excesos, de hacer morir también á la mujer á la muerte natural de su marido. Están, no obstante, llenos de otras mil supersticiones en el ejercicio del culto, con relación á las almas de sus muertos. Además de las ya indicadas arriba, dicen ellos que las almas de los difuntos no se olvidan jamás de las injurias recibidas; y agregan que cuando, vagando por el aire en sus tierras, se encuentran con las almas de sus enemigos, se baten furiosamente con éstos: y que de tales combates tienen origen las torrenciales lluvias, y todos los truenos, los rayos y relámpagos de que van éstas acompañadas. Y ahí se imaginan siempre ó algún combate entre las almas de sus nacionales y las de los españoles, en todas las tempestades que ocurren en la Cordillera ó sobre el mar; en las cuales el rugido de las aguas y de los vientos, dicen que es el pisar de los caballos; la luz de los relámpagos, es disparo de las escopetas de los soldados de línea; el ruido de los rayos, el estrépito de la Cordillera; y el ruido de los truenos, el de los tambores y de la gran caja militar, para animar los soldados á la batalla. Si la tempestad se dirige hacia su *propio*

territorio, creen que las almas de sus nacionales son oprimidas por las almas de los españoles. Así pues, todos consternados y afligidos les gritan: esforzaos ¡oh amigos! No os acobardéis; dominad su furor; no os dejéis vencer. Si la tempestad se dirige á las tierras del Español, persuadididos de que sus almas son perseguidas por las de sus propios nacionales, entonces todos contentos y alegres exclaman con voces de júbilo: seguidlas ¡oh amigos! Perseguidlas; no os canséis en la huída; oprimid á esta bárbara gente; y con semejantes clamores ensordecen el aire alrededor durante la tempestad.

Más repugnante todavía es la superstición de los Araucanos respecto á la memoria que conservan de un gran Diluvio, en el cual dicen que sólo se salvaron algunos pocos, sobre un alto monte dividido en tres puntas, llamado Thegtheg, que quiere decir el majestuoso Tonante, el cual tenía la virtud de mantenerse sobre las aguas. Persuadidos, por tanto, de que algunos montes pueden flotar sobre las aguas sin sumergirse y teniendo la tradición de que el indicado Diluvio fué precedido de un fuerte temblor de tierra, cada vez que los Araucanos sienten algún extraordinario terremoto, huyen todos en tropel á los montes que son semejantes al indicado Thegtheg, para salvarse del naufragio.

Parece á algunos que el Diluvio recordado por los Araucanos no es el mismo que ocurrió en tiempo de Noé; sino que fué una copiosa erupción volcánica, la cual, después de un fuerte temblor de tierra, inundó los pies del Thegtheg: y que de ella sólo se salvaron los que habitaban en las alturas del monte. Yo, por otra parte, puesto que

los Araucanos son oriundos del Asia, como veremos después, no encuentro mucha dificultad en creer que el Diluvio recordado por ellos sea el mismo acaecido en tiempo de Noé, pues que, viniendo ellos del Asia, de allí pueden haber traído la noticia del Diluvio de Noé. Mas, habiendo en el trascurso de tantos siglos variado sobre esto la Tradición, y con ella también la genuina noticia del mismo Diluvio, no es inverosímil que haya éste quedado envuelto en la fábula del terremoto y del monte que flotaba sebre las aguas. Suspendiendo, por otra parte, el juicio en este punto, para no entrar en una disputa de complicadas conjeturas, estimamos mejor pasar sin retardo á hablar de los otros ritos, y primeramente

De los Matrimonios de los Araucanos.

Entre los Araucanos está en uso la Poligamia ó pluralidad de mujeres, de las cuales puede tener cada uno el número que le agrada. Mas, como el marido debe dotar á la mujer y asignar por esto al padre de ella en el acto de casarse con ella cierta cantidad de terreno cutivable, solo los ricos tienen mayor número de mujeres. Los pobres se contentan con una ó dos á lo más: siendo muy mal visto el no tener ninguna, pues que envejecer en el celibato, es cosa ignominiosa para ellos y desprecian como á gente de ninguna cuenta é inútil para el Estado á los hombres y mujeres que mueren sin hijos.

Los matrimonios no pueden jamás contraerse entre los parientes más cercanos: existiendo en esto también entre los Araucanos una rigurosa prohibición, por la repugnancia de la misma naturaleza. Por otra parte, desde los

primeros grados de parentesco en adelante es permitido libremente á todos el poderse casar con los parientes que deseen. El matrimonio se contrata siempre con el padre de la mujer, y cuando se ha combinado, se fija un día, en el cual el esposo, de acuerdo con el futuro suegro, se oculta con varios amigos en el lugar por donde se sabe que debe pasar la esposa, y apenas ésta llega allí, el esposo la toma por asalto. Ella finge oponerse entre mil gritos y exclamaciones desesperadas. Entonces acuden los amigos y después que ha montado á caballo el esposo, le colocan detrás á la esposa: y cuando ésta se ve asegurada sobre el caballo del marido, cesando al punto de gritar, se abraza estrechamente á éste: y galopando á carrera veloz entre mil aclamaciones en todo el camino, se dirigen á la casa del esposo, escoltados por todos los amigos, que corren á rienda suelta también ellos. Allí se reúnen todos los parientes, y con un abundante banquete se ratifica el matrimonio, cuya sacra ceremonia consiste toda en el indicado rapto; y después, distribuyendo á los parientes los convenidos regalos, ellos se retiran y queda el hombre legítimo esposo ó marido de su robada mujer.

Cuando se casan con varias mujeres, éstas viven todas en la misma casa pero separadas en otros tantos sitios aparte. Por lo demás, la primera de ellas es siempre respetada como la verdadera y legítima mujer. Ella dirige los trabajos domésticos y el cuidado de la casa, y cada una de las otras es para con ella obediente y sumisa. Corresponde al marido mantener, con una sabia conducta, y con su prudencia, la unión y la paz. El destina cada noche, á la hora de la cena, quién debe dormir con él la noche, diciendo á

quién designa, que le prepare la cama. Las otras ordinariamente duermen en sus respectivos cuartos, ó en la misma estancia del marido, mas no les es permitido aproximarse á su cama. Con este sistema viven todas unidas y se empeñan á porfía por tener contento al marido. Este no se ocupa en otra cosa, que en sus armas y en la caza: respetándose la máxima de las naciones bárbaras de que el sexo fuerte ha nacido para la sola guerra y para el mando, y el sexo débil para todos los trabajos de la vida. Las mujeres, por tanto, cultivan la tierra, atienden al cuidado de la familia y de la casa, que conservan siempre limpia y hacen otras labores de mano, como ponchos ó cosas semejantes, con las cuales negocian con los extranjeros. Cada una de la mujeres debe dar cada día al marido un plato con adorno, preparado en el propio hogar; debe hacerle un poncho al año, y proveer á su vestido ordinario. En todo esto ponen aquellas mujeres un cuidado grande para contentar al marido, el cual se muestra siempre agradecido á sus atenciones: y así viven contentos, sin alterar la armonía y la paz.

El mismo objeto de agradar al marido hace que las mujeres araucanas tengan siempre muy aseada la propia casa, deshollinan los muros y barren con frecuencia los suelos. Se lavan y se peinan dos veces al día, cuando se levantan de la cama por la mañana, y antes de la cena en la tarde. Cada semana en el invierno, y con más frecuencia todavía en el verano tienen costumbre de bañarse, para lavarse enteramente el cuerpo y adquirir con el baño mayor robustez. Así es que suelen vivir en general cerca de algún río ó abundante canal de agua, donde hacen sus

baños siempre separadamente de los hombres, de los cuales no se dejan ver, ni aún de lejos; al contrario de tantas naciones civilizadas que permiten á las mujeres bañarse en presencia y casi en vecindad y confusión con los hombres, sin que nadie pare mientes en la inmoralidad y graves daños de esta infame costumbre, que he visto con horror en una de las más importantes ciudades de nuestra misma Italia.

El uso de los baños entre los Araucanos es tan frecuente y común, que, aún en los más fuertes fríos del invierno, raro es el hombre que no se baña todos los días, y las mujeres todas las semanas y cuando paren, lo que hacen con la mayor indiferencia, pues muchas, apenas han parido, se dirigen el mismo día á la corriente del río, donde lavan enteramente al niño, para acostumbrarlo á la rigidez y al baño, y después se lavan ellas mismas también sin sentir el más ligero fastidio; mostrando con esto que nuestros cuerpos son más ó menos delicados según nosotros los acostumbramos. En efecto, las mujeres araucanas, pocos días después de haber parido, vuelven á sus ocupaciones con mayor actividad que antes. También en nuestra Italia observamos que las robustas aldeanas paren ordinariamente con más facilidad que las delicadas señoras, guardan menos días de enfermedad y no sienten con tanta frecuencia sus incomodidades. Más robustos, más proporcionados y bien hechos que nuestros aldeanos, se hacen ordinariamente los jóvenes araucanos por la rígida y natural manera de educación, pues las madres, después de haberlos bañado en la corriente del río, los ponen desnudos como

están en una cuna de juncos sobre blandas pieles de animales salvajes, y los cubren con una simple manta, sin fajarlos. De tal manera, crecen con naturalidad, y se forman sus miembros sin la opresión de las fajas, las cuales, impidiendo frecuentemente la libre circulación de la sangre y los movimientos naturales de la vida animal, estropean con frecuencia al niño y le ocasionan males que la naturaleza no quisiera.

Mucho también contribuye á la robustez y vigorosa constitución de los niños, la leche sana y natural de la propia madre, que debe consolidar aquellos tiernos miembros como el sólido cemento para basar con fuerza estable el edificio de una casa. De esto nace que las mujeres araucanas no den jamás á criar sus hijos á otras mujeres, sino en los solos casos de una verdadera necesidad, y, criados que son, los sacan de la cuna, apenas pueden tenerse y estar en pie por sí mismos; lo que sucede muy pronto. Entonces, cubiertos con una simple camisa en el verano y con un pequeño poncho araucano en el invierno, sin ligadura alguna, los dejan andar libremente por donde quieren en los alrededores de la casa. Y creciendo así, llegan á ser de tal modo robustos y fuertes, que son el verdadero modelo de un cuerpo proporcionado y bien hecho. He aquí cuál debería ser también en nuestra Italia y en cualquier otro lugar, la educación de los niños. Si abandonáramos gradualmente tantas delicadezas que se han introducido en las grandes ciudades, tendríamos también nosotros jóvenes más vigorosos y robustos que los mismos Araucanos. Cuando nuestros mayores acostumbraban á los hijos, desde los primeros años, á todo género de fatiga, á no temer los rigo-

res de las estaciones, y llevar á casa, después del diario trabajo del campo, pesados haces de leña al arbitrio de sus madres, abundó aquella robustísima juventud que hizo temblar á todo el mundo con el terror de las armas. Mientras no volvamos á esta rígida educación de nuestros padres, tendremos siempre una parte de la juventud, débil, de corta vida, fastidiosa á sí misma y no muy útil á la patria; la cual no será jamás capaz de defender con ella el propio suelo, de tantos que corren á despojarnos, apenas nos hemos rehecho de los pasados saqueos; porque los fuertes ordinariamente no nacen sino de los fuertes, y los padres delicados y débiles dan casi siempre hijos más delicados y débiles, como lo echaba en cara Horacio á los Romanos de su tiempo. He aquí su dicho sublime:

¡Ay! no de padres tales
Naciera, no, la juventud guerrera,
Que con largos raudales
El mar de sangre púnica tiñera,
Y á Pirro postró ardiente,
Á Aníbal cruel, á Antíoco potente.
Mas la estirpe membruda
Del samnita, de fuerza y valor lleno,
Con mano activa y ruda
Rompiendo de la tierra el fértil seno,
Ó á voz de madre avara
Cargando al hombro el leño que cortara;
Cuando cambiar hacía
Las sombras de los montes elevados
El sol, y desuncía
Los bueyes de la reja fatigados,
Y hundido al ponto undoso,
Tornaba al suelo el plácido reposo.

Non his juventus orta parentibus
Infecit aequor sanguine Punico,
Pyrrhumque; et ingentem cecidit

Pero es verdad también que este defecto de la educación física de los niños entre nosotros, nacido del antiguo prejuicio de preservarlos, con las fajas, de la intemperie del aire y de otros peligros de enfermedades, está ampliamente compensado con el cuidado que se tiene de la educación moral de los mismos. Al contrario, los Araucanos, cuanto más se empeñan en la educación física de sus hijos, tanto menos se cuidan de la moral; pues, preocupados de las grandes ideas de su independencia y libertad nacionales, amoldan á ellas la moralidad de sus hijos. Y así les dejan hacer lo que quieren; les alaban cuando cometen alguna genial insolencia, para que se acostumbren á ser audaces y emprendedores; y rarísima vez los castigan, para que no se tornen pusilánimes y cobardes; educación que no puede absolutamente aprobarse, porque los hijos deben ser contenidos, desde los primeros años, con un moderado rigor, nacido de verdadero afecto, para impedir las ruinosas caídas, al crecer de la edad, pues la indolencia produce siempre serios males, como advierte Ovidio: «Principiis obsta» etc.

Antiochum, Hannibalemque dirum.
Sed rusticorum mascula militum
Proles, Sabellis docta ligonibus
Versare glebas, et severae
Matris ad arbitrium recisos
Portare fustes, sol ubi montium
Mutaret umbras, et juga demeret
Bobus fatigatis, amicum
Tempus agens abeunte curru, etc.

Hor. Fl., lib. 3. Oda VI.

De las Artes y ciencia de los Araucanos

Todo el cuidado que ponen los Araucanos en la educación de sus hijos consiste en el ejercicio de las armas y de los caballos, y en instruírlos para hablar con propiedad y elegancia la propia lengua; siendo éstos los medios para obtener los honores de la República. No faltan, por otra parte, buenos jóvenes, los cuales se aplican también á las artes y á la ciencia que está á su alcance, como la Retórica, la Poesía, la Medicina, la Astronomía, la Música, el Comercio, la civilización y la delicadeza del trato; cosas todas que, pudiéndose adquirir groseramente con la sola práctica, bajo los instintos y la guía de la naturaleza, no repugnan al estado salvaje, que va así dejándose poco á poco.

Además de los Médicos de las tres indicadas clases, hay otros profesores del Arte Médico, que forman dos clases separadas. Los primeros, llamados *Gutarve*, son una especie de cirujanos que practican á veces curaciones admirables en úlceras, heridas, dislocamientos y fracturas de huesos. Los segundos, llamados *cupore*, de su verbo *cupon*, que quiere decir anatomizar, son muy valientes en esta rama de la cirugía, y saben explicar todas las diversas partes de nuestro cuerpo, y distinguirlas con nombres particulares. Infatuados por la idea de la Magia, á ésta atribuyen casi todas las muertes; así es que abren los cadáveres y pretenden siempre encontrar en las entrañas el veneno mágico que ha producido la muerte. Estas dos clases de Médicos cirujanos, como también los empíricos y los sistemáticos, son muy respetados por el pueblo y llamados con frecuencia á consulta todos reunidos junto al lecho del

enfermo. Mucho antes que penetrasen allí los españoles, ordenaban, según los diversos síntomas que se presentaban, ora la sangría en las enfermedades agudas y de inflamación, ora los sudoríficos para la transpiración, ora los vomitivos y las purgas en las indigestiones: y usaban en general los debilitantes en las enfermedades por exceso de vigor, y los tonificantes en el estado de debilidad, que es el célebre sistema de Stenia y Astenia de nuestros modernos, conocido implícitamente y practicado tantos siglos antes por los salvajes de Arauco. Lo que demuestra que, cuando un sistema es verdaderamente natural y simple, la misma naturaleza conduce al hombre á conocerlo, cuando las necesidades lo exigen y dondequiera que se encuentre.

El gran defecto de la condición de los salvajes es, que la naturaleza les hace conocer sólo en general lo que necesitan en las diversas enfermedades que les afligen; pero cómo y cuándo precisamente deben adoptarse los oportunos remedios, no pueden llegar á saberlo sino por medio de una larga experiencia. Saben, por ejemplo, los Araucanos, que en las enfermedades agudas ó en las inflamaciones, hay necesidad de extraer sangre; mas, la cautela que para ello deba usarse cuando vienen acompañadas de otros males, ó de circunstancias que lo prohiban, en qué dosis y cómo debe extraerse, son cosas para ellos no bien conocidas. El instrumento de que se sirven para la extracción, es el filo de una piedra, con la cual, teniéndola entre los dedos, dan un ligero golpe sobre la vena sin peligro de traspasarla. Así también saben perfectamente los Araucanos, que, cuando el estómago se halla embarazado en sus funciones digestivas, hay necesidad de purgantes; mas, el modo de aplicarlos es verdaderamente ridículo:

porque llenan primero una vejiga de agua caliente, extraída de la planta purgativa en infusión y preparada con sal y con otras mixturas violentas; adaptan después un pequeño canuto al agujero de la vejiga, y aplicándolo convenientemente al enfermo, oprimen con ambas manos la vejiga hasta vaciarle en el vientre la cantidad de agua que estiman suficiente para volver el estómago á su estado natural. Esto mismo se practica todavía en el Brasil y en muchas otras partes de la América civilizada; costumbre ciertamente ridícula, pero que no deja de ser eficaz para conseguir el objeto de la operación.

Pasando ahora á la Astronomía, esta ciencia era muy cultivada por los Araucanos, cuando allí penetraron los españoles. Ya entonces los Araucanos dividían el tiempo en años, estaciones, meses, días y horas. Su año empieza el 21 de Diciembre y cuenta doce meses, cada uno de treinta días, como el año de los Persas y de los Egipcios. Mas, como por año entienden ellos también todo el tiempo empleado por el sol para recorrer la eclíptica. y esto pide cinco días y cerca de seis horas más, por esto los Araucanos, agregan al último mes otros cinco días, para completar con éstos todo el indicado giro del Sol. El año se llama por estos *Trripantu*, que quiere decir la partida y giro del sol alrededor del Zodiaco; porque al principio del año el astro solar parece partir del respectivo Trópico, para hacer su órbita anual. Los meses se llaman en general *cujen*, esto es, luna; porque al principio debieron regularse enteramente por medio de las fases lunares. En particular, cada mes toma su nombre de las cosas más notables que en cada uno ocurren. Enero, por ejemplo, se llama el mes

de la fruta, porque en éste maduran las frutas en América. Febrero se llama el mes de las cosechas, y así denominan todos los otros, como pretendieron hacer los Franceses, cuando erigieron la República en Roma al final del siglo XVIII.

Respecto á las diversas posiciones del sol, á la mayor ó menor acción de sus rayos sobre las diversas partes de la tierra, dividen los Araucanos todo el curso del año en cuatro estaciones y dos Solsticios. Las estaciones son: *Peugquen*, la Primavera, el tiempo más dulce del año, que empieza el 21 de Septiembre y termina el día 20 de Diciembre; *Ucan*, el Verano, que es el tiempo más caluroso, del 21 de Diciembre al 20 de Marzo; *Gualug*, el Otoño, la estación templada, desde el 21 de Marzo hasta el 20 de Junio; y *Puchem*, el Invierno, que es el tiempo más áspero, desde el 21 de Junio hasta el 21 de Septiembre. De aquí resulta que los dos Solsticios que tienen los Araucanos son opuestos á los nuestros: el Solsticio Estivo es el 21 de Diciembre, y se llama por éstos *Trraumatrripantu*, que quiere decir cabo ó fin del año: porque, como se ha dicho, en éste principia y termina el año trópico solar. El Solsticio de invierno es el 21 de Junio, y se llama *Udantrripantu*, esto es, el divisor del año, porque lo divide en dos partes iguales.

También el día natural se divide en dos partes, de seis horas cada una. Seis horas constituyen el día, y seis horas la noche, como hacen los Chinos, los Japoneses y los Hotentotes. Así que cada hora araucana comprende dos de las nuestras, y se computan las del día desde la salida del sol, y las de la noche, desde la aparición de las estrellas; división que resulta inexacta por falta de los necesarios ins-

trumentos, y por la poca cautela en seguirla con aquella proporción que piden los diversos tiempos del año. La enumeración de las horas empieza siempre desde la media noche, y cada una tiene un nombre diverso, sacado de la naturaleza y de las circunstancias de su tiempo respectivo.

Además de las indicadas cosas, los Araucanos conocen bastante bien los eclipses solares, llamados *Layanta*, la muerte del sol, y los lunares, *Layenjen*, la muerte de la luna, expresión equivalente á la usada por los Latinos, que los llamaron *defectus solis et lunae*. Saben también distinguir los planetas, á los cuales dan el nombre de *Gan*, y, como creen que pueden ser habitados, llaman á los espacios del cielo *Güeno-maipu*, los países del cielo, y todo el conjunto de la Luna se llama *Cuyen-mapu*, que quiere decir el país de la Luna. Los Cometas son llamados *Cheruvoe* y considerados como un conjunto de exhalaciones terrestres, las cuales, cuando se han reunido en gran cantidad en las regiones superiores de la atmósfera, se incendian, y forman así un globo de fuego, que se llama Cometa. Tanto los Cometas como los Planetas, creen aquellos salvajes que, al ocultarse, se arrojan en el mar, según el error común de los antiguos Romanos.

Bastante más fuertes son las ideas de los Araucanos, respecto á las estrellas, que dividen en varias constelaciones, á cada una de las cuales dan su nombre particular, según el número de las estrellas más visibles que las componen. Así la Pléyade se llama por éstos *Cajupal*, que quiere decir la constelación de las seis; porque de las siete estrellas que la componen, seis son las más notables. *Meliritrro*, se llama la Cruz del Sur, ó sea, la constelación de

las cuatro. Á la vía Láctea la llaman *Rupulpen*, ó sea, la vía de la fábula, por los fabulosos cuentos que inventan los poetas sobre aquella aglomeración de estrellas que la componen.

Habría aún muchas cosas que señalar respecto á los conocimiento de los Araucanos sobre la Astronomía; pero estimo más oportuno pasar en seguida á decir alguna cosa sobre su música. Esta lícita diversión, tan natural en el hombre, que se ha mostrado siempre apasionado por ella en todos los tiempos y lugares, no fué descuidada por los Araucanos. Mas, han tenido siempre la desgracia del poco éxito. Aunque poseen genio y sensibilidad para las armonías musicales, siendo, como son, de un carácter más marcial que dulce, más preparado para el estrépito de las armas que para delicados y melodiosos conceptos, sus voces son siempre ásperas y desagradables; y aunque mucho se esfuerzan por modificarlas, sus conciertos parecen siempre combinados en la fragua de Vulcano, entre el estrépito de los martillos.

Los instrumentos que acompañan su canto son el tambor y la flauta, cuyos sonidos resultan más armoniosos, más dulces y más agradables que el canto. En general, son inclinados á lo triste, según el gusto de la nación. Sin embargo, en las fiestas de baile, por ejemplo, y en los convites que se hacen para los matrimonios y otras semejantes circunstancias, la nota triste es muy rara, y sólo puede sorprenderla un oído delicado. Pero en las fiestas por causa de guerra, luchas singulares y desafíos, las notas ásperas y tétricas predominan en todas las arias, tanto en la música como en el canto, lo cual se aviene con el carácter

araucano, severo y duro en todas las cosas. En sus fiestas de baile, por ejemplo, que son muy frecuentes, las mujeres forman siempre un coro, separado del de los hombres, y no se permite jamás entre ellos la mezcla de los dos sexos, que se observa, algunas veces con disgusto, en nuestras ciudades civilizadas.

Tienen también los Araucanos otras especies de diversiones, como los juegos, la carrera, la lucha, y cosas semejantes. Los juegos son privados, como las cartas, la pelota y los dados, que son dos sólidos triangulares. Otros son públicos, como la carrera, la lucha, el *Peuco* y el *Palicán* ó *Chueca*, á cada uno de los cuales adaptan diverso género de música, para divertir á los espectadores y animar á los jugadores. La carrera y la lucha no se diferencian mucho de las de los antiguos Romanos que se hacían en el Circo Máximo. En éste, con ocasión de alguna fiesta pública, se reúnen muchos jóvenes, calzados con sandalias de cuero, atadas con cintas hasta las rodillas, con pequeños sombreros adornados de bellas plumas, y con capotillos de variados colores, á la moda de las naciones civilizadas, y así divierten al pueblo, ora con obstinadas luchas, ora con calurosas apuestas de largas carreras á pie, ó á caballo, como mejor agrada á los espectadores, que abrevian ó prolongan la duración con los instrumentos musicales, según el éxito de la apuesta.

El *Peuco* es un combate gimnástico, que representa el asalto de un fuerte. En éste, cierto número de jóvenes, cogidos fuertemente de la mano, forman un círculo, con el cual rodean un niño, que queda en pie en el centro. Igual número de jóvenes, ó más todavía, hacen esfuerzos, á fin

de romper el círculo y apoderarse del niño, que es el premio de la victoria. La empresa es difícil, porque los defensores hacen todo lo posible por mantenerse estrechamente unidos, ora apoyando una espalda con la otra, ora impidiendo el paso con los pies, en los momentos de más necesidad; y los asaltantes, por más robustos y tenaces que sean, se ven obligados á veces á abandonar vergonzosamente la empresa, reconociéndola imposible.

El *Palicán*, que los Españoles llaman la Chueca, es semejante á la *Sferamachia* de los Griegos y al juego del *Calcio* de los Florentinos. En este juego se encuentra todo el aparato de una batalla ordenada. Se hace con una pelota de madera, en una llanura de media milla, por lo menos, de extensión, y cuyos limites se señalan de antemano con ramas de árboles. En el centro de esta llanura se coloca la pelota, dentro de un pequeño hoyo. Después, unos treinta combatientes, armados todos de bastones de puntas encorvadas, se disponen en dos filas, una frente á la otra; cuando los árbitros del juego dan la señal del combate, los de los puestos centrales sacan la pelota del agujero con sus bastones, y procuran llevarla en medio de los combatientes. Los otros la lanzan ó rechazan según la dirección que toma; y como la victoria consiste en llevarla al término opuesto de la propia banda, ó sea, más allá del opuesto confín, nacen con frecuencia cuestiones y combates tales entre ambas partes, que terminan á veces á bastonazos, particularmente cuando tales desafíos son entre dos Provincias, ó de un pueblo con el otro. Por eso en tiempo de los antiguos españoles había leyes muy rigurosas contra estos juegos, y también al presente están

prohibidos en Chile. Esto no obstante, los Araucanos continuaban haciéndolo bajo el mismo Gobierno Español, y yo también lo he visto practicar por la juventud Chilena, en varios días festivos, fuera de las ciudades.

Para completar esta narración sobre los conocimientos de los Araucanos, es necesario advertir que á la llegada de los Españoles al Estado de Arauco, había casi en cada pueblo individuos dedicados á la fabricación de telas, paños, y á los trabajos en madera, plata y oro. Mas, todas estas artes estaban entonces en su principio; y poco han avanzado hasta hoy, á causa de la pasión de aquellos pueblos por la guerra, pasión que les hace descuidar el perfeccionamiento de todo otro arte. Se contentan con vivir apenas con lo estrictamente necesario: y fuera de los Ulmenes, que gustan, en ocasiones, de la pompa de sus mesas, usando ricos servicios de plata y de oro, los otros comen todos con cucharas y tenedores de hierro ó de madera y en platos de la misma materia, y beben en vasos y copas de cuernos de buey, hechos con la misma forma de los nuestros, y á veces bellísimos, tan trasparentes y finos, que las uniones apenas se distinguen. Tal era el servicio de dichos vasos de mesa que fué regalado en Santiago de Chile al Vicario Apostólico Monseñor Muzi por una Señora de esa capital.

Con todos estos objetos de manufactura, especialmente con *ponchos* ó capas, y otros trabajos de lanería y de telas, negocian las Provincias, unas con otras, y también con los extranjeros, activando el comercio con el cambio, pues desconocen el uso de la moneda. Lo que más compran á los extranjeros es el vino y el aguardiente. En dicho co-

mercio ha sido siempre elogiada la buena fe araucana, hija del honor y de un ánimo recto, que no supone en los demás la malicia que ellos mismos no tienen. Los Españoles, que fueron los primeros en darse á conocer por su falta de honradez, eran de tal modo aborrecidos por los Araucanos, que les dieron el sobrenombre de *Chapi*, ó sea, gente perversa, de donde ha nacido después la denominación de *Chapetón*, que quiere decir Europeo fraudulento establecido en el continente Américas. Se irritaron tanto los Araucanos contra la mala fe de los soldados Españoles, que llegaron al fin á llamarlos también *Huincas*, que significa asesinos aborrecidos, por el despojo general que trataban de hacer de los intereses, sustancias y vidas de aquellos infelices, contra la recta intención y los piadosos cuidados de la corona de España, que eran dirigidos solamente á introducir entre aquellos pueblos la verdadera creencia, la civilización y el buen orden de las cosas, sin ocasionar á ellos ningún daño en sus propiedades ni en sus vidas.

Esta rapacidad y los malos tratos de los pueblos de Arauco bajo el dominio español, fueron la fuente de tantas revoluciones y del exterminio de tantos miles de militares asesinados por los Araucanos, incapaces de contenerse ante las violencias y los insultos. El carácter araucano es tan arrogante, orgulloso, que, infatuado con su valor y su ilimitada libertad, creen ser ellos los únicos que merecen llamarse hombres, en toda la tierra. Por eso se dan los nombres de *Anca*, que quiere decir hombres libres; *Reches*, que significa gentes leales; y finalmente *Huentrru*, esto es, hombres por antonomasia; y si algún Español se atrevía á hablarles con el sombrero puesto, le ordenaban quitárselo

en el acto: *Eutuge tami curtisia*, decíanle pronto con indignación: "mal educado, quítese Ud. el sombrero." Se comprende, pues, que hombres de tanta altivez y de tanto amor propio, no se dejaran someter á las leyes y al duro yugo de la servidumbre. Sabemos, en efecto, por confesión de los mismos Españoles, que han sacrificado millares de sus mejores soldados en la conquista del Estado de Arauco, sin efectuarla jamás completamente, como lo hicieron en el resto de la América.

Si hubiesen hecho lo mismo todos los pueblos en la primitiva división de las cosas, cuando todo el mundo era libre, no se habrían deplorado tantas tiranías, tantas revoluciones y tantos estragos en la miserable humanidad. Ahora que se han cedido los naturales derechos, y que esta cesión ha sido legitimada y sancionada por el tiempo, hay necesidad de que obedezca cada uno al propio soberano, y procure captarse su benevolencia y afecto; de lo contrario, se expondrá irreparablemente á otros daños mayores; y debe castigarse como á hombre perverso y nocivo á la sociedad, á todc el que, olvidando estos deberes indispensables, pretenda sublevarse contra las leyes y la autoridad del Estado. Los mismos Araucanos, respetando estos deberes primordiales, no permitieron jamás que simples particulares se atreviesen á sublevarse contra las autoridades españolas; y fueron organizadores de todas las revoluciones únicamente los Jefes de la Nación, que enviaban con el mayor secreto sus emisarios á todas los lugares dominados por los Españoles, y así sucedía que toda la Araucanía entera se levantaba en armas, en el mismo día y en el mismo momento contra la potencia

española, que no podía contener la sublevación. Los Araucanos, eran, á este respecto, excusables, porque jamás habían estado sometidos enteramente, y nunca habían reconocido ni legitimado voluntariamente el dominio español sobre ellos; y en las revoluciones era la nación entera la que armaba sus propios ciudadanos para combatir por la libertad y por la propia independencia, en vista de los excesivos agravios y de las injurias que recibían de los soldados españoles. Así, por ejemplo, en la reseña de las Misiones Araucanas, que, por orden del Señor Don Ambrosio de Benavides, Presidente y Capitán General del Reino de Chile, presentó á Carlos III Rey de España en 1784 el Jefe de dichas Misiones, Fr. Miguel Ascasubi, este respetable Padre, hablando de las opresiones y castigos empleados por los Españoles contra los Araucanos dice así:

"Nuestros nacionales poseyeron y dominaron toda la " tierra indicada, con tal predominio sobre los naturales " de ésta que, según testimonio de la tradición, compro- " bada por algunas historias antiguas, los tenían casi tan " esclavizados y oprimidos como á los Negros del África, " imponiéndoles una servidumbre insoportable y otros " graves tormentos, hasta que, para romper este intolera- " ble yugo, ó lo que es más cierto, para castigar la tiranía y " los pecados de nuestros nacionales, permitió el Señor " que se sublevasen los naturales contra los Españoles, " en el año 1599 según el cómputo más exacto; y tuvo " un éxito tan feliz aquella general sublevación, que " los Araucanos volvieron á poseer en poco tiempo sus " primitivas y patrias tierras, destruyeron la ciudad, los

" establecimientos y los fuertes, con terrible mortandad
" de innumerables personas españolas de todas edades y
" sexos, y con deplorable profanación de las cosas sagra-
" das; y dejaron desde entonces esta tierra perdida para
" Dios y para la Monarquía Española, que hasta el pre-
" sente nada ha podido recuperar, fuera de la plaza de
" Valdivia, no sin trabajos reconquistada, treinta y tres
" años después de perdida. Se conserva también, no sin
" cierta oposición de los Indios, el Tercio de Arauco y
" algún otro fuerte, que los indios han permitido que se
" fundase por parte de los Españoles. De los referidos
" estragos paso en silencio la crueldad de los bárbaros
" revolucionarios, para saciar su brutal incontinencia en
" varias regiones españolas, sin perdonar, según se dice,
" ni á las sagradas Esposas del Cordero inmaculado; como
" lo han hecho en todas las otras sublevaciones, llevándo-
" se esclavos muchos hombres y mujeres. De aquí nace
" que en muchos territorios del indicado distrito, espe-
" cialmente desde Bío-Bío hasta Valdivia, entre el mar y
" la cordillera, los indios son en su mayor parte blancos
" y de bellas formas, con la barba fuerte, muy semejan-
" tes á los Españoles en todas las cosas; mientras los in-
" dios mezclados son, en general, de una estructura ordina-
" ria y tienen el color de la tierra, bastante oscuro, etc.

De este capítulo, traducido fielmente del original español, se desprenden los graves motivos de la sublevación de Arauco contra las tropas españolas; por lo demás, antes de que fuesen mal tratados los Araucanos, eran, y lo son todavía al presente, hombres pacíficos, amantes de la tranquilidad y del buen orden, siempre que no se les

moleste. Son también tan caritativos entre sí, que no se ven jamás en aquellas tierras esos sucios pordioseros que tanto abundan en nuestra Europa, y cuyos repugnantes harapos inspiran más aversión que la misma desnudez. Los araucanos se ayudan mutuamente y se glorían en distinguirse con el decoroso título de *Peñi*, que quiere decir Hermanos; y como hermanos se tratan realmente entre sí. Son también hospitalarios con los extranjeros, cuando no los creen sospechosos de mala fe; y cuando se encuentran, les gusta hacer alarde de mucha elocuencia en los saludos y en los cumplimientos que recíprocamente se dirigen con cordialidad y gracia. Suelen invitarse con frecuencia á las comidas, que son para ellos de poco gasto. puesto que su alimento ordinario es la papa. Son poco aficionados á la carne y al pescado, á pesar de tenerlos en abundancia en todas sus tierras, en las vastas campiñas y en los numerosos ríos que las atraviesan, además de la vecindad del mar. Hacen también poco uso del pan, al que reemplazan ordinariamente las papas cocidas, con un poco de sal. Son, en fin, tan frugales en su alimento, que al ver la voracidad de los soldados Españoles, solían llamarlos *los tragones y devoradores de la tierra*. El único abuso á que se entregan en los banquetes y fuera de éstos, consiste en el aguardiente de Europa, y en un licor que llaman "chicha", sacado del maíz y de algunas frutas, como los melocotones, las manzanas, etc., que hacen fermentar con el agua que dejan después de haberlas machacado. Fuera de este abuso de los licores, un medio puñado de harina de maíz tostado, disuelta con agua caliente ó fría, por la mañana y por la tarde, unido á unas cuantas papas cocidas con la carne en el almuerzo, forman el sus-

tento ordinario de cada individuo, fuera de los días de convite. Dichos alimentos se cuecen al fuego, y éste lo producen frotando unas maderas con otras, hasta que brota la llama.

Del vestido de los Araucanos y de sus casas.

La misma moderación que los Araucanos usan en la comida, la observan también en el vestido, el cual no es en todos uniforme. Los Araucanos que habitan entre el mar y la cordillera, desde el río Bío-Bío hasta la vecindad del río de Valdivia, como que son de naturaleza más belicosa y viven constantemente sobre las armas; para tener mayor presteza y libertad de movimientos, usan un vestido corto y estrecho, y bien ajustado á la cintura, todo tejido de algodón y de lana, como el de los Griegos y Romanos, fuera del sombrero, que es de simple paja adornado con plumas. Forman toda la indumentaria una camisa, una blusa, un par de calzones estrechos y cortos, hasta las rodillas, y un *poncho*, que es una capa en forma de escapulario, con abertura en el medio, por la cual se introduce la cabeza; y tan largo y ancho que cubre los brazos y baja hasta las rodillas. Está tejido todo de algodón, y de lana de un azul fuerte, que es el color más agradable á la generalidad. Los Araucanos principales usan también botas de lana y de cuero. Éstas son hechas con la piel fresca de piernas de buey, la que, ciñéndose enteramente á toda la pierna del indio, va tomando, con el tiempo y con el uso, la misma forma de ésta. Todos los del pueblo van con los pies desnudos, en todas las estaciones del año, á

excepción de unos pocos, que acostumbran llevar sandalias hechas de cuero natural, sin ninguna preparación.

Antes de la llegada de los Españoles, los Araucanos acostumbraban llevar los cabellos sueltos sobre las espaldas: mas, de aquella época en adelante, usan la cofia, ó también una ó más trenzas y el sombrero de paja. Antes llevaban en la cabeza una faja de lana bordada, como un turbante á la turca, ó en forma de la diadema que usaban los antiguos soberanos. Al tiempo de saludar, se quitan y alzan un tanto, en señal de cortesía, el sombrero, ó la faja, los que todavía la usan. Cuando van á la guerra, se adornan todos con las más vistosas plumas de sus aves, y saben hacerlo con mucha gracia. En la misma circunstancia, y también cuando asisten á una fiesta pública, se ciñen las caderas con una rica faja de algodón ó de lana, muy bien llevada y tan larga que les cae del lado derecho hasta las rodillas.

Los *Puelches* y los *Huilliches*, razas indígenas unidas á los Araucanos, los primeros por antigua alianza, y los segundos por confederaciones posteriores, como se dijo en la descripción respectiva, son todavía más sencillos en su vestido. Los Puelches, además del poncho, que es común á todos los indios, usan todos el *Trrasilongo*, que es una bonita faja de lana con que se ciñen la cabeza, á manera de un turbante á la turca, dejando la cabellera suelta sobre la espalda y hombros. No usan calzones, sino que, en vez de éstos, llevan una especie de Chamal, que es como una faja ó ancha cubierta de lana, en general de color rojo encendido, según el gusto general. Esta especie de ciuto les llega hasta las rodillas. Los Huilliches tienen casi el mismo

vestido, con la diferencia de que, en vez del Chamal, usan una especie de calzones de tela muy basta y de corte muy extravagante, que se reduce á coser juntos dos pedazos iguales de género, que forman dos anchos sacos rídiculos y toscos.

Las mujeres araucanas, en general, visten todas uniformemente con sencillez y modestia. Sus vestidos son de algodón y de lana, de color blanco, ó azul, según el gusto dominante en la respectiva provincia, con excepción de unas pocas que prefieren el color negro, mezclado con caprichosas uniones. Toda la vestidura consiste en una larga túnica sin mangas, llamada Chamal, que del cuello desciende toda cerrada hasta los pies, con un pequeño corte vertical en las espaldas, que, después de puesta, cierra con alfileres y se sujeta en los costados con una faja bordada en diferentes colores. Para cubrir mejor la abertura de las espaldas y los brazos, úsase una mantilla, como aquellos largos chales de nuestras mujeres, que cubre también el cuello y se sujeta en medio del pecho con un grueso alfiler de plata, en forma de medallón, que se mantiene siempre brillante, gracias al constante cuidado de sus dueñas. El adorno de la cabeza es también un turbante á la turca, adornado en ciertas fiestas con muchas y vistosas plumas. Un par de sandalias, ó zapatos de cuero natural, como los de los hombres, para defensa y adorno de los pies, completan la modesta vestidura de las mujeres araucanas.

Este vestido, consagrado por antigua costumbre de la nación, nunca se varía; sin que esto quiera decir que no haya algunas dominadas por cierto espíritu de vanidad y de ligereza, que es propio de la mujer. Por eso, para agra-

dar en sociedad, se las ve adornarse con todas aquellas bagatelas que les indica su capricho. Se dividen los cabellos en varias trenzas, que dejan caer sobre las espaldas ó delante del pecho, con graciosa y estudiosa negligencia. El turbante es más ó menos original según el gusto y la gracia de la persona, y va adornado con plumas y falsas esmeraldas, que son muy estimadas por los indios. Llevan por zarcillos dos láminas de plata ó de oro, cinceladas groseramente, y del cuello y de los hombros les caen sobre el pecho varios hilos de corales y de perlas. Usan también brazaletes de vidrio labrado, y muchos anillos de plata y de oro para adorno de las manos.

Las casas de los Araucanos, como las de todos los indios, consisten en pequeñas cabañas, movibles ó fijas, agrupadas formando patios, y su número es igual al de las mujeres de cada jefe de familia. Tienen todas, delante, una especie de pórtico cubierto, donde trabajan las mujeres, y al lado un horno de greda, en forma de cono, para cocer el pan; si bien otros indios, como los Puelches, lo cuecen en cuevas, abiertas al pie de los montes y colinas. Las casas de los indios principales tienen las puertas y las ventanas de madera bien labrada; en las otras las puertas, las ventanas, las mesas y las camas, son todas de cuero de caballo ó de buey, fuertemente estirado, cuando fresco, sobre otros tantos telares, hasta que en ellos se seca y toma la forma deseada. De cuero son también las cajas, los baúles, los sacos y todos los utensilios para las faenas de la casa. Por donde se ve que el caballo ó el buey son los únicos animales necesarios á los indios, para vivir, puesto que se alimentan de su carne, con los cuernos y los huesos ador-

nan sus casas, y con el cuero fabrican todos los muebles y utensilios necesarios.

El mismo uso del cuero se observa todavía en las ciudades civilizadas de toda la América. Así, el mejor lecho que podíamos nosotros desear en el viaje de tierra, para atravesar de una parte á la otra la América Meridional, era un cuero estirado á la fuerza sobre un telar sostenido por cuatro pies de madera: sobre él dormíamos cómodamente como en un lecho de bronce, entre las exhalaciones del cuero cuando empezaba á calentarse, y las delicadas caricias y atenciones que nos dispensaban todas las noches los insectos domésticos y otras pequeñas bestias que allí se anidaban, y que eran siempre muy corteses é insistentes en sus agradables cumplimientos.

Sin embargo, por malos que sean los indicados lechos, es lo mejor que pueden ofrecer las gentes de campo. Por lo demás, los Auracanos los consideran como una cosa de sumo valor, y sólo las familias distinguidas y de respeto hacen uso de tales lechos; los demás duermen en la dura tierra, sobre los cueros, como las bestias, sin darse jamás comodidad alguna. Fuera de las casas de algunos Araucanos principales, en las otras el mobiliario y el uso de tantas pequeñas cosas que se necesitan para la comodidad de la vida son enteramente desconocidos de los indios, y sus habitaciones pueden llamarse más bien corrales de animales campestres, que habitación de hombres sociables, porque dentro de una misma cabaña viven y duermen con frecuencia juntos con los hombres y mujeres, alrededor de un miserable fuego, las ovejas, el cerdo, el asno, las

gallinas y una turba de perros mastines, cuya sola vista da repugnancia.

Dichas cabañas llamadas *ranchos* por los nacionales, no componen poblaciones regulares, sino que forman grupos ó *Rancherías* más ó menos grandes, á las orillas de los ríos ó en medio de campos que puedan cómodamente regarse con las aguas de los mismos ríos, á fin de hacerlos más fértiles. Cada familia gusta de habitar en el terreno que ha heredado de sus mayores, y allí, con el cultivo de la tierra y con otras labores de mano, se procuran lo necesario para vivir. Mas, como el cultivo de la tierra, según ya se ha dicho, está al cuidado de las solas mujeres, se siembra tan poco que apenas se cosecha un poco de maíz y la cantidad de patatas que pueda bastar al necesario sostenimiento, y esto con la mayor parsimonia. Por eso, aunque los Araucanos poseen los mejores campos de Chile, se ven casi todos incultos, especialmente en el centro de la nación, donde, de la conquista de los Españoles en adelante, han faltado casi del todo muchos millares de indios, citados por los viajeros y en las antiguas Historias de Chile. En las Provincias de la costa, siendo más numerosa la población, y también más extenso el cultivo de las tierras, la semilla no se reduce al maíz y á las patatas solamente, como en las otras Provincias, sino que se extiende también á los granos, habas, habichuelas, guisantes, legumbres, y otras cosas que sostienen nuestra vida.

Ahora es tiempo de examinar la descendencia de los diversos pueblos de América, para deducir de ésta la del Estado de Arauco, á fin que se forme el lector una idea adecuada y pueda combatir por sí mismo todo lo que pien-

san los libertinos y los llamados filósofos, contra los dogmas invariables de la creación y de la redención del hombre.

Del origen de los Araucanos

Los progresos que algunos pueblos de América, como Méjico, Perú y Chile, habían hecho en la civilización, en la lengua y en las Artes, cuando allí penetraron la primera vez nuestros Europeos, nos demuestran suficientemente la antigüedad remotísima de aquellos pueblos; y no pocos filósofos, que habían ya concebido la existencia de otras tierras más allá de los confines, habían anunciado muchos siglos antes el descubrimiento que siguió afortunadamente.

Es cierto pues que las dos Américas eran muy pobladas, mucho tiempo antes que Flavio Gioja, natural de Amalfi en el Reino de Nápoles, descubriera en 1302, la Brújula, instrumento de todo punto necesario para viajar en los grandes mares, sin peligro de perderse, después que se abandona la costa. Es cierto también, que, hasta el presente, entre el viejo y el nuevo continente no se conoce comunicación alguna de tierra, por donde los habitantes del primero puedan haber pasado á poblar también el segundo. De esto nace que algunos, para explicar la población de la América, han acudido á la fábula de los Preadamitas, asegurando que los Americanos no descienden del antiguo continente, sino que fueron creados por Dios, antes de Adán con otros hombres de la tierra. Otros han dicho también que, cuando Dios formó al hombre y á la mujer, en el sexto día de la creación del mundo, no hizo un

solo hombre, ni una sola mujer, sino muchos hombres y mujeres, repartidos en las diversas regiones de la tierra. Mas no hay necesidad de oponerse impíamente á la Divina Revelación, y decir herejías fabulosas para comprender una cosa que puede explicarse naturalmente con las pocas reflexiones que deben tener cabida en nuestra Historia.

Pedro el Grande, Emperador de Rusia, teniendo en vista que en las costas de su continente, hacia el mar de Kamchatka, llegaban y partían, según los diversos tiempos del año, bandas de pájaros completamente desconocidos; y que masas de hielo y troncos de árboles, de especie desconocida, eran con frecuencia trasportados á la misma costa por la corriente y el viento; y que era opinión común entre aquellos pueblos, que existían no muy lejos tierras extensísimas; formó el plan de encontrar alguna comunicación entre su continente y el de la América Septentrional. Sus sucesores llevaron á cabo la empresa, y el día 4 de Junio de 1741 expidieron desde el mar de Kamchatka dos barcos, mandados uno por el Capitán Behring y el otro por el Capitán Ischirikow, y aunque quedaron divididos por una tempestad, descubrieron ambos tierra firme, á no mucha distancia, hacia California, y muchas Islas esparcidas aquí y allá en todo el camino. También el Capitán Krenitzin, salido el año 1762, desde la misma costa de Rusia, descubrió las mismas Islas y determinó mejor su posición y su clase. Los Noruegos, en el descubrimiento que hicieron de la Groenlandia, encontraron también un pasaje más corto entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Parece pues indudable que la Groenlandia y Noruega, tan dedicadas á correr el mar, y de las costas de Kamchatka, los Tártaros, acostumbrados á ir vagando de un lugar á otro, fueron los primeros habitantes de la América Septentrional, y que de éstos se derivan todas las actuales poblaciones de aquella parte. Tenemos, en efecto, multitud de razones que avaloran estas conjeturas, reflexionando, en primer lugar, que, en la necesidad de deducir naturalmente del antiguo mundo el origen de los Americanos Septentrionales para no recurrir á la fábula de los Preadamitas, ni á los sueños de los que pretenden hacerlos brotar de la tierra como los hongos, hay necesidad de decir que allí llegaron desde la Noruega y desde la ruda Tartaria, ya que, si los Americanos del Septentrión descendiesen de las naciones cultas del antiguo continente, habrían conservado restos de esa cultura, y los primeros que allí llegaron no los hubiesen encontrado faltos aún de aquellas artes que son necesarias á la vida, como la elaboración del hierro, las manufacturas, el uso del arado y de los animales domésticos, cosas que, una vez aprendidas, no puede el hombre olvidar si no se olvida también de la propia existencia. Se olvidarían las artes de pura elegancia, de ornamento y de lujo, á causa de grandes desastres ó perturbaciones, como ocurrió en parte á la Grecia, al Egipto y la misma Italia, en las invasiones de los bárbaros; pero las artes necesarias á la vida no pueden de hecho olvidarse, mientras existan las necesidades de la misma y la natural tendencia que cada uno tiene á conservarla. Si pues los Americanos del Septentrión no tenían ni siquiera remota idea de esas artes cuando allí

penetraron los europeos la primera vez, es necesario decir que descendían de pueblos salvajes, los cuales, para hablar con razonable probabilidad, no podían ser otros que los rudos pueblos de la Tartaria y de la Noruega, que por medio de la Groenlandia y las Islas de Kamchatka presentaban á ésos un fácil pasaje.

Ni puede decirse tampoco que los primeros pobladores se dirigiesen allí desde las incultas naciones meridionales de nuestro continente; porque, atentida la mucha distancia, no podría comprenderse cómo un pueblo rudo, desprovisto de todo medio, y no acostumbrado á hacer largos viajes por mar, pudiese dirigirse de un continente al otro y que, en vez de conducir consigo los animales domésticos, como bueyes, caballos y ovejas, hubiese preferido llevar bestias feroces, que ocupaban también á la llegada de los europeos las selvas septentrionales de la América. Admitido el paso de los Noruegos y de los Tártaros de la Groenlandia y de Kamchatka, se desvanece toda dificultad en cuanto á los hombres y también respecto á las fieras, los cuales, ó por tierra, si hay comunicación, ó á nado de una Isla á la otra, ó caminando sobre el hielo, pueden haber pasado de un continente al otro con poca dificultad; puesto que el capitán Cook en el último viaje que hizo en el mar de Kamchatka, á fin de reconocer el continente Americano descubierto por los citados capitanes de la corte de Rusia, comprobó que el cabo más oriental del Asia, á los 66 grados y 6 minutos de latitud y 190 y 22 minutos de longitud, dista del cabo más occidental de la América (á los 65 grados y 46 minutos de latitud, y 191 y 45 minutos de longitud) solamente trece leguas; y que en el breve cami-

no de esta corta distancia se encuentran varias islas que facilitan sumamente el pasaje de un continente al otro. ¿Qué repugnancia hay pues para admitir que pasasen este estrecho los salvajes de la Tartaria, que, además de ser por naturaleza tan resistentes á la fatiga, eran también en aquel tiempo grandes nadadores por costumbre y por habilidad? Nosotros sabemos además que muchos pueblos Americanos del Septentrión, al tiempo de su descubrimiento, en nada se diferenciaban de la suma rudeza y de las bárbaras maneras de los Tártaros, y que todos los de las vastas comarcas de los Esquimales eran muy semejantes á los de Groenlandia en la estructura del cuerpo, en el temperamento, en la lengua, en las costumbres y en su modo de pensar, como refirieron algunos Misioneros Luteranos, que, llevados por el celo de propagar los falsos dogmas de su Religión, recorrieron todo aquel dilatado país.

Crecerá siempre más la probabilidad de esta descendencia de los Norte-Americanos, si queremos suponer con algunos escritores, que aquella cadena de islas que desde el mar de Kamchatka, se suceden unas á otras hasta el continente americano, fué en otros tiempos una extensión no interrumpida de tierra firme, que unía ambos continentes, y por la cual pasaron tanto los hombres como las fieras; y que, como todas aquellas islas están llenas de volcanes, que arden constantemente con mucha actividad, andando el tiempo, y en fuerza de sus erupciones volcánicas, de algún fuerte terremoto ó de otro extraño accidente, fué rota y sepultada en las aguas del mar aquella cadena de montañas; lo cual no tiene nada de imposible, y podemos admitirlo, sin recurrir, como hacen algunos, á las

extrañezas del Padre Lacunza, el cual dice que en el Diluvio Universal la tierra sufrió un desequilibrio de 23 grados y medio, que la dejó inclinada hacia la Estrella polar, y separó la Eclíptica de la Equinoccial, que quedó cortada oblicuamente; desconcierto que, según él, es la causa de la división del año en las cuatro estaciones que al presente lo componen.

Sin recurrir á tales fantasías, propias de los sueños y extravagancias de un visionario, como ha sido en esto el Padre Lacunza, no faltan en la historia ejemplos de grandes inundaciones ó desecamientos de tierra, por erupciones, fuertes terremotos, ú otros accidentes. Por ejemplo, la laguna Meótide, ó sea, mar de las Zabaches, cubre hoy día los terrenos y la ciudad que allí existían un tiempo; el golfo ó seno de mar que circunda á Corinto, hacia el Oriente, se formó sobre las ruinas de dos grandes ciudades; y refieren también los antiguos escritores que en otro tiempo la isla de Chipre estaba unida á la Siria, el Negroponto á la Beocia y la Sicilia á Italia. Si pues los terremotos, las combustiones volcánicas y otras causas análogas, han podido romper las comunicaciones y sepultar en el fondo del mar tantas tierras, ¿por qué no podríamos suponer que del mismo modo se ha roto la comunicación entre el Viejo y el Nuevo continente, en el mar Kamchatka, á causa de los volcanes que arden vigorosamente en todas aquellas islas? Plinio, Heródoto, Estrabón, Séneca y otros acreditados autores, citan muchos ejemplos, en que la tierra abriéndose, al desarrollo del flúido eléctrico en ella contenido, sepultó en sus vastas entrañas grandes espacios de terreno, que fueron después cubiertos por el océano.

Así, en la parte septentrional de la Islandia, se desplomó, el año 1726, por el sacudimiento de un fuerte temblor de tierra, una montaña muy elevada y ocupó su sitio un lago de increíble profundidad: y en la misma noche, otro lago, que estaba á distancia de una legua y media del primero, se secó completamente y en su profundidad, que no se había encontrado jamás, se formó un pequeño monte, que existe todavía. Á un accidente parecido debe tal vez su aparición en el Egeo la Terasia, llamada hoy Isla de Santorini, que en tiempo de Séneca se presentó improvisamente á los marineros. Sin remontarnos á épocas tan lejanas, ¿no hemos leído en la Gaceta de Londres de estos días, que el mar del Norte ha roto en lugares el istmo que unía la extremidad septentrional de la Jutlandia con el resto de aquella Península, y que hay allí ahora una corriente tan violenta, que no pueden atravesarla los barcos? (Londres, 26 de Enero de 1826).

Parece pues que no puede ponerse en duda la probabilidad de la antigua existencia de una comunicación de tierra entre el Asia y la América, en el mar de Kamchatka, por medio de la cual los salvajes de la ruda Tartaria pasaron á habitar la parte septentrional de la América; y que de éstos y de los Esquimales, que se creen oriundos de la Groenlandia, pueden traer origen todos los otros pueblos de la América. El diligente Molina y otros escritores son también de opinión que toda la América Meridional y gran parte de la Septentrional, al menos desde el viejo y nuevo Méjico, hasta el Cabo de Hornos, han sido pobladas por las rudas tribus australes del Asia. Esto está conforme con la tradición constante de los Mejicanos y de los Chi-

lenos, los cuales dicen que sus antepasados vinieron de remotos países del occidente, y las varias estaciones que les asignan para su viaje son precisamente las que debían recorrer viniendo de las partes australes del Asia, como se supone por fundadas razones. Porque fuera de los Americanos más septentrionales, los cuales se parecen á los Esquimales y á los Tártaros, todos los otros, aunque se diferencian entre ellos en muchas cosas accidentales, en lo sustancial de su carácter, tienen una estrecha senejanza y afinidad con los pueblos incultos que habitan las partes australes del Asia. Por ejemplo, la figura de los Chilenos, sus pensamientos, costumbres y ritos, la lengua y todos sus distintivos sustanciales, se han encontrado muy semejantes á los de los pueblos del Asia Meridional.

Confieso que de la simple semejanza de las costumbres de dos pueblos, no se puede deducir con absoluta seguridad la identidad de su origen, porque ordinariamente el temperamento y las costumbres de los hombres varían según sus situaciones, y dependen mucho de la educación y del estado de la sociedad en que viven. Así dos pueblos, aunque estén muy distantes entre sí, si se encuentran en un estado de sociedad igualmente refinado, tendrán casi las mismas ideas, las mismas pasiones y la misma inclinación y tendencia á satisfacerlas; y á medida que se mude su estado social, se mudan y varían también las inclinaciones naturales, y con éstas el temperamento y las costumbres.

Cuando la semejanza de costumbres y ritos religiosos de dos pueblos se encuentra unida á otros indicios sustanciales, que hacen suponer para ambos un mismo origen y descendencia, no debe negarse esta suposición en tanto

que no se tengan buenas razones en contrario. Se ha observado estrecha semejanza entre los Sud-Americanos y los rudos pueblos del Asia Austral, y esto no puede fácilmente explicarse sino suponiendo á estas dos razas provenientes de un mismo origen. Del mismo modo, los Norte-Americanos, que se ha hecho descender de la Groenlandia y de la Tartaria salvaje, mediante alguna antigua comunicación terrestre ó, al menos, algún fácil pasaje, son semejantes á aquellos dos pueblos y se diferencian mucho de los Sud-Americanos; pues estos últimos nada tienen de aquella ferocidad propia de los Tártaros del Septentrión, y al contrario, son de un carácter suave, como el de los Asiáticos meridionales. Hablan una lengua suave, armoniosa y muy rica de expresiones y de voces. Los Araucanos, en particular, hacen frecuentemente uso de símiles, apologías y parábolas, lo mismo que los Palestinos y otros pueblos del Asia Meridional. Llaman á los primeros hombres, de los cuales creen descender, *Peni Epatún*, que quiere decir, *los hermanos Epatún*; no muy diversamente de los Chinos, que llaman *Puon* al primer hombre criado y salvado del diluvio. Además, en todas las reuniones en que los Araucanos hacen alguna invocación de su divinidad, invocan también á los dichos primeros hombres, gritando en alta voz: *Pom*, *Pam*, *Pum; mari, mari epunamún*; *Peni Epatún*, etc. Las tres primeras voces, cuyo significado exacto no se conoce, parecen una especie de interjecciones semejantes á aquel *hom, ham, hum*, que repiten frecuentemente en sus oraciones los sacerdotes del Thibet, ó al *om, am, um*, de los habitantes del In-

dostán, pueblos ambos del Asia Meridional, al occidente de los Araucanos y de toda la América, con los cuales por esto parece que hayan tenido alguna relación.

En efecto, en toda la antigua lengua chilena encuéntrase una cantidad de voces, usadas por los pueblos australes del Asia, como puede verse en la historia Civil del Reino de Chile escrita por el erudito Molina, que ha hecho dos grandes colecciones de palabras griegas y latinas, usadas casi con las mismas letras por los antiguos Chilenos, los cuales parece, por esto, que las habían llevado del Asia Meridional, donde eran conocidas aquellas dos lenguas por la celebridad y dominio extensísimo de los Romanos y de los Griegos, que eran también sus limítrofes hacia la Anatolia.

Por esta misma razón pueden haber adoptado los antiguos Chilenos y los Araucanos que existen todavía, el vestido á la griega, el juego del *Palicán,* llamado *Sferomachía* por los Griegos, muchos ritos sagrados, las fábulas de la vía Láctea, de Caronte, de los Campos Elíseos, etc. Después de todas estas cosas, parece no quedar lugar á duda sobre el hecho de que los Sud-Americanos, los Chilenos especialmente, traen su origen de los pueblos australes del Asia. Siendo así, no es extraño que los Araucanos y todos los otros pueblos de Sud-América y Méjico, conservaran, al tiempo de su descubrimiento, tantas noticias históricas de los antiguos continentes, y en especial de la Palestina, como, por ejemplo, del diluvio universal y del bautismo de Jesucristo en el Jordán. Los primeros descubridores de Méjico encontraron que algunos de aquellos pueblos, en un día señalado de los inmediatos al de San Juan

Bautista, iban á un río vecino, y allí se derramaban agua sobre la cabeza, diciendo que renacían así á una nueva vida. También en la Provincia de San Juan de Cuyo, en Tucumán, limítrofe de Chile, existe una memoria del Apóstol Santo Tomás, la cual, por lo demás, ha sido convertida en fábula, como han hecho los poetas de los antiguos gentiles respecto á los principales hechos de la Sagrada Escritura, del Viejo Testamento, convirtiéndolos así en pasajes de su Mitología. Dice pues la tradición que un día se vió llegar un hombre venerable, seguido de otro, que manifestó después que aquél era el Apóstol Santo Tomás. Agrégase que recorrió todas aquellas vastas Provincias de los Patagones, de los Pehuenches, de Mendoza y de San Juan citado, predicando el Evangelio de Jesucristo, y como aquellos gentiles se negasen á escucharle y á creer en la divina palabra, el Apóstol, encendido en santa cólera, exclamó: «Vengan pues á escuchar la palabra de Dios los guanacos, los ciervos y los otros animales campestres, ya que vosotros, hombres comprados con la sangre de un Dios, rehusáis oírme". Á estas voces se vieron descender al instante, de las vecinas montañas, numerosas turbas de animales que, rodeando al Santo, escuchaban atentamente su palabra. Este hecho se ve todavía esculpido sobre un grueso poste llamado la *Piedra del Santo*, á distancia de cerca de cincuenta leguas de la ciudad de San Juan, y lo refiere el Padre Misionero Andrés Febrés, de la Compañía de Jesús, en un Diálogo que pone entre el Cacique Llancanemu y el Cacique Levihueque, sobre la Doctrina Cristiana.

La narración, verdaderamente, tiene todo el carácter de

una fábula jocosa; esto no obstante, aquel Dios que ordenó á una ballena se tragara á Jonás, para que lo transportase á convertir á los Ninivitas, y que mandó al Diácono San Felipe á catequizar al eunuco de la Reina Candaces y después que lo hubo bautizado fué á aparecer en Azoto, pudo también, por un acto de su omnipotencia, hacer hablar al Apóstol Santo Tomás en América, y que esto diese campo á la viva imaginación de los entusiastas indios para combinar la indicada fábula. Como quiera que esto sea, de todo el conjunto de las cosas referidas, me parece que se deduce que los pueblos de la América Meridional y de Méjico descienden de los pueblos australes del Asia. La sola dificultad que queda por explicar, es el modo como han llegado éstos á América; cosa que no parece difícil después del descubrimiento que han hecho los Ingleses, de una larga cadena de islas que se encuentran en el Mar Pacífico, entre Sud-América y el Asia Meridional. Estas pueden ser los restos de la antigua comunicación, ó de alguna gran extensión de tierra que unía los dos continentes, y que por algún violento terremoto ó por erupciones volcánicas puede haber sido destruída, impidiéndose así el fácil acceso de un continente al otro, como se observó también en la parte septentrional, cerca del mar de Kamchatka, y en el estrecho descrito por Coock. Puede ser también que las aguas del mar, retirándose del opuesto continente del Asia, y engrosando, por consiguiente, su caudal hacia el de América, hayan cubierto todas las tierras intermedias existentes bajo el actual nivel, y suprimido de esa manera la comunicación de ambos continentes entre sí.

Estas, ciertamente, son simples conjeturas; pero se deducen de muchas circunstancias, y se confirman por semejantes movimientos de las aguas del mar, observados ya en muchos lugares de la costa. Ravena, por ejemplo, era, en otro tiempo, un gran puerto de mar de los antiguos Romanos y asiento de numerosa flota para tener á raya á los enemigos del Adriático; y ahora está á distancia de cerca de tres millas del mar, que, al retirarse, dejó aquella tierra apta para todo género de cultivo. En Rapallo, región ribereña del Levante del Genovesado, el mar, en varios de sus movimientos, ha dejado descubierto un gran espacio de tierra, que se cultiva actualmente en beneficio de toda la población. En Pisa, en Liorna y otras partes de aquella costa, ha sucedido lo mismo.

En Gibraltar he visto todo el continente que une aquella Península á la España, cubierto hasta en las faldas de los montes por una infinidad de conchas y otros residuos marinos; por lo que me parece indudable, de acuerdo con la opinión unánime de sus habitantes, que todo aquel espacio de tierra estuvo ocupado antiguamente por las aguas del Mediterráneo. De todo esto dedúcese pues que el mar, habiéndose retirado, ahora de un sitio y luego de otro de su costa, debe de haber refluído en las playas opuestas, y cubierto con sus aguas todas las tierras intermedias que se encontraban bajo el nuevo nivel, como puede haber ocurrido á las tierras que unían antiguamente el continente austral del Asia con el de la América Meridional; á no ser que se diga que esas notables depresiones del mar hayan ocurrido por disminución de sus aguas y nó por reflujo de las mismas: lo cual me parece mucho más inverosímil, ya que,

como lo hemos indicado, vemos el mar donde un día floreció la agricultura, y al contrario,

"Lo que fuera en un tiempo estéril lago
Do sólo el remo su poder ostenta,
Del arado siente hoy el grave halago
Y los vecinos pueblos alimenta." (1)

CAPÍTULO IV.

De las casas de las Misiones Apostólicas en Chile

Dejando á un lado las filosóficas investigaciones sobre el origen y descendencia de los habitantes de Arauco y demás pueblos de América, es tiempo ya de que pasemos á describir las Misiones Apostólicas establecidas en todo el Estado de Chile, desde los primeros tiempos de la conquista española hasta nuestros días. Nos valdremos para esto de los escritos del Reverendo Padre Fr. Miguel Ascasubi, Franciscano, Guardián del Colegio de los Padres Misioneros, en Chillán, el cual, habiendo recibido de Carlos III, Rey de España, por medio del Señor Don Ambrosio de Benavides, Capitán y Presidente General de todo el antiguo Reino de Chile, el encargo de presentar un informe detallado sobre las Misiones de este Reino, consiguió de los respectivos superiores de las Casas de Misión las más exactas noticias de las mismas, y presentó sobre éstas, el día 31 de Diciembre de 1784, una completa relación de todo el estado de las referidas Misiones. Este pre-

(1)......sterilisve diu palus, aptaque remis
Vicinas urbes alit, et grave sentit aratrum.
Hor. Flac. *De arte Poetica.*

cioso. manuscrito es el más acabado monumento que pueda consultarse para hablar con verdad y fundamento sobre estas cosas, muchas de las cuales, si no fuera por él, estarían ya completamente olvidadas.

Habiéndolo pues obtenido yo, gracias á la amabilidad de mi respetable amigo, Sr. Don Tadeo Reyes, entonces Secretario de Estado, me creo obligado á presentar al lector un detallado extracto de todo su contenido. Por lo demás, he variado el orden de la narración á fin de hacerla más clara, y para completarla, he agregado algunas reflexiones y noticias que nos suministran las memorias de otros escritores, según la materia de que se trate. Conviene también advertir que las distancias de las Misiones deben de haber sido calculadas por Ascasubi tomando por base los respectivos caminos con sus ondulaciones, porque, en línea recta, no corresponden á la medida, sino en muy pocos casos.

Como el objeto principal de la Corona de España en la conquista de la Amé1ica fué introducir y propagar el Evangelio de Jesucristo y la fe católica, por eso desde los primeros años envió y mantuvo á su costa gran número de Misioneros sacerdotes, que, superando todos los obstáculos y despreciando las fatigas, se esparcieron en poco tiempo por todos los Estados, á medida que se iban conquistando. En Méjico, en el Perú, en el Paraguay, en todas las Provincias de Buenos-Aires, en muchas islas y en Chile, eran numerosísimas las casas de Misiones fundadas por aquellos celosos obreros del Evangelio y costeadas por los piadosos Soberanos de España, á fin de reunir en éstas á los nuevos fieles para las instrucciones catequísticas y para

la práctica de los actos religiosos. Sería obra muy laboriosa y fuera de los límites que nos hemos propuesto, el enumerar y describir detalladamente todas estas casas de Misiones. Limitándonos, por tanto, solamente á las de Chile, notaremos que eran bastante numerosas, y que se encontraban esparcidas en todo el Estado Araucano. Favorecieron esta propagación el amor y el respeto que al principio manifestaron todos los habitantes hacia los Padres Misioneros, y sólo se alejaron de ellos cuando supusieron que los jefes militares se servían de sus exhortaciones para mantenerlos sujetos al estado de servidumbre y para que no resistieran á la imposición de tributos y otras contribuciones. Por esta razón los Araucanos en sus revoluciones, cegados por el innato amor á la libertad violada, no respetaron ya los deberes religiosos ni el culto; y en la destrucción general del ejército Español, incendiaron y destruyeron cuantas casas de Misiones encontraron á su paso. Muchas de éstas no volvieron á ser reedificadas, y no ha quedado de ellas otro recuerdo que la confusa tradición de los nacionales. Tal sucedió con la Misión de *Recalhue*, cerca de la Cordillera á las orillas del Bío-Bío; con la de *Renquilhue* cerca de Tucapel; la del *Budi,* á una legua de distancia de la desembocadura del río Imperial; y la de *Iluapi,* cerca de la antiguá residencia del buen Cacique *Imilqueu*, recomendado por los Misioneros, como hombre de bien y de mucho mérito, ante los Españoles y la Corona de España. Y con razón, porque, siendo muy estimado por todo el pueblo, se había varias veces valido de esta estima, para mantenerlo sumiso á las leyes y obediente á los Misioneros, que trabajaban por instruírle en los dogmas de la fe.

Todas estas casas de Misiones fueron fundadas por los infatigables Misioneros de la Compañía de Jesús. Estas, antiguamente, se dividían en tres clases: Misiones de la antigua jurisdicción de Chile; Misiones de la jurisdicción de Valdivia, y Misiones de Chiloé. Como esta división es muy sencilla y conforme á la ya indicada repartición del Estado de Arauco, hecha por los españoles, la adoptaremos también nosotros, y, para mayor claridad y precisión, después del Colegio de Chillán, hablaremos de las otras casas de las Misiones, según la época de su fundación.

De las casas de Misiones en la jurisdicción de Chile

La jurisdicción de Chile, como se dijo arriba, comprendía, de mar á cordillera, todas las tierras de Arauco, desde el río Bío-Bío hasta la laguna de Rocacura, tres leguas antes del río Toltén. Las tierras de esta jurisdicción son las más hermosas de todo el Estado Araucano y, si fuesen cultivadas, así como superan en amenidad natural á los mismos campos de Chile, así también las superarían en la fertilidad de las plantaciones y de sus productos. Están atravesadas por grandes ríos, el mayor de los cuales es el Bio-Bío, que nace en la cordillera, en el país de los Puelches y, después de haber recogido en su curso de Levante á Poniente, las aguas de muchos otros ríos, forma, como á los dos tercios de su camino, la Isla de Santa Juana, donde los Españoles tenían una buena fortaleza, y desemboca en el Pacífico á cerca del 37° de latitud meridional. Poco menor que el Bío-Bío es el río Cautín, que nace en la misma región de los Puelches, no muy lejos del primero,

y después de haber acrecentado su caudal con las aguas de otros muchos ríos, se pierde en el Pacífico, cerca de la Isla de La Mocha, á los 38° y medio, más ó menos, de latitud meridional. Los otros ríos más importantes son el Carampangue, el Lebu, el Paicaví, el Terva y el Budi, todos los cuales desembocan en el Pacífico, con gran cantidad de aguas. Siendo su curso muy regular y recto á tal punto que con poca industria pueden regarse con ellos todos los campos vecinos, la fertilidad de aquellas tierras podría duplicarse, en cada estación, si se aprovechara el beneficio de estas aguas.

Estos y otros muchos beneficios naturales de las tierras araucanas llevaron, desde los primeros tiempos de la conquista, á un gran número de Españoles á establecerse en las más amenas posiciones de aquellos valles, arrojando á los habitantes naturales ó reduciéndolos en los peores rincones de las mismas. Al mismo tiempo la Suprema Autoridad y todos los jefes de las armas españoles, parte para refrenar los ímpetus marciales de aquella belicosa nación, parte también por verdadero celo de seguir las piadosas intenciones de la Corona de España, esto es, de propagar en aquellos lugares las luces del Evangelio y la Religión de Jesucristo, resolvieron enviar y enviaron inmediatamente Padres Misioneros, que, recorriendo con sus predicaciones todo el país, fundaron en los sitios más convenientes muchas casas de Misiones, para facilitar la conversión de los Indios á la fe de Jesucristo y tener campo para instruírles en las reglas de la civilización y de la sana moral.

Las casas de Misiones que existían en esta jurisdicción,

son: el Colegio de Chillán, Tucapel, San Cristóbal, Santa Juana, Arauco, La Mocha, La Imperial, Repocura, Maquehue, Colhue, Santa Fe, Hospicio de Santa Bárbara, Cudico Lolco, Angol y Nuestra Señora del Pilar, llamada de Rarinlebu; total: diez y seis.

I

Del Colegio de Chillán

Una determinación tomada fuera de tiempo, sin las debidas reglas de la prudencia, por el Señor Don Antonio Guill y Gonzaga, Presidente y Capitán General de Chile, ocasionó la pérdida irreparable de los mejores Establecimientos Españoles en el Estado de Arauco y la destrucción de las Misiones, que el celo infatigable de los Padres Jesuítas había allí erigido. El hecho es éste. Los Puelches y otros pueblos de la Provincia de la Cordillera suelen habitar, como muchos pueblos de la Arabia, bajo ciertas tiendas de cuero, con las que cierran, en forma de círculo, un campo grande, donde ponen á pastar sus ganados, mientras abunda la yerba. Cuando ésta empieza á faltar trasportan sus tiendas á otros sitios, y así recorren, de punto en punto, todos los valles de la Cordillera. Muchos naturales de Arauco viven del mismo modo, y otros, más dispersos todavía. El Señor Gonzaga, empezando por los Araucanos, resolvió obligarlos á construírse ciudades y pueblos, y reducirlos así á vivir siempre en el mismo sitio. Las personas prudentes que conocían bien el carácter de aquellos indios, se reían de tales disposiciones y procuraron hacer desistir á Gonzaga de sus pensamientos. Otros, secundando su voluntad, le aseguraban que la cosa

era sabiamente ideada y de muy fácil realización. Así, pues, hubo muchas conferencias privadas, para encontrar los medios más fáciles de realizar el proyecto con la mayor diligencia.

En tanto los Araucanos, informados por sus espías de lo que se pensaba sobre ellos y temiendo perder su amada libertad, pensaron en oponerse eficazmente á dicho proyecto, celebraron con este objeto muchas reuniones secretas y la resolución fué ésta: 1.º dar tiempo al tiempo con respuestas más ó menos equívocas; 2.º pedir los instrumentos y socorros necesarios cuando la ejecución del proyecto se viese inevitable; 3.º tomar las armas en caso de que violentamente se les obligase al trabajo; pero que la guerra debería hacerse solamente por las provincias molestadas, á fin de que las otras, quedando neutrales, pudiesen servir de mediadoras de la paz á beneficio de la nación; 4.º declarar la guerra general, si no fuera aceptada la mediación de las provincias neutrales; 5.º dejar partir libremente á todos los Misioneros, sin molestarlos, porque no tenían otro defecto que ser Españoles; 6.º elegir desde luego un *Toquí* General, encargado de hacer todos los preparativos de la guerra, para que, en el momento preciso, se saliese en seguida á campaña abierta, sin dar tiempo á los Españoles de reunirse y aumentar sus fuerzas.

En virtud de este último artículo, se hizo en el mismo día la elección del Toquí, y fué escogido un Archi-Ulmen de la Provincia de Maquegua. Este se excusó á causa de la neutralidad, que su provincia había prometido mantener en cualquiera circunstancia. Fué elegido entonces *Curi-*

ñancu, hermano de un Ulmen de Angol, en el cual concurrían todas las dotes necesarios á un *Toquí* de tanta responsabilidad como tenía que ser el nombrado en tan solemnes circunstancias.

En este estado de cosas, el Gobernador General de Chile llamó á parlamento á los jefes Araucanos y les propuso su plan en la más agradable forma. Ellos, de acuercon sus secretas determinaciones, ora se oponían, ora se adherían, ora tergiversaban; y cuando vieron la cosa inevitable, pidieron los elementos necesarios para la ejecución de la empresa. El Gobernador, entonces, contentísimo, hizo designar el sitio de la ciudad y de las aldeas que debían construírse y proveyó á los Araucanos de gran cantidad de herramientas y de víveres, como también de muchos bueyes, para el trasporte de los materiales. Mas, á pesar de esto, el trabajo iba con la mayor lentitud: por lo cuál fué necesario enviar allí al General Cabrito con muchos soldados para activar los trabajos, y se nombraron inspectores fiscales en todas partes. El Sargento Mayor Rivera se encargó de la construcción de Nininco. El Capitán Burgos tomó á su cuidado los trabajos de la ciudad trazada á las orillas del Bío-Bío, y el mencionado General Cabrito dirigía enérgicamente todas las operaciones desde su cuartel general de Angol.

Los Araucanos, entonces, en conformidad á sus acuerdos secretos, empuñaron las armas y, después de matar á todos los inspectores de los trabajos, se reunieron en número de quinientos bajo la bandera del Toquí Curiñancu, que sitió en seguida al General Cabrito en Angol. El Capitán Burgos, después de sufrir varios vejámenes, fué

devuelto á su General, con quien sabían que estaba en desacuerdo y que, por consiguiente, le serviría sólo de embarazo. El Sargento Rivera, á quien todos buscaban para matarlo, se unió á un misionero, que lo hizo pasar por entre sus enemigos, sin que ninguno se atreviese á molestarlo, por respeto al misionero; mas, Rivera, poco agradecido á este acto de generosidad de los Araucanos, volvió inmediatamente á la cabeza de 400 soldados y libró á Cabrito del asedio. Otro misionero, Don Pedro Sánchez, rogó á un oficial que perdonara á un soldado Español que poco antes lo había ofendido gravemente; y el oficial, impulsado por el respeto debido al misionero y por la magnanimidad araucana, le respondió: *Nada tiene que temer en vuestra compañía, ni es tiempo ahora de pensar en privadas venganzas.*" De esta manera, el respeto y la estimación que se habían conquistado los misioneros entre los pueblos de Arauco, libraron de la muerte á todos los Españoles que lograron ponerse bajo su protección.

El Gobernador, viendo que sus fuerzas no eran suficientes para impedir el ímpetu de la revolución, prometió á los Pehuenches que no serían molestados en su manera de vivir, y que los protegería en toda circunstancia contra todos sus enemigos, y de esta manera los indujo á armarse contra los Araucanos. Mas el Toquí Curiñancu sorprendió sus tropas, mientras salían de la cordillera, aprisionó y dió muerte al General Coliguru y á su hijo, y dispersó á todas las tropas que los seguían. Después, haciendo conocer á los Pehuenches la necesidad de separarse de los Españoles, si no querían perder su libertad, los convirtió en grandes enemigos de los conquistadores.

Entre tanto, el Capitán General Gonzaga, envanecido

de su grandioso proyecto, lo creyó ya hecho, apenas los Araucanos manifestaron su consentimiento en el ya recordado parlamento. Así, pues, escribió en el acto á la Corte de España sobre el buen éxito obtenido; y cuando vió que todo se desvanecía, con grave peligro del Estado, se abandonó á tan extrema tristeza por aquel fracaso y por el desprestigio consiguiente, que murió de pesar. El Virrey del Perú envió en su lugar al Señor Don Francisco Javier Morales, que encontró ya las cosas sin remedio, porque las provincias neutrales se habían unido á las otras, y todo el estado Araucano estaba en armas contra los Españoles. Sin entrar aquí á detallar las faces de esta guerra, advertiremos solamente que España se vió obligada á mandar considerables refuerzos y que todas las batallas, desde 1769 en adelante, fueron muy sangrientas y conmovieron á toda Europa. En 1772, en que se llegó á un tratado de paz, la guerra había costado al real erario y á los particulares, muchos millones de pesos y la pérdida del ejército. La paz, según la relación del Padre Ascasubi, fué concluída en el mismo año de 1772, bajo condiciones muy humillantes para las armas españolas. En efecto, el Toquí Cariñancu, que fué el Plenipotenciario Araucano, quizo, entre otras cosas, que dicha paz se tratase en Santiago, y que se acordase á la nación Araucana el derecho de tener constantemente en Santiago un Representante Público. Estas dos pretensiones eran contrarias al uso constante y al predominio de la nación Española: por lo cual los delegados Españoles pusieron todo su esfuerzo en rechazarlas; pero, como insistiera sobre ellas el Plenipotenciario Araucano, mostrando no querer ceder en ninguno de los artículos propuestos por su nación, el Supremo

Gobierno accedió á todas las exigencias, haciendo comprender á sus delegados la extrema necesidad de aquella paz, y que, habiendo un Ministro Araucano en Santiago, con éste se solucionarían más fácilmente las respectivas dificultades.

De esta manera, por la poca prudencia de Gonzaga y por la fatal adulación de los cortesanos que aprobaron su plan, contra la oposición de la personas honradas que rehusaban admitirlo, debió el Gobierno Español, después de cinco años de sangrienta guerra, humillarse á los Araucanos, á quienes había dominado por tanto tiempo. Por donde se ve que los indios no deben ser civilizados por medio de la fuerza, sino de la razón, á fin de que, estimulados por el bienestar y las comodidades de la vida civilizada, se decidan de buen grado á dejar la vida salvaje, y, en lugar de andar vagando por los campos, se reúnan, se construyan ciudades y pueblos, y formen así, por propia elección, poblaciones de hombres civilizados. Este y no otro fué el método practicado por nuestros mayores, como nos lo recuerda Horacio en su Arte Poética: "Silvestres homines sacer," etc.

La otra importantísima circunstancia verificada en la referida guerra de los Araucanos contra los Españoles, fué la supresión y expulsión de los Padres Jesuítas de todo el Reino de Chile, efectuada el día 26 de Agosto del año 1767, poco después de empezada la revolución. Esa expulsión fué un golpe fatal para todos los mejores establecimientos de España en el Estado de Arauco. En efecto, los Araucanos, que en todas las otras revoluciones se habían siempre refrenado, en gran parte por obra de los Jesuítas, y que, mediante sus vigorosas exhortaciones,

toleraban en paz el dominio de España, al saber que aquellos misioneros habían sido expulsados de toda la América, incendiaron y destruyeron los mejores cuarteles y todos los establecimientos del ejército español.

Lo mismo hicieron con todas las casas de misiones que existían entonces entre ellos, en número de veinte y dos; y sólo se salvaron de aquel exterminio la Casa Misional de Chillán, su Hospicio, llamado de Santa Bárbara, y las Misiones de Santa Fe, San Cristóbal, Santa Juana, La Mocha y Arauco, de la jurisdicción inmediata de Chile; y en la jurisdicción de Valdivia, quedaron en pie la Misión de esta Plaza y la de San José de La Quiriquina; y las dos Misiones de los Chonos y de los Cunchos, en el Archipiélago de Chiloé.

A fin de poner, en lo posible, algún remedio á este desorden general, el Obispo de la Concepción, inmediatamente después de la paz, púsose al habla con los Padres Franciscanos, como había empezado á hacerlo desde la supresión de los Jesuítas, y les ofreció entregarles las Misiones que tenían los Jesuítas, particularmente las de Santa Fe y de San Cristóbal, con las otras de la Diócesis, á condición de que estuviesen sometidos á él en la jurisdicción y en la visita *in officio officiando*, como dicen los Franciscanos; condición que no fué aceptada, porque se oponía á las disposiciones del Papa Inocencio XI en la Bula que empieza: *Ecclesiae Catholicae*, de 16 de Octubre de 1686, sobre la administración y el buen orden de los Colegios de las Misiones. Entonces el Obispo tomó posesión de las cuatro primeras que quedaban, y fueron Santa Fe, San

Cristóbal, Santa Juana y la Mocha, haciéndolas administrar en su nombre por cuatro sacerdotes seculares, y las otras fueron asignadas á los Padres Franciscanos de la Casa Misional de Chillán. Estos ampliaron entonces dicha Casa y la erigieron en forma de Colegio, que fué conocida, en lo sucesivo, con el nombre de *Colegio de Chillán*, dedicado á San Ildefonso.

Este Colegio está situado en la ciudad del mismo nombre, á distancia de cerca de 40 leguas de la Concepción, en el río Chillán, que se une al río Itata. Los celosísimos Padres Franciscanos que allí se reunieron, mandaron inmediatamente ocupar las misiones que habían quedado en pie en la devastación general, restablecieron las que habían sido incendiadas ó destruídas, y fundaron otras más, como se verá en la descripción especial que daremos más adelante. Cedieron las Misiones del Archipiélago de Chiloé al Colegio de Santa Rosa de Ocopa en el Perú, por razones de mejor servicio. El Guardián de Chillán, para proveer á las necesidades de estas Misiones, envió á Chiloé, inmediatamente después de la supresión de los Jesuítas, el día 2 de Julio de 1768, seis de sus Padres y dos Legos, que allí trabajaron sin descanso por cerca de cuatro años en los varios oficios del ministerio apostólico; pero, habiendo quedado impedidas las comunicaciones por tierra con el Archipiélago de Chiloé, á causa de la indicada revolución de los Araucanos contra los Españoles, para tener correspondencia con éstos, era necesario dirigirse antes al Callao, puerto del Perú, donde fondeaban los barcos que hacían el viaje entre el Archipiélago y Lima, ó bien, dirigirse á los puertos de Talcahuano ó Valparaíso, en la cos-

ta chilena, y de allí pasar á la Isla de Chiloé: viaje no siempre hacedero, y, como se ve, muy largo y fastidioso. Así pues, no teniendo ya los misioneros la necesaria comunicación con los Superiores de Chillán, sufrían mucho los fieles; por eso, para impedir estos males, se resolvió ceder las Misiones del Archipiélago al Colegio de Santa Rosa de Ocopa, el cual, por su inmediación á Lima, podía mejor administrarlas; y se efectuó la cesión en el mismo año, 1772, de la paz general, con acuerdo de ambas partes y con previo permiso del Señor Don Manuel de Amat, Virrey en aquel tiempo, residente en Lima. El Colegio de Chillán quedó pues, desde aquel año, á cargo solamente de las misiones que se le habían cedido dentro de las tierras continentes de Chile y eran administradas con el mismo régimen de los Padres de la Compañía, fuera de ciertas reformas que, en aquellas circunstancias, se reconocieron como indispensables.

En efecto, la Misión de Arauco, en el tiempo en que fué dejada por los Jesuítas, comprendía dieciocho pequeños pueblos, diseminados aquí y allá, entre el Río Carampangue (llamado también Laraquite) y el Lebu; es decir, que abarcaba dieciséis leguas de Norte á Sur y como cinco leguas de Este á Oeste. La Misión de Valdivia comprendía toda la región del Guillimapu, que se extiende más de cuarenta leguas de mar á cordillera, y casi treinta leguas de dicha Plaza hasta el Río Bueno. La Misión de Mariquina comprende todos los pueblos de los Picuntos hasta al río Toltén, es decir, que era aún más extensa que la de Valdivia. Los caminos de todas estas misiones eran casi intransitables, tanto en invierno como en verano; y no

podían, por esto, los respectivos indios asistir á ellas sin grandes molestias y con tan largas distancias. Los Padres Misioneros de la Compañía de Jesús no hacían de ordinario más que una visita al año en los pueblos de sus respectivas misiones, bautizando á todos los niños que les eran presentados, celebrando los matrimonios con el acostumbrado rito de la Iglesia y catequizando un pueblo al día; y ordinariamente en un mes se daba fin á la "Carrera," así llamada con razón, porque había que andar muy de prisa en todo. Por consiguiente, no era posible que los indios se mantuvieran como buenos cristianos, oyendo una sola vez al año, y casi de paso, la palabra de Dios; y sólo podían recibir alguna instrucción los pocos que podían frecuentar las casas de misiones, en las cuales era verdaderamente infatigable la actividad de los Jesuítas, en la predicación, el catequismo y en cuanto se relaciona con el ministerio apostólico. Las misiones eran pues demasiado extensas, y no podían los misioneros satisfacer á todas las necesidades de las mismas en la visita anual, como bien lo observa el citado Padre Ascasubi.

Comprendo que la relación del Padre Ascasubi, en este particular, pueda ser exagerada, por la debilidad que reina ordinariamente entre los hombres, de criticar y deprimir las acciones de los otros, á fin de que resulten mejores las propias: y tengo motivo para suponer que algo haya de esto, al pensar en el celo y actividad grandes con que se han distinguido siempre los infatigables Padres de la Compañía de Jesús, muchos de los cuales recorrieron con excesivos sufrimientos todas aquellas tierras de los indios hasta el Estrecho Magallánico: y no pocos allí dejaron

también la vida, llenos unos de virtudes y de méritos, en tranquila ancianidad, asesinados otros por aquellos mismos bárbaros á quienes procuraban convertir á la fe. No parece pues creíble que hombres de tanto celo y de una experiencia poco común, pudiesen contentarse con hacer, en las tierras de sus respectivas misiones, una sola visita al año y concluírla en el reducido espacio de un mes, sin que comprendieran que no era esto suficiente para formar é instruír en las máximas cristianas á los indios convertidos. Creo, por tanto, que, además de las misiones anuales, tan célebres en el Estado de Chile, que todavía se practican y recuerdan, otras muchas llevarían á cabo, según las circunstancias y las particulares necesidades de los nuevos fieles; y que no hayan sido recordadas al Padre Ascasubi por sus misioneros que lo informaron del estado de las referidas casas á fin de hacer resaltar más la propia actividad, cogiendo tan abundantemente, en lugares de tanta decadencia, el fruto de sus fatigas en las conversiones y en la buena disciplina de aquellos nuevos cristianos.

Como quiera que sea, el hecho es que, cuando los Padres Franciscanos del Colegio de Chillán tomaron posesión de las misiones dirigidas por los Jesuítas, encontraron que aquellos indios eran casi todos cristianos por el bautismo que habían recibido, pero que, en lo demás, eran tan ignorantes, aún en el conocimiento de las verdades esenciales, que bien podían llamarse *Bárbaros bautizados*, como los llamó la Sagrada Congregación del Santo Oficio en un Decreto del 3 de Mayo de 1703, citado á este mismo propósito por el Papa Benedicto XIV en su Bula: *Postre-*

mo mense, de 27 de Febrero de 1747: y, en general, los dichos indios convertidos poco se diferenciaban de los gentiles que jamás habían oído la voz de los misioneros. Lo único que sabían era que hay un Dios criador de todas las cosas y remunerador de las humanas acciones, y que es necesario el bautismo para salvarse; por lo cual pedían á todos los pasajeros que les bautizaran sus hijos. Se distinguían también de los puros gentiles, porque, al sepultar á sus muertos, acostumbraban colocar cuatro ó seis cruces sobre su sepultura y una gran Cruz habían erigido en los lugares donde se reunían las Asambleas públicas de toda la comarca cristiana. Mas, estos mismos lugares de sus públicas Asambleas eran profanados á cada paso con embriagueces, con indecencias de ritos supersticiosos y con mil bárbaras ceremonias propias del más ciego paganismo. En la misma Valdivia, que era la misión principal y la plaza más florida del Estado, pocos eran los que sabían las cosas necesarias *de necesidad de medio*, como dicen los Teólogos, y casi ninguno sabía las verdades que se llaman de *necesidad de precepto*.

Tal era el estado lamentable de las Misiones dejadas por los Jesuítas cuando entraron en ellas los Padres Franciscanos, en razón seguramente de su método de las visitas anuales, y mucho más del sucesivo abandono en las frecuentes revoluciones. A fin de impedir estos inconvenientes, se dictó la ley número 46, del Tít. 6.º, Lib. I, *De las recopiladas de Indias*, en la cual, hablando de las parroquias de los Indios, llamadas *Doctrinas*, se inculca á los Diocesanos, es decir, á los Ordinarios, que reconozcan atentamente sus Parroquias y que fijen la cantidad de los

parroquianos, según la naturaleza de los lugares: mas, de manera tal, que no pasen el número de 400 almas por cada Parroquia, siempre que la naturaleza del distrito no requiera otra cosa, á fin de que sean bien asistidas por sus respectivos *Doctrineros* ó curas.

En virtud de esta sabia disposición y conforme al Decreto del Santo Oficio del 3 de Mayo de 1703 y á la citada Bula de Benedicto XIV, el Ven. Director del Colegio de Chillán estableció algunos reglamentos sobre las Misiones, aprobados por el Ordinario de la Concepción, el Illmo. Obispo Fr. Pedro Ángel de Espiñeira. En ellos, entre otras cosas, fueron suprimidas las visitas anuales, llamadas en castellano *las carreras*, y se prohibió administrar el bautismo indistintamente á todos los niños que se presentaban; ordenándose que fueran bautizados solamente los que estuvieran en peligro de muerte. Respecto á los otros, debían primero ser instruídos y después bautizados; y esto á una proporcionada distancia de la Misión, á fin de que les fuera fácil asistir con frecuencia á las instrucciones, llevados por sus padres. Así se evitaba el peligro de los levantamientos, y la Iglesia llegaba á tener buenos fieles instruídos en las cosas necesarias de nuestra Religión, que interesa más que todo.

Se hizo además la división de las Misiones en distritos, proporcionados á la naturaleza de los lugares. Se fijó también el número de Misioneros que en sus propios distritos catequizaran y enseñaran á los respectivos infieles. A este efecto, cada distrito tenía el cargo de mantener á su costa, por diez, veinte, treinta y también cuarenta días, según la necesidad, á los que venían de lugares lejanos,

que no podían de otra manera frecuentar la casa de la Misión, sino apenas en los días festivos, y no siempre, á causa de la distancia, del mal tiempo y del penoso camino. Una vez instruídos, se les bautizaba, se les hacía después confesar y comulgar, y se administraba con el debido rito de la Iglesia Católica el Sacramento del santo Matrimonio á los que lo pedían y estaban debidamente dispuestos.

Sabemos de cierto que este método fué practicado constantemente hasta todo el año de 1784, en que el Padre Ascasubi terminó la citada «Relación de las Misiones», que presentó después á la Corte de España. Con este medio obtuvieron muy buen éxito aquellos óptimos Misioneros de la Regular Observancia, celosísimos en el ministerio apostólico y tan caritativos que se privaban muchas veces del alimento necesario, con el fin de mantener á los infieles que se presentaban para ser catequizados é instruídos en las verdades de nuestra Religión.

El temor de ser sometidos á cualquier estado de servidumbre bajo extraño dominio, y especialmente bajo el dominio español, es el motivo por que los indios viven dispersos é incivilizados; y por lo mismo jamás han permitido, después de la expulsión de los Jesuítas, que los Misioneros tomen noticias exactas de sus divisiones políticas, del número de almas en cada distrito y de sus respectivas clases: y así no pueden darse, de todas estas cosas, más que noticias aproximativas, deduciéndolas de lo que han referido los que trataban frecuentemente con los indios y que podían hablar, en consecuencia, con algún fundamento.

Los Misioneros Franciscanos, como asegura el Padre

Ascasubi, consultaron los registros dejados por los Padres Jesuítas; pero, como él mismo agrega, tampoco sirvieron estos registros para conocer la verdad de las cosas; porque, acostumbrados, dice él, los Padres Jesuítas á bautizar y celebrar los matrimonios en general en las visitas anuales que hacían al interior de las respectivas Misiones, no pudieron formar una anotación exacta y circunstanciada de todos los bautizados, que eran millares; ni tampoco de los casados, que eran numerosos. Dicen los Misioneros Franciscanos que á causa de esta confusión en los Registros, no les fué posible verificar ni aun los Registros mismos; porque, por las razones ya apuntadas, los indios no les permitían tomar noticias exactas sobre todos los individuos. Además, muchos de los casados habían ya tomado otras mujeres, según la costumbre indígena, y los bautizados, privados de todo freno espiritual, habían vuelto á vivir como los no bautizados, en los mismos excesos y supersticiosas costumbres. Por lo demás, desde el tiempo de los Padres Franciscanos hasta todo el año de 1784, la historia de las casas de Misiones es casi toda detallada y constituye una relación completa de las mismas. Así pues, para formarse idea de todo aquello, es necesario distinguir tres épocas: 1.ª, la de la administración de los Jesuítas desde la conquista hasta su supresión, época en que, por los motivos indicados, no siempre se encuentra una relación detallada de cada una de las Misiones; 2.ª, la época de los Padres Franciscanos, que, instruídos por las dificultades en que se vieron, á causa de aquella confusión, aprendieron á ser más exactos que los Jesuítas, y pudieron presentarnos, en el citado año de 1784, un estado de

cosas más minucioso y claro; 3.ª, la época posterior, desde las últimas revoluciones en adelante, de la cual no nos queda más que un prospecto del todo lamentable de aquellas buenas casas de Misiones, que eran otras tantas escuelas de verdadera piedad y de cristiana moral para todos los infieles que las frecuentaban. Recorreremos brevemente estas tres épocas.

II

De las Misiones de Tucapel.

La Misión de San Ambrosio llamóse de Tucapel por estar situada cerca del río y la laguna del mismo nombre. Según tradición constante del país, los Padres Franciscanos de la Regular Observancia fueron los primeros fundadores de esta Misión, y la erigieron junto al fuerte Tucapel, á los 37 grados y 40 minutos de latitud meridional. Su distancia del mar es de cuatro ó cinco leguas: cuarenta leguas dista de la ciudad de la Concepción, y veinte leguas de la Plaza de Arauco, ambas al Norte de la misma.

En la primitiva fundación, su distrito comprendía toda la Provincia de la Costa, á excepción del estado de Arauco, extendiendo su jurisdicción sobre ocho grandes distritos y más de cincuenta cacicatos, que son otros tantos pequeños distritos ó Señoríos de menor extensión. Así pues, el ancho de este distrito, de Este á Oeste, se calculaba en 20 leguas y en un número mucho mayor su largo de Norte á Sur, que empezaba desde el río Lebu hasta la laguna

de Rocacura, cerca del río Chile, que dividía á Tucapel de las Misiones de Arauco y de Toltén. Después de algún tiempo de su fundación, viendo los Padres Franciscanos la imposibilidad de poderse ocupar con fruto en aquella inmensa extensión, rogaron á los nacionales que admitieran otros establecimientos de Misiones á fin de ayudarlos mejor en sus necesidades espirituales; y para inclinarlos á acceder á lo solicitado procuraban tratar con exquisito cuidado á todos los individuos que llegaban á la Misión. Mas no consiguieron jamás lo que deseaban, y el cuidado de los Misioneros hubo de quedar siempre reducido solamente á los límites del Gobierno de Tucapel, que tenía cerca de 8 leguas de extensión de Norte á Sur, y se calculaban desde el río Lebu hasta el río Lleulleu; siete ú ocho leguas de Este á Oeste, empezando desde la montaña que lo divide de la provincia de los llanos, hasta la playa del mar. Todo este distrito, que limitaba la Misión y dentro del cual solamente ejercitaban los Misioneros su apostólico ministerio, comprendía 24 pueblos, que tenían todos sus caciques que los dirigían bajo el mando general del Gobernador de Tucapel. En los primeros tiempos de la conquista, tanto estos 24 pueblos como todos los demás de la Misión, según sus primitivos confines, eran muy poblados. En lo sucesivo, á causa de las frecuentes revoluciones, la Misión se había de tal manera empobrecido de gente, que en la relación de 1784, hecha por el padre Ascasubi á la Corte de España, no se calculaban en toda la Misión más de cinco ó seis mil habitantes.

Son indolentes por carácter, y se muestran tan activos, impertérritos é infatigables contra cualquiera que se atre-

va á molestarlos y á turbar su libertad, cuanto descuidados, torpes y perezosos para las necesidades de la vida. Escasean los ganados, los granos y las frutas, á pesar de tener los más fértiles campos, que podrían surtirles con abundancia de todo género de cosas. En los ritos y supersticiones, como también en la manera de vestir y en el idioma, en nada se diferencian de los Araucanos y de los otros naturales de la provincia de la Costa.

Los Padres Franciscanos poseyeron estas Misiones todo el tiempo que duró la Iglesia y la Sede Episcopal de la Imperial, que cesó en 1599, en que, por la primera revolución general de los Indios, hubieron de abandonarla. En 1691 fué restablecida con ocasión de la reedificación del fuerte de Tucapel, y quedaron en posesión de ella hasta 1723, en que, á causa de la tercera revolución general de los mismos Indios contra el gobierno Español, tuvieron que abandonarla nuevamente. Después, con renuncia formal á cualquier derecho que pudiesen presentar sobre tal Misión, la cedieron á los Padres Jesuítas, los cuales, con acuerdo de la Real Hacienda y con aprobación del Supremo Gobierno del Reino, la reedificaron en 1729, media legua distante de la antigua situación, y la poseyeron hasta 1766, en que, después de treinta y siete años de pacífica posesión, hubieron de abandonarla por la revolución general acaecida en aquel año.

El día 13 de Noviembre de 1770, después de la supresión de los Jesuítas, tomaron de ella solemne posesión los Padres de la Regular Observancia, por disposición del Capitán General del Reino, don Agustín Jáuregui, con acuerdo de la Real Hacienda; y les fué asignada una renta anual de 660 escudos para mantenimiento de los Misio-

neros y de la iglesia. Como los Padres Franciscanos habían sido los primeros propagadores del Evangelio en esta Misión, y con sus infatigables trabajos y maneras amables se habían conquistado los ánimos de todos aquellos nacionales, al volverlos á ver, corrían en tropel, con exclamaciones de júbilo, alegrándose de su feliz regreso, gritando en alta voz por las calles que habían vuelto sus *Cari Patirus*, (Padres pardos), así llamados por el color del hábito de los Franciscanos. Estos, por otra parte, no dejaban de emplear todo medio para mantener y aumentar el afecto y la estima de aquellos buenos Indios, empleando en su espiritual provecho, no solamente las fatigas del apostólico ministerio, sino también una gran parte de la renta anual de 660 escudos que les había sido asignada por la real munificencia de la Corona de España.

En el sagrado espectáculo y conmovedor triunfo de devoción y de verdadera piedad que llamaba de todas partes á los regocijados Indios á reunirse en masa al rededor de los Padres Misioneros en su feliz regreso á Tucapel, ofreciéronse á éstos más de mil niños, á fin de que les administrasen el santo Bautismo; pero, siguiendo los Padres el ya adoptado sistema de primero instruírlos y hacerlos suficientemente capaces de la dignidad del sagrado acto y de las obligaciones que por él se contraen, fueron muy parcos en bautizar, tanto más que, en ausencia de los Jesuítas, habían vuelto casi todos á sus acostumbrados excesos y antiguas supersticiones, tanto que ya no se distinguían los bautizados de los puros gentiles. Por este motivo, en la relación que se hizo al Rey de España en 1784 de todas las Misiones, en ésta de Tucapel no aparecen anotados más de 52 niños y 8 adultos bautizados por los nuevos

Misioneros: se habían celebrado sólo 5 matrimonios, entre éstos el del cacique Gobernador de aquel lugar, don Antonio Catrileu; pero numerosos niños y adultos se estaban instruyendo y catequizando; y había muy buena disposición en todos los otros también, como lo prueba el hecho de haberse bautizado en gran número hasta estos últimos años, en que, por la general revolución de la América Española, han sido abandonadas á la común desolación todas las casas de las Misiones, después de haber sido perseguidos y expulsados todos los Padres Misioneros por los ejércitos republicanos.

III

De la Misión de San Cristóbal

La Misión de San Cristóbal, en la Provincia de los llanos, situada á distancia de pocas leguas del Bío-bío, fué fundada por los Padres Jesuítas en 1640, por disposición del Señor Marqués de Mancera, Virrey del Perú, siendo Gobernador de Chile el Señor Don Martin de Mujica. Los Jesuítas la poseyeron hasta el día de su expulsión; tiempo en que fué dada á un sacerdote secular, y así ha continuado siempre, hasta su reciente supresión.

IV

De la Misión de Santa Juana

La Misión de Santa Juana, inmediata al fuerte de tal nombre, á la orilla del Bío-bío, hacia el Mediodía, distante cerca de 13 leguas de la ciudad de la Concepción, fué fundada por los Padres Jesuítas en 1646. Habiendo sido quemada por los indios en 1723, fué en seguida reconstruí-

da en 1725 por disposición del Supremo Gobierno del Reino, con acuerdo de la Junta de la Real Hacienda, y la poseyeron los mismos Padres de la Compañía, hasta el día de su expulsión, en que fué dada en administración á un sacerdote secular, bajo cuyos sucesores ha quedado siempre hasta la supresión, y la devastación general de todas las casas de las misiones, ocurrida con pérdidas lamentables en estos últimos años.

V

De la Misión de Arauco

La Misión de Arauco fué fundada por los Padres Jesuítas, por determinación tomada por el Marqués de Mancera, Virrey del Perú, con acuerdo de su Real Audiencia de 4 Junio de 1646. Algunos años después fué erigida en Colegio, en el cual residían dos Misioneros Conversos. En la memorable sublevación de 1723 fué casi totalmente arruinado y destruído. Una vez pacificada la región, fué restablecido, reduciéndolo á residencia y simple casa de misión, como había sido en los primeros tiempos; y allí duraron los Jesuítas hasta el año de la supresión, 1767; de lo cual resulta que estuvieron ellos en posesión por espacio de 120 años, trabajando siempre mucho. Después fué asignada al Colegio de Chillán, de los Padres Franciscanos, que allí mandaron dos Religiosos Conversos, que tomaron posesión de ella y se establecieron el día 23 de Septiembre de 1768. En Septiembre de 1769, habiéndose también sublevado contra los Españoles los Indios de la Jurisdicción de Chile que habían permanecido siempre neutrales hasta aquel tiempo, fué en seguida asediada la

Plaza de Arauco. Esto no obstante, los Padres se mantuvieron en posesión de la misión durante el asedio y los repetidos asaltos de los revolucionarios. Finalmente, habiéndose éstos retirado, los misioneros, con sus amigos que estaban muy en peligro, pasaron á ocupar otra casa en Coronel. Mas, viendo que no se daban las debidas disposiciones para alzar en ésta la capilla y el alojamiento conveniente, los dos misioneros, abandonando también á Coronel, se reunieron con los otros Padres en Chillán. Por último, se pacificó la tierra, retirándose todos los Indios, y la misión fué restituída á dicho Colegio, de donde el día 13 de Julio de 1772, salieron nuevamente los dos religiosos para dirigirla.

Esta misión está situada al pie de un monte, dentro de la misma Plaza de Arauco, sobre la orilla de una agradable bahía que forma el mar, entre las dos puntas de Coronel y de Lavapié. Dista como 30 leguas de Chillán, y queda en línea recta, cerca de la ciudad de la Concepción, al Norte de la misma, y está á los 37 grados y 10 minutos de latitud austral, y á los 38 grados y 30 minutos de longitud. Su territorio se extiende de Norte á Sur cerca de 13 leguas, calculadas desde el río Carampangue hasta el río Lebu, y 10 ó 12 leguas de Este á Oeste. Por su clima, la fertilidad de la tierra, los pastos para engordar el ganado y multiplicarlo, la abundancia y buena calidad de sus peces y sus muchos mariscos, no es en nada inferior á Concepción, que es en esto singularísima. Mas, á causa de las frecuentes revoluciones de los Indios, ni los Españoles, ni los naturales han podido jamás aprovecharse de la fertilidad de la tierra; y ha debido limitarse cada uno á tener solamente un poco de ganado, y á sembrar una pequeña

cantidad de grano, y al cultivo de las patatas, el maíz y algunas legumbres en la vecindad del fuerte. Los que más se ocupaban en estas siembras, eran los extranjeros. Los indios prefieren hacer ponchos, tapetes y otras cosas semejantes, que venden á los extranjeros, para procurarse otras especies de paños, como también el ganado, el vino y, sobre todo, el aguardiente, que está muy en uso entre ellos. Siendo los naturales de aquella Provincia de un carácter muy belicoso, prefieren también hacer uso de aquellas cosas que secundan la naturaleza de sus inclinaciones, como son los licores espirituosos y el ejercicio de los caballos y de las armas, que forman su más ardiente pasión, y en los cuales tanto se han distinguido siempre y tanto valor han demostrado, que los Españoles no han podido jamás someterlos completamente.

Toda la misión está compuesta de 18 Distritos, á los cuales preside un Gobernador y un Maestro de armas: y tiene además 16 Caciques principales, que son otros tantos pequeños gobiernos. Cada uno de estos lugares era antiguamente muy poblado, y contaban, en los primeros tiempos de la conquista, con muchos miles de hombres, capaces del manejo de las armas. Mas, por causa de las guerras, la población fué disminuyendo de tal modo, que cuando entraron los Misioneros Franciscanos, no había más que tres mil personas, y, según la Relación hecha al Rey de España en 1784, había entonces en toda la misión sólo 522 hombres, de más de 14 años, 832 mujeres de más de 12, y 651 de ambos sexos, que no habían llegado á dicha edad: en todo, no eran más de 2.005.

¡Oh fatalísima guerra, que todo lo destruyes, que arre-

batas sus moradores á los más hermosos lugares! ¿cuándo será que enmohezca para siempre en la apolillada vaina tu sangrienta espada? Has recorrido ya hasta los últimos confines de la tierra, demoliendo las más bellas ciudades, desolando las provincias, devastando los reinos y los imperios. Y, harta ya la tierra de sangre humana, y acumuladas tus víctimas como otras tantas montañas, han formado por sí mismas la inmensa pira donde se apague tu sed inextinguible, mientras más obstinada y más fuerte ha sido la resistencia de los hombres para oponerse á tus ciegos furores. ¡Ah! detente alguna vez y deja respirar tranquila á la mísera humanidad; deja que florezca por fin la anhelada paz, única que puede tornar gratos los breves días de la existencia.—Pero es inútil dirigirse al monstruo de la Guerra. Mientras haya hombres en el mundo, la sangrienta guerra se sentará en medio de ellos. Nació con la rivalidad y envidia del primogénito de Adán contra el inocente Abel; creció con la ambición y la maldad de sus descendientes, y sólo morirá con el total exterminio del universo, cuando se extingan en el mundo las pasiones del dominio, del interés y de la gloria, que agitan á los orgullosos, inquietos é insaciables mortales, que no obedecen á ningún freno en los ciegos arrebatos de la cólera. Veían, en efecto, los crueles Araucanos la desolación de su país; miraban la sangre que á torrentes corría de millares de víctimas inmoladas; contemplaban los humeantes cadáveres de sus hermanos, que, confundidos con los de sus enemigos en la horrible matanza, cubrían amontonados la superficie de la tierra; y, sin embargo, ciegos de furor y pisoteando miembros palpitantes, los escuadro-

nes sucedían á los escuadrones en la terrible carnicería, hasta que á todos los igualaba la misma muerte.

Arraigados por tanto los Araucanos en su carácter de inaudita temeridad y barbarie, que estallaba á cada leve irritación, puede figurarse cada uno cuál sería el estado espiritual de esa misión, cuando, acabadas las guerras, volvieron á entrar allí los Padres Franciscanos. Se sabe por éstos, que casi todos los que nacieron antes de la supresión de los Jesuítas, habían sido por éstos bautizados y que, en 1784, se conservaban todavía 191 matrimonios celebrados según el rito de la Iglesia. Pero sabemos también que tales bautizados y todos los cónyuges vivos no tenían más que el nombre de cristianos, pues todos habían vuelto á las supersticiones y á los ritos nefandos de su falso culto, y vivían en medio de todo género de brutalidades y excesos. No frecuentaban ya la misión, ni asistían á las instrucciones ni á los sermones: y sólo en artículo de muerte llamaba alguno de éstos al misionero para confesarse, y podía verse entonces que habían olvidado por completo aún las verdades más necesarias para la salvación. No dejaron aquellos buenos misioneros de emplear todo su celo apostólico, á fin de volver á aquellos extraviados al camino de la virtud; pero fué inútil todo esfuerzo, y de nada sirvieron los sermones, ni las exhortaciones, ni los regalos, ni siquiera las amenazas, porque la depravación había disipado en absoluto las buenas máximas cristianas, que habían aprendido de los Padres Jesuítas. Esto prueba la suma necesidad de arraigarse bien en los buenos sentimientos de la sana moral y de estar siempre lejos de los malos ejemplos, porque nuestra corrompida naturaleza,

que nos inclina siempre al deleite de los sentidos, nos arrastra al mal, si no oponemos decisiva resistencia.

Persuadidos de esta verdad, los misioneros de la Regular Observancia ponían todo su cuidado en inculcar bien las máximas cristianas á todos aquellos que, movidos por sus exhortaciones catequísticas, se presentaban para ser bautizados; y nunca se les administraba el Bautismo, ni mucho menos los otros Sacramentos, si antes no se les veía bien dispuestos á perseverar en la debida disciplina y en la perfección cristiana. Exigían también que los padres de los niños que debían bautizarse, hicieran á éstos solemne promesa de continuar llevándolos á las instrucciones catequísticas; y aunque no siempre se cumplía dicha promesa, servía, no obstante, para dar alguna seguridad, de buen éxito. Con este método obtuvieron mucho fruto en la dicha misión; y en la Relación hecha al Rey de España en 1784, se expresa que, en doce años, habían sido bautizados 345 individuos, se habían celebrado 26 matrimonios y 50 funerales "praesente cadávere;" y, finalmente, 50 personas de ambos sexos cumplían exacta y devotamente el precepto pascual de la Confesión y Comunión.

VI

De la Misión de La Mocha

La misión de La Mocha está situada á un cuarto de legua de la nueva ciudad de la Concepción, sobre la ribera norte del Bío-Bío. Fué erigida por Decreto de la Asamblea de la Real Hacienda, el 20 de Abril de 1687, y pues-

ta á cargo de los Padres Jesuítas, que la poseyeron hasta el tiempo en que fueron suprimidos y expulsados de todos los establecimientos Españoles y Portugueses, el 26 de Agosto de 1767. Esta Misión comprendía á todos los Indios, que el Señor Don José Garro, Gobernador y Capitán General del Reino, hizo trasportar en 1686 de la Isla de La Mocha, para cortarles toda comunicación con los enemigos exteriores, los cuales, estacionándose con frecuencia en aquella isla, que está cerca de los 39 grados de latitud meridional, se preparaban allí para molestar á los Españoles en las vecinas playas de Chile. Los Araucanos al principio sintieron mucho esta traslación de los habitantes de La Mocha, y estuvieron á punto de romper con el Gobernador; mas poco á poco se pacificaron, y la Misión no sufrió daño alguno. Después que fué abandonada por los Jesuítas, la administraron sacerdotes seculares, y así ha quedado hasta estos últimos tiempos.

VII

De la Misión de La Imperial

La Misión de La Imperial fué fundada por los Padres Jesuítas, por Decreto del Consejo de la Real Audiencia del 23 de Febrero de 1693. Se mantuvo en pie hasta 1723, año en que fué destruída por los Indios sublevados contra el dominio de España. Apenas dominada la revolución, los celosísimos Jesuítas la reedificaron en 1760, situándola en una amena colina, distante un cuarto de legua de la boca del famoso río de La Imperial, llama-

do comunmente el río Cautín, que desagua en el Pacífico á los 38 grados y medio de latitud meridional. En la revolución de 1766 fué destruída nuevamente, y no fué restablecida sino después de la paz general, cuando los Padres de la Regular Observancia, para facilitar el tránsito y las comunicaciones del colegio de Chillán con los Indios que quedaban en el paralelo de los 40 á 41 grados de latitud meridional, en la antigua jurisdicción de Valdivia, obtuvieron el permiso de reedificar La Imperial y también la Misión de Toltén, que venían á estar en línea recta con las de Tucapel y de Arauco; facilitándose así aquel largo camino que los Misioneros Franciscanos debían recorrer en todo tiempo del año.

VIII

De la Misión de Repocura

La Misión de Repocura, que dista hacia el sur-este cerca de 53 leguas de la ciudad de la Concepción, y cerca de 58 de la plaza de Valdivia, hacia el norte, fué fundada por los Padres Jesuítas, por concesión de la Real Hacienda del 25 de Diciembre de 1694, siendo Gobernador del Reino el Señor Don Tomás Marín de Poveda. En la revolución de 1723 fué destruída por los Indios, y después reedificada por los infatigables Jesuítas en 1764, apenas apagado el fuego de la discordia y de la guerra sangrienta contra las armas españolas. En la nueva revolución general de 1766, promovida por los indígenas que rehusaron vivir en poblaciones determinadas, como ya se dijo

cuando se trató del colegio de Chillán, hubieron los Jesuítas de abandonarla por segunda vez, y no volvió á ser reedificada, perdiéndose así lamentablemente las numerosas conversiones que allí habían realizado.

IX

De la Misión de Maquehue

La Misión de Maquehue, no muy lejos de la antigua Recalhue, en la Provincia de Ina-pire, ó sea, falda de la Cordillera, á distancia de cerca de cincuenta leguas de la Concepción, que queda al Norte, y de cerca de 30 leguas de Villa-Rica, que queda al Sur, fué erigida por los Franciscanos de la Provincia de la Santísima Trinidad, en Septiembre de 1694, por concesión de la Junta de la Real Hacienda. Estuvieron en posesión de esta Misión hasta el año 1707, en que fueron obligados á dejarla á causa de que desde 1705 se les habían suprimido todas las contribuciones sinodales, que constituían su subsistencia. Los Jesuítas la restablecieron en 1763; mas, permaneciendo en el mismo estado de pobreza, tuvieron que abandonarla también ellos en 1766, poco antes de la revolución araucana.

X

De la Misión de Colhue

La Misión de Colhue, situada en la Provincia de los llanos en fertilísimo valle, donde al final del pasado siglo se veían todavía restos de las muchas viñas y manzanos plantados por los Españoles, fué fundada por los Jesuítas, por concesión de la Real Hacienda, en Septiembre de 1696, cerca de la bella ciudad de los Llanos, entre los ríos Tolpán y Cupayán, que se reúnen al gran río Bío-Bío. Estaba situada á 45 leguas de la ciudad de la Concepción y á poco más de 40 leguas del Colegio de Chillán, que quedaba al septentrión, teniendo al oriente la Cordillera. En las sublevaciones de los Indios (1723) fué por éstos destruída. Los Jesuítas la reedificaron en 1760, pero fueron nuevamente obligados á abandonarla, por falta de subsistencia, y al mismo tiempo por las continuas invasiones de los Indios, que por celos de predominio nunca permitieron que se reedificara.

XI

De la Misión de Santa Fe

La Misión de Santa Fe está situada al Norte del Bío-Bío á distancia de una legua y media de la Plaza de Nacimiento, que está sobre la orilla meridional del mismo río, y á treinta y ocho leguas de la Concepción, que queda al Poniente. Fué fundada por los Padres Jesuítas, por

provisión del Supremo Gobierno, previo beneplácito de la Real Hacienda en 1727, y la poseyeron hasta su expulsión. Después el Obispo de la Concepción la hizo administrar por un sacerdote secular y así ha continuado.

XII

Del Hospicio de Santa Bárbara

El Hospicio de Santa Bárbara, llamado también de Santa Cruz, fué erigido por los Padres Franciscanos en 1758, á petición de los Pehuenches. Cuando éstos pidieron al Señor Don Manuel de Amat, Presidente y Capitán General de Chile, que en vez de Jesuítas les mandase Padres del Colegio de Chillán, el Presidente, en el Parlamento general de 13 de Diciembre de 1756, celebrado con real facultad, adjudicó al Colegio de Chillán la Nación Pehuenche. Después asignó el sitio para fundar la casa del Hospicio, al pie de la Cordillera, en la ribera del Bío-Bío, hacia el Norte, como á los 37 grados y medio de latitud meridional, á distancia de 40 leguas de Chillán, que queda al Norte, y cerca de 50 leguas de la ciudad de la Concepción, que se encuentra al Poniente. El edificio fué erigido en 1758, y quedó como centro de todas las casas de Misioneros en las tierras de los Pehuenches. Todos los gastos fueron de cargo de la Corona de España, la cual, con Decreto de 28 de Octubre de 1759, aprobó todas las mencionadas disposiciones y asignó 500 pesos al año, contra la caja real de Santiago, para el mantenimiento de dos Misioneros que debían residir en la dicha casa, para hospedar en ella tanto á los Padres que iban á sus res-

pectivos puestos como á los Pehuenches mismos, que por motivos de conversión pasaban por allí con sus debidos certificados.

Habiendo sido erigida tal casa en forma de simple Hospicio, y para facilitar la comunicación con los Pehuenches, los dos primeros Misioneros que la ocuparon no tenían cura de almas. Esto no obstante, aquellos buenos Padres se dedicaron con todo empeño al ministerio espiritual. Entre otras conversiones que allí hicieron, se enumeran las de los hijos de dos Caciques de los pueblos más inmediatos, en la dicha Nación. Estos jóvenes, después de haber aprendido el Catecismo, aprendieron á leer y á escribir y á hablar el castellano, y ayudaban á misa con mucho recogimiento. El ejemplo de éstos atrajo á otros muchos, de todas edades y condiciones, y como los Misioneros les proporcionaban alimento, y aún vestidos á los más pobres, no faltaron algunos que, abandonando completamente sus propias casas, se dedicaban en absoluto á la asistencia de las Misiones. Nació de aquí una especie de emulación, y los jóvenes se presentaban en pequeñas comitivas, solicitando ser admitidos é instruídos por los Religiosos en el Hospicio.

Fuera de estas conversiones, ocurridas antes de la revolución de 1766, otras muchas se verificaron después de la paz de 1772. Mas, atendido el nuevo método de bautizar solamente á los que ofrecían seguridad moral de vivir cristianamente, no habían sido bautizados, hasta 1783, más que 20 de ambos sexos, y se había celebrado un solo matrimonio. Todos los demás permanecían en observación, por medio de las instrucciones catequísticas, para no exponerlos al peligro de la apostasía, puesto que debían volver á vivir con sus padres infieles.

Quedando Santa-Bárbara á distancia de pocos pasos de la Misión, los Misioneros eran llamados con frecuencia á asistir á los habitantes en las confesiones, en las enfermedades, en la explicación de la divina palabra y en otros ejercicios de piedad, especialmente cuando el Párroco iba á San-Carlos, que estaba dentro de su jurisdicción. Todas estas ocupaciones embarazaban mucho á los Misioneros é impedían siempre el adelanto de la Misión, que habría podido realizar progresos admirables, por las buenas disposiciones de aquellos niños, todos de mucha precocidad y viveza de ingenio.

Para poder abrir más ancho campo al adelanto de la Misión no dejaron los Misioneros de suplicar repetidas veces á los indígenas que les concedieran el permiso de reedificar algunas de las casas de Misión arruinadas en las pasadas guerras; pero, celosísimos como son de su libertad, que temen perder si admiten á cualquier extranjero en el propio territorio, no concedieron esta facultad sino algunos años antes de las últimas guerras. En esa época lograron los Franciscanos penetrar hasta los pueblos de los Güilliches y de los Cunchos, que están cerca de los 40 grados de latitud meridional, y fundaron entre ellos algunas casas de Misión.

XIII

De la Misión de Cudico.

La Misión de Cudico, llamada de la Purísima Concepción, fué erigida por los Padres Jesuítas, el año 1858, en el gran valle de Recalhue, á la orilla del Bío-Bío, hacia el

Sur, á distancia de tres leguas del Fuerte de Santa-Bárbara. Los rumores que se esparcieron sobre una sublevación de indios en 1758, determinaron á los jefes del Gobierno á ordenar á los Padres Misioneros que se retiraran. En aquel intervalo fué incendiada secretamente la casa misional con su capilla, y el Supremo Gobierno, á petición de los indios, permitió que se trasportase á Cudico, capital del Distrito, con mayor número de Misioneros y con mayor comodidad, con lo cual se hacía más fácil el progreso espiritual de los indígenas, que, siendo de índole dócil y encontrándose todos á muy poca distancia de la Misión, podían con más frecuencia asistir á los ejercicios del Catequismo, de los sermones y de la misa, y á todos los otros actos de piedad y de Religión; á lo que se mostraban muy inclinados aquellos buenos indios.

Cudico, donde fué reedificada la Misión, queda en el valle del Bío-bío, hacia el Sur, á la distancia de una legua de Santa-Bárbara, cuyo fuerte contribuía mucho, no sólo á la seguridad de los Misioneros, sino también á poder obrar con mayor libertad en el apostólico ministerio. En solos cinco años de su traslación hizo tantos progresos, que podía competir con las primeras Misiones del Reino, y el Padre Fonseca, Jesuíta, dice que solía quedar sumamente admirado al ver por sus ojos el fruto grande de aquellas evangélicas fatigas. Muchos aprendieron á leer, escribir y hablar la lengua castellana: ayudaban la misa, respondían á todas las preguntas del Catecismo y de la Doctrina Cristiana y se hicieron hábiles en los oficios de acólitos en las ceremonias religiosas.

Cuando fué restablecida por los Padres Franciscanos, después de la paz de 1772, fué expuesta allí á la veneración pública, una imagen de Nuestra Señora del Pilar, por lo cual se llama ahora Nuestra Señora del Pilar de Cudico. Los dichos Padres, en 1784, á pesar de toda su precaución en bautizar, habían administrado 59 bautismos solemnes á adultos, habían celebrado seis matrimonios y 26 exequias. A estos 26 cadáveres se les dió sepultura en la misma capilla de la Misión. Muchos otros fueron bautizados en casos de extrema necesidad, y un número grande de ambos sexos y de todas edades y condiciones había sido bautizado por los Padres Jesuítas en sus Misiones Circulares. De esta manera fué divulgada la doctrina de Jesucristo en todos aquellos lugares, y convertida á la fe católica gran parte de aquella Provincia, por la comodidad de la Misión, y, más que todo, por la docilidad y buena índole de aquellos naturales, el primer don que debemos pedir á Dios, para poder avanzar rápidamente en el espíritu y hacer su santa voluntad en todas cosas.

XIV

De la Misión de Lolco

La Misión de San Francisco de Lolco, situada dentro de la Cordillera, en el hermoso valle de Lolquén de los Puelches, á distancia de tres jornadas del Fuerte de Santa-Bárbara, hacia el Norte, por ásperos caminos, fué empezada en 1766 por los Padres Franciscanos y antes de terminarse, sufrió una fuerte invasión de los Güilliches, capitales enemigos de los naturales de aquel Distrito. Los

pobres Misioneros se vieron obligados á huír con todo con su nuevo rebaño, y á esconderse entre los espinos de aquellos montes, por donde caminaron tres días, temerosos y fugitivos, sin otro alimento que los escasos frutos de pino que las mujeres indias lograban descubrir bajo la nieve, y sin más abrigo en la noche que los vestidos que llevaban puestos; vagando, como dice el Apóstol «en la soledad de los montes, en las cavernas de la tierra,» porque no eran dignos aquellos bárbaros invasores de escuchar las dogmas de la Fe y de recibirlos en sus corazones, antros de impiedad y repugnante albergue de toda clase de inmundicias. Entrando á mano armada en la casa de la Misión, se apoderaron de todo, y después le aplicaron fuego, destruyendo también con el incendio los libros del Registro, con lo cual ocasionaron una gran pérdida á los Padres Misioneros y á nosotros; puesto que, por falta de los Registros y por el abandono total que debió hacerse de la Misión en las sucesivas revoluciones, no ha quedado otra noticia detallada de su fruto, fuera de la que nos da en su diario el Padre Vice-Comisario de las mismas Misiones, el cual asistió á la entrega que de la Misión se hizo á los Padres.

Dicho diario asegura que el mismo día de la nueva entrega, cesadas ya las primeras guerras, se administró el bautismo á 52 niños, muchos de los cuales eran de edad de cinco á seis años. Mas, sublevados por tercera vez los Güilliches, á instigación de los del Llano, contra el mismo Distrito de Lolco, á causa de la Misión, fué necesario, para no exponer este distrito á la matanza general con que amenazaban las violentas invasiones de los revoltosos,

al fin del mismo año 1766, abandonar la casa, con mutuo desagrado de los Misioneros y de todos los indios del Distrito; ni pudo reconstruírse hasta fines del mismo siglo, por los Padres Franciscanos, que hicieron muchas conversiones y otras obras de piedad; pero poco después fué nuevamente destruída y nunca pudo ser reedificada.

XV

De la Misión de Angol

La Misión de Angol, situada en la margen del río Pecoiquén, llamado también Malleco, cerca de las minas de la ciudad de Angol, á distancia de ocho leguas de la plaza de Nacimiento, que está al Norte, y de cuarenta leguas de la Concepción, hacia el Oeste, fué fundada por los Jesuítas en 1767. Contribuyó mucho á su establecimiento y conservación, la piedad de Don Manuel de Salamanca, Gobernador y Capitán General del Reino, el cual le asignó un fondo de ocho mil pesos en tierras, que rendían á los Jesuítas 400 pesos al año, para mantenimiento de dicha Misión. Mas, en la revolución hecha por los Llanistas, que rehusaron vivir en pueblos, se perdió en 1769 la Casa Misional y sus ventas fueron destinadas para una Misión anual en provecho de los fieles de la Concepción, al arbitrio del Ordinario de la misma ciudad.

XVI

De la Misión de Rarinlebu

La Misión de Nuestra Señora del Pilar de Rarinlebu, situada á varios jornadas de la ciudad y fuerte de Santa-Bárbara, entre el caudaloso río Neuquén y la laguna Rarinlebu, de que toma el nombre, trae su origen del digní-

simo Padre Fr. Pedro Ángel de Espiñeira, que llegó después á Obispo de la Concepción. Estando esta casa en el centro de la Cordillera, lugar escabrosísimo por sus muchos montes, caminos y ríos invadeables, y, lo que es peor, por su terreno completamente estéril y pedregoso, los naturales no podían tener una sede fija, sino que, obligados por la necesidad, iban trasladando aquí y allá sus tiendas de cuero, en completa y continua emigración, para mantener el escaso ganado que los alimentaba. Por este motivo los Misioneros no administraban á aquellos indios errantes el sacramento del santo Bautismo, sino en peligro ó en artículo de muerte. No dejaban, por otra parte, de hacer reflexiones á todos sobre la necesidad de fijarse en un solo lugar, á fin de ser catequizados é instruídos, y hacerse así capaces de recibir los santos sacramentos. Mas, no habiéndolo jamás obtenido, fué abandonado finalmente aquel sitio, y la casa de la Misión se fabricó en 1778 en Chinchilca, en la Cordillera de los Güilliches, donde obtuvo un éxito mejor, como veremos en su lugar.

Entre tanto, antes que se efectuase la traslación de esta casa, aquellos dignísimos Padres ocuparon todo el tiempo pasado allí, ora en instruír á aquellos vagabundos, ora en redimir á varios Españoles, reducidos á la esclavitud por los Indios de Buenos-Aires, empleando en el rescate la mayor parte de las rentas fijadas á la Misión por la Real Hacienda de Chile. En todo lo cual debemos admirar, para edificación nuestra, el espíritu de perfecta caridad que animaba el celo de aquellos buenos Misioneros; puesto que, además de consumir su tiempo en catequizar á los infieles, distribuían en alivio de sus hermanos necesitados las es-

casas limosnas que recibían para su propio sustento y hasta exponían á veces su vida al peligro de una penosa muerte por servir á aquellos Indios infieles á fin de redimir á los Españoles que, con peligro de la fe, gemían en su intolerable esclavitud. No puede concebirse entre nosotros un espíritu de caridad más perfecto y más hermoso que éste (1), ya que, como decía San Pablo á los Corintios, es ésta la virtud principal que caracteriza á los verdaderos Ministros del Evangelio y á todos los secuaces de Jesucristo (2). Es ésta la que hace al hombre perfecto; la que, apartándolo de la esfera común, lo eleva á una cierta semejanza de la divina naturaleza, que es por sí misma sumamente benéfica y amantísima. Por eso el gran Tito consideraba como nada su vastísimo Imperio de casi toda la tierra, si con su posesión se viera obligado á privarse de ser con todos benéfico; porque, decía él,

"Cuando hacer bien no pueda,
" Decidme: ¿qué me queda?

(1) Majorem hac dilectione nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. Cap. 15, v. 13.

(2) Si linguis hominum loquar et Angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tinniens. Et si habuero prophetiam el noverim mysteria omnia, et omnem scientiam; et si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero, nihil sum; et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, et si tradidero corpus meum, ita ut ardeam, charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest. Charitas patiens est, benigna est, &. Todo aquel áureo capítulo 13 de la carta á los corintios nos explica todos los sublimes caracteres de la caridad; por lo que viene impuesto en el capítulo 14 Sectamini charitatem &ª, como nos ordenó nuestro Divino Maestro: hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. Joan., c. 15, v. 21.

(3) Super omnia autem haec charitatem habete, quod est vinculum perfectionis. Ep. ad Colosenses, cap. III, v. 14.

" Si éste es el solo fruto
" Del trono soberano;
" Si lo demás es vano
" Pesar y esclavitud;
" ¿Qué me dejáis, entonces,
" Quitándome á deshoras
" Las únicas felices
" Y consolantes horas
" En que al cuitado ayudo,
" Soy del amigo escudo
" Y premio la virtud?"

Met.—Tito, Acto I, Esc. 5ª



LIBRO IV

DE LAS MISIONES EXISTENTES EN VALDIVIA Y EN CHILOÉ, Y DEL REGRESO DE MONSEÑOR MUZI A ROMA

CAPÍTULO I

Descripción de Valdivia, Chiloé y sus casas de Misiones

La ciudad de Valdivia fué fundada en 1552 por el Capitán General de las tropas españolas, Don Pedro Valdivia, el cual, si bien había establecido por Metrópoli de la Colonia la ciudad de Santiago, tenía, no obstante, marcadas preferencias por Valdivia, considerándola como el centro de las comunicaciones que debían abrirse con el Perú y España. Así pues, condujo allá á su familia y se estableció en un sitio muy cómodo. Después, en la división de las tierras, se reservó la amena península formada por el Bío-Bío y el Andalién, donde está la ciudad de la Concepción; y como esperaba pronto apoderarse del Estado Araucano, destinó para sí las dos Provincias de Arauco y de Tucapel, que siguen inmediatamente; pensando obtener de la Corona de España el título de Marqués de las mismas, en recompensa de sus fatigas. Dos años después, hecho prisionero por Caupolicán, General de las tropas araucanas, le fué descargado un golpe de maza en la cabeza y con su desgraciada muerte terminaron todos sus

proyectos y el dominio que se había reservado de las tierras de los indios.

Valdivia está situada á los 30 grados y 47 minutos de latitud meridional, y la jurisdicción de su Gobierno se extendía desde los 38 grados y 50 minutos hasta los 40 y 19 minutos, según las más exactas observaciones. Por la parte del Septentrión empezaba en la laguna de Rocacura, cerca de tres leguas antes del río Toltén, y terminaba hacia el Mediodía, en el río Bueno y en el Pilmaiquén. De Levante á Poniente, empezaba desde la Cordillera Nevada, como están sus faldas, hasta la playa del mar. Todo este país se ve cubierto de lagunas, pantanos y otros estanques, que dan ó reciben las aguas de grandes ríos. Así es que muchos lagos son también navegables, y contienen algunos una circunferencia hasta de diez leguas. Los ríos principales son: el Toltén, que nace en un lago no muy distante de la antigua ciudad de Villarrica, y el río Bueno, que sale de la famosa laguna de Rauco, la cual contiene muchas islitas habitables, una de las cuales es de cerca de cuatro leguas. En medio de estos dos ríos se desliza el famoso Calle-Calle, que se llama ahora el río de Valdivia, porque baña esta plaza. Este se compone de dos grandes brazos, uno de los cuales, llamado Las-Cruces, brota de la montaña de Malalhue, y el otro, llamado Calle-Calle, principia en las lagunas de Huanahue.

Ambos reúnen en su corriente las aguas de muchos otros ríos. En Valdivia se reúnen los dos en uno solo, que, después de haber formado varias pequeñas islas, tres de las cuales son de alguna extensión, va á desaguar al Pacífico en la bahía de Mancera. Todos estos ríos hacen de

esa Plaza un emporio de comercio, porque, tocando en ella los barcos de las naciones extranjeras y otros provenientes del Archipiélago de Chiloé, depositan allí sus mercancías, y éstas después en canoas se transportan á todas aquellas comarcas. Lo mismo sucede en el río Toltén; y como también los ríos que siguen hasta Concepción, especialmente el Cautín y el Bío-Bío, recorren todas las tierras del Estado Araucano hasta la Cordillera, y pueden navegarse en canoas y otras pequeñas lanchas, tanto hacia Chile como hacia Valdivia, podría florecer mucho el comercio si fuese activado por los habitantes.

Las islitas que el río de Valdivia forma cerca de la ciudad son apropiadas para el cultivo y para el ganado mayor. También el resto del territorio es de una fertilidad notable y situado en una agradable posición. Por falta de cultivo, en vez de ser uno de los más fertiles y más deliciosos países del Estado, es uno de los más miserables. En éste se ven las más bellas llanuras, cubiertas de espinos y de césped, como también los montes y las alegres colinas, que allí abundan en todas partes. De ahí proviene la mucha escasez y la mala calidad de las semillas y de las frutas, de las cuales hay necesidad de surtirse en Santiago ó en Lima, como también de los granos, las legumbres y las cosas necesarias para vestirse.

Todo el vasto territorio de Valdivia contaba, en los tiempos pasados, con una población bastante numerosa, como sabemos por la historia y como se nota en los muchos vestigios que se encuentran frecuentemente en todas partes. Desde el tiempo de los Españoles en adelante, á causa de las sangrientas guerras y de las enfermedades epidémicas



que han seguido, se ha hecho poco menos que desierto. Según el cálculo más atendible de los Misioneros y de otros prácticos que han recorrido el país, al presente todo el distrito se compondrá de once ó doce mil habitantes, que están divididos en seis Gobiernos y en 142 fracciones, con sus respectivos Caciques.

Nada de cierto sabemos sobre los primeros Misioneros de este Distrito. Parece que fueron los Padres Franciscanos de la Regular Observancia, pues que, contemporáneamente á Valdivia, fué también fundada la sede episcopal de La-Imperial, y su primer Obispo fué el Illmo. Fr. Antonio de San Miguel, Padre de la Regular Observancia. Era oriundo del Cuzco y trajo consigo muchos Religiosos de su Instituto como cooperadores; y fueron éstos los primeros Regulares que se establecieron en Valdivia, después que Don Pedro Valdivia efectuó su fundación en el año 1552, según Molina. Mas, como la intención de la Corona de España, en toda la conquista de la América, fué hacer predicar el Evangelio y la fe de Jesucristo, parece por esto que el celoso Prelado no dejaría ociosos á los dichos Padres, tanto más cuanto que los Franciscanos han sido siempre simpáticos á aquellos pueblos, por sus buenas maneras: y en la Bula del Sumo Pontífice Adriano VI, del 10 de Mayo de 1522, los Franciscanos son los únicos que se nombran particularmente. Mas, comoquiera que sea, lo cierto es que los Padres de la Regular Observancia se ocuparon grandemente en la conversión de Valdivia y allí permanecieron con gran celo, hasta que, como dice el Padre Ascasubi en la Relación á Carlos III, oprimidos los Indios por la gran tiranía de los Españoles, que se los re-

partían como otras tantas bestias, para ocuparlos en todo género de trabajos, hicieron en 1599, con el mayor sigilo, una revolución general, en la cual, como dice Molina, entrando armados en la ciudad el día 24 de Noviembre, le aplicaron fuego y pocos fueron los que, por medio del río, pudieron salvarse en pequeños barcos.

En el espacio de 44 años, desde 1599, en que tuvo lugar la dicha revolución, hasta 1643, en que fué reedificada Valdivia, los indios quedaron abandonados á sus brutalidades, á sus ritos y supersticiones y á sus bárbaras costumbres naturales, olvidando así todas las buenas máximas que habían aprendido de los Misioneros. Se agregó á esto también la otra desgraciada circunstancia de que, en el citado año 1643, se establecieron en Valdivia los Holandeses, los cuales, en los tres meses que la conservaron, comunicaron á los naturales muchos errores en materia de culto, y lo habrían depravado totalmente, como refieren los Historiadores, si no hubiesen sido inmediatamemte expulsados; por lo cual fueron muy elogiadas la honradez y la fidelidad de los Araucanos. En efecto, cuando los Españoles, destrozados por la larga serie de tantas sangrientas batallas ocurridas en noventa años de guerra, desde el 1550 hasta el 1641, pidieron en este año la paz, que fué después celebrada por los Araucanos durante tres días seguidos con el sacrificio de 28 guanacos chilenos, pidieron y obtuvieron también de los mismos Araucanos no aliarse nunca con ningún extranjero que llegase á sus costas. Los Holandeses, pues, que habían intentado varias veces expulsar de Chile á los Españoles, aprovechándose de favorables circunstancias, partieron de sus establecimientos

del Brasil con una flota numerosa, y, ocupando á Valdivia, hicieron muchos esfuerzos para sublevar á los Araucanos contra los Españoles. Mas, consecuentes siempre los Araucanos con sus constantes principios de honradez, rehusaron suministrar á los nuevos invasores de sus tierras aun los víveres necesarios. Más tarde, unidos con los cunchos, los arrojaron á mano armada de la Plaza, después de haberles quemado un barco y dado la muerte á David Nasau, su comandante. Los Holandeses no habrían dejado de vengar la muerte de su General y la pérdida del barco; pero debieron acelerar su partida, porque se aproximaba la flota Española de Lima; por la cual fué ocupada de nuevo Valdivia en el mismo año 1643, época en que los Araucanos empezaron á ser dominados nuevamente por los Españoles, contra los artículos de la paz y la escrupulosa fidelidad araucana, mantenida á despecho de las provocaciones de los Holandeses.

La reconquista de Valdivia fué hecha por el Señor Marqués de Mancera, Virrey en aquel tiempo del Perú, el cual armó una flota de diez barcos de guerra y la puso al mando de su propio hijo, joven de gran valor y de experimentada probidad. Combatiendo él en el nombre de Dios, recuperó felizmente la Plaza, y habiendo dejado una fuerte guarnición en la isla llamada antiguamente Constantino, la hizo llamar en adelante la isla de Mancera, en honor de la propia familia. Después, habiendo llevado á tres padres Jesuítas, les confió la tarea de volver á aquellos Indios á la buena disciplina y á las prácticas de la cristiana piedad. Los Jesuítas, para efectuar la conversión de aquellos pueblos á la fe de Jesucristo, fundaron dos

casas de Misiones: una en el recinto de la Plaza, para la conversión de los Güilliches, y la otra, á no mucha distancia, para la reducción de los cunchos. Fué asignada á ambas una renta anual proporcionada á su sostenimiento, y allí quedaron los Jesuítas con mucho provecho para aquellos pueblos, hasta la época de su supresión. Entonces fueron entregadas aquellas dos Misiones á los Padres de la Regular Observancia, los cuales en cinco años, siguiendo el camino ya abierto y trillado por los celosos Jesuítas, pudieron penetrar considerablemente en las vastas comarcas del Mediodía, entre aquellos pueblos gentiles. En el año 1784, además de las dos Misiones dejadas por los Jesuítas, habían fundado otras seis; y dice el Padre Ascasubi en su informe á Carlos III, que se habrían fundado otras muchas con mucho mejor fruto, si algunos de los Españoles subalternos no se hubiesen opuesto con su conducta al bien de aquellos pueblos.

He aquí el estado de tales Misiones.

I

De la Misión de Valdivia

La Misión llamada de S. Francisco de Valdivia comenzó por lo menos en el tiempo en que fué reconquistada aquella Plaza en 1643. El Señor Marqués de Mancera la entregó á los Padres Jesuítas con la renta anual de 1462 pesos, que daba la Caja Real de Lima para sostenimiento de los Misioneros. Más adelante se fué disminuyendo esta pensión hasta que en 1784 quedó reducida á 660 pesos al año, y dos raciones diarias de alimentos para los Indios neófitos; igual pensión recibían entonces todas las

Misiones de la misma jurisdicción. En 21 de Febrero de 1769, año y medio después de la supresión de los Jesuítas, la Misión fué confiada al Colegio de Chillán, agregándoles á los Padres Misioneros el grave peso de ayudar al respectivo Párroco en todas las cosas de la Parroquia, especialmente en los servicios de muchas familias españolas que allá se habían establecido. El mismo cuidado tenían los Misioneros de Santa-Bárbara y de Arauco; así que, embarazados por esto, no podían atender á todas las necesidades de los Indios infieles.

La Misión de Valdivia por muchos años quedó situada dentro de los muros del barrio; mas, por un incendio casual, fué transferida un poco más lejos, en el mejor sitio de la ciudad. En 1784 encontrábase ésta en mal estado, con las paredes agrietadas y abiertas en varias partes por su incómoda y mala construcción. Estaba compuesta de tres brazos: uno de 54 palmos de longitud, con tres divisiones, que servían de habitación á los criados y á los Indios que allí acudían, y para los usos de la cocina y de la despensa. El otro brazo, más pequeño que el primero, hacía las veces de iglesia, con tan mala disposición y forma, que no se podían celebrar con toda decencia los divinos Misterios, ni hacer con la debida comodidad el catequismo y las otras cosas para instrucción de los infieles. El tercer brazo no era menos pequeño, ni menos incómodo que los otros dos, y servía para habitación común de los Misioneros. La Misión, pues, era del todo incómoda, y nada tenía de limpia, para ser principal, á la cual debían acudir todas las otras Misiones de la Jurisdicción en los frecuentes casos que ocurrían.

En esta Casa Misional debían residir el Padre Presidente, los dos Misioneros Conversos ó religiosos coadjutores, y otros seis ú ocho Misioneros, que debían acudir en los diversos casos á las otras Misiones de la Jurisdicción. En ésta también debían medicinarse todos los que caían enfermos, en ésta se conservaban todas las cosas necesarias para el mantenimiento de todas las Misiones; por lo cual venía á ser el Hospicio, la Enfermería, la Bodega, el Almacén y todo lo que puede necesitarse en un vasto y público Conservatorio de hombres y de cosas. Sus estrecheces y angustias locales eran excesivas, de tal manera que en 1784, residiendo allí 18 Religiosos, muchos se veían obligados á dormir sobre la desnuda tierra. A las repetidas instancias de los Misioneros, que no podían resistir tantos sufrimientos, el Señor Don Agustin de Jáuregui, Capitán y Gobernador General del Reino, ordenó al Señor Don Joaquín de Espinosa y Dábalos, Gobernador de la Plaza de Valdivia, que hiciese construír una iglesia decente con su Hospicio, que en el acto se principió á edificar. Mas, sobrevenida la guerra, el sucesor del Señor de Espinosa hizo suspender el trabajo, y nunca se terminó á pesar de las repetidas instancias de los Misioneros, ni aún después que cesaron las hostilidades de los Indios sublevados contra las armas españolas.

Hasta 1776 residieron en esta Misión sólo dos Misioneros Conversos. Cuando se aumentaron las Misiones y se extendieron hasta más de ciento setenta leguas, el Superior no pudo ya sostener el cuidado de todas. Se pidió entonces al Supremo Gobierno, y por disposición tomada por la Real Hacienda, el día 19 de Julio de 1780, se nom-

bró un Presidente con la renta anual de 300 pesos, que pagaba la Real Casa de Santiago, y con la obligación de atender á las necesidades de las Misiones de toda la Jurisdicción.

Con estos medios fué cada día creciendo el fruto de las Misiones y la extensión de sus confines. Sólo la Misión de Valdivia ha procurado no ampliar más los límites á que la redujeron los Padres Franciscanos después de la supresión de los Jesuítas. Esta, según aquella reducción, abraza once parcialidades, que se extienden de seis á siete leguas de Norte á Sur y otras tantas de Este á Oeste, entre el río Tambillo y la Estancilla. Cuando se hizo esta reducción, las once parcialidades contaban con más de 1.400 almas. En 1779, habiendo sido atacadas de una fiebre sumamente morbosa, ésta quitó la vida á muchos; de tal modo que en 1784 toda la población no pasaba de 310 personas, que consistían en 106 matrimonios, 28 entre viudos y viudas; 53 solteros de ambos sexos; y 123 niños, de nueve años para arriba. Todos éstos estaban bien instruídos en la Doctrina Cristiana, exceptuando solamente los niños. Los adultos, en número de 184, cumplían el precepto de la confesión, y de éstos, 170 cumplían también el de la Comunión Pascual. Se debe advertir también que en el indicado número de 310 no están comprendidos cerca de otros ciento cincuenta entre Indios ó Indias comprados para su servicio por los Españoles, los cuales, dice el Padre Ascasubi, los trataban como á otros tantos esclavos traídos de la Guinea, y en las cosas espirituales, según un decreto del Obispo de la Concepción, dependían del Párroco, si eran bautizados, y de los Misioneros, si eran todavía infieles.

Los individuos de esta Misión, desde que entraron los Padres Franciscanos, estaban alejados de las torpezas y supersticiones que son comunes á aquellos pueblos salvajes. Eran también pacíficos, y en sus disensiones recurrían sin tumulto á las Supremas Autoridades para obtener la justicia. Siendo por naturaleza ociosos, sembraban solamente cuanto podía bastarles en el curso del año: y sus semillas consistían en trigo, maíz, patatas, habas y otras semejantes, que compartían á veces con los vecinos y con los mismos Españoles. Eran también inclinados al robo y á los abusos del vino: los dos vicios propios de la raza india. Los Franciscanos, por otra parte, habían logrado moderarlos muchísimo, aún en estas inclinaciones del propio carácter, y desde su ingreso en esta Misión hasta todo el año 1784, el fruto que obtuvieron fué de 440 bautizados, de éstos 352 niños y 88 adultos; se hicieron 196 matrimonios y se habían sepultado en la iglesia 106 niños y 174 adultos.

II

La Misión de la Mariquina

La Misión llamada de San José de la Mariquina, fué fundada por los Padres Jesuítas, contemporáneamente con la anterior, en el año 1642, y fué situada al principio en el castillo de Las-Cruces á distancia de cerca de nueve leguas al norte de la Plaza de Valdivia y de cinco ó seis leguas de Mariquina, para la conversión de todas los pueblecitos de los Picuntos, que se extienden del mar á la cordillera, entre el río de Valdivia y el Toltén. Permanecieron en esta posición hasta el año 1683, en que la tras-

ladaron á Toltén, en la misma costa, cerca de diez leguas más al Norte. Después, por justas razones, reconocidas y aprobadas por el Supremo Gobierno, y con Real permiso, en el año 1752, de Toltén la trasladaron á la Mariquina, á la ribera septentrional del río Quepe, en un valle llamado de San-José, por el fuerte que allí tenían antiguamente los Españoles bajo el nombre y la protección del Patriarca San José; por lo cual la Misión fué llamada San José de la Mariquina. Después no ha sufrido otras variaciones sino el quedar privada de asistencia por algunos meses, desde la supresión de los Jesuítas hasta la entrega hecha á los Padres Franciscanos en Noviembre de 1769.

El valle donde está ahora situada esta Misión dista un día de camino de la Plaza de Valdivia, que queda al Sur, y otro día de la antigua ciudad de Villarrica, que queda al Oriente, de tal manera que de la casa misional se ve bastante bien el famoso volcán de Villarrica, el cual heredó el nombre después que los Indios destruyeron esta ciudad en 1599, y arroja continuos globos de fuego que dominan todas las cercanías. El dicho valle tiene cerca de seis leguas de longitud y dos de ancho, y es todo cultivable. Fuera de éste, no se ven más que montañas ásperas é infructíferas, que sirven de asilo á las fieras y de pasto á los pocos ganados que hay en los bosques de sus faldas. En medio de dicho valle corre el río Quepe, el cual, aunque no es de los grandes ríos de esta Jurisdicción, aún en el verano apenas puede pasarse por algunas partes; llámase también río de San José.

Los límites de esta Misión son: al Levante, la Reducción de Chelque, que está distante siete leguas; al Setentrión,

una cadena de montañas totalmente desiertas; al Poniente y al Mediodía, las Parcialidades que pertenecen á la Misión de Gañihue, la cual está á distancia de cuatro ó cinco leguas. Todo el Distrito está dividido en diez Parcialidades, presididas por otros tantos Caciques, uno de los cuales tiene el título de Gobernador. Según los vestigios de los pueblos destruídos, parece que las Parcialidades eran antiguamente más numerosas y más pobladas; y se cree que la embriaguez, la vida disoluta y las pestilencias que las han azotado varias veces, pueden haber disminuído en gran parte la población. Los misioneros no han podido darnos detalles exactos, porque los habitantes son de un carácter sospechoso y desconfiado; y no han permitido jamás que ninguno se informe de ellos. Se sabe, en general, que están todos reunidos en las dos orillas del río, y que según las relaciones de los prácticos, en 1784 no pasaban de 330 entre cristianos y gentiles.

No se diferencia absolutamente de los otros Indios en las costumbres, en los ritos y en las supersticiones; pero sí en que son los más excesivos en la ira, en la soberbia y en la repugnancia al dominio español. Muchos de ellos son de color blanco y encarnado, barbados y de buena estatura: lo que hace suponer que son oriundos ó de los Españoles que quedaron esclavos en la toma de Valdivia, ó de los Holandeses que ocuparon las inmediaciones de esta Plaza antes que volviesen los Españoles. Son muy laboriosos; y siendo la llanura que ocupan la más alegre y la más fértil en aquella parte de la Jurisdicción, siembran toda clase de granos en abundancia y mantienen ganados de ovejas, bueyes y caballos. En 1783 se

conservaban algunos de sus carneros llamados *chilihueques*, que son como los *llamas* del Perú, y se servían de ellos para trasportar pesos, antes que los Españoles introdujesen en Chile las bestias de carga.

Cuando los Misioneros de la Regular Observancia entraron en la Mariquina, celebraron un largo Congreso con el Cacique y con los principales del país, los cuales prometieron emplear todos sus esfuerzos para que se frecuentase la casa de la Misión. Mas, llegado el primer día de fiesta, apenas los Misioneros empezaron á llamar al pueblo á la misa con el sonido de la campana, los Indios tomaron las flautas, las guitarras y los tambores, y con el sonido de éstos se invitaban al baile y á otros mil géneros de diversiones. Quejándose el Superior de la Misión ante el Cacique y reprochándole el haber faltado á la palabra dada, éste contestó que tal era su antigua costumbre, y que así querían continuar, sin que nada les importaran á ellos la Misa ni las instrucciones. No dejaron los buenos Misioneras de oponerse á aquellos males con su apostólico celo, pero nada consiguieron, sino que los bailes, que se ejecutaban con la mayor desvergüenza aun delante de la misma Misión, fuesen menos frecuentes y no tan públicos en sus cercanías. Pero más lejos hubo siempre los mismo desórdenes, y no se pudo jamás impedir la embriaguez en la estación de las manzanas, de las cuales los indios extraen el aguardiente y cierto licor llamado *chicha*, que emborracha con suma facilidad. Esta falta á la palabra de honor es algo insólita entre los Araucanos.

A pesar de todos estos obstáculos, en 1784 se encontró que se habían bautizado 186, entre niños y adultos; se ha-

bían celebrado 67 matrimonios, con el rito de la Iglesia, y 29 difuntos habían recibido cristiana sepultura. Los convertidos á la fe, que murieron en aquel tiempo, eran aún más. Pero los Misioneros ó no sabían cuando morían, ó si se presentaban para acompañar el cadáver, eran rechazados por los parientes, los cuales querían sepultarlo con su rito, que es como sigue: Apenas muere alguno, lo meten dentro de una canoa, que es el tronco de un árbol hueco. Una vez cubierto, lo colocan en un ángulo de la casa, cerca de la puerta, y lo dejan allí á veces varios días, hasta que han reunido gran cantidad de *chicha*; después de lo cual invitan á todos los parientes y amigos, que, haciendo escaramuzas á caballo, se emborrachan con *chicha*, se comen los alimentos preparados para tal fiesta, y le dan una porción también al cadáver, como si fuese capaz de alimentarse. Después de lo cual lo trasportan al *Eltune* ó cementerio, donde lo sepultan, poniendo sobre la tumba comestibles, vino y una lanza, y después continúan la borrachera todos, y renovando las escaramuzas y otras lindezas, se termina la ceremonia del entierro. Se efectúa esta ceremonia con más ó menos estrépito y con duración más ó menos larga, según las condiciones del difunto y la cantidad de *chicha* disponible para beberse en la reunión.

III

De la Misión de Toltén Bajo

La Misión de Toltén Bajo, llamada de San Francisco Solano, estaba situada en Aillarehue, el último confín que divide la Jurisdicción de Valdivia de la de Chile; y quedaba al Norte de aquella Plaza sobre la costa del mar, á los

33 grados de latitud meridional, con la diferencia de pocos minutos. Según la opinión de los más prácticos, confinaba al Sur con la Reducción del río Queule, al Este con Donguill, al Norte con La-Imperial, á distancia de cerca de 10 leguas de su antigua ciudad, y al Oeste con el mar. Su extensión de Norte á Sur era de cerca de 16 leguas, y de 27 leguas de Este á Oeste.

Su terreno es llano por naturaleza, y allí se encuentran de trecho en trecho colinas y montes que aumentan la belleza. Cerca de la playa del mar, por estar el suelo cubierto de arena, es bastante estéril; pero el resto es fertilísimo y muy apreciado para el ganado por los buenos pastos y por la abundancia de las aguas que les da el río Toltén, el cual atraviesa casi por medio de todo el Distrito. La población que éste contiene, está dividida en 16 cacicazgos, presididos por sus respectivos caciques, bajo la dirección de un Jefe principal, que se llama el Gobernador de Aillarehue.

Esta Reducción está distante cerca de 20 leguas de la Plaza de Valdivia, y entre todas las Reducciones que pertenecen á su Gobierno, era la más poblada y tenía divisiones más inmediatas y reunidas entre sí. La parte más respetable de este distrito está compuesta de mestizos, que descienden de los Españoles hechos esclavos en la toma de Valdivia y unidos después en matrimonio con las mujeres indias. Tales son los Caovas, en cuya familia está la sucesión del Gobierno, y los Sotos, que se enorgullecen de descender de distinguidas familias españolas. Estos mestizos, aunque en la reconquista de Valdivia recuperaron la libertad, no quisieron recuperar con ésta la antigua ci-

vilización de sus mayores; y dicen los Padres Misioneros que eran los más afectos á los ritos del gentilismo y los más contrarios al Gobierno Español.

Los Padres Jesuítas se fijaron en Toltén en 1673, y allí permanecieron hasta 1762, año en que, obligados á partir á causa de los robos y de las insolencias de los Indios, trasladaron la Misión á Mariquina, con acuerdo del Supremo Gobierno del Estado. Los Toltenses, viéndose abandonados por los Padres de la Compañía, hicieron gestiones para que se les mandasen otros Misioneros del Colegio de Chillán; petición que no fué aceptada por ser contraria á lo establecido por la ley 33, del Lib. 1.º, tít. 14 de las *Recopiladas de las Indias*. Por otra parte, habiendo oído los Toltenses que, con la supresión de los Jesuítas, todas las Misiones de la Jurisdicción de Valdivia habían sido adjudicadas al Colegio de Chillán, renovaron con más vigor sus intancias para que los Padres de aquel Colegio se dignasen restablecer su antigua Misión. La petición era muy útil para el bien espiritual de los Toltenses y también para conservar las comunicaciones por tierra entre Valdivia y las capitales de la Concepción y de Santiago, ya que, habiendo los llaneros impedido el tránsito por sus tierras con la revolución general, no podía tenerse otro paso que el de la costa habitada por los Toltenses, los cuales podían también impedirlo cuando lo quisieran. Ni era posible servirse del río; porque los Indios podían estorbarlos con sólo negar las canoas, sin las cuales es absolutamente intransitable. No cesaron los Padres Franciscanos de presentar con empeño las reiteradas instancias de los Toltenses, haciendo ver las ventajas, tanto espiri-

tuales como temporales, de la solicitada Misión, hasta que el Presidente Amat acordó la reorganización de la Casa Misional, con la misma limosna anual que tenía anteriormente. Por lo cual, el día 8 de Diciembre de 1776, los ya mencionados Padres se trasladaron á Toltén, donde hicieron su entrada solemne con todas las formalidades, y en seguida principiaron á edificar una nueva iglesia con sus dependencias inmediatas, porque estaba enteramente destruída la antigua Misión. Quedó la nueva á distancia de varias leguas de la playa, entre el río grande de Toltén y una laguna que la rodea por el Norte y el Este. Todo el resto está tan estrechamente unido con las cabañas de los Indios, que apenas queda un pedazo de tierra para las hostalizas de los Misioneros.

Esta vecindad entre la Casa Misional y las cabañas de los Indios, es de mucho daño y molestia para los Misioneros. Les falta el terreno para sembrar lo necesario al sostén de los sirvientes y de los mismos Indios, que se aprovechan de esa vecindad para presentarse á los Misioneros á cada momento para ser alimentados por éstos, quejándose cuando no se les da todo lo que desean. No hay, por otra parte, dónde tener las bestias de carga, ú otros animales de consumo, ni dónde conservar con seguridad las provisiones necesarias, expuestas constantemente al robo de los Indios infieles y también de los convertidos. El hurto es una de sus pasiones habituales y es cosa muy difícil que puedan enmendarse totalmente, sin una larga resistencia á las inclinaciones de su naturaleza.

Los naturales de esta Misión fueron al principio para los Misioneros Franciscanos un campo absolutamente es-

téril y muy pocas esperanzas tenían de mejorarlo, puesto que, en 89 años que duró el celoso cultivo de los Padres Jesuítas, aprovecharon tan poco, que se vieron obligados á abandonarlos; y en los 24 que estuvieron sin su asistencia, aún los pocos que se habían convertido á la fe volvieron á las antiguas costumbres de casarse al uso del país, á la embriaguez, al escándalo, á las supersticiones y al total olvido de las máximas cristianas que habían aprendido: de manera que, como dice el Padre Ascasubi, no se encontró ni siquiera un Tobías que adorase al verdadero Dios. El único suficientemente instruído en las cosas de nuestra santa Religión y con costumbres de verdadero cristiano, era el célebre Don Francisco Culacán, heredero inmediato del mando de aquel Distrito, porque desde pequeño fué educado por los Padres Jesuítas en la Misión de Valdivia, y después de su supresión había continuado bajo la tutela del Gobernador de la Misión. Parecía ya decidida la reprobación de aquella ingrata tierra, en la cual tanto se habían fatigado los celosísimos Jesuítas, y que, en vez de producir los frutos que Dios esperaba, no había dado más que abrojos y espinas, que son los signos de la divina maldición próxima á llegar, como dice San Pablo á los Hebreos (1).

Dios, que es rico en sus misericordias y que antepone siempre la bondad á la justicia, así como perdonó muchas veces á su ingrato pueblo por la rectitud de su siervo Moisés, que era el conductor, así por la piedad de Culacán,

---

(1) *Proferens (terra) autem spinas et tribulos, reproba est et maledicto próxima, cujus consummatio in combustionem.*

HEBR. cap. 6, v. 8.

se mostró misericordioso con los malos Indios que debía éste gobernar. Animados, pues, los Misioneros Franciscanos por la sólida virtud del buen Culacán y por las continuas recomendaciones que les hacía de su infeliz pueblo, emprendieron la obra de la conversión con la mayor energía. Persuadidos, además, de que el ejemplo de los que mandan es el más fuerte medio para ordenar todo el Estado, procuraron y obtuvieron sin dificultad que el piadoso Culacán se casase según el rito de la Iglesia. Cesó así la frecuencia de los matrimonios al estilo del país, y empezaron á casarse también los otros con el rito de la Iglesia Católica. A fin de extirpar también los demás vicios, aún por medio de la coacción, cuando no bastase la exhortación, obtuvo Culacán, de su anciano tío, Gobernador de aquel Distrito, que los Padres Misioneros tuviesen también facultad para castigar á los insubordinados escandalosos; con lo cual se consiguió disminuir, en gran parte, los hurtos y las obscenidades públicas; muchos concubinarios se casaron con las debidas formalidades prescritas por la Iglesia, y otros estaban en disposición de hacerlo. No se veían ya las públicas embriagueces, ni las prácticas de tantas supersticiones y bárbaros ritos del país. Los Adivinos callaban, porque ninguno deseaba consultarlos; se frecuentaban en todas las fiestas los ejercicios de la Misión, y todo prometía la total conversión de aquellos Indios bajo el futuro gobierno del virtuoso Culacán á la muerte de su decrépito tío.

En medio de tantas esperanzas, Dios, cuyos juicios son altísimos é incomprensibles, quiso llamar á Sí al buen Culacán, tal vez para que la malicia no mudara su inteli-

gencia, sino que, cándida como era su bella alma, volase de la tierra al cielo á gozar eternamente el premio de sus raras virtudes. Faltando así el espíritu que animaba á aquel cuerpo y lo hacía luminoso y claro, con el esplendor de su vida ejemplar, palideció en seguida su viva luz y se desvanecieron todas las esperanzas de conversión que sobre él se habían fundado. No se volvió á frecuentar la iglesia de la Misión; se huía del catequismo; se aborrecían los sermones, y todos los actos piadosos practicados por los Misioneros eran despreciados y ridiculizados. Volvieron los hurtos, las prácticas escandalosas, las públicas orgías, las supersticiones y los ritos sacrílegos de la ciega gentilidad. Aparecieron de nuevo los Adivinos, ejerciendo con más furor que antes sus malvadas imposturas. Los matrimonios se celebraron otra vez al estilo del país, y mil prácticas obscenas se verificaban en las inmediaciones de la Misión, sin que valieran nada para poner remedio ni las súplicas ni las amenazas de los Padres Misioneros. Por aquí se verá cuánto interesan al orden y buena marcha de un Estado el buen ejemplo y la vida virtuosa y ejemplar de quien lo gobierna. Mientras vivió el buen Culacán, que se imponía á sus futuros súbditos con el ejemplo de su vida y con la protección que había dado á los Padres Misioneros, todo era buen orden en su Jurisdicción y todo tendía á hacer aquellos pueblos santos y perfectos. Muerto él, todo fué desorden y confusión, y todo caminaba á las relajaciones de una pésima vida. Aprendan de esto los que están al frente del gobierno, á ser ejemplares y á sostener, cuando el caso lo pida, aún con la fuerza, la moralidad de sus súbditos, convenciéndose de que la bondad de

los súbditos depende de la firmeza del gobierno, y serán inútiles las leyes y faltará toda dirección, donde dominen las insubordinaciones, los desenfrenos y los escándalos.

En los primeros tiempos en que los Padres Franciscanos entraron á las Misiones de Toltén, el conjunto de las indicadas circunstancias prometía un feliz éxito; por esto se confería el bautismo, con poca dificultad, á cualquiera que se presentaba. Pero, cuando el cambio de las cosas, con la muerte de Culacán, dejó ver el desprecio que se hacía de las prácticas religiosas de la Misión, á la cual ninguno mandaba ya sus hijos, ó los mandaban muy rara vez, los Padres Misioneros fueron más reservados, y administraban el bautismo solamente en caso de algún peligro de muerte, y á aquellos que daban una fundada esperanza de mandar sus hijos á la casa de la Misión, para ser instruídos. De esto nació que, desde la indicada reorganización de la Misión hasta 1784, sólo se hubieran bautizado 186 personas, entre pequeños y grandes de ambos sexos; y, fuera de ocho matrimonios celebrados con el rito de la Iglesia, mientras vivía el buen Culacán, ninguno se había celebrado después, y diez solamente habían recibido el honor de los funerales y de la cristiana sepultura en la capilla de la Misión.

IV

De la Misión de la Arique

Cuando se limitó la Misión de Valdivia, quedaron excluídas de ésta tres partes, que fueron Pidhuiño, Arique y Calle-Calle. Estas, al principio, eran atendidas por los mismos Misioneros Franciscanos de Valdivia. En lo sucesivo,

á fin de que fuesen mejor cultivadas aquellas almas, se pensó en fundar una Misión distinta. A este fin, en 1772 los mismos Misioneros de Valdivia fundaron en Arique una capilla con las economías de sus limosnas. A ésta se dirigía uno de los mismos Misioneros en todas las fiestas no impedidas, y con las instrucciones catequísticas, con la Misión y con la administración de los sacramentos, atendidas las buenas disposiciones de aquellos indios, se obtuvo mucho fruto y aumentaron notablemente los nuevos fieles en todos aquellos lugares.

Las diarias conversiones de esos indios hicieron concebir á los Misioneros fundadas esperanzas de un feliz éxito para sus fatigas. Después aconsejaron á los mismos indios que pidieran la dotación de una Misión al Supremo Gobierno de Chile. El Gobernador de Valdivia, Don Juan Garlán, acompañó la súplica con una información favorable, en la cual, después de haber hecho un digno elogio del celo grande de los Misioneros Franciscanos, demostró la necesidad de la petición y las ventajas que podían resultar á la Corona de España y para la Iglesia, de la nueva casa de Misión. En vista de esto, el Presidente y Capitán General del Reino, Don Francisco de Morales, escribió al Virrey del Perú, Don Manuel de Amat, quien, informado favorablemente también por el Obispo de la Concepción, el Iltmo. Fr. Pedro Ángel de Espiñeira, que estaba entonces en Lima, con real facultad ordenó el día 30 de Octubre de 1773 que se fundase en Arique la solicitada Misión, bajo la dirección de los Religiosos de Chillán; y asignó á ésta sobre la Real Caja de Santiago la limosna anual de 600 pesos para el sostenimiento de los Misioneros, y

otros 60 pesos al año para conservación y para todos los gastos de la iglesia. En virtud de este decreto, cuya comunicación fué retardada por varias circunstancias, en el mes de Marzo de 1776 se entregó á los Padres de Chillán todo lo necesario, y se fundó en seguida la Misión, que fué llamada la Purísima Concepción de Arique.

Está situada á la orilla del río de Valdivia, por el cual se comunica con esta Plaza, sin que tenga necesidad de hacer venir por tierra sus provisiones. Su distancia de Valdivia es de siete á ocho leguas; cuatro leguas se extiende de Norte á Sur, y cinco de Este á Oeste. Todos los indios se hallan diseminados en las dos orillas del río, divididas sus pequeñas localidades en siete ú ocho cabañas cada una. Cada localidad tiene un jefe, que es siempre uno de la familia más rica, ó bien el hombre más formal y prudente del caserío. Todos estos jefes están subordinados á un cacique principal, que reside en la Reducción con el bastón del mando. Las siembras no son muy abundantes; pero, como tienen buenos terrenos, recogen bastante más del consumo anual, y así pueden comerciar con Valdivia, donde se surten de paños, de telas y de todo lo que necesitan para la vida.

Cuando se fundó esta Misión, contaba más de 400 almas, las cuales, por varias epidemias y por la peste de 1779, se disminuyeron de tal manera que en 1784 toda la Misión estaba compuesta de sólo 327 individuos. De éstos, 311 eran cristianos, muy bien instruídos en sus deberes y obedientes á la Iglesia; de los cuales 140 eran casados, 65 solteros, entre hombres y mujeres, y 106 niños. Los otros 26 eran gentiles, que jamás habían podido ser convertidos

á la fe. Vivían á mucha distancia, adonde no se podía ir sino pidiendo alguna lancha para trasportarse; pero ellos, que bien conocían tales trasportes, apenas los religiosos se avecinaban, huían á las montañas, á fin de no dejarse instruír por aquellos buenos siervos de Dios, que iban á su encuentro para convertirlos y salvarlos. De los cristianos indicados, 170 eran de Confesión y 191 cumplían también el precepto de la Comunión, siendo todos muy exactos en todas las prácticas de piedad.

En la Relación que el Padre Ascasubi presentó á Carlos III en 1784, dice que los indios de esta Misión eran de óptima índole, dóciles, obedientes, fieles y afectos á la Nación Española. Mostraban en todas sus acciones que la fe de Jesucristo estaba arraigada en sus corazones. Sólo conservaban alguna inclinación á la embriaguez, por el ejemplo que tenían, dice el Padre Ascasubi, de los soldados españoles. Por lo demás, se habían enmendado de otras pasiones aún más violentas y habían adquirido cierto espíritu de perfección. Si se cometía por alguno cualquier falta, el vecino que lo notaba, procuraba amonestarlo con reserva; después, si no se corregía, lo amonestaba en presencia de otros, y, en fin, si nada se conseguía, acudía al Misionero. Se vivía cristianamente, y florecía en todo el recinto de la Misión el buen ejemplo de la vida en todo género de virtudes.

V

De la Misión de Niebla

Desde el tiempo de los Padres Jesuítas, los indios de la costa de Niebla, eran los más inclinados á convertirse á la fe de Jesucristo, los más sumisos al Gobierno Espa-

ñol y los más observantes de las leyes del Estado. Cuando fueron suprimidos los Jesuítas, se presentaban al Capellán de la tropa y le obligaban á bautizar á sus hijos, pero sin encargarse de instruírlos en las cosas de la fe. Por lo demás, su deseo de hacerlos cristianos nacía verdaderamente del corazón y de sus buenas inclinaciones. Cuando los Padres Franciscanos entraron en posesión de la Misión de Valdivia, una vez reducida su extensión, fueron excluídos de ésta los habitantes de Niebla. Era de creer que estas disposiciones los habrían disgustado y se tornarían fríos para convertirse; sin embargo, sin tomar en cuenta el menosprecio sufrido, y deseando sólo los beneficios del espíritu, iban hasta Valdivia para ser instruídos y bautizados. En vista de esta buena disposicion, los Padres Misioneros los asistían con toda caridad y con verdadero celo apostólico. Veían, es cierto, que el fruto no podía ser muy abundante, por el largo y fatigoso camino que debían recorrer entre rocas y pantanos, para llegar á Valdivia. Comprendían también que su buena índole y las buenas disposiones de sus corazones á la fe y la ley de Jesucristo no debían dejarse sin una asistencia más próxima y constante. Así, pues, suplicaron que se dotase á dichos indios con una casa de Misión en el propio territorio. El Capitán General del Reino, Don Agustín de Jáuregui, consintió en la petición y, con acuerdo de la Real Hacienda, decretó el día 13 de Agosto de 1776, que se construyese á los de Niebla una casa de Misión, que fué llamada "La Misión de Jesucristo Crucificado, en Niebla;" asignándole 660 pesos al año, sobre la Real Caja de Santiago,

para el sostén de los Misioneros, de la iglesia y de los indios que se catequizaran.

En Noviembre de 1777 se dió principio á la construcción, que quedó situada en la costa del mar, casi en el mismo paralelo de la Plaza de Valdivia, al Oeste de la misma á distancia de cuatro leguas, y dos leguas cerca del fuerte de Niebla, que quedaba al Sur, á la entrada del Puerto. Su distrito tiene nueve leguas de longitud de Norte á Sur, y dos de ancho, de Este á Oeste. El terreno es en su mayor parte estéril, montuoso y poco habitable. Toda la población está dividida en cinco partes con sus jefes y caciques respectivos. Antes de la guerra con España y de las epidemias que siguieron, eran muy pobladas; después empezaron á disminuírse, y en 1784 no contaban más de 184 habitantes. Estos, según la relación del Padres Ascasubi, eran en aquella época, todos católicos, y los adultos, en número de 125, estaban también instruídos en todas las cosas de la fe, y eran capaces de educar regularmente á sus hijos, cumplían con regularidad el precepto anual de la Confesión y Comunión en la Pascua, y todas las otras obligaciones que impone la Iglesia á sus fieles. Habían abandonado los ritos, las supersticiones y las bárbaras costumbres del país: y no quedaban sino algunos casos de embriaguez, pero nó escandalosos; vicio que, por ser el más arraigado en todos los Indios, no puede extirparse sino con mucha dificultad y en mucho tiempo: por donde se ve la suma necesidad de evitar en nosotros cualquier hábito de viciosa pasión; porque, como dice San Agustín, cuando no se resiste á las malas inclinaciones de nuestra corrompida naturaleza, nace la costumbre, y de



ésta se forma la necesidad de pecar; y cuando el hombre se ve casi obligado á pecar, se entrega á la desesperación, que termina al fin con la condenación eterna, de la que Dios nos libre.

A causa de la esterilidad del terreno, los Indios de Niebla no cosechan jamás lo necesario para su sostén anual, aunque son trabajadores y muy dedicados al cultivo de la tierra. Por la misma razón tienen también poco ganado. Encuentran su compensación en el mar, que, en esa costa, abunda en toda clase de pescados, y con éstos suelen mantenerse, ayudándose con la escasa cosecha que les da trigo, maíz y varias clases de frutas. Tienen también sus viñas, que cultivan con cuidado. Por su proximidad á la Plaza de Valdivia, muchos hablaban correctamente también el idioma español; mas, en las confesiones y en todas las reuniones públicas hablaban siempre la propia lengua, para distinguirse de los Españoles, y porque en ésta se expresaban mejor. Siendo afectuosos por naturaleza, mostraban mucha adhesión al dominio español; y cuando se les obligó á trabajar para edificar el fuerte de Niebla, los Caciques se unieron y mandaron suficiente número de hombres, que trabajaron largo tiempo por el solo alimento personal sin pedir salario alguno. Además, cuando se necesitaba de su trabajo en la casa de la Misión ó en la Capilla, se presentaban todos espontáneamente, sin pedir siquiera el alimento.

Todas estas cosas los hacían sumamente queridos de los Padres de las Misiones, y en la relación de 1784, el Padre Ascasubi debió confesar á Carlos III que la Misión de Niebla era muy ejemplar en todo y que estaba muy satis-

fecho de las evangélicas fatigas que en ella habían empleado y empleaban todavía.

VI

De la Misión de Gañihue

La Misión que se llama de San Antonio de Gañihue, fué erigida por disposición del Presidente General de Chile Don Agustín de Jáuregui, el cual, por decreto de 13 de Agosto de 1776, ordenó su fundación en la costa de Chanchón y la dotó con una limosna anual de 660 pesos. Mas, como la indicada costa estaba demasiado lejos de las localidades que debían señalarse á dichas Misiones, se resolvió fundarla en Cayumán, con la aprobación del Gobernador de Valdivia Don Joaquín Espinosa y Dábalos. En esta fundación hubo que superar muchas dificultades, tanto por parte de los indios, que, arraigados en sus malas costumbres, sentían mucho la vecindad de los Padres Misioneros, cuanto por parte de algunos españoles, los cuales, dice el Padre Ascasubi, eran peores aún que los indios, y esparcían mil calumnias contra los mismos Misioneros. Disipadas finalmente las murmuraciones, los indios aceptaron la Misión y en Diciembre de 1777 fué fundada la casa en Quillén, lugar apartado, boscoso, muy reducido y lleno de pantanos. Después de dos años de continuos sufrimientos en aquella pésima situación, se consiguió de los Indios la traslación de la residencia de los Misioneros á una llanura llamada en lengua india *Pugurú*, que quiere decir reunión de zorras, por la mucha abundancia de ellas en todo aquel valle. En este nuevo sitio, con aprobación de la Corona de España del 17 de Febrero de 1781, fué erigida

la Misión que se llama de San Antonio de Gañihue ó de Narigue, por su vecindad á aquellos dos lugares.

Los confines de esta Misión son: al Poniente, el fuerte de Las-Cruces; al Setentrión, la Mariquina; al Levante, Arique; al Mediodía, la Misión de Valdivia. Su territorio habitado tiene cerca de siete leguas de largo, del Noroeste al Suroeste, entre las localidades de Illahue y Pidey, y como dos leguas de ancho. Es abundante en pastos y de terrenos bastantes fértiles, capaces de toda clase de producción, especialmente de trigo y cebada. Los naturales, por su pereza habitual, aprovechan poco la fertilidad de sus tierras; á la llegada de los Padres Franciscanos, eran excesivamente supersticiosos, entregados sin freno á la embriaguez, al robo y á las orgías, y dominados de tal modo por los *adivinos*, que en aquella época se veían á cada paso cadáveres de niños y de hombres estrangulados y colgados en los árboles; porque los tales adivinos habían declarado que eran brujos; pues, como dijimos en otra parte, es común en todos aquellos salvajes atribuír á los hechizos de los brujos, ó sean, hombres y mujeres de mala alma, todas las muertes que ocurren antes de la vejez.

Estos estragos, unidos á las epidemias y á la guerra contra las tropas españolas, despoblaron aquel Distrito de Gañihue de tantos miles de hombres como contaba antiguamente. En 1784 los habitantes estaban reducidos en seis localidades, que no contenían más de doscientas personas entre cristianos y gentiles. Los Misioneros Franciscanos hubieron de trabajar inmensamente para alejarlos de los vicios y conducirlos al redil de Jesucristo. Con la

asistencia de Dios, lo habían conseguido plenamente. En la Relación de 1784, el Padre Ascasubi anota en el Distrito de Gañihue 40 matrimonios católicos, 91 entre hombres y mujeres, que cumplían el precepto de la comunión pascual: y 23, entre niños y niñas, simplemente bautizados. Todos los demás, agrega Ascasubi, se estaban disponiendo, con gran fatiga de los Misioneros, los cuales se privaban aun de lo necesario, para atraerlos por medio de los alimentos y conducirlos así al catequismo y á la fe de Jesucristo. También los Padres Jesuítas habían trabajado muchísimo en esta Misión; y muchos de los 154 cristianos habían sido por ellos bautizados y matrimoniados, como advierte el mismo Padre Ascasubi.

Este hecho debe animarnos á no desconfiar nunca del poder y de la misericordia de Dios, el cual aún de las tinieblas hace brotar la luz: mira piadosamente á una Magdalena, y de pública pecadora la convierte en un perfecto modelo de virtud; se acerca á un Mateo, y de un célebre usurero, lo hace su digno discípulo y predicador contra la usura; se vuelve con ojos dolientes á un San Pedro, y de infiel lo hace Jefe de su Iglesia y su Vicario; detiene á un San Pablo, y de perseguidor de los cristianos lo hace Apóstol de las gentes.

VII

De las Misión de Chinchilca

A petición de los Indios y gracias á la diligencia de los Misioneros Franciscanos, ayudada por las favorables informaciones del Gobernador de Valdivia Don Joaquín de

Espinosa y Dábalos, el Presidente General del Reino, Don Agustín de Jáuregui, con aprobación de la Real Hacienda, permitió, por decreto de 13 de Octubre de 1777, que se fundase la Misión de Nuestra Señora del Pilar, en Chinchilca, bajo la dirección de dos Religiosos conversos del Colegio de San Ildefonso de Chillán; y le asignó para su sostenimento y para los gastos de la casa, la limosna anual de 600 pesos, sobre la Real Caja de Santiago. En virtud de este decreto, partieron en seguida á Chinchilca dos Religiosos, que fueron recibidos por los nacionales con las acostumbradas formalidades, en el mes de Enero de 1778, y en el acto fué erigida la Misión.

Encuéntrase ésta en el mismo paralelo de la Plaza de Valdivia, á distancia de 20 leguas hacia Levante, con un pésimo camino. Su extensión de Norte á Sur es de cinco leguas, y de ocho de Levante á Poniente. En 1784, se encontraban establecidos aquí 308 Indios de todas edades, repartidos así: 94 hombres entre pequeños y grandes; parte apóstatas, bautizados por los Padres Jesuítas en sus Misiones circulares, y parte puramente gentiles, todos los cuales eran secuaces de los ritos supersticiosos y de las bárbaras costumbres de la nación, y muchos casados al estilo del país, quién con dos, y quién con más mujeres, según los posibles recursos de cada uno para mantenerlas. Todos los demás, en número de 214, eran plenamente cristianos, y de éstos, 59 vivían con los Españoles, en calidad de criados, y los otros 155 repartidos en localidades de cuatro ó cinco cabañas cada una, esparcidas aquí y allá, bajo otros tantos caciquillos, á quienes preside una Gobernador General, que vive en la Reducción, ó sea, en la localidad principal.

Todos estos naturales hablan el idioma común del Estado, con el cambio de algunas voces y de la pronunciación de algunas letras. Ignoran del todo la lengua española, exceptuando algunos educados en Valdivia, en la casa de la Misión. En su trato no tienen ni educación ni delicadeza, y todo su saber se reduce á pastorear un poco de ganado y á cultivar muy mal algún pequeño pedazo de tierra, contentándose con alimentarse de hierbas y frutas silvestres. Son por naturaleza ociosos é inclinados á la embriaguez y al hurto, pero sin conocer su gravedad. Su entendimiento es muy limitado, de donde su casi completa ignorancia. Entienden las cosas de Dios de un modo grosero y confuso, y sólo oyen y pronuncian con respeto el nombre de los Misioneros. No son capaces de pedir por sí mismos la confesión, ni siquiera en artículo de muerte; pero, como son dóciles y respetuosos por naturaleza, apenas los Misioneros les aconsejan confesarse, se presentan inmediatamente con mucha alegría; por lo cual eran muy estimados y cuidados por los Padres Franciscanos, que los reunían en los días festivos para oír la misa y después la explicación del catecismo en su propia lengua, manteniéndolos así, en cuanto era posible, instruídos en las obligaciones cristianas.

Para que la confesión y comunión se verificaran con la mayor decencia y las debidas disposiciones, se llamaban á la casa de la Misión pocos á la vez y se mantenían en ella hasta veinte ó treinta días, según su capacidad; y así se preparaban á la confesión los 116 que podían hacerlo, y al precepto pascual, los 86 que tenían obligación. Para conseguir todo esto, los pobres Misioneros pasaban una



vida miserable á fin de que no faltase lo necesario á los Indios, para los cuales hacían sembrar trigo, maíz y hortalizas, pues no eran suficientes los 660 pesos de la limosna anual. En los Registros de los Padres Jesuítas, que se conservan en el Archivo de Valdivia, se encuentra anotado que ellos bautizaron 218 personas, niños casi todos, en sus Misiones circulares de Chinchilca, de 1742 á 1767. Mas, habiendo quedado después abandonados á sus propias pasiones, cuando entraron los Padres Franciscanos, no conservaban ni restos de moral cristiana. Así, pues, debieron aquellos buenos Misioneros trabajar mucho para volverlos á la disciplina de verdaderos cristianos; y con la misericordia de Dios, lograron reformar á la mayor parte y dejarlos suficientemente instruídos en las cosas de la fe. Respecto á los otros, todo el fruto que se había conseguido, hasta 1784, consistía en 171, entre pequeños y grandes, bautizados con solemnidad de rito, previas las debidas disposiciones; 36 matrimonios celebrados con las debidas formalidades y 27 funerales con sus respectivas sepultaciones en la capilla misional. Tuvieron al fin el dulce consuelo de ver á todo el resto del pueblo de este distrito dispuesto á abrazar la fe de Jesucristo: consuelo verdaderamente muy grande para un Obrero Evangélico, que se alegra tanto de una conversión, como de su victoria los vencedores.

VIII

De la Misión de Río-Bueno

Era voz común en Valdivia, que cerca de la tierra magallánica residía un cuerpo de Españoles llamado *Los Césa-*

res. El Gobernador de aquella Plaza, Don Joaquín de Espinosa y Dábalos, habiendo decidido hacer una expedición para averiguar el caso, trabó estrecha amistad con los Caciques y con todos los Indios de Río-Bueno, por cuyas tierras debía pasar necesariamente. Estos aplaudieron los deseos del Gobernador, de manera que no solamente le permitieron el paso, sino que le facilitaron muchos hombres y consintieron que se construyese en sus tierras, que cedieron en extensión notable á la Corona de España, un fuerte que sirviese de retirada á las tropas, en caso de algún desastre, y contuviera las invasiones de los enemigos lejos de Valdivia. Dispuestas todas las cosas, se efectuó la expedición, partiendo las tropas españolas en Septiembre de 1777, y fué dirigida por el dicho Gobernador y por el Capellán de Ejército, el Padre Misionero Fr. Benito Delgado, Franciscano. La expedición no se llevó á feliz término, porque combatían contra el ejército español, no tanto los Indios entre quienes pasaba, cuanto la situación y naturaleza de los lugares. En efecto, los pantanos, los fosos, los ríos y las ásperas montañas, que debían atravesar, no permitieron á los soldados llegar al sitio que se decía residencia de los dichos *Césares*. Así, pues, después de un largo camino y de grandes fatigas, tuvieron que volver atrás, en vista de que el invierno, que llegaba, hacía intransitables aquellos lugares. No obstante, no fué completamente inútil aquella expedición, puesto que sirvió para tomar noticias de aquellas posiciones, en cuyo centro se construyó un fuerte que era como la salvaguardia de todas las Misiones de Valdivia y de esta misma Plaza, pa-

ra tener á raya á los Indios vecinos, que eran los más temibles por su ferocidad.

El prudente Padre Fr. Benito Delgado, conociendo las ventajas que podía traer á la Iglesia Católica y á la Corona de España una casa de Misión en Río-Bueno, influyó tanto ante los respectivos Caciques, que los decidió á pedir al Gobierno un establecimiento de Misioneros en sus tierras. El Gobernador de Valdivia, á quien fué dirigida la súplica, persuadido él también de su utilidad, expidió inmediatamente, en el mes de Mayo de 1778, un Misionero de la Regular Observancia al fuerte del Río-Bueno, á fin que se ocupase en la conversión de los Indios mientras se obtenía del Gobierno la construcción de la Misión solicitada. Envió, al mismo tiempo, la súplica al Presidente General del Reino, Don Agustín de Jáuregui, y éste, con acuerdo de la Real Hacienda, decretó el día 27 de Octubre de 1778, la creación de la casa misional, y le señaló la limosna anual de 660 pesos para el sostenimiento de los dos Misioneros, que debían elegirse del Colegio de Chillán, y para los otros gastos de conservación del edificio y de la iglesia, y de los Indios que se catequizaran. En virtud de este decreto, el Colegio de Chillán envió en seguida otro Misionero, que, uniéndose al primero, enviado anteriormente por el Gobernador de Valdivia, erigió la Misión, llamada de San Pablo de Río-Bueno, y se encargaron ambos de su cuidado.

Quedó situada esta Misión á cerca de doscientos pasos del fuerte, en la orilla austral del Río-Bueno, que según las modernas observaciones, queda á 40 grados y 19 minutos de latitud meridional. Dista de la Plaza de Valdivia,

que queda al Norte, cerca de treinta leguas, la mayor parte de montañas muy ásperas. Hay medio día de camino á la laguna de Rauco, que está al pie de la cordillera, y de la cual sale el dicho río, y menos de un medio día de camino cuenta de la antigua ciudad de Osorno, que quedaba al Sur, según la historia de las empresas de los Marqueses de Mendoza, confirmada por las tradiciones de aquellos indios, especialmente de algunos viejos de la Misión, que vivían en 1784. Su territorio queda entre el Río-Bueno y el de Pilmaiquén, que lo defienden, el primero por el Norte y el segundo por el Sur, de las invasiones enemigas. Su extensión, de Este á Oeste, es de ocho leguas, y nueve de Norte á Sur. En este territorrio se encuentran diseminadas 14 localidades, con sus jefes respectivos, y en 1784 llegaban á 600 almas, según el cálculo del Padre Ascasubi.

Muchos de estos habitantes, educados en Valdivia, habían recibido en aquella Plaza el bautismo. Mas, vueltos después á vivir según las costumbres patrias, se habían olvidado de toda máxima cristiana. Todos los otros indios gentiles, cuando entraron en aquella Misión los Padres Franciscanos, vivían sumergidos en mil supersticiones de ritos sacrílegos, entre las más vergonzosas brutalidades, y entregados á la ociosidad, que es madre de todos los vicios; por lo cual era extremada su miseria, á pesar de la fertilidad del terreno. La virtud notable que tenían era la adhesión al Gobierno Español y el afecto respetuoso á los Misioneros, á quienes escuchaban con docilidad y cuyas advertencias y consejos seguían fielmente; razón por la cual concibieron los Misioneros muchas esperanzas de que

aquellos indios, con la asistencia de Dios, se convirtieran todos. No se habrían engañado en sus juicios, si no hubiese habido la oposición de los mismos que debían cooperar á allanar las dificultades. Léase, á este respecto, la carta que el día 21 de Julio escribió el Superior de aquella Misión al Presidente de las Misiones de Valdivia, para que diera cuenta al Gobierno de esta Plaza, de los tantos males que allí había. He aquí la versión fiel de la citada carta, inserta por el Padre Ascasubi en la Relación á Carlos III.

"Rev. Padre Presidente.—El encargo que Dios y el " Rey nuestro soberano me han impuesto en virtud de la " santa obediencia, me coloca en la precisa obligación de " celar con toda vigilancia sobre la grey que está á mi " cuidado, y procurar, según mis fuerzas, remover y alla- " nar cuanto pueda servir de impedimento, tanto á la " conservación de la grey, cuanto al aumento de la mis- " ma. En este estado de cosas, se me hace indispensable " hacer presente á V. R. y á quienes interesa principal- " mente este cuidado, el poco efecto de nuestras diligen- " cias en pro de estas pobres almas. No hay necesidad de " manifestar los trabajos y miserias que para ganarlas " hemos sufrido, porque son conocidos de Dios y de los " de aquí, y esto basta. No puedo negar que Dios Nuestro " Señor se ha complacido en consolarnos con el provecho " de algunas; pero tampoco puedo callar las contradic- ' ciones que para conquistarlas hemos sobrellevado y " cuánto se ha sufrido en su conservación y aumento. No " me quejo precisamente de que haya contradicciones; " porque no se puede pretender que el infierno no busque

" lo que era suyo, aunque fuese injusta su posesión; sólo
" me quejo de los instrumentos que patrocinan su causa.
" El asunto es gravísimo y por esto necesito hablar con
" toda claridad.

«El poco temor de Dios que tienen algunos de los sol-
« dados que vienen destinados á nuestro fuerte, es causa
« de que se entreguen á ciertos actos contrarios á toda
« ley y sentimiento de razón. Siendo éstos públicos entre
« los indios, son otros tantos impedimentos suficientes
« para hacer infructuosa cualquiera persuasiva instruc-
« ción que se les dé relativamente al conocimiento de la
« deformidad que encierran tales acciones. Júzguelo la
« singularísima prudencia de V. R.

«No hay taberna donde no se encuentren los Españoles,
« y nó para apagar la sed, sino para beber hasta embria-
« garse, y tanto, que algunas veces llegan á ser la irri-
« sión de los mismos indios y frecuentemente también el
« motivo de sus tumultos. Además, si se les presenta la
« ocasión, les arrebatan su bagaje y se lo roban. Dejando
« otros muchos hechos, me contento con decir á V. R.
« que no hay mujer, casada ó soltera, que se vea libre de
« sus brutales apetitos. Esto ha llegado al sumo grado de
« insolencia, y al empleo de la fuerza para vencer la re-
« sistencia y la fuga, siempre que encuentran obstáculo
« en la voluntad. ¡Qué más, si no han faltado quienes,
« después de saciar sus brutales apetitos, maltratan y
« golpean á las mismas mujeres hasta bañarlas en sangre,
« por el solo delito de reprocharles su violencia. Y casos
« ha habido también de algunos que han estado casados
« por muchos meses al estilo del país, sin ... no digo más.

« Basta lo expuesto, para que V. R. entienda el concepto
« que se formarán los Indios de la santidad que produce
« una ley cuyos secuaces se conducen tan indignamente
« y con tanto escándalo de irreparables consecuencias.

«Ni son estas cosas menos frecuentes en los soldados de
« esta guarnición, que en los oficiales, pues se encuentran
« igualmente envueltos en las mismas faltas arriba indi-
« cadas, fuera de las del tercer género; pero esto lo su-
« plen con la fama que tienen entre los indios, de embus-
« teros y de ladrones, y lo peor es, que es verdad. No co-
« nocen más celo que el de su propio interés, y todavía,
« hay que hacer milagros para impedir que se casen al
« estilo del país. Los consejos que dan á los indios, no sé
« cuáles sean; pero puedo decir que, estando uno de ellos
« aconsejando un día al Cacique, le decía en presencia de
« mi compañero, que no creyese cosa alguna ni siquiera
« á los Padres, porque tanto mentían éstos como los sol-
« dados. Mi compañero no dejó de obligarlo á retirar su
« afirmación; mas, ¿quién podía impedir el concepto que
« sobre ésta se formó el Cacique? Y si tal se hace en pre-
« sencia nuestra, ¿que se hará en ausencia? Lo que puedo
« afirmar es que los Indios poco ó nada hacen como se de-
« be, y, si los Oficiales tienen el coraje de amonestarlos,
« responden en seguida que los *ladrones* no tienen dere-
« cho para aconsejar á los *Ulmenes*, que quiere decir *Per-*
« *sonas honradas*.

«Por todo podrá muy bien conocer V. R. el giro de es-
« tos asuntos, para que procure poner remedio. Sólo me
« resta asegurarle la poca utilidad que la Misión obtiene
« de estos Oficiales, y que los indios ya por dos veces han

« tentado echar al Capitán. Nosotros, aunque lo deseá-
« bamos vivamente, no nos hemos mezclado en nada; por-
« que ni los Indios se aconsejaron de nosotros para pedir-
« lo, ni el Señor Comisario nos consultó, cuando lo pro-
« puso al Señor Gobernador para instalarlo con su guar-
« nición en la Misión. V. R. vea lo que más convenga;
« yo no puedo hacer otra cosa que dar parte á quien debo
« para que se ponga remedio á tanto mal, etc.»

Tal es el motivo principal de la repugnancia que todavía sienten los Indios de Chile para convertirse: es decir, los abusos, los pésimos ejemplos y la vida escandalosa de los Españoles, en daño de la Religión y de la piadosa Corona de España, que tanto se afanaba por la conversión de aquellos infelices. En presencia de los indicados escándalos de los militares, eran poco menos que inútiles las exhortaciones y los sermones de los Padres Misioneros, porque de nada sirve declamar de viva voz, si se oponen á esto los hechos y el modo de vivir de los que deben ser los modelos. Con los Indios especialmente, que en las cosas del espíritu son más materiales que razonables, no por falta de natural discernimiento, sino por la costumbre inveterada de su vida grosera é indisciplinada, más se adelanta predicando con el ejemplo de los hechos que con la simple palabra; como nos lo enseñó nuestro Divino Maestro, que primero instruía con el ejemplo y después con la palabra, que es la manera más segura de persuadir y de conmover. Ni servía á los Misioneros el hacer comprender á los Indios que no debían imitar el mal ejemplo de los soldados; porque á la mal inclinada naturaleza de aquellos salvajes, bastaba cualquier pequeño apoyo para que

se alejasen de toda mortificación y prosiguiesen en el desahogo de sus malas pasiones.

Entre tanto, por los abusos que los Españoles cometían contra los Indios, éstos, además de la sangrienta revolución de 1769, que duró hasta 1772, hicieron otra, de menos duración, pero más terrible y más atroz todavía que la primera. Por lo que, estimando el Supremo Gobierno que era inútil el fuerte de Río-Bueno y de mucho gasto á la Corona de España, se determinó á deshacerlo y retirar á la Plaza de Valdivia la guarnición de éste; y así los Padres Misioneros vinieron á quedar expuestos á todos los insultos y caprichos de los Indios sublevados que los circundaban. Los Misioneros supieron estas disposiciones del Supremo Gobierno sólo cuando se empezó la demolición del fuerte; por lo cual, en medio de la confusión producida por el consiguiente amotinamiento de los Indios, apenas pudieron salvar los pocos muebles y otros pequeños efectos que tenían en la casa de la Misión, y uno de ellos los trasportó inmediatamente á Valdivia. El otro Misionero se retiró á cuatro leguas de distancia, al lado de un Cacique infiel, su íntimo amigo, para asistir desde allí á los Indios de su Misión, mientras el Padre Presidente no dispusiera otra cosa. Habiéndole éste reconvenido por el abandono de la Misión, él; en carta de 22 de Abril, respondió en estos términos, traducidos fielmente del propio idioma:

«Rev. Padre Presidente.—Recibí la carta de V. R. é
« impuesto de su contenido, debo decirle que yo no he
« abandonado jamás esta Misión, que me cuesta tantos
« trabajos, ni á estos Indios confiados á mi cuidado. Yo me

« retiré al lado de del cacique Calvaqueu, porque, encon-
« trándome solo, no podía quedarme con seguridad de la
« vida en la casa de la Misión, porque, aunque el Señor
« Gobernador, á la retirada de los Españoles, me ofrecía
« un hombre, me privó del único Oficial simpático al Dis-
« trito, conocedor de éste y del carácter de los Indios. V.
« R. ve bien que, en este caso, era lo mismo que si yo
« quedara solo; porque, como sabe, los Indios obedecen
« solamente al Capitán y al Teniente, y nó á otros. El
« Capitán no estaba, el Teniente me fué negado, mi com-
« pañero estaba enfermo y los Indios se habían subleva-
« do. ¿Qué cosa podía hacer yo con un hombre inexperto?

«Además de esto, se había corrido la falsa noticia de
« que los Españoles, en su retirada, conducirían prisione-
« ros á Valdivia á todos los Indios que hubieran á la mano;
« por lo cual éstos huyeron precipitadamente á la montaña
« y no pude hablar sino á dos ó tres de ellos. Me pregun-
« taban éstos si también á mí me despedirían, llorando y
« suspirando por mí. En tan triste circunstancia no pude
« hacer otra cosa que consolarlos; asegurándoles que yo
« no los abandonaría; y en prueba de ello, desde la casa
« de Calvaqueu iba yo á visitarlos y socorrerlos, hasta
« que por fin llegaron los Padres Fr. Francisco Javier
« Alday y Fr. Lucas Aliaga, mandados por V. R., con los
« cuales, al anochecer del Martes Santo, pasé el río grande.

«Desde aquella noche empezamos á conocer la alegría
« de aquellos Indios. Nos trajeron á casa fuego con todo
« lo necesario, platos, cucharas, sal, ají, chicha, y además,
« la consoladora noticia de que ya todos se habían retira-



« do del monte, excepto el Cacique Teuquegur. Al día si-
« guiente empezamos á hablar á los indios, manifestándo-
« se todos tan contentos, que no puedo dignamente ex-
« presarlo. El mismo Teuquegur bajó en seguida del mon-
« te, como se lo contarán á V. R. los mismos Padres de-
« talladamente.

«Yo mandé á Valdivia lo que pude; porque, en cual-
« quier accidente, me era más fácil hacerlo volver de Val-
« divia, con el beneplácito de los Indios, que llevarlo á la
« misma ciudad, si, al retirarse los españoles, los Indios
« no me lo permitían. Ahora no hay nada de nuevo, y
« Dios sea alabado. Los Indios están alegres y conten-
« tos con nosotros, y nosotros con ellos: y creo que de hoy
« en adelante lo pasaremos mejor. Estimaría que V. R.
« mandase cuanto antes á esta Misión las cosas de aquí,
etc.»

Puede figurarse cada cual el desconcierto ocasionado por tantas guerras suscitadas por el enemigo infernal desde los primeros tiempos de esta Misión, para impedir su desarrollo. No dejaron los Padres Misioneros de consolar á unos y confortar á otros, á fin de que permanecieran firmes en las deberes que impone Dios y la Iglesia á sus fieles. No se reducía á las solas exhortaciones y á la predicación el fervor de su apostólico celo, sino que llegaron varias veces hasta privarse aun del necesario sustento para socorrer á los nuevos creyentes. En una epidemia que despobló todas aquellas tierra, se mantenían hasta diez y doce personas al día en la enfermería de la casa Misional; socorriéndolas con la asistencia, con medicinas y con el alimento necesario. Bendijo Dios estas obras de caridad,

superiores á las fuerzas de la Casa, consolando á aquellos buenos Padres Misioneros con la curación de todos los asistidos en la Misióu, mientras que gran número de personas morían diariamente en todo el Distrito.

Estos actos de perfecta caridad conciliaron á los Padres Misioneros todo el afecto y la veneración de los Indios, viendo que no se habían cuidado de sí mismos por asistir á las necesidades de los enfermos. Crecieron después en sumo grado la veneración y el afecto, cuando, aparecida la peste en todo el Reino de Chile, los Misioneros, abandonando el cuidado de sus propias personas, afrontaban la muerte, para socorrer á los apestados, sin que hubiera obstáculos ni dificultades capaces de impedir su celo. El Señor los consoló en todo aquel tiempo con la conquista de muchas almas para la gloria del Paraíso.

En efecto, en aquellos extremos de una muerte cierta, conferían el bautismo indistintamente á todos, tanto niños como adultos convertidos, haciendo así que volaran al cielo sus almas, antes que saliesen de casa sus yertos cadáveres. Por eso, cuando corrió la voz de que, á causa de la evacuación del fuerte, se suprimiría la Misión, muchos jóvenes, abandonando á sus padres y su hogar, se retiraron á Valdivia, para no exponerse á perder la fe, después la partida de los Misioneros; estuvieron en aquella ciudad hasta que se convencieron de que la Misióu continuaría como antes en sus tierras: lo cual mostraba claramente la veracidad de su conversión y su firme perseverancia en las máximas de la fe y de la piedad cristiana.

Sin enumerar los adúlteros y los amancebados y otros hombres de pública mala vida que, arrepentidos de sus

excesos, se retiraron á Valdivia para hacerse allí discípulos de Jesucristo, se sabe, por la relación de 1784, que en aquel poco tiempo, á pesar de tantas oposiciones y disturbios, se habían convertido, además de los bautizados, en gran número en artículo de muerte, 19 adultos, á los cuales se había conferido el santo bautismo después de las instrucciones necesarias, y que también 50 niños habían sido instruídos y bautizados. Se habían celebrado cuatro matrimonios, con solemnidad de rito católico, y 25 habían recibido los honores de los funerales y cristiana sepultura. Todos los demás daban buenas esperanzas de conversión á la fe de Jesucristo, como deseaban aquellos buenos Misioneros del Padre de las luces, de quien nos vienen toda cosa óptima y todo don perfecto, que comparte El en abundancia á quien piadosamente lo pide (1).

(1) Es necesario advertir que en algunas distancias de las casas de Misión descritas hasta aquí, en vez de seguir al Padre Ascasubi, he preferido los datos que me dieron en América el Padre Martínez y otros Misioneros Franciscanos, amigos míos, los cuales han consumido la mayor parte de sus vidas, recorriendo todas aquellas Misiones; y he obrado así porque, como lo advertí al principio, las distancias anotadas por el Padre Ascasubi parecen estar á veces totalmente en contradicción con el Mapa Tipográfico de las tierras araucanas mandado dibujar por la Corte de España. Molina y otros célebres escritores no están tampoco de acuerdo á veces con las descripciones del Padre Ascasubi El mismo Molina, además del lago de diez leguas indicado por nosotros, asegura que hay también otros muchos mayores. El Lauquén, por ejemplo, que se llama comunmente el lago de Villarrica, tiene, según él, setenta y dos millas de circunferencia; y ochenta millas asigna al lago Nahuelhuapi, que está en medio de la cordillera araucana. Ni son mucho menores el Pudahuel, el Aculeo y el Taguatagua, que se ve cubierto de muchas flotantes islitas.

IX

De las Misiones de la Jurisdicción de Chiloé

La Jurisdicción de Chiloé se extiende á todas las Islas que forman el Archipiélago de Ancud, llamado también de Chiloé, por ser ésta la isla más grande, donde reside el Supremo Tribunal dirigido por un Gobernador que manda en todo el Archipiélago. Los primeros que habitaron esta jurisdicción fueron algunas Colonias que arribaron de las partes australes de Chile, varios siglos antes de la llegada de los españoles; y para conservar la memoria en su descendencia, á la isla donde se detuvieron y á todo el Archipiélago los llamaron *Chilihue*, que quiere decir Provincia ó Distrito de Chile, de donde nació después el nombre de Chiloé. Cuáles sean las propiedades, tanto de esta isla como de todo el Archipiélago, ya se ha dicho en su lugar, en la descripción del Estado Chileno. Réstanos ahora hablar de las casas de Misión allí erigidas para beneficio de aquellos infieles. Estas eran cuatro, puestas bajo la dirección de los Padres Jesuítas, los cuales debían depender del Obispo de la Concepción, á quien está sujeta toda la Provincia del Archipiélago.

La primera Misión estaba unida al Colegio que los Padres Jesuítas tenían en Castro, capital de Chiloé y de toda la Jurisdicción. Fué erigida en 1646, por concesión del Señor Marqués de Mancera, Virrey del Perú, que la dotó también de una renta anual para sostenimiento de los Misioneros, é impuso á éstos la obligación de recorrer anual-

mente todos los lugares habitados del Archipiélago, para la conversión de los isleños.

La segunda es la misión del Archipiélago de los Chonos, que fué erigida á mediados del siglo XVI, poco después de la Misión de Castro, por empeño y apostólico celo del Padre Melchor Venegas y de otros Jesuítas. Esta Misión comprendía varios Distritos de Indios, que se descubrieron en Guaitecas, Charamapu y Alana, islas del mencionado Archipiélago, de las cuales los Padres Jesuítas pasaron sucesivamente á las islas vecinas, de Huaró, Quilán y de Chaulinec, que fué su última residencia cuando se suprimió la Compañía. Sucedieron á éstos los Padres Franciscanos, que acuden á las necesidades espirituales de aquellos distritos desde su residencia en Achao, una de las mejores posiciones de la isla de Icumchas, la más grande y la más poblada de todo el Archipiélago. La residencia en Achao, escogida por los Misioneros Franciscanos, habría sido bastante cómoda para los distritos de aquella Misión, si no se hubiera visto embarazado el apostólico ministerio de los Padres por la coincidencia de que los Españoles y todos los indios católicos establecidos en el Distrito de Achao pertenecían á la Parroquia de Castro, cuyo Párroco, no pudiendo asistirlos por la mucha distancia, descargaba todo el peso de aquella cura de almas, que era muy gravosa, sobre los hombros de los Misioneros.

La tercera Misión, llamada de San Carlos de Chonchi, está situada en el interior de la isla grande de Chiloé, á distancia de 40 leguas del puerto de Cucao, y á un cuarto de hora de navegación de la isla de Lemuy, una de las más pobladas del Archipiélago. Fué fundada hacia fines

de 1764, á petición de los mismos naturales de Huillinco, Notuco, Vilupulli y Chacao. Sus vecinos fueron á Santiago para recabar el permiso de fundar una ciudad, en la cual se estableciese una Misión, bajo la dirección de los Jesuítas. El Supremo Gobierno, viendo la utilidad de la petición, con decreto especial de 30 de Marzo de 1764, acordó á los delegados el permiso de construír la solicitada ciudad, bajo la advocación de San Carlos de Chonchi, y fué asignada á esta una casa de Misión, que debía erigirse á expensas del mismo Gobierno, el cual la dotó con la renta anual de 660 pesos por la facultad concedida por el Rey el día 12 de Febrero de 1764. Fué entregada á los Padres Jesuítas, que trabajaron en ella infatigablemente, con mucha ventaja para los isleños.

La cuarta Misión, finalmente, fué erigida en la isla de Quilán para la conversión de los Caucahues. Estos indios fueron descubiertos casualmente, en una expedición ordenada por el Gobierno de Chile en 1741, para reconocer sus costas hasta la latitud de 47 grados, donde se decía haber naufragado un barco inglés de la Escuadra de Jorge Anson, destinada á tomar la Plaza de Valdivia. El Padre Pedro Flores, Capellán de la misma expedición, cuando ésta abordó por casualidad á la isla de Cancahue, conoció por el trato de aquellos isleños, que eran de buen corazón y dóciles, y que podía fácilmente inclinarlos á abrazar el cristianismo, como realmente sucedió, pues con una simple predicación que les hizo los inclinó á abandonar la tierra nativa; y habiéndolos conducido á Chiloé, el Gobernador los admitió como soldados del Rey, y como tales les entregó la isla de Quilán, una de las últimas de aquel Ar-

chipiélago. Por algunos años no tuvieron otro socorro ni otro estímulo espiritual para su conversión que unos pocos días de Misión anual que les daba uno de los celosos Misioneros de los Payos, últimos habitantes de la isla grande de Chiloé, hacia el Sur. Mas, informado de su buena índole el Señor D. Antonio Guill y Gonzaga, Capitán General del Reino, por decreto de 12 de Julio de 1764, les concedió una Misión particular de los Padres Jesuítas, que debían residir en la misma isla; y así aquellos buenos isleños pudieron instruírse y abrazar la fe de Jesucristo.

He aquí cómo obra la Divina Providencia con los hombres de buena voluntad y rectos de corazón, para que resplandezca en ellos el sol de la justicia y se llenen de santa alegría, como dice la Escritura. Dirige Ella á Cancahue para un fin completamente diverso la expedición chilena, para que se descubriera la buena índole de aquellos isleños y fueran conducidos al centro de las Misiones de Chiloé, donde pudieran convertirse á la fe y salvarse. Dios, que es rico en misericordias, las emplea abundantemente con quien de ellas se hace digno, ó procura al menos no desmerecerlas; pues es cierto que la gracia y la misericordia de Dios son un don puramente gratuito, que Él da á su arbitrio, como quiere, á quien quiere y cuando quiere, como escribió San Pablo á los Romanos (1).

Es cierto también que ninguno, con sus solas fuerzas, puede adquirir un derecho de pura justicia, para merecer la gracia de Dios, como si estuviera Él obligado á dársela; porque, si es gracia, no viene de los meritos; de lo con-

(1) Miserebor cujus misereor; et misericordiam praestabo, cujus miserebor. Ep. ad Rom., c. 9, v. 15.

trario, no sería gracia (1). Mas, es cierto al mismo tiempo que, aunque completamente gratuita, á nadie se niega, si nosotros cooperamos á su objeto, que es la santificación, es decir, si correspondemos á las buenas inspiraciones de la voluntad, y á las santas inclinaciones que sentimos en el corazón por los impulsos de la gracia; entonces, por bondad de Dios, que así nos dispone interiormente con sus primeras gracias, adquirimos un derecho á las otras gracias que nos deben santificar y operar eficazmente nuestra eterna salvación. Por eso «convertíos á Mí, nos dice Dios en los Profetas, y Yo me convertiré á vosotros» (2); y nos repite más ampliamente la misma promesa cuando nos dice que aun el impío, si hace penitencia, se salvará (3). Va de tal manera unida nuestra cooperación á los primeros impulsos de la divina justicia, que no puede de ella separarse. De lo cual deduce San Agustín, que á un hombre adulto, capaz de reflexión, Dios no lo salva sin su cooperación (4). En efecto, la justificación es una obra meritoria y, por tanto, voluntaria; y el estado de gloria, un premio que se da á quien lo merece (5), concluye el citado Doctor. Correspondamos, pues, á los movimientos de las primeras gracias, que Dios no niega á ninguno; seamos hombres de buena voluntad y rectos de corazón ha-

(1) Non volentis, neque currentis, sed miserentis est Dei. Ibid.

(2) Convertimini ad me et ego convertar ad vos. Zach., c. 1, v. 3.

(3) Si autem impius egerit poenitentiam ab omnibus peccatis suis, quae operatus est, et custodierit omnia praecepta mea et fecerit judicium et justitiam; vivet, non morietur. Ezechiel, cap. 18, v. 21.

(4) Sine voluntate tua non erit in te justitia Dei. Serm. 160, c. 15.

(5) Qui ergo fecit te sine te, non te justificat sine te. Ser. 160, cap. 11.

cia El, y nada temamos por lo que á Dios toca; porque es cosa indudable y de fe, que Dios nos quiere salvar á todos (1), y para este fin ha derramado su preciosa sangre por todos (2). Así pues, si nada falta de nuestra parte, es cierto que seremos todos salvados, por medio de su gracia (3); como lo hemos visto en los indicados salvajes, que, habiendo correspondido á las luces naturales, animados de los primeros impulsos de la divina, merecieron ser favorecidos y salvados por Dios, como lo hizo también con un Cornelio y con tantos otros. Por lo cual, con razón dice Santo Tomás que aun los hijos de las selvas pueden salvarse, si viven según el dictamen de la razón; de donde deduce San Agustín que cualquiera que haga buen uso de los bienes naturales, ó sea, de las luces de la razón, y corresponda á la gracia preveniente, que no se niega á ninguno, recibirá el supremo bien, que es la paz en la inmortalidad, que Dios á todos nos conceda.

CAPÍTULO II

De la desolación de las indicadas casas de Misiones, y de los principios de su reparación

No es posible recordar sin pena el éxito funesto de tantos sufrimientos y fatigas, sostenidos con sudores de sangre por los celosísimos Padres Franciscanos, para la con-

(1) Qui omnes homines vult salvos fieri. Ep. ad Thim.

(2) Pro omnibus mortuus est Christus. Ep. 2 ad Cor., cap. 5.

(3) Factus est omnibus obtemperantibus sibi causa salutis aeternae. Ep. ad Hebr., c. 6, v. 9.

versión de los infieles del Estado Araucano y sus confederados. Ya hemos visto más arriba que, apenas sofocado el incendio de la fatal revolución de los Llaneros de Arauco, con la paz de 1772, los Padres Franciscanos del Colegio de Chillán mandaron á muchos de los suyos á ocupar las Misiones de Arauco, Valdivia, Santa-Bárbara y la Mariquina, que habían quedado en pie, en medio del exterminio general de todas las otras. Después lograron con gran fatiga organizar las Misiones de Cadico, Imperial, Lolco, Tucapel, Toltén, Arique, Gañihue, llamada también San Antonio de Nanique, Chinchilca y Río-Bueno. No satisfecho su apostólico celo con estos admirables adelantos hechos en el breve espacio de veinte y cinco años no cumplidos, tuvieron también el placer de fundar de nuevo las utilísimas Misiones de Marvén, en las faldas de la Cordillera de los Puelches; de Jesús Crucificado, en la costa de Niebla; de San Juan Bautista, hacia la misma costa; de Nuestra Señora del Rosario, en Dallipulli; de San Juan Capistrano, en Cayunco, y de San Bernardino, en Quilacahuín; recorriendo así libremente todo el Estado de Arauco y las tierras de sus aliados, desde Chillán, que está á cerca de 36 grados de latitud meridional, hasta las vastas comarcas de los Guilliches, los Cunchos y todo el Archipiélago de Chiloé y de los Chonos, más allá de los 45 grados de la misma latitud, y en una extensión de más de 600 millas.

Después de la Relación de 1784, no sabemos detalladamente cuál fuese el fruto que aquellos buenos Misioneros sacaron de sus grandes fatigas. Pero el dignísimo Padre Franciscano Melchor Martínez, de la Regular Obser-

vancia, uno de los Misioneros más instruídos que yo he tratado familiarmente en América y que había empleado veinte años de ardua labor en la conversión de los Araucanos, me aseguró que el fruto de las referidas Misiones había sido verdaderamente copioso y consolador; pero que, en lo mejor de su alegría por la abundancia de las conversiones, fueron tronchadas todas su esperanzas de hacerlos enteramente católicos; y, obligados por último á huír, hubieron de abandonar totalmente sus apostólicos trabajos. La primera pérdida que sufrieron fué la de las casas de Marvén y de Lolco, destruídas por los revoltosos con las de Imperial y Toltén; es decir, las cuatro Misiones que formaban la única comunicación por tierra, de las regiones de Valdivia con el Colegio de Chilláu y con Santiago. Quedaron entonces sólo quince Misiones, en cuya administración trabajaban treinta celosísimos Padres en unión de algunos buenos laicos, bajo la dirección de un Prefecto residente en Valdivia, que visitaba las Misiones casi todos los años con la más escrupulosa exactitud; y todo marchó regularmente con gran provecho de aquellas almas y consuelo grande de los Misioneros, hasta el año 1810, en que estalló en Chile el descontento contra el dominio de España, y cundió por todas partes el incendio de la revolución, que no respetaba nada que pudiera ser obstáculo á la ejecución de sus proyectos de independencia. Por esto se vieron atacados por las armas revolucionarias todos los eclesiásticos y, en primer lugar, los Padres de las Misiones, que, defendidos vigorosamente por un ejército Español establecido en las fronteras arau-

canas, se mantuvieron en sus casas hasta 1817, en el ejercicio de sus Misiones (1).

En esta época triunfaron las armas de los revolucionarios, que se esparcieron en seguida por todas las Provincias del Estado. Los Padres de Chillán, que eran los más expuestos al furor de la revolución y los primeros que se buscaban por los revoltosos, hubieron de huír precipitadamente; y dirigiéndose unos á la playa del mar y otros caminando siempre por tierra, se refugiaron en Lima, en el Perú, después de mil peligros y penosísimas fatigas durante todo el viaje. Al año siguiente, 1818, el ejército chileno, al retirarse victoriosamente hacia Santiago, desde Chillán, olvidando el sagrado deber de conservar celosamente á la Patria los lugares de pública instrucción, como era aquel colegio, le prendió fuego, y por ocho días seguidos, desde el 16 hasta el 24 de Enero, ardió aquel edificio miserablemente, hasta que las llamas redujeron á un montón de cenizas la obra de tantos años y que tantos beneficios produjo á la Religión, á la Patria y á todos los pueblos del Estado Araucano. Otras casas sufrieron también el mismo infortunio, y sólo quedaron en pie las Misiones que estaban en el interior de las regiones infieles, y que, por su gran distancia y por la situación casi del todo inaccesible, se creían á salvo de los furores de la guerra. Mas, no se

(1) Ni fueron atacados todos los eclesiásticos, puesto que hubo entre ellos muchos y muy ilustres defensores de la Independencia; ni mucho menos se hizo guerra á los Misioneros, como tales. Hubieron, sí, de sufrir, como todos, las naturales consecuencias de aquella gran revolución. Sea dicho con permiso del piadoso Autor.

(Nota del Traductor)

hizo esperar mucho el desengaño de esta vana persuasión. En efecto, en 1819, Lord Cochrane, entrando en el Puerto de Valdivia con un destacamento de chilenos y habiéndose apoderado de aquella Plaza, mandó desde ahí á sus más animosos soldados á sorprender y devastar todas las casas de las Misiones, aprisionando á los Misioneros, muy pocos de los cuales lograron salvarse, quién en la montaña y quién en las cabañas de los indios, que miraron como un deber acogerlos y ocultarlos.

De este modo terminaron desgraciadamente el Colegio y todas sus casas de Misión; pero nó las persecuciones y los tormentos de los afligidos Misioneros, pues todos aquellos que se dejaron sorprender, fueron conducidos maniatados á Santiago, como trofeo de victoria de los asaltantes, y, encerrados allí en una tétrica prisión, se les hizo soportar las más increíbles mortificaciones. Los Misioneros que en 1817 huyeron á Lima, sorprendidos tres años después por las tropas chilenas, que unidas á las del Río de la Plata invadieron el Perú, fueron también conducidos á Santiago, cargados de cadenas, y distribuídos en otras tantas cárceles diferentes, donde sufrieron todo género de calamidades. Algunos, vencidos por los sufrimientos, allí dejaron tristemente la vida; y todos los que, por su robustez, resistieron á los rigores de las cárceles, fueron en 1822 confinados de dos en dos á lejanas regiones del Estado, con prohibición de predicar y confesar bajo pena de la vida, convirtiendo así á aquellos buenos siervos de Dios en oprobio de la sociedad y dando un triste espectáculo á toda la Nación.

Tal ha sido, respecto á las Misiones de la Araucanía, el

infausto fin de las celosísimos Padres de la Regular Observancia, no menos triste que el de los Misioneros Jesuítas. Parece que ninguno de ellos merecía terminar tan desgraciadamente el curso de sus apostólicas fatigas, puesto que, tanto los unos como los otros, habían sido siempre respetuosos del Gobierno, afectos á la Nación y cuidadosos de su apostólico ministerio. Cuando se trataba de ganar un alma para Dios, no se economizaban fatigas, ni se atendía á las dificultades y peligros de la obra. Por eso, como ya en otra parte lo indicamos, muchos de ellos rindieron allí gloriosamente su vida, en santa ancianidad, y otros, oprimidos por la mano ingrata de aquellos mismos á quienes procuraban hacer el bien, convirtiéndolos á la fe. Pero, si sólo han encontrado ingratitud de parte de los hombres, tanto más grande será para ellos la recompensa de Dios; y si los Jesuítas, por su supresión, y los Franciscanos, por las persecuciones y prisiones sufridas, han tenido el inmenso dolor de ver destruído en un momento todo el fruto de sus fatigas en la conversión de los Araucanos, bien sabe Dios cuáles son sus motivos y sus fines, que nosotros debemos suponer justísimos. Los juicios de Dios, en efecto, son ciertamente incomprensibles, pero todos rectos; las disposiciones de su divina voluntad no siempre son conocidas al hombre, pero siempre tienden á su mayor bien. Él tiene en sus manos los destinos de todos, pero todos los gobierna y regula con equidad y justicia. Da á algunos sus misericordias y las niega á otros, pero siempre por justas razones; permite que de una misma masa unos salgan vasos de elección y de perfume, y otros vasos de reprobación y de ignominia, pero siempre por los méritos ó de-

méritos, que en cada uno reconoce y según el orden general de su Divina Providencia. Si Dios, pues, ha permitido que los Araucanos quedaran privados de tantas casas de Misiones, que los buenos Jesuítas y Franciscanos habían establecido en esas tierras, y que se perdiera en gran parte el copioso fruto de sus apostólicas fatigas, Él sabe el justo motivo, y nosotros debemos adorar en esto las impenetrables disposiciones de su divina voluntad.

Toca entre tanto á todos los fieles cristianos suplicar fervorosamente á la infinita bondad del mismo Señor, que no aleje del todo sus divinas misericordias de aquellos desgraciados gentiles, ya que todavía queda entre ellos un pequeño resto de las antiguas Misiones, donde pueden acudir para sus necesidades espirituales. En efecto, en carta de 4 de Marzo de 1824, escrita desde el lugar de su destierro por el Prefecto de aquellas Misiones, al varias veces citado Padre Misionero Franciscano Fr. Melchor Martínez, se lee lo siguiente: «Puedes estar contento y satisfecho, porque tu Misión de Quilacahuín es la única que existe, gracias á que el Padre Palma, que estaba en ella cuando destruyeron las Misiones, se ocultó en las montañas y, pasado el trastorno, pudo restaurarla, y continúa en ella con tan buen fruto que en este año los indios de las destruídas Misiones circunvecinas han presentado al bautismo más de mil niños.»

Esta última noticia, en particular, es muy consoladora, porque demuestra la laudable disposición de aquellos buenos indios, y está conforme á lo que me relató de viva voz el Padre Martínez, diciéndome haber dejado en su Misión, la última que él fundó, más de quinientos indivi-

duos, en la mayor parte adultos convertidos, catequizados y hechos cristianos por él; y que se notaban buenas disposiciones en todos los de las Misiones vecinas. Él se vió obligado á abandonar aquel amado pueblo y á huír precipitadamente á Lima, y después á Córdoba y á Montevideo; porque, siendo uno de los más respetables Misioneros que habían hablado contra los revoltosos, se le perseguía de muerte. Por lo demás, si abandonó corporalmente las Misiones, no las abandonó con el espíritu; pues en los dos meses que tuve el gusto de tratarlo en Montevideo, le oí varias veces suspirar por sus amados Araucanos; y en su gratísima carta que me escribió de Tudela de Navarra, su patria, con fecha 26 de Septiembre de 1825, apenas llegado de América, me dice así: «Me encuentro « ocupado, por orden del Rey, en la misma comisión que « tuve en Chile, de escribir la historia de aquella revolu- « ción. ¿Quién podrá recordar sin lágrimas la invasión « de los males que inundaron las Misiones de Arauco, don- « de he dejado mi corazón? Faltan, por otra parte, los do- « cumentos, que me hacen la obra más difícil y la priva- « rán de la fuerza y del crédito que debería tener en sí « misma»; etc.

No menos afectuoso recuerdo conservaban también los otros Padres, de sus respectivas Misiones; como se ve por la citada carta, escrita por el Prefecto al Padre Martínez, que dice entre otras cosas: "El Gobierno de Chile, á peti- " ción del Gobierno de Valdivia, ha dispuesto enviar á " las Misiones capaces de restauración, á los Padres Fr. " Antonio Rocamora y Fr. Antonio Hernández, los cuales " van contentos por el afecto que tienen á aquellas casas

" y á los indios mismos. Van igualmente con éstos, dos
" Padres Mercedarios, dos Dominicanos y dos Agustinos;
" mas, los seis últimos no son *ex semine illorum per quos*
" *salus facta est in Israel*, y sólo los manda el Gobierno
" para instruír y catequizar á los indios en el sistema re-
" volucionario, para inclinarlos así á adoptar su partido."

Mas, cualquiera que sea el fin del Gobierno, al mandar nuevos obreros á reabrir las Misiones en la frontera de los Araucanos, no debemos desesperar de la misericordia de Dios; puesto que también un San Pablo fué mandado por el Príncipe de los Sacerdotes para conducir cargados de cadenas á Jerusalén á todos los cristianos de Damasco; y, sin embargo, también de perseguidor tornóse Apóstol de las gentes. El Profeta Balaam, llamado por el Rey de los Moabitas para maldecir al pueblo de Israel, no distribuía sino bendiciones, por más que se esforzara en complacer al Rey. Del mismo modo, aunque sea reprobable el fin del Gobierno Chileno, al mandar á aquellos nuevos obreros y aunque procuren éstos secundarlo, siempre debemos nosotros esperar que los efectos sean ventajosos y laudables. Dios, que hace brotar luz de las tinieblas, y que llamó á su escuela á Mateo en el telonio, á la Magdalena en una solemne reunión, y á tantos otros en las más desfavorables circunstancias, abrirá también los ojos de los Araucanos, como los del ciego de nacimiento, para que conozcan la verdadera luz de las verdades evangélicas y sean sus verdaderos secuaces, á pesar de todas las instrucciones contrarias de los nuevos Misioneros, en el caso de que éstos sean capaces de traicionar la augustísima dignidad de su augusto ministerio. Una de

las Misiones está ya reabierta, y bien atendida por el celosísimo Padre Palma; y los citados Padres Rocamora y Hernández han ido, entre ambos, confines santísimos, é inflamados de celo. Estos enmendarán cualquier posible yerro de los otros; y me halaga la esperanza de tener, pasado algún tiempo, el consuelo de oír que han vuelto á su antiguo esplendor todas las Misiones, con el favor de Nuestro Señor, que no permite jamás que ninguno se pierda de los que desean seguirlo: y que espera siempre con los brazos abiertos la conversión de todo el mundo.

Mientras esto escribo, cábeme el inexpresable consuelo de ver robustecerse cada vez más mis fundadas esperanzas de que las conversiones de los Araucanos volverán en poco tiempo á su primitivo buen éxito, gracias á los Misioneros, que allí conducirá desde la Concepción el Rev. Padre Maestro Arce, de los Recoletos Dominicanos de Santiago de Chile. Este sabio y celoso Religioso, que fué nuestro compañero de viaje de Roma á Chile, después de haber ayudado al Vicario Apostólico en su Misión, y haber hecho todo esfuerzo por retenerlo primero en Santiago, y después en Montevideo por medio de las cartas que me escribió á mí y á él directamente, me ha enviado en estos días una nueva carta, que traduzco íntegramente por las noticias que nos comunica, fuera del último párrafo, que únicamente interesa á nuestro objeto. La carta dice así:

"Señor Don José Sallusti.—Santiago de Chile, 26 de " Junio de 1825.—Mi querido amigo: he recibido sus dos " amables cartas, fechadas en Montevideo, una del 2 de " Enero, y la otra del 4 de Febrero. Mi deseo de que

" Monseñor no regresase á Europa hasta que no recibie-
" ra respuestas de Su Santidad sobre los resultados de su
" misión en Chile, parecía estar de acuerdo con los acon-
" tecimientos, que debían necesariamente ocurrir en la
" situación política de los asuntos de Chile, que van
" cambiando de aspecto progresivamente á causa de las
" dos completas derrotas que han sufrido los Realistas en
" el bajo y alto Perú. Olañeta, que estaba á la cabeza del
" resto del ejército Real en el alto Perú, quedó muerto
" en el campo de batalla. En todo el Perú no queda un
" Realista armado fuera de la fortaleza del Callao, que
" está sitiada por mar y tierra. Á consecuencia de la
" destrucción del ejército de los Realistas en el Perú, las
" cuatro Provincias situadas en el territorio del Desagua-
" dero hasta Jujuy, que pertenecían al virreinato de
" Buenos-Aires, se han reunido en Congreso con objeto
" de adoptar la forma de gobierno que ellas mismas re-
" suelvan. Naturalmente preferirán formar parte inte-
" grante de la Confederación Americana, declarándose
" independientes tanto de Buenos-Aires como de Lima,
" por su favorable situación local, y dependientes única-
" mente del Congreso General que va á reunirse en el
" Istmo de Panamá. Méjico, Colombia y Perú nombra-
" ron ya sus diputados, dando también las órdenes del
" caso para que marchen en seguida á Panamá, donde el
" Gobierno de Colombia invita al de Chile á mandar sus
" respectivos representantes.

"Benavente y Pinto están fuera del Ministerio. Nues-
" tro congreso se disolvió á causa de la recíprocas discor-
" dias. En estos días, á no dudarlo, se repetirán los tu-

" multos populares provocados por los mismos liberales,
" que no pueden ponerse de acuerdo en los principios,
" que calientan demasiado las cabezas. Por lo demás, to-
" do se arreglará prontamente en el Congreso General de
" las dos Américas.

"El congreso de Buenos-Aires tendrá el mismo fin
" desastroso que el nuestro. En Córdoba, contra la volun-
" tal de los Filósofos de Buenos-Aires, ha sido ele-
" gido nuevamente Bustos para Gobernador de la Provin-
" cia á causa de la tolerancia de los cultos proclamada en
" Buenos-Aires contra los sentimientos del pueblo, y
" porque se preveía que los Regulares serían suprimidos,
" si no tuvieran á la cabeza un protector como Bustos.

"La situación de los Regulares, en Chile, sigue en el
" estado en que Ud. la dejó. A pesar de los repetidos
" decretos firmados por la mayoría del Congreso, á fin de
" que se pusieran en venta los bienes de los Regulares, no
" ha habido ninguno que se haya atrevido á comprarlos; á
" lo cual mucho ha contribuído la Carta Apostólica de
" Monseñor por su protesta de nulidad contra los Decre-
" tos del Gobierno.

"Yo he estado cuatro meses en el Obispado de la Con-
" cepción, donde he visto con mis ojos, los males innumera-
" bles que inundan aquella Iglesia, y no he podido quedar
" insensible ante los desastres que afligen á toda la Pro-
" vincia, en la cual tuve la fortuna de ver la primera luz
" del día. He resuelto volver en la primavera, con otros
" compañeros, y recorrer toda la Provincia predicando,
" confesando y dando ejercicios, para distribuír de algún

" modo el alimento espiritual de que están privadas las
" 300.000 almas comprendidas en aquel Obispado. V. S.,
" por los conocimientos que tiene de la escasez y de la
" habilidad de los Ministros, no deje de influír y de em-
" plear los recursos que le inspire su caridad, á fin de que
" la Provincia de la Concepción sea socorrida y reorgani-
" zadas sus Misiones, en este tiempo en que el Filosofismo
" pretende arrebatarla á la Iglesia Católica, para lo cual
" distribuyen gratis numerosos ejemplares de Volney, con
" la pretensión de que estos pueblos vuelvan al estado de
" ignorancia y de barbarie, fruto del decantado Filoso-
" fismo.

"Salude de mi parte al Reverendísimo Padre Sopena, á
" Mastai y á Bleggi. No deje de escribirme en primera
" oportunidad. Dios guarde á V. S. mil años. B. S. M. su
" servidor y amigo, Fr. Ramón Arce."

Su Santidad trasmitió esta carta á la Sagrada Congregación de Propaganda, que ciertamente la tomará muy en cuenta. Yo, mientras tanto, en el Duplicado que he escrito al dignísimo Padre Arce, lo estimulo grandemente para que, después que haya recorrido toda la Provincia de la Concepción, dirija todo su cuidado á los Araucanos de aquellas fronteras, á fin de hacer revivir las antiguas Misiones, abriendo así un vasto campo al apostólico celo de sus compañeros, hasta que la Sagrada Congregación de Propaganda tome ulteriores disposiciones. Le indico también que, no existiendo ya las antiguas casas para la habitación de los Misioneros, ponga en uso las Misiones circulares de los antiguos Jesuítas; advirtiéndole que, ordenadas sabiamente, pueden ser de suma utilidad, por lo

menos hasta que se reedifiquen las mencionadas casas, para el bien de toda la Nación, puesto que, por su medio, se conservarán las conversiones hechas por los Padres Franciscanos y se harán otras muchas nuevas.

En efecto, el citado Padre Martínez en su erudita disertación del 13 de Mayo de 1806, en defensa de la práctica de bautizar á los niños en las Misiones circulares, es de opinión que deben éstas mantenerse, y que es lícito bautizar en ellas á los niños, cuando prometen sus padres con solemne palabra de honor hacer instruír á sus hijos en las máximas de la fe; y asegura que tales promesas son de mucha eficacia entre los salvajes de Arauco; en prueba de lo cual, cuenta lo siguiente: Se presentaron á la Plaza de Nacimiento los Caciques de Angol, de Nininco y de Purén, que, dirigiéndose al respectivo Comandante, le rogaron enviara dos Misioneros á sus Reducciones para predicar la palabra de Dios y bautizar á sus hijos. El Comandante escribió al Colegio de Chillán, que le mandó en seguida dos Padres Misioneros. Estos, después de conferenciar con el Comandante, convinieron con los Caciques sobre el día de la partida para aquellas Reducciones. Antes de ponerse en camino, se hizo, en presencia del Comandante y á instancia de los Caciques, un pacto mutuo, en el cual se establecieron las siguientes condiciones:

1.ª Que los Caciques se hacían responsables de la seguridad y del libre tránsito de los Misioneros en sus tierras; 2.ª Que, llegados los Misioneros á sus Reducciones, los Caciques procurarían reunir á sus Indios para que escuchasen la divina palabra; 3.ª Que los Misioneros tendrían

facultad de permanecer donde les agradase todo el tiempo que estimasen necesario para desempeñar su ministerio; 4.ª Que, si deseaban hacer bautizar á sus hijos, los respectivos padres debían prometer, bajo palabra de honor, que, llegados á la edad suficiente, se pondrían á disposición de los Misioneros, para poderlos instruír en las máximas de la Fe y en sus propios deberes sin que ninguno pudiera impedirlo; 5.ª Que nadie podría estorbar á otros que abrazaran la Religión católica, fueran éstos hombres ó mujeres, de cualquiera edad y condición; 6.ª Que este tratado debía ser perpetuo é irrevocable, de tal manera que, en cualquier caso, aún de guerra con los Españoles, tendrían derecho los Padres Misioneros para entrar en sus tierras, recorrerlas y detenerse en ellas para predicar, instruír, bautizar y administrar otros Sacramentos; prometiendo los Misioneros no imponer á los Indios gasto alguno, pues todos corrían á cargo de la corte de España.

Los Caciques, aceptadas que fueron estas condiciones, quisieron que también los Misioneros aceptasen estas otras:

1.ª Que los Misioneros no debían obligar ni hacer violencia á ninguno de los Indios para que abrazase la Religión cristiana; 2.ª Que no llevasen consigo ni permitieran en sus tierras á ningún comerciante español, con vino, aguardiente y otras mercancías destinadas á explotar á los indios, á ocasionar tumultos, á introducir el lujo y el espíritu de avaricia entre ellos; 3.ª Que los Misioneros bautizaran á sus hijos, sin que por este título, ni el Rey de España ni ningún otro adquiriera derecho alguno para echarlos de sus tierras; 4.ª Que los Misioneros prometie-

ran no dar noticia ó descripción de lo que vieran en sus tierras, ni á los jefes de los Españoles, ni á ningún otro; y mucho menos hacer falsas referencias; 5.ª Que fuera obligación del Superior mandar Misioneros conocidos, competentes en su ministerio y capaces de hablar el idioma araucano.

Hecho esto, los Caciques prometieron á los Misioneros y al Comandante la más escrupulosa exactitud en todos sus pactos y condiciones; y quisieron que la misma exactitud prometieran también los Misioneros en lo que á ellos concernía. En seguida el Comandante, poniéndose en pie y tomando con reverencia la mano derecha de los Misioneros, se dirige á los Caciques y les dice con aire de gravedad: Recibid y dad la mano de seguridad, seriedad y de honor, á estos Ministros de Dios que en nombre del Rey, el cual los manda para vuestro bien y para vuestra eterna salud, yo ahora os confío; haciéndoos responsables de cualquier vejación ó maltratamiento que sufrieren por vuestra culpa. Uniendo entonces las manos los Padres y los Caciques, se las estrecharon recíprocamente y todos los Indios y Españoles presentes á este solemne acto de amistad y de concordia, lo aprobaron, lo confirmaron y lo hicieron más solemne aún con sus entusiastas aclamaciones.

Estas formalidades y públicas ceremonias, que suelen practicarse por los Araucanos en sus pactos y promesas solemnes bajo palabra de honor, no de otra manera que en las naciones más civilizadas, tienen entre ellos tanta fuerza que, en los casos de contravención, el medio más seguro para volverlos al deber, es reprocharles su falta recordándoles la solemne promesa y la palabra de honor que

han dado. Dice, en efecto, el Padre Martínez que refrenan al instante los ímpetus de la ira y se abstienen ordinariamente de cualquiera determinación contraria. En prueba de ello cuenta que, habiendo él mismo vivido en una de las más remotas y bárbaras Misiones, región que gobernaba un Cacique muy feroz y sanguinario, que tenía varias mujeres, según la costumbre del país, una de ellas, movida por la divina gracia al oír la palabra de Dios, manifestó al mismo Padre Martínez su deseo de bautizarse. El, guiado por la prudencia y la experiencia adquirida en tantos años de Misión, la mandó con el mayor secreto á una casa misional, defendida por el Fuerte. Apenas lo supo el Cacique, montado en cólera y despidiendo rayos de fuego por los ojos, se presentó al Misionero con varios Indios armados y tan furiosos como él, reclamando su mujer. No hubo manera de calmarlo; hasta que, por fin, iluminado por Dios el buen Misionero, principió á recordarle, reprochando con santo celo al furioso Cacique, la solemne promesa y la palabra de honor bajo la cual se había comprometido á no impedir la espontánea conversión de cualquiera de sus indios á la fe de Jesucristo. Bastó esto para que se calmara inmediatamente y diera pleno consentimiento á la conversión de su mujer; la cual en seguida se instruyó, se bautizó y vivió tranquilamente con él, sin ser molestada jamás porque cumplía los preceptos de nuestra santa Religión.

Este hecho, y otros muchos que podríamos citar, manifiestan, en general, el carácter de los Araucanos en orden al cumplimiento de sus solemnes promesas; y prueban que no deben reprobarse las Misiones circulares, ni la admi-

nistración en ellas del santo bautismo, aún á los niños, cuando dichas Misiones sean pedidas por los respectivos Caciques y cuando antes de empezar se obtenga previamente la solemne promesa y la palabra de honor con las relativas condiciones; porque, suponiéndola, como es realmente, un acto sagrado é inviolable en las convenciones civiles, será por ellos respetada, y los niños bautizados podrán ser, á su tiempo, instruídos por los Misioneros y hacerse así buenos cristianos y dignos secuaces de Jesucristo. Por esta razón así lo practicaban los Padres Jesuítas, con el beneplácito de la Sagrada Congregación de Propaganda; y si hubo desórdenes y no se obtuvo siempre el éxito que esperaban aquellos celosísimos Padres de la Compañía, ello debe atribuírse en gran parte á las muchas revoluciones, en las cuales, roto todo freno por los ímpetus del furor, olvidaban todas las máximas y la disciplina que habían aprendido de los buenos Misioneros.

Deben también tomarse en cuenta los grandes beneficios que pueden resultar del libre acceso que, con las Misiones circulares, se obtiene á las tierras de los Indios; pues así se conserva siempre viva y animada la fe en los bautizados, y todos los que, por curiosidad ó por verdadero deseo de instruírse, vayan á los sermones, encontrarán ocasión de inclinarse á lo que oyen y nacerá así la fe y muchos de ellos se convertirán efectivamente, ya que, como asegura San Pablo, la fe nace de oír la recta explicación de sus fundamentos y motivos (1). En efecto, el hombre racional, iluminado por la gracia de Dios, no dejará

(1) Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi. Ep. ad Rom., c. 10, v. 17.

de comprender la suprema racionabilidad de nuestra divina creencia y, adhiriéndose á ella, irá mudando gradualmente las malas inclinaciones de la depravada naturaleza y llegará á ser al fin un digno discípulo de Jesucristo; pues, como bien dice Horacio:

"A ninguno tan rudo hizo Natura
Que al fin no se suavice
Con un constante roce de cultura."

Al uso de bautizar á los niños en las Misiones circulares, oponen algunos la respuesta de Benedicto XIV dada al Arzobispo de Tarso, en 28 de Febrero de 1747, cuyo párrafo 23 está concebido así: "No puede negarse que el grave " peligro de perversión en esta materia sea de suma importancia. El Obispo de Quebec expuso, en otra ocasión, " que algunos de aquellos bárbaros, aunque bautizados, " no practicaban ningún acto de Religión; pues tienen " por costumbre que, apenas nacido un hijo, lo presentan " en seguida á los cristianos, para que lo bauticen; pero " los tales, una vez adultos, siguiendo el ejemplo de sus " padres, aborrecen la santidad de nuestra Religión. Así " pues, no sin motivo preguntó el mencionado Obispo si " debía conferirse el bautismo á aquellos niños. A esta " cuestión, examinada que fué en la Congregación del " Santo Oficio, en sesión celebrada el 3 de Mayo de 1703, " se respondió que no era lícito dar el bautismo á los " niños hijos de infieles, y que deben dejarse en sus manos. á no ser que se encuentren gravemente enfermos, " ó sea, en peligro de muerte (1); y que era lícito, si son

(1) Non licere si sint filii infidelium, et in potestate eorum relinquendi, secluso tamen mortis imminentis periculo.

" hijos de bárbaros bautizados; siempre que sean instruí-
" dos por los Misioneros y por sus mismos padres en los
" preceptos de la santa Religión y en los misterios de la
" fe, cuando sean capaces de aprenderlos (2)."

Se debe advertir que el Sumo Pontífice en esta Bula trata precisamente de los niños hebreos y; con esta ocasión, entra á hablar de los hijos de los turcos y de los otros infieles, que, como se nota en los párrafos 19 y 21 de la misma Bula, son presentados al bautismo, no ya con el fin de hacerlos cristianos y para que se borre en ellos la mancha del pecado original, sino por una simple superstición, creyendo librarlos, con el bautimo, de las vejaciones de los espíritus malignos, de los maleficios, de las fieras y de las enfermedades corporales. Y, como es moralmente cierto que esos niños, tanto hebreos como turcos, bautizados en esas circunstancias, serán pervertidos en la edad adulta por sus mismos padres, como enemigos capitales de nuestra santa Religión; por eso, la Sagrada Congregación del Santo Oficio, en el citado párrafo veinte y tres, queriendo generalizar su respuesta, para comprender en ésta todos los casos, respondió al Obispo de Quebec, capital del Canadá, en la América Francesa, que, fuera del peligro de una muerte inminente, no es lícito bautizar á los hijos de los infieles que han de quedar después del

(2) Licere vero, si sint filii barbarorum baptizatorum; curandum tamen per Missionarios, ac per ipsosmet eorum parentes, ut cum ad annos discretionis pervenerint, á se vel ab aliis instruantur, præsertim si in illis regionibus non prævideatur in promptu adfuturos Ministros Evangelicos, qui in hoc parentum commode supplere possint defectum, &...Bulla quae incipit: *Postremo mense etc.*

Bullarum T. 2.

bautismo bajo la patria potestad, por la seguridad moral que hay de que sean pervertidos en la adolescencia.

Pero creemos que esta respuesta no puede adaptarse en todo al caso de los Araucanos; porque no subsisten las mismas circunstancias; pues los Araucanos presentan á sus hijos al bautismo con verdadero ánimo de hacerlos cristianos, y de educarlos según las máximas, y la disciplina de la Religión Católica; y como no estan infestados por ningún error contra los dogmas de la fe, el peligro de perversión no puede tener lugar. Lo único que puede temerse es que, por circunstancias imprevistas, los niños bautizados se den más tarde á la vida licenciosa sin el necesario conocimiento de nuestra Religión y de sus obligaciones, si se descuida su educación, y en este caso pecarían por ignorancia, y no por un positivo error contra los dogmas, puesto que no los conocen. Siempre pues que haya una fundada esperanza de poder educar en las máximas de la Religión á los hijos de los Araucanos gentiles, cuando lleguen á la edad suficiente, creemos que no debe negárseles el bautismo, cuando sus mismos padres los presentan al legítimo Ministro y prometen á éste hacerlos instruir á su debido tiempo. En un sacramento de tan absoluta necesidad que, sin que se reciba efectivamente ó al menos con el deseo, no hay de hecho esperanza alguna de salvarse, no debemos ser tan rigoristas, después del ejemplo de nuestro Divino Maestro, que ordenó á los Apóstoles recorrer toda la tierra, é instruír y bautizar á todos indistintamente, si no había alguna razón positiva que lo prohibiese. Y cuando les impuso echar al mar sus redes, figura de la Iglesia, recogieron en ellas toda clase

de peces, buenos y malos, é hizo su elección no en el mar sino en la orilla, figura del término de la vida. Lo mismo nos dió á entender con la parábola de la cizaña, que, por temor de arrancar el trigo, se dejó crecer con él hasta el tiempo de la cosecha, y entonces, recogida en gabillas separadas, fué arrojada al fuego. Échense, pues, en las tierras de Arauco las redes de la predicación evangélica, para atraer á la fe á los buenos y á los malos, y déjense crecer juntos bajo el constante influjo de las exhortaciones y catequismos y en la práctica de los ejercicios de piedad cristiana para el que quiera aprovecharlos, y no dudemos que, al retirar las redes y al recoger la semilla del campo, entre los muchos indios malos que después del bautismo vivieron tal vez como gentiles, otros muchos habrá que supieron mantenerse virtuosos y fieles, y la conquista de éstos será una compensación por la pérdida de los otros. De otra manera será cierta la pérdida de todos, sin ninguna compensación; y adviértase que, aunque de los que se bautizan en las Misiones circulares pudieran condenarse todos los adultos, todavía la salvación de los niños que mueren después del bautismo, sería un gran triunfo para las mismas Misiones.

Cuenta, en efecto, el Padre Martínez, que cuando los dos Misioneros arriba indicados llegaron á Angol para continuar las Misiones circulares, les fueron presentados trescientos niños para bautizar. A la vista de este devoto espectáculo lloraron de ternura los dos buenos Misioneros, y, alzando sus ojos al cielo, dieron gracias al Señor, que así movía á los padres de aquellos nuevos fieles; é iluminándolos con la divina luz del sacrosanto bautismo, abrieron

á aquellos tiernos pequeñuelos las puertas del Paraíso. ¿No fué ésta acaso una hermosa y abundante cosecha en la mística viña de Jesucristo? Y esto sin mencionar á los muchos que seguramente habrán crecido en la práctica de la Religión, mereciendo para sí y sirviendo de ejemplo á los otros. Y atendiendo solamente á los que murieron en su tierna edad antes de concebir la malicia del mundo, fué ciertamente bastante copiosa esta sola cosecha; pues, ordinariamente hablando, entre los niños son más los que mueren en la primera edad que los que sobreviven, especialmente entre los salvajes, que tienen poquísimo cuidado de ellos, en particular si son nacidos de diversas mujeres. Al respecto nos asegura el citado Padre Martínez haber tratado por tres años á un Cacique, que tenía 12 mujeres, de las cuales habían nacido 40 hijos, y de éstos sólo cuatro habían llegado á la adolescencia; los otros murieron todos después de recibido el bautismo. Muchos niños son también víctimas de la embriaguez de sus padres, que, durmiendo con ellos en la noche, los sofocan y matan sin advertirlo. Muchos, además, mueren por ser declarados brujos por los adivinos. Así sucedió que, á la muerte de cierto indio, diez niños fueron declarados brujos y colgados y estrangulados unos tras otros en un árbol por los deudos del difunto.

Cuenta también el Padre Martínez, por quien sabemos tales hechos, que, llegados dos Misioneros de su orden á la Reduccion de Purén, en la Jurisdicción de Chile, para hacer una Misión circular pedida por aquellos Indios, se presentó un Cacique con diez y seis niños, todos menores de un año; y dijo á los dos Misioneros: éstos son diez y

seis niños de mi Distrito, el Adivino ha revelado que doce de éstos son *brujos* y, por tanto, deben morir irreparablemente doce, elegidos al acaso. Yo se los presento para bautizarlos, para salvar sus almas antes que se ejecute la irrevocable sentencia. No sé á quiénes tocará la suerte de quedar con vida, porque son hijos de varios padres, i el ejecutor de la sentencia, que es la persona dañada por la *brujería*, los elegirá al acaso: ni puedo yo limitar la elección, ni retardar la muerte; porque me pondría en peligro con toda mi familia. Hay necesidad, pues, de que se administre á todos el bautismo sin tardanza. No dejaron los dos Misioneros de protestar contra la inhumana crueldad de aquella bárbara costumbre; pero, siendo la cosa irreparable, dieron el santo bautismo á los diez y seis niños, y uno en pos de otro, doce de ellos fueron inmediatamente colgados y estrangulados en otros tantos árboles, en el interior de un bosque.

Añade, finalmente, el Padre Martínez, que según el Registro de los Padres Jesuítas, éstos, en todas sus Misiones circulares, bautizaban en cada año más de dos mil personas entre chicos y grandes. Así, pues, suponiendo, en el peor de los casos, que de todos estos bautizados se conserven en la buena disciplina solamente la vigésima parte; despues de cinco años de tales Misiones, quedarían quinientos cristianos, que con los ejemplos de su virtuosa conducta podrían atraer á otros muchos á la escuela de Jesucristo; y prosiguiendo de esta manera podrían hacerse cristianos, con el tiempo, todos los adultos; sin contar el número de los niños que mueren después del bautismo, el cual es sumamente considerable. Por eso con razón es-

cribió S. Francisco Javier á un Misionero compañero suyo, diciéndole que el mayor bien de su Misión eran los muchos niños que bautizaba.

Por todo lo expuesto hasta aquí se ve evidentemente que las Misiones circulares, hechas con las debidas precauciones, pueden ser de gran beneficio: y si el Rev. Padre Maestro Arce las pone en actividad en su Compañía y no se oponen á ello las futuras disposiciones de Propaganda, el fruto será verdaderamente copioso, por la buena índole de los Indios de Arauco, que, generalmente hablando, se inclinan mucho á su conversión cuando no se lo impiden las guerras. Cuenta, en efecto, el mismo Padre Martínez, que un día se presentó á él una mujer araucana que tuvo que recorrer treinta leguas para hacerse cristiana. El la instruyó en las máximas de la fe y después la bautizó; con lo cual la buena india quedó tan contenta, que vivía con la gran paz del corazón y con una conciencia tranquila, las dos verdaderas consolaciones que pueden obtenerse en este mundo. Lo único que la mortificaba y afligía era que sus padres y hermanas permanecían todavía infieles; y la consideración de que iban á condenarse la turbaba de tal manera que no podír ocultarlo en su semblante. El inteligente Misionero, que la veía frecuentemente pensativa y afligida, le preguntó cuál era el motivo ¿Cómo, puedo vivir alegre, Padre mío, le respondió la buena india, considerando que mis padres y mis hermanas deberán condenarse, porque no tienen la suerte de conocer al verdadero Dios y hacerse cristianos? El Misionero, animado por un impulso superior, le inspiró valor, y la exhortó á confiar en Dios y dedicarse á la grande obra de

la conversión de sus deudos. Ella lo secundó, y después de tres viajes que hizo á su tierra, consiguió conducir á sus padres y á sus tres hermanas, que fueron todos instruídos, y bautizados por el mismo Padre Martínez, el cual tuvo también la consolación de asistir á la muerte de los padres, que acabaron santamente el curso de su vida.

En la última Misión que hizo el mismo Padre Martínez se le presentó otra joven india, como de 25 años, con dos hijos suyos, uno de dos años y el otro de tres no cumplidos, á quienes llevaba en brazos. ¿Qué buscas, y de dónde vienes, buena mujer? le preguntó el Misionero. Yo, respondió la india, vengo de doce leguas de distancia; caminando siempre ocultamente, por lugares montuosos y desiertos durante cuatro días seguidos, con estos dos hijos en brazos, sin alimentarme más que con un poco de yerba y bebiendo agua buena ó mala, como Dios me la daba.— Y ¿por qué tan penoso viaje? preguntó el Padre Misionero — Para encontrarte, le respondió la buena india. Un hermano mío, bautizado y hecho cristiano por ti, me ha dicho muchas cosas buenas de tu persona, y de la Religión que él ha abrazado; y yo me he sentido inspirada por Dios para venir aquí y hacerme también cristiana. Bautízame en seguida á estos dos inocentes niños, y después bautízame á mí también é instrúyeme en tu santa Religión. Convido altamente el piadoso Misionero por este acto de heroica virtud, bautizó en el acto, con lágrimas de ternura, á los dos niños, uno de los cuales murió al día siguiente, por las fatigas del viaje. Después dió alimentos á la hambrienta y fatigada madre, la catequizó, la instruyó y la hizo cristiana, y en nuestra religión vivió y murió santamente,

después de haber edificado y convertido con el ejemplo de su virtud á otros muchos infieles. He aquí cuánto sirve extender entre los Araucanos los convertidos á la fe. Dios se sirve de ellos para convertir con su ejemplo á otros muchos y hacerlos secuaces de la cruz.

Ni son solamente las personas del pueblo las que entre los indios se muestran bien dispuestas para abrazar nuestra santa Religión, sino también muchos de los Caciques. En efecto, refiere el Padre Martínez, que un día, en medio de una lluvia torrencial, caída al fin del viaje, se dirigió á casa de un Cacique, distante cuarenta leguas de la Misión. El buen Cacique, apenas lo reconoció, le dijo lleno de consolación y de alegría: Dios te ha conducido aquí, pues tengo un primo tan enfermo, que no pasará esta noche. Vamos á salvar á esa alma comprada por Dios con su sangre divina.—Vamos en seguida, respondió el buen Misionero; no perdamos un momento de tiempo; y, cogiendo un tizón, se dirigieron á la casa del enfermo inmediatamente. El Misionero le dijo muchas cosas para disponerlo á la conversión; pero más que el Misionero habló el Cacique, el cual dirigió al enfermo una patética exhortación, con tanta multitud y fuerza de razones, y con tal orden y precisión en los argumentos, que el Misionero quedó altamente admirado. Parecía, dice éste, que fuese aquél un hombre de grandes conocimientos, y quien no lo conociera, lo habría tomado por un verdadero Misionero envejecido en la práctica del Ministerio Apostólico. A él cupo, pues, la gloria de convertirlo; y el Padre Misionero lo bautizó y lo asistió hasta la muerte, que ocurrió al día siguiente, con señales de verdadera piedad y abrazado del Crucifijo. Vea

cada uno cómo obra la gracia de Dios y cómo llama á las almas en las Misiones Circulares; pues también el Cacique se bautizó con su familia, y todos vivieron y murieron como buenos cristianos.

Cuenta también el dicho Padre que en su Misión de Chinchilca, el Cacique principal era un gentil de mala vida. Por otra parte, cuando iba á sus tierras el misionero, era tratado por el Cacique generosamente en su casa, lo acompañaba á su costa en todos los viajes, y era el primer cooperador en todo el radio de su misión. Si en alguna conversión no era bastante la obra del misionero, principiaba á hablar el Cacique, y con tanta energía y precisión exponía la necesidad del Bautismo y de la fe católica, para poderse salvar, que no emprendía jamás algún catequismo, sin obtener la deseada conversión. Al sonido de la campana, él mismo persuadía á todos á ir á la iglesia para asistir á la misa; no obstante, con varios pretextos él se quedaba siempre fuera. Era toda su familia cristiana, á excepción de sus doce mujeres, y quería que todos sus hijos fuesen exactísimos en los deberes de buenos cristianos. Absteníase de abrazar la misma Religión, por no dejar á sus mujeres. Hacía de Fiscal y era muy exacto en procurar que todos los convertidos á la fe observasen escrupulosamente sus obligaciones. En suma, era un Apóstol para los demás, y abandonado y perezoso para sí mismo. Convirtió á muchos y se gloriaba de ello con el Padre Misionero, haciéndole ver que los discursos del Padre era menos eficaces que los del Cacique, y así era en realidad. Una vez, entre otras muchas, no pudiendo conseguir el

Padre Martínez la conversión de una india joven, llamó en su auxilio al Cacique, y éste, con la eficacia de su elocuencia, la convirtió á la fe. De esto también solía él envanecerse ante el Padre Misionero, y hablaba con mucho entusiasmo de las conversiones de los demás, sin pensar jamás en la propia. Dios, sin embargo, que no deja jamás sin premio las buenas acciones de los hombres, miró con ojos piadosos al abandonado Cacique, y lo llamó eficazmente á la fe, en premio de las conversiones operadas por su medio. Sabemos, en efecto, que, habiéndolo dejado el Padre Martínez todavía infiel, recomendándolo particularmente á la misericordia de Dios, escribieron los otros Padres que aquel Cacique se había por fin convertido, y vivía cristianamente con mucha edificación de todos.

Estas buenas disposiciones de los Araucanos para abrazar la fe católica, deben animar el celo de los Misioneros en facilitar su conversión, por medio de las Misiones Circulares, que son el medio más eficaz y oportuno, enseñado por la experiencia. En efecto, tiene en su poder el diligentísimo Sr. Reyes, Secretario de Estado, en aquel tiempo, de todo el Reino de Chile, una numerosa colección de cartas, escritas por los mejores Misioneros Franciscanos del Estado Araucano, pidiendo que se establecieran las Misiones Circulares, como las más ventajosas, para atraer todos aquellos pueblos á nuestra santa Religión é inducirlos de este modo á que pidieran ellos mismos la fundación de las casas misionales en sus tierras. En la carta, por ejemplo, del 12 de Febrero de 1794, escrita por el Rev. Padre Fr. Pedro del Rey al Señor Don Ambrosio O'Higgins de Vallenar, Capitán y Presidente General de Chile, para mos-

trar á éste la indicada verdad, le recuerda que, en sólo dos visitas que hizo un Misionero al valle de Villacura, en la Cordillera, el Cacique Don Buenaventura Caullán, Gobernador de aquel lugar, pidió repetidas veces una casa misional para sus indios; y lo mismo gestionó el Cacique Curilenu, Gobernador de Colgüe. De lo cual deduce que, si estos ejemplos fueran mantenidos y estimulados por las frecuentes visitas de los Misioneros á las tierras de los indios, dispondrían los ánimos en los otros distritos para hacer la misma petición, y llenarían en poco tiempo de casas misionales todas aquellas Provincias, como hicieron los Jesuítas en Angol, en Tucapel, en la Imperial, en Paicaví, Ranilgüe, Mulchén, Maquegua, Repocura y en otras muchas Reducciones; advirtiendo, por último, que también el dígnisimo Padre Misionero Fr. Ángel de Espiñeira, que fué después Obispo de la Concepción, recurrió varias veces á las Misiones Circulares.

Esta, en realidad, parece haber sido la práctica que nos enseñó nuestro divino Maestro, el cual, cuando confirió la gran misión á sus Discípulos, les impuso recorrer toda la tierra con sus predicaciones (1). Y á la nueva ley que venía Él á enseñarnos, hizo preceder las predicaciones de San Juan Bautista, el cual nos dice por esto en el capítulo tercero de San Mateo, que era la voz del que clamaba en el desierto, para disponer á las gentes á recibir en sus corazones la nueva ley de gracia que Jesucristo nos traía (2).

(1) Euntes in mundum universum, praedicate Evangelium omni creaturae, &. Marc., Cap. 16, v. 15.

(2) Hic est enim qui dictus est per Isaiam Prophetam: Vox clamantis in deserto, parate viam Domini, rectas facite semitas ejus. Matth. c. 3, v. 3.

He aquí lo que dice el Señor en el capítulo primero de Jeremías: «Yo he puesto mis palabras en tu boca: yo te he « constituído hoy sobre las gentes y sobre los reinos, á « fin de que arranques, destruyas y disipes todo lo malo, y « después edifiques y plantes de nuevo con la buena se- « milla de mi divina palabra (1).»

Parece pues que la práctica enseñada por Jesucristo es hacer preceder la predicación en todos aquellos lugares donde desea distribuír sus gracias; y prueba San Pablo que dicha predicación es absolutamente necesaria. En efecto, en su Epístola á los Romanos, después de haber demostrado que es esencial la fe de Jesucristo para salvarse, pasa á manifestar en el capítulo décimo la absoluta necesidad de hacer oír á los gentiles la palabra de Dios, para que conozcan la fe cristiana y se inclinen á abrazarla; pues, ¿cómo la conocerán si no se les predica?

Allanadas de tal manera todas las dificultades contra las Misiones Circulares y el uso de bautizar en ellas á los niños, no nos queda sino animar más y más el fervoroso celo de aquellos buenos Misioneros para que no dejen de internarse en las tierras araucanas, para distribuír el alimento de la divina palabra á aquellas almas indigentes, ya que el mérito mayor que puede obtenerse en este mundo son las obras de caridad hacia los más desgraciados, socorriéndolos en su extrema miseria, y ocupándonos nosotros mismos en sus necesidades espirituales. En esto consiste toda la perfección de la vida, y no merece el nom-

---

(1) Ecce dedi verba mea in ore tuo, ecce constitui te hodie super gentes, et super regna: ut evellas et destruas, et disperdas et disipes, et aedifices et plantes. Jerem., cap., I, v. 9.

bre de hombre el que, después de Dios, no ama á sus semejantes con verdadero espíritu de caridad. «Si yo, decía « San Pablo á los Corintios (Ep. I, cap. 13), hablara todas « las lenguas de los hombres y de los Ángeles, y no tu» viera caridad, sería como un bronce hueco ó como un « címbalo que suena. Y si poseyera el don de profecía y « conociera todos los misterios y todas las ciencias, y tu« viera el don de la fe hasta poder mudar de un lado « á otro las montañas; pero todo esto sin caridad, yo no « sería por mí mismo nada. Y si distribuyera en el susten« to de los pobres todos mis bienes y entregara á las llamas « mi cuerpo hasta que se consumiera en ellas, sin el espí« ritu de caridad nada aprovecharía con todo ello.»

Á este propósito dice también el Metastasio:

¡Oh benéfico amor, el más hermoso
Entre los atributos del Eterno!
¡Oh venero inmortal, siempre operoso!
¡Oh de los justos gloria y premio interno!
Quien al calor que de ti mismo emana
El corazón y su gobierno entrega,
Á asemejarse á Dios, en tanto llega
Cuanto puede llegar natura humana.

¡Infeliz quien no sabe la ambrosía
Que un corazón benéfico en sí encierra,
Quien no probó la célica alegría
De hacer el bien á todos en la tierra!
En vano gratitud exigiría
El que al ajeno mal su pecho cierra.
Fidelidad no busque el egoísmo:
Del amor sólo es precio el amor mismo.

CAPÍTULO III

Del regreso de Santiago á Montevideo

Permanecimos en Santiago de Chile desde el siete de Marzo de 1824, hasta el diecinueve de Octubre del mismo año. Múltiple fué, durante este tiempo, la obra del Vicario Apostólico, obra que, siguiendo el buen orden de la narración, deberíamos exponer aquí, defendiéndola al mismo tiempo de las impugnaciones de que fué objeto por parte de algunos diarios americanos; pero, teniendo en cuenta justísimas reflexiones, al dar á luz esta nuestra Historia, hemos preferido interrumpir aquí el hilo de la misma, separando de ella todos los detalles referentes á nuestra Misión y, por consiguiente, su defensa, y formando con todo ello un Opúsculo separado, que podrá servir de complemento á dicha Historia para los que entiendan la lengua latina, en que está escrito en gran parte. Entre tanto, por lo que toca al presente capítulo, sólo diremos que, no habiéndonos puesto de acuerdo con los Chilenos sobre los principales puntos de nuestra Misión, y viendo, por otra parte, el Vicario Apostólico, que estaba comprometida su pública representación con la reforma que pretendió introducir en aquellos últimos meses el Gobierno Supremo en todas las Órdenes de los Regulares de Chile, pidió su pasaporte, para volver á Roma. Algunos de los Ministros querían que le fuese inmediatamente entregado; pero el Director Supremo, que deseaba vivamente el bien de los Chilenos, rehusó darlo, y entró en seguida en negociaciones con el mismo Vicario Apostólico, para conciliar de algún

modo los intereses de la Religión con los intereses nacionales. La cuestión fué discutida largo tiempo; mas, no pudiendo ponerse de acuerdo, el día siete de Octubre nos fué expedido finalmente el pasaporte, á las reiteradas instancias hechas por el Vicario Apostólico; y así nos dispusimos á partir. La emoción del pueblo fué admirable, y, animado por los más vivos sentimientos de verdadera piedad, acudió en masa á nuestra casa y por varios días asedió de tal modo sus puertas, que fué necesario ponerles una barra por dentro y hacerlas custodiar con policía, para evitar los inconvenientes cuando se abrían para las confirmaciones y para dar curso á las infinitas peticiones que nos eran presentadas en aquellos últimos días. Este raro espectáculo de piedad y de afecto fué muy conmovedor. Desde la salida del sol hasta ya avanzada la noche, el pueblo seguía agolpándose numeroso alrededor de nuestra casa, y crecía continuamente la muchedumbre, á medida que se acercaba el día señalado para nuestra partida.

En la mañana del 19 de Octubre de 1824, entre las lágrimas de toda la ciudad, partimos de Santiago hacia Valparaíso. El Vicario Apostólico iba en un coche con el señor canónigo Mastai, y yo en otro con el señor don Felipe Solar, banquero muy estimado, á quien estábamos recomendados. Nos seguían á caballo el señor canónigo Elizondo, como diputado del Cabildo de la Catedral, los hermanos Don Santiago y Don Bernardo Ruiz Tagle, el Padre Maestro Fr. Ramón Arce, el Padre Isidoro Revilla, ambos de la Recoleta Dominicana, con otros muchos, que fueron volviéndose á diversas distancias; prosiguiendo el viaje solamente el banquero señor Solar, los dos herma-

nos Ruiz Tagle y los dos Dominicanos, todos los cuales marcharon en nuestra compañía hasta que nos embarcamos.

De Santiago á Valparaíso hay treinta leguas de distancia, entre las cuales hay repartidos varios paraderos, ó sea, lugares de ordinario reposo. De Santiago se llega á Pudáhuel, atravesando magníficos campos perfectamente planos hasta más allá del Mapocho. Este río se encuentra en Pudáhuel, después de cuatro leguas de camino, donde se pasa con algún peligro, pues tiene ahí una caja como de cuarenta palmos de ancho y sus aguas llegan casi al lomo de los caballos, con su corriente ordinaria; en tiempo de lluvia ó de deshielo de la cordillera, donde tiene su origen, no es posible atravesarlo durante su mayor crecimiento, pues las aguas, desbordándose de la caja, no permiten distinguir el vado.

De este punto se volvió el señor canónigo Elizondo. De Pudáhuel á la cuesta de Prado hay tres leguas. El camino es bastante bueno, hasta donde empieza la subida. En ella hay cierto peligro, por las frecuentes vueltas y los malos pasos que se encuentran. El camino, por lo demás, no podría ser mejor ni más ancho, aunque se quisiera. En la indicada cuesta empieza también una cadena de montañas que va hasta Valparaíso, donde se pierde en el mar. Cuando se llega á la cumbre de la subida, donde termina la cuesta de Prado, se divisa la amenísima abertura de un gran valle, entre dos cadenas de montes, que lo encierran por una y otra parte. Allí se respira un aire balsámico, que en tiempo de primavera, como nos tocó á nosotros, recrea suavemente á los pasajeros, disponiéndolos al

mismo tiempo para afrontar los peligros é incomodidades de la bajada. Después de ésta, caminando por un plano inclinado, se llega á Lo-Bustamante.

Esta posada, á cuatro leguas escasas de la cuesta de Prado, consiste en unos cuantos ranchos bastante miserables, donde nosotros almorzamos con mucho apetito, salsa que nos hacía encontrarlo todo exquisito, limpio y sabroso, cuando en realidad todo era desaseo y miseria; lo que prueba que el aire puro y templado es el primer cocinero de la tierra. Si hubiéramos llegado á Lo-Bustamante sin respirar el aire saludable de la cuesta de Prado, el almuerzo que allí se nos sirvió nos habría hecho el efecto de un emético eficaz para varios días. Ciertamente, el que pudiera hallar el modo de mezclar á las comidas un poco de nuestro aire vital, las haría bastante más gustosas y más saludables que el que las saturase de todos los aliños y estudiadas salsas del mundo, que en su mayor parte abrevian ó quitan del todo la vida, que sólo debe alimentarse para sostenerse. Un estómago bueno y bien conservado; una mesa frugal y arreglada; alimentos naturales y sanos; un aire puro y abundante, es lo que forma el verdadero gusto saludable de las comidas. Todo lo demás es perjudicial invención de la molicie, que nos abrevia la vida entre las engañadoras sensaciones del paladar.

De la mísera posada de Lo-Bustamante se llega, después de dos leguas y un poco más de camino, á la posada de Curacaví: así llamada, á mi entender, porque se curan en ella los malos ratos y las incomodidades de Lo-Bustamante. El camino es bastante bueno, trazado por el centro de una inmensa llanura, costeada en ambas partes por dife-

rentes montañas, en las que abundan los minerales de oro, por nadie explotados. En el mejor sitio de la indicada llanura, sobre una pequeña colina, se ve el pueblecito de Curacaví, que es un pequeñísimo grupo de casas rurales, dotadas de una Parroquia, que, siendo muy extensa, cuenta con ocho ó nueve mil feligreses. Después de un corto descanso, se confirió allí la Confirmación, á ruego del mismo Cura. En seguida cenamos con bastante alegría, y, tendidos después en tierra, en los respectivos ranchitos, nos entregamos á un grato reposo, arrullados por el suave murmullo de un plácido torrente que corría cerca y de un melodioso ruiseñor, al cual hacían coro alrededor con agradable armonía, otras gárrulas filomenas. (1)

De Curacaví se va á la cuesta de Zapata, por un camino de tres leguas, que presenta algunos pasos malos, tanto en la misma cuesta como antes de ella; éstos no son de mucha consideración; pero sí los de la subida; y más peligrosos son todavía los de la opuesta bajada, por su mucha pendiente. En toda la cuesta se camina con melancolía, por una garganta de montaña estrechísima y sin horizonte. Por lo demás, apenas se llega á la cumbre, descúbrese el delicioso panorama de un extenso valle bien cultivado y fructífero, á cuya mitad se ve el gran camino que conduce á Casa-Blanca, el cual en sus cuatro leguas de longitud no varía jamás de dirección. El cultivo del valle, por todas partes variado; las diferentes montañas, ricas de plata y de oro, que lo circundan por ambas partes; el recto y amplio camino tendido en medio de gran-

(1) Serían acaso *zorzales* los soñados ruiseñores y filomenas. (N. del T.)

des álamos frondosos y otras plantas que embellecen sus lados; las nítidas habitaciones de Casa-Blanca, que se descubren en el fondo, hacen aparecer aquel gran valle desde la altura de Zapata, como un magnífico lugar de recreo y de delicias al admirado espectador que en su mente no sabría ideárselo mejor.

Casa-Blanca es una pequeña aldea, reconstruída casi toda de nuevo después del terremoto de 1822, que destruyó la mayor parte de los edificios. De aquí nace que, á pesar de la mucha fertilidad de las tierras, los habitantes, al presente, han llegado á ser bastante pobres. Contando á los campesinos, son por todos unos diez ú once mil individuos, que, según nos dijo el propio Cura, suelen vivir hasta una edad muy avanzada, cuando nó hasta una extrema ancianidad, sin enfermedades, que allí poco se conocen. En efecto, el aire es muy sano, y los alimentos deben ser más sanos todavía que el aire; porque, además de la bondad natural, son de tal manera escasos, que apenas satisfacen con frugalidad y parsimonia á las necesidades de la vida. Nosotros comimos allí con tanta economía, que observamos á la letra aquel consejo tan recomendado por San Bernardo á sus Monjes, de levantarse siempre de la mesa con un poco de apetito.

Las estaciones que siguen después de Casa-Blanca son Peñuelas, á cinco leguas de buen camino, y Pie del Salto á tres leguas, también de buen camino, menos algunos pasos y su cuesta. El terreno de la primera estación es naturalmente bueno, pero no así el de la segunda, por sus muchos montes. Las arenas de estos dos territorios están cubiertas de muchos granillos de oro, que se recogen

depurándolos de la tierra por medio del agua. Tales arenas bajan de las vecinas montañas, con muchas piedrecillas muy abundantes en oro, las cuales se encuentran en las entrañas de la tierra, y aún en la superficie. Para no exponernos á cualquier peligro, dormimos en Pie del Salto, estación que consiste en sólo tres ranchos miserables y una casucha amurallada, de propiedad de la señora que la habitaba. Esto no obstante, la noche se pasó en un placidísimo sueño, pues hasta sobre la desnuda tierra se duerme bien cuando la necesidad lo reclama. Al día siguiente, después que Monseñor hubo celebrado la misa y administrado el sacramento de la confirmación á algunos aldeanos, hicimos el acostumbrado almuerzo y continuamos el consabido camino.

De Pie del Salto á Valparaíso hay dos leguas de distancia, que se recorren por un camino muy malo y peligroso, porque la primera legua es toda por cuesta, que se sube casi á gatas y con bastante molestia. La otra legua, de la cumbre de la cuesta hasta Valparaíso, es de pendiente tan rápida como debe ser la del infierno, según aquello de Virgilio:

Fácil es del Averno la bajada;
De día y noche á la región oscura
Patente está la pavorosa entrada;
Mas, volver y elevarse al aura pura,
Ésa es la parte trabajosa, osada.

(VIRGILIO, *Eneida*, I. VI.)

Hay necesidad de poner muy buenos caballos, tanto delante como detrás del coche, para que, reuniendo ambos grupos sus fuerzas, cada uno á su turno puedan, ora trasportarlo, ora sostenerlo, en aquella rapidísima pendiente del

camino, sin que ruede hacia los espantosos precipicios que á cada paso existen. Aun á caballo, si no es éste bastante manso, firme y acostumbrado, son muy temibles y peligrosas ciertas bajadas. Quedé fuertemente sorprendido y maravillado al principio, de que el camino del Paraíso, que siempre se pinta como cuesta arriba, porque así es realmente, aquí fuera una vertiginosa bajada, cuyos precipicios, con sólo verlos, asustan aún á los más valientes. Mas, reflexionado mejor, me persuadí de que no podía ser de otro modo. En efecto, trátase aquí de ir al Paraíso de la tierra, y éste no puede ser sino todo lo contrario del cielo; y así como el camino hacia el celestial se hace siempre subiendo de virtud en virtud, hasta el estado de la vida perfecta, así es necesario que quien busca su Paraíso en la tierra, deba siempre descender de peñasco en peñasco y de precipicio en precipicio, en la vida pecaminosa, hasta llegar al último abismo, que es el centro de todos los vicios y la horrible puerta del Tártaro, sobre la cual está escrito

> En viejos pergaminos ahumados:
> "Perded toda esperanza, condenados".
>
> *Dante*, El Infierno, Canto III.

TABLA DE LAS INDICADAS ESTACIONES:

De Santiago á Pudáhuel........................	4	leguas
De Pudáhuel á la Cuesta de Prado...........	3	»
De la Cuesta de Prado á Lo-Bustamante....	4	»
De Lo-Bustamante á Curacaví..................	2	»
De Curacaví á la Cuesta de Zapata...........	3	»
De la Cuesta de Zapata á Casa-Blanca..... ..	4	»

De Casa-Blanca á Peñuelas	5 leguas
De Peñuelas á Pie del Salto....................	3 »
De Pie del Salto á Valparaíso..................	2 »

Valparaiso es una pequeña playa entre el Océano Pacífico y una montaña cortada casi á pico, que parece inaccesible. Al principio, cuando desembarcaron allí los Españoles, provenientes del Cabo de Hornos y de Valdivia, fué llamada la playa *que va al Paraíso;* porque conducía á los amenísimos campos de Chile, que se consideraban, aún entonces, como el Paraíso de América. Después, reuniendo las tres voces *va al Paraíso*, en una sola, se formó el vocablo *Valparaíso*, que dió nombre á la ciudad.

Está situada en contacto con el Pacífico, que forma allí un gran puerto con capacidad para cualquier buque, y cuenta al presente cerca de veinte mil habitantes, en su mayor parte ingleses y franceses. Los demás son todos Chilenos, con unos pocos Italianos y Alemanes, que allí se han establecido á causa del comercio.

Su planta consiste en una larga calle de cerca de una legua, que costea el mar de Sur á Norte, perfectamente á nivel, y habitada á ambos lados, mirando casi la mitad hacia el Poniente. Los dos extremos de la ciudad tienen calles atravesadas, habitadas también, y que hacen mejor resaltar la calle larga. Por lo demás, lo más bello de la ciudad lo forman cuatro hermosas colinas, en la parte del Sur, sembradas todas de casas que aparecen unas sobre las otras, como en un *Nacimiento*, por lo cual se le llama comunmente la ciudad del Nacimiento. Habiéndose caído casi todos los edificios á causa del terremoto de 1822, que aplastó cerca de trescientas personas bajo sus ruinas, fue-

ron reconstruídos al gusto moderno; de tal modo que, vistos desde cierto punto del puerto, forman en conjunto un panorama sorprendente. En dicho terremoto cayó también una parte de la iglesia parroquial, que después no se ha reedificado, con el objeto de hacer una nueva, que corresponda al número de los habitantes y á la belleza de los demás edificios de la ciudad, pues la iglesia destruída es muy pequeña, miserable é impropia de Valparaíso. Más pequeñas y más miserables todavía son las iglesias que allí tienen los Regulares de San Francisco, de San Agustín, de la Merced, de San Juan de Dios y de Santo Domingo, que es la mejor.

La ciudad de Valparaíso, como indicamos más arriba, está dotada por la naturaleza de un gran puerto, en el cual puede fondear cualquier barco, aún muy cerca de la ciudad, y es el más comercial de todo el Estado de Chile. Es todo obra de la naturaleza, y consiste en una bahía que, entre dos puntas de montes, entra más de una media legua hacia la tierra, y tiene más de otra legua de longitud. Está defendido por un fuerte y por muchas baterías dispuestas en los puntos más estrátegicos de ambas partes. Los barcos, por lo demás, no están completamente seguros, especialmente en el invierno, porque, siendo el mar muy abierto y profundo hasta los mismos muros de la ciudad, en las fuertes tempestades las olas tienen mucha fuerza y hacen chocar los barcos, echándolos contra los escollos ó contra los muros y la arena de la playa, donde, en 1822, se perdieron hasta veintiuno.

Pero esto sucede muy rara vez; por lo que, tanto en verano, como en invierno todos viven tranquilamente, y

es punto muy frecuentado á todas horas, á causa del comercio y de los agradables objetos que allí existen.

Deliciosísimo, sobre todo, es el espectáculo que allí presentan frecuentemente las ballenas, que, para alimentarse con los grandes peces que en esa parte abundan, se introducen en la bahía hasta cerca de la ciudad, y arrojan al aire, á notable altura, gruesos chorros de agua por sus cavernosas narices: cosa que me divertía muchísimo por su novedad.

Llegamos á Valparaíso en la mañana del 21 de Octubre, y allí permanecimos hasta el 30, tiempo en que se trabajó bastante. Casi diariamente se administraba la confirmación, por tres ó cuatro horas seguidas, ya en la iglesia parroquial, ya en otras, para comodidad del pueblo, y, con frecuencia, en casa. Las demás horas del día se ocupaban en despachar las muchas peticiones que llegaban de todas partes, aún de fuera de Chile.

La mañana del 22 Monseñor fué invitado á ver una fragata francesa, llamada "La Carolina", donde fuimos acogidos con tales distinciones y honores, que al partir se nos hizo una salva de 13 cañonazos. Al día siguiente el Almirante de la flota chilena nos invitó también á la fragata O'Higgins, de la cual fuimos despedidos por dieciocho cañonazos.

Después hicimos una visita al Director Supremo de Chile, que había llegado la noche anterior de Santiago, para organizar y activar la expedición de su flota en auxilio de los peruanos. En dicha visita el Ministro de Estado, D. Francisco Antonio Pinto, dijo, entre otras cosas, al Vicario Apostólico, que su partida de Chile haría época,

como la expulsión de los Jesuítas, de América; y que, después de muchos años, se diría, por ejemplo: este tal nació, este otro se casó el año que salió de Chile el Vicario Apostólico.

Estas satíricas expresiones, cuyo espíritu salta á la vista, y que, dichas allí, con el desdén en los labios y la malicia en los ojos, en la voz y en todo el semblante, constituían un verdadero insulto, mortificaron tanto á Monseñor como á nosotros.

Dios, sin embargo, que consuela á sus siervos en las aflicciones, nos recompensó pronto largamente de las amarguras de aquella cobarde alusión, con la conversión de tres protestantes al catolicismo. El cura de Valparaíso parecía no aprobar la abjuración que aquellos tres hicieron delante de Monseñor, de todos sus errores, pues creía que lo hacían únicamente por casarse con sus feligresas, y no por afecto á la Religión Católica. Mas, cualquiera que sea el motivo oculto, tales abjuraciones no son nunca perdidas, cuando los mismos herejes las solicitan con un fin aparentemente canónico; pues la Iglesia no juzga de las intenciones ocultas, y puede el Señor, por otra parte, mover y santificar á un hereje que abjura sus errores' aunque sea por el solo fin del matrimonio. Además, como nos enseña el Apóstol, el hombre infiel se santifica por la mujer cristiana, y la mujer infiel por su marido cristiano, para que sea pura y santa la prole. (1)

Ultimados en Valparaíso todos nuestros asuntos, el 30 de Octubre, acompañados por los dos hermanos, don San-

(1) Ep. I ad Corint., cap. 7.

tiago y don Bernardo Ruiz Tagle, y los dos Padres de la Recoleta Dominica, Fr. Ramón Arce y Fr. Isidoro Revilla, fuimos á embarcarnos para Montevideo. El Supremo Gobierno quiso hacernos acompañar al barco con su falúa de gala, encargando de ello á un Oficial de Marina, que se mostró muy cortés y no nos dejó hasta que se desplegaron las velas y nos pusimos propiamente en camino, pudiendo asegurar así al Gobierno de Chile que nos había visto partir. En la dicha lancha regresaron los cuatro fieles amigos que nos habían acompañado; y no nos separamos sin lágrimas recíprocas, al abrazarnos por la última vez.

Nós hicimos á la vela tres horas después de mediodía, con viento propicio, que nos acompañó constantemente toda aquella noche y también al día siguiente, con algunos pequeñas variaciones en la tarde. La permanencia por diez meses en tierra, las continuas fatigas y disgustos de los últimos meses y los barquinazos producidos por el fuerte viento en popa, fueron para nosotros otros tantos motivos de un fuerte mareo, con vómito violento, que nos atormentó cerca de tres días. Por otra parte, fué ésta una incomodidad saludable, que nos purgó de toda la bilis é indisposiciones del estómago. Apenas nos restablecimos, yo, para mi erudición y entretenimiento en la larga travesía del Pacífico y del Atlántico, empecé á estudiar la lengua inglesa, bajo la dirección del señor Cayo Marchese, de Génova, que estudiaba, al mismo tiempo que yo, un curso de Geometría para el Arte Náutico, al cual se había dedicado. Y, como este instruído joven, por la buena educación que había recibido de su padre, médico muy estima-

do, poseía también el francés, para común provecho adoptamos la gramática inglesa de Vergani, escrita en francés, y en el ejercicio de estas dos lenguas y de la Geometría pasamos toda la navegación, desde Chile hasta Génova. Yo encontraba en este estudio un gran placer, especialmente cuando, después de algunos días, empiezo á traducir en italiano la Historia de América, de Robertson, que en su idioma es cosa de mucha estima. Me fué de mucho provecho, en estas científicas ocupaciones, el ser yo enemigo del olor á alquitrán y del humo de tabaco, que me produce dolores de cabeza y borrachera. Así pues, para evitar esta incomodidad, en cubierta principalmente, donde los marineros pasaban casi siempre fumando, pasé casi toda la navegación en la lancha que estaba supendida á la popa, fuera de la nave, atado cuidadosamente con un cable, porque la lancha no era segura. Allí ocupaba los días enteros, libro en mano, hasta que, cerca del estrecho de Gibraltar, una ola violenta rompió las ataduras de la lancha y la arrojó al mar, por fortuna cuando yo no estaba en ella. Por lo demás la cuerda que, atada fuertemente á la nave, me ceñía todo el cuerpo, me habría salvado del naufragio.

El día diez de Noviembre llegamos á las costas de Chiloé, donde la vigilancia del capitán y la pericia de nuestros bravos marineros, nos libraron, con la ayuda de Dios, de un naufragio, con que nos amenazaba el viento contrario, arrojando sobre la nave inmensas olas que barrían la cubierta. Por fin, consiguieron los marineros conducirnos á alta mar, donde cesó todo peligro. Entretanto, Monseñor, que se había ido á dormir con el miedo todavía vivo del

naufragio, fué acometido por tan horrible pesadilla que creyó que la nave había encallado y que el naufragio era sin remedio. Despertando sobresaltado con esta funesta idea, llamó con angustiados gritos á su camarero; gritos que también nos despertaron á nosotros con grave inquietud, temiendo le hubiese sucedido alguna seria desgracia. Agitadísimos llegamos hasta él y le oímos preguntar: ¿Es cierto que encalló el buque? A lo cual no pudimos menos que contestar todos con una solemne carcajada; recordando aquello de Fedro:

En las angustias de su parto un monte,
Por mortales sudores empapado,
Con gemidos atruena el horizonte
Y retuércese, al fin, desesperado;
Mientras los hondos valles y colinas
Lloran de espanto, presintiendo ruinas.

Calla, por fin, naturaleza entera
Y, en medio aquel silencio pavoroso,
Gime el gigante monte de manera
Que rasga sus entrañas de coloso:
Y abierto apenas aquel vientre horrendo...
Ridículo ratón sale corriendo.

FEDRO. Libro IV, Fáb. XXI.

Desde el primer día de navegación nos habíamos entre tenido mucho con las ballenas que se presentaban á corta distancia, y algunas veces casi debajo de la nave. Muchas veces arrojamos sobre ellas gruesos trozos de hierro; pero aquellos terribles cetáceos, sin siquiera darse por aludidos, mientras los trozos rebotaban, cayendo al mar, sin hacerles daño, seguían indiferentemente y con toda paz su acostumbrado camino, soplando horriblemente y lanzando al aire dos enormes chorros de agua espumosa, por las ca-

vernosas narices. La ballena, á causa de su gigantesca mole, camina siempre con lentitud y á saltos, levantando alternativamente la cabeza y la parte posterior, como si una columna de agua la sostuviese equilibrada por el centro del cuerpo; y en este movimiento de balanza y en arrojar al aire una gran cantidad de agua por las narices, al sacar la cabeza, se distingue desde mucha distancia.

Otra diversión más agradable todavía y de más larga duración, nos presentaron frecuentemente los graciosos delfines del Océano Pacífico, que son mucho más hermosos que los del Océano Atlántico, porque, además de ser más corpulentos y más largos, tienen desde la cabeza hasta la espalda, una especie de aquellas golillas de armiño que usan nuestras señoras, formadas por discos oblongos de diversos colores con las puntas hacia la espalda. Lo demás es de un color uniforme, por lo común amarillento ó verde, con algunas manchas blancas, que los hacen más graciosos y más bellos. Son grandes viajeros y, apareciéndosenos frecuentemente á uno ú otro lado del barco, se colocaban ordinariamente en largas filas y corrían á saltos unos en pos de otros, con sorprendente velocidad. Otras veces se veían saltar á millares alrededor del buque, elevándose á gran altura sobre las aguas, como invitándose mutuamente á la danza: cosa muy agradable en los días alegres. Suelen aparecer al cambiar el viento, por lo cual los marineros, cuando ven sobre el mar ballenas ó delfines, dicen que van á encontrar al viento, y que lo esperan ordinariamente de frente; cosa que, por lo demás, no siempre sucede; porque tanto las ballenas como los delfines se dejan ver en las largas calmas y cuando el viento es constante;

así nosotros nos divertimos casi diariamente con ellos, en toda la navegación del Pacífico, sin las tales variaciones del viento.

El placer que tales pasatiempos nos producían fué perturbado por la siguiente narración que, al apartarnos de la costa de Chiloé, nos hizo nuestro Capitán Don Manuel Natini. Este distinguido joven había partido de Génova el año 1823, en calidad de Piloto de nuestra nave, llamada *La Colombia*, de que era Capitán el finado Manuel Risso y sobrecargo y secretario don Nicolás Rebottaro. Al pasar por la costa de Chiloé, para ir á Lima, fueron sorprendidos por el Corsario el General Waldes, que servía á los Realistas Españoles y salía entonces de Chiloé en viaje al Perú. Apenas tuvo al habla la nave genovesa, le intimó rendición al capitán; y, como éste no tuviera lancha en que trasladarse, por haberla perdido al pasar por el cabo de Hornos, el corsario lo mandó aprehender en su propia lancha y ordenó se hiciese un cambio de marineros para seguridad de la presa que creía haber hecho. Así pues, ocho soldados del corsario quedaron á cargo de la nave genovesa, con orden de trasportarla á Chiloé, y el Capitán Risso con su sobrecargo y cinco de sus marineros llegaron á bordo del corsario con sus respectivos documentos para dar cuenta de la carga, de la procedencia y dirección de la nave. El mar estaba en tempestad, y apenas el capitán genovés llegó al barco del corsario, creció de manera que las olas, barriendo por todas partes la cubierta y precipitándose al interior por todas las aberturas, en pocos minutos llenaron el barco de agua y lo hundieron con cuantos allí había: espectáculo verdaderamente

funesto y deplorable por la pérdida de tantas personas y por las circunstancias de tal pérdida.

Porque hay que agregar que el corsario venía de Río Janeiro, donde había embarcado á treinta Españoles Realistas para trasportarlos á una Provincia del Perú, de la cual, años antes, habían sido desterrados por los Republicanos. Al pasar por el Cabo de Hornos, fueron acometidos por una terrible tempestad, que por cuatro días seguidos los hizo luchar con la muerte, quedando el barco todo destrozado en la cubierta y también en el interior.

Los treinta pasajeros y también los marineros hicieron entonces voto de ir á pie descalzo á oír la misa en la primera tierra que encontraran, si Dios los libraba del naufragio, que parecía inevitable. Cesó casi al instante la horrible tempestad y, estando Chiloé en poder de los Realistas Españoles, fué aquélla la primera tierra á que arribaron para descansar.

El primer pensamiento de todos era ir á pie desnudo á la iglesia, para cumplir el voto hecho á Dios en la pasada tempestad; pero, cesado el peligro en el mar, ya no se acordaron más de los temores ni de las promesas; de modo que de todos aquellos náufragos sólo siete pasajeros fueron á pie desnudo á la iglesia para cumplir la promesa, y los otros se quedaron en el barco con el corsario; él, como buen inglés, enemigo de perder tiempo, quería que ninguno bajara á tierra, y así, antes que los siete volvieran, se hizo á la vela y partió. Y, habiendo permitido el Señor que se levantase de nuevo la tempestad, se salvaron de ella solamente los siete que habían quedado en Chiloé para el cumplimiento del voto.

He aquí cómo premia el Señor la fidelidad en las promesas, y cómo castiga á los otros. Deja al hombre libre en sus disposiciones, y dueño de prometer ó nó lo que quiera cuando se ve beneficiado; pero, una vez hecha la promesa, exige con rigor su cumplimiento; y es un embustero, un falsario, un injusto, el que hace á Dios una promesa y no procura cumplirla." Pagad al Señor Dios " vuestros votos"; (1) "porque, hecho un voto, agrega San " Agustín, escribiendo á Armentario, ya no podemos de- " jar de cumplirlo". (2) "Cuando haya pronunciado tu bo- " ca una promesa, prescribió Moisés á su pueblo, debe- " rás cumplirla tal como la has ofrecido; cuando hagas á " Dios cualquier voto, no tardarás en pagarlo; porque " Dios te pedirá cuenta de él y si has tardado en satisfa- " cerlo, te será imputado á culpa". (3) "Es mucho mejor, " concluye el Eclesiastés, no hacer votos, que no cumplir- " los después de haberlos hecho; porque desagrada á Dios " la infidelidad de una vana promesa". (4)

Otro hecho no menos triste que el expuesto ocurrió poco antes en la goleta *Quintanilla*, comandada por un tal Martellino, que fué por varios años el terror de toda la costa del Océano Pacífico, desde el Cabo de Hornos hasta Lima. Este monstruo de crueldad estuvo al principio al servicio de las tropas españolas en aquella parte de la América, de donde, obligado á huír por sus crímenes, fué recibido á bordo por el antiguo capitán de la indicada goleta que la mandaba en calidad de corsario. Como,

(1) Ps. LXXV, v. 12.
(2) Ep. 147, alias 45.
(3) Deuter., cap. 23, vs. 21-24.
(4) Eccl., V, 3 y 4.

además de cruel, era también emprendedor y activo, y sabía halagar las inclinaciones de todos, se ganó muy pronto la voluntad de la brigada, á excepción de cuatro pasajeros, que, como personas honradas y de bien, miraban con horror el inicuo sistema que empleaba para desacreditar y perder al capitán, á quien le debía la propia vida. Por fin, habiendo hecho degradar al capitán y puéstose él á la cabeza de la goleta, el primero de los muchos horrores que cometió, fué vengarse de los cuatro pasajeros, deshaciéndose de ellos de una infame manera. Hízolos colocar en la lancha, que era una pequeñísima barca sin velas y con dos simples remos; y dándoles, á repetidas instancias del antiguo capitán y de los otros corsarios, un saco de pan y medio barril de agua, con una malísima brújula de desecho, los abandonó á discreción del viento, á distancia de más de cien leguas de la costa del Perú. ¡Qué inaudita crueldad, exponer á la muerte á cuatro personas buenas, de las cuales, si no podía esperar opinión favorable, tampoco podía temer nada contrario! ¿Se salvarían aquellos pobres desgraciados, á tanta distancia de la tierra, sin el necesario sustento, sin la exacta dirección de la brújula y faltos de fuerza y de velas, en un lugar desconocido del Pacífico? Ni en el Perú ni en Chile se tuvieron jamás noticias de ellos; pero es de creer que Dios en su infinita misericordia los salvara por sus buenas acciones, así como permitió, por los crímenes del corsario, que fuese éste sorprendido y conducido á Valparaíso, donde, cuando nosotros partimos, continuaba todavía la causa, para juzgarlo militarmente, á pesar de la protección de los ingleses; protección que es una vergüenza,

porque tales monstruos de iniquidad, que viven para la destrucción de los demás hombres, no merecen absolutamente que ninguno los defienda del libre curso de la recta justicia.

Con estas y otras narraciones de cosas diversas, secundados por una feliz navegación, nos acercamos al Cabo de Hornos, ó sea, Cabo *de los Cuernos,* así llamado por los Españoles, porque presenta varias puntas á manera de cuernos. Los Ingleses lo llaman Cabo *del Cuerno*; porque realmente una es la punta más larga de dicho Cabo, que sobresale á manera de cuerno. Cerca de este Cabo, el día trece de Noviembre, se mató un enorme cerdo genovés, que parecía una pintura. Su larga permanencia en el mar lo había hecho tan práctico, que caminaba siempre al par del barco contra el impulso del viento, sin caer jamás ni á un lado ni á otro, como un experto marinero. Para dormir, escogía siempre el mejor sitio, el más reparado del viento y de las olas, donde descansaba con toda comodidad. Parecía, realmente, que un puerco tan juicioso no merecía morir; pero, habiendo engordado extremosamente y teniendo nosotros necesidad de combatir el frío del Cabo de Hornos con su robusta carne, nos decidimos á matarlo, pasando, con este motivo, un día muy alegre. En efecto, mientras unos calentaban el agua, otros la derramaban sobre el difunto; éstos lo sostenían, aquéllos lo pelaban, y así toda la turba de los afanados marineros, armados de largos trinchantes, estaba enteramente ocupada en aquella grande hazaña. Terminada que fué, se colgó el cebado cerdo de uno de los palos de la nave y mientras de él

comíamos todos, se solemnizó la fiesta con diversos juegos marinescos, mezclados con agradables narraciones.

Contó, por ejemplo, nuestro capitán, haber hablado en Valparaíso con un comandante inglés que, con una fragata de guerra, había ido á reconocer el fondo del Estrecho de Magallanes hasta el Cabo de Hornos. Como faltara la leña, cosa muy esencial en aquellos lugares helados, desembarcó con muchos de sus marinos en la playa de los Patagones, para proveerse. Al momento se acercaron unos treinta de éstos, más desnudos que vestidos, pero de una estatura gigantesca, y armados todos, como Hércules, con un nudoso garrote araucano, que de cada golpe habría destrozado un muro. Captóse su benevolencia el comandante por medio de regalillos agradables y obtuvo el libre permiso para tomar cuanta leña quisiese. Al ver los salvajes que, á pocos golpes de las afiladas hachas, caían tronchados al suelo los más grandes árboles de su playa, quedaron maravillados; preguntando después qué cosa eran los fusiles que tenían los soldados en las manos, éstos, por toda respuesta, disparando sobre varios pajarillos que jugaban en un árbol, dejaron la tendalera. Los salvajes, viendo que al estrépito de aquellas armas los pajaros caían muertos al suelo, huyeron despavoridos, internándose precipitadamente en el bosque, para no volver más.

Entre las alegrías de la fiesta y las variadas narraciones, llegamos al Cabo de Hornos, que fué pasado en los días 19 y 20, á la altura de 57 grados y 41 minutos de latitud meridional. El tránsito de este Cabo, en que el mar Pacífico comunica con el Atlántico, es algo verdaderamente sorprendente, que por pocos podrá contarse. Lo lla-

man comunmente los Marineros *La sepultura de los barcos* por las impetuosas corrientes y fuertes tempestades que de continuo ocasiona el violento choque de los vientos en la comunicación de los naves. Esto no obstante, nosotros lo pasamos con la mayor tranquilidad, llevando el barco con todas sus velas desplegadas, insultando á aquel pérfido elemento. Pudimos aún celebrar el sacrificio de la misa, sin la más mínima molestia. Los mismos marineros se maravillaban de un caso tan raro é inesperado. No hubo más incomodidad que el frío, muy intenso por la posición local y por la nieve que caía diariamente, acompañada de una especie de granizo, á cielo casi enteramente sereno. Esta molestia, después de haber experimentado desde Valparaíso los grandes calores del verano que se acercaba, nos cubrió de sabañones las manos y los pies, que nos parecían convertidos en hielo. Por lo demás, quedaba ello bastante compensado con mil casos agradables, que nos levantaban el ánimo y nos mantenían alegres. Durante el día, cuando no jugábamos con la nieve, nos divertíamos con las ballenas, que abundan en aquella parte del Pacífico, ó dábamos caza á los pelícanos, llamados los *carneros* del Cabo de Hornos.

Estos majestuosos volátiles, que se presentan en la superficie del mar con un aspecto imperioso, están provistos de alas larguísimas, pero nó muy anchas, que se cierran en tres pliegues. Tienen, para su defensa, un pico muy fuerte, corvo, cortante como una sierra, con dos tubérculos salientes, que forman las narices. Después de la cabeza, que es verdaderamente majestuosa y de agradable gravedad, las alas y el pico son las particularidades que más dis-

tinguen á estos volátiles de los demás. El mejor medio de cogerlos es el anzuelo, sobre el cual se precipitan más ciegamente que los peces, pues son muy carnívoros. Nosotros, en un día, cogimos quince, entre pequeños y grandes, que dejábamos vivos en el barco, en cualquier parte, sin temor de que huyesen, porque, teniendo los tres dedos unidos por una membrana como los de los patos para sostenerse en el agua, una vez en la nave, no pueden mantenerse en pie, ni tampoco volar, porque, para empezar el vuelo, tienen necesidad de que el viento ú otro agente los levante; por eso se les ve volar todo el día, sin posarse casi nunca y sin mover las alas, lo que muestra la fuerza de sus músculos, que son de robustísima fibra.

Dos nuevas diversiones nos colmaron de placer y de alegría en la feliz navegación del Cabo de Hornos. Fué la primera el día perpetuo. En efecto, hallándonos á la altura de 57 ó 58 grados de latitud meridional y en verano, resultaba en consecuencia, que, cuando se ocultaba el sol quedaba sobre el horizonte una claridad como de aurora; de tal modo que, una hora antes ó después de media noche, se podía leer cómodamente sin necesidad de otra luz; y las dos horas que había de oscuridad, no podían tampoco llamarse noche perfecta; porque, girando el sol oblicuamente cerca del horizonte, siempre iluminaba con la refracción de los rayos. Me expreso en estos términos para hacerme comprender mejor; aunque, en realidad, es la tierra la que gira, y no el sol, según el sistema de Copérnico y las teorías de otros filósofos modernos.

El segundo espectáculo, que con igual sorpresa se observa á veces, al pasar el Cabo de Hornos, son las Islas



Flotantes, que consisten en pequeños montes de nieve, de diferentes dimensiones, que van flotando sobre el mar en la dirección del viento, que los empuja aquí y allí y que, chocando á veces con los barcos, los destrozan y anegan. No se sabe precisamente cómo se forman dischas islas. Parece casi cierto que, en los rigores del invierno, cayendo la nieve sobre los restos de los barcos perdidos, ó sobre los pedazos de nieve durísima, que se desprenden de las montañas litorales, se congela en poco tiempo por el excesivo frío, y se forman así otras tantas montañas de nieve, duras como una roca, que flotan sobre las aguas. Este raro espectáculo, visto de lejos, es cosa que sorprende por la novedad; pero no es cosa deseable, por el terror que inspira aquel cúmulo de peligros: las corrientes, el Cabo, el choque de los vientos y las tempestades producidas por ellos; cosas todas tan temibles, que, una vez superadas, nada puede hacernos ya temer los peligros de la vida, como bien lo dice Horacio (1).

Pasado el Cabo de Hornos, dirigiendo el camino más allá de las Malvinas, llegamos la tarde del 2 de Diciembre, con feliz navegación, frente á la costa que se llama la *Tierra del Diablo,* cerca del Cabo de San Antonio. En aquella playa, á la que estábamos muy vecinos, divisamos,

---

(1) Quem mortis timuit gradum
» Qui siccis oculis monstra natantia.
» Qui vidit mare turgidum,
» Infames scopulos Acroceraunia?

Hor. F., Lib. I, Oda III.

una oscurísima nube que, como presagiando el día final de todas las cosas, formaba como el arco de una horrible puerta, sobre la orilla del mar Allí, creí ver en mi ardiente fantasía la sombra terrible de Lucifer, que, lleno de rabia y de excesivo furor, envuelto en un manto negro y ahumado, erguidas hacia el cielo las puntas de su hirsuta caballera, y ardiendo como brasas los irritados ojos, vibraba contra nosotros su poderoso tridente, amenazando matarnos, porque nos atrevimos á salir de Chile sin haber primero arrojado de sus claustros á todos los Regulares; y, pretendiendo precipitarnos al mar para acabar con todos de un solo golpe, alborotó de súbito los vientos en tanto grado que, embistiendo de todos lados á la nave, fué necesario que el mismo Vicario Apostólico cogiese los obenques y trabajase como todos, con la mayor prontitud, para salvarnos del naufragio. Inútil hubiera sido toda nuestra actividad y la pronta maniobra de las velas para contrarrestar el empuje de los vientos, que obligaron á la nave á girar mil veces sobre sí misma, si el omnipotente brazo de Dios, que impidió, en otro tiempo, la impía temeridad de aquel terrible espectro precipitándolo de la sede de los bienaventurados á las profundas cavernas del Tártaro, no lo hubiera también ahora apartado, con el terror de sus rayos, del sacrílego intento de pretender ahogarnos á todos. Dominó, pues, rápidamente los vientos, y, calmada la tempestad, no se vió ya la nave, de proa á popa y de babor á estribor, terriblemente maltratada. Nos mantuvimos á la capa, para mayor seguridad, y pasamos la noche flotando sobre las ondas con un molestísimo balanceo.

A la mañana siguiente continuamos el camino y después de pasar con toda felicidad el Cabo de San Antonio, llegamos, el día 4 de Diciembre, al puerto de Montevideo, bordeando un litoral que presenta al espectador muy deliciosos paisajes. En efecto, más allá del Cabo de San Antonio, que está en lo más bajo de la costa, se ve aparecer una pequeña prominencia cubierta de grandes plantas silvestres que recrean la rista. Principia después la playa cultivable, en una vasta llanura, interrumpida aquí y allá, por pequeños montecillos y amenísima colinas, que, vistas desde el mar á proporcionada distancia, como nosotros lo hicimos, son una verdadera delicia.

La abundancia de plantas cultivadas y de bosques, los edificios rurales v demás casas de campo mantenidas con decencia, el cultivo de los prados, los huertos y los vistosos pueblos del lado opuesto, vecino á Montevideo, contribuyen á la belleza del panorama y fué verdaderamente sensible no poder contemplarlo libremente por los bancos de arena que allí embarazan la navegación. Dios, que no dispensa jamás en el mundo ningún bien completo para que nadie se apegue á la tierra, nos ha contrapesado siempre, en todo nuestro viaje, las deliciosas vistas de la tierra con los temores del mar, y los placeres de éste con los peligros de aquélla. Por eso dijo muy bien Horacio:

Laetus in præsens animus, quod ultra est,
Oderit curare, et amara lento
Temperet risu: nihil est ab omni
Parte beatum.

Lib. II, Oda XIII

CAPÍTULO IV

De la permanencia en Montevideo

Apenas anclada nuestra nave en el puerto, fuimos visitados por un barco de guerra brasileño, que nos arrebató á un marino portugués que estaba al servicio de nuestro capitán. Después de recibir las visitas acostumbradas de la sanidad y de la Aduana, acompañados por todo el Clero, que vino á recibirnos personalmente, nos dirigimos á la ciudad, donde el Señor Cura y Vicario de la Provincia, Don Dámaso Antonio Larrañaga, con la amabilidad que le es propia, nos recibió en su casa, y nos trató espléndidamente en todo el tiempo de nuestra permanencia allí é invitó á muchos otros diariamente á la comida.

La playa del puerto donde nosotros desembarcamos estaba enteramente ocupada por el pueblo, que acudió en gran número á recibirnos. No todos nos acogieron de la misma manera: cuando pusimos pie en tierra, yendo yo á la izquierda del Vicario Apostólico, un joven de alta estatura, robusto y vestido de labrador, se adelanta hacia mí, con el brazo levantado, en actitud de darme de puñetazos. Habiéndolo yo evitado con destreza, corrió á embestir al Señor Canónigo Mastai. Mas, increpado por muchos y rechazado por un militar, cesó de molestarnos; y, precedidos por una turba de niños, que en tales circunstancias son siempre los más curiosos, llegamos al indicado hospedaje en casa del Señor Larrañaga.

Este dignísimo sacerdote, además de ser muy instruído

en la ciencia de las cosas sagradas, propias de un cura, es bastante versado también en el estudio de la Historia Natural. Los primeros profesores de París y de Londres en este género de ciencia, lo estiman mucho, especialmente el Señor Cuvier, á cuyas instancias empezó á escribir, no hace mucho tiempo, sobre una muela, de dimensión extraordinaria, encontrada en los alrededores de Montevideo. La muela de que se habla tiene tres protuberancias y dos grandes raíces. Las tres protuberancias, un tanto consumidas por el uso de la masticación, están tan unidas y forman una sola superficie del largo de medio palmo comercial y de ancho más de un cuarto del mismo. Guardan proporción las dos raíces, cuyas puntas se encuentran corroídas por el tiempo. La compañera de esta muela, compuesta también de tres protuberancias unidas y de tres raíces intactas, se conserva en poder de otro señor de Montevideo, lo mismo que uno de los dientes próximos á los molares del mismo animal, y que es como la mitad de una muela y se conserva intacto. Cada una de las muelas pesa una libra y media romana, ó sean, dieciocho onzas; y cerca de la mitad pesa el diente más pequeño.

El Señor Larrañaga sostiene que los tres dientes de que se trata, por lo que ha podido descubrir, pertenecieron áun quirquincho, que es el Tatú de dieciocho fajas, de que hemos hablado en el segundo libro de de esta Historia. No importa, según él, que el quirquincho sea, al presente, un animal muy pequeño; puesto que en aquella costa de Montevideo, cerca de Buenos-Aires, dice que fué encontrada la escama de un quirquincho, la cual formaba como el cielo, ó sea, la cubierta hueca de un hor-

no bastante grande, y que, actualmente se conserva por el Rey de España en su Gabinete de Historia Natural. No obstante, parece muy difícil que los tres dientes pudiesen pertenecer á un quirquincho, porque no se comprende cómo este animal sea al presente tan pequeño y de dientes un tanto agudos. Al contrario, los tres dientes de que se trata son planos y un tanto cóncavos como los dientes molares de los bueyes y de los caballos, y deben de haber pertenecido á una cabeza muy grande. Mas, como quiera que sea, lo cierto es que aquellos dientes son cosa muy rara, y yo ofrecí una buena suma por uno de los dos grandes, sin lograr obtenerlo por la estima en que los tienen sus propietarios.

Montevideo es la Capital de la Provincia Cisplatina, fundada en Marzo del 1725 sobre el Río de la Plata, en un pequeño promontorio. Su aire es tan sano que hay necesidad de comer mucho y alimentos de mucha sustancia para no sufrir el hambre, á causa de la suma facilidad para la digestión. De aquí nace que sus habitantes sean todos bien formados y robustos, de elevada estatura, de buen color y de trato agradable y alegre. Son también muy piadosos, afectuosos, ingenuos y cordiales, sin ese exagerado amaneramiento que, ocultando con frecuencia los verdaderos sentimientos del ánimo, hace aparecer sinceros y cordiales á los que no lo son.

Los primeros habitantes de Montevideo fueron algunos aventureros de Buenos-Aires y de las Islas Canarias. Después, los negocios y comodidades de la vida llamaron allí á tantos otros de las diversas partes de la tierra, que, en los primeros años de la Revolución de las Provincias uni-

das de la América Meridional, Montevideo contaba cerca de dieciocho mil almas, las cuales al presente se han reducido á trece ó catorce mil solamente, por los infortunios de las guerras y por las emigraciones, voluntarias ó forzadas, impuestas por las alternaciones de los partidos en el poder.

El recinto de esta ciudad forma como una península defendida al interior por ocho baterías de cañones y dos fortalezas, una en el centro y la otra en la falda de un monte, que es el *Montevideo* propiamente dicho; así llamado porque fué éste el primer lugar que descubrió un soldado portugués del ejército español, conquistador de aquella provincia, y, al verlo, dicen alguuos que exclamó *Montem video* en lengua latina, y otros *Monte veo* en lengua castellana; y de *Montem video* ó *Monte veo*, nació después la voz *Montevideo*, que dió nombre á la ciudad. Sus calles son todas tiradas á cordel, formando manzanas cuadradas, como en las demás ciudades de América. Las mejores son la calle de San Pedro, que empieza en la puerta de este nombre; la calle de San Gabriel, y la que, atravesándolas, va á terminar á la puerta nueva, llamada tambien puerta de San Juan. Fuera de estas dos entradas sólo el puerto da acceso á la ciudad, porque el resto está todo rodeado de muros, más ó menos altos, según lo pide la naturaleza de la playa del río, ó sea, del mar que la circunda. Las casas son todas construídas con cal y ladrillos de horno, limpias y decentes; en su mayor parte de dos pisos, y algunas de tres, de buena arquitectura, al gusto europeo.

El edificio del Cabildo Municipal, que está en la gran

Plaza enfrente á la Iglesia Matriz; la casa García, unida á la fachada de dicha Iglesia frente al Municipio; la casa Jiménez y algunas otras, son pequeños palacios de muy buen gusto. También son de buena construcción las tres iglesias: de San Francisco, del Instituto de Caridad y la Matriz.

Esta última es una iglesia de arquitectura europea, grande y de tres naves, como la de los SS. Apóstoles, de los Padres Conventuales en Roma. Tiene también una hermosa cúpula en el centro, como la de San Andrés del Valle, á cuya grandiosidad y estructura interna se asemeja mucho, á excepción del atrio, de que ésta carece. Es abundante de luz y tiene seis altares á cada lado y un altar mayor en la nave central, bastante majestuoso. Entre todas las iglesias de la América Meridional, vistas por mí, no he encontrado otra más bella que ésta, que aun colocada en el centro de Roma, tendría su mérito particular. Fué edificada con el producto de la contribución de tres centavos por cada cuero de buey ó de caballo que se sacaba de la ciudad, derecho que llegó á dar, en algunos años, hasta doce mil escudos libres para la iglesia; por lo cual pudo, en catorce años, terminarse con muros que parecen hechos para toda la eternidad.

Por otra parte, es escasa en decoración, y su atrio, más grandioso aún que el de la citada iglesia de los Santos Apóstoles en Roma, no tiene todavía la gradería correspondiente. Necesita también muchas cosas la fachada, para que sea digno el majestuoso edificio de la iglesia de la grandiosa plaza que la hermosea. Pero todo esto son pequeñeces que, apenas cesen las guerras que suspendieron

la obra, serán subsanadas. Por el pronto su interior, que es lo más importante, no deja nada que desear.

Titular de esta iglesia es Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, y los Santos Apóstoles Felipe y Santiago son los Titulares y Protectores de toda la ciudad. La imagen de la Inmaculada Concepción se venera en uno de los altares laterales, en unión de los dos Santos Apóstoles Felipe y Santiago, que aparecen á ambos lados en dos grandes estatuas. Parece que estas tres imágenes no están bien colocadas, porque los Titulares deben ocupar siempre el lugar más digno, que es el Altar Mayor, siempre que una razón muy poderosa no obligue á obrar de otro modo.

Es también un inconveniente notable que el altar de los Titulares esté como abandonado y que todas las funciones ordinarias se hagan en otro altar, delante de la imagen de Nuestra Señora del Rosario. Venerándose á la misma Madre de Dios en el altar de los Titulares, parece que debiese tener éste la preferencia, tanto más, cuanto que en él se encuentran también los Santos Apóstoles.

La imagen del Rosario es la más bella de toda la iglesia: una gran estatua de extraordinaria belleza, vestida al estilo americano con mucha suntuosidad. Su manto es de brocado de oro, con una hermosa diadema de plata y una corona del mismo metal. Un precioso rosario de oro con quince dieces le cae del cuello sobre ambas manos, y termina con un medallón y una cruz episcopal, también de oro. Tiene un talle delicado, rostro modesto y bien delineado y piadosa actitud. Mas, en medio de tan bellos distintivos de esa preciada imagen de Nuestra Señora,

salta á la vista un detalle indio, que es la rosa que tiene en la derecha, como para olerla, la larga cabellera negra que, parte sobre el hombro, parte sobre el pecho, hacia el brazo izquierdo, le cae con tan estudiado abandono.

Las demás imágenes, y todas las pinturas que se ven en dicha iglesia son de poca consideración. Esto me ha movido á encargar, como prueba de mi cariño á esa iglesia y al respetable pueblo de Montevideo, á mi costa, al Señor Juan Pasinati, pintor veneciano de mucha estima, un cuadro de los Santos Apóstoles Felipe y Santiago, en tela grande de 18 palmos. La feliz y acabada concepción del pintor, el empeño que ha puesto en el buen éxito, y mi constante vigilancia para que nada se descuidase, han hecho que el cuadro sea bastante grandioso. Así pues, si llega en buen estado á Montevideo, como espero, con su marco dorado que le sirve de adorno, contribuirá á la dignidad de la Iglesia Matriz á que está destinado, á aumentar siempre más la devoción á los Santos Apóstoles y á despertar en aquellas partes de América el buen gusto por la pintura, de que carecen generalmente sus iglesias.

Después de la Matriz merece ser vista, en Montevideo, la iglesia de los Padres Franciscanos, que, aunque es demasiado larga y sus altares están incrustados en el muro, tiene, sin embargo, ornatos agradables. En toda la ciudad y provincia de Montevideo no hay otros religiosos fuera de los Franciscanos. Antiguamente estaban también los Jesuítas, que eran muy útiles á toda la América, porque poseían ellos la verdadera ciencia de civilizar á tantos pueblos salvajes que ocupan las más ex-

tensas regiones de la misma; y sabían de tal modo aficionarlos á la Religión que aún al presente conservan su práctica. Por ejemplo, mientras permanecimos en Montevideo el Señor Don Pedro Juan Antonio Saia, dignísimo sacerdote y confesor mío allí, se fué á pasar una temporada al campo, á distancia de cuarenta leguas de aquella capital, cerca de un pequeño pueblo de indios llamado Durazno. Invitado por ellos á cantar la misa en sufragio de una persona principal, que había muerto en aquellos días, quedó muy edificado de la religión y verdadera piedad de aquellos buenos indios, los cuales se reunieron en gran número en su capilla con mucha devoción. Después una parte de ellos, con su libro en mano, cantó el oficio de difuntos con mucha pausa y apropiado tono.

Se cantó después la Misa, y los mismos indios, en uno de los libros corales dejado por los Padres Jesuítas, acompañaron al sacerdote con el canto gregoriano muy bien entonado, como si estuviesen todavía bajo el régimen de aquellos buenos Directores de la Compañía que los habían instruído. Notó también el dicho sacerdote que todas las familias, aquí y allá reunidas en pequeñas poblaciones, tienen su capilla construída de greda y de madera, con techo de paja; en la que se reúnen todas las tardes para oir la lectura de cualquier libro devoto, rezar el santo Rosario con su letanía, y practicar otros actos de piedad; reunión á que ellos dan el nombre de *Escuela de Cristo*.

Me refirió también el mismo sacerdote que no ha mucho tiempo tenían aquellos indios una bella iglesia llamada de los Doce Apóstoles. la cual daba el nombre á la región. Esta había sido erigida por los Padres Jesuítas, que

la enriquecieron con vasos de plata y ornamentos sagrados de no escaso valor. En las pasadas guerras entre Montevideo y el Brasil, habiendo el ejército brasileño invadido aquella región de los indios en medio de crueldades, el pueblo de los Doce Apóstoles se refugió en la iglesia, esperando que sería respetada por los invasores. Mas éstos asaltaron la iglesia y, echando por tierra sus paredes, dispersaron al pueblo que allí había. Desde entonces, en cada reunión de ésas se formó una pequeña capilla, y en ésa se hacen todas las tardes los ejercicios de piedad que hemos indicado.

La tercera iglesia de Montevideo es la del Hospicio de la Caridad, que consiste en una simple capilla bastante limpia y de buena construcción moderna, llamada la Capilla de San José. Tiene ésta la originalidad de conservar para depósito de agua bendita una concha blanca de cuatro palmos de largo por tres de ancho, con doble fila de estrías bellísimas, tal que parece un mármol trabajado por un buen artista. Fué encontrada en las Indias Orientales por los hermanos del Señor Cura y Vicario Larrañaga; lo que muestra el empeño que las personas inteligentes deben tener para enriquecer la propia patria con las cosas raras y estimables que faltan en ella.

Dos veces fué invitado Monseñor á administrar la confirmación en dicha iglesia. Terminada la primera confirmación, fué visitada toda la casa, que es suficientemente grande y mantenida con mucha limpieza. Después fué conducido al salón de recepción, donde le fué entregado un gran diploma, hecho á mano, con bellísima letra gótica; diploma que declaraba á Monseñor como Hermano de

aquella asociación llamada la *Casa de la Caridad*; acto que Monseñor agradeció mucho, y en señal de gratitud regaló una medalla al secretario de la sociedad, que había escrito el diploma, y una cruz con la bendición en artículo de muerte, á todos los niños que allí se estaban educando.

La segunda confirmación administrada en la capilla fué el día 16 de Enero de 1825. Antes de empezar la confirmación, estando el Vicario Apostólico sentado delante del altar mayor, fué investido, por el Gran Prior de la Hermandad, con la insignia distintiva de aquel Instituto de Caridad, que era una gran faja encarnada con un corazón en el centro. Le fué colocada de modo que quedara el corazón en medio del pecho, como la llevan todos aquellos hermanos. Después, revistiendo el pluvial, confirió la confirmación al pueblo con la doble insignia de Arzobispo y de Hermano del Instituto de Caridad de Montevideo. A muchos no agradó esta pública investidura é incorporación del Vicario Apostólico á aquel Instituto de caridad; porque sospechan algunos mal intencionados que aquel Instituto es una Logia Masónica. Nosotros debemos creer que tal sospecha es la consecuencia de una calumnia; y por esto no veo en qué pueda ser reprensible el Vicario Apostólico, á no ser por la publicidad con que se hizo colocar, en presencia del pueblo, aquel distintivo del Instituto, en el acto de administrar la confirmación, confundiendo así la insignia de la Hermandad con los hábitos Pontificales de Arzobispo, que en la persona de un representante público del Papa no reconocen distintivo igual, con el cual deban estar unidos en el ejercicio de las sa-

gradas funciones. Pero, como en aquella circunstancia el Vicario Apostólico fué sorprendido, debemos excusarlo.

La Provincia Cisplatina se divide en tres Departamentos, que son: *Montevideo*, *Maldonado* hacia el Brasil, y la *Colonia del Sacramento*, frente á Buenos-Aires, con capitales del mismo nombre. Sus límites son: el Río de la Plata, el Uruguay y el Brasil. De Maldonado al Uruguay, ó sea, de Levante á Poniente, tiene, según los prácticos, cerca de 140 leguas de extensión, y cerca de cien leguas de Sur á Norte, ó sea, de Montevideo al Brasil. La población de toda la Provincia es de cerca de cincuenta mil almas, la mayor parte de las cuales está en el Departamento de Montevideo, al que están sujetos los otros dos Departamentos de Maldonado y de la Colonia del Sacramento.

El Río de la Plata se forma del Uruguay y del Paraná, dos grandes ríos que se unen á distancia de cerca de diez leguas de Buenos-Aires, y allí toman el nombre de Río de la Plata. Nosotros ignoramos todavía el verdadero origen del Uruguay: sabemos que, después de un largo curso, recibe las aguas del Río Negro, las cuales comunican á éste la propiedad de petrificar las maderas puestas á su contacto, y dicen los de Montevideo que es un espectáculo sumamente agradable observar en ambas orillas de los ríos Uruguay y Río Negro las diversas especies de petrificaciones que allí se encuentran. Muchas de éstas parecen totalmente increíbles y yo que en las cosas humanas he pecado siempre de incredulidad, las supongo más bien imaginarias que reales. Esto no obstante, siendo narraciones comunes, autorizadas aun por personas inteligentes y de estima, las refiero para divertir á los lectores y procu-



raré dar algunas explicaciones para hacerlas en algún modo verosímiles.

Cuentan pues en Montevideo que en el Uruguay y en el Río Negro, no solamente se petrifican los árboles que están dentro del río al contacto de sus corrientes, sino también los que se encuentran en los lugares pantanosos de la orilla y aseguran que, plantado en tales lugares cualquier tronco seco, después de algún tiempo se encuentra petrificado; lo que no es del todo increíble, porque, abundando las aguas de aquellos dos ríos de tantas sustancias glutinosas que han formado un lecho durísimo y calcinoso, el cual, triturado, sirve de cemento en vez de la cal para las construcciones, á medida que se descompone la sustancia leñosa, se introducen las partes lapídeas en los espacios que han quedado vacíos y tomando la forma de la cavidad, toman también el aspecto de las organizaciones vegetales y conservan la figura; de donde resulta que, si bien en los maderos petrificados queda destruída la antigua organización leñosa, se conserva siempre su apariencia.

Por esta explicación naturalísima, no encuentro increíble que un tronco seco, en las orillas pantanosas del Uruguay, se petrifique con el tiempo. Lo maravilloso que yo encuentro es el ver, como dicen los de Montevideo, que muchos árboles sobre las orillas de dicho río tienen ramas secas petrificadas; lo cual, si es verdad, podría atribuírse á la evaporación de aquellas aguas, las cuales, infiltrándose en aquellas ramas secas, dejan allí lo que tienen de materia lapídea volatilizada, formándose así la petrificación; ó bien puede provenir de la misma vegetación,

por cuyo medio las partes acuosas que pasan de molécula en molécula, conteniendo en sí cierto principio terroso, el cual, á medida que se retiran las partes leñosas, se sitúa y petrifica en los espacios huecos; y tomando la forma en sus cavidades, toman también el aspecto de las organizaciones vegetales y conservan su figura; y sucediendo esto á medida que el ramo se seca, puede al fin quedar completamente petrificado; cosa, por otra parte, sumamente difícil y casi del todo inconcebible.

La ciudad de Montevideo está gobernada por un Cabildo Civil, compuesto de los más distinguidos señores del país, á los cuales preside un Gobernador en nombre del Emperador del Brasil, á quien pertenece aquella Provincia. Apenas el Vicario Apostólico había entrado en casa del señor Larrañaga, vinieron á saludarlo en persona, primero el Gobernador, que era el señor Lecor, Barón de la Laguna, y después el Cabildo, á los cuales les fué en seguida devuelta la visita con las formalidades de la etiqueta.

El Gobernador hizo su visita al Vicario Apostólico acompañado del Estado Mayor y de su tropa de línea, y demoró pocos minutos. El Cabildo se presentó también con gran solemnidad, pero la visita fué bastante larga.

Cuando el Cabildo de Montevideo ejerce en cuerpo funciones públicas, cada uno de sus miembros va vestido con traje corto de paño negro muy fino, y con una gran faja encarnada atravesada al pecho, con hebillas de oro en el cinturón y en los zapatos, sombrero de militar con bordados uniformes, y en la mano la insignia del mando, que es una larga caña de India, negra y muy flexible, que

simboliza la justicia, administrada por el Cabildo. Le precede siempre un Ordenanza, de gran parada, al que dan el nombre de *Portero*, porque lleva la voz del Cabildo. Lleva delante de sí un trompetero y á los lados dos maceros vestidos de rico manto talar de terciopelo encarnado, con bordados y grandes flecos de seda roja, que les caen de varias partes con elegante distribución. Un sombrero redondo del mismo terciopelo, con flecos de seda roja, pende del brazo izquierdo, y sostienen con la mano derecha la insignia del Cabildo, que consiste en una rica asta de plata, coronada por un gracioso grupo del mismo metal formado por una flor, en cuyo centro se ve una torre, con esta inscripción: *Muy fiel Reconquistadora.*

Este magnífico aparato, unido á la gravedad de cada miembro del Cabildo, contribuye á aumentar el respeto y la veneración de todos hacia ese alto Cuerpo, ya por sí mismo respetable como formado por Ministros de la Justicia. Como es sabido, las cosas extraordinarias y de gran aparato son las más imponentes. Por eso el gran Sacerdote de la antigua ley, además de la majestuosa tiara, las ricas sandalias y los complicados vestidos, llevaba en la casulla muchas pequeñas campanillas para que, al son de éstas, cuando se dirigía á paso grave al altar para celebrar los sagrados ritos, todos guardaran compostura y reverencia hacia su dignidad. Por el mismo motivo, aquel gran político entre los antiguos Monarcas de Roma, Numa Pompilio, simulaba frecuentemente celebrar secretas conferencias con la Ninfa Egeria para que todos creyeran que las disposiciones que dictaba al pueblo eran órdenes del Cielo, manifestadas por la Diosa; y, uniendo á esto otras apara-

tosas exterioridades, pudo moderar la ferocidad de los Romanos y someter á la obediencia de las leyes un pueblo que era todavía no menos belicoso que salvaje. La corona, la toga, la púrpura, la silla gestatoria, los haces de los Lictores, las hachas y tantas otras insignias, según la diversidad de las Naciones y de los gobiernos, han sido siempre considerados por los buenos políticos como absolutamente necesarios para el vulgo, especialmente el bajo pueblo, el cual, no comprendiendo otras ideas de grandeza que las que admira con los sentidos, tiene necesidad continuamente de un temor reverencial y político para mantenerse obediente y respetuoso.

Dicen, además, que en el Uruguay se petrifican también las frutas y la carne; lo que me parece completamente imposible: y si á la petrificacion de las ramas de cualquier árbol he podido dar explicación cierta, no exenta de seria dificultad, la petrificación de la carne no sabría de qué modo explicarla, sino es suponiendo en las aguas del Uruguay la misma propiedad del espíritu que, preservando á la carne de su fácil putrefacción, diera lugar de alguna manera á las partes lapídeas para introducirse poco á poco en los poros de la misma carne, llenar sucesivamente todas las células y en ellas condensarse y petrificarse. Mas, siendo ésta una suposición gratuita, creo que no existe la pretensa petrificación de la carne en las aguas del Uruguay. Así pues, soy de opinión que la mano de india y los supuestos pedazos de carne petrificados, que se muestran en Montevideo, no son más que juegos y caprichos de la naturaleza, pero de ninguna manera carne petrificada. El solo esqueleto de la mano, siendo una ma-



teria dura, no es difícil que se haya podido petrificar. En efecto, contó el señor Vicario Larrañaga que un comandante inglés, en una excavación que hizo practicar hace doce años en la Isla de Santa Lucía, unas de las Antillas, encontró petrificado el esqueleto de un hombre, relación que él mismo leyó en un diario de Londres, el cual aseguraba que este raro monumento de Historia natural se conserva en el Gabinete Físico de la dicha Metrópoli. Agrego también yo, para erudición del lector, que la señora Angélica Drosso, veneciana, trajo de Tebas, en Egipto, cuatro momias enteras, tan bien conservadas é intactas que sus carnes están casi tan duras como el hueso, y sólo con mucha dificultad pueden desprenderse pequeños filamentos nerviosos, como yo mismo tuve ocasión de probarlo. De lo cual deduzco que la carne, en este estado, puede tal vez llegar á petrificarse con algún muriato de cal ó de soda muy activo. Esto no obstante, considero la decantada petrificación de la carne como una cosa puramente fabulosa, por la muchas y muy graves dificultades que presenta.

En la misma Provincia de Montevideo, no muy lejos del Uruguay, se encuentran, según testimonio de aquellos nacionales, otras muchas curiosidades que dejan admirado al viajero. Dicen, por ejemplo, que hay un monte en el cual, apenas uno empieza á subir, se ve llover á los pies como una especie de escarcha, por lo cual es llamado *Monte Lloroso*. Si esto es verdad, podemos decir que tal vez el calor que se desprende del hombre, al equilibrarse con el aire, rarificándolo y haciéndolo incapaz de sostener el vapor de agua, produce la tal lluvia. Puede también decirse que, desarrollándose con la acción del camino algún flúi-

do eléctrico, éste produce con la sacudida una rápida condensación de los vapores vesiculares, enrareciendo el aire y haciéndolos caer á tierra para formar aquella especie de escarcha que se ve caer entre los pies. Todo lo cual no pasa de ser una fábula chistosa.

Hay también, dicen los de Montevideo, otra montaña, en la cual, sea por la temperatura de la atmósfera, ó por el influjo de minerales nocivos, ú otras causas diversas, apenas uno empieza á subir, principia á sentir tal languidez en todo el cuerpo y tal debilidad en las articulaciones de las rodillas y en las otras coyunturas de los miembros, que, á medida que se sube, sobreviene un sudor frío, acompañado de cierta fatigosa respiración, hasta obligar al viajero á ceder y echarse á tierra como muerto. Nos contó, á este propósito, el citado Señor Don Pablo Antonio Sala, que él conoció á un tal Pedro Romero, de la Orden de Santo Domingo, en la provincia de San Juan de Cuyo, el cual, por haber querido probar subir demasiado por tal monte, contra los consejos de sus compañeros, fué acometido á la mitad del camino por un ataque apoplético que lo inutilizó para toda la vida.

Otras muchas curiosidades se cuentan de los indicados campos, las cuales sorprenden al viajero. Consiste una de ellas en que se encuentran aquí y allá, en el nacimiento de los montes y en las colinas pedregosas, algunos globos de una materia lapídea de color negruzco, y vacíos interiormente á semejanza de las bombas, y á veces con ciertas cristalizaciones en su centro. Como quedan perfectamente cerrados, siempre que el calor atmosférico ó de otra espe-

cie enrarece el aire encerrado en su interior, estallan con una explosión semejante á las bombas. Y ésta era la explosión de bombas invisibles que tanto aterraba á los conquistadores españoles cuando invadieron esas regiones. El Señor Larrañaga conserva en su rico Gabinete de Historia Natural algunos de dichos globos, uno de los cuales tiene una pequeña rotura en el centro, por la cual se ve todo el interior y una especie de cristalización que se había empezado á formar.

Para no cansar la atención del lector con la narración de tantas otras cosas curiosas que se cuentan de las amenísimas campiñas de la Provincia Cisplatina, hacia el Uruguay, termino con indicar que se encuentra cerca del Paraguay en la campiña de Concho una gran masa de fierro, tan compactamente conformada que parece fundida. Por encontrarse en la superficie de la tierra y en una vasta llanura que no tiene monte alguno á su alrededor, algunos naturalistas han creído que puede provenir de erupciones volcánicas de la Luna. Como parecía que el Señor Larrañaga no desaprobase tal opinión, yo, sin empeñarme en discutir si la Luna tiene ó nó volcanes, le observé solamente que, si suponíamos desprendida de la Luna una masa de fierro de tan inmensa magnitud como ésta, creciendo la velocidad de su movimiento y, en consecuencia, el ímpetu y la fuerza de su golpe sobre la tierra, en proporción al cuadrado de las distancias, dicha masa, al caer en tierra blanda, como es la de nuestro caso, habría debido penetrar tanto en ella, que no se podría de ningún modo distinguir en el fondo de su abertura. De lo cual se deduce que no es posible que provenga de la Luna; y que

es solamente una de tantas obras admirables de la naturaleza, que nos hacen conocer el poder y la sabiduría infinita del Dios que la gobierna.

La idea de tantas cosas particularísimas despertará naturalmente en los viajeros el deseo de recorrer los hermosos campos de la Provincia Cisplatina. Pero hay necesidad de advertirles que la satisfacción de este deseo podría costarles la vida, porque, siendo aquellos campos casi del todo despoblados y desiertos, se han multiplicado numerosos animales que hacen peligrosísimo el camino. Los tigres, por ejemplo, que son los más numerosos y corpulentos, se reúnen con frecuencia en grupos, é invaden aún la capital, que queda en una punta de tierra, en la que principia la Provincia. Más fiero aún que el tigre es el león pardo de Montevideo, á diferencia del león blanco, que es menos feroz. El primero ataca al tigre con frecuencia y lo mata; el segundo lo evita. Aquél es muy enemigo del hombre y no se ha podido jamás someter; el blanco se muestra menos esquivo, y cuando es pequeño se domestica con facilidad. Aquellos aldeanos suelen domesticar también los tigres; pero se cuentan casos funestos. Uno de ellos se había familiarizado de tal modo con un tigre que, jugando con éste, le metía con frecuencia la cabeza en la boca, que la tienen muy grande y dotada de agudísimos dientes. Un día en que el tigre no olvidó su antigua fiereza, apenas el aldeano hubo introducido la cabeza en sus fauces, la cogió con los dientes y se la destrozó.

En Montevideo se hace mucho comercio de pieles de tigres, muchas de las cuales son tan grandes como el cuero de un buey. Aquellos valientes aldeanos, cuando van á

la caza de esta fiera se arman de fusil y de un macizo garrote; y como el tigre es muy débil de lomo, si en lugar de caer al disparo, ataca al cazador, este le descarga sobre la espina dorsal, hasta matarlo, y, una vez extraída y disecada la piel, la venden hasta en cuatro ó cinco pesos.

Más difícil que ésta es la caza de los cocodrilos del Uruguay, que causan grandes daños á los dispersos labradores de aquellas campiñas, los cuales no pueden acercarse jamás con seguridad á las orillas del río. Para cazar al cocodrilo, se meten desnudos en ciertos sitios del río en cuya vecindad saben que se encuentra el cocodrilo. Una vez allí, hacen flotar sobre las aguas el sombrero y mientras el cocodrilo va al encuentro de éste, le meten un cuchillo en el vientre y lo matan. El hecho es ciertamente increíble, ni yo lo habría referido, si personas de mucha estima no me lo hubiesen asegurado. El temerario valor de aquellos campesinos, que poco se diferencian de las bestias, es absolutamente increíble. Se cuenta, por ejemplo, que cuando los salvajes del Paraguay ó los labradores escapados del Uruguay van con sus canoas por aquel río, en busca de pillaje, si se ven atacados por los labradores civilizados, que viven en las orillas, los ladrones se arrojan al agua y volcando la canoa se defienden con ella de cualquier golpe que se les dirija. Mas, si en aquellas aguas está escondido el cocodrilo, como varias veces ha sucedido, su muerte es casi segura, por defenderse de la orilla. Otras veces sucede también, que, mientras van por el río, varios cocodrilos juntos aferran con sus dientes la canoa, y si no están muy listos para defenderse con las hachas la vuelcan y los devoran al instante. Hacen en suma tan gran-

des y locas temeridades, que realmente provocan la ira de Dios y lo obligan á hacer casi un milagro para salvarlos de la muerte.

Los otros animales que abundaban y abundan todavía en la Provincia Cisplatina son los bueyes, los caballos y los volátiles de todo género, como por ejemplo, *loros*, que son pequeños papagayos, tórtolas, perdices, *cardenales*, con un moño rojo en la cabeza, chochas y avestruces. Èstos son un poco más pequeños que los avestruces de África. Aunque no pueden volar por la desproporción entre sus cortas alas y su gran cuerpo, son tan ágiles en la carrera, que pueden vencer á un caballo; y tienen tal fuerza en sus patas que con una patada pueden romper la pierna de un hombre. Tienen el cuello larguísimo y majestuoso: la cabeza la mueven con mucha gravedad, sin mudar de posición; son de ojo vivo, de fuerte pico, de sin igual voracidad y de tan poderoso estómago, que devuelven notablemente consumidos aun los metales que logran engullir. Cuando el avestruz levanta la cabeza, supera á un hombre de ordinaria estatura. Es también muy corpulento y la extensión de las alas apenas basta á cubrirlo con las preciosas plumas que sirven de ornamento á los sombreros de las señoras. Es muy aficionado á las moscas, á las que da caza incesantemente cuando pequeño, sin que se le escape ninguna.

Esta propensión de los avestruces á las moscas nace de que en sus nidos suelen reunir muchos huevos, de los cuales dejan siempre uno separado, sin cubrirlo. Después, cuando nacen los polluelos, rompen el huevo separado, para que se reúnan las moscas y todos los pequeños se ali-

menten con ellas. Esto constituye al principio su única comida. Ya crecidos, el padre ó la madre van delante de la numerosa prole, con la gravedad majestuosa que corresponde á los soberanos de los volátiles campestres, á la cabeza de un ejército de pequeños avestruces que conducen á pastos, sin temor de que ningún animal los moleste, pues con su afilado pico y sus peligrosas coces, infunden miedo aún á los leones y los tigres. para quienes son exquisito manjar. Cuando ven al tigre, prorrumpen en cierto grito lamentable, que hace reunirse al instante á todos los avestruces vecinos, y encerrando en el medio á los hijos, á fuerza de picotazos rechazan vigorosamente el ataque. Cuando, ya grandes, son abandonados por sus padres, se defienden con la fuga, en la cual difícilmente se les alcanza. Yo traía á Italia dos grandes ejemplares, que superaban mi estatura, para regalarlos á nuestro Santo Padre; pero, á consecuencia de golpes sufridos en la navegación, se me murieron antes de llegar á Gibraltar, donde estuve á punto de perder también cuatro cotorras, ó sea, pequeños papagayos, y un *cardenal*.

Merece también mencionarse, entre los animales de Montevideo, su rata ó topo anfibio, que se encuentra en las lagunas y en los ríos. Es de pelo muy negro y rizado, del porte de un lechoncillo. Como vive indistintamente en el agua ó en tierra, los tres dedos de las patas traseras están unidos con una membrana como la de los patos, para sostenerse sobre el agua, y los tres dedos de las patas delanteras están separados y sin la dicha membrana, para poder caminar con facilidad en tierra y servirse de ellos en sus necesidades. Su boca está guarnecida por sólo cua-

tro dientes incisivos, que siempre lleva descubiertos. Tiene largos bigotes como el gato, y cola muy larga, pero sin pelo. Come de todo y, al hacerlo, se coloca como los monos, sentado y sosteniendo el alimento con las patas delanteras. Cuando le falta comida roe la corteza de las vides y demás plantas, por lo cual es sumamente dañino. En las casas, su gusto es coger zapatos donde los encuentra y esconderlos en su cueva. Por lo demás, es muy amigo del hombre, de quien se aficiona fácilmente. Yo, por ejemplo, tenía uno, que había llegado á ser la diversión de todos y cuando se le hacía algún desaguisado, corría en el acto á mi cuarto, y, lamentándose con cierto quejido especial, me frotaba afectuosamente las piernas como pidiéndome defensa. En la navegación, primero le despuntaron los dientes por el vano temor de que hiciera algún agujero en la nave, y después lo hicieron desaparecer totalmente sin mi conocimiento.

Además de todas las especies de animales que hasta aquí hemos enumerado, el ganado más abundante en la Provincia Cisplatina, antes de las Revoluciones, consistía en bueyes, vacas y caballos. Los caballos se mataban sólo para aprovechar el cuero; de los bueyes se comía solamente la lengua y algunos pedazos de carne escogida; siendo también el cuero su principal utilidad. Las muertes de estos animales, llamadas matanzas por los Americanos, se hacían cada semana en el campo junto á la playa ó á la orillas de algún río, para poder fácilmente arrojar la carne después de haberles extraído la piel. Se encuentra registrado en los libros de la Aduana, que en algunos años salieron de Montevideo hasta dos millones de cueros, embar-

cados para Europa al precio fijo de un escudo cada uno. De lo cual se ve fácilmente el número inmenso de ganado vendible de la Provincia Cisplatina. La sola casa García, que he tenido el gusto de conocer, y con la que mantengo todavía relaciones de mutua amistad, en un terreno de su propiedad de más de cuarenta leguas de extensión, tenía un millón doscientos mil vacunos y muchos miles de caballos; y se mataban ordinariamente de treinta á cuarenta mil cada año.

Los Montevideanos, de tanta variedad de amenísimos campos que poseen, abundantes en ríos, torrentes y lagunas de limpias aguas, no cultivan sino pocos pedazos. Todo lo demás, ahora que falta el numeroso ganado de antes, está abandonado á la multiplicación de los tigres, leones, avestruces y otros animales salvajes que un día será necesario perseguir, matar como solía hacerse antiguamente en la Provincia de Mendoza, á fin de que su excesivo número no devaste los sembrados y no arroje á los hombres de sus propias casas.

En Montevideo, como sucede en toda la parte de América que he recorrido, todo se ha de hacer con los brazos de los pobres negros. De lo cual proviene que poco ó nada se trabaja; y el poco trabajo que se hace, se ejecuta casi siempre mal; porque los negros, siendo esclavos, son los peores mercenarios, y trabajando por un vestido miserable y por una comida grosera y escasa, con la añadidura de frecuente maltrato, no es posible que trabajen con fidelidad y con afecto. Fuera de Chile, donde los negros son todos libres y considerados como los demás ciudadanos, Montevideo es el único que trata á los negros con cari-

dad y con amor, en toda la América Meridional. Mas ni aun esta benevolencia de los de Montevideo es suficiente para vencer la contrariedad que tienen los negros á trabajar de buena voluntad; pues la misma naturaleza les está dictando el odio á sus amos, por el infame comercio que se hace de sus vidas, contra todo derecho divino y humano, contra los dictámenes de la razón y contra todas las leyes naturales.

Cuando en África se reúne á los negros para venderlos á los europeos y á los americanos, ordinariamente se encienden entre ellos guerras intestinas que destruyen familias enteras; y si á estas matanzas unimos los que mueren después que han sido hechos prisioneros, podemos calcular en doscientos los muertos, por cada cien negros que llegan á su destino en estado de esclavitud, después de soportar increíbles fatigas. En efecto, apenas cogidos por los comerciantes africanos, son encerrados en una tétrica prisión, de donde es imposible la fuga. Su alimento es malo y muy escaso, y gracias si no es también malsana el agua que apaga su sed. Llegan después los comerciantes europeos ó americanos, los cuales, tan pronto como reciben á bordo á aquellos pobres desgraciados, los atan por lo general de dos en dos, y después todos juntos con una larga cuerda hasta formar una sola cadena. Después las incomodidades de la navegación, el maltrato y los notables cambios del clima originan indispensablemente el sacrificio y la muerte de muchos. Otros son asesinados cruelmente por los bárbaros agentes de los comerciantes. Contóme, en efecto, el Señor Don Pedro Portequeda, sacerdote muy estimado, que, yendo años hace para América un



cargamento de negros africanos, iba entre ellos una negra con un niño de pecho. Esta criatura, ya fuera por la navegación, ya por alguna enfermedad interna, lloraba con frecuencia sin que la madre lograra calmarla.

Un día, fastidiado el capitán porque con aquellos gritos no podía dormir, después de haber avisado dos veces á la madre, la tercera vez que fué despertado subió á cubierta, donde la madre se había retirado para no molestar, y ciego de furor, cogió de los brazos al inocente niño y, arrancándolo del pecho de su madre, lo arrojó despiadadamente al mar. ¿Puede darse mayor inhumanidad y fiereza? Y, sin embargo, hay cosas peores todavía, en el infame comercio de los negros.

Llegando éstos á los puertos respectivos, se ponen en venta en la plaza pública, como lo he visto yo mismo, y se contrata sobre el más ó el menos, lo mismo que con las bestias, cediéndolos al mejor postor, cualquiera que sea. Sometidos de tal modo aquellos pobres desgraciados al dominio, si nó tirano, al menos durísimo, de un semejante suyo, que no tiene sobre ellos otro derecho que el que usurpa con el desembolso de un poco de dinero, la necesidad los obliga á abrazar en paz la infame condición de esclavos y obedecer ciegamente á todos los caprichos del propio amo. Deben someterse á toda fatiga y á cualquier género de vida que les sea asignado por su dueño y todo el salario por sus fatigas se reduce á muy poca comida, y mala, y á verse siempre más desnudos que vestidos con harapos que se les caen de puro viejos. Si se quejan, cae sobre ellos el azote. Si, vencidos por los sufrimientos, desean venderse á otros para indemnizar al propietario

de lo que en ellos gastó, corren también peligro de perder cruelmente la vida; pues en muchos lugares los esclavos negros pueden ser castigados y tratados como se quiera: no hay ley que los ampare, aunque el amo los haga morir bajo la crueldad del castigo.

En el Brasil, por ejemplo, según testimonio de muchos, en particular del Vicario de Montevideo, Sr. Larrañaga, que permaneció largo tiempo cerca de aquella corte como Público Representante, y del sacerdote Don Bonifacio Redruello, que también vivió allí largo tiempo, es lícito al dueño de un esclavo tratarlo como quiera. Si el esclavo pide su boletín de venta, para someterse á otro amo, y restituír al primero lo que ha gastado por él, éste es dueño de dar ó no el reclamado boletín; y, entre tanto, puede condenar al esclavo á doscientos azotes. Si entrega el boletín, le es igualmente permitido, por costumbre inveterada, hacerle aplicar doscientos latigazos por la supuesta injuria de reclamar el boletín, y otros doscientos puede hacerle dar el nuevo dueño, para que aprenda á obedecer con prontitud. Estos rigorosos castigos no siempre se practican; pero es lo cierto que quien se atreve á pedir el boletín, no puede ya contar con su tranquilidad. Porque, acostumbrados los propietarios, cuando no tienen trabajo en casa, á imponer á los esclavos que se lo busquen por sí mismos para que vivan con él, y les entreguen en la tarde cierta ganancia, una vez que el esclavo ha pedido su boletín de venta, ó es recargado en casa con mayores trabajos ó se le obliga á ocuparse fuera de casa y traer en la tarde una ganancia mayor. Las palizas se hacen más frecuentes y no se les permite ni siquiera lamentarse, y si

se atreven á gritar, les hacen introducir la cabeza en un tubo de madera, colocado en un tabladillo como el del «Cavalletto» en Roma. Después se cierra el tubo, que ahoga por completo los gritos del paciente; y así sucede que muere á veces en los tormentos, sin que lo sepan ni los verdugos.

Me contó, por ejemplo, el citado Redruello, sacerdote de mucha piedad, y no de los menos respetables curas de Buenos-Aires, é íntimo amigo mío, que mientras vivía en Río Janeiro, estando un día en casa, sintió en el aposento inferior al suyo una descarga de azotes continuada por más de media hora. Pero, como no oía ningún lamento, no podía comprender la causa. Á la mañana siguiente, al salir de casa, encontró tendido en tierra el cadáver de un negro, que había perdido hasta la figura de hombre. Preguntando qué cosa había sucedido, oyó que el esclavo de aquel vecino, por haber dicho simplemente en una tienda de zapatero donde trabajaba, que su amo era un loco de remate, éste, cuando volvió el esclavo á casa, lo hizo atar al patíbulo de madera y lo martirizó hasta matarlo de la indicada manera. Me dijo varias veces también el Señor Vicario Larrañaga, que en el Brasil, cualquiera que tenga sentimientos de humanidad, no puede en modo alguno vivir, sin horrorizarse diariamente de las crueldades y barbaries que se emplean allí con los negros, y que él se privaba frecuentemente de pasear por la ciudad, por no sentir los lamentos.

Esto en cuanto á los castigos y á la manera de tratar tanto á los negros como á las negras en general. Mas, respecto á las negras en particular la costumbre es toda-

vía más infame. Se acostumbra en el Brasil comprar á las negras y tenerlas en un lugar apartado, donde se da franca entrada á los hombres, para que engendren á beneficio de los dueños, que venden los hijos, cuando llegan á la edad de trabajar. Las mujeres, que por vicio ó por esterilidad natural son poco productivas, son despreciadas y también castigadas indirectamente por el dueño; y si no tienen ningún hijo, se las saca de allí para emplearlas en trabajos tan duros que en ellos dejan frecuentemente la vida. Parece que más infame trato no pudiera ni imaginarse, y, sin embargo, hay todavía algo peor.

En efecto, si un negro ó negra quieren unirse en matrimonio, no pueden hacerlo sin el permiso del amo respectivo, que es muy dueño de negarlo; y en tal caso el esclavo no tiene más derecho que venderse á otros, el cual indemnice del interés al dueño primitivo. Si convienen los dos dueños del esclavo y de la esclava, en que se casen, cada uno de los cónyuges queda como antes bajo el propio amo, y sólo pueden unirse cuando los dueños lo permitan. Así pues, en sus matrimonios, la exigencia de la naturaleza, santificada por la virtud del Sacramento, debe depender de la voluntad y del capricho de los dos amos, lo que no puede ser más absurdo, más injurioso y más tiránico en el mundo.

¿Cómo puede el hombre despojar á su semejante del sagrado derecho que le da la naturaleza, y que el mismo Dios ha confirmado por medio de un sacramento instituído con tal fin y llamado por boca del Apóstol *Sacramento Grande*, símbolo de la estrecha unión de Jesucristo con la Iglesia, á fin de hacer más sagrada y respetable su libre



posesión, cuando el hombre por delitos ú otras causas no sea incapaz de ejercerlo?

Fuera del caso en que los esclavos se vendan por sí mismos, por su libre voluntad, ¿qué derecho puede dar al dueño el desembolso del dinero para poder á su capricho separarlos en el matrimonio é impedirles que se reúnan en casos de necesidad? ¿No fué, acaso, instituído este sacramento en beneficio de la naturaleza, y para la conservación de la especie? Y cuando Dios unió á Adán y Eva, ¿no dijo, por ventura, que no podían ser por nadie separados? (1).

Es pues cierto que el derecho que tienen los cónyuges esclavos de poderse unir en las necesidades de la naturaleza, no puede hacerse depender del capricho de los dueños, por el dinero que han desembolsado al comprarlos; porque los derechos de la naturaleza son superiores á todo el oro del mundo; y la venta de los esclavos, los hace más sacrosantos en este caso, porque ordinariamente son vendidos con injusticia y con fraude.

Mas, supongamos que los Brasileños permitan á sus esclavos vivir en matrimonio. Los hijos que nazcan siguen la condición de la madre, y nacen por tanto esclavos del mismo amo de la madre, el cual dispone de ellos y los vende á su libre albedrío, como pudiera hacerlo con los animales en el mercado. ¿Cómo puede conciliarse esto con la sana razón y con la libertad natural de cada uno? ¿Cuál es la culpa de aquellos niños, para que deban nacer infelices por todo el tiempo de su vida? ¿Acaso la venta de sus padres tenía fuerza para perjudicar los naturales derechos

(1) Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet. Matth. cap. 9, v. 6.

de los hijos? Y si la venta de los padres fué hecha injustamente por otros, contra su voluntad, ¿qué derecho pueden tener los dueños sobre los hijos? Nuestra moral, en fuerza de la ley civil establecida por los antiguos Romanos, admite ciertamente que los hijos de los esclavos sigan la condición de las madres; pero esta teoría parece que va ya cesando con el hecho de haberse abolido casi en todas partes la esclavitud, como contraria á los derechos naturales del hombres.

Si pues el comercio y la trata de negros son contrarios á todo derecho, ¿cómo puede todavía sostenerse? ¿Cómo, en el Brasil especialmente, pueden permitirse los indicados tormentos contra aquellos pobres desgraciados? ¿No es esto contrario á las mismas leyes de una buena política? En el Brasil civilizado se cuentan cuatro millones de habitantes, de los cuales, según me aseguraron los señores Larrañaga y Redruello, cerca de dos tercios son compuestos de negros y mulatos, que ponen en peligro á aquel Imperio; de tal manera que, en una sublevación, que Dios tenga siempre lejos, serían ellos los dominadores, como sucedió desgraciadamente en la isla de Sto. Domingo, donde los negros, rebelados contra los blancos, los destrozaron enteramente, y de esclavos se tornaron en dueños de aquella isla.

Es necesario pues no solamente favorecerlos, para que vivan contentos, sino también impedir su comercio, para que no se aumenten demasiado, lo que haría crecer los peligros del Imperio.

Persuadido de tales verdades y de los maltratamientos de los esclavos, el actual Emperador del Brasil, el mag-



nánimo Don Pedro, no ha dejado jamás de pensar en ellos seriamente, desde que llegó á ser soberano independiente y absoluto de aquellas vastas regiones. Así como procuró desde el principio hacer feliz en general á su pueblo con las leyes del Imperio, así habría también atendido en particular á la libertad de los esclavos; pero, encontrándose éstos en poder de casi todos sus súbditos, no habría podido seguir su grandioso plan, sin incurrir en el acto en la indignación de los mismos. Deseoso de tratar este asunto con toda la delicadeza que exigía la prudencia, se contentó por entonces, como hábil soberano, en preparar los ánimos de todos á la libertad de los esclavos, los cuales, como que también son sus súbditos, tienen perfecto derecho á su beneficencia. En virtud de este empeño del buen Soberano, tuvimos hace dos meses el gran consuelo de leer en el Diario de Londres del 31 de Enero de 1826, corriente, que las últimas noticias del 14 de Noviembre de 1825 recibidas del Brasil, decían que se había proyectado allí un tratado para la abolición de la esclavitud y que en el término de cuatro años debía ser puesto en práctica

No hemos recibido confirmación de estas noticias; pero, sabiendo yo que aquel generoso Soberano ha sido ricamente dotado por Dios de mucha constancia y de aquel buen corazón que pedía Salomón (Reg. Lib. 3.º, C. III, v. 9) para juzgar á su pueblo, y distinguir el bien del mal, para aumentar el primero é impedir el segundo, que en nuestro caso consiste en los maltratamientos de los esclavos, estamos ciertos de que no serán ineficaces sus benéficos cuidados.

Estoy persuadido de que, cesando en el Brasil, con la

libertad de los esclavos, el ignominioso comercio que con ellos hacen casi todos los naturales, no dejarán de ocasionar disgustos al benéfico soberano. Mas, un magnánimo emperador que, desde el principio de su gobierno, cuando, en el deseo de hacerlo independiente, supo triunfar de sí mismo, y hacerse él dependiente del pueblo, á fin de hacerlo más feliz y más libre, sabrá también ahora triunfar de las pasiones ajenas y dar á los esclavos su primitiva libertad. Sufrirá por algún tiempo, hasta que cese la agitación de los actuales propietarios de los esclavos; pero sentirá después aquel íntimo é indecible placer que en ayudar á los necesitados experimenta un corazón bien puesto.

Persuadidos, por tanto, de que los esclavos del Brasil encontrarán en los cuidados amorosos del magnánimo emperador una eficaz defensa de su libertad y que no necesitarán ya de nuestro prolongado patrocinio, volvamos á nuestro agradable Montevideo, que de largo tiempo nos espera. Yo en esta capital no he hecho ninguna gestión por los negros, porque aquí son tratados con la mayor caridad, y su esclavitud se reduce al estado de vida familiar que llevan con los respectivos amos.

En ciertos días del año todos los negros de Montevideo se reúnen para celebrar sus fiestas; y, como son casi todos del Congo ó de Bengala, los del Congo celebran su fiesta en el día de San Benito Moro, en el cual eligen un jefe, á quien dan el título de Rey; y todos en aquel año le obedecen con mucho respeto. Lo mismo hacen los de Bengala, en el día dedicado á San Baltasar, uno de los tres Santos Reyes Magos. Personas también de mucha

consideración y respeto entre los negros de Montevideo, son los compadres y los que les sirven de testigos en sus matrimonios; y en todas las diferencias que nacen entre los cónyuges, se acude ordinariamente á uno de los dos padrinos, y él con su autoridad y prudencia los arregla amigablemente, sin que ninguno se oponga á sus decisiones.

Dignas de citarse me parecen otras dos costumbres que he notado en Montevideo. La primera es que cuando quiere hacerse un funeral solemne al cadáver de algún noble ó de alguna persona de estima en la ciudad, se toma su ataúd desde el medio de la iglesia y acompañado del clero, se da con él una vuelta por el interior de la iglesia, depositándolo tantas veces en tierra, cuantas ordena el que preside, hasta llegar al sitio de donde fué tomado. En cada estación se inciensa y se cantan las acostumbradas preces litúrgicas. Cuantas son las estaciones que se hacen, otros tantos son los estipendios, de medio escudo cada uno, que se pagan á cada asistente, y un escudo por la misa.

Otra buena costumbre, común en toda la América, es la devoción grande para acompañar reverentemente el santo Viático por las calles de la ciudad. Y á este propósito se cuenta en Montevideo, que un buen viejo, que jamás faltaba á este piadoso ejercicio, llevaba consigo un gracioso perrito que caminaba delante de todos, con una pequeña campañilla al cuello, que servía de aviso para que todos adorasen á su Divina Majestad. Cuando el viejo, por enfermedad ó por achaques, no pudo ya acompañar el Viático, el perro corría solo á la iglesia, á los primeros repiques de la campana, que él distinguía bastante bien;

acompañaba á Nuestro Señor y después volvía á casa inmediatamente. Muerto finalmente el viejo, el perro lo acompañó á la iglesia, estuvo junto á él en todo el funeral y cuando lo vió sepultado, se echó sobre la piedra sepulcral, y no se retiraba de ella sino para satisfacer las necesidades de la naturaleza, fuera de la iglesia, y para acompañar al Viático. Para esto, se dirigió á las primeras gradas del altar, donde presentaba la cabeza y no la retiraba basta que le suspendían al cuello la campanilla, con la cual esperaba al SSmo. en la puerta de la iglesia y después de haberlo acompañado muy alegre y festivo, al frente de todos, volvía de guardia al sepulcro. Fué tan fiel para guardar la tumba del amo y para acompañar al santo Viático, que Monseñor Alberto Malvar, Obispo de Buenos-Aires y de Montevideo, aseguró un producto de seis centavos al día para que se conservase aquel fiel animal, apenas supo que sufría con frecuencia el hambre por no abandonar la sepultura.

Así como en los últimos días de nuestra permanencia en Santiago de Chile, tanto el Supremo Gobierno como los otros principales de la ciudad rogaron al Vicario Apostólico suspendiera su partida; así también en nuestra parada en Montevideo los Chilenos hicieron á Monseñor nuevas instancias para que esperase allí la decisión de sus asuntos. El más insistente fué el Padre Ramón Arce, dignísimo Dominicano, el cual, aun después que Monseñor se determinó á partir de Montevideo, continuó todavía escribiéndole sobre el mismo objeto. En una de las cartas que me ha dirigido á Roma con fecha 16 de Diciembre del pasado año de 1825, me escribe así:

«Bolívar, por medio de Pedemonte, Vicario Capitular
« de Trujillo, Provincia del Gobierno de Lima, escribió
« á Cienfuegos para que, por su medio, le remitiese una
« carta á Monseñor, cuando estaba en Montevideo, en la
« cual le rogaba Bolívar que pasase al Perú y que conta-
« se con su garantía. Esta carta fué remitida por Cienfue-
« gos en Enero, ó á principios de Febrero, á Buenos-Ai-
« res, para que fuese entregada á Monseñor en Montevideo.

" Cada día me confirmo más en los motivos que expuse
" difusamente á Monseñor en las cartas que V. S., con la
" suya de 4 de Febrero, me certifica de haber llegado
" tanto á V. S. como á Monseñor, haciéndole ver en ellas
" la conveniencia y la necesidad de no alejarse del terri-
" torio americano sin dar primeramente parte á Su San-
" tidad de lo ocurrido en Chile, tanto más, cuanto que Su
" Santidad ha indicado al Obispo de Mérida que acuda á
" Monseñor para los casos urgentes que le expuse relati-
" vamente á los asuntos eclesiásticos de las Iglesias de Co-
" lombia; sobre lo cual, los respectivos Cabildos de las Igle-
" sias Catedrales habían informado á la Santa Sede, á ins-
" tancias del Obispo de Mérida, y en respuesta á Nuestro
" Sumo Pontífice Pío VII, que Dios tenga en gloria. ¿Có-
" mo podían las Iglesias de Colombia recurrir á Monse-
" ñor, cuando ya se había retirado? Ningún resultado ha-
" bría producido ni ocasionado desorden alguno á los
" Americanos el Breve de Nuestro Sumo Pontífice León
" XII, favorable á los intereses del Rey de España, ni el
" procedimiento con el Ministro de Colombia, si Monse-
" ñor hubiese resuelto ir á Trujillo ú otra parte donde
" hubiese podido ejercitar libremente su jurisdicción; así-

" lo que ciertamente le ofrecían tantas Provincias, libres
" de la manía filosófica, que lo esperaban con los brazos
" abiertos. Su recepción habría sido la mayor apología
" de los sentimientos católicos por los ultrajes hechos á
" su alta dignidad por un Ministro Filosófico que se apre-
" suró á prestar 5,000 escudos para librarse de ese Mon-
" señor, el cual con su actuación habría impedido al Mi-
" nistro sus proyectos, principalmente residiendo, estan-
" do en el Perú, donde los últimos acontecimientos polí-
" ticos lo habrían asegurado de poder echar por tierra
" enteramente los planes de la impiedad, y obtener mu-
" chas cosas en favor del Cristianismo Americano, en el
" Congreso General de los Plenipotenciarios en Panamá.
" Con su permanencia en América todo se habría reme-
" diado: la Santa Sede tendría aquí todavía un órgano
" seguro para recibir sus comunicaciones, para proveer
" y cuidar de su grey, consiguiendo beneficios en todas
" las naciones de América, como lo hacen los Soberanos
" de Europa por medio de sus encargados; y habría pro-
" bado así con los hechos, que jamás la conducta de Nues-
" tro Sumo Pontífice León XII ha diferido de la norma se-
" guida por Nuestro Sumo Pontífice Pío VII, que declaró
" á la faz de todo el mundo, en carta escrita al Obispo de
" Mérida: *Que proveería á los intereses de América sin mez-*
" *clarse para nada en los negocios políticos* (1).

No menores que las de los chilenos, fueron las atencio-

(1) La copia de esta carta, traducida al italiano, está en poder de nuestro Padre Santo á quien creí necesario presentarla sin demora, á fin de que obrara como lo estimase conveniente, en beneficio de los fieles tanto de Chile como de toda la Amêrica, sobre los varios puntos que en dicha carta se mencionaban.

nes de los Montevideanos, cuyo Magistrado hizo una petición formal al Vicario Apostólico para que se detuviese allí hasta tanto que se supiese la decisión de la Santa Sede; manifestando así aquellos buenos católicos su afecto al Supremo Jefe de los fieles y sus deseos por el buen éxito de nuestra Misión. Estas atenciones de los Uruguayos y la posición misma de Montevideo, hacían muy grata nuestra permanencia en aquella ciudad. Hicimos excursiones sumamente agradables. Eran frecuentes nuestros paseos á la Aguada y al Cordón, dos amenos pueblos á poca distancia de la ciudad, y entre los que verificamos más lejos fué bastante divertido y alegre el de la capilla rural del Peñarol de la Piedra. Después de haber atravesado en coche en numerosa compañía el Río de la Plata en una punta del Puerto, entramos á un delicioso camino, por campiñas amenísimas, en una vasta llanura, sembrada aquí y allá por pintorescos grupos de casas con plantaciones variadas de flores y de frutos, espesos bosques de albaricoques, campos de olorosos hinojos, y tanta variedad de cultivos que deleitan la vista hasta que se llega á la indicada capilla.

En ella Monseñor administró la confirmación á los labradores de todos aquellos contornos, y terminada la confirmación, se sirvió un gran almuerzo con los más exquisitos vinos de Europa. En medio de la gran variedad de comidas, lo que más nos agradó fué un plato propio del país, que consistía en una pierna de ternera asada al horno con su mismo cuero, sin quitarle los pelos. Esto en Europa parecería talvez repugnante y, sin embargo, es una comida exquisita, de la cual nos servimos todos en abun-

dancia, por el apetito que despertaban los pimientos y yerbas olorosas del campo, con que estaba aliñada con rústica simplicidad. Es costumbre en Montevideo, por Pascua de Resurrección y en otras solemnidades del año, matar una ó más terneras y dividirlas en cuartos con todo el cuero y regalarlas á los amigos y á otras personas de estimación para que hagan de la indicada manera ese plato, que gusta mucho en el país.

La otra excursión que merece ser descrita por sus particularidades especiales, fué al Miqueleto, así llamado por uno de los Miqueletes de la Armada Española, que allí se estableció. Esta región queda más allá del Cordón, á distancia de una legua y media de la ciudad, y está toda cubierta de huertos, jardines y casas de recreo. Una de las más hermosas es la del Señor Don Francisco Juanicó, de Puerto Mahón, de Menorca, domiciliado en Montevideo. Está plantada al gusto europeo, con largas avenidas adornadas á ambos lados con lindas plantaciones de limoneros, naranjos y cedros, podados en forma de piña, en número de más de tres mil. En los cuadrados ó espacios centrales, entre una y otra avenida, se ven dibujos de césped, flores escogidas, parques ingleses y otras cosas deliciosas. Hay también bosques de duraznos, de manzanos y de otras excelentes frutas en las faldas de una colina, á cuyo pie murmura un ancho torrente, navegable en pequeñas embarcaciones, completando el encanto de aquella amenísima *villa*.

Fuimos á ella en la mañana del 27 de Diciembre, fiesta del Apóstol San Juan, para celebrar con un día de campo el cumpleaños del Vicario Apostólico en compañía del

propietario de la finca, que nos hizo la invitación. Apenas llegamos, pero nó antes de servirnos dulces y refrescos, principiamos por visitar la quinta, cuya belleza y orden en todo fueron objeto de universales elogios. Después paseamos en lancha por el torrente, pescamos y entretuvimos el día en diversos pasatiempos campestres, hasta que llegó la hora de comida.

Al rededor de la mesa, ricamente preparada, sentáronse treinta y dos invitados, distribuídos con premeditada intención. El Vicario Apostólico y la señora de la casa estaban á la cabecera de la mesa. A ambos lados seguían los caballeros y señoras, alternados, y en el centro, dos compañías de escogidos artistas de teatro, italianos, parte de Montevideo y parte traídos de Buenos-Aires, á los que presidía el Señor Vaccari, tenor milanés de mucha estima; venían después de éste una tiple, una contralto y una bailarina francesa, todas las cuales, á su vivacidad natural, unían con mucho arte, estudiada belleza, elegante vestido y original peinado de caprichosa hermosura. Entre estas cantantes fué colocado el Señor Canónigo Mastai; y otros sacerdotes, el dueño de casa y un Padre Agustino, español, que hacía de bajo, cerraban conmigo el círculo de la artística mesa.

Tenía ésta la forma de un rectángulo, en medio de una gran sala, y estaba preparada á la moda americana, que gusta ver reunidas en la mesa la mayor parte de las viandas preparadas con suntuosidad y buen gusto. En un ángulo de la misma sala, frente al Vicario Apostólico, había otra pequeña mesa donde estaba el coro de músicos, entre los cuales se destacaban dos bufones italianos, uno de

ellos de Nápoles. Al fin de la comida, cuando la delicadeza de los manjares y la variedad de los generosos licores y exquisitos vinos de Europa, empezaron á calentar las cabezas, cada uno de los alegres cantores hizo oír algunas arias á la moda; y alternativamente (llevando Vaccari la batuta y la voz de tenor), se cantaron las más brillantes composiciones de Rossini y otros grandes Maestros de nuestra música italiana. Las más aplaudidas fueron: *Brillar più non mi sento, Nel cor la giuventù*, &, cantada por uno de los bufones, y *Belle Gnore eccome ccà*, etc., por el Napolitano. *Di tanti palpiti, di tante pene*, etc., por el tenor y la tiple, y otras semejantes, cosecharon también grandes aplausos de la alegre comitiva, menos del Vicario Apostólico, Mastai y yo, que nos dimos cuenta demasiado tarde de que aquélla era una fiesta premeditada, cuya sociedad no convenía en modo alguno al prestigio del carácter sacerdotal, y mucho menos á la Misión Apostólica de un Representante Público á cuya costa se divertían aquellos músicos de teatro. Aprendan de este hecho todos los representantes de un alto poder público á ser cautos en todo y á no intervenir jamás en sociedades ó lugares donde su dignidad y el decoro de su puesto puedan ser menospreciados ó sufrir algún detrimento.

Con ocasión de la visita al Miquelete, visitamos también la propiedad, no muy distante, del Señor Vicario Larrañaga, en la cual pasaba la mayor parte del año, después de las últimas guerras de Montevideo con los Porteños, ó sea, los de Buenos-Aires, guerras que formaron la época gloriosa de sus servicios á la Patria. En efecto, durante el sitio de Montevideo, él, personalmente, á la cabeza de

su pueblo, emprendía riesgosas salidas que obligaban al enemigo á retirarse, hasta que, cansados y debilitados, tuvieron los Porteños que abandonar el sitio. Muchos criticaron, nó sin alguna razón, esta conducta del Señor Vicario Larrañaga, porque, como sacerdote y ministro de paz, que ofrece por ella diariamente al Dios de los ejércitos el sacrificio incruento de la Hostia Pacífica, no debía ciertamente empuñar por sí mismo las armas y hacerse ministro de guerras. Pero, si reflexionamos en que era él el verdadero Pastor de ese pueblo que veía sitiado por los enemigos, á quienes no se podía rechazar sino por la fuerza para evitar su furor, no sé condenarlo si, encendido por el entusiasmo patrio y por su celo pastoral, se puso varias veces á la cabeza de su abatida grey, para salvar de esa manera á la patria, á quien todo lo debemos; pues, como dice Temístocles:

"...... La Patria es una Diosa
En cuyo altar sacrificamos todo.

Y Atilio Régulo Agrega:

"Patria es un solo todo,
De la cual somos parte. El ciudadano
Jamás de su memoria apartar debe
Que cuanto es él, la Patria se lo ha dado.
El que por ella rinde sangre y vida
Nada propio le da: devuelve sólo
Lo que á la Patria debe. Ella es su madre,
Lo nutrió, lo educó. Con sabias leyes,
Del doméstico agravio; con las armas,
De la extranjera ofensa lo defiende.
Nombre, grado y honor tiene por ella
Que, activa y amorosa,
Por la común felicidad se afana
Si feliz puede ser natura humana.
Tales dones, es cierto,

Su carga imponen: quien rehusa el peso
Renuncie al beneficio, y en las selvas
Mendigue agreste y solitario asilo,
Donde, con vianda mísera y escasa,
Rústica tienda en que morar levante
Y, libre y solo, viva á su talante."

METASTASIO, *Tem.*, Act. I, Esc. 7.ª
Atilio Rég., Act. II, Esc. 1.ª

CAPÍTULO V.

Del regreso de Montevideo á Génova.

Después de dos meses y medio de permanencia en Montevideo, donde el Vicario Apostólico administró el sacramento de la confirmación á cerca de doce mil personas, proveyó de santos óleos á todas aquellas provincias, consagró treinta y dos piedras de ara para oratorios privados y para iglesias, confirió en tres días consecutivos la Tonsura, las Órdenes Menores y Mayores hasta el Presbiterado á cuatro jóvenes de Buenos-Aires y llevó á efecto otros actos de su jurisdicción, el día dieciocho de Febrero de 1825, acompañados del clero y de muchos del pueblo, volvimos finalmente á embarcarnos con dirección á Génova. La navegación al principio fué muy fastidiosa, unas veces por falta de viento y otras por su dirección contraria. Tuvimos, por otra parte, la buena suerte de no sufrir borrasca ni otros peligros graves hasta la llegada á Gibraltar. Se celebraba diariamente por todos el santo sacrificio de la misa; y en la semana santa pudimos hacer el descubrimiento y la adoración de la cruz y tocar las campanas con la previa función del Sábado Santo. Des-

pués, para complemento de la fiesta, se mató un marrano gordo y con las viandas preparadas por nuestro cocinero y los generosos vinos europeos, pasamos aquellos santos días de resurrección en la alegría del Señor. Había también otras circunstancias que nos invitaban á estar contentos. En efecto, en la mañana del Sábado Santo, que cayó el 2 de Abril, volvimos á pasar la línea, tornando así del nuevo al viejo mundo, que es cosa muy rara, pues quien pasa al otro mundo, allá se queda de ordinario. Nosotros, que teníamos la suerte de volver, no pudimos contener nuestra alegría, que contribuyeron á aumentar los hermosos días y la deliciosa vista de cinco barcos que iban á la vela como una bella escuadra. En aquellos días también, apenas pasada la línea, entramos en el Golfo *de las Damas*, así llamado por los Españoles por la feliz navegación que proporciona.

Mas, como las dichas de la tierra no son jamás duraderas, algunos siniestros accidentes vinieron á turbar poco después nuestra común alegría. En la tarde del nueve, después de rezar el Rosario, empezó una riña entre los marineros, dos de los cuales, los más robustos, forcejeaban tan estrechamente abrazados, pretendiendo cada uno arrojar al mar al adversario, que costó gran trabajo separarlos. Poco después, un tal Benito García, muy buen marinero español, perdió un ojo, á consecuencia de un aire colado. Pero lo que más nos asustó fué una repentina enfermedad del Señor Canónigo Mastai; que en la semana santa, empezó á sentir cierta indisposición, mas, siendo cosa ligera, no hizo ningún caso. Después de algunos días la indisposición se agravó, presentando en el cuello una

irritación subcutánea, que, por estar en el paso de la línea, fué atribuída al excesivo calor, y se creyó que pronto desaparecería; pero la enfermedad cundió al rostro y le produjo una especie de apoplejía en la boca, que le quedó torcida é insensible. Pasó varios días en este miserable estado, temiendo nosotros las más funestas consecuencias. Mas, por misericordia de Dios, después de muchos días de atenciones y cuidados, cuantos se le podían hacer á bordo de un barco y en el centro del grande Océano, tuvimos la satisfacción de verlo completamente curado. Recobramos con esto nuestro buen humor, y yo, con el estudio de la lengua inglesa, pasaba días muy agradables en el pequeño bote fuera de la nave. Como en otra parte indiqué, solía retirarme allí para evitar el olor del alquitrán y del tabaco. Aunque en aquella posición estaba en constante peligro de ser lanzado al mar, la necesidad de evitar dichos olores me hacía exponerme á ese peligro, y, para estar seguro, até á mi cuerpo una gruesa cuerda; hasta que una ola violenta de aquel pérfido elemento, se llevó la lancha apenas yo había salido, y me obligó así á llevar una vida miserable entre el olor de las pipas y del buque, con tantas molestias á la cabeza que en ciertos momentos parecía embriagado. No tardó mucho la misericordia de Dios en librarme de aquel estado de miseria. Después de algunos días, en la mañana del dos de Mayo, á las once horas de Francia, el Señor Don Juan Portas, de Sitges, en Cataluña, descubrió tierra, que fué el Cabo de San Vicente, al que íbamos dirigidos y que creíamos descubrir de un momento á otro según nuestros cálculos astronómicos.

El Cabo de San Vicente es la punta más occidental de

Europa, en Algarbes, de Portugal. Sigue después, sobre la misma costa, hacia Cádiz, el Cabo de Trafalgar, donde Nelson terminó el curso de su vida. Este hábil Almirante de la flota inglesa, cuyo nombre es famoso en el mundo, mientras combatía contra la flota española cerca de Trafalgar, á fin de que sus soldados pudiesen mejor distinguirlo y seguir sus órdenes, vistióse de gran uniforme y con todas sus insignias y condecoraciones. El más próximo de sus oficiales trató en vano de disuadirlo, observándole que su persona era demasiado conocida para que tuviera necesidad de aquellos distintivos, y que, al contrario, con tan vistoso uniforme provocaría las iras de los enemigos y expondría inútilmente su vida; y así sucedió desgraciadamente. En efecto, habiéndolo reconocido los Españoles, concentraron sus fuegos sobre él y bien pronto perdió la vida. Esto no obstante, la flota inglesa consiguió la victoria; mas, á causa de la muerte del gran Almirante, no pudo celebrarse como merecía, y cuando llegó la noticia á Londres, una profunda tristeza se apoderó de todos. En la noche de la iluminación, y en la de los funerales, se leía sobre las puertas en caracteres trasparentes: *La victoria es grande, pero la pérdida es irreparable* (1); y así esos buenos ciudadanos hicieron ver públicamente el afecto y la estima grande hacia aquel hombre singular, que se había sacrificado por ellos, con celo, por otra parte, temerario, y no del todo laudable, pues los jefes no deben jamás exponerse ni olvidar su vida, sino en los casos de extrema necesidad para la nación, y peca, inevitablemente, contra el orden público el que haga lo contrario.

(1) The victory is great, but the loss irreparable.

En el Estrecho de Gibraltar, entre la costa de España y la de Marruecos, en el reino de Fez, desde el Cabo Non hasta más allá del Cabo Espartel, tuvimos una calma, que, si nos afligió por una parte, por otra nos consoló y nos fué propicia. Nos afligía, porque, en caso de borrasca, no sabíamos cómo salvarnos en aquellas estrecheces donde pocos meses antes habían naufragado cinco barcos, provenientes de América, con pérdida de todos sus hombres, á excepción de muy pocos y de un capitán con el cual hablamos en Gibraltar. Nos fué, por otra parte, muy útil, porque, cuando llegamos al fin del Estrecho entre los cabos Carnero y Tarifa, encontramos que tres días antes un corsario de la República de Colombia había sorprendido allí á un buque con bandera inglesa, que tenía á bordo seis pasajeros españoles, á los cuales había robado cerca de doce mil escudos, entre dinero y efectos, respetando el cargamento sólo por respeto á la bandera. Se les escaparon también cinco mil escudos, de un Religioso Franciscano, el cual, para engañar al corsario, los entregó prontamente al Piloto; reteniendo en su poder solamente unos veinte, y, á fuerza de ruegos, consiguió también que se los devolvieran, «por amor á San Francisco», como él y el mismo Piloto nos refirieron en Gibraltar.

Otro placer experimentamos durante la calma; y fué que, estando detenidos en la costa de Berbería, pudimos observar con comodidad la bella posición de la ciudad de Tánger, los escondites de los Piratas y las ermitas de los célebres *Santones*. De otra parte, lo más agradable de dicha calma fué que, apenas terminadas nuestras observaciones, al venir la noche, oímos á lo lejos, en medio del más pro-

fundo silencio de las nieblas, un inesperado estrépito, como de un gran escuadrón de caballería que avanzara en veloz carrera hacia nosotros. Mientras, atemorizados y sorprendidos, esperábamos algún desagradable accidente, divisamos á lo lejos una fuerte corriente del Mediterráneo, cuyas ondas, sobreponiéndose las unas á las otras por la rápida ondulación del Estrecho, que les presentaba resistencia, dirigíanse de frente contra nosotros para descargarse en el Océano, y fué un espectáculo delicioso verlas pasar, amontonadas y turbulentas, delante de nosotros y chocar contra nuestra nave, estrellarse y partirse como si hubieran chocado con un enorme escollo.

Varios minutos duró el agradable paso de aquella inesperada corriente; después de lo cual volvía el mar al silencio y á la calma. Apenas el viento empezó á favorecernos, nos pusimos en camino, y el día 6 de Mayo á las once de la mañana, llegamos con feliz navegación al Puerto de Gibraltar. Dimos en seguida aviso al Señor Cónsul Pontificio, don Juan María Boschetti, y al Vicario de aquella iglesia, Don Juan Bautista Zino, que vinieron inmediatamente á bordo de nuestra Colombia, y nos llevaron consigo á la ciudad, donde fuimos alojados en casa del Vicario y tratados diariamente en ella por el Cónsul Pontificio con toda esplendidez.

Gibraltar trae su nombre de «*Ghibel*», palabra árabe, que significa *Monte alto*. En efecto, consiste en un peñón desnudo, con puntas altísimas que sobresale del mar, en un ángulo del continente español y está unido á tierra por medio de una larga y estrecha calle removible, que de un lado tiene el mar y del otro una profunda laguna arti-

ficial que se unirá con el mar, cuando se corte la calle en caso de necesidad. Este es el célebre *Monte Calpe*, en el continente europeo, en frente del monte *Abila*, en África, en las costas de la antigua Mauritania, los cuales constituyen las llamadas *Columnas de Hércules*. El monte Calpe, ó sea Gibraltar, tiene una circunferencia de cuatro ó cinco millas. Después de la dicha calle, se atraviesan no sin terror sus complicadas fortificaciones, y se entra á la ciudad. Esta, como advertimos en el tercer capítulo del primer libro, está dividida en dos barrios, uno forma la ciudad propiamente dicha, y el otro se llama la Punta de Europa. La ciudad propiamente dicha está toda circundada de murallas, defendidas por numerosas baterías de cañones y guardada por todas partes por puentes levadizos y por dobles puertas estrechas y bajas. Las interiores encuadran en subterráneos construídos en forma de grutas, con solidísimos arcos de bóveda, rodeados de baterías dispuestas de tal modo que permitan usar también la fusilería. La entrada del puerto, para ir á la ciudad, es por entre estas baterías, bajo las cuales están las habitaciones de los cañoneros, hechas á prueba de bomba. Empiezan después, á las faldas del peñón, las casas de la ciudad, entre las cuales se admiran muchos bellos palacitos al gusto italiano, de fachadas rojas ó amarillas y con huerto ó jardín interior. Hay hermosas calles, de las cuales la mejor es la calle del centro, que va en el mismo sentido de la ciudad, de Poniente á Mediodía, hasta un tercio de la altura del monte, de donde nace otro camino que gira hacia Levante, y otra cómoda calle en plano falso conduce á caballo

hasta una de las más altas cumbres del escollo llamado *El Lazo*, donde empieza otra calle para coches, que conduce á la ciudad por el Poniente, como veremos en seguida.

A la mitad de la calle que termina en *El Lazo* se encuentra una gruta llamada la *Cueva de San Miguel*, donde había antiguamente un templo de idólatras. Es verdaderamente pintoresca, de majestuosa entrada natural, en forma de arco fabricado en la misma piedra. Hacia el interior se extiende una gran gruta, de viva roca, ovalada y de techo esférico, sostenido por dos pilastras de la misma roca y por una especie de columnata circular de estalactitas. Detrás de las dos pilastras de esta gran gruta, se ve como una capilla adornada con los más curiosos caprichos de la naturaleza, y también, hacia un lado, como una especie de ara, sobre la cual se hacían los sacrificios. Al fin de la capilla y al lado izquierdo de ella se divisan dos cavernas, cuyo fondo se ignora, porque la falta de aire impide examinarlas; pero la escasa luz que de lejos alumbra ambas entradas, deja ver que una de las cavernas empieza por un plano regular, ocupado por una laguna, mientras la otra se precipita hacia abajo desde la misma boca. Por lo cual dije yo en broma que aquello debía de ser el templo en que Minos, según los gentiles, purgaba las almas, condenándolas ora á precipitarse en los profundos abismos del Tártaro por la boca de la caverna abrupta, ora á purificarse en la laguna de la segunda caverna, para pasar á los Campos Elíseos. Y pensé también que no impropiamente se llamaba aquella la Gruta *de San Miguel*, por el oficio que á este arcángel se atribuye de pesar las almas de los muertos, es decir, los méritos y deméritos de

cada una, y después dirigirlas al cielo ó dejarlas caer al purgatorio ó al infierno, por medio de aquellas dos cavernas.

Volviendo á la dicha calle principal de la ciudad, apenas pasada la segunda puerta, se divide en dos brazos: uno conduce á la Gruta y á las otras partes ya descritas, y el otro lleva á la Punta de Europa; quedando en el centro de una y otra calle el paseo público, que es un sitio bastante ameno, sombreado por grandes y pequeños árbolesmuy frondosos y escogidos, cruzado por amplios y bien distribuídos caminillos bordados lateralmente por plantas y flores finas; constituyendo, en conjunto, un agradable y hermoso parque de recreo.

Dos grandes kioskos construídos de madera, con amplias gradinatas y tres filas de sillas, ofrecen á los paseantes cómodo descanso y hermosa vista. En el centro exterior del más espacioso, se alza una columna de mármol, que sostiene el busto del gran General Wellendey, Duque de Wellington, hecho con uno de los cañones que él mismo tomó en la famosa batalla de Waterloo. En el otro se ve una estatua del General que defendió á Gibraltar, cuando la flota española trató de reconquistarlo. Estrecha en su mano una gran llave dorada, que representa el Estrecho de Gibraltar, única entrada que comunica el Mediterráneo con el Grande Océano; y se observan también á un lado un cañón y al otro un mortero de bombas con un horno para encender las balas que habían de quemar la naves españolas que combatían al pie del peñón, las cuales, protegidas por un techo á prueba de bombas, no habrían podido ser destruídas por otro medio.

Antes de abandonar este grandioso y amenísimo paseo, hay que visitar el lugar donde están reunidos los más preciosos sepulcros de los oficiales ingleses; y después, pasar á la espaciosa plaza á la entrada del paseo. Esta es de forma cuadrada, con grandes árboles frondosos en el interior, donde una fila de sillas entre un árbol y otro ofrece grato descanso á quien está fatigado de divertirse. Allí se reúnen diariamente los soldados para ejercitarse en las maniobras y en la disciplina militar.

En los días festivos presenta este paseo un hermoso punto de vista, porque en él se reúnen la aristocracia y la clase media; y aunque acude también lo mejorcito de la clase ínfima, esta porción permanece separada de las otras dos. Allí se pasea ó se sienta uno con la mayor libertad, sin peligro de ningún desorden, tanto por la buena educación de aquellos ciudadanos, cuanto por la mucha policía que vigila diariamente en todas partes, á fin de que todos gocen sin abusar.

La Punta de Europa, á donde conduce la otra extremidad de la calle indicada arriba, es una agrupación de edificios que miran al mar, en un sitio muy ameno, al que conduce una ancha calle bordeada por árboles frondosos. Un peñón inaccesible con grandes baterías arriba, lo defiende de las ondas y de todo enemigo exterior. Sus casas son limpias y bien construídas, con bonitas habitaciones y tienen casi todas un huerto ó un jardín. Tal es la del señor Cónsul Pontificio don Juan María Boschetti, donde nos ofrecía con frecuencia grandes comidas, invitando á los principales señores de la ciudad. Todo aquel barrio, que disfruta de la nueva vista del Mediodía, frente á la

hermosa costa de Algeciras, es muy risueño y alegre, y se respiran en él los mejores aires de todo el lugar.

Los atractivos del paseo público, los numerosos jardines con sus blancas casas rústicas, aquí y allá esparcidas, su suelo bien nivelado y otras mil particularidades, nada dejan que desear á su felices habitantes. Mirando con buen ojo de industriales aquella agradable posición y la fertilidad de la tierra con que la naturaleza la enriqueció, privando de ella á todo el resto del monte, supieron diestramente aprovecharla, construyendo la más deliciosa residencia de la tierra. Yo, al menos, quedé de ella tan prendado, que, si hubiera de retirarme del bullicio de las grandes ciudades, preferiría á Gibraltar, y en particular la Punta de Europa, sobre cualquier país del mundo. Allí se encuentran reunidos todos los goces y todas las comodidades de la vida. Las riquezas abundan, el clima es muy agradable, el aire nada tiene de heterogéneo, la población interior es sociable, educada y pacífica, y los enemigos exteriores, una vez cerradas sus puertas y puesta en actividad la Fortaleza con sus numerosas baterías, nada pueden pretender, fuera de acudir á la actividad de las velas, ó á la ligereza de sus piernas, para salvar con la fuga, de una inmensa lluvia de balas.

Después de la calle principal que se ha descrito, merece especial atención la calle transversal, que conduce por una parte á las *Excavaciones*, y por otra, en coche, hasta *El Lazo*, que, como se dijo, es una de las cimas más altas de la montaña. Hay en ella una pequeña plaza con el Observatorio militar llamado *El Lazo*, porque todas las señales se dan con un telégrafo que se mueve con lazos. Desde

allí se descubre toda la costa de España y gran parte del África, con sus mares é islas, y, bajando la mirada, abarca por una parte toda la ciudad, con su amplio puesto lleno de grandes y pequeños barcos, entre los cuales, cuando nosotros llegamos allí, sobresalía, como el añoso álamo entre los humildes sauces, la majestuosa *Carolina* de los Estados Unidos de América, que con sus ciento cuarenta cañones y sus mil combatientes, infundía respeto á todos los que la rodeaban. Descúbrese también en la espantosa profundidad de la parte opuesta á la base de aquel altísimo escollo, la graciosa *Caleta*, pequeño pueblo construído por los pescadores que allí se fueron reuniendo, bajo la absoluta dependencia del Gobernador de la ciudad. La altura de *El Lazo* es tal, que aún en las horas de más calor se siente frío, y su aire sumamente enrarecido despierta un apetito voraz que se convierte luego en hambre vivísima. Cuando nosotros fuimos á comer, después de haber hecho en la ciudad, en casa de un Comandante Inglés, un excelente almuerzo, apenas llegamos á la cima de aquella punta, nos sentimos desfallecidos por la falta de alimentos. Por lo cual tuvimos necesidad en seguida de restaurarnos, y en la comida siguiente, después de haber consumido nuestras abundantes provisiones, despojamos al Observatorio de todos sus comestibles.

Partiendo de El Lazo para regresar á la ciudad por el camino de coches, pueden visitarse los monos que habitan allí á poca distancia, en la falda oriental del monte, en un lugar apartado. Estos graciosos animales, venidos probablemente de la costa de África, que está muy vecina, se han multiplicado considerablemente; y se ven con frecuen-

cia en grupos hasta de treinta ó cuarenta saltando y divirtiéndose con sus hijuelos á la espalda y lanzando piedras con destreza y con fuerza á quien osa molestarlos. Hace años, de una pedrada mataron á un soldado que los fastidiaba; y otras veces han hecho rodar hasta el fondo grandes trozos de roca para defenderse. Al presente, á nadie es permitido molestarlos, porque las sabias leyes de Gibraltar, que garantizan eficazmente la propiedad y los derechos de todo el que allí se establece, protegen también a pacífica vida de los monos, y es castigado severamente el que se atreve á tocarlos. Así pues, recorren libremente toda la montaña, pasando de un lado al otro según el día y el viento, del cual huyen á toda costa. Su alimento ordinario son los cocos de las palmas, que abundan en la cima de la montaña. Cosa curiosa: aseguran los de Gibraltar que no se ha encontrado nunca ningún mono muerto, ni tampoco su esqueleto. Su carne es agradable y nutritiva, y en las provincias interiores del Perú, como se ha dicho en otra parte, hay carnicerías públicas en las cuales no se vende más que carne de monos. El Padre Misionero arriba citado, el mismo que, sorprendido por el corsario de la Colombia, cerca de Tarifa, supo salvar sus cinco mil escudos, nos contó en Gibraltar, que él, durante los treinta y tantos años de su permanencia en las mencionadas provincias, se había alimentado siempre con carne de mono; y yo noté, que, en efecto, había ya tomado de ellos mucho de su ridícula fisonomía y todos sus movimientos.

Después de los monos, siguiendo el mismo camino, se encuentran á poca distancia las famosas *Excavaciones*, que son tres largos subterráneos, en forma de tres grutas

espaciosas, cavadas en el seno de una roca durísima, á viva fuerza de almadanas y de minas. Las grutas son todas de bóveda y su corte tan regular, que la montaña sobrepuesta que sobre ellas gravita con más de un tercio de su altura, está sostenida por la sola conformación de las excavaciones, sin muros ni otros refuerzos que sostengan su mole. Los subterráneos son todos uniformes en su estructura, bien nivelados y espaciosos, y de trecho en trecho tienen un espacio más grande, como balcón interior, con una amplia ventana de arco, por donde asoma un cañón, quedando al interior bastante comodidad para su maniobra. Los cañones son todos interiores, y sus grandes bocas apenas se distinguen desde abajo como otros tantos agujeritos, á causa de la altura en que se hallan. Hay también depósitos donde se conservan las municiones y los instrumentos de los artilleros.

Estas excavaciones, como dije, son tres, las cuales quedan una sobre otras, de la parte del continente, mirando hacia la entrada de la ciudad. La primera, que es la más baja y menos larga de todas, tendrá, no obstante, la octava parte de una milla. La segunda es bastante más larga; y la tercera es por lo menos el doble de la primera. Al final de ésta se encuentra un gran salón redondo, cavado en lo más vivo de la roca, donde la oficialidad suele dar comidas y fiestas de baile; y desde el cual, por médio de una amplia escalera de caracol, hecha de madera en las entrañas del peñón, se pasa á una excavación sobrepuesta, donde hay otra espaciosa sala, rodeada de cañones como la primera. Desde dicha segunda sala se puede admirar la enorme altura de la roca, que queda perpendicular al mar

y que no puede absolutamente mirarse sin sentir vértigos. Yo, animado valientemente por el ex-Padre Salas, uno de los sacerdotes que nos acompañaban, subí con él á una punta que se avanza aislada fuera del peñón y de toda la montaña, y desde la cual se descubre verdaderamente á plomo la profundidad espantosa; y allí nos detuvimos á ver abajo la tropa de línea que para hacer ejercicios de fogueo había formado dos campamentos opuestos. Las descargas de fusilería parecían juguetes de niños, y niños semejaban también los soldados de aquellos dos campamentos. Ninguno de los compañeros se atrevió á seguirnos, excepto Mastai, que se asomó apenas á la puerta de la sala.

Las mencionadas excavaciones son un verdadero prodigio del arte, y forman fortificaciones del todo inexpugnables. El único defecto que presentan es el humo, cuando se disparan los cañones; pero esto se remedia, en gran parte, con tener abierta la entrada y con dejar tiempo bastante entre un disparo y otro, haciendo funcionar sucesivamente los cañones de las tres excavaciones y las baterías distribuídas en toda la montaña. No me detendré á describirlas, porque sería demasiado; advertiré solamente que la Península entera es un solo Fuerte y que, cuando se cañonea en todos los puntos, Gibraltar es una montaña de fuego, desde la cual se disparan más de sesenta mil cañonazos por hora.

Cuando se hacen las pruebas para ejercitar á los artilleros, se colocan millares de barriles y maderas en la playa opuesta, y á las primeras descargas de las baterías desaparecen enteramente. Gibraltar, pues, es inexpugnable por la fuerza exterior, y tomarla por traición interior, es

poco menos que imposible; porque su Gobernador es siempre uno de los principales y más probados hombres públicos, á quien suele enviarse como jubilado á aquella Plaza, con sueldo de siete mil libras esterlinas al año, que son treinta y cinco mil escudos romanos. El Gobernador admite en la ciudad á los naturales de cualquier nación, y, una vez recibidos, para nada toma en cuenta sus pasados delitos ni sus opiniones morales ó políticas; pero al que turba el buen orden de la ciudad, ó comete cualquier otro delito en su recinto, se le juzga militarmente, siendo castigados con la pena de muerte hasta los robos de cierta entidad. Si el robo es de poca monta, el delincuente es primero azotado por el verdugo; después, encerrado por uno ó más años á pan y agua en la cárcel; y, por último, desterrado para siempre de la ciudad. Por eso suele decirse en Gibraltar: «el que la hace, la paga». Por eso también todo está en buen orden, con la mayor tranquilidad; á tal punto que, siendo aquél el asilo de los facinerosos, donde viven confundidos el Turco, el Hebreo, el protestante el católico y toda clase de extranjeros, los Gibraltareños dejan sus cosas abiertas sin peligro de que nadie les robe. ¡Pluguiese al cielo que se adoptase en todas partes el mismo sistema!

La población de Gibraltar es de cerca de veinte mil habitantes. Casi la mitad es compuesta de católicos, y son éstos los únicos que ejercitan el culto público en la ciudad. Tienen una iglesia y tres capillas separadas, que se mantienen con las oblaciones espontáneas de los fieles, las cuales dejan siempre un sobrante considerable. La iglesia está en el centro, que es el sitio más bello de la ciudad.

Tiene tres naves pequeñas; pero es graciosa y limpia. Su Titular es Nuestra Señora de la Coronación y está también dedicada á San Bernardo Abad, que es el Patrono y Protector de toda la ciudad. Sus funciones se celebran con mucho decoro y concurrencia grande de fieles. Los bautizos se hacen casi todos acompañados del órgano á petición de los fieles, los cuales suelen dar, de su espontánea voluntad, dos escudos por cada uno de ellos á beneficio de la iglesia.

Las capillas están: una en la Punta de Europa, la otra en la *Caleta* y la tercera en el *Arenal*, nombre dado á las casas situadas entre la Laguna y la Línea divisoria del dominio español. Dependen de la iglesia de la ciudad, la cual recauda, por medio de una diputación, todas las oblaciones de los fieles y con ellas atiende al sostenimiento de todo el culto y á la congrua sustentación de los respectivos capellanes, que tienen la obligación de celebrar la misa en todas las fiestas, y de subvenir las necesidades espirituales del pueblo católico. Tanto la iglesia de la ciudad como las capillas, son muy frecuentadas en los días festivos, y los mismos Ingleses procuran que todos los soldados católicos vayan á oír la misa, castigando severamente al que deja de hacerlo. El jefe del Clero tiene el título de *Vicario Apostólico*, con la facultad de confirmar, y depende directamente de Roma en el ejercicio de su jurisdicción.

Las indicadas grandezas de Gibraltar son todas obra de los Ingleses: cuando éstos la ocuparon en 1704, y con la paz de Utrecht llegaron á ser sus legítimos poseedores, aquella Plaza era un pequeño presidio que nada tenía de

notable fuera de su posición. En efecto, en aquella época el Rey de España invitó á los habitantes de Gibraltar á vivir en dominios españoles, y, habiendo aceptado casi todos, los situó en el vecino continente, cerca de la antigua capilla de San Roque, donde construyeron el pueblo que al presente se ve allí. Los Ingleses, en tanto, para repoblar aquella Plaza, la hicieron asilo universal y declararon *franco* su puerto. Después empezaron los trabajos de las fortificaciones y del embellecimiento de la ciudad, los cuales continúan todavía, y no se suspenden sino los Domingos y el Viernes Santo, el cual consideran como día de fiesta y de abstinencia de trabajo. De este modo se pobló de nuevo el país, y el comercio ha florecido de tal manera que los principales comerciantes son todos millonarios; y la población ha crecido tanto que ya no tiene dónde extenderse. El Cónsul Pontificio, por ejemplo, Señor Don Juan María Boschetti,—que con la simple profesión de Arquitecto se ha formado una renta de setenta ú ochenta mil escudos al año,—por el sólo terreno de un pequeño palacio, que estaba terminando al tiempo de nuestra permanencia allí, tuvo que pagar cien mil escudos romanos. Tales son los rápidos progresos que suelen hacer las ciudades cuando sus habitantes son bien gobernados, y su comercio estimulado y protegido.

Después de diecinueve días de permanencia en Gibraltar, para procurarnos una escolta que nos defendiese de los muchos corsarios que recorrían el Mediterráneo, en la mañana del 25 de Mayo de 1825, acompañados por el Señor Vicario Zino, el Señor Cónsul Pontíficio Boschetti y otros dos amigos (el ex-Padre Cordero, de los Clérigos

Regulares de San Francisco de Caracciolo, hombre docto y de muy buen criterio, y el ex-Padre Salas, notable Predicador de los Capuchinos), volvimos á embarcarnos para Génova. Nuestra escolta era una corbeta sarda, de 24 cañones, que volvía de Tánger. Los dos capitanes se comunicaron antes el significado de los señales para ponerse de acuerdo en retardar ó acelerar la marcha y dirección de los dos buques, y después de un gracioso saludo nos hicimos á la vela con otro buque genovés, que también esperaba compañía. Hasta el Golfo de León la navegación fué siempre feliz, pues, además del buen tiempo, encontrábamos con frecuencia otros barcos, hasta que el primero de Junio entramos en la hermosa costa de Cataluña, que sumamente nos deleitó. Por lo demás, en la tarde, apenas entramos al Golfo de León, donde el mar está casi siempre agitado, pasamos una noche penosa, por el tiempo malo que nos sorprendió. Las olas pasaban sobre la nave, descargándose con fuerza en sus costados y poniéndola con frecuencia en peligro de zozobrar. Por fin, hallando viento favorable, recorrimos más de doce millas por hora y nos libramos así pronto de aquellos peligros del Golfo. Después, atravesada en los dos días siguientes la costa de *las Cabezas Cortadas* y la de la Provenza, nos presentamos en la tarde del cuatro á la vista de Génova, que divisamos confusamente por la oscuridad de la niebla.

El capitán de la corbeta que nos acompañaba, para evitar los peligros de la noche y de la entrada en el puerto, que no se podía distinguir, nos ordenó mantenernos á la capa hasta la mañana siguiente. Se pasó así una segunda noche, más penosa aún que la primera, por el continuo

vaivén de la nave. Por fin, en la mañana del cinco, cuando el sol con sus brillantes rayos empezaba á dorar las cumbres de los montes, descubrimos el ansiado puerto de Génova. El corazón latió de alegría en el pecho con aquel íntimo placer que sólo puede comprenderse por quien ha tenido la feliz suerte de haberlo experimentado alguna vez; y así, después de tantas angustias y tantos peligrosos accidentes, durante un larguísimo viaje de siete meses desde nuestra partida de Chile, llegamos finalmente á la hermosa, á la grande, á la suspirada Italia.

CAPÍTULO VI

De la permanencia en Génova y del regreso á Roma.

Los benéficos cuidados de la Providencia divina, que vigila siempre en alivio de los infelices, para darnos una pronta recompensa por los padecimientos sufridos, habían dispuesto que la noche misma de nuestra llegada á Génova hicieran los nobles Genoveses una magnífica iluminación en toda la ciudad para honrar á los Soberanos que allí se encontraban reunidos. El mejor punto de vista para esta iluminación era indudablemente aquella parte del puerto donde nosotros estábamos cumpliendo la cuarentena; pues desde allí se descubrían todas las casas de la ciudad. Allí estaba la bella iglesia de Cariquano, con sus tres cúpulas iluminadas, con la imponente majestad de un pequeño Vaticano; allí también la gran puerta de la ciudad hacia San Pedro de Arena, la Linterna, todos los puebleci-

tos de la colina, la Dársena, con sus majestuosos arcos, el bello circuíto de las murallas del puerto, las naves de la flota sarda, dos buques ingleses y otros barcos, todo profusamente iluminado. deleitando la mirada, mientras las músicas militares hacian oír deliciosas armonías; hasta que, por fin, el invencible sueño nos obligó al reposo.

Otros dos espectáculos gozamos durante la permanencia en el puerto. El primero fueron las regatas verificadas en honor del Emperador de Alemania y los otros Soberanos, que no estaban acostumbrados á verlas. Las regatas son una carrera que se hace en el puerto con rapidísimos botes de remos y con el mismo número de marineros. Se colocan éstos en la embocadura del puerto y, dada la señal de partida, se esfuerzan en aventajarse mutuamente, en el espacio de una milla de camino, surcando las aguas con la mayor velocidad. El bote que llega primero á la meta, desata la bandera y, paseándola delante de los numerosos espectadores, recoge los elogios y los aplausos; con lo cual termina la fiesta.

La otra diversión, ridícula en apariencia, pero importante en sí misma, fué el entierro de una zorra, que se murió durante la cuarentena. Este animalejo, que durante el viaje, cuando no estaba oculto, no hacía más que perjuicios, parecía haberse domesticado un tanto; por lo cual se le dejaba algunas veces libre. Una mañana saltó al mar y huyó nadando hacia el puerto. Los marineros la siguieron con una lancha y, no pudiéndola coger, la mataron con los remos y la trajeron muerta á la nave. Nuestra guardia de sanidad dió en seguida parte á los respectivos Ministros, los cuales, reunidos en sesión después de dos días,



decidieron que, escoltada la zorra por un Comisario del Tribunal de Sanidad, fuera llevada lejos del puerto y allí sepultada. Al tercer día de la muerte, en la tarde, cuando ya empezaba á descomponerse aquel bicho, que aún en vida olía mal, fué colocado en la lancha de nuestra nave, precedida por otra de la Sanidad, y trasportado con cierta fúnebre pompa al lugar de la sepultura. Los remeros, que habían bebido buen vino, para soportar la fetidez de aquel difunto, con todo el brío que los vapores del vino despiertan en tales casos, entonaban tan lúgubre y ruidoso canto, que se oía en todo el puerto, provocando una risa general.

Este fué ciertamente un acto cómico y ridículo; pero, considerado en sus fines, es muy serio y justo, puesto que nunca será demasiada la estrictez en la observancia de las leyes sanitarias. En efecto, si, por desgracia, nuestra nave se hubiera encontrado infestada por la peste ó por otra enfermedad contagiosa, bastaba aquel animalejo para comunicarla á la ciudad y producir un estrago entre sus habitantes. Por eso, en los puertos bien ordenados, como es el de Génova, se fija á cada barco una cuarentena y una guardia, la cual impide toda comunicación, aún con los demás barcos de la misma cuarentena; y hasta que ésta no termina, sin que haya excepción con ninguno, la guardia permanece siempre en el buque. Cumplida la cuarentena, se da la facultad de desembarcar, y suele hacerse de la manera siguiente:

La mañana del diecisiete de Junio, después de catorce días de cuarentena, se presentaron en nuestra nave el Médico y el Cirujano de la Sanidad, y se detuvieron á

poca distancia de nosotros. El Médico era un viejo caduco, que tendría por lo menos los años de Néstor, y que, para remate, era sordo y ciego; razón por la cual dos robustos marineros lo sostenían por ambos lados, para que no cayese al mar, ó no nos volviese las espaldas al hablarnos. Esto no obstante, con toda la suficiencia médica, hacía como que lo oía y lo veía todo. Nos colocó en fila, en la nave, y después de preguntar al Capitán si estábamos todos, y si estábamos bien, apenas respondió éste afirmativamente, lo cual le fué comunicado con un oportuno codazo, se colocó en actitud de mirarnos fijamente y dijo después con mucha seriedad: «realmente; están todos de muy buen color y en óptima salud: ¿no es cierto, señor Cirujano?»

Alzóse entonces el Cirujano, y empezó el segundo acto de la comedia. El Cirujano no era ciertamente sordo, ni ciego, ni siquiera muy viejo; pero era la encarnación viva de la muerte, más demacrado que un esqueleto y con un par de gafas que lo hacían aparecer también muy viejo. De pie en su puesto, se movía y gesticulaba á cada palabra con ademanes exagerados y con grave y gallardo balanceo de la persona. Mirónos primero fijamente á todos y, después de habernos escudriñado cuidadosamente el rostro de cada uno, dijo al Médico, tal vez para no dejarlo en vergüenza: «*Yo, señor Doctor, los encuentro á todos bien: buen color, buena encarnadura y buen ánimo*». Habló después en voz baja con el Médico, dándole otro oportuno codazo; después del cual nos aseguraron ambos que, por su parte, podíamos desembarcar, siempre que no hubiese

otra cosa en contrario; y, saludándonos entrambos á la francesa, con todo el rigoroso ceremonial de la profesión, se volvieron á la ciudad.

Yo reí mucho con este segundo acto de la graciosísima comedia; porque, á pesar de las solemnes declaraciones sobre la óptima salud y el sonrosado color de los pasajeros, los encontré á todos poco menos que cadavéricos. No podía ser de otro modo, después de siete meses de viaje y una cuarentena de catorce días en un lugar malsano y estrecho. Pero no fué éste el acto más risible del cómico sainete: la mayor sorpresa estaba en el desenlace. En efecto, después de la visita de los galenos, nos obligaron á reunirnos todos en una sala, donde, á puertas cerradas, la guardia de Sanidad quemó una mixtura de cosas odoríficas, hasta saturarnos con un humo tan espeso que nos dejó casi ciegos; y así, ahumados como jamones, con esta famosa fumigación, quedamos purificados y saneados del todo y en plena libertad para ir á tierra á nuestro gusto. Empezó en seguida la maniobra para conducir la nave al desembarcadero; y estábamos ya próximos á él, cuando llegaron las familias de Monseñor Lambruschini para llevarnos á su casa. Así pues, pasando con ellos al bote, á las tres de la tarde del 18 de Junio de 1825, saltamos á tierra, después de ocho meses de viaje desde nuestra partida de Santiago de Chile, deseosos de gozar lejos del mar, de aquella suspirada tranquilidad y dule paz de que habla Horacio (1).

(1) Otium divos rogat in patenti
Prensus Aegaeo, simul atra nubes
Condidit Lunam, neque certa fulgent
Sidera nautis.

No permanecimos mucho tiempo en Génova, porque había orden de regresar pronto á Roma. Hicimos, sin embargo, una excursión á Savona, al Santuario de Nuestra Señora, cuya imagen se venera allí en la cripta de una capilla subterránea. Es una escultura de mármol cuajada de piedras preciosas, de diamantes, de cruces de oro y otros ricos ornamentos, con una rica diadema, regalada por Pío VII cuando fué á coronarla. Este santo Pontífice estuvo relegado en Savona treinta y cuatro meses, en el Palacio episcopal; y durante este tiempo, todos los días que le fué permitido, se dirigía á la capilla de Nuestra Señora, donde oraba con gran devoción, pasando muchas horas en aquella devota soledad, donde todo concurre á reconcentrar los pensamientos y fijar la atención en las cosas del espíritu. En efecto, el Santuario está muy distante de la ciudad y en el fondo de dos altas montañas áridas, que estrechan el horizonte. Tiene también, á un lado de su gran plaza, algunas casitas aseadas y limpias, y al otro lado, un gran edificio, donde son asilados los pobres de Jesucristo. La iglesia inspira recogimiento y devoción, y atraen las miradas, entre otras cosas, un gran

---

Otium bello furiosa Thrace;
Otium Medi, pharetra decori,
Grosphe, non gemmis. neque pupura ve—
nale, nec auro.
Non enim gazae, neque consularis
Summovet Lictor miseros tumultus
Mentis et curas laqueata circum
Tecta volantes.
Vivitur parvo bene, cui paternum
Splendet in mensa tenui salinum:
Nec leves somnos timor, aut Cupido
Sordidus aufert, &. &.

cuadro de la Presentación al Templo, original del Dominiquino, y la Visitación á Santa Isabel, escultura de bajo relieve, del Bernini, que es muy hermosa. Las demás obras de arte no tienen gran mérito.

El camino que de este Santuario conduce á Génova se hace siempre en coche, cómodamente, atravesando á Savona, ciudad de cerca de veinte mil almas, con una hermosa calle central, cuyo Obispo es ahora Monseñor Airenti, no menos recomendable por su doctrina, que por la santidad de su vida. Más allá de Savona se extienden varios alegres pueblecitos, que amenizan el camino, cada uno con su pequeño territorio, muy bien cultivado; y puede verse á una gran parte de aquellos industriosos habitantes ocupados en la construcción de grandes y pequeños barcos, que es lo que constituye su mayor fuente de entradas. Esta continuada variedad de objetos y el risueño aspecto del mar, que se va siempre costeando de Savona en adelante, hacen aquella excursión sumamente agradable y amena.

Partimos de Génova la tarde del primero de Julio para regresar á Roma por Lucca. La primera parada se hizo en Rapallo, para mudar caballos. Encontramos aquel ameno lugar ricamente iluminado en las calles y en diversos puntos del mar, sobre cuyas plácidas aguas habían puesto gran cantidad de lamparillas de aceite hechas con hojas de cebollas, que, trasportadas por las ondulaciones y el viento, se veían sobrenadando á diversas distancias, produciendo un efecto sorprendente. Admiramos también los fuegos artificiales, que representaban un castillo con múltiples inscripciones y emblemas de Nuestra Señora del Campo, cuya fiesta celebraban aquellos labradores. Por

tres noches consecutivas se honró en Rapallo á la augusta Reina del cielo con iluminaciones y fuegos artificiales, y me dijo el buen Párroco que cada año se hacía lo mismo.

De Rapallo, pasando por Chiavari, una de las más bellas y grandes ciudades del Genovesado en la ribera de Levante, después de caminar toda la noche, llegamos á Spezia, en la mañana del dos, y allí estuvimos hasta el día siguiente, en una buena fonda. Después del almuerzo, acompañados de un buen sacerdote, recorrimos en lancha todo su delicioso y profundo Golfo, que es el antiguo puerto de Luni, uno de los más grandes y hermosos puertos del Mediterráneo, de espléndido y pintoresco panorama, con verdes colinas que lo circundan, cubiertas de amenos pueblecitos que bordean las riberas de Levante á Poniente. Hacia el Poniente, que es la parte más bella por la magnificencia de la naturaleza, el primer pueblo que merece atención, es Sanvito, donde se encuentra una bonita iglesia, con una población de mil almas, situada en una llanumuy fértil y cultivada. Un poco más allá, en medio del agua del Golfo, se ve brotar un copioso surtidor de agua dulce, que se levanta á la altura de muchos pies antes de mezclarse y confundirse con el agua salada; cosa, en verdad, sorprendente. Siguen después el magnífico Lazareto y una larga sucesión de ensenadas, separadas entre sí por otras tantas puntas de montaña, introducidas en el Golfo de tal manera, que en cada ensenada podría esconderse una flota. Al fondo de dichas ensenadas, vese por lo general una pequeña llanura, donde está situado algún pueblecito ó simples casas rurales de labradores que allí

habitan. Además, las puntas de montaña internadas en el mar son graciosas colinas, que presentan á quien navega en el Golfo, ora un imponente escollo, ora una bonita viña, rodeada de muros y de emparrados, ora un frondoso olivar ú otras plantaciones fructíferas, ceñidas también por muros para defenderlas del mar. A la salida del Golfo está Porto-Vénere, con su fortaleza, en la falda de una colina. Su bella islita, que sirve de protección á los barcos, es un punto de vista agradable: y completa la deliciosa perspectiva de aquel puerto, el curioso peñón que se divisa al lado opuesto, del cual podría decir Virgilio que se alza de las aguas como un altar en medio de las ondas (1).

En Porto-Vénere se extrae un hermoso mármol amarillo con manchas negras, muy bello.

Cuando José II visitó aquel puerto, bajo el título de un simple conde alemán, fué hospedado por un fondista, cuya mujer dió á luz en la noche siguiente un hermoso niño. El Emperador, sintiendo los lamentos de aquella mujer, pasó la noche inquieto, pues los sentimientos humanitarios suelen despertarse con más viveza en las almas generosas. En la mañana, informado del asunto, pidió ser padrino del niño. El fondista se mostró indeciso; pero la avisada mujer, que se había encontrado á la llegada de José II y lo había servido hasta la noche, aceptó resueltamente la oferta; porque, por las maneras de aquel conde, juzgaba que debía ser un gran Señor, y que por tanto, podía hacer la fortuna de todos ellos. José II, la partera y otros acompañaron al niño á la

(1) Saxa vocant Itali, mediis quae in fluctibus aras.
Virg. Aeneid., Lib. I.

iglesia. El buen Cura, oyendo que el padrino era un conde alemán, le preguntó previamente si era católico y si creía realmente. Satisfecho con las respectivas respuestas del paciente Soberano, preguntóle por último cómo se llamaba y, habiéndole contestado que se llamaba José II, en el acto replicó el Cura: «No puede ser; porque todos los alemanes tienen unos nombres y apellidos muy raros». Y, como llevara traza de no aceptarlo como padrino si no decía su verdadero nombre, exclamó el camarero: «Acéptelo sin temor, señor Cura, porque me consta que ése es su nombre verdadero»; y sólo entonces se decidió á aceptarlo.

El generoso Soberano, sin descubrir su incógnito, partió de Porto-Vénere y dijo á su nueva comadre que de cierto banquero de Génova recibiría todo lo necesario para la educación del niño. Después, cuando éste fué grande, lo hizo ir á Viena en unión de sus padres, á quienes quiso también acompañar el Cura. Cuando le dijeron al Emperador que lo esperaban algunos con el Cura de Porto-Vénere, ordenó que hicieran entrar solamente al joven con sus padres, á quienes asignó una renta vitalicia, conservando cerca de sí al joven en calidad de oficial de su ejército. Después, llamando también al Cura, díjole que se maravillaba de que un Párroco ignorara quién era José II, y, dándole apenas lo suficiente para el viaje de vuelta, le ordenó salir en seguida de sus Estados. ¡Qué mal sienta la ignorancia en los Párrocos! Si aquel Cura hubiera tenido cultura suficiente, podía haber labrado su propia fortuna y la de su iglesia, dadas las ideas y la generosidad de José II.

Pero prosigamos nuestro viaje y pasemos de Porto-Vénere al otro extremo del Golfo. Allí se encuentra Lerici, uno de los más hermosos pueblos de toda aquella costa, el cual se llamaba antiguamente *Puerto de Hércules*. Los otros pueblos no presentan nada de particular. Se entra después á Spezia, región bastante poblada, que toma el nombre de su Golfo. El carácter alegre de los habitantes, las cómodas calles de la ciudad, rodeadas de buenos edificios, el esmerado cultivo de los campos vecinos y la vista sorprendente del magnífico Golfo hacen aquel punto muy delicioso y agradable. El emperador Bonaparte estaba de tal manera enamorado de este pueblo, que, con el proyecto de construír una populosa ciudad comercial, gastó algunos millones de liras en los planos y cimientos de una gran fortaleza en la cumbre de la montaña, hacia la parte occidental del Golfo, desde donde se descubre por un lado á Génova con todo su litoral, y por otro á Liorna con su costa respectiva. Sorprendido por el improviso cambio de fortuna, dejó la obra incompleta.

De Spezia llegamos en la tarde á Pisa, pasando por Lucca. Esta antigua ciudad, construída en una amena llanura bañada por el Serchio, que desemboca pronto en el Mediterráneo, y por el Ozzori, afluente del Serchio, tiene cerca de tres millas de circuíto, con fortificaciones regulares y baluartes rodeados de árboles que circundan la ciudad. Sus edificios, no muy suntuosos, son, por otra parte, bastante cómodos y decentes, y las calles suficientemente anchas y empedradas. La Catedral, iglesia celébre por la imagen del crucificado, llamada el *Santo-Rostro*, es de arquitectura gótica del siglo XI, incrustada de mármoles y

rica en hermosas pinturas de Coli y de Sancasciani, ambos de Lucca. Hay también un cuadro de Zuccheri, otro del Tintoretto, y los cuatro Evangelistas, escultura de Fanciulli.

Después de la Catedral, merece ser visitada la iglesia de San Ponciano, donde se encuentran dos estimados cuadros de Pedro Lombardo, y la iglesia de Santa María, llamada de la Humildad, donde se conserva un cuadro de Tiziano. El edificio más importante de Lucca es el Palacio Público, en cuyos salones se admiran pinturas muy notables de Lucas Giordano, de Alberto Durero, del Guercino y otras del mismo mérito. Su teatro no es muy grande; pero sí bastante elegante y proporcionado á la población de la ciudad, que se calcula de treinta y cinco mil almas. En los tiempos pasados existía también en Lucca un Antiteatro, del que hoy sólo quedan los restos. En todo el contorno de la ciudad se ven fértiles colinas cultivadas con gusto exquisito, por los industriosos Luqueses, que hacen florecer la agricultura aun en las más estériles montañas, cubriéndolas de olivos, castaños y otros árboles frutales. Es notable el gran comercio que mantienen con los extranjeros, principalmente en aceite, que es de primera clase, y en sederías. Mucho dinero obtienen también con su establecimiento de baños termales, que está á cerca de diez millas de la ciudad.

Pisa, ciudad muy antigua, situada en una amena llanura, de un clima templado y sano en todo el curso del año, posee hermosos edificios, con cerca de cinco millas de circuíto y una población de dieciocho mil habitantes, que en tiempos pasados llegó á ciento cincuenta mil. El río

Arno la divide casi por medio en toda su longitud, formando como un semi-círculo, con dos grandes calles en ambas riberas, formadas por soberbios edificios del más noble aspecto y empedradas con adoquines. Tres magníficos puentes, construídos en un plano casi completamente á nivel, ponen en comunicación las dos calles laterales. Las demás son también por lo general, anchas, rectas y bien adoquinadas.

El edificio más grandioso de la ciudad es la Catedral, que queda casi fuera de lo habitado. Adórnanla por el exterior varias series de columnas antiguas, profusión de mármoles de diversos colores, bajos relieves de gusto gótico poco agradable. Una antigua puerta de bronce y otras tres modernas dan entrada al gran templo, donde se encuentra una majestuosa ornamentación de bajos relieves y de cuadros excelentes. Su pavimento es de mosaico. Todavía más notable que la Catedral es su torre, que le sirve de campanario. Es toda de mármol, de forma cilíndrica, con varios órdenes de pequeñas columnas; tiene ciento noventa pies de altura y una escalera que podría subirse á caballo. Su cúspide está cerca de trece pies desviada de la perpendicular con una inclinación regular, que empieza desde la base. Frente á la Catedral se ve el Bautisterio, otro majestuoso edificio de forma redonda, construído con mármol, de estilo gótico. A poca distancia encuéntrase también el Cementerio, que es una verdadera Galería, de muy buen gusto, por la grandiosa forma del edificio, por la variedad de las sepulturas y por las pinturas de Giotto, Orcagna y Menni.

Los otros edificios que merecen atención son la iglesia

de San Esteban, por su plaza, sus pinturas y su magnífico altar de pórfido, hecho por Faggini, florentino; la iglesia de San Mateo y la de los hermanos Melani; los palacios Lanfreducci y Lafranchi, sobre el Arno; el palacio episcopal; la Universidad, donde residían los caballeros de San Esteban; la Biblioteca, el Observatorio, el Seminario, el Hospicio y el Hospital.

Pisa dista del mar cerca de cuatro millas en línea recta, y está circundada de amenas colinas de olivos. Se encuentran también en el territorio pisano varias canteras de buen mármol, algunas minas y los famosos baños de San Julián, á distancia de cuatro millas de la ciudad, en la falda del monte del mismo nombre, donde brotan sus saludables aguas termales. El comercio que hacen al presente los pisanos con los extranjeros, consiste principalmente en el excelente aceite de sus campiñas, que en nada se diferencia del de Lucca, tan renombrado en todas partes. En los tiempos pasados Pisa era una ciudad muy comercial en todo género de cosas, y desde su famoso puerto, cuyos vestigios se reducen hoy á tres torres, salían numerosos barcos para todas las costas entonces conocidas. Robertson, en el docto y estudiado discurso que sirve de prólogo á su "Historia de América," menciona á Pisa entre las primeras ciudades comerciales de la Italia que contribuyeron á los progresos de la navegación é hicieron resucitar el espíritu comercial en toda Europa, comunicándole en seguida el gusto por las ricas producciones del Oriente; y en la célebre guerra de la cruzadas fué

Pisa una de las ciudades que suministraron los barcos para la expedición de la flota (1).

De Pisa, pasando por Fornacette, Castel del Bosco, la Scala, Cambiano, Pozzibongi y Castiglioncello, pequeños pueblos que nada tienen de notable, llegamos en la noche del cuatro á Siena, de la que ya se ha hablado al principio del primer libro de esta Historia. Al día siguiente atravesamos á Buonconvento, San Quirico, Radicofani, Acquapendente, San Lorenzo Nuevo, y pernoctamos en Bolsena, donde fuímos tratados con mucha amabilidad y desinterés; cosa esta última, muy rara cuando se viaja con el esplendor de los títulos y con cierto aparato de grandeza.

En la mañana del seis, como pensábamos entrar á Roma de noche, celebramos la Misa con toda comodidad, y después de tomar el chocolate, emprendimos la marcha hacia Montefiascone, pasando por Viterbo y por la Imposta, y llegamos á descansar á Ronsiglione; donde, después de almuerzo con un día muy caluroso y con tiempo sobrado para llegar de noche á Roma, optamos por pasar de los duros asientos de la mesa á los blandos cojines de una buena cama, donde el próvido Morfeo, con grato y placidísimo sueño, nos descargó la mente de todo triste cuidado y de todo afanoso pensamiento.

Llegamos á Roma en buena salud y de noche, como estaba acordado; pero, á causa de habernos detenido demasiado en Ronsiglione el cochero, para ganar el tiempo perdido, puso los mejores caballos de la posta y nos llevó

---

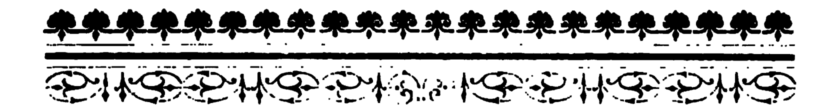
(1) Robertson - *The History of América*. Vol. I, Book I, Paragraph 27.

casi de carrera por todo el camino. De donde resultó que en una pendiente, no muy distante de Roma, habiendo apurado imprudentemente los caballos, rompieron éstos los frenos y arrojaron á tierra al cochero, que cayó debajo de un caballo; y, si Dios no hubiera permitido que se detuviese inmediatamento el coche, ó se habría despedazado ó volcado, con gran peligro de nuestras vidas .Yo, por otra parte, estaba ya pronto para echarme de la portezuela y salvarme con aquel arriesgado acto, sabiendo todos que:

La necesidad grandes cosas enseña:
Por ésta, entre las armas duerme el guerrero;
Por ésta, entre las ondas canta el navegante;
Por ésta, la muerte terror no inspira;
Hasta las más tímidas fieras fugaces,
Valor demuestran, se hacen audaces,
Cuando es el combatir necesidad.

Met.—D. mof. Acto I, escena 2ª.

FIN



ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

Cosas notables en la Misión de Monseñor Muzi en todo el viaje del Nuevo al Viejo Mundo

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

LIBRO SEGUNDO

Le las cosas notables en el viaje por la Cordillera hasta Santiago de Chile

CAPÍTULO I



CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

LIBRO TERCERO

La entrada a Santiago de Chile, descripción de este Estado y de sus casas de Misiones

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPITULO IV

LIBRO CUARTO

De las Misiones existentes en Valdivia y en Chiloé y del regreso de Monseñor Mozi a Roma

CAPÍTULO I



CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

FIN DEL ÍNDICE







